

Santidad.

El Señor nos quiere santos



«Alegraos y regocijaos» (Mt 5,12), dice Jesús a los que son perseguidos o humillados por su causa. El Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada. En realidad, desde las primeras páginas de la Biblia está presente, de diversas maneras, el llamado a la santidad. Así se lo proponía el Señor a Abraham: «Camina en mi presencia y sé perfecto» (Gn 17,1). (S.S. el Papa Francisco. Exhortación apostólica “Gaudete et Exsultate”)

Jorge Capella Riera

Lima, 14 de marzo de 2022

Contenido

Introducción	3
Parte primera	
Aspecto global de santidad	8
Santidad	8
Santo	13
Santificación	18
La santidad es para todos	20
Parte segunda	
Aspectos específicos sobre la santidad	23
La santidad en la Biblia	24
La santidad de Dios, fin y forma de la vida cristiana	32
Santidad. Su naturaleza, sus obstáculos, dificultades y raíces	45
Hacia la santidad	192
La senda de santidad	202
Santidad y virtudes esenciales de la vida cristiana	263
Ser cristiano hoy a partir de la práctica de las Bienaventuranzas	278
La santidad en la Iglesia. Un convertido llega a conclusiones muy edificantes	294
La santidad y el mandamiento del amor	297
Santidad y edificación de la Iglesia	299
Parte tercera	
Aportes de S.S. el Papa Francisco	310
Exhortación apostólica " <i>Gaudete et Exsultate</i> "	
Sobre el llamado a la santidad en el mundo actual	310
El Papa Francisco sobre el llamado a la santidad en el mundo actual	351
Un Nuevo comienzo: el llamado a la santidad en nuestro tiempo	355
Comentario a la Exhortación Apostólica " <i>Gaudete et exultate</i> "	359
La santidad de los discípulos misioneros.	
La recepción del Concilio Vaticano II en <i>Gaudete et exsultate</i>	372
Parte cuarta	
Los Santos	384
Vidas de los santos	385
La santidad canonizable	391
Las causas de los santos. Congregación para las Causas de los Santos	401
San José el más santo de los santos	408
Día de Todos los Santos	448
La comunión de los santos	449
La comunión de los santos	453
Teología de la Comunión de los Santos en San Alberto Hurtado	463
Epílogo	474
Fuentes de información	478

Introducción

El origen de este trabajo tiene para mí un significado muy especial como paso a relatar. En el mes de setiembre del año pasado sucedió algo muy doloroso para nuestra familia pues mi querida esposa, Nilda Vargas San Román, enfermó gravemente tanto que temí perderla para siempre, lo que me causó muchísimo dolor y desesperación. Pero gracias al Señor y a su Madre Santísima, la Virgen de Montserrat ¹, la pericia de los médicos y enfermeras, el apoyo y atención de mis hijos, el cariño de sus nietos y las oraciones de nuestros familiares y amigos va mejorando paulatinamente.

Estando ya ella en casa, el día 15 de octubre hice la promesa de estudiar y escribir sobre la santidad para que ella se recupere totalmente y vuelva a revisar mis trabajos como siempre lo ha hecho ². Si me preguntan por qué sobre la santidad no sabría qué decir. Seguramente fue una inspiración ³.

Ahora bien, el primer documento que tuve la oportunidad de tener a mano fue la Exhortación Apostólica "*Gaudete et Exsultate*". Sobre el llamado a la santidad en el mundo actual publicada por el Santo Padre Francisco el 19 de marzo del 2018, sexto año de su Pontificado, que he leído primero con ilusión y luego con responsabilidad. Como el lector habrá podido observar toda la primera página tiene que ver con la Exhortación.

Veamos aquí, a modo de ejemplo, qué dicen tres autores ⁴ acerca de la santidad.

¹ Como mis lectores recordarán, en la Abadía de Montserrat, donde se encuentra la Santísima Virgen -a la que cariñosamente llamamos Moreneta por ser negrita- radica mi sobrino Carles Gri i Casas con quien mantengo una relación familiar y religiosa muy intensa. Nos escribimos todos los días y siempre reza por nuestra familia y me alienta en todo lo que hago o debo hacer. Estoy seguro que sus oraciones han suscitado el interés de la Virgen María.

² Por el momento las fallas que puedan encontrar se deben exclusivamente a mí.

³ Debo aclarar que entiendo la inspiración como un estímulo o lucidez repentina que siente una persona y que favorece la concepción de ideas que permiten emprender un proyecto. No tiene nada que ver con la inspiración teológica.

⁴ He considerado a estos tres autores por ser los primeros a los que tuve acceso en la búsqueda de información.

Agustín Giménez González ⁵ (2019) considera que “la Sagrada Escritura testimonia que solo hay un Santo: Dios. Solo a Él corresponde este adjetivo, hasta el punto de que la santidad emana de su ser. No hay santidad que no proceda de Dios. Esta santidad se hace patente de modo especial en las teofanías ⁶ del Antiguo Testamento. Recordemos aquella paradigmática del profeta Isaías en el Templo de Jerusalén en el siglo VIII a. C.: “El año de la muerte del rey Uzías vi al Señor sentado en un trono excelso y elevado. El vuelo de su manto llenaba el Templo. Unos serafines se mantenían por encima de Él. Cada uno tenía seis alas: con dos se cubrían el rostro, con dos se cubrían los pies, y con dos volaban. Clamaban entre sí diciendo: — ¡Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos! ¡Llena está toda la tierra de su gloria! (Is 6,1-3)”.

“Los ángeles proclaman la infinita santidad de Dios. Tanto hagios en griego como kadosh en hebreo remiten a la santidad excelsa de Dios. Es un término que tanto en la LXX ⁷ como en la Tanak (biblia hebrea) se le atribuye principalmente a Dios, o

⁵ Agustín Giménez González. Bachiller y Licenciado en Teología, especialidad dogmática, por la Facultad San Dámaso (Madrid): 2004; Doctor en Teología, especialidad Bíblica, por la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma): 2009. Profesor de Teología Bíblica con amplia experiencia docente. Miembro de la Asociación Bíblica Española (ABE), y de la International Marian Association (IMA). Miembro de los Consejos de redacción de las revistas "Estudios bíblicos" y "Teología y Catequesis". Árbitro de la revista Theologica Xaveriana (Colombia). Líneas de investigación: Exégesis canónica, hermenéutica e interpretación de la Sagrada Escritura. Colaboración esencial de María en la obra redentora de Cristo. Filiación y paternidad divina; Escatología; El justo perseguido; La pasión, muerte y resurrección de Cristo. Publicaciones destacadas: *Os he llamado amigos. La Revelación* (Edice, Madrid 2014); *La Palabra se hizo carne. Introducción a la Sagrada Escritura* (Edice, Madrid 2014); *“Belleza femenina y salvación. Perspectiva bíblico-mariológica”*: Estudios Marianos 85 (2019); *“Mary Co-redemptrix in the Spanish Tradition and its Definability”*: *Ecce Mater Tua: A Journal of Mariology* (2019). (Wikipedia)

⁶ Teofanía es la manifestación local de una deidad a seres humanos; como pueden ser las apariciones visibles. Probablemente las teofanías más divulgadas en el mundo occidental son las protagonizadas por Moisés: la primera cuando, desde la zarza ardiente en el monte Sinaí Dios le manda quitarse sus zapatos, pues el suelo que pisaba era sagrado, y Moisés esconde su rostro porque tiene miedo de mirar a Dios; la segunda, en también en el monte Sinaí, cuando Dios le da las tablas de la Ley. Cuando Moisés construye la tienda del encuentro, la "gloria del Señor llenó la tienda" y desde entonces Dios hablaba con Moisés desde esta tienda. También hay teofanías protagonizadas por otros personajes bíblicos, como la historia de la vocación de Isaías, la visión de Ezequiel o el enigmático episodio del carro de fuego que se lleva a Elías ante Eliseo. Las teofanías ocurren muchas veces en la Biblia. Tan solo en la Torá (Pentateuco), además de a Moisés, Dios se aparece a Abraham, a Agar y a Jacob. Mucho más frecuentes son los episodios en que un personaje oye la voz de Dios, aunque no se indica que le perciba con la vista: Adán y Eva, Caín, Noé, etc. Más genéricas son las indicaciones proféticas de que la voz de Dios clama o llega "desde las alturas" o "desde Jerusalén". (Wikipedia)

⁷ LXX es la abreviatura de la Biblia griega, comúnmente llamada Biblia Septuaginta o Biblia de los Setenta. Es una antigua recopilación en griego koiné de los libros hebreos y arameos del *Tanaj* o Biblia hebrea y otros libros. Los cinco libros del Pentateuco (o sea la Torá llamada también "La Ley") fueron traducidos bajo el reinado de Ptolomeo II (285–246 a. C.), los otros libros hebreos y arameos más tarde. Las traducciones de los últimos de los libros proféticos aparecieron probablemente antes del año 130 a.C. circa. Generalmente se calcula que el más reciente de los libros de la Septuaginta, la *Sabiduría*, fue escrito entre los años 80 y 50 a. C. Algunos eruditos sitúan en el Siglo I de la Era Cristiana, la traducción al griego de los libros de Ester, Rut, Eclesiastés, Lamentaciones, y el Cantar de los Cantares, acaso por Aquila. (Wikipedia)

a lo perteneciente al ámbito celestial, o a aquellos que han sido capacitados para acercarse a Él. De hecho, el griego, cuando quiere mencionar que un ser humano es santo en el sentido que empleamos en castellano, no emplea el adjetivo hagios, sino hosios (santo moralmente) o dikaios (justo, recto, intachable). Aunque hagios remite a la santidad propia de Dios, en Él también se dan en plenitud estos otros conceptos, la hosiotês y la dikaiosynê, de tal modo que Dios es el perfectamente hagios, hosios y dikaios”.

Thomas James Olmsted ⁸ (2018) señala que “desde el momento del Bautismo, los cristianos se han comprometido a luchar contra “el mundo, la carne y el diablo” (cf. 1 Jn 2:16); y como ganan la batalla, la imagen de Jesucristo comienza a brillar con más claridad. En el Bautismo, a los catecúmenos se les pregunta: “¿Desea ser bautizado?” que es lo mismo que preguntar “¿Usted desea ser santo?”. En otras palabras, el Bautismo establece delante de ellos el carácter radical de la enseñanza de Cristo: “Sean perfectos como es perfecto el Padre que está en el cielo” (Mt 5:48) junto con las gracias para vivir en sus vidas.

En esto es lo que consiste la santidad; y cada cristiano, por su Bautismo, es llamado por Cristo para perseguirla. El Concilio Vaticano II afirmó esta llamada universal a la perfección cristiana: “*Todos los fieles, cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre*” (*Lumen Gentium* 11).

Por su parte, Luis Fernando Gutiérrez Cuesta ⁹ (2017) nos dice que “la santidad es cumplir el mandamiento del amor. Cristo nos revela el misterio del Padre y de su

⁸ Thomas James Olmsted nació el 21 de enero de 1947 en Oketo, Kansas. Hizo sus primeros estudios en Summerfield y más tarde en el St. Thomas Aquinas Seminary en Denver, Colorado, donde obtuvo un B.A. in Philosophy en 1969. Fue ordenado sacerdote el 2 de julio de 1973, para la Diocese of Lincoln, Nebraska. Entoces sirvió como asociado en la Cathedral of the Risen Christ hasta 1976 cuando comenzó sus estudios doctorales en Roma. Obtuvo un doctorado en Derecho Canónico en la Pontificia Universidad Gregoriana en 1981. Trabajó como oficial en la Secretaría de Estado del Vaticano desde 1979 hasta 1988. También estuvo como asistente espiritual en el Pontificio Colegio de Norte América. En su regreso a los Estados Unidos en 1989 fue nombrado párroco de St. Vincent de Paul Church en Seward y Promotor de Justicia para el Tribunal Diocesano. Más tarde vino a ser Decano de Formación (1993) y Presidente-Rector (1997) en el Pontifical College Josephinum en Worthington, Ohio. El 16 de febrero de 1999, fue nombrado Obispo Auxiliar de Wichita, Kansas, por el Papa Juan Pablo II. Posteriormente, el 25 de noviembre del 2003 fue nombrado obispo de Phoenix. De enero del 2008 a febrero del 2009 fue Administrador Apostólico de la Diócesis de Gallup, New Mexico. Ha tenido la misma responsabilidad en otras Diócesis. Ha sido sumamente enérgico frente al aborto llegando a excomulgar a la Hermana Margaret McBride al permitir ésta un aborto en el St. Joseph's Hospital and Medical Center en Phoenix de la que era responsable. (Wikipedia)

4. Luis Fernando Gutiérrez Cuesta es un sacerdote, educador y conferencista salesiano director de Misión Joven que nació en 1960 con el nombre de "Técnica de Apostolado" (TA) que presentaba en aquel momento una propuesta práctica para todos los grupos que se integraban en el asociacionismo salesiano. Es autor de “*El Papa Francisco y la pastoral juvenil*” y “*Discípulos y apóstoles de Jesucristo*”.

Designio amoroso y también revela el misterio del hombre y de la verdadera vocación humana. Obedeciéndolo a Él, siguiéndolo a Él, encontraremos pues el camino para nuestra verdadera plenitud, para la santidad que es un llamado para todos, pues «todos los fieles, de cualquier estado o grado, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad». Buscando pues hacer lo que Él nos dice (ver *Jn 2,5*) nos encontramos con el mandamiento del amor que de alguna manera resume todo lo que se nos pide en el Evangelio pues «toda la Ley evangélica está contenida en el “mandamiento nuevo” de Jesús (*Jn 13,34*) y es justamente en lo que consiste la santidad: amarnos los unos a los otros como Él nos ha amado (Ver *Jn 15,12*)». Como dice San Gregorio: «Estando todas las palabras del Señor llenas de preceptos, ¿por qué hace del amor como un especial mandato, sino porque en el amor radica todo mandato? ¿No pueden todos los preceptos reducirse a uno, supuesto que todos se basan en la caridad?». Y es que efectivamente como dice San Agustín: «Donde la caridad está, ¿qué es lo que puede faltar? En donde ella no existe, ¿qué puede haber de provecho?»».

He dividido este trabajo en cuatro partes precedidas de una introducción y seguidas de un epílogo.

Esta vez presento dos artículos de teólogos no católicos para que el lector tenga un conocimiento complementario del tema.

Tal como he hecho en todos mis estudios, antes de iniciar esta exposición diré lo siguiente:

- Este texto es de divulgación, no se trata, de ninguna manera, de un trabajo académico como muchos de los que se han escrito sobre la santidad.

- El mérito de este trabajo corresponde a los autores que he consultado a quienes cito literal o referencialmente, según me ha aconsejado el discurso. Si en algún caso ha habido omisiones les pido que me disculpen. Mi aporte ha consistido en sistematizar la información que he acopiado.

- Quiero precisar que en este trabajo trato de aportar meditaciones y reflexiones dirigidas a que con el lector contemos con elementos que nos permitan ir más allá del conocimiento de los temas sobre la santidad y nos lleven a la plegaria.

- He quedado realmente impresionado de la calidad de los libros y artículos que he tenido la oportunidad de leer, y que he empleado en mayor o menor extensión. A quienes los han escrito, mil gracias.

- En muchos casos hago uso libremente de Wikipedia, sobre todo con las breves biografías, lo que también agradezco. En estas biografías no tengo en cuenta las que ya he elaborado en trabajos anteriores.

- En la redacción del escrito uso varios estilos pues trato de respetar el de cada uno de los autores.

- Me he permitido una serie de anotaciones a pie de página para referirme a datos y hechos, que me han parecido significativos para una mejor comprensión del texto, especialmente para el caso de los lectores que no tienen por qué conocer ciertos detalles de los que hago uso.

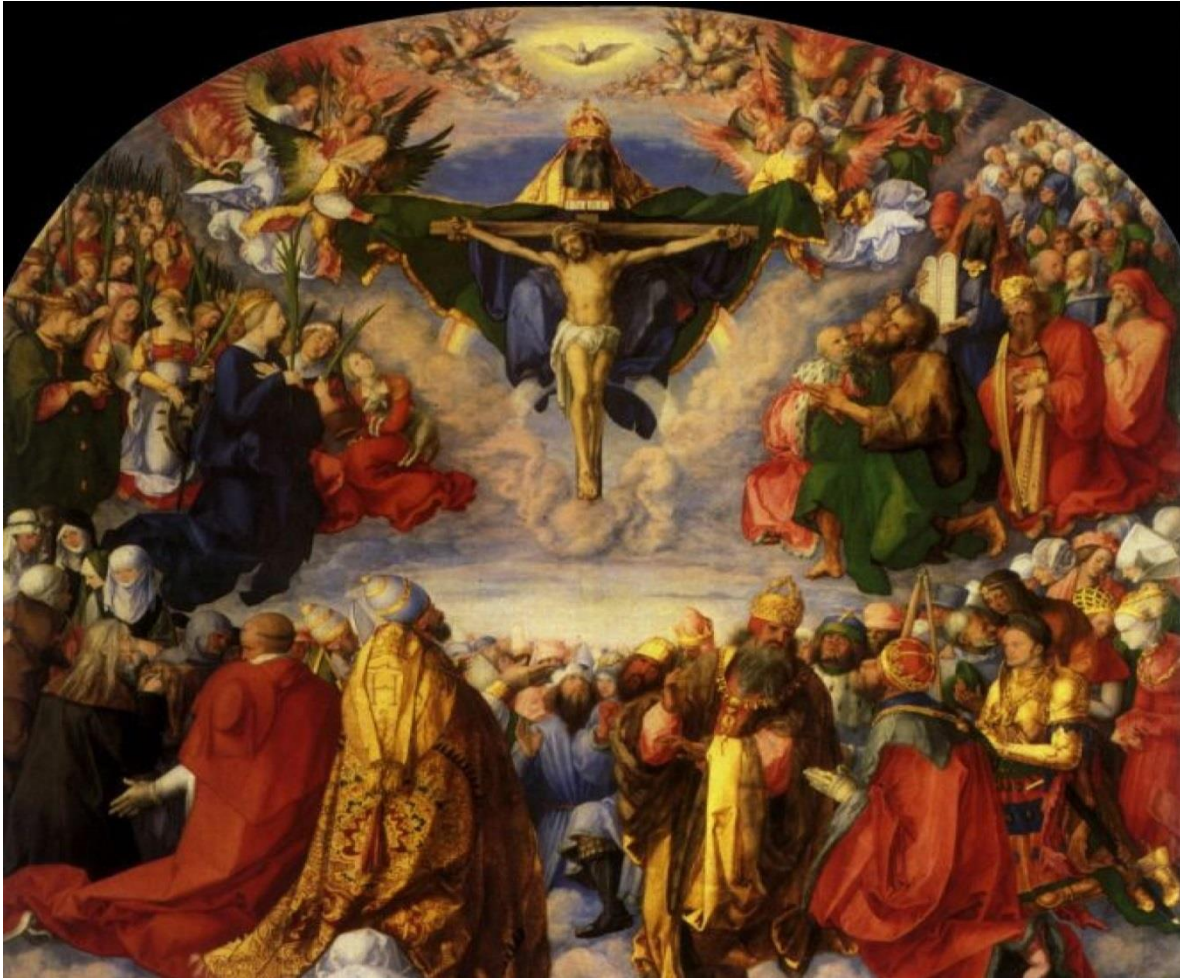
- He colocado las fuentes a las que he acudido para recabar información sobre cada uno de los aspectos abordados en el estudio, aun cuando al final no las haya usado. Así el lector, si lo desea, podrá seguir indagando sobre este tema.

Agradezco a mi esposa, Nilda, por el invalorable apoyo que me brinda permanentemente y a mi hijo político Luis Felipe Montalva De Falla por su participación en lo que respecta a la informática.

Finalmente dedico este trabajo a mi querida esposa inspiradora de este estudio.

Parte primera

Aspecto global de santidad



(Pintura de Alberto Durero sobre la santidad. Se exhibe en el Museo de Historia del Arte de Viena.)

Para esta primera parte acudo primordialmente al trabajo de Wikipedia pues nos ofrece una amplia información acerca del tema en cuestión.

Santidad

Santidad, un término que procede del vocablo latino *sanctitas*, es la característica de aquel que es santo. Este adjetivo (santo) puede hacer referencia al individuo bondadoso que no tiene culpa alguna. En el ámbito religioso, un santo es un sujeto que desarrolló un vínculo especial con un ser divino o que sobresale por su ética y sus valores morales.

Judaísmo

El término hebreo para la santidad (en hebreo, קדושה *qedušah*) significa «apartamento» o «separación». En la religión hebrea, lo «santo» es lo «diferente» o «apartado», y en ese sentido Yahvé es «santo», distinto del mundo profano. Los

objetos y las personas se «santifican» por su relación con Dios, habitualmente a causa de la elección divina, o por una ofrenda especial hecha a la divinidad. Así, por ejemplo, el «Lugar Santísimo» del Templo de Jerusalén era el santuario más reservado del mismo, separado espacialmente del resto de los atrios, para significar su propiedad especial por parte de Dios, y esta «santidad» se extendía a Jerusalén, la «ciudad santa», los «días santos» reservados para el culto a Yahvé, y también se extiende al pueblo hebreo (elegido por Dios para recibir la Ley y transmitir las profecías bíblicas).

El trato con «lo santo», Yahvé en particular, se considera deseable pero desde la cautela: en la antigua religión de los hebreos, la profanación de los espacios santos era especialmente penalizada, incluso con la muerte. En el Judaísmo popular existen las peregrinaciones a tumbas de personajes y profetas del Antiguo Testamento como, por ejemplo, la tumba del Patriarca José en Nablus, o bien, visitan las tumbas de eminentes rabinos, místicos y cabalistas como Najman de Breslav en Ucrania o Isaac Kaduri en Israel.

Islam

El sunismo conoce los *wali*, expresión susceptible de ser traducida como *santos*. El chiismo reconoce santos cuyas tumbas son destinos de peregrinajes lo mismo que el sufismo. Para este último caso se podrían citar como ejemplos, los llamados Siete santos de Marrakech, venerados en el islam popular marroquí y la veneración de la tumba del místico Yalal ad-Din Muhammad Rumi en Turquía, entre otros. Varias formas minoritarias de reformismo islámico, como el wahhabismo, rechazan a los santos y consideran su veneración como un caso de idolatría.

Budismo

Los budistas en su doctrina veneran a los arahants y bodhisattvas y, en el Tíbet, a los monjes lamas. Al Dalái Lama y al Karmapa se les llama protocolariamente «Su Santidad».

Hinduismo

Los practicantes del hinduismo hacen reverencia a sus gurús, santones o siddhas, maestros espirituales de vida ascética.

Sijismo

El concepto de santo o bhagat se encuentra en el pensamiento norindio incluyendo el sijismo. Figuras como Kabir, Ravidas, Nanak y otros son ampliamente consideradas como pertenecientes a la tradición Sant. Algunas de sus composiciones místicas están incorporadas en el Gurú Granth Sahib. El término "Sant" aún se aplica libremente a individuos vivos y comunidades relacionadas.

Cristianismo

Para muchos este término solo se relaciona con las personas que son moralmente buenas, mas en el sentido bíblico representa una forma de vida. Porque este es el principal fruto que ha de ser manifestado en una vida transformada por Cristo Jesús.

Un principio básico en la vida cristiana es que sin santidad nadie podrá ver al Señor Jesucristo, manifestado en cada cristiano que lleve la palabra del evangelio. Por tanto, la santidad es el primer fruto que debe producirse en un cristiano e hijo de Dios, a fin de poder ser verdadero testimonio de Cristo ante las demás personas.

¿Cómo puede un cristiano vivir en santidad? Jesucristo en su amor e infinita misericordia ha dado la instrucción concreta a esto, y es vivir una vida en obediencia a la palabra de Dios. En este punto es necesario que hagamos un alto y reflexionemos ¿estamos cumpliendo esta instrucción?, ¿estamos obedeciendo los mandatos de Dios?

Jesús, durante su ministerio en la tierra nos dejó un mensaje muy claro, y es que fuimos escogidos por él para llevar frutos, como está escrito en: *Juan 15:16 (rvc): Ustedes no me eligieron a mí. Más bien, yo los elegí a ustedes, y los he puesto para que vayan y lleven fruto, y su fruto permanezca; para que todo lo que pidan al Padre en mi nombre, Él se lo conceda.*

Además, dentro del pueblo de Dios, llevar una vida en santidad no es solo para unos cuantos elegidos. Vivir en santidad es una obligación según la voluntad de Dios por la cual fuimos llamados, a ser sus hijos: *1 Tesalonicenses 4:3 (rva-2015): Porque esta es la voluntad de Dios, la santificación de ustedes: que se aparten de inmoralidad sexual.*

Como cristianos, hemos sido llamados y escogidos por Dios con el principal propósito de manifestar a su Hijo, Jesucristo. De manera que debemos ser imitadores y seguidores de Cristo, para la gloria de Dios: *Juan 15:8 (rvc): En esto es glorificado mi Padre: en que lleven mucho fruto, y sean así mis discípulos.*

Iglesia Católica. Significado actual de la santidad

¿Qué es la santidad, en qué consiste, dónde se la reconoce, cómo se vive? A estas preguntas responde la exhortación *Gaudete et exsultate* del Papa Francisco, en el capítulo primero.

En el texto podemos destacar cuatro aspectos: santidad y vida ordinaria, la Iglesia como marco vivo de la santidad, la santidad como vocación-misión en Cristo, la santidad como algo esencialmente abierto.

Se trata de aspectos que están desde el principio en el Evangelio, que vivieron ejemplarmente los primeros cristianos y que los Padres de la Iglesia pusieron claramente de relieve. Pero que en gran parte quedaron olvidados hasta el siglo XX.

Santidad en la vida ordinaria

Primero, *santidad en la vida ordinaria*, la vida cotidiana. El Papa trata de la “santidad común”, de la “santidad de la puerta de al lado”, de “la clase media de la santidad”. Ninguna de esas expresiones es equivalente a una santidad mediocre o una santidad de segunda división, pues esa santidad no existe. Todos, también los que parece que no cuentan socialmente, están llamados a la santidad. Cada uno, con la pequeña historia de sus vidas que se influyen unas a otras, para entretejer la “verdadera historia” del mundo.

Son esas “almas modestas”, en expresión de Joseph Malègue, citado por el Papa. Se trata, en suma, de la santidad de la vida corriente, en el trabajo, en la amistad, en la familia y en las relaciones sociales, que predicó incansablemente san Josemaría Escrivá: “¿Quién piensa –escribió al principio de los años treinta– que ésta es labor exclusiva de sacerdotes y religiosos? A todos, sin excepción, dijo el Señor: *Sed perfectos, como mi Padre Celestial es perfecto*” (*Camino*, 291).

No es nunca la santidad, ha enseñado el Papa argentino, una santidad “de tintorería” (impecable) o “de fingimiento”; tampoco es una santidad perfeccionista; sino la de aquellos que “**aun** en medio de imperfecciones y caídas, siguieron adelante y agradaron al Señor” (GE 3). La santidad es fruto de nuestro Bautismo. Es obra principal del Espíritu Santo en nosotros, que cuenta con nuestra colaboración, a base normalmente de pequeños gestos. Otras veces presenta desafíos mayores, o, al menos, un modo distinto de vivir lo que ya hacemos (cf. GE 16s). Y siempre requiere de nuevas conversiones. Así se llega a realizar lo ordinario de modo extraordinario.

Santidad “en” la Iglesia

Segundo, *la santidad se da y se vive en la Iglesia*, familia de Dios. La santidad no es individualista: “Nadie se salva solo” (GE 6). En efecto, y el Concilio Vaticano II explica la llamada universal a la santidad (cf. LG 11) en el marco de la santidad de la Iglesia. Una santidad que no queda empañada por nuestros defectos o pecados; porque, como gustaba subrayar Benedicto XVI, la Iglesia es ante todo, de Dios, es obra suya. Nosotros debemos esforzarnos en no afeárselo su rostro.

En este pueblo santo en marcha hacia el Cielo, vivimos juntos, nos apoyamos, realizamos una experiencia de fraternidad, avanzamos en una caravana solidaria, una santa peregrinación (cf. *Evangelii gaudium*, 87). Es una tradición viva que abarca todos los innumerables “testigos” que nos han precedido y todos los cristianos que vendrán.

Santidad como vocación-misión en Cristo

Tercero, *la santidad es vocación-misión en Cristo*. Esta “santidad pequeña”, como ha señalado Francisco con referencia a Santa Teresita de Lisieux, se inscribe en el gran camino y la gran misión de los santos. Y a la vez, es un camino propio y personal. “Cada santo es una misión” (GE 19). “Yo soy una misión en esta tierra, y

para eso estoy en este mundo” (*Evangelii gaudium*, 273). Cada uno está llamado a dar, a Dios y a los demás, “lo mejor de sí” (GE, 11), al mismo tiempo que participa en la misión de la Iglesia.

Ahora bien, todo esto resultaría utópico e irreal si no fuera porque la santidad es una vocación y misión *en Cristo*. Esto significa que estamos llamados a amar unidos a Cristo, compartiendo su propia vida (¡no otra cosa es la Iglesia!), amar con su mismo amor: “amar con el amor incondicional del Señor, porque el Resucitado comparte su vida poderosa con nuestras frágiles vidas” (GE 18).

Cada santo es una misión en Cristo. “En el fondo la santidad es vivir en unión con él los misterios de su vida” (GE 19s), como explica el Catecismo de la Iglesia Católica (cf. nn. 515 ss): revivir con Él su vida oculta, su trato con los otros, su cercanía a los más frágiles, y otras manifestaciones de su entrega por todos. En ese sentido “cada santo es como un rayo de luz que sale de la Palabra de Dios” (exhort. *Verbum Domini*, 48). El santo no es ni un *superman* ni una *superwoman*, sino alguien que se deja llevar y transformar poco a poco por la gracia de Dios para crecer en la madurez de Cristo.

Santidad abierta

Cuarto y último: *santidad abierta*. La santidad nos abre a Dios y a los demás, por caminos que en muchos casos comienzan lejos de Jesucristo o en personas que no están incorporados a la Iglesia Católica. Por todas partes Dios suscita signos de su presencia, que pueden incluso ayudar a los cristianos. Por tanto, si es imprescindible el tú a tú personal con Dios, no es bueno encerrarse en uno mismo, ni rehuir el servicio a quienes nos rodean.

La santidad no quita fuerzas, vida o alegría, sino al contrario. Nos hace “más vivos, más humanos”. En ese proyecto encontramos nuestra plenitud, nuestra verdadera felicidad. Esto queda muy lejos del simple “bienestar” hedonista que algunas personas se plantean tristemente como meta para su vida.

Y así nos propone Francisco a cada uno: “No tengas miedo de apuntar más alto, de dejarte amar y liberar por Dios. No tengas miedo de dejarte guiar por el Espíritu Santo. La santidad no te hace menos humano, porque es el encuentro de tu debilidad con la fuerza de la gracia. En el fondo, como decía León Bloy, *en la vida existe una sola tristeza, la de no ser santos*» (GE 34).

Santo

Los santos (latín *sanctus*; griego ἅγιος *hagíos*, hebreo *qadoš* 'elegido por Dios' o bien 'diferenciado', 'distinguido') son hombres o mujeres destacados en las diversas tradiciones religiosas por sus atribuidas relaciones especiales con las divinidades o por una particular elevación ética; este segundo sentido se preserva en tradiciones espirituales no necesariamente teístas.

La influencia de un santo supera el ámbito de su religión cuando la aceptación de su moralidad adquiere componentes universales: por ejemplo, es el caso de Teresa de Calcuta o Gandhi, y, en general, al menos hasta cierto punto, de todos los fundadores de las grandes religiones.

En muchas tradiciones religiosas teístas son los intercesores ante Dios, y protectores de algún lugar o grupo de personas en específico, así como su veneración o culto. El término también se aplica para resaltar algo como lugares (como el Monte Athos), textos (como las Sagradas Escrituras), etc.

En español se utiliza la palabra *santa* delante del nombre de una mujer (por ejemplo, santa Ana de Nazareth). Cuando se trata de un hombre se utiliza siempre la apócope *san*, con las excepciones de Santo Tomé, Santo Toribio, Santo Tomás y Santo Domingo, en las que se emplea el término completo y Santiago (como Santiago Apóstol).

En el judaísmo

Los vocablos hebreo y griego para “santidad” transmiten la idea de puro o limpio en sentido religioso, apartado de la corrupción. La santidad de Dios denota una absoluta perfección (1 Samuel 2:2).

En el islam

La santidad es un atributo de Dios que confiere a quien El quiere de acuerdo a Su sabiduría y bondad. El Sagrado Corán hace mención de ciertos elegidos que están particularmente "cercaños" a Dios, los aulía o amigos de Dios. En la cima de estos Santos se ubican los Profetas.

En el Budismo

En el budismo, al no existir el concepto de Dios, un santo es una persona iluminada o cercana a la iluminación y, por consiguiente, al Amor Universal. De este modo, es su karma ¹⁰ el que determina su grado de pureza espiritual, el cual puede ser verificado por medios metafísicos (percepción extrasensorial de los chakras) por otros santos. Al orar y fijar el pensamiento en una figura santa o en algo relacionado con ella, se entra en conexión metafísica respecto a determinado campo de la conciencia con lo que representa dicha figura y con todos los que estén y hayan estado pensando u orando sobre lo mismo. Así, estas figuras se realizan desde tiempos ancestrales con colores vivos y detalles característicos invariables para, según la creencia, facilitar una imagen mental común. Por lo tanto, el objetivo no es realmente venerar lo sagrado, sino entrar en conexión con la *conciencia universal*,

¹⁰ Según varias religiones dhármicas, el karma es una energía trascendente (invisible e inmensurable) que se genera a partir de los actos de las personas. También conocido como un espíritu de justicia y/o equilibrio. Es una creencia central en la doctrina del hinduismo, el budismo, el jainismo, el ayyavazhi y el espiritismo. Generalmente, el karma se interpreta como una «ley» cósmica de retribución, o de causa y efecto. Se refiere al concepto de «acción» entendido como aquello que causa el comienzo del ciclo de causa y efecto. El karma está en contraposición con las doctrinas abrahámicas (judaísmo, cristianismo e islamismo); lo más parecido en el cristianismo es el concepto teológico de retribución.

aunque, para evitar el *apego*, no suele recalcarse ningún objetivo. Actualmente, y para santos aún vivos o de vida reciente, se usan también fotografías.

Por otro lado, si bien la mayor parte de las religiones de la India tienen a menudo tendencias sincretistas

En el cristianismo

En la tradición cristiana se trata de personas destacadas por sus virtudes y son como *modelos* capaces de mostrar a los demás un camino ejemplar de perfección. Como, de acuerdo con la Biblia, Dios es amor, la principal virtud de los santos es, consecuentemente, su capacidad para amar a Dios y a los demás seres humanos. La religión cristiana considera además que toda la humanidad está llamada a ser santa y a seguir a los santos, que representan el ejemplo de creencia y seguimiento de Dios, cuya vida puede resumirse en un solo concepto: el amor al ser supremo.

Iglesia primitiva

La Iglesia afirma, desde sus orígenes, siguiendo la tradición judaica, que sólo Dios es santo. Sin embargo, por el hecho del bautismo y la adopción que conlleva, los cristianos son asociados y llamados a la santidad, que es una vocación universal.

El apóstol Pablo designaba como *santos* a los cristianos que vivían en una ciudad determinada, expresando la santidad como el estado de comunión con Dios, en la Iglesia, por el bautismo. Poco a poco, la noción de santo se iría ampliando, y numerosas personalidades locales de la Iglesia primitiva y de las nuevas poblaciones cristianizadas adquirirían la reputación de la santidad.

La veneración de los santos fue una característica de los primeros cristianos, que oraban y pedían la intercesión de los mártires. De entre las devociones que figuran en los primeros siglos del cristianismo se encuentra la de María, madre de Jesucristo: el papiro Rylands 470, cuyo original se conserva en la Biblioteca Universitaria John Rylands, contiene la oración *Bajo tu amparo* dirigida a ella como Theotokos. Otro testimonio de la devoción a María y a los santos son las pinturas en la catacumbas de Santa Priscila.

Iglesia ortodoxa

La santidad es para la Iglesia ortodoxa una *participación en la vida de Cristo*, y los santos son llamados así en la medida en que son *crístóforos*, es decir, suficientemente obedientes a la figura de Cristo como para representar fielmente su imagen, ser su icono.

La Iglesia Ortodoxa ignora la noción de *bienaventurado*; la palabra equivale a *santo*. Tampoco conoce el proceso de canonización o el número mínimo de milagros para ser proclamado santo. Cuando la veneración de la memoria de un difunto se extiende entre los fieles, el sínodo de la Iglesia afectada se reúne en torno al primado (patriarca o arzobispo) y estudia la cuestión de la santidad de la persona. Sucede con frecuencia que para entonces ya han sido pintados iconos en su memoria. Cuando la santidad es proclamada, se determinan los días (pueden ser uno o varios) de fiesta litúrgica y se adopta un himno en su honor. El canon

iconográfico del santo comienza entonces a elaborarse. En el calendario ortodoxo, el día consagrado a la memoria de todos los santos es el primer domingo después de Pentecostés.

Anglicanismo

En la Comunión anglicana y en el Movimiento anglicano de Continuación, a partir de su fundador Enrique VIII de Inglaterra, el tratamiento de santo se refiere a la persona que ha sido elevada por la opinión popular como persona pía y sagrada. Los santos son considerados modelos de santidad a ser imitados, y como una “nube de testigos” que fortalecen y alientan al creyente durante su viaje espiritual (Hebreos 12:1). Los santos son considerados hermanos mayores en Cristo. Los credos anglicanos oficiales reconocen la existencia de los santos en el cielo.

En cuanto a lo que respecta a la invocación de los santos, uno de los Treinta y Nueve Artículos de la Iglesia de Inglaterra “Del Purgatorio” condena la “Doctrina católica concerniente a... (la) invocación de santos” como “una cosa fútil vanamente inventada, sin fundamento en la Escritura, y más bien repugnante a la Palabra de Dios”. Sin embargo, cada una de las 44 iglesias de la Comunión Anglicana son libres de adoptar y autorizar sus propios documentos oficiales, y los Artículos no son oficialmente normativos en todos ellos (p. ej., la iglesia episcopal de los EE. UU., que los relega a “Documentos Históricos”). Los Anglo-Católicos de las provincias anglicanas que usan los Artículos hacen a menudo una distinción entre una doctrina “católica” y una “patrística” con relación a la invocación de los santos, permitiendo la última.

En contextos de la Iglesia alta, tales como el anglo-catolicismo, un santo es generalmente alguien a quien se le atribuye (y a quien generalmente se le ha demostrado) un alto nivel de santidad. Según este uso, un santo no es, por consiguiente, un creyente, sino alguien que ha sido transformado por la virtud. En el catolicismo, un santo es una señal especial de la actividad de Dios. La veneración de los santos a veces es malentendida como adoración, en cuyo caso es denominada con sorna “hagiolatría”.

Algunas iglesias anglicanas, particularmente los anglo-católicos, personalmente piden plegarias de los santos. Sin embargo, tal práctica rara vez se halla en una liturgia anglicana oficial. Ejemplos inusuales se encuentran en la Liturgia Coreana 1938, la Liturgia de la Diócesis de Guinea 1959 y el Libro de la Oración Inglesa Melanesia.

Los anglicanos creen que el único mediador efectivo entre el creyente y Dios el Padre, en términos de redención y salvación, es Dios el Hijo, Jesucristo. El Anglicanismo Histórico ha hecho una distinción entre la intercesión y la invocación de los santos. La primera era generalmente aceptada en la doctrina anglicana, mientras que la última era generalmente rechazada. Algunos, sin embargo, en el Anglicanismo sí piden la intercesión de los santos. Quienes piden a los santos interceder por ellos hacen una distinción entre “mediador” e “intercesor”, y alegan que pedir plegarias de los santos no es diferente en esencia de pedir plegarias a cristianos vivos. Los anglicanos católicos entienden la santidad de una manera más

católica u ortodoxa, a menudo pidiendo intercesiones de los santos y celebrando sus fiestas.

En la Biblia, solamente una persona es expresamente llamada santo: “Cuando en el campamento tuvieron envidia de Moisés y de Aarón, el santo del Señor”. (Salmo 106:16). El apóstol Pablo se autodeclaró “menos que el más pequeño de todos los santos” en Efesios 3:8.

Protestantismo

En la Comunión Anglicana, mencionada anteriormente, y en las denominaciones luterana, presbiteriana y metodista, los santos son respetados e incluso existen iglesias con nombres de algunos santos, destacándose entre los luteranos aquellos a los que atribuyen haber jugado un papel importante en su evangelización: santa Brígida en Suecia, san Olaf en Noruega, o entre los metodistas y presbiterianos, de herencia de las Islas Británicas, los de los patronos de esos países, como san Andrés, san Patricio, san Jorge, de los cuatro evangelistas, san Mateo, san Lucas, san Marcos y san Juan, de los doce apóstoles, especialmente san Pedro, y del *Apóstol de los gentiles*, san Pablo. También hay iglesias de esas denominaciones denominadas “de todos los Santos”.

El resto del protestantismo se distingue especialmente del catolicismo y la ortodoxia por su rechazo del culto de los santos y de sus reliquias. La acepción de la palabra *santo* como sinónimo de *crístico* es la más corriente entre los protestantes, que insisten en la afirmación de que *sólo Dios conoce a los que le pertenecen*. Por ello, se abstienen de declarar a nadie particularmente *santo*.

El protestantismo más clásico suele llamar *santos* a los personajes del Nuevo Testamento, sin que ello dé lugar a ningún culto, no creen en la santidad de los evangelistas, por ello les quitan el apócope 'san'. Las posteriores asambleas fundadas por hombres que se hacían a una parte de la doctrina de la iglesia Cristina y bajo nombres como Evangélicos, Pentecostales, TDJ, Adventistas, etc., cada cual crea de acuerdo a las denominaciones que se desprenden de ellas y a la interpretación de cada pastor que funda una nueva asamblea. Los criterios sobre la Santidad muy difíciles de unificar.

Mormones

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días reclama que es la misma iglesia que Cristo estableció y que ha sido restaurada en nuestros días en preparación para la segunda venida del Salvador. Y de ahí, como su nombre indica, la Iglesia dice que sólo se diferencia de la Iglesia primitiva en que los santos, o los miembros de la iglesia, viven en estos, los últimos días.

Catolicismo

Para los católicos, los santos forman la llamada *Iglesia triunfante* e interceden ante Jesucristo por la humanidad, por los vivos en la Tierra y por los difuntos en el Purgatorio: es la llamada *comuni3n de los santos*. Todos ellos, incluso los que no han sido oficialmente reconocidos como tales, tiene su festividad conjunta en el *Día de Todos los Santos*, que se celebra el 1 de noviembre y que para los católicos

representa que, más allá del número de personas canonizadas (es decir, de las cuales la santidad se afirma sin ambigüedad y se les puede venerar), hay abundantes cristianos que han alcanzado el ideal de *comuni3n con Dios*.

Los santos inscritos en el martirologio romano son los declarados por la Iglesia cat3lica como indudablemente presentes en el Cielo y, por tanto, pueden ser objeto del culto p3blico, el llamado *culto de dul3a*, a diferencia del *culto de latr3a*, que no debe dirigirse m3s que a Dios. Una excepci3n en estas categor3as del culto representa la Virgen Mar3a, receptora de la hiperdul3a que se celebra en los lugares de apariciones marianas.

Aunque los antiguos santos eran declarados como tales por los obispos, el procedimiento, a lo largo de los siglos, se ha ido centrando en Roma y, desde hace un milenio, solo el papa puede celebrar canonizaciones. La Iglesia cat3lica establece la santidad de ciertas personas mediante los procesos abiertos por la llamada congregaci3n para las causas de los santos. El proceso de santificaci3n tiene que pasar por las etapas de venerabilidad, beatificaci3n y canonizaci3n. El *proceso de canonizaci3n* adopta las formas de un proceso judicial en el que una persona (el «promotor de justicia», tradicionalmente llamada *promotor de la fe*) examina y cuestiona la supuesta santidad del candidato propuesto por el *postulador* de la causa. En este sentido, el postulador asume el papel de «fiscal», pues debe «demostrar» la santidad del candidato, y el promotor act3a como la «defensa», pues le basta mostrar dudas razonables contra la causa. Aunque el derecho can3nico establece un tiempo m3nimo entre el fallecimiento de una persona y el inicio de su causa de canonizaci3n en Roma, los plazos son muy variables.

El papel de los santos en la Iglesia y entre los creyentes ha evolucionado mucho durante la segunda mitad del siglo XX. El culto que se les sol3a rendir se ha ido matizando y sus im3genes son m3s utilizadas como *ejemplos* que como agentes de intercesi3n, papel que desempeñaron con fuerza durante siglos. El Papa Benedicto XVI afirma: «El santo es aquel que est3 tan fascinado por la belleza de Dios y por su perfecta verdad que éstas lo ir3n progresivamente transformando. Por esta belleza y verdad est3 dispuesto a renunciar a todo, tambi3n a s3 mismo. Le es suficiente el amor de Dios, que experimenta y transmite en el servicio humilde y desinteresado al pr3jimo.»

Desde el Concilio Vaticano II, los procedimientos han cambiado, los plazos se han hecho m3s cortos y el n3mero de *milagros post-mortem* necesario, que antes pod3a alcanzar varias centenas (en funci3n de la credulidad de las 3pocas), se ha reducido a dos.

Es indispensable entender que los t3tulos post mortem de siervo de Dios, venerable, beato, santo y patrono son t3tulos honor3ficos o simb3licos, que la Iglesia cat3lica cede a personajes importantes de su seno, y no representan nada sobrenatural; son t3tulos humanos, a modo de distinci3n hacia los cat3licos que se dedicaron al progreso de la humanidad, en general bajo la inspiraci3n divina.

Santificaci3n

La santificación es un concepto ancestral generalizado entre las religiones, una propiedad de una cosa o persona sagrada o puesta aparte dentro de la religión, puede ser desde tótems pasando por los vasos del templo a los días de la semana hasta un ser humano creyente que logra este estado. La santificación es el acto o proceso de adquisición de la santidad, de hacerse o convertirse en santo. Santificar es, literalmente, "poner aparte para el uso o propósito especial", en sentido figurado "hacer santo o sagrado", y etimológicamente del verbo latino *sanctificare* que a su vez es de se deriva de *sanctus* "santo" y *facere* "hacer". El concepto de mayor profundidad refiere a "santificar" como la acción que ejecuta el individuo de elevar una cosa, suceso, o persona a una categoría considerada de mayor trascendencia espiritual para la vida.

Cristianismo

En las diversas ramas del cristianismo, por lo general la santificación se refiere a una experiencia espiritual, definida, instantánea y subsiguiente a la conversión, que limpia o purifica al cristiano de toda impureza y quebranta el poder y dominio del pecado original en su corazón.

Anglicanismo

Los anglicanos enseñan que la santificación es un proceso de cambio hasta convertirse en un santo. Argumentan que la santificación se basa en obras, mientras que la justificación es solo por la fe.

Calvinismo

Los teólogos calvinistas y evangélicos interpretan la santificación como el proceso de ser santificado solo a través de los méritos y la justificación de Jesucristo a través de la obra del Espíritu Santo. La santificación no puede ser alcanzada por las obras basadas en el proceso, pero solo a través de las obras y el poder de lo divino. La santificación en el calvinismo es vista como un proceso y no algo instantáneo. A medida que el proceso de la santificación de los flujos, la persona se convierte, en su esencia, una persona diferente/hombre. Cuando un hombre es regenerado, es su esencia que los pecados y hace lo malo. Pero cuando el hombre es justificado por medio de Cristo, ya no es el hombre (en su esencia) que los pecados, pero el hombre está actuando fuera de su carácter. En otras palabras, el hombre no es ella misma, no está siendo fiel a lo que es.

Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

En la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, la santificación es un proceso que desemboca en la adquisición de santidad de sus miembros. Enseña que las pruebas y adversidades que se puede cambiar a un miembro que es en lo que Dios quiere "llegar a ser" si se acerca a ellos con la actitud correcta.

Ortodoxia Oriental

El cristianismo ortodoxo enseña la doctrina de la deificación, en el que los seres humanos adquieren propiedades divinas. Un pasaje clave es el apoyo a esta 2 Pedro 1:4. En el siglo cuarto, Atanasio enseñó que el Hijo de Dios se

hizo hombre para hacernos Dios. Esencialmente, el hombre no llega a ser divino, pero en Cristo se puede participar de la naturaleza divina. La versión de esta Iglesia de la salvación restaura la imagen de Dios en el hombre. Uno de estos temas es la liberación de la mortalidad causada por los deseos del mundo.

Luteranismo

El luteranismo enseña en su Catecismo Mayor que la santificación solo la concede el Espíritu Santo a través de la poderosa Palabra de Dios. El Espíritu Santo usa a las iglesias para reunir a los cristianos para la enseñanza y la predicación de la Palabra de Dios.

Metodismo

El metodismo, enseña lo que se conoce como la entera santificación en las iglesias del movimiento de Santidad, como la Iglesia del Nazareno, el Ejército de Salvación, etc, o la *perfección cristiana* en las denominaciones metodistas "corriente principal", como la Iglesia Metodista los Estados Unidos, la Iglesia Metodista de Gran Bretaña, etc Esta es la doctrina que por el poder de la gracia santificante de Dios y la atención en los medios de gracia puede limpiar a un cristiano de la influencia corruptora del pecado original en esta vida, aunque no a todos los cristianos pueden experimentar eso. Muchas veces, "la salvación inicial" es vista como un paso inicial para reconocer la santidad de Dios, con la santificación, a través de la gracia / poder de Dios, entrando en ella. Un pasaje clave es Hebreos 12:14: "Busquen... la santidad, sin la cual nadie verá al Señor". Según la corriente metodista, es un largo proceso de curación de la perspectiva del pecado distorsionada de la humanidad y forma de vida.

Cristianismo evangélico

Hay dos posiciones evangélicas sobre la santificación, la santificación progresiva y la santificación posicional.

Santificación progresiva

La santificación progresiva es la obra de santificación del creyente a través de gracia y las decisiones del creyente después del nuevo nacimiento. Esta es la posición de algunas denominaciones evangélicas, como las iglesias bautistas y algunas denominaciones pentecostales, como Asambleas de Dios y la Iglesia Cuadrangular.

Santificación posicional

La santificación posicional es la obra de santificación del creyente que se completa por completo en el nuevo nacimiento. Esta es la posición de ciertas denominaciones pentecostales, tales como la International Pentecostal Holiness Church, Iglesia de Dios (Cleveland) y Church of God in Christ.

Catolicismo

Según la Enciclopedia Católica "santidad" es diferente de Dios, persona y entidad corpórea. Por Dios, que es la única perfección moral absoluta de Dios. Para el individuo, es una unión íntima con Dios y la resultante perfección moral. Se trata

esencialmente de Dios, por un don divino. Para una sociedad, es la capacidad de producir y asegurar la santidad en sus miembros, que muestran una santidad real, no meramente nominal. La santidad de la Iglesia está más allá del poder humano, más allá del poder natural.

La santidad está regulada por normas. Por ejemplo, según la doctrina del amor del sufrimiento, la santidad debe incluir esta calidad. No es que el placer sea malo en sí mismo, sino que el sufrimiento purifica el amor propio de Dios. Aquellos que alcanzan la santidad aprenden a regocijarse en el sufrimiento. Porque el amor de Dios es liberado del egoísmo. Sus vidas se ajustan a la voluntad de Dios.

La santidad es para todos

Como parte complementaria de lo expresado hasta aquí ofrezco un breve artículo de Thomas James Olmsted (2018).

En los primeros siglos de la fe cristiana, el rito del Bautismo con sus gestos, palabras y simbolismo potentes, tenía un fuerte énfasis en la conversión, una reorientación radical de la vida del pecado y hacia Dios. Antes del Bautismo, los candidatos eran mandados a girar hacia el oeste, la dirección desde la que se pone el sol y la oscuridad desciende, y a rechazar el pecado y las tentaciones del diablo como si estuvieran cara a cara con él. Una vez que renunciaban a Satanás y al pecado, se volteaban hacia el oriente, la dirección de la salida del sol, a la luz de donde esperaban ver a Cristo volver en gloria. Tener literalmente sus espaldas al pecado y al diablo, afirmaban con confianza su fe y compromiso a Dios.

La llamada a la santidad en el Bautismo

Desde el momento del Bautismo, los cristianos se han comprometido a luchar contra “el mundo, la carne y el diablo” (cf. 1 Jn 2:16); y como ganan la batalla, la imagen de Jesucristo comienza a brillar con más claridad. En el Bautismo, a los catecúmenos se les pregunta: “¿Desea ser bautizado?” que es lo mismo que preguntar “¿Usted desea ser santo?”. En otras palabras, el Bautismo establece delante de ellos el carácter radical de la enseñanza de Cristo: “Sean perfectos como es perfecto el Padre que está en el cielo” (Mt 5:48) junto con las gracias para vivir en sus vidas.

En esto es lo que consiste la santidad; y cada cristiano, por su Bautismo, es llamado por Cristo para perseguirla. El Concilio Vaticano II afirmó esta llamada universal a la perfección cristiana: “*Todos los fieles, cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre*” (*Lumen Gentium* 11).

La tentación más grande: La santidad es sólo para unos pocos

Una de las tentaciones más grandes de Satanás en nuestro tiempo es plantar dentro de nosotros un concepto equivocado de la santidad que percibe a los santos como

un grupo especial favorecido por Dios con extraordinaria capacidad de virtudes heroicas, bendecido con dones y poderes especiales. Se convierten en figuras que pertenecen a un pedestal o remotas figuras en vidrieras cuyas vidas son historias admirables pero imposibles de seguir. En su famosa obra literaria llamada “Cartas del Diablo a su Sobrino”, que es una colección de cartas supuestamente escritas por un diablo mayor a su joven sobrino Ajenjo que recién está aprendiendo el arte de engañar a la gente para conducirles lejos de Dios, C.S. Lewis ¹¹ nos recuerda que esto es uno de los prominentes engaños de Satanás: “*Les hemos enseñado a pensar en el futuro como una tierra prometida que alcanzan los héroes privilegiados, no como algo que alcanza todo el mundo*” (25). En otras palabras, Satanás siembra la semilla más grande de mentiras cuando intenta convencernos de que la santidad no es para los cristianos promedio porque la mayoría son incapaces de ello. Incluso guardar los mandamientos parece demasiado difícil y la exhortación del Señor de “*Sean perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto*” no se aplica a los cristianos “promedio”, pero sólo para una élite, los pocos elegidos.

Lamentablemente, quien cae en esta “tentación de todas las tentaciones” cae en la mediocridad. Un signo prominente de sucumbir a esta gran mentira es cuando debilitamos la verdad de las enseñanzas de Cristo y Su Iglesia porque perdemos confianza en que la verdad puede liberarnos. En lugar de recibir con paciencia y perseverancia de Dios mediante la oración y los sacramentos la fuerza necesaria para vivir la fe, especialmente cuando es difícil y desafiante, hay un intento pesimista e indulgente de suavizar las exigencias de la fe. Así, la enseñanza del Señor se convierte en solo un ideal, alguna meta abstracta a que se puede aspirar pero con ninguna fuerza vinculante ni impacto duradero en la vida real. En esta tentación, el diablo baja la barra de la santidad a la capacidad limitada del hombre.

La santidad es posible con la gracia de Dios

La santidad no es buscar hacer lo suficiente, sólo para evitar pecados mortales o hacer el mínimo. Puesto que el Bautismo nos abre a la vida divina con Dios a través de la incorporación en Cristo y la morada del Espíritu Santo, sería una contradicción sólo conformarse con una vida de mediocridad, caracterizada por principios morales minimalistas y prácticas religiosas superficiales. Más bien, la santidad significa buscar a Dios con cada fibra de nuestro ser, amar a los demás con el mismo amor

¹¹ Clive Staples Lewis nació en Belfast, Irlanda del Norte, el 29 de noviembre de 1898. Fue un apologista cristiano, medievalista y escritor británico, reconocido por sus obras de ficción, especialmente por su saga *Las crónicas de Narnia*. También fue crítico literario, académico de la universidad de Oxford en la Magdalen College. Escribió novelas de ficción como *Cartas del diablo a su sobrino* y la *Trilogía cósmica*. Fue un amigo cercano de J. R. R. Tolkien, el autor de *El Señor de los Anillos*. Lewis fue bautizado en la Iglesia de Irlanda cuando nació, pero durante su adolescencia se alejó de su fe y se definió como ateo. Como resultado de una enfermedad fue enviado al pueblo de Malvern, Worcestershire, que tenía un clima más saludable, donde asistió al colegio preparatorio Cherbourg House. En 1917 comienza sus estudios en la Universidad de Oxford, donde desde 1925 ejerce como profesor de lengua y literatura inglesa. Fueron dos autores quienes lo movieron en un principio a acercarse al cristianismo: el escocés George MacDonald, y el inglés G. K. Chesterton con su libro *El hombre eterno*. Cuando tenía cerca de 30 años se reconvirtió al cristianismo, siendo "un seglar muy común de la Iglesia de Inglaterra". Lewis murió en Oxford el 22 de noviembre de 1963.

con que Él nos ama, decir sí sin reservas a Dios y permitiendo que la gracia de Dios nos transforme a la imagen de Su Hijo.

Lo que Jesús hizo con sus Apóstoles muestra el poder de la gracia de Dios que es capaz de transformar corazones. Jesús no empezó llamando a los escribas y fariseos bien informados para que lo sigan. Tampoco no empezó con los judíos normales de su tiempo. Comenzó con los hombres ignorantes de lugares insignificantes, con acentos fuertes junto con cabezas gruesas. Eran hombres que lucharon para entender su misión y vivir el mensaje que Él enseñó. Eran hombres que a la señal de peligro huyeron y se escondieron en miedo, abandonando al Señor cuando fue llevado para ser crucificado. Sin embargo, más tarde volvieron y, fortalecidos por su gracia, salieron a difundir el Evangelio hasta los confines de la tierra y libremente a morir por Cristo.

Las vidas de los Apóstoles son historias reales de gente común que se convirtieron, con la gracia de Dios, en los más grandes que jamás habían vivido. Como los Apóstoles, Jesús sigue llamando a cada uno de sus discípulos al heroísmo y para mostrar al mundo que la santidad es posible. Muchos de nosotros en nuestra vida cotidiana somos dedicados y trabajadores. Imagínese: ¿Qué ocurriría si dirigimos la energía, esfuerzo y sacrificio que diariamente ponemos para convertirnos en mejores estudiantes, vendedores, profesionales y así sucesivamente, hacia el “*unum necessarium*” (sólo lo necesario) — ser santos? ¡Podríamos transformar este mundo!

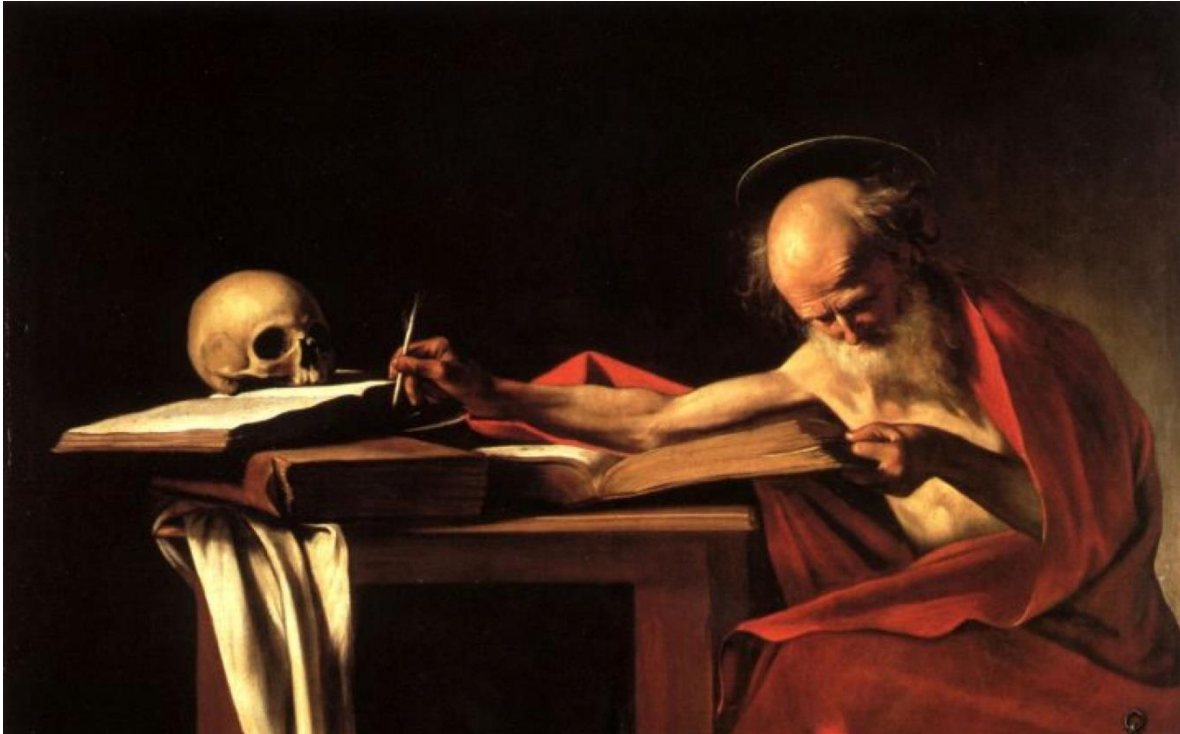
Para ser santos, no es necesario realizar obras extraordinarias o poseer un carisma extraordinario. En su autobiografía “*Una Historia de un Alma*”, Santa Teresa de Lisieux contó de su deseo de realizar todas las acciones más heroicas para el Señor: “*Jesús, si quisiera poner por escrito todos mis deseos, necesitaría que me prestaras tu Libro de la Vida, donde están consignadas las hazañas de todos los santos, y todas esas hazañas quisiera realizarlas yo por tí*” (Capítulo 9: “*Mi Vocación — El Amor*”). Sin embargo, Dios le mostró en la oración que “*los mejores carismas nada son sin el amor ... que la caridad es ese camino inigualable que conduce a Dios con total seguridad*” (Ibíd). Así, el camino a la santidad para todos los cristianos de todos los tiempos se resume en hacer las cosas ordinarias de manera extraordinaria, es decir, hacer la voluntad de Dios en nuestra vida diaria con el amor más grande. Esto significa ver a cada circunstancia, cada suceso, cada evento, cada ocasión, cada momento de la vida como una oportunidad para amar. Amar como Jesús ama a cada momento es un gran hecho y el que ama más es el mayor de los santos.

Durante el mes de noviembre, que comienza con la celebración de Todos los Santos, recordemos todos nuestros hermanos y hermanas que por alcanzar el cielo nos han demostrado que las personas “promedio” pueden llegar a ser santos con la gracia de Dios. Es un tiempo que, con gran valor y confianza en la gracia de Dios y la perseverancia, abracemos la santidad como el camino que conduce al cielo. Es tiempo de que nos recuerda nuestra vocación bautismal a la santidad, a ser un

espejo del amor de Jesucristo y para alegrarnos de que Dios ha dado y siempre nos proporcionará todo lo que se necesita para ser santo.

Parte segunda

Aspectos específicos sobre la santidad



(Pintura al temple y óleo sobre tabla, por el pintor renacentista italiano Leonardo da Vinci)

La santidad en la Biblia

Comenzamos esta segunda parte con un artículo de Agustín Giménez González (2019) sobre el tema del rubro ¹².

Es para mí una gran alegría publicar en la revista de esta Archidiócesis de Sevilla, porque en esta porción de la Iglesia santa de Dios se ama con una especialísima devoción a la Virgen María, como de todos es bien sabido. A Ella encomiendo el fruto de este artículo, y le pido siga conservando en el corazón de todos los sevillanos un filial y profundo afecto mariano.

¹² Este trabajo ha sido realizado con la ayuda financiera del Centro Español de Estudios Eclesiásticos de la Iglesia Nacional Española de Santiago y Montserrat en Roma en el marco de los proyectos de investigación del curso 2018-2019

El tema que voy a abordar es hermoso, es importante, y es apasionante: la santidad en la Biblia. Lo desarrollaré en tres puntos:

1. Dios es el Santo por antonomasia, es decir, el Santísimo.
2. La llamada a la santidad de la criatura.
3. La gran promesa.

1. Dios es el tres veces santo, el Santísimo

La Sagrada Escritura testimonia que solo hay un Santo: Dios. Solo a Él corresponde este adjetivo, hasta el punto de que la santidad emana de su ser. No hay santidad que no proceda de Dios. Esta santidad se hace patente de modo especial en las teofanías del Antiguo Testamento. Recordemos aquella paradigmática del profeta Isaías en el Templo de Jerusalén en el siglo VIII a. C.: “El año de la muerte del rey Uzías vi al Señor sentado en un trono excelso y elevado. El vuelo de su manto llenaba el Templo. Unos serafines se mantenían por encima de Él. Cada uno tenía seis alas: con dos se cubrían el rostro, con dos se cubrían los pies, y con dos volaban. Clamaban entre sí diciendo: — ¡Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos! ¡Llena está toda la tierra de su gloria! (Is 6,1-3)”.

Los ángeles proclaman la infinita santidad de Dios. Tanto *hagios* en griego como *kadosh* en hebreo remiten a la santidad excelsa de Dios. Es un término que tanto en la LXX como en la Tanak (biblia hebrea) se le atribuye principalmente a Dios, o a lo perteneciente al ámbito celestial, o a aquellos que han sido capacitados para acercarse a Él. De hecho, el griego, cuando quiere mencionar que un ser humano es santo en el sentido que empleamos en castellano, no emplea el adjetivo *hagios*, sino *hosios* (santo moralmente) o *dikaios* (justo, recto, intachable). Aunque *hagios* remite a la santidad propia de Dios, en Él también se dan en plenitud estos otros conceptos, la *hosiotês* y la *dikaiosynê*, de tal modo que Dios es el perfectamente *hagios*, *hosios* y *dikaios*.

¿Qué podemos decir, entonces, de la triple santidad de Dios? Fundamentalmente tres afirmaciones:

1. Como ya hemos señalado, *hagios* se refiere a la santidad sagrada, inalcanzable y majestuosa, de la esfera divina, y en este sentido remite a la gloria de Dios mencionada por los serafines de la teofanía de Isaías. Así, la santidad de Dios es su esplendor, su belleza, su majestad... aquello de Dios que atrae, seduce y nos deja fascinados. Esta gloria de Dios ha quedado plasmada en la belleza de las criaturas, que reflejan tenuemente la majestad de su Creador.

2. Pero la santidad de Dios también incluye su omnipotencia. La majestad de su gloria se manifiesta en su poder absoluto sobre todo lo creado. Se trata de un poder no equiparable a ningún otro, sino sustentador de cualquier poder, pues es la potestad creadora (cf. Gén 1-2) y salvadora de Dios (cf. Éx 14-15, *passim*). En cuanto poder creador, su santidad otorga la verdad del ser a todas las cosas. En cuanto poder salvador, la santidad de Dios rescata a la criatura de la corrupción y la lleva a su verdad plena.

3. Ahora bien, lo más sobresaliente de la santidad de Dios, inseparable de su belleza, de su poder y de su verdad, es su infinita bondad y misericordia. Si algo caracteriza al testimonio bíblico sobre Dios es que afirma que es bueno, buenísimo, ilimitadamente bueno, “porque es eterna su misericordia” (cf. Sal 117; 135).

Así pues, la santidad de Dios en la Biblia remite a los tres trascendentales del ser, la belleza, la verdad y el bien, los cuales no solo se dan en plenitud en Dios, sino que se identifican con su ser, y se manifiestan en su actuar. Su acción, a su vez, se despliega a través de su poder infinito.

Este poder, como señala el libro de la Sabiduría, es pleno porque su bondad es total. La omnipotencia de Dios es la base de su caridad sin límite: “te compadeces de todos, porque todo lo puedes y pasas por alto los pecados de los hombres para que se arrepientan. Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que hiciste; pues, si odiaras algo, no lo habrías creado [...] Tú eres indulgente con todas las cosas, porque son tuyas, Señor, amigo de la vida” (Sab 11,23-24.26).⁵

En efecto, Dios no solo es bueno, sino que además es el único realmente bueno y santo, como indica Jesús al joven rico: “Uno solo es el bueno (εἷς ἔστιν ὁ ἀγαθός)” (Mt 19,17), “no hay nadie bueno más que Dios; nadie es bueno sino solo Dios (οὐδεὶς ἀγαθὸς εἰ μὴ εἷς ὁ θεός)” (Mc 10,18; Lc 18,19).

Esta bondad se pone de manifiesto en todas sus obras, la primera de las cuales es la creación del universo. Dios crea movido únicamente por su bondad, lo cual queda especialmente puesto de manifiesto al comparar los relatos bíblicos de la creación (Gén 1 y 2) con los respectivos relatos mesopotámicos, como el Enuma Elish¹³ o el Atrahasis¹⁴. En estos textos, la tierra no es consecuencia de un acto de amor de Dios, como indicaba el libro de la Sabiduría, sino los despojos del dios malo, Tiamat, modelados por el dios Marduk. Por tanto, tiene en sus entrañas el germen del mal y la rebelión. Y el ser humano, a su vez, tampoco es creado por amor, sino por

¹³ *Enûma Elish* es un poema babilónico que narra el origen del universo. Cada una de las tablillas contiene entre 115 y 170 líneas de caracteres cuneiforme datados hacia el año 1200 a. C. El poema está constituido en versos de dos líneas, y la función del segundo es enfatizar el primero mediante oposición, por ejemplo: *Cuando en lo alto el cielo no había sido nombrado, no había sido llamada con un nombre abajo la tierra firme*. Según este mito, antes de que el cielo y la tierra existiesen, la diosa del agua salada Tiamat y su esposo Apsu, el dios del agua dulce, engendraron una familia de dioses, entre otros Lahmu y Lahamu, Anshar y Kishar (I:10-12). Anshar y Kishar engendrarían a Anu (I:14); Anu, a su vez, engendraría a Ea, también conocido como Nudimmud o Enki (I:16), el cual superaría a sus padres y no tendría rival entre los dioses (I:20). (Wikipedia)

¹⁴ Atrahasis, también Atar-hasis y Atram-hasis, es un término acadio que da nombre a un manuscrito firmado y datado por un tal Kasap-aya en tiempos de Ammi-Saduqa, que reinó desde 1646 a. C. hasta 1626 a. C. Es un extenso poema que abarca desde el origen del mundo a la creación del hombre, comprendiendo la narración del Diluvio, entre otras. Actualmente la copia más antigua y completa se encuentra en el Museo Británico de Londres. (Wikipedia)

exigencia de los igigu, los dioses menores, que quieren que otros hagan su trabajo para poder ellos descansar eternamente.

El testimonio bíblico, sin embargo, manifiesta que Dios crea sin necesidad de hacerlo, sin que esto le reporte ningún beneficio, en un acto libérrimo de su voluntad. Podría no haber creado nada, que no le faltaría nada ni a su majestad ni a su felicidad. Dicho con otras palabras, Dios crea por amor, movido libremente por su santidad.

Además, en todo lo que crea plasma su propia bondad, y así lo manifiesta Él mismo. Tras crear la luz, se dice: “vio Dios que la luz era buena” (Gén 1,4), y hasta siete veces se repite el mismo estribillo en este relato, que concluye así: “vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno” (Gén 1,31). No podía ser de otro modo: de un ser infinitamente bueno y todopoderoso solo podían salir criaturas en sí mismas buenas, que participasen de la bondad de su Creador. Ahora bien, de entre todas ellas sobresale una, el ser humano, la única de la que se afirma que fue creada a su imagen y semejanza (Gn 1,26). Es decir, que en esta criatura Dios se ha empeñado especialmente para que se parezca a Él, para que sea como Él, buena y santa. Dios ha querido compartir con ella su ser, su perfección. A diferencia de los dioses griegos, por ejemplo, que como vemos en el mito de Prometeo no querían ni compartir el fuego —un don propio de los dioses del Olimpo— con los hombres, el Dios de la revelación bíblica quiere compartir todo lo que Él es con el ser humano. Tal es así que le ofrece su propia divinidad, como señala 2 Pe 1,3-4: “nos ha llamado con su propia gloria y potencia [...] para que seáis partícipes de la naturaleza divina”.

Esto significa que todo hombre viene a la existencia con una vocación, una llamada a ser como Dios. Esa es la razón de ser de haber sido creado a imagen de Dios: alcanzar la semejanza con Dios, como diría san Ireneo. Él distinguía el ser imagen de Dios como un dato creatural de todo ser humano, y el ser semejante a Dios como nuestra vocación y finalidad, fruto de la acción del Espíritu Santo en el hombre. Así, ser imagen de Dios es la condición de posibilidad para llegar a ser semejante a Dios. El ser humano, a diferencia de las otras criaturas animales, tiene la capacidad de amar, al igual que Dios, lo que presupone a su vez el don de la libertad para elegir el bien, y el don de la inteligencia para conocer la verdad. Ahora bien, esa misma libertad, necesaria para poder amar y expresión de la bondad de Dios, pondrá en continuo peligro la vocación del hombre, pues podría igualmente ser usada para no amar.

2. El hombre, llamado a la santidad de Dios

El único santo quiere que los seres humanos sean igualmente santos. Como señala San Pablo, este es el motivo de la creación: “Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos e intachables (ἀγίους καὶ ἀμώμους) ante él por el amor” (Ef 1,4). Nótese que cada ser humano ha sido pensado, elegido y amado por Dios previamente a existir, desde antes de la creación del universo. El cosmos ha venido a ser en función de esta elección de Dios: nuestra santidad. No solo una santidad moral, o de justicia, sino la santidad majestuosa y gloriosa de Dios. Quiere que seamos hagios, del mismo modo que Él es hagios.

Esto es posible, como indica el himno de Efesios, “por el amor” infinito que nos tiene. No porque nosotros alcancemos esa santidad por nosotros mismos, sino porque Él establece una relación de amor con el hombre y, en el trato amoroso de ambos (posible por ser el hombre imagen de Dios), el ser humano se santifica y diviniza. Este es el fin, el objetivo del plan salvífico: que Dios y su criatura vivan en comunión, para lo cual el hombre es invitado a una relación de amor, de unidad y de confianza con su Creador. Esto se manifiesta en los dos relatos de la creación del Génesis. En el primero, por la ya mencionada creación a imagen y semejanza (Gén 1,26-27).

En el segundo (cf. Gén 2), en cambio, se percibe en los continuos beneficios que Adán recibe por parte de Dios: ser modelado de la tierra por sus propias manos (cf. Gén 2,7a), insuflar de Dios su propio aliento de vida (cf. Gén 2,7b), un jardín con toda clase de árboles hermosos y apetitosos (cf. Gén 2,8), el libre acceso al árbol de la vida (cf. Gén 2,9), sabiduría divina para conocer cómo evitar el pecado y la muerte (cf. Gén 2,17), la ayuda y el gobierno de los animales (cf. Gén 2,18-20), y la maravillosa compañía de Eva (cf. Gén 2,21-25), que se une a las bendiciones del primer relato sobre la fecundidad humana y el dominio de la tierra (cf. Gén 1,28-30).

Tantos dones de Dios son expresión de su amor al hombre, del deseo divino de vivir en comunión con su criatura predilecta, la cual debía alcanzar su plenitud comiendo del árbol de la vida, evitando pecar (esto es, comer del árbol del conocimiento del bien y del mal) y llevando a cabo la misión de Dios. ¿Qué misión? La de “guardar” y “servir” el jardín paradisíaco. Como señala Scott Hahn, cuando estos dos verbos hebreos (‘abad y ‘samar) aparecen juntos en el Pentateuco, remiten a la actividad propia de los sacerdotes en el culto del Templo, que deben guardar y servir. Por tanto, todo ser humano tiene una vocación sacerdotal, de relacionarse con Dios como sacerdote, de entrar en relación con Dios, convirtiendo la tierra en un gran Templo donde habite la gloria de Dios para que el hombre participe de ella. Su vocación última es, por tanto, que la santidad de Dios inunde la tierra, siendo él el mediador sacerdotal a través de su comunión con la santidad divina. Así, todo el universo será un gran Templo que glorifique eternamente a Dios.

Ese anhelo que tiene Dios por convivir con el hombre se expresa, finalmente, en el hecho de que Dios baje al jardín a su encuentro, como si se tratase del sancta sanctorum, y le busque: Adán, “¿dónde estás?” (Gén 3,9).

Ahora bien, como todos sabemos, desde el inicio el hombre traicionó su vocación a la santidad. Como señala Sab 2,23, releyendo Gén 3, “Dios creó al hombre incorruptible y lo hizo a imagen de su propio ser; mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo”. Este ángel caído, representado por la serpiente en Gén 3,1-5, logró lo que parecía imposible: convencer al ser humano de que Dios no era bueno ni santo, sino su enemigo, el rival de su felicidad, el obstáculo que le impedía alcanzar la plenitud. He aquí la raíz del pecado: dudar de la bondad de Dios, poner en tela de juicio su santidad. Nótese que no hay ningún pensamiento más perverso ni irracional que este. Dios, que se ha deshecho en beneficios para con el hombre, es acusado de querer su mal. Adán y Eva tenían que elegir de quien fiarse, de su buenísimo Creador, o del acusador del cual no habían recibido ningún beneficio. Inexplicablemente rompieron la comunión con Dios por un acto radical de

desconfianza, de sospecha hacia su santidad, de negación de su bondad. Aceptar la mentira de que Dios era malo rompió por dentro al hombre, corrompió su comunión con Él, secó la fuente de vida procedente de su confianza, y entró la muerte y el pecado.

Esta ha sido siempre la gran mentira de Satán, que solo busca esto, que Dios —el infinitamente santo— sea maldito por su criatura. Aquí se esconde la raíz del pecado y, al mismo tiempo, el secreto del éxito del plan de Dios.

Recordemos al pueblo de Israel durante su marcha por el desierto. Su pecado continuo es acusar a Dios de querer su muerte, de ser malo. En vez de acoger que les ha liberado de la esclavitud de Egipto por amor y para llevarlos a una tierra maravillosa, le maldicen en todo momento:

- Frente al mar Rojo, porque dicen que les sacó para hacerles morir a manos de los egipcios o ahogados (cf. Éx 14,11-12).
- En los diversos desiertos, porque les ha liberado para matarlos de sed o de hambre (cf. Ex 16,3; passim).
- En Cades-Barnea, se niegan a entrar en la tierra prometida porque recriminan a Dios haberles tendido una trampa para morir a manos de sus habitantes (Núm 14,1-10).20

En vez de reconocer la santidad de Dios y pedir confiadamente su ayuda, pecan maldiciéndole y rebelándose.

Es lo mismo que pretende Satán con respecto a Job. Quiere que el más justo de los hombres maldiga a Dios para demostrarle a este que no es digno de ser amado de verdad por nadie; que solo logra que sus criaturas le amen por los regalos que les hace, pero que ninguno le ama por sí mismo. Dios, en un acto de confianza en la santidad de Job permite que sea probado terriblemente por Satán, que desea arrancar como sea una maldición de la boca de Job. Sin embargo, este muestra su santidad defendiendo la bondad de Dios: “El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó; bendito sea el nombre del Señor [...]. Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?” (Job 1,21; 2,10).

Job, junto con otros santos del AT y tantos salmos que alaban a Dios por su inmensa bondad, vence al pecado bendiciendo a Dios. Sin embargo, estos son la excepción en la historia de la humanidad. La Biblia testimonia cómo desde los orígenes los hombres se fueron alejando cada vez más gravemente de Dios, hasta el punto de que el proyecto de la creación parece convertirse en un fracaso absoluto: “Al ver el Señor que la maldad del hombre crecía sobre la tierra y que todos los pensamientos de su corazón tienden siempre y únicamente al mal, el Señor se arrepintió de haber creado al hombre en la tierra y le pesó de corazón” (Gén 6,5-6).

Sin embargo, frente al aparente fracaso, Dios no va a reaccionar destruyendo a la humanidad, conforme a la conclusión del relato del diluvio en Gén 8,20-22. Su plan para lograr que el hombre viva su santidad será otro: elegirse un pueblo con el que hacer una alianza para, por su medio, llevar su bendición a todas las naciones (cf. Gén 12,1-3).

De hecho, la alianza que hará con Israel en el Sinaí tiene como consecuencia primera que Dios bajará a habitar con su pueblo, y su santidad será visible en forma de columna de nube por el día y columna de fuego por la noche. Dios quiere seguir intentando vivir en comunión con los hombres. Pero, para poder llevarlo a cabo, el pueblo debe ser purificado, santificarse, para poder estar tan cerca de la santidad de Dios y no ser consumido por esta (cf. Éx 19-23). De ahí la exigencia especial para Israel de cumplir la ley de santidad que Dios le entrega: la necesita para poder convivir con Dios.

No obstante, aparentemente, también este plan va a venirse abajo, pues el testimonio bíblico de la historia de este pueblo durante doce siglos es de infidelidad. Nada más realizar la alianza, la rompen estrepitosamente quebrantando el primero y más fundamental de los mandamientos, el de no hacerse ídolos ni postrarse ante ellos (cf. Éx 32: pecado del becerro de oro). Ya hemos mencionado las continuas maldiciones del desierto, y la negativa a entrar en la tierra prometida, por no hablar del terrible pecado de fornicación, adulterio e idolatría con las moabitas de Baal Peor, solo sofocado por el celo santo de Pinjás (cf. Núm 25). Podríamos seguir mencionando infidelidades en tiempos de los jueces, o los pecados de los reyes malos como Roboam, Jeroboam, Ajab, Manasés, Ocozías, Joaquín, Sedecías, etc., e incluso de los reyes buenos, como el adulterio-asesinato del rey David, o la idolatría final de Salomón.

Desde el libro del Génesis a 2 Reyes, desde los profetas del siglo VIII hasta los del post-exilio, el AT testimonia continuamente la historia de la no-santidad de Israel, salvándose solo honrosas excepciones. Ahora bien, estas le bastarán a Dios para que su plan siga adelante con éxito, pues su santidad es mayor que el pecado del hombre.

3. El mandato y la promesa

En el corazón del Código de Santidad leemos: “Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo” (Lv 19,2). Así traduce la actual versión litúrgica, acentuando el mandato y la exigencia de ser santos (pues el Dios Santísimo habita en medio de su pueblo), con el imperativo “sed santos”.

“Seréis santos –hagioi–, porque yo soy santo, el Señor, vuestro Dios”. La traducción literal no solo mantiene el carácter exhortativo de la frase a ser santos, sino que añade el importantísimo matiz de promesa. Dios se compromete a hacerles santos en el futuro. Es como si les dijese: vosotros, que sois incapaces de ser santos por vosotros mismos (como demostrarán los siglos futuros de la historia de Israel), llegaréis a serlo por mi santidad, porque yo lo haré posible, porque os regalaré mi santidad.

Más adelante la promesa aparecerá en boca de los profetas, especialmente de Jeremías y Ezequiel. Así, en Jr 31,31-34 leemos: “Haré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva. [...] Pondré mi ley en su interior y la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrán que enseñarse unos a otros diciendo: «Conoced al Señor», pues todos me conocerán,

desde el más pequeño al mayor —oráculo del Señor—, cuando perdone su culpa y no recuerde ya sus pecados”.

Por su parte, Ez 36,24-28: “Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará: de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar; y os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi espíritu, y haré que caminéis según mis preceptos, y que guardéis y cumpláis mis mandatos”.

Como puede verse, ambos profetas anuncian una acción futura de Dios por la que este transformará al hombre en una criatura nueva. Lo hará desde dentro, en el interior del hombre, por obra de su espíritu de santidad. El resultado será un pueblo santo y fiel al amor de Dios, que viva en comunión e intimidad con él.

Esta no es otra que la obra redentora, justificadora, salvadora y santificadora de nuestro Señor Jesucristo en el misterio pascual y envío del Espíritu Santo, todo lo cual aparece abundantemente testimoniado en el NT. Como señala Pedro en el discurso de Pentecostés, todo lo que uno debe hacer es creer en el Señor Jesús, muerto y resucitado, y ser bautizado en su nombre, recibiendo así el perdón de los pecados y la plenitud del Espíritu Santo anunciado por los profetas (cf. Hch 2,37-39: “Preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: ¿Qué tenemos que hacer, hermanos? Pedro les contestó: Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque la promesa vale para vosotros y para vuestros hijos”).

La recepción del Bautismo incluía en los primeros siglos de la Iglesia, como culmen del rito, la participación en la Eucaristía, esto es, en la alianza nueva y eterna (cf. Lc 22,20). La Eucaristía, como se sigue de los relatos sinópticos de su institución, y de las cartas de Pablo, supone la participación en el misterio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, el acontecimiento salvífico de la humanidad. En esa última cena, Jesús se identificó con el siervo del cuarto cántico de Isaías, al señalar que el cáliz era su sangre derramada “por muchos” para el perdón de los pecados (cf. Mt 20,28; Mc 14,24), pues también el siervo es víctima de expiación “por muchos” (cf. Is 53,11: “Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos”).

Ahora bien, dicha Eucaristía no sólo redime al que la recibe, sino que le santifica y le llena de vida, pues es el verdadero pan que ha bajado del cielo, que otorga la vida eterna y la comunión plena con el Hijo eterno del Padre (cf. Jn 6; 1 Cor 11,23-27). En efecto, al comulgar con amor, el cristiano come al Santísimo que, entrando en el interior del hombre, lo transforma, lo hace una criatura nueva, escribe en su corazón la ley de santidad y lo introduce en la comunión con el Padre y el Hijo en el Espíritu. Así, el cristiano se transforma en lo que come, como diría san Agustín, haciéndose cuerpo de Cristo y viviendo su santidad por el espíritu de filiación divina que ha recibido. Al hombre le toca corresponder a tan magnífico don acogéndolo con gratitud y proclamando ante el mundo entero: “Dios es infinitamente bueno, y nos ha mostrado su amor eterno entregándonos a su Hijo”.

Por otra parte, la manifestación más clara de que uno ha sido transformado por Dios es una vida santa. Por eso la vocación de los cristianos es reflejar la santidad de Dios en su vida, posible solo gracias a la acción del mismo Dios, pues como decía san Pablo: “No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20). Así, Jesús insiste a sus discípulos que deben amar como Dios ama, para ser verdaderamente hijos de Dios. Deben amar a sus enemigos porque Dios ama a todos, y si lo hacen, llegarán a ser hijos de Dios (cf. Mt 5,43-48). Ahora bien, Jesús muestra con su propia vida cuál es el camino de la santidad: él mismo. Por eso Pablo invita a los filipenses a adoptar los mismos sentimientos de Cristo Jesús, entre los que sobresalen la comunión con los demás y la humildad.

No obstante, la obra santificadora de Dios en el hombre no concluye con la recepción del Espíritu Santo en el seno de la Iglesia, y la transformación de la propia existencia en una vida de santidad. Esta acción solo llegará a su plenitud en los cielos nuevos y la tierra nueva, con la resurrección final en la que seremos revestidos de la resurrección gloriosa de Cristo y todo nuestro ser, cuerpo y alma, será transido por la santidad de Dios (cf. Rm 8,17-19).

Mientras llega ese momento, caminemos en la santidad de Cristo, por el Espíritu, de la mano de María Santísima, la kecharitomene, la plenamente llena de gracia (cf. Lc 1,28), la criatura donde se refleja de modo perfecto la santidad de Dios.

La santidad de Dios, fin y forma de la vida cristiana

Ofrezco aquí el texto de la lección pronunciada por Leo Scheffczyk ¹⁵ (1978) en la sesión anual del “Kreis für Internationale Priesterbegegnung”, en colaboración con el «Centro Romano di Incontri Sacerdotali», celebrada en Bensberg, Alemania, 17 a 19 de agosto de 1978.

No puede decirse que la santidad de Dios, tanto en la teología como en la conciencia de fe, sea precisamente un tema dominante en la actualidad. Incluso en obras que se ocupan detenidamente de la exposición de la fe -por ejemplo, el «*Gemeinsames Glaubensbuch*», el Catecismo evangélico de adultos, el *Curso fundamental de la Fe*, de K. Rahner, o incluso el «¿Dios existe?» de H. Küng no se habla

¹⁵ Leo Scheffczyk nació en Beuthen, Polonia. Estudió durante la Segunda Guerra Mundial en el departamento teológico de la Universidad de Breslau. Se trasladó después a la Universidad de Munich. Fue ordenado sacerdote para la arquidiócesis de Munich el 29 de junio de 1947. Desempeñó su trabajo, un año de su ordenación, como profesor de Teología en el seminario de Königstein en Taunus. Luego tarde se trasladó a la universidad de Tübingen. Mientras que era informado sobre temas tales como la Virgen María, no era entonces considerado como una opción probable para una promoción en la curia papal. A diferencia de esos teólogos como Yves Congar, se mantuvo alejado de los procedimientos del Concilio Vaticano II, aunque, sin duda, entendía su pensamiento muy bien. Después de 1978, recibió el título de monseñor. Centrado en la escritura de la teología, trabajó en la Congregación para la Doctrina de la Fe. A menudo, consultado por Joseph Ratzinger, se dedicó a resolver cuestiones teológicas. Juan Pablo II respondió a las solicitudes hechas por el cardenal Ratzinger y por Avery Dulles y fue creado cardenal el 21 de febrero de 2001. Teniendo en cuenta su edad, Scheffczyk pidió dispensa de no ser consagrado obispo (como exige la ley canónica moderna). Era un mariólogo enciclopedista. Falleció en Munich el 8 de diciembre de 2005. Es considerado uno de los pensadores católicos más importantes de finales del siglo XX. (Wikipedia)

temáticamente de este atributo de la esencia divina. Este atributo -incluso sería mejor llamarlo el modo específicamente divino de darse en Dios su esencia- no se destaca tampoco en el reciente redescubrimiento del Espíritu Santo y de su acción en el mundo. Podría decirse que hoy hemos descubierto el Espíritu, pero no su santidad.

Por otra parte, merece consideración en este contexto el hecho notable de que la Filosofía moderna, si se prescinde del marxismo, ha mantenido una continua atención al tema de la santidad. Desde Kant hasta Heidegger, la cuestión ha sido discutida en la Ética o en la Metafísica, aunque no siempre bajo su aspecto religioso. Con todo, este hecho es muy significativo a la hora de comprender nuestra actual situación espiritual, desde la que debemos plantearnos la pregunta acerca de lo santo y, más en concreto, acerca de la santidad de Dios. De ahí que nuestra primera reflexión trate de iluminar y comprender esta situación actual, en la que evidentemente el mundo de lo santo aparece en trance de desaparición.

I. El ocultamiento del valor de lo santo en el mundo contemporáneo

No es difícil reconocer la causa de esta situación actual. De una manera general hay que ponerla en el oscurecimiento de los valores religiosos en el mundo moderno, incluso en la pérdida de la idea misma de valor. La palabra de Nietzsche sobre «la desvalorización de todos los valores», como muchas de las profecías de este profeta de lo negativo, lleva consigo la tesis de que a este proceso de demolición contribuirá incluso el Cristianismo. Incluso en el campo de la teología moral se observa una clara tendencia a prescindir del mundo de los valores. En lugar de valores se prefiere hoy hablar de «bienes» (Gütern), palabra que en nuestro patrimonio lingüístico sugiere algo distinto de valor. Los «bienes» son algo que se determina a partir de su uso, de su utilidad, de la necesidad que el hombre siente. Los valores, por el contrario, están por encima de todo efecto de utilidad. No se puede usar de ellos para fines más altos. Sólo se puede descansar en su posesión, o bien -y esto significa otra nueva posibilidad- se puede avanzar desde un valor a otro más alto y así elevarse hasta el más alto valor religioso, el valor de lo santo. Precisamente esta elevación es la que se hace difícil para el hombre de hoy. Disponemos hoy de correctas investigaciones sociológicas, como por ejemplo la del italiano Sabino Acquaviva, que ha ilustrado estadísticamente esta progresiva desaparición de lo santo en la sociedad moderna, pero a la vez la ha fundamentado filosóficamente. El llamado mundanismo vulgar, la fascinación de la técnica y el positivismo en la concepción del mundo han cortado al espíritu las alas con las que podría elevarse hasta la consideración del mundo de los valores y desde ahí al mundo de lo santo. Desde una sociología todavía abierta a la idea de los valores se ha diagnosticado con precisión la situación actual, y esto con la ayuda de medios científicos. Así lo indica por ejemplo J. Grand'Maison, que hace notar que el libro de Rudolf Otto, titulado *Lo santo*, publicado en 1917, alcanzó en los años veinte dieciocho ediciones y provocó un profundo movimiento en el mundo espiritual de la época. Este libro lo usan hoy casi exclusivamente algunos especialistas. Si hoy se escribiera una obra de título análogo alcanzaría una mínima resonancia. En esta situación se intercala, por ejemplo, sólo como una pequeña piedrecita, la obra del

sociólogo americano B. L. Berger, titulada *Tras las huellas del ángel*, obra enteramente positiva, que no sin éxito ha golpeado la conciencia contemporánea para abrirla a la trascendencia. En ella se nombran y se estudian numerosos valores trascendentes, pero sin que el autor consiga abrirse paso hasta el valor de lo santo. Es lo santo en cierto modo como una nueva dimensión de la trascendencia que no es alcanzable a través de la simple contraposición entre aquendidad y allendidad, entre tiempo y eternidad, entre contingente y necesario.

De ahí también una gran dificultad a la hora de determinar qué sea lo santo por parte de la filosofía, la cual, como ya hemos indicado, ha mantenido hasta la actualidad la cuestión acerca del valor de lo santo, pero ofreciendo unas respuestas que deben ser calificadas como poco significativas para una comprensión de la fe.

Para E. Kant, lo santo significa sencillamente lo moral o la suma o la esencia de nuestras obligaciones morales. Para los neokantianos de comienzos del siglo XX consiste lo santo en la conjunta comprensión de lo bueno, de lo verdadero y de lo bello, lo santo sería la síntesis de los valores morales. Para la filosofía moderna, que arranca de Martín Heidegger es lo santo algo que se identifica con el ser inobjetivo, una especie de reflejo del ser fundamental, pero que no puede ser pensado como algo personal.

Pero incluso donde se percibe una influencia de la fe cristiana, como por ejemplo en la dirección fenomenológica que arranca de Max Scheler, y donde, por tanto, lo santo viene entendido como un valor trascendente' con una clara referencia al Dios personal, aparecen grandes dificultades. ¿a la hora de una más exacta determinación de este valor. Con frecuencia uno tiene la impresión, en ciertas descripciones de qué sea lo santo, de que el pensamiento y el lenguaje se hacen ya por completo incapaces de alcanzar su objeto y se limitan a una palabrería que cae en el vacío. Este es el caso, por ejemplo, de J. Hessen, que afirma que lo santo es «la realidad mundana trascendente y personal», cual evidentemente no tiene ningún contenido específico.

A la vista de tales dificultades filosóficas, se podría fácilmente disculpar a este hombre contemporáneo, cuando muestra su desinterés y desconocimiento en una materia que parece sustraerse incluso para el más cultivado pensamiento filosófico. Esta exoneración de toda culpa podría también hacerse en el campo religioso-teológico de la fe en Dios, y argumentar de la siguiente manera: si se ha hecho tan difícil para el hombre alcanzar esta sublime cumbre de la realidad trascendente, ¿por qué no se prescinde de ella?, ¿por qué no quedarnos sencillamente con el Dios de la confianza, con el Dios de la esperanza, que ofrece al hombre una fuerza captable y útil a la hora del despliegue de su vida? ¿Por qué esforzarnos todavía por llegar a esa altísima e invisible cumbre que, en todo caso, se encuentra perdida entre las nubes, y que significa muy poco a la hora de una relación real con Dios?

Tales tendencias se insinúan hoy fuertemente en la praxis pastoral, donde se esconden detrás de la divisa siguiente: hoy no se puede exigir al hombre que se alce hasta lo más trascendente, debe, por el contrario; transformarse la catequesis

en una especie de paracatequesis, que le presente solamente las verdades más prácticas y a la mano. Y, sin embargo, no se puede ceder a tales pretensiones. Una cesión de este tipo quitaría a la fe en Dios, considerada como un todo, precisamente su cumbre. Porque toda criatura debe ser valorada precisamente por su más alta posibilidad o capacidad. Si se le quita esta más alta capacidad, se le disminuye en su conjunto. Por tanto, queda falseada realmente la fe en Dios en su totalidad, si ya no se toma en serio la santidad de Dios o se la reduce, a la manera de Teilhard de Chardin, a ser el motor de la evolución.

Si se duda acerca de la significación vital de la cuestión sobre la santidad, debería también tenerse en cuenta el argumento contrario que procede de una doctrina creyente y profunda acerca de los valores. Los valores se presentan, en la realidad, junto con las criaturas y los bienes, pero hay que considerar en qué consiste su especificidad: que no es otra que lo bueno considerado en su específica fuerza iluminadora, en su capacidad de iluminar y en su carácter de promesa. Todo valor tiene, sin duda, su propia sustantividad, pero también tiene esta otra característica: la de apuntar de una manera transparente y prometedora a un último y más alto valor, al cual tiende en todo su ser y sin el cual se hunde y carece de toda riqueza. No puede uno, por tanto, si es que quiere permanecer fiel a los valores, dispensarse del conocimiento y de la realización de este más alto valor; de lo contrario, se hunde en él abismo toda la gradación de los valores. En la práctica, esto puede hoy día demostrarse tomando el ejemplo del valor de la vida o del valor de la santidad de la vida, también de la vida no-nacida. El mundo actual ha perdido no sólo la expresión «santidad de la vida», sino que la cosa misma se le ha difuminado. La causa es inequívoca y consiste en que el valor de lo santo que de manera última debe ser puesto en Dios, ya no se considera en absoluto. Así sucede incluso en el campo eclesiástico: nadie se da cuenta de qué cosa tan monstruosa es para el culto y la vida práctica cristiana el hecho de aceptarse pacíficamente la llamada *Fristenlosung*¹⁶. En lugar de oponerse a ello con todas las fuerzas morales a su disposición, uno ve cómo se pronuncia la palabra resignada: «hay que vivir con la *Fristenlosung*».

¹⁶ *Fristenlosung* es un término alemán que en castellano corresponde a regulación del límite de tiempo, también conocido como la solución de los límites de tiempo, se utiliza en relación con el aborto. El período se entiende como el período medido desde la concepción (concepción) o desde el primer día del último período, dentro del cual un aborto es posible con impunidad. Los términos que representan simultáneamente palabras de moda políticas no están claramente definidos en todos los países. Esto ya comienza con la controvertida cuestión de si *la solución del límite* de tiempo y la regulación del plazo son *sinónimos*, o si uno de los términos debe evaluarse como "neutral". Ambos se refieren generalmente a la solución legal del problema ético vinculado a un plazo en distinción a los modelos de indicación que se orientan *hacia* una razón. En la práctica lingüística (de diferentes países de habla alemana), las expresiones a veces se usan de manera diferente. También hay un uso más amplio y un uso estrecho de los términos. En el sentido del uso más amplio, en algunos estados es una solución / regulación de plazo si un aborto impune se encuentra dentro de un período de tiempo fijo en la competencia de toma de decisiones de la mujer, pero además puede haber otras restricciones como un deber de asesoramiento (asesoramiento de conflicto de embarazo) o la invocación de una situación de emergencia por parte de la mujer embarazada. En el sentido de un uso lingüísticamente más limitado, es solo una solución / regulación de plazo si la decisión sobre un aborto del embarazo está vinculada exclusivamente a la fecha límite y no hay más restricciones, como la obligación de asesorar. (Wikipedia)

De ahí que la cuestión, o mejor dicho, la batalla por el valor de lo santo sea hoy indispensable para los cristianos. Pero esto se deja ver también desde otro ángulo más práctico, religioso. Nos referimos a la relación entre la vida cristiana cotidiana y la celebración de la liturgia.

Hay que reconocer que en el campo de la Liturgia, de la *lex orandi* de la fe, la santidad de Dios, tanto antes como ahora, han mantenido su posición esencial. En el culto, en la celebración litúrgica, está la santidad de Dios o el Dios Santo en el punto central del acontecimiento. Pero si en el horizonte vital del cristiano desaparece la comprensión subjetiva de lo santo, si se permite que el conocimiento de lo santo y su valoración se recubra de alguna manera la profanidad del pensamiento y del sentimiento, no hay duda de que, con el tiempo, se llegará también a una tajante separación entre el culto y el sentimiento normal de la vida. Esta tensión abocará lógicamente o a una total incompreensión de la Liturgia, o a su profanización. Lo cual quiere decir que si hoy el culto aparece todavía como el último bastión de lo santo -la cuestión acerca de si es realmente en todas sus formas prácticas no la planteamos ahora-, se debe igualmente tener en cuenta que este bastión necesita junto a sí su «explanada» o zona de seguridad. Este ámbito está constituido por el reconocimiento del valor de lo santo en la conciencia natural del hombre, así como en la conciencia general de fe propia de la Iglesia.

La Iglesia mantiene este valor desde que él anidó en la originaria y cotidiana oración de la Iglesia, el Padrenuestro, que – y ello es significativo – pone la santidad de Dios en la primera petición como punto de partida, y de manera sorprendente, implora la santificación de Dios, lo cual evidentemente no es fácil de entender.

Podrían, pues, entenderse las siguientes reflexiones acerca de la santidad de Dios como centro y como forma interna de la vida cristiana, al modo de una sencilla interpretación de esta primera petición del Padrenuestro, y desde ahí -y es importante resaltarlo--, deducir una entera teología de la santidad, tal como lo hace, por ejemplo, santo Tomás de Aquino. Se podría, pues, escribir un tratado teológico acerca de esta oración y en él hacer una profunda reflexión acerca del misterio de la santidad de Dios y de la santidad del hombre. Hay aquí –en el Padrenuestro-- algunas indicaciones significativas para determinar la esencia de lo santo, por ejemplo, al designarlo como lo «maravilloso», y después, como lo «digno de amor», concepto éste especialmente interesante para salir al paso de una unilateral concepción de lo santo entendido como lo «tremendum»; finalmente designa a lo «digno de honor» lo «inexpresable», y lo que es sólido y firme porque trasciende a toda posibilidad de cambio.

Si bien con todo lo expuesto ya se han dicho cosas muy profundas. acerca de la santidad de Dios, el pensamiento creyente debe, sin embargo, ir más allá e interesarse por reducir esta multiplicidad de notas. y características a un punto unitario, profundizando de alguna manera hasta la misma raíz. Para lograrlo se impone un cierto esfuerzo especulativo acerca de la santidad de Dios que se apoye, como en su fundamento, en la revelación divina, pero que acoja también ciertos conocimientos racionales, procedentes principalmente de la filosofía de la religión.

2. El misterio de la santidad de Dios

La teología tradicional -siguiendo su método racional-ontológico-- ha incluido la santidad de Dios entre los atributos de la voluntad divina, y de esta manera ha entendido la santidad de Dios como la más alta moralidad, más todavía, como la perfecta coincidencia de su querer con; su esencia. Por este camino, sólo podría lograrse una determinación meramente formal de lo santo, quedando fuera de la mirada lo que verdaderamente es específico, lo destacado y misterioso de la santidad divina.

Es significativo que en este punto la manera bíblica de pensar esté orientada de otra manera. La santidad de Dios aparece aquí ante todo y esencialmente no como una propiedad de Dios, como un atributo de su voluntad y como un predicado ético, sino como una afirmación; personal acerca de la incomparabilidad de Dios respecto de todo lo creado y de todo lo mundano. En el concepto hebreo *kadosch*, que procede de una raíz que significa «cortar» o «separar», se designa a Dios como, el «No próximo», como aquél que está en la más absoluta e íntima trascendencia sobre la creación, e incluso sobre el pueblo que El mismo se ha elegido. Este planteamiento no permite, de entrada, pensar en una propiedad humana que Dios tenga en común con el hombre y que se predique de Dios de una manera mucho más elevada y espiritual.

Con este concepto debe obtenerse precisamente el efecto contrario, a saber, la impresión de la incomparabilidad de Dios, de su dignidad por completo inaccesible a la creatura, de una luz resplandeciente que consume a la creatura de manera que se ve cegada por este resplandor. De ahí que al hombre no se le permita durante una teofanía mirar al Dios Santo, como se dice de Moisés delante de la zarza ardiendo: «Moisés: escondió su rostro y no se atrevía a mirar delante de Dios» (Ex 3,5). De la misma manera, ya en el NT, reacciona Pedro a la vista de la revelación de Cristo y de su poder de hacer milagros: «Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador» (Lc 5,8).

A lo cual sólo habría que agregar que las notas de incomparabilidad y de distancia respecto del hombre, que se incluyen en el concepto de la santidad de Dios no deben ser afirmadas sólo en relación con la pecaminosidad del hombre, sino también en relación con su carácter de la creatura en cuanto tal. El abismo, el hiato, resulta ante todo de la esencial otredad en que se da lo increado respecto de lo creado, lo llamado a ser desde la nada -y que siempre puede volver a la nada- respecto a la perfecta, intocable e incuestionable plenitud de ser de lo increado.

Se podría pensar, en consecuencia, que, según el pensamiento bíblico, lo santo de Dios sería precisamente lo separado del hombre, lo sin relación, lo sin analogía, lo totalmente otro, lo que apenas es pensable por el hombre y expresable en palabras humanas. A partir de aquí, se puede fácilmente entender que Rudolf Otto, bajo la impresión de un análogo patrimonio obtenido a partir de la historia de las religiones, traslada lo santo simplemente al campo de lo irracional, pasando lo santo, desde

ese momento, a ser algo que sólo puede estudiarse como un fenómeno psíquico del hombre.

Pero el pensamiento bíblico y la fe cristiana no pueden, por su misma esencia, empujar lo divino al campo de lo irracional. Es imposible que así sea, pues este Dios, en la Revelación -y tanto en la revelación de la creación como en la de la redención-, se ha dado a conocer al hombre y se ha dirigido tanto a su fe como a su razón. En la Revelación divina, en efecto, la relación del hombre a la santidad de Dios se ha dado también de otra manera. El hombre no puede ni debe limitarse a designar a Dios -de una manera puramente negativa, sin contenido-- como el separado, como el sin relación, como el totalmente otro; a esto se limitaba, en efecto, la teología dialéctica, que contribuía a su manera a advertirnos de que Dios no debe ser entendido como algo que se vacía en la creación. Pero hay que decir que la revelación significa simultáneamente la vinculación con el separado, el acceso al inaccesible y la distancia en aproximación. El pensamiento bíblico tiene en cuenta este hecho originario cuando pone lo santo de Dios en relación con el mundo, lo llena de contenido espiritual y, en este sentido lo hace luminoso para el hombre que se eleva hasta la luz. Esto sucede sobre todo cuando la Biblia se sirve de imágenes que son ciertamente imágenes, pero que tienen a la vez un profundo sentido y contenido y que afirman, ante todo, la sublimidad, la majestad, el resplandor espiritual y la gloria del Dios Santo en su relación al hombre. Esto lo vemos de manera especialmente penetrante en la visión que tuvo Isaías de su propia vocación (Is 6,1-6). En la presencia de esa majestad el hombre no viene negado, porque la Revelación es a la vez para el hombre una comunicación de vida que lo mantiene y lo empuja. El hombre, ante lo inexplicable, no queda simplemente sin palabras, del todo cegado ante el resplandor espiritual. Pero su ser, ante la majestad de Dios, debe deponer toda autoafirmación, y el lenguaje humano, en consecuencia, refleja el verse en una «casa llena de humo», según la expresión de Isaías (Is (-,4), es decir, la mirada se dirige hacia algo velado que oculta su más profunda esencia.

La primera reacción del hombre ante la revelación de lo santo es, según Isaías 6,5, una impresión de miedo y de perderse en el abismo. Pero es también, como se demuestra en el transcurso de esta teofanía, un temor mesurado, que se transforma en veneración y respeto, y es también un bendito perderse que se acredita a sí mismo en la tensión de un infinito contraste entre la aniquilación y la conciencia de una plenitud personal. De ahí que la fe pensante, incluso después de que ha tenido lugar la revelación del Dios Santo, sabe que la santidad de Dios no se puede determinar, ni definir, ni abarcar con una palabra. La santidad de Dios puede sólo expresarse por medio de contrastes o también de una manera dialéctica, como lo hace san Agustín con unas palabras que tienen permanente validez y que parece imposible de que sean mejoradas: «inhorresco, inquantum dissimilis eisum, inardesco inquantum similis ei sum». Es el mismo pensamiento que la moderna filosofía de la religión trata de expresar por medio del doble concepto de «tremendum» y «fascinatum», que en el ámbito cristiano cobra, sin duda, una notable transparencia. En la espiritualidad cristiana desaparece el tono naturalista de este contraste y ello por la sencilla razón de que en el centro de esta tensión

bipolar se encuentra la fuerza del amor de Dios. Este amor, con el que Dios atraviesa ante todo su propia vida, es Dios mismo y lo es de manera tan esencial y poderosa que alcanza la forma de ser más alta y pensable para el hombre, a saber, la de un ser subsistente, de una hipóstasis, que es la Persona del Espíritu Santo. En la Persona del Espíritu Santo y en la que llamamos -y no por azar- la Santísima Trinidad, alcanza la comprensión cristiana de la santidad de Dios su propia plenitud, su específica «cristianidad» y, por así decirlo, también el claroscuro de un peculiar misterio. Pues también en la Trinidad se dan ambas cosas: el misterio de la santidad de Dios, entendida ésta como expresión esencial de una singular potencia de vida, adquiere ciertamente para el hombre en relación con el Antiguo Testamento una nueva dimensión; pero, a la vez, esa santidad de Dios se aproxima a nosotros o, si se prefiere, nosotros nos aproximamos a ella, porque el Espíritu Santo, como centro personal y principio de la santidad de Dios, es también a la vez el principio de la comunicación de Dios al hombre, el vínculo del amor, que se enlaza con el mundo y, de esta manera, el mundo viene introducido en el ámbito de la santidad de Dios.

Sólo en la fe en la santidad del Dios Uno y Trino alcanza el misterio su más completa poderosidad, pero a la vez, y dentro de la dimensión que nos une cada vez más a Él, alcanza también aquella dulzura de que nos habla la secuencia de Pentecostés, la dulzura del Espíritu Santo, la dulzura del consuelo de la santidad de Dios.

A la vista de la existencia del Espíritu Santo y de la vida divina trinitaria, alcanza la santidad de Dios, en su comprensión cristiana, el carácter de lo sublime, de lo excelso, de lo digno de ser predicado. A ello corresponde por parte del hombre no propiamente el espanto, sino el asombro, el respeto, la humilde emoción, el cumplido silencio, que simultáneamente apunta a la meditación como el lugar específico para recibir de Dios la experiencia de la santidad y exige por parte del hombre la adoración como su expresión adecuada.

A la vista de la permanente tensión que experimenta el lenguaje teológico a la hora de expresar este misterio -tensión entre lejanía y proximidad del Dios Santo, tensión entre la potencia aniquilante y la entrega amorosa-, podría pensarse que todo son incoherencias del pensamiento o incluso contradicciones. Pero de una cosa debemos estar convencidos: que lo aparentemente contradictorio se da sólo por parte del pensamiento humano, que experimenta la misma o mayor dificultad para entender la unidad entre potencia y atracción que para entender la unidad entre justicia y misericordia de Dios. Esta advertencia tiene todavía una mayor significación cuando se piensa que en la santidad de Dios se incluye también su poder para aniquilar el pecado.

Los anteriores razonamientos no son ciertamente fáciles de entender ni perfectamente dominables, pero en el terreno del pensamiento no son contradictorios. A superar esa aparente contradicción ayuda la idea de que la santidad de Dios, mientras nosotros estamos en la tierra, no es algo que se nos da de una manera disponible, sino que es más bien la meta de nuestra vida.

3. La santidad de Dios como fin de la vida cristiana

Cuando uno se ocupa a fondo en la reflexión acerca del valor y la verdad de la santidad de Dios, aflora con una claridad progresiva la convicción de que esa santidad constituye la suma de cuanto se contiene en el cristianismo, a saber, el reconocimiento, la adoración, y la glorificación de este Ser divino y de su esencia en la creación. El profeta Isaías que escuchó el tres veces Santo de los Serafines (Is 6,3); el vidente del Apocalipsis, que vio a las tres criaturas, que representaban a toda la creación, cantando ese himno ante el trono de Dios (Apc 4,8), y la Iglesia, que lo ha insertado en el centro de su Liturgia, nos anuncian que el fin de la creación consiste en la glorificación de la santidad de Dios y esa glorificación sólo se da cuando el hombre reconoce plenamente esa santidad de Dios. Todo esto, en una época de antropocentrismo teológico en la que se nos dice que «Dios quiere el bien del hombre y ninguna otra cosa» (es decir, no quiere la adoración de su santidad), todo eso, digo, no es ya una verdad evidente. Sólo puede ser entendida esta verdad si nuevamente se toma en serio la idea de que Dios no crea para buscar su propia plenitud en la creación, sino que esa plenitud la encuentra Dios en el movimiento de su amor hacia Sí mismo, lo cual no es sino otra manera de nombrar la bendita santidad Dios. Lo cual lleva consigo redescubrir y tomar de nuevo en serio otra idea, a saber: que la revelación de Dios quiere, graciosamente, extender su santidad a toda la creación y especialmente al hombre y manifestarse precisamente en relación a la creación. También los serafines de Isaías manifiestan la santidad de Dios poniéndola en su relación a la creación. Dicen: «la plenitud de toda la creación será su gloria» (kabod) ¹⁷. La más profunda esencia de la santidad de Dios -que es necesariamente algo escondido- se hace visible en el mundo y en él se refleja, y este mundo de alguna manera debe sumergirse en la santidad de Dios y de este modo transformarse. El pensamiento bíblico, lo mismo que el pensamiento dogmático, no permite, albergar la menor duda sobre el hecho de que la santidad de Dios deba hacerse visible en el mundo y deba irrumpir en el mundo como como «gloria», que es el concepto bíblico para designar la aparición de la interna santidad de Dios. Entre el pensamiento católico y el protestante se da una cierta diferencia a la hora de determinar más exactamente cómo aparecen la santidad comunicada al mundo y la gloria de Dios, diferencia que es un lógico correlato de la diversa concepción del hombre santificado y del estado de santificación. La doctrina católica de la fe está convencida de que la afirmación de Isaías: «la plenitud de la entera Creación será su gloria», debe ser entendida en el sentido de que en la creación se da una imagen ontológica de esa gloria divina, de manera que la expresión de Isaías

¹⁷ El kabod o la kabod es espiritual pues se refiere a la gloria de Dios, que es eterna que es desde siempre y para siempre y que podemos ver a través de la magnificencia de toda su obra, a través de sus maravillas Él muestra su esplendor. El significado bíblico de Kabod se refiere al más glorioso de los seres, un ser espiritual, que creó al hombre a su imagen y semejanza para que este viviera desde su imperfección la gloria divina de Dios, perfecto y eterno. Kabod también se refiere a que en los contextos en los que se encuentra la presencia de Dios, la luz resplandece y brilla eneguedoramente para manifestar la Inmensa gloria de Dios. Kabod es la presencia de los atributos de Dios a través de manifestaciones que podemos ver, como las que vieron los israelitas cuando salieron de Egipto. La nube y la columna de fuego que los guio por el desierto son manifestaciones de Kabod. Es pues un significado que nos da a entender la grandeza de Dios. (Wikipedia)

vendría a significar: la santidad de Dios irrumpe en el mundo, el mundo refleja la santidad de Dios y viene a ser como una transparencia de esa santidad. El pensamiento protestante, por el contrario, ve en esto una concepción demasiado estática y ontológica de la inserción de la santidad de Dios en el mundo y querría entender la palabra de Isaías sólo como una promesa de futuro y como una indicación que apunta a la transformación final que el mundo debe alcanzar. Por tanto, el texto de Isaías 40,47, en cuanto que se refiere a la gloria de Dios, viene interpretado en el sentido de que esa gloria no se hace transparente sino sólo que se hará evidente en la transformación final. Esto es lo que significan las palabras: «que se alcen todos los valles, todos los montes y collados, que se allanen las cuestas y se nivelen los declives, porque va a mostrarse la gloria de Yahvéh y a una la verá toda carne, porque ha hablado la boca de Yahvéh» (Is 40,4-5). El exégeta evangélico V. Hertrich piensa que la revelación de la gloria de Dios no se ha dado todavía, sino que sólo se nos ha prometido para el futuro, ahora sólo se nos ha dado acerca de ella una palabra de promesa. La santidad de Dios, que resplandece como gloria, se nos ha dado solo como un futuro escatológico.

Pero, considerada bajo una perspectiva cristiana, esa interpretación se estrella al menos frente al hecho de la aparición de Jesucristo, Dios hecho hombre, del que San Juan nos dice: «Nosotros hemos visto su gloria, gloria como del Unigénito del Padre» (Jn 1,14). Así pues, ese resplandor de la santidad de Dios se ha dado en la forma de gloria; y más concretamente, según la palabra del Apóstol Pablo «en el rostro de Jesucristo» (2 Cor 4,6), es decir, en el hombre Cristo Jesús, que, en cuanto hombre pertenece a la creación. Por tanto, al menos en Cristo; la creación se ha hecho transparente para la santidad de Dios. Esta interpretación abre a la doctrina católica de fe amplios horizontes, en los que la creación aparece como resplandor de la belleza y de la santidad de Dios. Ese planteamiento permite al hombre sublimar su propio sentido de los valores y alcanzar una más profunda comprensión del carácter de promesa que todos los valores creados tienen, provocándole una continua superación de esos valores en la gloria y la santidad de Dios, según el verso de Clemente V. Brentano: «Oh estrellas y plantas, espíritu y ropajes, amor, canción y tiempo, y eternidad»: O Stern und Blume, Geist und Kleid, Liebe, Leid und Zeit, und Ewigkeit: todo esto debe ser ocasión para que se despliegue el resplandor de Dios que reposa en la entera creación.

Pero esto no es sólo algo que le ha sido dado al hombre sólo como una posibilidad puesta a su disposición y, por así decirlo, algo que queda a su arbitrio. Por el contrario, se trata de una tarea que se le exige al hombre, porque la gloria y la santidad de Dios están ya presentes en el mundo. Pero esta gloria y santidad deben ser llevadas a su realización perfecta en medio de la lucha y de la batalla de la historia, en permanente polémica con las potencias del mal, para ir madurando así desde los modestos comienzos hasta su plenitud final. Este es el sentido y la meta de la historia terrena, que bajo otro aspecto viene entendida como advenimiento del Reino de Dios. A esta progresiva revelación del Reino de Dios y de su gloria debe el hombre subordinar todos sus esfuerzos en este mundo. No, ciertamente, en el sentido de que el hombre pueda hacer brotar, por sus propias fuerzas, la gloria de Dios esto sería contradictorio con la esencia de la santidad entendida como la más

profunda naturaleza de Dios, que no se deja coaccionar por el hombre-, sino más bien en el sentido de implorar su advenimiento. De ahí que al hombre le haya sido dada, como fuerza para la realización de la santidad de Dios en el mundo, la gracia de la oración. Ya el salmista imploraba la venida de la gloria de Dios con estas palabras: «Alabado sea por los siglos su glorioso nombre y se llene toda la tierra de su gloria» (Ps 72,19). En este sentido debe ser entendida también la primera petición del Padrenuestro, en la que imploramos la santificación del nombre de Dios, lo que incluye la petición por el advenimiento del Reino. Ciertamente -ya lo dijimos- el sentido de esta petición no es tan evidente como a menudo se piensa al pasar por encima de esas palabras. Para entenderlas bien sirve el ejemplo de Jesús que, según el Evangelio de San Juan, ora al Padre: «Padre, glorifica tu Nombre» en este mundo (Jn 12,28). Lo que se pide es esto: que la realidad santa, de Dios su hermosura supraterránea y su verdad se revelen cada vez más en este mundo, que los hombres la reconozcan cada vez mejor y la interioricen en su propio ser; y que esa santidad divina, en lucha con las potencias del mal, pueda con su suave poder abrir cada vez más los corazones de los hombres y convertir la soberbia que los domina en humildad. Se pide, pues, el espíritu de santidad, para que ilumine siempre más al mundo y al corazón humano.

No es casualidad que esta petición esté al comienzo de la oración del Señor, la más profunda e íntima oración de la Cristiandad, la más esencial y abarcante petición que el hombre puede dirigir a Dios. No se piden en ella bienes particulares, sino a Dios mismo como el más alto valor, sin que por ello queden excluidas las peticiones de cosas concretas, de las necesidades internas y externas de la propia vida humana. Es igualmente el propio Padrenuestro el que nos hace pedir el pan de cada día, que es necesario para el hombre, como criatura finita y necesitada. Por ello, decía también san Agustín que «nos es lícito pedir todo aquello que nos es lícito desear». Pero estas peticiones de bienes particulares han de situarse ante todo en el trasfondo y horizonte de aquella primera y esencial petición por la que pedimos que la santidad de Dios se realice en este mundo y en él se revele como fin del hombre; porque, en última instancia, la salvación del mundo lo mismo que el éxito de la propia vida personal y de la propia salvación dependen del cumplimiento de esta primera petición, sin la cual todos los otros éxitos particulares se presentan como carentes de todo significado.

En un mundo que exalta el progreso, el bienestar material y la elevación de la así llamada «calidad de vida», los cristianos reflexionan escasamente acerca de la ambivalencia de estos logros humanos. No se piensa que están expuestos al más completo fracaso si no están imbuidos por el espíritu de la santidad de Dios, si quedan determinados en exclusiva por la razón dominadora y tecnificada, apoyada en la ayuda de las computadoras y los cerebros electrónicos. Puede llegarse al caso, al que recientemente hemos asistido, del niño obtenido en el laboratorio. La teología moral ha demostrado una cierta perplejidad a la hora de juzgar este caso. La primera voz que se ha escuchado sobre el tema ha sido de aplauso, calificando este hecho como un logro, basándose en el argumento de que estamos solamente ante un mero traslado desde el cuerpo de la madre al laboratorio. Vemos, pues, cómo la teología se ha degradado ¡en geografía o topografía del espacio! Nadie

puede abdicar de su responsabilidad ante estos actos diciendo que la actual confusión radica en la pérdida del sentido de lo santo, que ya no se considera relacionado con la vida del mundo. En cualquier caso, este hecho del niño de laboratorio permite contemplar en qué gran medida la felicidad de la humanidad depende del reconocimiento de la santidad de Dios, que es la única que puede garantizar la dignidad de la persona. De ahí que el hombre, incluso para el éxito de su vida terrena, deba pedir continuamente la santificación del nombre de Dios, que el mundo se encamine a este fin y de ninguna manera se separe de él.

Pero el hombre no puede hacer a Dios esta petición desde una actitud meramente pasiva, como si contemplara desde fuera el drama de la santidad de Dios en su lucha con las potencias del mal, o acaso la acompañara simplemente con sus buenos deseos. El hombre no puede pedir en serio la realización de la santidad de Dios como meta de la historia de la salvación si él mismo no se dejase llenar por esta realidad.

Pero todo esto nos lleva a pensar que la santidad de Dios no es sólo el fin, la meta de la santidad cristiana en este mundo sino que es también la forma interna de esa vida.

Según la filosofía perenne, la permanente orientación de una criatura a un fin establecido tiene como presupuesto la interna dirección de esa criatura al fin. Esta es la entelequia que lleva en sí misma de alguna manera el fin y la meta y que se identifica con la forma esencial. En analogía con estas relaciones ontológicas del ser, la santidad de Dios debe ser entendida también como forma de la vida cristiana y por este camino llegamos a la exigencia de la interna santificación del hombre por la gracia de Dios.

4. La santidad como forma de la vida cristiana

El hombre no podría ocuparse seriamente del objetivo establecimiento de la santidad de Dios como meta de la historia, ni podría recitar honradamente la primera petición del Padrenuestro, si a la vez no quisiera dejarse alcanzar internamente por la santidad de Dios y hacer de ella la forma de su vida. En la escena bíblica de la vocación esta verdad se expresa cuando el profeta, llamado a anunciar al mundo la santidad de Dios, ve que un serafín se le acerca para purificar sus labios con un ascua ardiendo, lo que significa una renovación de su entera existencia por el fuego, el cual significa indudablemente el resplandor de la santidad de Dios. Esta correspondencia entre la objetiva finalización del hombre y del mundo · a la santidad de Dios y la subjetiva santificación del hombre aparecen claramente en la escena de la vocación de Jeremías cuando a éste se le dice: «Antes de que tú salieses del seno materno te consagré y te designé para profeta de pueblos» (Jer 1,5). Ya en el Antiguo Testamento, pues, quedaba establecida la necesidad de la interna santificación en relación con la objetiva realización de la santidad de Dios en el mundo. También aquí la santidad de Dios ha de ser interpretada desde una fuerte acentuación de la excelsitud divina y de la distancia; pero la ley de la santidad

establece no obstante esta exigencia: «Sed santos porque Yo, Yahvéh, soy Santo» (Lev 11,44).

Es cierto que en el Antiguo Testamento la tendencia a la santidad aparece determinada fuertemente por el cumplimiento de la ley, con el riesgo de una interpretación semipelagiana por parte del hombre. En el Nuevo Testamento, en cambio, encontramos una profundización de esta exigencia en una doble perspectiva: la santidad no se vincula ante todo al cumplimiento de la Ley sino a la gracia y al don del Espíritu Santo, como se expresa por ejemplo en la primera Carta a los Corintios: «Vosotros debéis santificaros ... en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo y gracias al Espíritu de nuestro Dios» (1 Cor 6,11). Se reconoce así la primacía de la obra de Dios en la santificación, que debe producir en el hombre una inmediata reacción de docilidad y apertura. Con ello se logra simultáneamente una segunda profundización de la santificación del hombre, que ha de llevarse hasta la identificación con Cristo y la inhabitación del Espíritu Santo, y con esto, a la vez, se amplía el punto focal de la existencia cristiana, que se dirige a la configuración con Cristo, exigida en concreto y de una manera drástica por la Epístola a los Hebreos con estas palabras: «Procurad la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá a Dios» (Heb 12,14).

Pero naturalmente el Nuevo Testamento no oculta que esta santificación del hombre interior puede también producir sus frutos en las Obras del amor, de la fraternidad y del servicio (cfr. entre otros textos, Mt 3,8). De ahí que la santidad aparezca descrita, con gran realismo, en su relación con sus repercusiones en el mundo y que, a pesar de su orientación hacia el mundo, se sabe a la vez en contraste con él, conoce la extrañeza del cristiano hacia lo terreno, la enemistad entre la creación que está bajo el pecado y la santidad de Dios que se expresa en la comunidad de los santos.

Esta ordenación mutua entre santificación y ser en el mundo con la tensión que este ser en el mundo inclúyenos advierte una vez más acerca del ser «enteramente otro» de la santidad de Dios y está tan lejos de ciertas formulaciones modernas del pensamiento cristiano -que se puede hablar con exactitud de una inversión de esta mutua ordenación. Esto sucede, en efecto, cuando se afirma que el trabajo es ya una forma de santificación y cuando se nos dice que la acción externa social -incluso en su forma de subversión violenta de las estructuras sociales- es ya la realización del Reino de Dios. Esto está en oposición a la verdad bíblica, según la cual el cambio decisivo en el mundo acontece en la relación entre Dios y el hombre. Por tanto, el suceso interior de la santificación no puede ser sustituido por ninguna relación intramundana, pero no estorba ni hace imposible, de ningún modo, una auténtica relación al mundo; al contrario, sólo en el primado de la santificación se encuentra la base de una auténtica relación con el mundo, pues sólo desde la santidad pueden llegar al mundo las fuerzas del amor y de la entrega; por el contrario, una inversión de este orden, que subordine la santificación al trabajo en el mundo o que la identifique sin más con él, arrebatada a la tarea, propiamente, su base sobrenatural y su fundamento.

La cristiandad actual, si echara una mirada atenta a los resultados de la creciente socialización de la humanidad -hecho que en el mundo mundano ya no se discutiría- podría quedar advertida de los riesgos de una tal inversión de valores; porque hoyes ya algo indiscutible que el progreso técnico y social del hombre no ha hecho a éste mejor en su esencia, sino que el egoísmo del hombre concreto, lo mismo que de los grupos sociales, crece en la misma medida en que se alcanza una calidad de vida entendida de una manera meramente externa y material. Por tanto, para la Iglesia lo mismo que para el hombre concreto, no existe hoy otra posibilidad de cumplir la tarea de su santificación que volver al orden establecido en la Sagrada Escritura, que sólo puede ser fundamentado a través del pensamiento teológico, según el cual la tarea de la interna santificación es superior a todo y a todo se antepone. Esto es lo que significan las palabras de Cristo: «buscad ante todo el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura» (Mt 3,36).

Santidad. Su naturaleza, sus obstáculos, dificultades y raíces

A continuación ofrezco a los lectores algunos capítulos del libro de J. C. Ryle ¹⁸ (2015) sobre el tema del rubro. Digo algunos pues he seleccionado los que me han parecido más importantes para este estudio. Dejo aclarado que no estoy necesariamente de acuerdo con el contenido del texto pero creo que el lector puede tener información complementaria a la presentada hasta ahora.

“Seguid... la santidad, sin la cual nadie verá al Señor”. Hebreos 12:14

Prefacio

Una de las señales más alentadoras y que más esperanzas da, la cual he observado durante mucho tiempo en los círculos evangélicos, ha sido un interés renovado y cada vez mayor en los escritos del Obispo J. C. Ryle.

En su época fue famoso, renombrado y amado como campeón y exponente de la fe evangélica y reformada. Sin embargo, por alguna razón, su nombre y sus obras

¹⁸ John Charles Ryle nació en Macclesfield, Inglaterra el 10 de mayo de 1816. Después de un período de educación privada, Ryle ingresó a Eton en febrero de 1828. Posteriormente, ingresó a Christ Church, escuela de Oxford, en octubre de 1834. El joven era un estudiante brillante, así que le ofrecieron una beca, pero la rechazó. Cuando el negocio financiero de su padre entró en quiebra en 1841, Ryle tuvo que renunciar a toda esperanza de una carrera política. John logró mantener una visión centrada en Dios. Con su título de Oxford, Ryle pudo ingresar al ministerio de la Iglesia de Inglaterra, y fue ordenado el 21 de diciembre de 1841. Comenzó su ministerio como pastor en una Capilla en Exbury, Hampshire, pasando a ser rector de St. Thomas, Winchester en 1843 y luego rector de Helmingham, Suffolk al año siguiente. Una de sus obras más conocidas fue la serie de *Pensamientos Expositivos sobre los evangelios* que se publicaron en años sucesivos entre 1856 y 1858. John escribió una gran cantidad de libros, incluidos *Knots Untied* en 1874, *Holiness* en 1877, *Old Paths* en 1877, *Practical Religion* en 1878 y *The Upper Room* en 1888. Después de un período como canon honorario de Norwich, en 1880 Ryle se convirtió en el primer obispo de Liverpool, por recomendación del primer ministro Benjamin Disraeli (1804-1881). Su labor ministerial estuvo marcada por sus esfuerzos por construir iglesias y salones misioneros para llegar a las áreas urbanas de la ciudad en rápida expansión. Se retiró en 1900, a los 83 años, y murió más tarde el mismo año en Lowestoft. (Wikipedia)

no son conocidos por los evangélicos modernos. Creo que ninguno de sus libros está en circulación y los ejemplares usados son muy difíciles de conseguir.

La suerte tan distinta que han corrido en este sentido el Obispo Ryle y su casi contemporáneo, el Obispo Moule, siempre ha sido para mí algo de mucho interés. Pero el Obispo Ryle se está redescubriendo y hay un nuevo llamado para que se vuelvan a publicar sus obras.

Todos los que han leído sus escritos, agradecerán este gran libro sobre ‘*Santificación*’. Nunca olvidaré la satisfacción, tanto espiritual como mental, que fue leerlo veinte años atrás cuando, casualmente, lo encontré en una librería de libros usados.

En realidad, no necesita ni un prefacio ni una introducción. Lo único que haré es instar a todos los lectores a leer la Introducción del propio Obispo. Es de valor incalculable y provee el entorno en que se sintió impulsado a escribir el libro.

Las características del método y el estilo del Obispo Ryle son obvios. Él es preeminentemente y siempre, bíblico y expositivo. Nunca comienza con una teoría con la cual trata de hacer coincidir pasajes bíblicos. Siempre empieza con la Palabra y la comenta. Es una exposición en su mejor y más excelente expresión. Siempre es clara y lógica e, invariablemente, lleva a una clara enunciación de una doctrina. Es fuerte, viril y totalmente libre del sentimentalismo que a menudo es descrito como “devocional”.

El Obispo ha bebido profundamente de las aguas de los grandes escritores puritanos clásicos del siglo XVII. Sí, es totalmente acertado decir que sus libros son una expresión de la teología verdaderamente puritana, presentados en una forma moderna y fácil de leer.

El autor, como sus grandes maestros, no tiene un camino fácil a la santidad para ofrecernos, ni un método “patentado”, por medio del cual se puede obtener; pero, invariablemente, produce esa “hambre y sed de justicia”, que es la única condición indispensable para ser “saciado”. Espero que este libro sea ampliamente leído, a fin de que, cada vez más, el nombre de Dios reciba más honra y gloria.

D. M. Lloyd-Jones ¹⁹, Westminster Chapel, Londres

¹⁹ David Martyn Lloyd-Jones nació el 20 de diciembre de 1899. Fue un médico, pastor protestante y predicador galés que influyó en la época de reforma del movimiento evangélico británico en el siglo XX. Durante casi 30 años, fue ministro de la Capilla de Westminster en Londres. Se opuso firmemente al cristianismo liberal que se había extendido en gran parte de muchas denominaciones cristianas, y lo consideraba aberrante. No estaba de acuerdo con el enfoque de la iglesia amplia y animó a los cristianos evangélicos (sobre todo anglicanos) a abandonar sus denominaciones existentes, pues creía que la verdadera comunión cristiana sólo es posible entre aquellos que comparten convicciones comunes acerca de la naturaleza de la fe. Es autor de *Depresión Espiritual: Sus Causas y Su Cura*. Falleció en Londres el 1 de marzo de 1981. (Wikipedia)

Introducción

Los veinte capítulos que contienen los dos tomos de esta obra, son una humilde contribución a una causa que está generando mucho interés en la actualidad. Me refiero a la causa de la santidad bíblica. Es una causa a la que todo el que ama a Cristo y anhela extender su reino en el mundo, debiera ayudar. Todos pueden hacer algo y yo quiero aportar mi granito de arena.

El lector encontrará poco que sea directamente controversial en estos capítulos. He tenido cuidado de no mencionar maestros modernos ni libros modernos. Me he contentado con dar el resultado de mi propio estudio de la Biblia, mis propias meditaciones personales, mis propias oraciones pidiendo iluminación y mi propia lectura de los escritos de teólogos del pasado. Si en algo estoy equivocado, espero saberlo antes de partir de este mundo. Todos vemos en parte y tenemos un tesoro en vasijas de barro. Confío en que estoy dispuesto a aprender.

La necesidad de una vida santa

Durante muchos años he tenido una profunda convicción de que los cristianos modernos no le dan suficiente importancia a la santidad práctica ni a la consagración total del yo a Dios. La política, o las controversias, o el espíritu partidista [contenciones antagónicas], o la mundanalidad, han socavado el centro mismo de la piedad viva en demasiados de nosotros. El tema de una consagración personal ha quedado relegado al olvido. Las normas para vivir la vida son dolorosamente bajas en muchos entornos. La importancia enorme de “que en todo adornen la doctrina de Dios” (Tito 2:10) y de que la hagamos bella y hermosa por nuestros hábitos y temperamentos, ha sido demasiado ignorada. Las gentes del mundo, a veces se quejan con razón, de que las personas supuestamente “cristianas”, no son tan afables, desinteresadas y gentiles como otros que no profesan ninguna religión. No obstante, la santificación, entendida correctamente, y armonizando con la Palabra, es tan importante como la justificación. La sana doctrina protestante y evangélica es inútil si no va acompañada de una vida santa. Es peor que inútil; es sumamente perjudicial. Es despreciada por hombres observadores y sagaces del mundo como algo irreal y vacío, y produce desprecio por la fe cristiana. Estoy firmemente convencido de que queremos un avivamiento total en relación con la santidad bíblica y estoy profundamente agradecido de que se le está dando atención a este tema.

La confusión

Sin embargo, es muy importante que todo el tema se establezca sobre un fundamento correcto y que lo que de él se desprenda, no sea perjudicado por declaraciones burdas, desproporcionadas y unilaterales. No nos sorprendamos de que tales declaraciones abunden. Satanás conoce bien el poder de la verdadera santidad y el daño inmenso que una atención creciente al tema causará a su reino. Es pues su intención, promover contiendas y controversias acerca de esta parte de la verdad de Dios. Justamente como en el pasado ha tenido éxito en mistificar y confundir el pensamiento humano con respecto a la justificación, ahora está

tratando de dar “consejos oscuros con palabras sin conocimiento” acerca de la santificación. ¡Que Dios lo reprenda! No obstante, yo no puedo perder la esperanza de que del mal surja la buena voluntad de discutir lo que revele la verdad y que una variedad de opiniones nos lleven a escudriñar más las Escrituras, a orar más y a ser más diligentes en tratar de encontrar cuál es “el sentir del Espíritu”.

Al dar a conocer esta obra, creo mi deber, ofrecer algunas sugerencias introductorias para los que están poniendo especial atención al tema de la santificación en la actualidad. Sé que hago esto a riesgo de parecer presuntuoso y, posiblemente, ofensivo. Pero algo hay que aventurar por el bien de la verdad de Dios. Por lo tanto, pondré mis sugerencias en forma de preguntas y les pido a mis lectores que las tomen como “precauciones para estos tiempos”, en relación con el tema de la santidad.

Las preguntas

1. Pregunto, en primer lugar: Si es sabio hablar de la fe como lo necesario y como lo único requerido, según muchos parecen afirmar en la actualidad, al abordar la doctrina de la santificación. ¿Es sabio proclamar de una manera tan directa y no calificada, como muchos lo hacen, que la santidad del convertido es únicamente por fe y sin ningún esfuerzo de su parte? ¿Concuerda esto con la Palabra de Dios? Lo dudo.

- Que la fe en Cristo es la raíz de toda santidad,
- Que el primer paso hacia una vida santa es creer en Cristo,
- Que hasta que no creemos no tenemos nada de santidad,
- Que la unión con Cristo, por fe, es el secreto, tanto del comienzo de ser santo y de seguir siendo santo,
- Que la vida que vivimos en la carne tenemos que vivirla por fe en el Hijo de Dios,
- Que la fe purifica el corazón,
- Que la fe es la victoria que vence al mundo,
- Que por fe los antiguos obtuvieron su recompensa

Todas estas son verdades que ningún cristiano bien fundamentado pensaría en negar. Aparte de esto, lo cierto es que las Escrituras nos enseñan que para seguir la santidad, el verdadero cristiano tiene que poner de su parte y esforzarse, además de tener fe. El mismo apóstol lo dice en una oportunidad “lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios”. En otro lugar dice: “Peleo... corro... golpeo mi cuerpo” y en otros lugares: “Limpiémonos nosotros mismos... trabajemos... despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia...” (Gá. 2:20; 1 Co. 9:26, 27; 2 Co. 7:1; He. 4:11; 12:1).

¡Además, las Escrituras no nos enseñan en ninguna parte que la fe nos santifica en el mismo sentido y de la misma manera como la fe nos justifica! La fe que justifica es una gracia que “no trabaja”, sino que, sencillamente, confía, descansa y se apoya en Cristo (Ro. 4:5). La fe santificadora es una gracia cuya misma vida es acción, “obra por el amor” y, como una vertiente, mueve a todo el hombre interior (Gá. 5:6). Después de todo, la frase precisa “santificado por fe”, se encuentra una sola vez en

el Nuevo Testamento. El Señor Jesús le dijo a Saulo que lo enviaba “para que [otros] reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados”. No obstante, en esto coincido con Alford que “por fe” se refiere a toda la oración y no se debe limitar a calificar la palabra “santificados”. El sentido verdadero es que por fe en él: “...tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados”. (Compare Hch. 26:18 con 20:32).

En cuanto a la frase “santidad por fe”, no la encuentro en el Nuevo Testamento. No hay controversia en cuanto a que nuestra justificación ante Dios por fe en Cristo es lo primordial. Todos los que sencillamente creen, son justificados. La justicia es imputada “al que no obra, sino cree” (Ro. 4:5). Es absolutamente bíblico y correcto decir que “solo la fe justifica”. Pero no es bíblico ni correcto decir “sólo la fe santifica”. La frase requiere mucha calificación. Baste lo siguiente: Pablo nos dice a menudo que el hombre es “justificado sin las obras de la ley”. Por el contrario, Santiago nos dice expresamente que la fe que no se justifica visiblemente y se demuestra delante del hombre, es una fe que “si no tiene obras, es muerta en sí misma”¹ (Stg. 2:17). Quizá me respondan que por supuesto nadie quiere descartar a las “obras” como una parte esencial de una vida santa. No obstante, creo conveniente aclarar mejor esto, que lo que parece estar haciéndose en esos días.

2. Me pregunto, en segundo lugar, si es sabio restarle tanta importancia, como algunos parecen hacer, comparativamente, a las muchas exhortaciones prácticas a la santidad en el diario vivir que se encuentran en el Sermón del Monte y la última parte de la mayoría de las epístolas de San Pablo. ¿Coincide con lo que dice la Palabra de Dios? Lo dudo.

Que todos los que profesamos ser creyentes en Cristo debiéramos vivir avanzando hacia la meta de alcanzar una consagración personal diaria y de tener comunión con Dios todos los días; que debiéramos esforzarnos por ir al Señor Jesucristo con todo lo que nos es una carga, sea grande o pequeña, y entregársela a él. Todo esto, lo repito, es algo que ningún hijo de Dios bien fundamentado soñaría en disputar. Pero el Nuevo Testamento nos enseña, sin lugar a dudas, que queremos algo más que generalidades con respecto a un vivir santo, algo que a menudo sacuda la conciencia sin ofender. Los detalles e ingredientes, en particular, de los cuales se compone la santidad en el diario vivir, debieran ser presentados plenamente y subrayados por todos los que pretenden manejar el tema. La santidad verdadera no consiste meramente en creer y sentir, sino en hacer y sobrellevar. Nuestra boca, nuestro humor, nuestras pasiones e inclinaciones naturales, nuestra conducta como progenitores e hijos, patronos y siervos, esposos y esposas, gobernantes y gobernados; cómo nos vestimos, cómo empleamos nuestro tiempo, cómo nos comportamos en los negocios, nuestro comportamiento en la enfermedad y en buena salud, en riquezas y en pobreza, todos estos, son temas tratados cabalmente por escritores inspirados.

No se contentan con una declaración generalizada de lo que debemos creer y sentir, y cómo hemos de tener las raíces de la santidad plantadas en nuestro corazón. Profundizan más en el tema. Tratan los pormenores. Especifican en detalle lo que el hombre santo debe hacer y ser en su propia familia y en el seno de su hogar, si

permanece en Cristo. Dudo que en la actualidad se enfoque lo suficiente, este tipo de enseñanza. Cuando la gente habla de haber recibido “tal bendición” o de haber encontrado “la vida superior”, después de haber escuchado a algún defensor sincero de la “santidad por fe y auto consagración”, mientras que sus familiares y amigos no ven ninguna mejora ni un incremento de santidad en su temperamento y conducta cotidiana, se hace un daño inmenso a la causa de Cristo. La verdadera santidad, tenemos que recordar, no consiste meramente de sensaciones e impresiones interiores. Se trata más que de lágrimas, suspiros y un entusiasmo corporal, un pulso acelerado y una pasión por nuestros predicadores favoritos o nuestro propio grupo religioso. No es solamente una pronta disposición a hacerle frente a cualquiera que no coincide con nosotros. En cambio, es más bien algo de “la imagen de Cristo” que puede ser vista y observada por otros en nuestra vida privada, nuestros hábitos, nuestro carácter y nuestras acciones (Ro. 8:29).

3. Pregunto, en tercer lugar, si es sabio usar un lenguaje impreciso acerca de la perfección y de recalcarles a los cristianos que hay un estándar de santidad que se puede obtener en esta vida, pero que no garantizan las Escrituras ni lo muestra la experiencia. Lo dudo.

Ningún lector cuidadoso de su Biblia pensaría negar que los creyentes son exhortados a ir “perfeccionando la santidad en el temor de Dios”, a ir “adelante a la perfección” y a perfeccionarse (2 Co. 7:1; He. 6:1; 2 Co. 13:11). Pero todavía no he visto que haya algún pasaje en las Escrituras que enseñe que puede lograrse una perfección literal, una liberación completa y absoluta del pecado, ni en los pensamientos, ni palabras ni hechos, ni tampoco que ningún hijo de Adán lo haya logrado en este mundo. Lo que es posible ver, ocasionalmente en algunos creyentes entre pueblo de Dios, es una perfección relativa, una perfección en sus conocimientos, una consistencia general en cada relación en la vida y un acierto total en cada punto doctrinal. Pero en cuanto a una perfección absoluta literal, ¡los últimos en decir que la tienen siempre han sido los santos más insignes de cada generación! Al contrario, siempre han tenido el sentido profundo de su propia falta de mérito y de su imperfección. Cuanta más luz espiritual han disfrutado, mejor han visto sus innumerables defectos y faltas. Más gracia han tenido, más han sido revestidos “de humildad” (1 Pe. 5:5).

¿Qué santo mencionado en la Palabra de Dios, de cuya vida se den detalles, ha sido literal y absolutamente perfecto? ¿Cuál de ellos, al escribir de ellos mismos, alguna vez menciona sentirse libre de toda imperfección? Al contrario, hombres como David, san Pablo y san Juan declaran en términos contundentes que sienten debilidad y pecado en su propio corazón. Los hombres más santos de los tiempos modernos se han destacado siempre por su profunda humildad. ¿Hemos visto alguna vez hombres más santos que el martirizado John Bradford, o Hooker, o Usher, o Baxter (1615-1691), o Rutherford (1600-1661), o M’Cheyne (1813- 1843)? ¡Aun así, nadie puede leer los escritos y cartas de estos hombres sin ver que se sentían “deudores de la misericordia y la gracia” cada día y que lo último que hubieran hecho es pretender que eran perfectos!

En vista de tales realidades como éstas, tengo que protestar contra el lenguaje que se utiliza hoy día en muchos sectores, acerca de la perfección. Tengo que asumir que los que la usan saben muy poco de la naturaleza de pecado, de los atributos de Dios, de sus propios corazones, de la Biblia o del significado de las palabras. Cuando alguien que profesa ser cristiano me dice tranquilamente que ya ha superado la etapa de himnos como “Tal como soy de pecador” y que estos ya no son parte de su experiencia presente, aunque sí se aplicaban a él cuando al principio se había acercado a la fe cristiana, ¡tengo que pensar que su alma está enferma! Cuando alguien puede hablar tranquilamente de “vivir sin pecado” mientras está en el cuerpo y que puede, de hecho, afirmar que “no ha tenido ni un pensamiento malo en tres meses”, ¡sólo puedo decir que, en mi opinión, es un cristiano muy ignorante! Protesto contra enseñanzas como ésta. No sólo no hacen nada de bien, sino que hacen un daño inmenso. Disgustan y enemistan con la fe cristiana a hombres inteligentes de este mundo, que saben qué es incorrecto y qué no es cierto. Deprimen a algunos de los mejores hijos de Dios, que sienten que nunca pueden obtener una “perfección” de este tipo. Causa engreimiento en muchos hermanos débiles, que se creen ser algo cuando no son nada. En suma, es un error peligroso.

4. En cuarto lugar: ¿Es sabio afirmar tan positiva y violentamente, como muchos lo hacen, que el séptimo capítulo de la Epístola a los Romanos no describe la experiencia del santo consagrado, sino la experiencia del hombre no regenerado o del creyente débil y no firme todavía? Lo dudo.

Admito plenamente que este punto es uno que ha sido discutido durante dieciocho siglos, de hecho, desde la época de san Pablo. Admito plenamente que cristianos insignes de hace cien años, como John y Charles Wesley, Fletcher y ni mencionar algunos escritores prominentes de nuestra propia época, mantienen firmemente que Pablo no estaba describiendo su propia experiencia de aquel momento, cuando escribió este séptimo capítulo. Admito plenamente que muchos no pueden ver lo que muchos otros y yo vemos: A saber, que Pablo no dice nada en este capítulo que no coincida precisamente con la experiencia registrada de los santos más renombrados de todas las épocas y que sí dice varias cosas, que ninguno que no sea creyente ni que sea un creyente débil, jamás pensaría ni podría decir. Por lo menos, esto me parece a mí. Pero no entraré en una discusión detallada sobre el capítulo.

Lo que sí quisiera enfatizar es el hecho que los mejores comentaristas en cada período de la Iglesia, casi invariablemente, han aplicado el séptimo capítulo de Romanos a creyentes maduros. Los comentaristas que no comparten esta posición han sido, con unas pocas excepciones, los romanistas, los socinianos y los arminianos. Contra la posición de ellos están casi todos los reformadores, casi todos los puritanos y los mejores teólogos evangélicos modernos. ¡Pueden decirme, por supuesto, que nadie es infalible y que los reformadores, los puritanos y los teólogos modernos a los que me refiero están totalmente equivocados y que los romanistas, socinianos y arminianos tenían razón! Pero, aunque no pido que nadie llame a los reformadores y los puritanos “maestros”, les pido que lean lo que dicen sobre este

tema y que respondan a sus argumentos, si es que pueden. ¡Hasta ahora, nadie lo ha hecho! Decir, como dicen algunos, que no quieren “dogmas” y “doctrinas” humanas no es una respuesta. La cuestión para determinar es: “¿Cuál es el significado de un pasaje de las Escrituras? ¿Cómo hay que interpretar el séptimo capítulo de la Epístola a los Romanos? ¿Cuál es el verdadero sentido de sus palabras?”. Sea como sea, recordemos que hay una gran realidad que no podemos ignorar. Por un lado están las opiniones y la interpretación de los reformadores y puritanos y, por el otro, las opiniones e interpretaciones de los romanistas, socinianos y arminianos. Que esto quede muy claro.

En vista de una realidad como ésta, tengo que protestar contra el lenguaje burlón, provocador y despectivo que últimamente ha sido usado a menudo por algunos de los defensores de lo que tengo que llamar el punto de vista arminiano del séptimo capítulo de Romanos, cuando hablan de las opiniones de sus opositores. Lo menos que podemos decir es que tal lenguaje es impropio y contraproducente para ellos. Una causa que es defendida con tal lenguaje es, con razón, sospechosa. La verdad no necesita esta clase de armas. Si no podemos coincidir con alguien, no tenemos que hablar de sus puntos de vista con descortesía y desprecio. Una opinión que es apoyada por hombres como los mejores reformadores y puritanos, quizá no convenga a todas las mentes en este siglo, pero igualmente se debe hablar de ella con respeto.

5. En quinto lugar, ¿es sabio usar el lenguaje usado a menudo en la actualidad para referirse a la doctrina de “Cristo en nosotros”? Lo dudo. ¿No es esta doctrina exaltada con frecuencia a una posición que no ocupa en las Escrituras? Me temo que sí.

El hecho de que el verdadero creyente es uno con Cristo y Cristo está en él, es algo que ningún lector cuidadoso del Nuevo Testamento pensaría en negar. Hay sin duda, una unión mística entre Cristo y el creyente. Con él morimos, con él fuimos sepultados, con él resucitamos y con él estamos sentados en lugares celestiales. Tenemos cinco textos claros que nos enseñan específicamente que Cristo está “en nosotros” (Ro. 8:9, 10; Gá. 2:20; 4:19; Ef. 3:17; Col. 3:11).

Hemos de tener cuidado de que comprendemos lo que queremos decir con esta expresión. Que “Cristo mora en nuestros corazones por fe” y realiza su obra interior por medio de su Espíritu es precioso y claro. Pero si queremos decir que, además y aparte de esto, hay un vivir misterioso de Cristo en el creyente, tenemos que tener cuidado a qué nos referimos. Si no tenemos cuidado, nos encontraremos ignorando la obra del Espíritu Santo. Estaremos olvidando que la economía divina de la elección de la salvación del hombre es la obra especial de Dios, el Padre, que la expiación, mediación e intercesión, son la obra especial de Dios, el Hijo y que la santificación es la obra especial de Dios, el Espíritu Santo. Estaremos olvidando lo que dijo nuestro Señor cuando partió a la gloria: Que enviaría a otro Consolador que tomaría su lugar y que estaría con nosotros para siempre (Juan 14:16). En suma, con la idea de que estamos honrando a Cristo, resultará que estaremos deshonorando su don especial y singular: El Espíritu Santo. Cristo, sin duda, siendo Dios, está en todas partes —en nuestros corazones, en el cielo, en el lugar donde

dos o tres se reúnen en su nombre—, pero hemos de recordar que Cristo, como nuestra Cabeza y Sumo Sacerdote, está a la diestra de Dios intercediendo especialmente por nosotros hasta su segunda venida y que Cristo realiza su obra en el corazón de las personas por medio de la obra especial de su Espíritu, a quien nos prometió enviar cuando partió del mundo (Juan 15:26). Me parece que esto se hace evidente en una comparación entre los versículos nueve y diez del octavo capítulo de Romanos. Me convence que “Cristo en nosotros” significa Cristo en nosotros “por su Espíritu”. Ante todo, las palabras de San Juan son muy claras y expresan: “Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado” (1 Juan 3:24).

Espero que nadie malentienda todo esto que estoy diciendo. No digo que la expresión “Cristo en nosotros” no sea bíblica. Pero sí digo que veo un grave peligro de que se adjudique una importancia extravagante y no bíblica a la idea contenida en la expresión y sí temo que muchos la usen en la actualidad sin saber lo que quieren decir y, sin darse cuenta, quizá deshonran la obra poderosa del Espíritu Santo. Si algún lector piensa que soy innecesariamente escrupuloso en este punto, le recomiendo que tome nota de un libro singular por Samuel Rutherford (autor de las bien conocidas cartas), llamado “The Spiritual Antichrist” (El anticristo espiritual). Verán allí que, dos siglos atrás, aparecieron las herejías alocadas de una enseñanza extravagante, precisamente acerca de esta doctrina de que “Cristo mora” en los creyentes. Encontrarán que Saltmarsh, Dell, Towne y otros maestros falsos contra quienes contendió el acertado Samuel Rutherford. Aquellos tenían extrañas nociones acerca de “Cristo en nosotros” y luego procedieron a edificar sobre la doctrina antinomiana, sobre un fanatismo de la peor clase y con tendencias de las más viles. Así, ellos mantenían que la vida separada y personal del creyente había desaparecido completamente, ¡que Cristo viviendo en él era quien se arrepentía, creía y actuaba!

La raíz de este tremendo error era una interpretación forzada y nada bíblica de textos como “ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gá. 2:20) y el resultado natural de esto fue que muchos infelices seguidores de este pensamiento llegaron a la cómoda conclusión de que los creyentes no eran responsables de sus acciones, ¡hicieran lo que hicieran! Según esta interpretación, ¡los creyentes estaban muertos y sepultados y sólo Cristo vivía en ellos y se hacía cargo de todo! ¡La consecuencia definitiva fue que algunos creían que podían quedarse tranquilos con una seguridad carnal, que ya no tenían ninguna responsabilidad personal y podían cometer cualquier clase de pecado sin ningún temor! No olvidemos nunca que la verdad distorsionada y exagerada, puede convertirse en el origen de las herejías más peligrosas. Cuando hablamos de que “Cristo está en nosotros”, tengamos el cuidado de explicar lo que queremos decir. Me temo que hay quienes descuidan esto en la actualidad.

6. En sexto lugar, ¿es sabio trazar una línea tan profunda, ancha y marcada de separación entre conversión y consagración, o la llamada vida superior, como lo hacen algunos en la actualidad? ¿Coincide esto con lo que afirma la Palabra de Dios? Lo dudo.

Es indudable que no hay nada nuevo en esta enseñanza. Es bien sabido que los escritores católico romanos, a menudo, afirman que la iglesia se divide en tres clases: Pecadores, penitentes y santos. ¡Me parece a mí que los maestros modernos de esta época que nos dicen que hay tres tipos de los que profesan ser cristianos —los no convertidos, los convertidos y los que viven la “vida superior” de total consagración—, se refieren a prácticamente los mismos niveles! Pero sea la idea antigua o nueva, católica romana o no, me es totalmente imposible ver que tenga una base bíblica. La Palabra de Dios siempre habla de dos grandes divisiones de la humanidad y únicamente dos. Habla de los vivos y de los muertos en pecado, el creyente y el no creyente, el convertido y el inconverso, los que están en el camino angosto y los que están en el ancho, los sabios y los necios, los hijos de Dios y los hijos del diablo. Dentro de cada una de estas dos clases hay, sin duda, distintas medidas de pecado y de gracia, pero es sólo una diferencia entre el extremo más elevado y el más bajo de una misma condición. Entre estas dos grandes clases hay un enorme abismo; son tan individuales como la vida y la muerte, la luz y la oscuridad, el cielo y el infierno. ¡Pero sobre una división en tres clases, la Palabra de Dios no dice absolutamente nada! Cuestiono la pretendida sabiduría de hacer divisiones nuevas que la Biblia no ha hecho y me disgusta totalmente la noción de una “segunda conversión”.

Que hay una gran diferencia entre un grado de gracia y otro —que la vida espiritual se trata de crecimiento y que el creyente debe ser exhortado continuamente a crecer en la gracia en todo sentido—, es algo que acepto totalmente. Pero no puedo concebir la teoría de una transición súbita y misteriosa, de un solo salto, del creyente a un estado de bendición y total consagración. A mí me parece una invención del hombre; no puedo ver ningún texto específico que lo pruebe en las Escrituras. Un crecimiento gradual en la gracia, crecimiento en conocimiento, crecimiento en la fe, crecimiento en el amor, crecimiento en santidad, crecimiento en humildad y crecimiento en mentalidad espiritual; todos estos sí los veo claramente enseñados; contundentemente exigidos en las Escrituras y ejemplificados claramente en la vida de muchos santos de Dios. Pero no veo en la Biblia saltos súbitos e instantáneos de la conversión a la consagración.

¡Realmente dudo si tenemos derecho a decir que alguien puede convertirse sin consagrarse a Dios! Que puede ser más consagrado es indudable y lo será a medida que aumenta su gracia; pero si no se consagró a Dios el día que se convirtió y nació de nuevo, no sé lo que significa conversión. ¿No es cierto que los hombres corren el peligro de no darle el valor y el lugar que merece a la bendición inmensa de la conversión? ¿Acaso no están restándole valor a aquel primer y gran cambio que las Escrituras llaman el nuevo nacimiento, la nueva creación, la resurrección espiritual, cuando les exigen a los creyentes la “vida superior” de una segunda conversión? Puedo estar equivocado. Pero a veces he pensado, al leer el lenguaje fuerte usado por muchos en los últimos años al referirse a “consagración”, que deben haber tenido anteriormente un concepto bajo e inadecuado de la “conversión”, si es que acaso habrán sabido algo de ella. En suma, ¡hasta casi sospecho que cuando se habían consagrado, en realidad, se habían convertido por primera vez!

Confieso francamente que prefiero las sendas antiguas. Creo que es más sabio y seguro instar a todos los convertidos a que crezcan continuamente en la gracia y hacer hincapié en la necesidad absoluta de marchar adelante, a desarrollarse más y más, cada año dedicándose y consagrándose más en espíritu, alma y cuerpo a Cristo. Usemos todos los medios para enseñar que hay más gracia para obtener y más cielo para disfrutar en la tierra que la mayoría de los creyentes gozan desde ahora. Pero me niego a decirle a ningún convertido que necesita una segunda conversión y que algún día dará un paso enorme a un estado de total consagración. Me niego a enseñarlo porque no veo en las Escrituras justificación alguna para hacerlo. Me niego a enseñarlo porque creo que la tendencia de la doctrina es totalmente maliciosa, que deprime al humilde de corazón y llena de orgullo al superficial, al ignorante y al presuntuoso, en un grado sumamente peligroso.

7. En séptimo y último lugar, ¿es sabio enseñar a los creyentes que no piensen tanto en luchar y esforzarse contra el pecado, sino que más bien se “sometan a Dios” y sean pasivos en las manos de Cristo? ¿Coincide esto con lo que afirma la Palabra de Dios? Lo dudo.

Es claro que la enseñanza de “someterse a Dios” es algo a lo que Dios insta a los creyentes a hacer. Pero esto no incluye el sentido de “colocarnos pasivamente en las manos de otro”. Cualquier estudiante del griego nos puede decir que el sentido es más bien de “presentarnos” activamente para un uso, empleo y servicio (ver Ro. 12:1). La expresión, pues, se sustenta por sí misma. Pero por otra parte, no sería difícil señalar, por lo menos, veinticinco o treinta pasajes en las Epístolas que enseñan claramente a los creyentes a ser activos y se los hace responsables de cumplir con energía lo que Cristo quiere. No se les dice que se “sometan” como agentes pasivos y se queden sentados sin hacer nada, sino que se levanten y trabajen. Un ímpetu, un conflicto, una guerra, una lucha santa, la vida de un soldado, son presentados como las características del verdadero cristiano. La descripción de “la armadura de Dios” en el sexto capítulo de Efesios parece resolver la cuestión.

Vuelvo a repetir que sería fácil demostrar que la doctrina de santificación sin un esfuerzo personal, sino sencillamente de “someterse a Dios” es, precisamente, la doctrina de los antinomianos fanáticos del siglo XVII (a la cual ya me he referido, descrita en *Spiritual Antichrist* por Rutherford) y que su tendencia es extremadamente mala. Sería fácil demostrar que la doctrina es totalmente contraria a la totalidad de las enseñanzas de libros acreditados como *El Progreso del Peregrino* ¡y si la aceptáramos no nos quedaría más remedio que echar al fuego el viejo libro de Bunyan! Si Cristiano en *El Progreso del Peregrino*, sencillamente, se hubiera sometido a Dios y nunca hubiera luchado, esforzado y batallado, yo habría leído el libro en vano. Pero la verdad lisa y llana es que los hombres seguirán confundiendo dos cosas que son diferentes: La justificación y la santificación:

- En cuanto a justificación las palabras para decirle al hombre son: “Cree, sólo cree”.
- En cuanto a santificación las palabras tienen que ser: “Mantente en guardia, ora y lucha”.

Lo que Dios ha dividido, no lo mezclemos y confundamos nosotros.

El error lamentable

Termino aquí mi introducción y me apuro a concluirla. Confieso que dejo de escribir con sentimientos de tristeza y ansiedad. Hay mucho en la actitud de los cristianos en la actualidad que me llena de preocupación y que me hace temer por el futuro.

Existe entre muchos creyentes una ignorancia pasmosa de las Escrituras y, consecuentemente, existe también la necesidad de una fe bien fundamentada, bíblicamente y sólida. No tengo otra manera de explicar la facilidad con que la gente, como si fueran niños, “son llevados por doquiera de todo viento de doctrina” (Ef. 4:14). Existe un amor ateniense por las cosas novedosas y una aversión mórbida por cualquier cosa del pasado y regular, y por el sendero transitado por nuestros mayores. Miles de personas se congregan para escuchar una voz nueva y una doctrina nueva, sin considerar ni por un momento, si lo que están oyendo es cierto. Hay ansias incesantes de escuchar cualquier enseñanza sensacional y emocionante que apele a los sentimientos. Hay un apetito enfermizo por un cristianismo espasmódico e histérico. La vida religiosa de muchos es como beber una pequeña copita espiritual y “el espíritu afable y apacible” que recomienda San Pedro es totalmente olvidado (1 Pe. 3:4). Las multitudes, los llantos, los sitios calurosos, los cantos rimbombantes y una incesante apelación a las emociones, es lo único que a muchos les interesa. La incapacidad para distinguir las diferencias doctrinales cunde por doquier y, mientras el predicador sea “hábil” y “fervoroso”, cientos de oyentes parecen creer que tiene que estar predicando la verdad ¡y lo llaman a uno terriblemente “intolerante y duro”, si sugiere que no predica la verdad! Moody y Hawis, Dean Stanley y Canon Liddon, Mackonochie y Persall Smith les dan lo mismo a tales personas. Todo esto es triste, muy triste. Pero si, además de esto, los que sinceramente abogan por más santidad, caen por el camino o tienen diferencias entre sí, será más triste todavía. Entonces sí que estaremos peor.

La solución

En cuanto a mí, sé que ya no soy un pastor joven. Mi mente quizá se esté endureciendo y no puedo recibir fácilmente ninguna doctrina nueva. “Lo de antes es mejor”. Supongo que pertenezco a la escuela antigua de teología evangélica y, por lo tanto, me contento con enseñar acerca de la santificación según lo que encuentro en *Life of Faith* (Vida de fe) por Sibbes y Manton, y en *The Life, Walk, and Triumph of Faith* (La vida, el camino y el triunfo de la fe) por William Romaine. Pero tengo que expresar mi esperanza de que mis hermanos más jóvenes, que han adoptado conceptos nuevos de la santidad, se cuiden de las múltiples e innecesarias divisiones. ¿Creen que se necesitan normas superiores para la vida cristiana en la actualidad? Yo también. ¿Creen que se necesitan enseñanzas más claras, fuertes y completas sobre santidad? Yo también. ¿Creen que Cristo debe ser más exaltado como la raíz y el autor de la santificación, al igual que la justificación? Yo también. ¿Creen que se les debe instar más y más a los creyentes a vivir por fe? Yo también. ¿Creen que se debe insistir más y más en que mantenerse muy cerca de Dios es el secreto de la vida feliz y provechosa para el creyente? Yo también. En todo esto

coincidimos. Si quieren saber más, entonces les pido que tengan cuidado por dónde caminan y que expliquen, clara y distintivamente, lo que quieren decir.

Por último, tengo que rechazar, y lo hago con amor, el uso de términos y frases vulgares al enseñar acerca de la santificación. Alego que un movimiento a favor de la santidad no puede ser extendido con una fraseología inventada, ni con afirmaciones desproporcionadas y parciales, ni con enfatizar demasiado y aislar pasajes en particular, ni por exaltar una verdad a expensas de otra, ni alegorizando o acomodando pasajes (exprimiéndolos para sacarles significados que el Espíritu Santo nunca puso en ellos), ni hablando con desprecio y amargura de los que no ven las cosas exactamente como las ve uno y no trabajan exactamente de las maneras en que lo hace uno. Estas cosas no conducen a la paz; más bien repelen a muchos y los mantienen alejados. Las armas como éstas, no ayudan en nada a la causa de la verdadera santificación, sino que la perjudican. Hay que desconfiar de cualquier movimiento para propagar la santidad que produzca altercados y disputas entre los hijos de Dios. En nombre de Cristo, y en nombre de la verdad y el amor, tratemos de seguir la paz, al igual que la santidad. “Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre” (Mr. 10:9).

Lo que anhelo de corazón y pido a Dios todos los días, es que la santidad personal aumente grandemente entre los que profesan ser cristianos. Y confío en que todos los que procuran promoverla, se adhieran a lo que coincida con las Escrituras, que distingan cuidadosamente las cosas que difieren y que separen “lo precioso de lo vil” (Jer. 15:19).

2. Santificación

“Santificalos en tu verdad”. Juan 17:17

“La voluntad de Dios es vuestra santificación”. 1 Tesalonicenses 4:3

Me temo que el tema de la santificación es uno que a muchos les desagrada considerablemente. Algunos hasta lo rechazan con desprecio y desdén. Lo último que quisieran es ser un “santo” o un hombre “santificado”. No obstante, el tema no merece ser tratado de este modo. No es un enemigo, sino un amigo.

Es un tema de suma importancia para nuestras almas. Si la Biblia dice la verdad, entonces es cierto que, a menos que seamos “santificados”, no seremos salvos. Hay tres cosas que, según la Biblia, son absolutamente necesarias para la salvación de cada hombre y mujer en la cristiandad. Estas tres son: Justificación, regeneración y santificación. Las tres se encuentran en cada hijo de Dios: El que ha aceptado a Cristo como su Señor y Salvador es nacido de nuevo, justificado y santificado. Al que le falte uno de estos tres elementos, no es un verdadero cristiano a los ojos de Dios y, si muere en esa condición, no lo encontraremos en el cielo ni será glorificado en el día final.

Es un tema muy apropiado para esta época porque han aparecido últimamente doctrinas extrañas, sobre todo, respecto al tema de la santificación. Algunas de esas doctrinas parecen confundirla con la justificación. Algunos la rebajan al grado de anularla bajo la excusa de tener un gran celo por la gracia y la descuidan, prácticamente, en su totalidad. Otros tienen tanto temor de que las “obras” sean incluidas como parte de la justificación, que casi ni pueden encontrarle un lugar a las “obras” en su fe. Otros más, adoptan una norma equivocada con respecto a la santificación, nunca la logran, desperdician su vida en repetidos cambios de iglesia en iglesia, de congregación en congregación y de secta en secta con la esperanza inútil de que encontrarán lo que quieren. En tiempos como éste, un examen sereno del tema, como uno de los temas principales del evangelio, puede ser de mucho provecho para nuestras almas.

- I. Primero, consideremos la verdadera naturaleza de la santificación.
- II. Segundo, consideremos las señales visibles de la santificación.
- III. Por último, consideremos, en qué coinciden la justificación y santificación, en qué se parecen y cómo difieren.

Si lamentablemente el lector de estas páginas es alguien a quien sólo le interesa el mundo y no profesa una religión, no puedo esperar que se interese mucho en lo que escribo. Probablemente le parezca cuestión de “palabras y nombres” y lindas preguntas que no tienen ninguna relación con lo que cree. Pero si es un cristiano reflexivo, razonable y sensible, me atrevo a decir que encontrará que vale la pena tener algunos conceptos claros acerca de la santificación.

I. Naturaleza de la santificación

En primer lugar, tenemos que considerar la naturaleza de la santificación. ¿Qué quiere decir la Biblia cuando habla del hombre “santificado”?

La santificación es la obra espiritual interior que el Señor Jesucristo lleva a cabo en el hombre por medio del Espíritu Santo, cuando lo llama a ser un verdadero creyente. No sólo 1) lo limpia de sus pecados con su propia sangre, sino que también 2) lo separa de su amor natural por el pecado y el mundo, 3) pone un principio nuevo en su corazón y 4) lo hace practicar la piedad en su vida. El instrumento por el cual el Espíritu hace esto es, generalmente, la Palabra de Dios, aunque a veces usa aflicciones y visitas providenciales son “sin palabra” (1 P. 3:1). El sujeto de esta obra de Cristo por su Espíritu es llamado en las Escrituras hombre “santificado”.

El que supone que Jesucristo sólo vivió, murió y resucitó a fin de proveer justificación y perdón de pecado a su pueblo, tiene todavía mucho que aprender. Aunque lo sepa o no, está deshonrando a nuestro bendito Señor y convirtiéndolo en apenas un Salvador a medias.

El Señor Jesús se ha hecho cargo de todo lo que las almas de los suyos requieren; no sólo para librarlos de la culpa de sus pecados por medio de su muerte expiatoria,

sino también del dominio de sus pecados, colocando al Espíritu Santo en sus corazones, no únicamente para justificarlos, sino también para santificarlos. Es él, de este modo, no sólo la “justicia” del creyente, sino su “santificación” (1 Co. 1:30). Prestemos atención a lo que dice la Biblia: “Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados”, “Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado”, “Jesucristo... se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras”, Cristo “llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia”, “Os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él” (Jn. 17:19; Ef. 5:25, 26; Tito 2:14; 1 P. 2:24; Col. 1:21, 22). Consideremos con cuidado el significado de estos cinco textos. Si algo significan esas palabras, es que Cristo lleva a cabo la santificación, tal como lo hace en el caso de la justificación de su pueblo creyente. Se hace provisión para ambas igualmente “en ese pacto perpetuo, ordenado en todas las cosas, y... guardado” del cual el Mediador es Cristo. De hecho, Cristo es llamado en otro lugar: “El que santifica” y a su pueblo se le llama: “Los que son santificados” (He. 2:11).

El tema que tenemos ante nosotros es tan profundo y de tanta importancia que requiere protegerlo, vigilarlo, aclararlo y delineararlo por todos sus costados. Una doctrina que es indispensable para la salvación, nunca puede ser desarrollada con demasiada precisión ni ser esclarecida totalmente. Aclarar la confusión entre unas doctrinas y otras, lo cual es lamentablemente común entre los cristianos, y trazar una relación precisa entre unas verdades y otras en la fe, es una manera de arribar a un acierto total en nuestra teología. Por lo tanto, no vacilo en exponer a mis lectores a una serie de proposiciones o declaraciones conectadas, tomadas de las Escrituras, que creo encontrarán útiles para definir la naturaleza exacta de la santificación.

(1) Santificación es, pues, el resultado invariable de esa unión con Cristo que la fe auténtica da al cristiano. “El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto” (Jn. 15:5). La rama que no lleva fruto no es una rama viva en la vid. La unión con Cristo que no produce ningún efecto en la vida es una mera unión de forma, que no tiene valor ante Dios. La fe que no tiene una influencia santificadora sobre el carácter del creyente, no es mejor que la fe de los demonios. Es una “fe muerta, porque es sola”. No es un don de Dios. No es la fe de los escogidos de Dios. En resumen, donde no hay una santificación de la vida, no hay una fe verdadera en Cristo. La fe verdadera obra por el amor. Construye al hombre a vivir para el Señor como efecto de un profundo sentido de gratitud por su redención. Le hace sentir que nunca puede hacer demasiado por Aquel que murió por él. Habiendo sido perdonado por mucho, mucho ama. Aquel a quien la sangre de Cristo lo limpia, vive en la luz. El que tiene una auténtica esperanza viva, se purifica a sí mismo tal como el Señor es puro. (Stg. 2:17-20; Tito 1:1; Gá. 5:6; 1 Jn. 1:7; 3:3.)

(2) Además, la santificación es el resultado y consecuencia inseparable de la regeneración. El que es nacido de nuevo y hecho nueva criatura, recibe una nueva

naturaleza y nuevos principios de vida, y vive siempre una vida nueva. Una supuesta regeneración que puede tener el hombre y, no obstante, vivir en el pecado o mundanalidad sin importarle, es una regeneración inventada por teólogos poco inspirados, que las Escrituras no mencionan. Por el contrario, Juan dice expresamente que “todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, ama a su hermano, se guarda a sí mismo y vence al mundo” (1 Jn. 2:29; 3:9-14; 5:4,18). En suma, donde no hay santificación, no hay regeneración y donde no hay una vida santa, no hay un nuevo nacimiento.

Ésta es, sin duda, una afirmación dura para muchos; pero, dura o no, es sencillamente una verdad bíblica. Está escrito claramente que el que es nacido de Dios es uno en quien permanece la simiente de Dios; “y no puede pecar, porque es nacido de Dios” (1 Jn. 3:9).

(3) Santificación también es la única certeza de la evidencia de que el Espíritu Santo mora en él, lo cual es esencial en la salvación. “Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Ro. 8:9). El Espíritu no se mantiene dormido ni inactivo dentro del alma: Siempre da a conocer su presencia por el fruto que causa que nazca en el corazón, en el carácter y en la vida. “El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” y cosas similares (Gá. 5:22, 23). Donde existen estas virtudes, allí está el Espíritu; donde faltan, los hombres están muertos para Dios. El Espíritu es comparado con el viento y, como el viento, no se ve con ojos físicos. Pero así como sabemos que hay viento por el efecto que produce en las olas, en los árboles y en el humo, podemos también saber que el Espíritu está en alguien por los efectos que produce en su conducta. Es necio suponer que tenemos el Espíritu si no andamos en el Espíritu (Gá. 5:25). Podemos depender de esto con gran certeza: Que donde no hay un vivir santo, no hay Espíritu Santo. El sello que el Espíritu estampa en el pueblo de Dios, es santificación. Todos los que de hecho son “guiados por el Espíritu de Dios, éstos”, estos únicamente, “son hijos de Dios” (Ro. 8:14).

(4) Santificación también es la única señal segura de la elección de Dios. Los nombres y la cantidad de escogidos son algo secreto, sin duda, que Dios sabiamente se ha guardado para él y no ha revelado al hombre. No nos es dado en este mundo estudiar las páginas del libro de la vida y ver los nombres que contiene. Pero hay una realidad clara y simple de la elección y es ésta: Que los hombres y mujeres escogidos pueden ser conocidos y distinguidos por su vida santa. Está escrito expresamente que son...

- “Elegidos... en santificación”,
- “Escogido[s]... para salvación, mediante la santificación”,
- “Los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo” y
- “nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos”.

Por esto, cuando Pablo vio el obrar de la “fe” y el “amor” en la práctica y la “esperanza paciente” de los creyentes tesalonicenses, dijo: “Conocemos, hermanos

amados de Dios, vuestra elección” (1 P. 1:2; 2 Ts. 2:13; Ro. 8:29; Ef. 1:4; 1 Ts. 1:3, 4).

El que se vanagloria de ser uno de los escogidos mientras que, intencional y habitualmente, vive en pecado, sólo se engaña a sí mismo y blasfema. Por supuesto que es difícil saber lo que realmente es la gente; muchos que parecen bastante buenos externamente, pueden resultar hipócritas con un corazón corrupto. Pero el individuo en el que no hay, al menos, alguna indicación externa de santificación, podemos estar seguros de que tampoco es escogido. El catecismo de la Iglesia Anglicana, sabia y correctamente, enseña que el Espíritu Santo “santifica a todo el pueblo escogido de Dios”.

(5) Santificación, repito, es una realidad que siempre será posible ver. Al igual que la Gran Cabeza de la Iglesia, de la cual surge, no puede ser escondida. “Porque cada árbol se conoce por su fruto” (Lc. 6:44). La persona realmente santificada puede estar tan vestida de humildad, que sólo puede ver en sí misma, sus propias debilidades y defectos. Como Moisés, cuando bajó del Monte Sinaí, quien posiblemente no tenía conciencia de que su rostro resplandecía. Como el justo, en la poderosa parábola de las ovejas y los cabritos, quien no pudo ver que quizá hubiera hecho algo digno de la atención y felicitación de su Maestro: “¿Cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber?” (Mt. 25:37). Pero no importa si él mismo lo ve o no, otros siempre lo verán en su tono, gustos, carácter y los hábitos de su vida que son diferentes de los demás. La idea misma de que el hombre sea “santificado”, mientras no se nota nada de santidad en su vida, es pura necedad y un uso equivocado de palabras. La luz de su santificación puede ser muy tenue; pero si hay apenas un destello en un cuarto oscuro, esa chispa será vista. La vida puede ser débil, pero si el pulso late sólo un poquito, se sentirá. Sucede lo mismo con el hombre santificado: Su santificación es algo que se siente y se ve aunque él mismo no lo entienda. ¡El “santo” en quien nada puede verse, sino mundanalidad o pecado, es un tipo de monstruo que la Biblia no reconoce!

(6) Santificación es algo por lo cual cada creyente es responsable. No me equivoco al decir esto. Creo tan firmemente como cualquiera que todo hombre sobre la tierra es responsable ante Dios y que todos los perdidos no tendrán nada que decir ni excusas que dar en el día final. Cada uno tiene el poder de perder “su alma” (Mt. 16:26). Pero aunque creo esto, afirmo que los creyentes son, principal y particularmente, responsables y tienen una obligación especial de vivir una vida santa. No son como los demás: Muertos, ciegos y carentes de renovación; están vivos para Dios, tienen luz, conocimiento y nuevos principios dentro de ellos. ¿Quién tiene la culpa de que no sean santos, sino ellos mismos? ¿A quién le pueden echar la culpa de que no son santificados, sino a ellos mismos? Dios, quien les ha dado gracia, un corazón nuevo y una naturaleza nueva, los ha dejado sin excusas, si no viven para Su alabanza.

Éste es un punto demasiado olvidado. El hombre que profesa ser un auténtico cristiano y no hace nada, se contenta con un grado muy inferior de santificación (si

acaso la tiene) y dice tranquilamente que “no puede hacer nada”, es digno de lástima y, además, muy ignorante. Cuidémonos y estemos en guardia. La Palabra de Dios siempre dirige sus preceptos a los creyentes como seres que rendirán cuentas y a quienes considera responsables. Si el Salvador de pecadores nos otorga una gracia renovadora y nos llama por medio de su Espíritu, podemos estar seguros de que espera que usemos esa gracia y que no nos quedemos dormidos. Olvidar esto es lo que causa que muchos creyentes “constrañan al Espíritu” y los lleva a ser cristianos muy inútiles y desagradables.

(7) Santificación es un proceso que admite crecimiento y grados. El hombre puede subir de un escalón de santidad a otro y ser mucho más santificado en un periodo de su vida que en otro.

- No puede ser más perdonado ni más justificado que en el momento que creyó, aunque sienta que va creciendo.

- Sí puede ser más santificado porque cada gracia en su nuevo carácter puede ser fortalecida, aumentada y profundizada. Éste es el significado evidente de la última oración de nuestro Señor por sus discípulos cuando dijo: “Santifícalos” y de la oración de Pablo por los tesalonicenses: “El mismo Dios de paz os santifique” (Jn. 17:17; 1 Ts. 5:23). En ambos casos, la expresión implica claramente, la posibilidad de un crecimiento en santidad. Por otro lado, una expresión como “justifícalos” no se usa ni una vez en las Escrituras refiriéndose a un creyente porque no puede ser más justificado de lo que ya es. No encuentro ninguna base en las Escrituras para la doctrina de “santificación imputada”. A mi parecer, es una doctrina que confunde conceptos que son distintos y que lleva a consecuencias muy malas. No menos importante, es que se trata de una doctrina rotundamente contradicha por la experiencia de todos los cristianos más eminentes. Y hay un punto en el que coinciden los santos más consagrados de Dios que es éste: Ven más, saben más, sienten más, hacen más y creen más al ir creciendo en su vida espiritual y en proporción a cuán cerca caminan de Dios. En resumen, “creced en la gracia” como exhortan San Pablo y San Pedro que lo hagan los creyentes y que abunden “más y más” en esa gracia (2 P. 3:18; 1 Ts. 4:1).

(8) La santificación, una vez más, es algo que depende mucho del uso diligente de las Escrituras. Con esto me refiero a leer la Biblia, orar en privado, asistir regularmente al culto público, escuchar regularmente la Palabra de Dios y participar regularmente de la Cena del Señor. El hecho simplemente es que nadie que descuida tales cosas puede pretender progresar significativamente en santificación. No encuentro ningún registro de ningún santo eminente que haya descuidado estos ejercicios espirituales. Son los canales designados por medio de los cuales el Espíritu Santo nos supe gracia fresca al alma y fortalece la obra que comenzó en el hombre interior. Llámenle los hombres doctrina legalista a esto si quieren, pero nunca dejaré de declarar que creo que no hay ganancia espiritual sin dolor. Así como no esperaré que un granjero prosperara en sus negocios, si se contenta con sembrar sus campos y no volver a trabajar en ellos hasta el tiempo de la cosecha, tampoco puedo esperar que el creyente obtenga mucha santidad, si no es diligente

en la lectura de su Biblia, sus oraciones y el buen uso de sus domingos. Nuestro Dios es un Dios que obra a través de medios y nunca bendice al alma del que pretende ser superior y muy espiritual prescindiendo de ellos.

(9) La santificación no es algo que previene al hombre de tener muchos conflictos espirituales interiores. Por conflicto, quiero decir una lucha dentro del corazón entre la vieja y la nueva naturaleza, la carne y el espíritu que se cohabitan en cada creyente (Gá. 5:17). Un sentido profundo de esa lucha y la gran cantidad de inquietud mental derivada de ella, no prueban que alguien no sea santificado. No, más bien, creo que son síntomas saludables de nuestra condición, que prueban que no estamos muertos, sino vivos. Un verdadero cristiano es aquel que, no sólo tiene paz en su conciencia, sino también libra una guerra espiritual en su interior. Tal creyente puede ser conocido por sus luchas, al igual que por su paz.

Al decir esto, no olvido que estoy contradiciendo los conceptos de algunos cristianos bien intencionados que creen la doctrina llamada "perfección sin pecado". No lo puedo evitar. Creo que lo que yo digo confirma lo que dice San Pablo en el séptimo capítulo de Romanos. Recomiendo a mis lectores, un estudio a fondo de dicho capítulo. Estoy convencido de que no describe la experiencia del inconverso, ni de un cristiano nuevo e inestable, sino la de un santo con años de experiencia en comunión íntima con Dios. Nadie más, que alguien así, podría decir: "Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios" (Ro. 7:22).

Creo, además, que la experiencia de todos los siervos más eminentes de Cristo que jamás han vivido, dan prueba de esto. La prueba completa puede verse en sus diarios, sus biografías, autobiografías y sus vidas.

Porque creo todo esto, nunca vacilaré en decirle a todo el mundo que el conflicto interior no es prueba de que alguien no sea santo y que no deben pensar que no son santificados porque no se sienten enteramente libres de conflictos interiores. Sin duda, estaremos libres de ellos en el cielo, pero nunca en este mundo. El corazón del mejor cristiano, aun en su mejor expresión, es un campo ocupado por dos fuerzas rivales y "la reunión de dos campamentos" (Cnt. 6:13). Dejemos que las palabras de los Artículos Trece y Quince sean consideradas seriamente por todos los hombres de Iglesia: "La infección de la naturaleza permanece en aquellos que están regenerados". "Aunque bautizados y nacidos de nuevo en Cristo, ofendemos en muchas cosas; y si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros".

(10) La santificación es algo que no puede justificar al hombre y no obstante agrada a Dios. Esto puede parecer increíble, pero es cierto. Las acciones más santas del santo más santo que jamás haya vivido, todas, en menor o mayor grado, tienen defectos e imperfecciones. Sus motivaciones están erradas o defectuosas en su manifestación y, en sí mismas, no son nada más que "pecados espléndidos", merecedores de la ira y condenación de Dios. Suponer que tales acciones pueden aguantar la severidad del juicio de Dios, expiar el pecado y merecer el cielo es sencillamente absurdo. "Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado".

“Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley” (Ro. 3:20-28). La única justicia con la cual podemos aparecer ante Dios, es la justicia de un tercero, a saber, la justicia perfecta de nuestro Sustituto y Representante, Jesucristo el Señor. Su obra, y no la nuestra, es nuestro único derecho de entrada al cielo. Ésta es una verdad que debiéramos estar dispuestos a defender hasta la muerte.

A pesar de todo esto, la Biblia nos enseña claramente que las acciones santas del hombre santificado, aunque imperfectas, son agradables a los ojos de Dios. “De tales sacrificios se agrada Dios” (He. 13:16). “Obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor” (Col. 3:20). “Hacemos las cosas que son agradables delante de él” (1 Jn. 3:22). Nunca olvidemos esto porque es una doctrina muy reconfortante. Como un padre se complace por los esfuerzos de su hijito por complacerlo, aunque no sea más que cortando una flor o caminando hacia él de un extremo al otro de un cuarto, así se complace nuestro Padre celestial con las pobres actuaciones de sus hijos creyentes. Él se fija en las motivaciones, los principios y las intenciones de sus acciones, y no meramente en su cantidad y calidad. Los considera miembros de su propio Hijo amado y, por él, se complacerá dondequiera que haya un solo ojo puesto en él. Los creyentes que quieran discutir esto harían bien en estudiar el Artículo Doce de la Iglesia Anglicana.

(11) La santificación es algo que será indispensable como testigo de nuestro carácter en el gran Día del juicio. Será completamente inútil argumentar que creemos en Cristo, a menos que nuestra fe haya tenido algún efecto santificador y haya sido evidente en nuestra vida. Evidencias, evidencias, evidencias, será lo requerido ante el gran tono blanco cuando se abran los libros, cuando los sepulcros entreguen a sus ocupantes, cuando los muertos comparezcan ante el tribunal de Dios. Sin alguna evidencia de que nuestra fe en Cristo fue real y auténtica, nos volveremos a levantar para ser condenados. No encuentro que vaya a ser admitida evidencia alguna aparte de la santificación. La pregunta no será cómo hablamos o lo que profesamos, sino cómo vivimos y lo que hicimos. Que nadie se engañe en cuanto a este punto. Si existe alguna certeza acerca del futuro, es la certeza de que habrá un juicio; si hay alguna certeza en cuanto a ese juicio, es que las “obras” serán consideradas y examinadas (Jn. 5:29; 2 Co. 5:10; Ap. 20:13). El que supone que las obras no son importantes porque no pueden justificarnos, es un cristiano muy ignorante. A menos que abra los ojos, se encontrará para su pesar que si se presenta ante el tribunal de Dios sin alguna evidencia de gracia, sería mejor que no hubiera nacido.

(12) Por último, la santificación es absolutamente necesaria, a fin de capacitarnos y prepararnos para ir al cielo. La mayoría de las personas espera ir al cielo cuando muera; pero me temo que pocos se toman la molestia de preguntarse si disfrutarán del cielo cuando estén allí. El cielo es esencialmente un lugar santo, todos sus habitantes son santos, sus ocupaciones son todas santas. Para ser realmente felices en el cielo, resulta claro que tenemos que prepararnos para ir al cielo mientras estamos en la tierra. La doctrina de un purgatorio después de la muerte, que convertirá en santos a los pecadores, es una mentira inventada por el hombre,

y la Biblia no lo enseña en ninguna parte. Tenemos que ser santos antes de morir, si después vamos a ser santos en gloria.

La idea favorita de muchos es que el moribundo no necesita más que la absolución y el perdón de los pecados a fin de adecuarlos para el gran cambio, es falsa. Necesitamos la obra del Espíritu Santo, al igual que la obra de Cristo; necesitamos la renovación del corazón, al igual que la sangre expiatoria; necesitamos ser santificados, al igual que justificados. Es común oír a alguien en su lecho de muerte, decir: "Solo quiero que el Señor me perdone los pecados y me dé descanso". ¡Pero los que dicen cosas así olvidan que el descanso del cielo será inútil, si no tienen el corazón para disfrutarlo! Si acaso llegara al cielo, ¿qué haría allí el hombre no santificado? Encaremos esa pregunta de frente, al igual que su respuesta. No es posible que alguien sea feliz, si no está en su elemento y donde nada a su alrededor coincide con sus gustos, hábitos y carácter. Cuando un águila sea feliz en una jaula de hierro, cuando una oveja sea feliz en el agua, cuando el búho sea feliz recibiendo los rayos del sol del mediodía, cuando un pez sea feliz en tierra seca, entonces, y sólo entonces, admitiré que el hombre no santificado pudiera ser feliz en el cielo.

He presentado estas doce proposiciones acerca de la santificación, estando firmemente convencido de que son ciertas, y pido a todos los que leen estas páginas que las estudien con seriedad. Todas ellas podrían haber sido ampliadas y tratadas más profundamente, y todas merecen una reflexión y consideración personal. Algunas de ellas pueden ser disputadas y contradichas, pero dudo que alguna pueda ser descartada o que pueda probarse que no es cierta. Creo sinceramente que estas proposiciones, posiblemente, puedan ayudar a los hombres a tener conceptos claros sobre la santificación.

II. La evidencia visible de la santificación

Procedo ahora a abordar el segundo punto que me propuse considerar. Ese punto es la evidencia visible de la santificación. En pocas palabras: ¿Cuáles son las señales visibles del hombre santificado? ¿Qué podemos esperar ver en él? Ésta es una parte muy amplia y difícil de nuestro tema. Es amplia porque necesita la mención de muchos detalles que no se pueden encarar totalmente dentro de los límites de un escrito como éste. Es difícil porque es imposible tratarla sin ofender. Pero sean cuales fueren los riesgos, la verdad tiene que ser presentada y hay un aspecto de la verdad que requiere, especialmente, que sea enunciada en la actualidad.

(1) La verdadera santificación no consiste en hablar acerca de religión. Éste es un punto que nunca debe olvidarse. El enorme incremento de la educación y predicación en estos últimos días hace absolutamente necesario levantar la voz para dar una advertencia. Las gentes oyen tanto acerca de la verdad del evangelio que se acostumbran a sus palabras, su vocabulario y frases y, a veces, hablan con tanta fluidez sobre sus doctrinas que hacen pensar que son verdaderos cristianos. De hecho, asquea y disgusta escuchar el lenguaje frío y frívolo que muchos usan acerca de "la conversión, el Salvador, el evangelio, de encontrar paz, de la gracia"

y cosas así, mientras que es notorio que sirven al pecado o viven para el mundo. ¿Podemos dudar que hablar así es abominable a los ojos de Dios y que no es mejor que maldecir, jurar y tomar el nombre de Dios en vano? La lengua no es el único miembro que Cristo nos pide que demos para servirle. Dios no quiere que su pueblo sea como vasijas vacías, como metal que resuena ni címbalo que retiñe. Tenemos que ser santificados, no sólo “de palabra, ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Jn. 3:18).

(2) La verdadera santificación no consiste de sentimientos religiosos temporales. Éste es también un punto que necesita urgentemente una advertencia. Los servicios misioneros y reuniones de evangelización están recibiendo gran atención por todas partes y causando mucha sensación. La Iglesia Anglicana parece haber revivido y está nuevamente activa; tenemos que dar gracias a Dios por ello. Pero estas cosas tienen sus peligros, al igual que sus ventajas. Dondequiera que se planta trigo, el diablo de seguro sembrará cizaña. Es de temer que muchos parecen conmovidos, sacudidos y emocionados por la predicación del evangelio, cuando en realidad sus corazones no han cambiado en nada. La realidad de esos casos es que sienten una especie de emoción animal al contagiarse por ver a otros llorar, regocijarse o emocionarse. Sus heridas son superficiales y la paz que profesan también lo es. Son como la semilla sembrada en pedregales, “oye la palabra, y al momento la recibe con gozo” (Mt. 13:20); pero al poco tiempo se aparta, vuelve al mundo y es más duro y peor que antes. Como la calabacera de Jonás, crece súbitamente en una noche y en otra noche muere.

No olvidemos estas cosas. Cuidémonos hoy de curar superficialmente las heridas y clamar: “Paz, paz” cuando no hay paz. Instemos a todo el que muestra un nuevo interés en la fe cristiana, que no se contente con nada que no sea la obra profunda, sólida y santificadora del Espíritu Santo. La reacción después de una emoción religiosa falsa, es una enfermedad mortal. Cuando el diablo es echado fuera de un hombre temporalmente en el fervor de un avivamiento, tarde o temprano vuelve a su morada y su estado final resulta peor que el primero. Es mil veces mejor empezar lentamente y después “continuar en la palabra” con constancia, que empezar apurados sin calcular el costo y, al poco tiempo, como la esposa de Lot, mirar hacia atrás y volver al mundo. Declaro que no conozco un estado del alma más peligroso que imaginar que hemos nacido de nuevo y que hemos sido santificados por el Espíritu Santo porque estamos experimentado unos pocos sentimientos religiosos.

(3) La verdadera santificación no consiste de un formalismo externo ni de una devoción externa. Ésta es una enorme fantasía, pero lamentablemente muy común. Miles de religiosos se imaginan que la verdadera santidad puede verse en una cantidad excesiva de religiosidad exterior: Asistir constantemente a los cultos de la iglesia, participar en la Cena del Señor, observar días de ayuno y de los santos, hacer múltiples reverencias, giros, gestos y asumir ciertas posturas durante el culto público como señales de austeridad y de supuestos sacrificios, en usar ropa rara, usar estampas y cruces. Admito sin problemas que algunos hacen estas cosas por motivos de conciencia y creen realmente que son de ayuda para sus almas. Pero me temo que, en muchos casos, esta religiosidad exterior se convierte en un

sustituto de la santidad interior y estoy seguro de que está lejos de obrar la santificación del corazón. Sobre todo, cuando veo que muchos seguidores de este estilo formal, exterior y sensual, son mundanos y se dejan llevar por sus pompas y vanidades sin tener vergüenza, siento que se necesita hablar muy claramente sobre el tema. Puede haber una cantidad inmensa de “religiosidad exterior”, donde no hay ni un ápice de verdadera santificación.

(4) La santificación no consiste en retirarnos de nuestro lugar en la vida, ni en la renunciación de nuestros deberes sociales. En todas las épocas, muchos individuos han caído en esta trampa con la intención de buscar santidad. Cientos de ermitaños se han desterrado a algún desierto y miles de hombres y mujeres se han enclaustrado en monasterios y conventos con la idea fútil de que, al hacerlo, escapan del pecado y se convierten en santos insignes. Han olvidado que no hay candados ni barras que puedan impedir la entrada al diablo y que, dondequiera que vayan, llevan la raíz de todos los males: Sus propios corazones. Convertirse en monje o en monja, enclaustrarse en una Casa de Misericordia, no es el camino superior a la santificación.

La verdadera santidad no lleva al cristiano a evitar las dificultades, sino a que las encare y venza. Cristo quiere que su pueblo demuestre que su gracia no es meramente planta de invernadero, que sólo puede prosperar si está resguardada, sino algo fuerte y resistente que puede prosperar en cada relación de la vida. Es cumplir nuestro deber en esa condición, a la cual Dios nos ha llamado —como sal en medio de la corrupción y luz en medio de la oscuridad—, el elemento principal de la santificación. No se trata del hombre que se esconde en una cueva, sino del hombre que glorifica a Dios como amo o siervo, padre o hijo, en la familia o en la calle, en los negocios y los oficios, que es el tipo bíblico del hombre santificado. Nuestro Maestro mismo dijo en su última oración por sus discípulos: “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal” (Jn. 17:15).

(5) La santificación no consiste en el cumplimiento ocasional de las acciones correctas. Es el obrar constante de un nuevo principio celestial interior, que satura toda la conducta cotidiana del hombre, tanto en las grandes acciones como en las pequeñas. Su sede es el corazón y, al igual que el corazón en el cuerpo, tiene una influencia constante en cada aspecto de su carácter. No es como una bomba de agua, de la cual sólo sale agua cuando se bombea, sino como una fuente perpetua, cuya corriente fluye siempre espontánea y naturalmente. Aun Herodes, “escuchaba de buena gana” a Juan el Bautista, aunque su corazón estaba totalmente apartado de Dios (Mr. 6:20). De la misma manera, hay muchas personas en la actualidad que parecen tener ataques espasmódicos de “buena voluntad” y hacen muchas cosas correctas bajo la influencia de alguna enfermedad, aflicción, muerte en la familia, calamidad pública o un repentino remordimiento de conciencia. No obstante, cualquier observador inteligente puede ver claramente todo el tiempo que no se han convertido y que no saben nada de “santificación”. Un auténtico santo, como Ezequías, será de limpio corazón. Aborrecerá “todo camino de mentira” (2 Cr. 31:21; Sal. 119:104).

(6) La santificación auténtica se muestra por un respeto habitual a la ley de Dios, un esfuerzo habitual de vivir en obediencia a ella como regla de la vida. No hay peor error que suponer que el cristiano nada tiene que ver con la ley y los Diez Mandamientos por el hecho de que no puede ser justificado por cumplirlos. El mismo Espíritu Santo que convence de pecado al creyente por medio de la ley, que lo guía a Cristo para su justificación, lo conducirá a un uso espiritual de la ley, como un guía amigo, en la búsqueda de la santificación.

Nuestro Señor Jesucristo nunca tomó los Diez Mandamientos a la ligera; por el contrario, en su primer discurso público, el Sermón del Monte, habló ampliamente sobre ellos y demostró la naturaleza escudriñadora de sus requerimientos. San Pablo nunca le restó importancia a la ley, por el contrario, dice: “la ley es buena, si uno la usa legítimamente” y “según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios” (1 Ti. 1:8; Ro. 7:22). El que pretende ser un santo mientras que desprecia los Diez Mandamientos y le da lo mismo mentir, ser hipócrita, estafar, tener mal genio, calumniar, emborracharse y romper el séptimo mandamiento, vive engañado y en una condición peligrosa. ¡Encontrará que en el día final, le será imposible probar que es un “santo”!

(7) La santificación auténtica se muestra por un esfuerzo habitual por hacer la voluntad de Cristo y vivir según sus preceptos prácticos. Estos preceptos se encuentran por todas partes en los cuatro Evangelios y, especialmente, en el Sermón del Monte. La persona que supone que estos mandamientos fueron dichos sin la intención de promover la santidad y que el cristiano no necesita hacerles caso en su vida cotidiana, es peor que un lunático, y de cualquier modo que se le mire, es una persona extremadamente ignorante. ¡Al escuchar hablar a algunos y al leer los escritos de algunos hombres, se podría pensar que cuando estuvo en la tierra, nuestro bendito Señor nunca enseñó más que doctrinas y que dejó que otros enseñaran los deberes prácticos! Aun el conocimiento más leve de los cuatro Evangelios, nos indica que esto es un error absoluto. Lo que sus discípulos deben ser y hacer es algo que nuestro Señor siempre destacó en sus enseñanzas. El hombre verdaderamente santificado no lo olvidará. Sirve a un Maestro que dijo: “Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando” (Jn. 15:14).

(8) La santificación auténtica se demuestra por medio de un anhelo habitual de vivir según las normas que Pablo presenta a las iglesias en sus escritos. Esas normas se encuentran en los últimos capítulos de casi todas sus epístolas. La idea común de muchos es que los escritos de Pablo contienen únicamente declaraciones doctrinales y temas controversiales —justificación, elección, predestinación, profecía y cosas por el estilo—, lo cual es pura fantasía y una triste prueba de la ignorancia de las Escrituras que prevalece en estos días. Desafío al que quiera, que lea con cuidado los escritos de Pablo sin encontrar en ellos una gran cantidad de indicaciones claras y prácticas sobre el deber del cristiano en cada relación de su vida y sobre hábitos diarios, temperamento y conducta de unos hacia otros. Estas indicaciones fueron escritas bajo la inspiración de Dios para guiar perpetuamente al que profesa ser cristiano. El que no les hace caso puede pasar por miembro de una iglesia, pero no por lo que la Biblia llama hombre “santificado”.

(9) La santidad auténtica se demuestra en una atención habitual a las gracias activas de las cuales nuestro Señor fue un ejemplo tan hermoso y, en especial, la gracia de la caridad. “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Jn. 13:34, 35). El hombre santificado tratará de hacer el bien en el mundo, reducir la tristeza y aumentar la felicidad a su alrededor. Procurará ser como su Maestro, lleno de bondad y amor hacia cada uno; y esto, no sólo de palabra, llamando a todos “queridos”, sino por obras y acciones y trabajo de auto-negación, según tenga oportunidad. El erudito cristiano egoísta, que se envuelve en su orgullo por la superioridad de sus conocimientos y a quien no le parece importar si los otros se hundan o se mantienen a flote, si se van al cielo o al infierno por asistir siempre a la iglesia o capilla vistiendo su mejor ropa y ser llamado “miembro activo”, es un hombre que nada sabe de santificación. Puede creerse un santo sobre la tierra, pero no será un santo en el cielo. Cristo nunca será el Salvador de los que nada saben de seguir su ejemplo de fe. La verdadera gracia transformadora siempre producirá una conformidad con la imagen de Jesús (Col 3:10).

(10) Por último, la santificación auténtica se demuestra en una atención habitual a las gracias pasivas del cristianismo. Cuando hablo de gracias pasivas, me refiero a esas gracias que son sembradas en el sometimiento a la voluntad de Dios y cosechadas en la paciencia unos hacia los otros. Pocos, a menos que hayan examinado este punto, tienen una idea de cuánto habla el Nuevo Testamento de estas gracias y qué importante es el lugar que parecen ocupar. Éste es el punto especial en que reflexiona Pedro al llevar nuestra atención el ejemplo de nuestro Señor Jesucristo: (1 P. 2:21-23). Ésta es la acción específica en el Padrenuestro que Dios nos requiere: “Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores” y el único punto que el Señor comenta al final de la oración. Éste es el punto que ocupa un tercio de la lista de las manifestaciones del fruto del Espíritu que nos da San Pablo. Menciona nueve y tres de éstas: “Paciencia, benignidad y mansedumbre” son incuestionablemente gracias pasivas (Gá. 5:22-23). Tengo que decir, lisa y llanamente, que no creo que este tema se enfoque lo suficiente entre los cristianos. Las gracias pasivas son sin duda más difíciles de lograr que las activas, pero son, precisamente, las que tienen la mayor influencia sobre el mundo. Y de una cosa estoy muy seguro: No tiene sentido pretender una santificación, a menos que seamos ejemplos de bondad, benignidad, paciencia y perdón, a lo cual la Biblia da tanta importancia. ¡El mundo está demasiado lleno de los que se muestran habitualmente desagradables y antipáticos en la vida cotidiana y son constantemente cortantes con lo que dicen y huraños con todos a su alrededor, gente rencorosa, vengativa y maliciosa! Todos estos, saben poco de lo que debieran saber sobre la santificación.

Tales son las señales visibles del hombre santificado. No digo que todas se notarán en igual proporción en todo el pueblo de Dios. Admito que, aun en los mejores creyentes, no se ven plena y perfectamente. Pero sí digo con seguridad que las cosas a las que me he estado refiriendo son las señales bíblicas de la santificación

y que a aquellos que las desconocen, les convendría dudar si tienen alguna gracia o no. Nunca me retractaré de decir que la santificación auténtica es algo que puede verse y que las señales que he procurado presentar son más o menos las señales del hombre santificado.

III. Diferencia entre justificación y santificación

En último lugar, me propongo considerar la diferencia entre justificación y santificación. ¿En qué coinciden y en qué difieren?

Esta rama de nuestro tema es de gran importancia, aunque me temo que no lo consideren así todos mis lectores. La trataré brevemente, pero no me atrevo a pasarla totalmente por alto. Muchos no van más allá de lo superficial de las cosas en la religión y consideran las buenas diferencias teológicas como cuestión de “preguntas y nomenclaturas” que son de poco valor real. Pero advierto a todos los que consideran seriamente las cuestiones del alma, que la gran inquietud que sienten por no “distinguir entre las cosas en que difieren” en la doctrina cristiana, es muy grande y les aconsejo, de manera especial, que si aman la paz, busquen conceptos claros sobre el tema que nos ocupa. Tenemos que recordar siempre que justificación y santificación son dos cosas diferentes. No obstante, hay puntos en los cuales coinciden y puntos en que difieren. Tratemos de encontrar cuáles son.

¿En qué sentido, pues, son iguales la justificación y santificación?

(a) Ambas proceden originalmente de la gracia de Dios. Es únicamente por su gracia que el creyente es justificado o santificado.

(b) Ambas son parte de la gran obra de salvación que Cristo, en el pacto eterno, ha realizado para bien de su pueblo. Cristo es la fuente de vida, de la cual fluyen, tanto el perdón como la santidad. La raíz de cada una es Cristo.

(c) Ambas están en una misma persona. Aquellos que son justificados, siempre son santificados y aquellos que son santificados, son siempre justificados. Dios ha unido en una sola persona la justificación y la santificación, y no pueden ser separadas.

(d) Ambas comienzan al mismo tiempo. El momento en que una persona comienza a ser una persona justificada, comienza también a ser santificada. Quizá no lo perciba, pero ésta es la realidad.

(e) Ambas son necesarias para la salvación. Nadie ha llegado al cielo sin un corazón renovado, al igual que perdonado; sin la gracia del Espíritu, al igual que la sangre de Cristo; sin idoneidad para la gloria eterna, al igual que un título. Una es tan necesaria como la otra.

Estos son los puntos en que coinciden la justificación y santificación.

Consideremos ahora lo opuesto y veamos en qué sentido difieren.

(a) La justificación, es Dios declarando justos a aquellos que reciben a Cristo, basándose en que la justicia de Cristo es imputada a la cuenta de aquellos que lo reciben. La santificación es, de hecho, hacer justo al hombre en su interior, aunque sea en un grado muy débil.

(b) La justicia que tenemos para nuestra justificación no es nuestra, sino que es la eterna y perfecta justicia de nuestro gran Mediador Cristo, que nos es imputada y de la cual nos apropiamos por fe. La justicia que tenemos por santificación es nuestra propia justicia, impartida, inherente y realizada en nosotros por el Espíritu Santo, pero mezclada con debilidades e imperfecciones.

(c) En la justificación, nuestras propias obras no tienen nada que ver y una fe sencilla en Cristo es lo único necesario. En la santificación nuestras propias obras son de suma importancia y, por eso, Dios nos insta a luchar, a velar, orar, esforzarnos, luchar y trabajar.

(d) La justificación es una obra terminada y completa, y el hombre es justificado perfectamente en el instante cuando cree. La santificación, comparativamente, es una obra imperfecta y nunca será perfecta hasta que lleguemos al cielo.

(e) La justificación no incluye crecimiento ni aumento: El hombre es justificado en la hora cuando inicialmente acude a Cristo por fe, tal como lo será por toda la eternidad. La santificación es, principalmente, una obra progresiva e incluye un crecimiento y aumento continuo durante toda la vida.

(f) La justificación se refiere, en especial, a nuestra persona, nuestra posición ante los ojos de Dios y nuestra liberación de culpa. La santificación se refiere, en especial, a nuestra naturaleza y la renovación moral de nuestro corazón.

(g) La justificación nos da el derecho al cielo y la valentía para entrar en él. La santificación es el proceso que se inicia con la justificación y nos va preparando para ir al cielo, y a disfrutarlo cuando moremos en él.

(h) La justificación es el acto en el que la justicia de Cristo se imputa al creyente y no es fácil que otros la discernan. La santificación es la obra de Dios dentro de nosotros y, porque su manifestación es externa, no puede esconderse de la vista de los demás.

Encomiendo estas diferencias a la atención de mis lectores y les pido que reflexionen bien sobre ellas. Estoy convencido de que una de las grandes razones de la oscuridad y de los sentimientos inquietos de mucha gente bien intencionada en lo que respecta a la fe cristiana, es su costumbre de confundir y no diferenciar la justificación de la santificación. Nunca podremos recalcar demasiado que son dos cosas separadas. Es cierto que no pueden ser divididas y que cualquiera que es partícipe de una de las dos es partícipe de ambas. Pero nunca, nunca, deben ser confundidas y nunca deben olvidarse las diferencias entre ellas.

Aplicación práctica

Sólo me queda concluir este tema con algunas palabras claras de aplicación. Hemos presentado la naturaleza y las señales visibles de la santificación. ¿Qué reflexiones prácticas debiera generar todo este tema?

(1) Despertemos todos a la realidad del estado peligroso de muchos cristianos. “Seguid... la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (He. 12:14). Entonces, ¡qué cantidad enorme hay de seguidores de una supuesta religión que es totalmente inútil! ¡Qué proporción inmensa de gente que asiste a la iglesia se encuentra en el camino ancho que lleva a la destrucción! ¡Pensarlo es terrible, aplastante y abrumador! ¡Oh, que los predicadores y maestros abrieran sus ojos y tuvieran conciencia de la condición de las almas a su alrededor! ¡Oh, que se pudiera convencer a los hombres que “huyan de la ira que vendrá”! Si las almas no santificadas pueden ser salvas e ir al cielo, la Biblia no dice la verdad. ¡Pero la Biblia es veraz y no puede mentir! ¡Imaginemos cómo será el final!

(2) Asegurémonos de nuestra propia condición y no descansen hasta sentir y saber que nosotros mismos estamos siendo “santificados”. ¿Cuáles son nuestros gustos, nuestras decisiones, preferencias e inclinaciones? Ésta es la gran pregunta de prueba. Poco importa lo que queremos, lo que esperamos y lo que anhelemos antes de morir. ¿Dónde estamos ahora? ¿Qué estamos haciendo? ¿Estamos creciendo en santidad o no? Si no, la culpa es nuestra.

(3) Si queremos ser santificados, nuestro camino es claro y sencillo: Tenemos que comenzar con Cristo. Tenemos que acudir a él como pecadores, sin ninguna discusión, sino sólo con nuestra necesidad y entregarle nuestra alma por fe para obtener paz y reconciliación con Dios. Tenemos que ponernos en sus manos, como en las manos de un buen médico, y clamar a él pidiendo misericordia y gracia. No necesitamos presentarnos con una recomendación. El primer paso hacia la santificación, como hacia la justificación, es acudir a Cristo con fe. Tenemos que vivir primero y luego obrar.

(4) Si queremos crecer en santidad y ser más santificados, tenemos que seguir continuamente tal como empezamos, y seguir llevando nuevas solicitudes a Cristo sin cesar. Él es la Cabeza de la cual se tiene que suplir cada miembro (Ef. 4:15-16). Vivir la vida de una fe cotidiana en el Hijo de Dios y tomar de su plenitud cada día, la gracia y las fuerzas prometidas que tiene reservadas para su pueblo, es el gran secreto de la santificación progresiva. Los cristianos que parecen siempre iguales, por lo general, están descuidando la comunión íntima con Jesús y, por ende, contristando al Espíritu. Aquel que oró: “Santifícalos”, la noche antes de su crucifixión, está infinitamente dispuesto a ayudar a todo aquel que con fe solicita su ayuda y anhela ser santo.

(5) No esperemos demasiado de nuestros corazones aquí en la tierra. En el mejor de los casos, encontraremos todos los días razones para sentirnos humillados y

descubrir cada hora que somos deudores, necesitados de misericordia y gracia. Cuanta más luz tengamos, más veremos nuestra propia imperfección. Éramos pecadores cuando empezamos, pecadores somos a medida que seguimos adelante, renovados, perdonados, justificados, pero aun así, pecadores hasta el último día. Nuestra perfección absoluta está por venir y el sentido de expectativa de obtenerla es una razón por la cual debiéramos ansiar el cielo.

(6) Por último, no nos avergoncemos nunca de darle importancia a la santificación y aspirar a lograr más y más santificación. Cuando algunos se conforman con lograr un grado lamentablemente inferior y otros no se avergüenzan de vivir sin nada de santidad (contentándose con la mera costumbre de ir a la iglesia, pero sin avanzar nunca, como un caballo en una noria, mantengámonos firmes en las sendas antiguas, aspiremos nosotros mismos a tener más santidad y recomendémosla valientemente a otros. Ésta es la única manera de ser realmente felices.

Estemos convencidos, no importa lo que otros digan, de que santidad es felicidad, y que el hombre que pasa por la vida con más paz es el hombre santificado. Sin duda que hay algunos cristianos de verdad que por enfermedad, problemas familiares u otras causas secretas, disfrutan de poca paz y siguen lamentándose todos los días mientras van rumbo al cielo. Por regla general, en el largo camino de la vida, encontraremos que es verdad que las personas “santificadas” son las más felices sobre la tierra. Tienen consuelos fehacientes que el mundo no puede dar ni quitar. “Sus caminos son caminos deleitosos”. “Mucha paz tienen los que aman tu ley”. Aquel que no puede mentir dijo: “Mi yugo es fácil, y ligera mi carga”. Pero también está escrito: “No hay paz para los malos” (Pr. 3:17; Sal. 119:165; Mt. 11:30; Is. 48:22).

3. Santidad

“Seguid la santidad, sin la cual nadie verá al Señor”. Hebreos 12:14

¿Somos santos?

El texto bíblico que encabeza este párrafo abre un tema de suma importancia. El tema es la santidad práctica. Sugiere una pregunta que requiere la atención de todos los que profesan ser cristianos: ¿Somos santos? ¿Veremos al Señor?

Esta pregunta nunca está fuera de lugar. El sabio nos dice que hay: “Tiempo de llorar, y tiempo de reír; tiempo de callar y tiempo de hablar” (Ec. 3:4, 7), pero no existe ni un momento, no, ni un día, cuando el hombre no debiera ser santo.

¿Somos santos?

La pregunta es para todos sin importar rango ni condiciones. Algunos son ricos y algunos son pobres, algunos son eruditos y algunos son ignorantes, algunos son

amos y algunos son sirvientes; pero no existe rango ni condición en la vida en la que el hombre no debiera ser santo. ¿Somos santos?

Pido que me presten atención hoy al enfocar esta pregunta. ¿Cómo se encuentra la relación entre nuestras almas y Dios? En este mundo apurado y ajetreado en que vivimos, estemos quietos durante unos minutos y consideremos la cuestión de la santidad. Creo que hubiera podido escoger un tema más popular y agradable. Estoy seguro de haber podido encontrar un asunto más fácil de encarar. Pero siento profundamente que no hubiera podido escoger uno más oportuno y más provechoso para nuestras almas. Es cosa seria oír decir a la Palabra de Dios que sin santidad “nadie verá al Señor” (He. 12:12-15).

Procuraré, con la ayuda de Dios...

- I. Examinar qué es la verdadera santidad.
- II. Explicar la razón por la cual la santidad es tan importante y
- III. Trataré de destacar la única manera de obtener la santidad.

En el capítulo anterior, traté este tema desde un punto de vista doctrinal. Ahora procuraré presentar a mis lectores, un punto de vista más claro y práctico.

I. La definición verdadera y práctica de la santidad

En primer lugar, entonces, trataré de mostrar qué es la verdadera santidad práctica y a qué tipo de personas llama Dios santas. El hombre puede esforzarse mucho y, no obstante, no alcanzar nunca la verdadera santidad. Santidad no es...

- Conocimiento, eso es lo que tenía Balaam.
- Una profesión externa, eso es lo que hacía Judas Iscariote.
- Realizar muchas cosas, eso es lo que hacía Herodes.
- Celo sobre ciertos asuntos religiosos, eso es lo que tenía Jehu.
- Moralidad y respetabilidad de conducta, como las tenía el joven rico.
- Disfrutar de escuchar a predicadores, los judíos de la época de Ezequiel hacían eso.
- Andar en compañía de gente piadosa; Joab, Giezi y Demas hacían esto.

¡No obstante, ninguno de estos personajes era santo! Estas prácticas, por sí solas, no constituyen santidad. El hombre puede exhibir alguna de ellas y, no obstante, nunca ver al Señor.

¿Qué es, entonces, la verdadera santidad práctica? Ésta es una pregunta difícil de contestar. No quiero decir que falten enseñanzas bíblicas sobre el tema. Pero temo dar un concepto defectuoso sobre la santidad y no decir todo lo que habría que decir; o decir lo que no hay que decir y así causar daño. No obstante, trataré de presentar una imagen de la santidad para que podamos verla claramente con los

ojos de nuestra mente. Pero nunca olviden, cuando haya dicho todo, que en el mejor de los casos, mi explicación es un bosquejo imperfecto.

(a) Santidad es el hábito de ser de un mismo sentir con Dios, según se describe su sentir en las Escrituras. Es el hábito de coincidir con los criterios de Dios — aborreciendo lo que él aborrece, amando lo que él ama— y midiendo todo en este mundo, según las normas de su Palabra. El hombre que más coincide con Dios, es el más santo.

(b) El hombre santo se esforzará por rechazar todo pecado conocido y guardar todo mandamiento conocido. Tendrá una mente decididamente predispuesta hacia Dios, un fuerte anhelo de cumplir su voluntad y más temor de desagradar a Dios que de desagradar al mundo, y un amor por todos sus caminos. Siente lo que Pablo sentía cuando dijo: “Según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios” (Ro. 7:21-23) y lo que sentía David cuando dijo: “Estimé rectos todos tus mandamientos sobre todas las cosas, y aborrecí todo camino de mentira.” (Sal. 119:128).

(c) El hombre santo luchará para ser como nuestro Señor Jesucristo. No sólo vivirá una vida de fe en él y tomará de él toda su paz y fortaleza diaria, sino que también trabajará para conformarse a la mente de él y ser hecho “conforme a su imagen” (Ro. 8:29). Su meta será comprender y perdonar a los demás, así como Cristo nos perdonó a nosotros; ser generosos, así como Cristo no vivía para complacerse a sí mismo; andar en amor, así como Cristo nos amó; ser modestos y humildes, así como Cristo se humilló a sí mismo.

El hombre santo recordará...

- que Cristo fue testigo fiel de la verdad,
- que no vino para hacer su propia voluntad,
- que su comida y bebida fue hacer la voluntad de su Padre,
- que se negaba continuamente a sí mismo con el fin de servir a otros,
- que era humilde y paciente ante insultos inmerecidos,
- que tenía mejor opinión de los piadosos pobres que de los reyes,
- que estaba lleno de amor y compasión por los pecadores,
- que era valiente y firme en denunciar el pecado,
- que no buscaba el elogio de los hombres, cuando lo hubiera podido recibir,
- que iba por todas partes haciendo el bien,
- que estaba separado de la gente mundana,
- que se mantenía siempre en oración,
- que no permitía que, ni siquiera sus relaciones más cercanas, le impidieran hacer la obra de Dios que tenía que hacer.

Éstas son cosas que el hombre santo tratará de recordar. Por ellas, se esforzará en dar forma a su curso en la vida. Tomará en serio lo que dijo Juan: “El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Jn. 2:6) y lo que dijo Pedro: “Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas” (1 P. 2:21).

¡Feliz es aquel que ha aprendido hacer de Cristo su “todo”, tanto de su salvación como de su ejemplo! Se ahorrarían mucho tiempo y se prevendrían muchos pecados si los hombres se preguntaran más seguido: “¿Qué hubiera dicho y hecho Cristo si hubiera estado en mi lugar?”.

(d) El hombre santo procurará humildad, longanimidad, mansedumbre, paciencia, bondad y control de su lengua. Soportará mucho, sobrellevará mucho y será lento en hablar de sus derechos. Vemos un ejemplo brillante de esto en la conducta de David cuando Simei lo maldijo y en la de Moisés cuando Aarón y Miriam hablaron en su contra (2 S. 16:7; Nm. 12:1).

(e) El hombre santo procurará dominio propio y auto-negación. Trabajaré para mortificar los deseos de su cuerpo, para crucificar su carne con sus afectos y lascivias, dominar sus pasiones, restringir sus inclinaciones carnales, por si alguna vez, una de éstas se desatara. Oh, qué palabras fueron aquellas del Señor Jesús a sus apóstoles cuando les dijo: “Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida” (Lc. 21:34) y las del Apóstol Pablo: “Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado” (1 Co. 9:27).

(f) El hombre santo procurará practicar la caridad y la bondad fraternal. Se esforzará por observar la regla de oro de hacer a los demás lo que quiere que le hagan y hablar a los otros como quieren que le hablen a él (Mt. 7:12; Jn. 13:34). Estará lleno de cariño por sus hermanos, por sus cuerpos, sus propiedades, sus personalidades, sus sentimientos y sus almas. “El que ama al prójimo”, dice Pablo, “ha cumplido la ley” (Ro. 13:8). Aborrecerá toda mentira, calumnia, murmuración, engaño, deshonestidad y trato injusto, aun en su mínima expresión. El shekel y el codo del santuario eran más grandes que los de uso común. Tratará de adornar su fe con todo su aspecto y porte, y de presentarla hermosa y bella a los ojos de todos los que lo rodean. ¡Ay, qué palabras de condenación son las del capítulo 13 de 1 Corintios y el Sermón del Monte comparadas con la conducta de muchos cristianos profesantes!

(g) El hombre santo procurará practicar un espíritu de misericordia y benevolencia hacia los demás. No permanecerá inactivo todo el día. No se contentará con no hacer daño. Tratará de hacer el bien. Se esforzará todo lo posible por ser útil en su época y generación, y de aliviar las necesidades espirituales y los sufrimientos a su alrededor. Tal como Dorcas que, “abundaba en buenas obras y en limosnas que hacía”. No sólo se proponía hacer algo y hablaba de lo que pensaba hacer, sino que ponía manos a la obra (Hch. 9:36). Así también era Pablo. Él decía: “Y yo con el mayor placer gastaré lo mío... aunque amándoos más, sea amado menos.” (2 Co. 12:15).

(h) El hombre santo procurará pureza del corazón. Aborrecerá toda suciedad y contaminación de su espíritu, y buscará evitar todas las cosas que puedan llevarlo a ellas. Sabe que su propio corazón es como paja y será diligente en mantenerse

lejos de las chispas de la tentación. ¿Quién se atreverá a hablar de fortaleza sabiendo que alguien como David puede caer? Podemos percibir pistas en la ley ceremonial. Bajo ella, el hombre que apenas tocaba un hueso, un cadáver, un sepulcro o a un enfermo era impuro a los ojos de Dios. Y estas cosas eran, meramente, símbolos y figuras. Son pocos los cristianos que alguna vez están demasiado en guardia o son demasiado cautelosos en relación con este punto.

(i) El hombre santo procurará tener temor a Dios. No me refiero al temor de un esclavo que sólo trabaja porque teme al castigo y no haría nada, si no temiera que lo descubrieran. Me refiero más bien al temor de un niño que anhela vivir y comportarse como si siempre estuviera ante su padre, porque lo ama. ¡Qué ejemplo tan noble de esto nos da Nehemías! Cuando fue nombrado gobernador de Jerusalén hubiera podido exigir impuestos al pueblo para su mantenimiento. Eso es lo que había hecho el gobernador anterior. Nadie lo hubiera recriminado por ello. Pero dice: “Pero yo no hice así, a causa del temor de Dios” (Neh. 5:15).

(j) El hombre santo procurará la humildad. Anhelará, modestamente, estimar a otros mejores que él. Verá más maldad en su propio corazón, que en el de cualquier otro en el mundo. Comprenderá algo del sentimiento de Abraham cuando dice: “Soy polvo y cenizas” y entenderá a Jacob cuando dice: “Soy menos que el más pequeño de todas tus misericordias” e interpretará a Job cuando dice: “Yo soy vil” y a Pablo cuando dice: “Yo soy el primero de los pecadores”. El santo Bradford, fiel mártir de Cristo, a veces terminaba sus cartas saludando con estas palabras: “El más miserable pecador, John Bradford”. Las últimas palabras del buen anciano Grimshaw en su lecho de muerte, fueran estas: “Aquí va un siervo inútil”.

(k) El hombre santo procurará ser fiel en todas sus obligaciones y relaciones en la vida. Tratará, no sólo de cumplir con su lugar, al igual que otros que no piensan en sus almas, sino que hará algo mejor, porque tiene motivos superiores y más ayuda que ellos. No hay que olvidar nunca aquellas palabras de Pablo: “Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor...”, “...no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor;...” (Col. 3:23; Ro. 12:11). Las personas santas debieran apuntar a hacer todo bien y debieran avergonzarse de permitirse hacer algo mal, si pueden evitarlo. Al igual que Daniel, deben procurar no tener ningún cargo contra ellos, excepto su “relación con la ley de su Dios” (Dn. 6:5). Deben esforzarse por ser buenos cónyuges, buenos padres y buenos hijos, buenos patrones y buenos siervos, buenos vecinos, buenos amigos, buenos en privado y buenos en público, buenos en su lugar de trabajo y buenos en su hogar. Poco vale la santidad, si no lleva este tipo de fruto. El Señor Jesús le hace una pregunta inquietante a su pueblo cuando dice: “¿Qué hacéis de más?” (Mt. 5:47).

(l) En último lugar, el hombre santo procurará una mentalidad espiritual. Se esforzará por consagrar sus afectos enteramente a las cosas de arriba y considerar las cosas de la tierra mucho menos importantes. No descuidará la vida actual, pero el primer lugar en su mente y pensamientos lo dará a la vida venidera. Su meta será vivir como aquel cuyo tesoro está en el cielo y pasar por este mundo como un extraño y peregrino rumbo a su hogar. Tener comunión con Dios en oración, en la

Biblia y en la reunión de su pueblo, son las cosas que más le agradarán. Le dará valor a todas las cosas, los lugares y las relaciones, en la proporción que lo acerquen más a Dios. Compartirá algo del sentimiento de David, cuando dice: “Está mi alma apegada a ti”. “Mi porción es Jehová” (Sal. 63:8; 119:57).

Tal es el bosquejo de la santidad que me aventuro a esbozar. Tal es el carácter que procuran tener los que son llamados “santos”. Tales son las principales características del hombre santo.

Pero quiero decir aquí, que espero que nadie me malentienda, tengo cierta aprehensión de que lo que he querido decir sea equivocado y que la descripción que he dado de la santidad pueda desalentar a alguna conciencia sensible. Mi intención no es entristecer a ningún corazón recto, ni poner una piedra de tropiezo en el camino de ningún creyente.

Santidad y pecado

No digo de ninguna manera que la santidad impide la presencia del pecado que ya mora en el hombre. No, lejos de esto. El hecho de que la desgracia más grande del hombre santo es que carga un “cuerpo de muerte” que, a menudo, cuando quiere hacer el bien, “el mal está en él”, que el viejo hombre está observando todos sus movimientos y, por así decir, tratando de hacerlo retroceder cada vez que da un paso (Ro. 7:21). Pero la excelencia del hombre santo es que no se queda en paz con el pecado que mora en él, como lo hacen algunos. Aborrece el pecado, se lamenta por él y anhela librarse de él. La obra de santificación dentro de él es como el muro de Jerusalén, la obra sigue adelante aun “en tiempos angustiosos.” (Dn. 9:25).

Tampoco digo que la santidad alcanza la madurez y es perfecta instantáneamente. Las gracias de algunos están en una etapa inicial, otras más adelantadas y algunas han llegado a la madurez. Todos tienen que tener un comienzo. Nunca debemos despreciar “el día de las cosas pequeñas”.

La santificación es siempre una obra progresiva. La historia de los santos más brillantes que jamás han vivido contiene muchos “peros”, “sin embargo” y “no obstante” hasta el final. El oro nunca deja de tener escoria y la luz nunca brilla sin algunas nubes hasta que lleguemos a la Jerusalén celestial. El sol tiene manchas en su superficie. El más santo de los hombres tiene imperfecciones y defectos cuando es pesado en la balanza de la santidad divina. Su vida es una batalla continua contra el pecado, el mundo y el diablo y, a veces, no lo vemos vencedor, sino vencido. La carne está siempre luchando contra el espíritu y el espíritu contra la carne y así sabemos que “todos ofendemos muchas veces” (Gá. 5:17; Stg. 3:2).

Aun así, estoy seguro de que el carácter que he esbozado débilmente, es el anhelo y la oración de todos los cristianos auténticos. Perseveran en lograr tenerlo, si no lo tienen. Quizá no lo logren, pero esa es siempre su meta. Es siempre por lo que se esfuerzan y trabajan, si no tienen ese carácter.

Y esto digo audaz y confiadamente: Que la verdadera santidad es una gran realidad. Es algo en el hombre que puede verse, conocerse, señalarse y que es percibido por todos los que lo rodean. Es luz: Si existe, se ve. Es sal: Si existe, su sabor se percibe. Es un óleo preciado: Si existe, no se puede esconder.

Todos tenemos que estar dispuestos a ser indulgentes con las caídas, con la sequedad ocasional de los cristianos. Sé que un camino puede llegar de un punto a otro y, aun así, tener muchas curvas y vueltas; y que las debilidades pueden desviar al hombre realmente santo. El oro no es menos oro porque tenga aleaciones, ni la luz es menos luz porque sea débil, ni la gracia es menos gracia porque esté presente en seres inmaduros y débiles. Pero después de admitir todo esto, no puedo entender cómo alguien merezca ser llamado “santo”, si peca a sabiendas y no se humilla ni se avergüenza por ello. No se le puede llamar “santo” a alguien que, a sabiendas, descuida habitualmente sus deberes y, conscientemente, hace lo que sabe que Dios le ha ordenado no hacer. Bien dice Owen: “No entiendo cómo alguien pueda ser un verdadero creyente si su carga más pesada no es el pecado, no siente dolor por él y no lo ve como un problema”.

Tales son las principales características de la santidad práctica. Examinémonos y comprobemos que las conocemos. Probémonos a nosotros mismos.

II. Por qué la verdadera santidad práctica es tan importante

Ahora intentaré mostrar algunas razones por las que la santidad práctica es tan importante.

¿Puede la santidad salvarnos? ¿Puede la santidad quitar el pecado, cubrir las iniquidades, ofrecer satisfacción por las transgresiones, pagar nuestra deuda con Dios? No, de ninguna manera. Quiera Dios que jamás diga esto. La santidad no puede hacer ninguna de estas cosas. Todos los santos más brillantes, no son más que “siervos inútiles”. Nuestras obras más puras no son más que trapos de inmundicia comparadas a la luz de la ley santa de Dios (Is. 64:6). El ropaje blanco que Jesús ofrece y que viste la fe, tiene que ser nuestra única justicia, el nombre de Cristo, nuestra única confianza y el libro de la vida del Cordero, nuestro único derecho al cielo. Aun con toda nuestra santidad, no somos más que pecadores. Nuestras mejores ropas están manchadas de imperfecciones. En menor o mayor grado, nuestras acciones son incompletas, tienen errores y defectos. Ningún hijo de Adán será justificado por las obras de la ley. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Ef. 2:8, 9).

¿Por qué es entonces, tan importante la santidad? ¿Por qué dice el Apóstol: “Sin santidad nadie verá al Señor”? A continuación daré algunas razones:

(a) Para empezar, tenemos que ser santos porque la voz de Dios en las Escrituras claramente lo ordena. El Señor le dice a su pueblo: “Si vuestra justicia no fuere

mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos” (Mt. 5:20). “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mt. 5:48). Pablo le dice a los tesalonicenses: “La voluntad de Dios es vuestra santificación” (1 Ts. 4:3). Y Pedro dice: “Como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo” (1 P. 1:15-16). “En esto”, dice Leighton, “la ley y el evangelio coinciden”.

(b) Tenemos que ser santos porque es la única gran finalidad y propósito por el cual Cristo vino al mundo. Pablo escribe a los corintios: “Por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.” (2 Co. 5:15). Y a los efesios: “Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado” (Ef. 5:25, 26). Y a Tito: “Se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:14). En suma, decir que los hombres son salvados de la culpa de pecado, sin ser salvos del dominio de éste en sus corazones, es contradecir el testimonio de todas las Escrituras. ¿Dice la Biblia que los creyentes son escogidos? Es por medio de “la santificación del Espíritu”. ¿Son predestinados? Es “para que sean santos”. ¿Son llamados? Es con un “llamamiento santo”. Jesús es un Salvador completo. No es meramente para quitar la culpa del pecado del creyente; va aún más allá, quita su poder (1 P. 1:2; Ro. 8:29; Ef. 1:4; He. 12:10).

(c) Tenemos que ser santos porque es la única evidencia fehaciente de que contamos con una fe salvadora en nuestro Señor Jesucristo. El Artículo 12 de la Iglesia Anglicana dice apropiadamente que: “Aunque las buenas obras no pueden quitarnos los pecados ni cargar con la severidad del juicio de Dios, son agradables y aceptables a Dios en Cristo, y surgen por la necesidad de una fe verdadera y viva; porque por ellas se hace evidente una fe viva tal como el árbol se conoce por sus frutos”. Santiago nos advierte que la fe muerta existe: Es una fe que no va más allá de profesarse con la boca y no tiene influencia alguna sobre el carácter del hombre (Stg. 2:17). La verdadera fe salvadora es distinta. La verdadera fe siempre se verá en sus frutos: Santificará, obrará por amor, vencerá al mundo y purificará el corazón. Sé que a la gente le gusta hablar de evidencias en su lecho de muerte. Confían en palabras dichas en horas de temor, dolor y debilidad, consolándose con ellas por los amigos que pierden. Pero me temo que no se puede confiar en el noventa y nueve por ciento de tales supuestas evidencias. Sospecho que, salvo raras excepciones, los seres humanos como han vivido, así mueren. La única evidencia segura de que somos uno con Cristo y que Cristo está en nosotros, es la vida santa. Los que viven para el Señor, generalmente, son los únicos que mueren en el Señor. Si queremos morir la muerte del justo, no confiemos sólo en anhelos indolentes; procuremos vivir la vida del Maestro. Traill dice bien: “El estado del hombre no es nada y su fe es precaria si su esperanza de gloria no purifica su corazón y su vida”.

(d) Tenemos que ser santos porque ésta es la única prueba de que amamos sinceramente el Señor Jesucristo. Éste es un punto del cual él habló con total claridad en los capítulos catorce y quince de Juan. “Si me amáis, guardad mis mandamientos”. “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me

ama". "El que me ama, mi palabra guardará". "Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando". (Jn. 14:15, 21, 23; 15:14). Sería difícil encontrar palabras más claras que estas y ¡ay de aquellos que las hacen a un lado! El alma del hombre que puede pensar en todo lo que sufrió Jesús y aun así aferrarse a los pecados por los cuales sufrió, está enferma. Fue el pecado el que entretejió la corona de espinas. Fue el pecado el que traspasó las manos y los pies de nuestro Señor e hirió su costado. Fue el pecado lo que lo llevó a Getsemaní y al Calvario, a la cruz y al sepulcro. ¡Qué fríos deben estar nuestros corazones si no aborrecemos el pecado y nos esforzamos por librarnos de él, aunque tengamos que amputarnos la mano derecha y arrancarnos el ojo derecho!

(e) Tenemos que ser santos, porque serlo, es la única evidencia fidedigna de que somos verdaderos hijos de Dios. Los hijos de este mundo, generalmente, son como sus padres. Algunos, sin duda, lo son más y otros lo son menos, pero rara vez sucede que no se pueda rastrear algún parecido familiar. Y sucede lo mismo con los hijos de Dios. El Señor Jesucristo dice: "Si fuereis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais". "Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais" (Jn. 8:39, 42). Si los hombres no se parecen en nada al Padre celestial, es en vano hablar de que son sus "hijos". Si nada sabemos de santidad, podemos engañarnos todo lo que queramos, pero el Espíritu Santo no mora en nosotros: Estamos muertos y necesitamos que nos vuelvan a la vida. Estamos perdidos y tenemos que ser encontrados. "Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios,..." y, sólo ellos, "...son hijos de Dios" (Ro. 8:14). Tenemos que mostrar por nuestra manera de vivir a qué familia pertenecemos. Tenemos que dejar que los hombres se den cuenta por nuestra manera de hablar, que somos realmente hijos del Santísimo, de otro modo "hijo", no es más que un nombre sin sentido. "No digas", dice Gurnall, "que tienes sangre real en tus venas y que eres nacido de Dios, a menos que puedas probar tu realeza por atreverte a ser santo".

(f) Tenemos que ser santos porque es la mejor manera de hacerle el bien a otros. No podemos vivir sólo para nosotros mismos en este mundo. Nuestra vida estará haciéndole bien o mal a los que la observan. Es un sermón silencioso que todos pueden leer. Es realmente triste cuando son un sermón para la causa del diablo y no para la de Dios. Creo que se logra mucho más para el reino de Dios por medio de un vivir santo por parte de los creyentes de lo que nos imaginamos. Hay en este vivir santo, una realidad que lleva a los hombres a sentir y los obliga a pensar. Lleva un peso e influencia que ninguna otra cosa puede dar. Da hermosura a la fe cristiana y atrae a los hombres para que la tengan en cuenta, como un faro que se ve desde lejos. El Día del juicio probará que muchos, además de los esposos, han sido ganados "sin palabra" y gracias, más bien, a una vida santa (1 P. 3:1). Podemos hablarles a las personas sobre las doctrinas de los Evangelios y pocos escucharán, y menos las comprenderán. Pero nuestra vida de santidad es un argumento del cual nadie puede escapar. Hay un significado de la santidad que, ni siquiera el más ignorante, puede ignorar. Las personas pueden no comprender la justificación, pero pueden comprender la caridad.

Creo que los cristianos inconstantes e impuros hacen mucho más daño de lo que nos imaginamos. Están entre los mejores aliados de Satanás. Echan por tierra con sus vidas lo que los pastores edifican con sus palabras. Causan que las ruedas del carruaje del evangelio giren con dificultad. Les proveen a los hijos de este mundo, un sin fin de excusas para mantenerse como están. “No veo la necesidad de tanta religión”, dijo hace poco un comerciante no creyente. “Noto que muchos de mis clientes hablan siempre del evangelio, la fe, la elección, las promesas divinas y lo demás, pero estas mismas personas no tienen reparo en estafarme cuando tienen la oportunidad de hacerlo. Entonces, si la gente religiosa hace estas cosas, no veo qué provecho hay en la fe cristiana”. Me lamento de tener que escribir estas cosas, pero me temo que, demasiadas veces, la vida de los cristianos es una blasfemia contra el nombre de Cristo. Tengamos cuidado de que no nos sea imputada la sangre de algún alma. ¡Líbranos, Señor, de matar a las almas por nuestra inconstancia y nuestro andar indiferente! ¡Oh, sea por el bien de otros y no por ninguna otra razón, que nos esforcemos por ser santos!

(g) Tenemos que ser santos porque nuestra tranquilidad actual depende mucho de ello. No podemos darnos el lujo de olvidarlo. Es lamentable que somos propensos a olvidar que hay una conexión fuerte entre el pecado y el dolor, la santidad y felicidad, y entre la santificación y la consolación. Dios ha ordenado, sabiamente, que nuestro bienestar y nuestro bien hacer estén entrelazados. Ha provisto en su misericordia, que aun en este mundo, le convenga al hombre ser santo. Nuestra justificación no es por obras —nuestro llamado y elección no son por nuestras obras—, pero en vano es que alguien suponga que puede tener un sentido vivo de su justificación o de una seguridad de su llamado, mientras, por otro lado, descuida las buenas obras o no se esfuerza por vivir una vida santa. “Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos”. “Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones” (1 Jn. 2:3; 3:19). Así como el creyente no puede esperar sentir los rayos del sol en un día oscuro y nublado, tampoco puede sentir la fuerte consolación en Cristo, si no lo sigue plenamente. Cuando los discípulos abandonaron al Señor y huyeron, se libraron del peligro, pero se sintieron mal y tristes. Cuando, poco después, lo confesaron valientemente ante los hombres, y fueron encarcelados y flagelados, nos dice la Palabra que “ellos salieron... gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre” (Hch. 5:41). ¡Oh, por nuestro propio bien, si no hubiera ninguna otra razón, esforcémonos por ser santos! Aquel que sigue a Jesús más de lleno, siempre lo seguirá contento.

(h) En último lugar, tenemos que ser santos porque sin santidad sobre la tierra nunca estaremos preparados para disfrutar del cielo. El cielo es un lugar santo. El Señor del cielo es un Ser santo. Los ángeles son criaturas santas. La santidad está estampada en todo lo que hay en el cielo. El libro de Apocalipsis dice expresamente: “No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira” (Ap. 21:27).

Apelo solemnemente a todo el que lee estas páginas: ¿Cómo nos sentiremos en casa y felices en el cielo si morimos sin santidad? La muerte no obra ningún cambio.

Cada uno volverá a vivir con el mismo carácter con el que dio su último suspiro. ¿Cuál será nuestro lugar si no conocemos ahora la santidad?

Supongamos por un momento que se le permitiera entrar al cielo sin santidad. ¿Qué haría? ¿De qué podría disfrutar allí? ¿A cuáles de todos los santos se acercaría y al lado de quién se sentaría? Sus placeres no son los placeres de usted, ni sus gustos los gustos de usted, ni su carácter el carácter de usted. ¿Cómo podría ser feliz, si no fue santo en la tierra?

Quizás prefiere ahora la compañía de los superficiales y los indiferentes, los mundanos y los avaros, los parranderos y los que van tras los placeres, los impíos y los profanos. No habrá ninguno de ellos en el cielo.

Quizás cree ahora que los santos de Dios son demasiado estrictos, exigentes y serios. Prefiere evitarlos. No disfruta de su compañía. No habrá ninguna otra compañía en el cielo.

Quizás piense ahora que orar, leer la Biblia y cantar himnos es aburrido, triste y tonto, algo para ser tolerado de vez en cuando, pero no disfrutado. Considera al Día del Señor como una carga y cosa pesada; no podría pasar más que una porción pequeña del día adorando a Dios. Pero recuerde, el cielo es un Día del Señor sin fin. Los que allí viven no descansan de decir día y noche: “Santo, santo, santo, Señor Omnipotente” y de cantar alabanzas al Cordero. ¿Cómo podría, alguien que no es santo disfrutar de ocupaciones como éstas?

¿Cree usted que a alguien así le encantaría conocer a David, a Pablo y a Juan después de haber pasado toda una vida haciendo las cosas de las cuales ellos hablaban en contra? ¿Disfrutaría de dulces conversaciones con ellos, comprobando que tiene con ellos mucho en común? Sobre todo, ¿piensa usted que se regocijaría de conocer cara a cara a Jesús, el Crucificado, después de aferrarse a los pecados por los que él murió? Se pondría de pie ante él con confianza y se sumaría a la exclamación: “Éste es Jehová a quien hemos esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación” (Is. 25:9). ¿No le parece que la lengua del hombre impío se le pegaría al paladar de pura vergüenza y que su único deseo sería que lo echaran de allí? Se sentiría como un extraño en una tierra desconocida, una oveja negra en medio del rebaño santo de Cristo. La voz de querubines y serafines, el canto de ángeles y arcángeles, y toda la compañía del cielo, sería un lenguaje que no podría comprender. El aire mismo del entorno le parecería tan diferente que no lo podría respirar.

No sé qué opinarán los demás, pero a mí me resulta claro que el cielo sería un lugar muy desagradable para el que no es santo. Imposible que sea de otra manera. La gente puede decir, de un modo muy incierto, que “espera ir al cielo”, pero no piensa en lo que dice. Tiene que haber cierta capacitación “...para participar de la herencia de los santos en luz” (Col. 1:12). Nuestros corazones tienen que armonizar con lo que es el cielo. Para alcanzar el refrigerio de gloria, tenemos que pasar por la escuela de la gracia que nos prepara para ello. Tenemos que tener pensamientos

celestiales, gustos celestiales en la vida ahora, de lo contrario, nunca nos encontraremos en el cielo en la vida venidera.

Aplicaciones prácticas

Ahora quiero dar algunas palabras a manera de aplicación.

(1) Para empezar, quiero preguntarles a cada uno que lee estas páginas: ¿Es usted santo? Escuche, le ruego, la pregunta que ahora le hago. ¿Sabe usted algo de la santidad de la que he estado hablando?

No le pregunto si asiste a su iglesia regularmente, si ha sido bautizado y participado de la Cena del Señor, ni si se denomina cristiano. Le pregunto algo que es mucho más que esto: ¿Es usted santo o no lo es?

No le pregunto si aprueba usted de la santidad en otros, si le gusta leer acerca de la vida de personas santas, hablar de cosas santas, si tiene libros santos sobre la mesa ni tampoco si piensa ser santo y espera serlo algún día. Lo que le pregunto es más: ¿Es usted santo hoy mismo o no lo es?

¿Y por qué lo pregunto tan directamente e insisto tanto? Lo hago porque la Biblia dice: “Seguid la paz... y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor”. Está escrito, no es una invención mía, no es mi opinión personal; es la Palabra de Dios: “Seguid la paz... y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (He. 12:14).

¡Ay, qué palabras tan escrutadoras e inquietantes son éstas! ¡Qué pensamientos cruzan por mi mente mientras las escribo! Observo el mundo y veo a la mayor parte de sus habitantes en la impiedad. Observo a los que profesan ser cristianos y veo que la gran mayoría no tiene nada de cristiana aparte del nombre. Me vuelvo a la Biblia y oigo decir al Espíritu: “Seguid la paz... y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor”.

Es un texto que debiera obligarnos a considerar nuestros caminos y escudriñar nuestros corazones. Realmente debiera generar en nosotros pensamientos muy serios e impulsarnos a orar.

Respuestas típicas a la pregunta

Puede usted tratar de callarme diciendo: “Siento mucho más y pienso mucho más acerca de estas cosas, sí, mucho más de lo que muchos suponen”. Contesto yo: “Ésta no es la cuestión. Las pobres almas perdidas en el infierno también lo hacen”. La pregunta importante no es lo que usted piensa, ni lo que siente, sino lo que hace. Usted puede decir: “Nunca hubo la intención de que todos los cristianos fueran santos. La santidad, como usted la ha descrito, es sólo para los grandes santos y las personas que tienen dones especiales”. Contesto yo: “No veo eso en las Escrituras. Leo que cada uno que tiene esperanza en Cristo ‘se purifica a sí mismo’” (1 Jn. 3:3). “Sin santidad nadie verá al Señor”.

Usted puede decir: “Es imposible ser santo y, a la misma vez, cumplir con nuestras obligaciones diarias; es imposible”. Contesto yo: “Usted está equivocado. Sí se puede. Con Cristo de nuestro lado nada es imposible. Muchos lo han hecho. David, Abdías, Daniel y los siervos de la casa de Nerón, son ejemplos de que sí es posible”.

Usted puede decir: “Si yo fuera santo sería diferente de otra gente”. Contesto yo: “Lo sé. Es justamente lo que usted debiera ser. Los siervos auténticos de Cristo siempre son diferentes del mundo que los rodea —una nación distinta, un pueblo singular— ¡y usted debe serlo también si ha de ser salvo!”.

Usted puede decir: “En este caso, serán muy pocos los que habrán de ser salvos”. Contesto yo: “Lo sé. Es precisamente lo que Cristo nos dice en el Sermón del Monte”. El Señor Jesús así lo dijo hace 1.900 años. “Estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.” (Mt. 7:14). Pocos serán salvos porque pocos se tomarán el trabajo de buscar la salvación. Los hombres no quieren negarse los placeres del pecado y de su propia voluntad por un poquito de tiempo. Le dan la espalda a la vida: “No queréis venir a mí para que tengáis vida, dijo Jesús” (Jn. 5:40).

Usted puede decir: “El hecho de que el camino es muy angosto es algo difícil de aceptar”. Contesto yo: “Lo sé”. Es lo que dice el Sermón del Monte. Es lo que dijo el Señor Jesús hace 1.900 años. Siempre decía que los hombres tenían que tomar su cruz diariamente y que debían estar listos para amputarse una mano o un pie, si querían ser sus discípulos. En la fe cristiana sucede lo mismo que en otras cosas: “Sin dolor no hay ganancias”. Lo que nada cuesta, nada vale.

No importa lo que sea que pensemos que es correcto, lo cierto es que debemos ser santos si queremos ver al Señor. ¿Dónde está nuestro cristianismo si no lo somos? No sólo hemos de ser cristianos de nombre y tener conocimiento, tenemos que tener también un carácter cristiano. Tenemos que ser santos en la tierra, si es que tenemos la intención de ser santos en el cielo. “Sin santidad nadie verá al Señor”. “La agenda del Papa”, dice Jenkyn, “sólo convierte en santos a los muertos, en cambio las Escrituras requieren santidad en los vivos”. “Que nadie se engañe”, dice Owen, “la santificación es una cualidad indispensable para los que están bajo la dirección de Cristo el Señor para salvación. Él no lleva nadie al cielo que no santifica en la tierra. La Cabeza viviente no admitirá miembros muertos”.

No nos maravillemos porque las Escrituras digan: “Os es necesario nacer de nuevo” (Jn. 3:7). Es claro como el agua que muchos que profesan ser cristianos necesitan un cambio completo —un nuevo corazón, una nueva naturaleza—, si han de ser salvos. Las cosas viejas tienen que pasar, tienen que convertirse en criaturas nuevas. “Sin santidad nadie”, sea quien sea, “verá al Señor”.

(2) Quiero ahora hablarles un poco a los creyentes. Les pregunto: “¿Creen que sienten la importancia de la santidad tanto como debieran?”

La actitud que tiene la gente de estos tiempos con respecto a este tema es de temer. Dudo mucho que ocupe el lugar que merece en los pensamientos y la atención de algunos en el pueblo del Señor. Sugiero, humildemente, que somos propensos a pasar por alto la doctrina del crecimiento en la gracia y que no consideramos suficientemente, cuán avanzado puede estar el hombre en la profesión de su religión y, aun así, carecer de gracia y, finalmente, estar muerto a los ojos de Dios. Creo que Judas Iscariote era muy parecido a los demás apóstoles. Cuando el Señor anunció que uno lo traicionaría, nadie dijo: “¿Es Judas?”. Nos conviene pensar más en las iglesias de Sardis y Laodicea de lo que lo hacemos.

No es mi intención hacer un ídolo de la santidad. No quiero destronar a Cristo y poner a la santidad en su lugar. Pero tengo que decir cándidamente que desearía que la santificación ocupara más de los pensamientos de lo que parece hacerlo en la actualidad y, por lo tanto, aprovecho la ocasión para insistirles sobre el tema a aquellos en cuyas manos caen estas páginas. Me temo que, a veces, se olvidan de que Dios ha unido la justificación con la santificación. Sin duda, son cosas distintivamente diferentes, pero la una nunca se encuentra sin la otra. Lo que Dios ha juntado no se atreva nadie a separar. No me cuente de su justificación, a menos que tenga algunas señales de santificación. No se vanagloríe de la obra que Cristo realizó para usted, a menos que pueda mostrarme la obra del Espíritu en usted. No piense que Cristo y el Espíritu alguna vez puedan ser divididos. Dudo que no haya muchos creyentes que saben estas cosas, pero creo que es bueno que las recordemos. Demos prueba de que las conocemos por nuestra manera de vivir. Tratemos de tener constantemente en cuenta este texto: “Seguid la santidad, sin la cual nadie verá al Señor”.

Tengo que decir francamente que me gustaría que no hubiera tanta sensibilidad al tema de la santidad como, a veces, percibo entre los creyentes. ¡Se toca con tanta cautela que alguien pudiera pensar que realmente es un tema peligroso de encarar! Por cierto que cuando hemos exaltado a Cristo como “el camino, la verdad y la vida”, no podemos equivocarnos si hablamos con firmeza sobre lo que debiera ser el carácter de su pueblo. Bien dice Rutherford: “El camino que rebaja los deberes y la santificación, no es el camino de la gracia. El creer y el hacer son amigos inseparables”.

Tengo que decirlo, pero lo digo con reverencia. A veces me temo que si Cristo estuviera hoy en la tierra, no faltarían los que pensarán que su predicación es legalista y si Pablo estuviera escribiendo sus epístolas, habría aquellos que pensarían que mejor le sería no escribir la última parte de la mayoría de las epístolas, tal como lo hizo. Pero recordemos que el Señor Jesús sí predicó el Sermón del monte y que la Epístola a los Efesios contiene seis capítulos y no cuatro. Me duele tener que hablar de esta manera, pero hay una razón para hacerlo.

El gran teólogo John Owen ²⁰, maestro de la Iglesia de Cristo hace más de doscientos años, solía decir que hay gente cuya religión parece consistir en andar quejándose todo el tiempo de sus propias corrupciones y diciéndoles a todos que no pueden hacer nada al respecto. Me temo que ahora, después de dos siglos, lo mismo podría decirse de algunos seguidores de Cristo. Sé que hay pasajes en las Escrituras que ameritan estas quejas. No pongo objeción a ellas cuando proceden de hombres que siguen los pasos del Apóstol Pablo y pelean la buena batalla, como lo hizo él, contra el pecado, el diablo y el mundo. Pero nunca me gustan tales quejas cuando sospecho, como lo hago a menudo, que son sólo un manto para cubrir la pereza espiritual. Si decimos con Pablo: “¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?”, que podamos decir también con él: “Prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”. No citemos sólo un ejemplo de él, cuando no lo seguimos en otro (Ro. 7:24; Fil. 3:14).

No pretendo ser mejor que los demás y si alguno pregunta: “¿Quién es usted, que escribe de esta manera?”. Contesto yo: “No soy más que una muy pobre criatura”. Pero digo que no puedo leer la Biblia sin anhelar ver que más creyentes sean más espirituales, más santos, más enfocados, que piensen más en el cielo, que estén más consagrados de lo que están ahora. Quiero ver entre los creyentes un espíritu más como el de un peregrino, más apartados del mundo, una conversación más evidentemente celestial, un andar más íntimo con Dios y por eso he escrito como lo he hecho.

¿No es cierto que necesitamos una norma superior de santidad personal en este tiempo? ¿Dónde está nuestra paciencia? ¿Dónde está nuestro celo? ¿Dónde está

²⁰ John Owen, de ascendencia galesa, nació en Stadhampton en Oxfordshire, y fue educado en el Queen's College, Oxford (B.A. 1632, M.A. 1635). Puritano de crianza, en 1637, Owen fue expulsado de Oxford por los nuevos estatutos de Laud, y se convirtió en capellán y tutor en la familia de Sir Robert Dormer y luego en la de Lord Lovelace. Al estallar la guerra civil inglesa, se alió con el parlamento. Por un tiempo vivió en Charterhouse Yard, preocupado por cuestiones religiosas. Sus dudas fueron eliminadas por un sermón predicado por un desconocido en la iglesia de St. Mary Aldermanbury a donde había ido con la intención de escuchar a Edmund Calamy el Viejo. Su primera publicación, la "*Discordancia del Arminianismo*" (1642), fue una defensa enérgica del calvinismo. El 29 de abril predicó ante el Parlamento. Al igual que John Milton, vio poco para elegir entre "nuevo presbítero" y "viejo sacerdote". Se convirtió en pastor en Coggeshall en Essex y en 1647 nuevamente argumentó contra el Arminianismo. Ganó la amistad de Oliver Cromwell, quien llevó a Irlanda como su capellán. En marzo de 1651, Cromwell, como Canciller de la Universidad de Oxford, le otorgó el decanato de Christ Church Cathedral, Oxford, y lo nombró Vicerrector de la Universidad de Oxford en septiembre de 1652. Durante sus años en Oxford, escribió *Justitia Divina* (1653). Además de sus preocupaciones académicas y literarias estuvo continuamente involucrado en asuntos de estado. En octubre de 1653, fue uno de los varios ministros que Cromwell convocó a una consulta sobre la unión de la iglesia. En diciembre, el grado de Doctor en Divinidad le fue otorgado por la Universidad de Oxford. Ayudó en la restauración del Parlamento Rump y, cuando George Monck comenzó su marcha hacia Inglaterra, Owen, en nombre de las iglesias independientes, a las que se suponía que pertenecía Monck y que estaban ansiosos por sus intenciones, escribió para disuadirlo. Se retiró a Stadham, donde escribió varias obras controvertidas y teológicas, en particular su laboriosa *Teologumena Pantodapa*, una historia del auge y progreso de la teología. En 1661 se publicó el célebre *Fiat Lux*, obra del fraile franciscano John Vincent Cane. En ella, la unidad y la belleza del catolicismo se contrastan con la confusión y la multiplicidad de las sectas protestantes. A petición de Clarendon, Owen respondió esto en 1662 en sus Animadversiones. Murió en Ealing, solo veintiún años después de haber salido con tantos otros en el día de San Bartolomé en 1662, y fue enterrado el 4 de septiembre de 1683 en Bunhill Fields. Owen fue una autoridad teológica de la justificación por la fe. (Wikipedia)

nuestro amor? ¿Dónde están nuestras obras? ¿Dónde se puede ver el poder de la fe cristiana, como se vio en el pasado? ¿Dónde está aquel tono inconfundible que solía distinguir a los santos del pasado y que sacudía al mundo? Ciertamente nuestra plata se ha convertido en escoria, nuestro vino se ha mezclado con agua y nuestra sal tiene muy poco sabor. Todos estamos más que medios dormidos. La noche ha pasado y ya viene la mañana. Despertemos y dejemos de dormir. Abramos más nuestros ojos de lo que hemos hecho hasta ahora, “despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia”, “limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (He. 12:1; 2 Co. 7:1). “Habiendo muerto Cristo”, dice Owen, “¿vivirá el pecado? ¿Fue él crucificado en el mundo y serán nuestros sentimientos hacia el mundo entusiastas y vivaces? ¡Oh! ¿Dónde está el espíritu de aquel por quien el mundo ha sido crucificado para él y él para el mundo?” (Gá. 6:14).

III. Consejos para todos los que anhelan ser santos

Por último, quiero ofrecer una palabra de consejo a todos los que anhelan ser santos. ¿Quiere usted ser santo? ¿Quiere ser una nueva criatura? Entonces tiene que comenzar con Cristo. Usted no hará nada y no progresará nada hasta que sienta su pecado y debilidad y acuda a él. Él es la raíz y el comienzo de toda santidad; y el camino para ser santo es venir a él por fe y estar unido a él. Cristo no sólo es sabiduría para su pueblo, sino santificación también. Algunas veces, los hombres quieren tratar de alcanzar la santidad por ellos mismos, con un resultado lastimoso. Se esfuerzan y trabajan, quieren empezar una página nueva en sus vidas y cambiar mucho; pero, como la mujer con el flujo de sangre, antes de venir a Cristo, “nada había aprovechado, antes le iba peor” (Mr. 5:26). Corren en vano y trabajan en vano; esto no es de sorprender porque están empezando por el final. Construyen un muro de arena, sus obras van desapareciendo como el agua en una vasija agujereada. Nadie puede poner otro fundamento para la “santidad” que el que ya está puesto, o sea Cristo Jesús, quien dijo: “Separados de mí nada podéis hacer” (Jn. 15:5). Traill dijo unas palabras fuertes, pero muy ciertas: “La sabiduría que no es de Cristo es una necedad que lleva a la condenación; la santificación fuera de Jesús es suciedad y pecado; la redención fuera de Cristo es esclavitud”.

¿Quiere usted lograr santidad? ¿Siente este día un anhelo fuerte de ser santo? ¿Quiere ser partícipe de la naturaleza divina? Entonces acuda a Cristo. No busque ninguna razón. No espere a nadie. No piense en prepararse. Acuda a él y dígame, en las palabras de aquel hermoso himno...

“Nada traigo para Ti, Mas tu cruz es mi sostén; Desprovisto y en escasez, Hallo en Ti la paz y el bien”. (Augustus Toplady, 1776)

No hay ni un ladrillo ni una roca para edificar la obra de nuestra santificación hasta que acudimos a Cristo. La santidad es su don especial para su pueblo creyente. Santidad es la obra que lleva a cabo en sus corazones, por el Espíritu que coloca dentro de ellos. Es asignado “Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento

y perdón de pecados”. “Más a todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Hch. 5:31; Jn. 1:12).

La santidad viene...

- No de la sangre, los padres no se la pueden pasar a sus hijos.
- Tampoco de la voluntad de la carne, el hombre por él mismo no la puede producir.
- Ni de voluntad de hombre, los pastores no la pueden dar con el bautismo.

La santidad procede de Cristo. Es el resultado de la unión vital con él. Es el fruto de ser una rama viviente de la Vid verdadera. Acuda entonces a Cristo y diga: “Señor, no sólo sálvame de la culpa del pecado y de su poder. También envíame el Espíritu que has prometido. Hazme santo. Enséñame a hacer tu voluntad”.

¿Quiere seguir siendo santo? Entonces permanezca en Cristo. Él mismo dice: “Permaneced en mí, y yo en vosotros... el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto” (Jn. 15:4-5). Le plugo al Padre que en él morara toda plenitud, la satisfacción total para todas las necesidades del creyente. Él es el Médico a quien tiene que acudir cada día, él lo mantendrá sano. Él es Maná que debe comer cada día y la Roca de la cual debe beber cada día. Su brazo es el brazo sobre el cual tiene que apoyarse cada día al salir del desierto de este mundo. Usted, no sólo tiene que echar raíces, también tiene que edificarse en él. Pablo fue ciertamente 69 un hombre de Dios, un hombre santo, un creyente que crecía y prosperaba. ¿Y cuál era su secreto? Era alguien para quien Cristo era “todo en todo”. Tenía siempre “puestos los ojos en Jesús”. El Apóstol decía: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”. “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios” (He. 12:2; Fil. 4:13; Gá. 2:20). Vayamos y hagamos lo mismo.

Dios quiera que todos los que leen estas páginas, conozcan estas cosas por experiencia y no únicamente por haberlas oído. ¡Que todos sintamos la importancia de la santidad mucho más de lo que la hemos sentido hasta ahora! ¡Que nuestros años sean años santos para nuestras almas; si lo son, serán años felices! ¡Si vivimos, vivamos para el Señor, o si morimos, muramos para el Señor; si viene por nosotros, que nos encuentre en paz, sin mancha ni culpa!

4. La batalla

“Pelea la buena batalla de la fe”. 1 Timoteo 6:12

Es un hecho curioso que no haya otro tema en el que tanta gente se interese tanto como el de riñas o “peleas”. Tanto jóvenes como señoritas, ancianos y niños, encumbrados y humildes, ricos y pobres, letrados e iletrados, tienen un profundo interés por las guerras, pleitos, riñas, batallas y luchas.

Es la simple realidad, no importa cómo la tratemos de explicar. Llamáramos incluso al inglés que no se interesara nada en la historia de Waterloo, o Inkermann, o Balaclava o Lucknow. Creeríamos que es frío y torpe el corazón que no se conmueve y emociona por las luchas en Sedan y Estrasburgo, Metz y Pans durante la guerra entre Francia y Alemania.

Hay una guerra espiritual

Pero hay otra guerra de mucha mayor importancia que ninguna contienda que el hombre haya librado jamás. Es una guerra que concierne, no sólo a dos o tres naciones, sino a cada cristiano que haya nacido en el mundo. A lo que me refiero es a la guerra espiritual. Es la batalla que todo el que quiere ser salvo tiene que encarar con respecto a su alma.

Sé que esta guerra es una de la cual muchos no saben nada. Hábleles de ella y lo tildan de loco, fanático o iluso. Y sin embargo, es tan real y verdadera como cualquier combate que se haya librado en la tierra. Tiene conflictos cuerpo a cuerpo y sus consecuentes heridas. Tiene el velar y el cansancio. Tiene asedios y asaltos. Tiene sus victorias y sus fracasos. Sobre todo, tiene consecuencias que son terribles, tremendas y muy peculiares. En las guerras terrenales hay consecuencias que, a menudo, son temporales y remediabiles. En la guerra espiritual las cosas son muy diferentes. En esta guerra, cuando termina la lucha, las consecuencias son eternas, no se pueden cambiar.

Fue ésta la guerra de la que Pablo le hablaba a Timoteo cuando escribió aquellas ardientes palabras: "Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna". Es a esta guerra que propongo referirme en este capítulo. Considero que el tema tiene una relación cercana con el de santificación y santidad. Todo el que entienda la naturaleza de la verdadera santidad, sabrá que el cristiano es un "guerrero". Si queremos ser santos tenemos que luchar.

I. El cristianismo verdadero es una batalla

Lo primero que tengo que decir es esto: El cristianismo verdadero es una batalla. ¡Cristianismo verdadero! Enfoquemos la palabra "verdadero". Hay una gran cantidad de religiones en el mundo que no son cristianismo verdadero, auténtico. Son tolerables, satisfacen las conciencias adormecidas, pero son falsas. No son lo verdadero, lo que hace mil ochocientos años se llamaba cristianismo. Hay miles de hombres y mujeres que van a las iglesias todos los domingos y se llaman cristianos. Sus nombres están en el registro de bautismos. Mientras están vivos, se los considera cristianos. Se han casado por la Iglesia. Piensan ser sepultados como cristianos cuando mueran. ¡Pero nunca se ve nada de "lucha" en su vida espiritual! No saben, literalmente, nada de lucha espiritual, esfuerzo, conflicto, ni de negarse a sí mismos, ni de estar vigilantes y, mucho menos, de batallar. Tal cristianismo puede satisfacer al hombre y los que se atreven a decir algo en contra son considerados duros e incomprensivos; pero, de hecho, no es el cristianismo de la Biblia. No es la fe cristiana que fundó el Señor Jesús y que sus discípulos

predicaban. No es la fe bíblica que produce verdadera santidad. El verdadero cristianismo es “una batalla”.

El verdadero cristiano es llamado a ser un soldado y debe comportarse como tal desde el día de su conversión hasta el día de su muerte. No es la intención que viva una vida a sus anchas, indolente y segura. No debe imaginarse nunca, ni por un momento, que puede hacer su trayectoria al cielo dormido o medio dormido, como si estuviera viajando en un carruaje muy cómodo. Si adopta sus normas del cristianismo de los hijos de este mundo, quizá se contente con estas nociones, pero no encontrará en la Palabra de Dios nada que las justifique. Si la Biblia es su regla de fe y práctica, tiene que encontrar su camino bien marcado con respecto a este asunto, tiene que “luchar”.

¿Con quiénes tiene que luchar el soldado cristiano? No con otros cristianos. ¡Miserable es la idea que tienen algunos hombres de que la fe cristiana consiste en controversias perpetuas! El que nunca está satisfecho, a menos que esté en medio de un conflicto entre iglesia e iglesia, congregación y congregación, secta y secta, facción y facción, partido y partido, nada sabe de lo que debiera saber. Sin duda, puede suceder que, a veces, sea absolutamente necesario recurrir a los tribunales de justicia para asegurar la interpretación correcta de los Artículos de la iglesia, de rúbricas y formularios. Pero por regla general, nunca es mejor servida la causa del pecado que cuando los cristianos malgastan sus energías en pelear unos contra otros y pierden el tiempo en discusiones insignificantes.

La batalla principal del cristiano: La carne, el mundo y el diablo

¡Por cierto que aquello no es la verdadera fe cristiana! La lucha principal del cristiano es con el mundo, la carne y el pecado. Estos son sus eternos enemigos. Estos son los tres enemigos principales contra quienes tiene que ir a la guerra. A menos que obtenga la victoria sobre estos tres, todas las demás victorias son inútiles y vanas. Si tuviera una naturaleza como la de un ángel y no fuera una criatura caída, la guerra no sería tan esencial. Pero con un corazón corrupto, un diablo activo y las trampas del mundo, la consigna es: “Lucha” o estás perdido”.

Tiene que luchar contra la carne. Aun después de su conversión, el creyente lleva en su interior una naturaleza propensa al mal y un corazón débil e inestable como el agua. Ese corazón nunca estará libre de imperfecciones en este mundo y es un desvarío miserable esperararlo. Para prevenir que el corazón se desvíe, el Señor Jesús nos insta: “Velad y orad”. El espíritu puede estar dispuesto, pero la carne es débil. Hay necesidad de luchar diariamente y batallar diariamente en oración. “Golpeo mi cuerpo”, clama Pablo, “y lo pongo bajo servidumbre”. “Veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo”. “Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos”. “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros”. (Mr. 14:38; 1 Co. 9:27; Ro. 7:23, 24; Gá. 5:24; Col. 3:5.)

Tiene que luchar contra el mundo. La influencia sutil de ese poderoso enemigo tiene que ser resistida todos los días y si no se pelea todos los días, nunca se puede vencerla. El amor por las cosas buenas de la vida, el temor a las burlas o acusaciones del mundo, el anhelo secreto de mantenerse en el mundo, el deseo secreto de hacer lo mismo que hacen los demás en el mundo y no sufrir las consecuencias, todos estos, son enemigos que atacan continuamente al cristiano en su camino al cielo y deben ser conquistados. “¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios”. (Stg. 4:4). “Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él”. “El mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo”. “Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo”. “No os conforméis a este siglo”. (1 Jn. 2:15; Gá. 6:14; 1 Jn. 5:4; Ro. 12:2.)

Tiene que luchar contra el diablo. El viejo enemigo de la humanidad no está muerto. Desde la caída de Adán y Eva no deja “de rodear la tierra y de andar por ella” tratando de lograr un gran fin: La ruina del alma del hombre. Nunca descansa y nunca duerme, siempre anda como “león rugiente... buscando a quien devorar”. Es un enemigo invisible, siempre está cerca de nosotros, en nuestra senda y en nuestra cama, espiando todo lo que hacemos. Este enemigo “es mentiroso, y padre de mentira”; desde el principio, trabaja noche y día para arrojarnos al infierno. Algunas veces conduciendo al hombre a las supersticiones, otras veces sugiriendo infidelidad, en ocasiones por medio de un tipo de tácticas y, a veces, por otro; está permanentemente en campaña contra nuestras almas. “Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo”. Este poderoso adversario tiene que ser resistido diariamente si queremos ser salvos. “Pero este género no sale sino con oración y ayuno”. Podemos vencerlo, orando, luchando y poniéndonos toda la armadura de Dios. Nunca podremos quitar de nuestro corazón al hombre fuertemente armado sin librar una batalla diaria. (Job 1:7; 1 P. 5:8; Jn. 8:44; Lc. 22:31; Ef. 6:11; Mt. 17:21).

La seriedad de la batalla del cristiano

Algunos pueden pensar que estas afirmaciones son demasiado fuertes. A ustedes les puede parecer que estoy exagerando y que me estoy excediendo con lo que digo. Se dice por allí que los hombres y las mujeres, de hecho, podrán llegar al cielo sin todas estas dificultades, guerras y luchas. Présteme atención por unos minutos y les mostraré lo que tengo que decir en nombre de Dios. Recuerden la máxima del general más sabio que jamás hubo en Inglaterra: “En tiempo de guerra el peor error es subestimar al enemigo, y tratar de librar una guerra pequeña”. La guerra cristiana no es algo de poca importancia. Denme su atención y consideren lo que digo.

¿Qué dicen las Escrituras? (1) “Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna”. (2) “Sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo”. (3) “Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo,

estar firmes". (4) "Esforzaos a entrar por la puerta angosta". (5) "Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece". (6) "No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada". (7) "El que no tiene espada, venda su capa y compre una". (8) "Velad, estad firmes en la fe; portaos varonilmente, y esforzaos". (9). "Te encargo que... milites por ellas la buena milicia, manteniendo la fe y buena conciencia". (1 Ti. 6:12; 2 Ti. 2:3; Ef. 6:11-13; Lc. 13:24; Jn. 6:27; Mt. 10:34; Lc. 22:36; 1 Co. 16:13; 1 Ti. 1:18, 19.)

Palabras como éstas me parecen muy claras, sencillas e inequívocas. Todas enseñan una y la misma gran lección, siempre y cuando estemos dispuestos a aprenderla. Esa lección es que el verdadero cristianismo es una lucha, una pelea y una guerra. Me parece a mí que el que pretenda condenar la "guerra espiritual" y enseñe que hemos de estar quietos y "someternos a Dios", entiende mal su Biblia y comete un grave error.

¿Qué dice el Servicio Bautismal de la Iglesia Anglicana? Aunque a ese servicio le falta inspiración y que, al igual que cualquier composición que no es inspirada, tiene sus defectos; para los millones de miembros de la Iglesia Anglicana alrededor del mundo se usan las siguientes palabras: "Te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo", "Marco a este niño con la señal de la cruz, como una muestra de que de aquí en adelante no se avergonzará de confesar la fe de Cristo crucificado; y peleará varonilmente bajo su estandarte contra el pecado, el mundo y el diablo y que seguirá siendo un soldado y siervo fiel de Cristo hasta el final de su vida".

Por supuesto que todos sabemos que en incontables casos el bautismo no es más que una formalidad y que los padres de familia traen a sus hijos a la fuente bautismal sin tener fe, ni orar ni reflexionar. El que suponga que el bautismo en estos casos actúa mecánicamente, como un medicamento, y que tanto progenitores piadosos como impíos, que oran o no oran, obtienen el mismo beneficio para sus hijos deben estar en un extraño estado mental. Pero de cualquier manera, una cosa es muy cierta. Cada miembro de la Iglesia bautizado, es a partir de su profesión de fe, un "soldado de Jesucristo" y asume el compromiso de pelear "bajo su estandarte contra el pecado, el mundo y el diablo". El que lo duda, que tome su Libro de Oraciones, lo lea, lo subraye y aprenda su contenido. Lo peor de todo es que muchos miembros muy celosos de la Iglesia Anglicana ignoran totalmente lo que contiene su propio Libro de Oraciones.

La importancia de la batalla cristiana

Seamos miembros de la iglesia o no, una cosa es cierta, esta guerra cristiana es una enorme realidad y un tema de suma importancia. No es un tema como el gobierno y las ceremonias de la iglesia, en que los hombres pueden discrepar y, aun así, al final llegar al cielo. La necesidad se nos impone. No hay promesas en las Epístolas del Señor Jesucristo a las Siete Iglesias, excepto a aquellas que "venzan". Donde hay gracia habrá conflicto. El creyente es un soldado. No hay

santidad sin batalla. Las almas salvadas siempre serán los que han peleado una batalla.

(1) Es una batalla absolutamente necesaria. No creamos que en esta guerra podemos permanecer neutrales y mantenernos pasivos. En los conflictos entre naciones puede ser posible, pero es totalmente imposible en el conflicto que concierne al alma. La presumida política de no intervención, la “inactividad magistral” que agrada a tantos políticos, el plan de no hacer nada y dejar las cosas como están, nunca dará resultado en la guerra cristiana. Aquí nadie puede escapar alegando ser “un hombre de paz”. Estar en paz con el mundo, la carne y el diablo es estar enemistado con Dios y transitar por el camino ancho que lleva a la destrucción. No tenemos una alternativa ni una opción. Tenemos que luchar o estamos perdidos.

(2) Es una batalla universalmente necesaria. Ningún rango, ni clase ni edad tiene excusa para dejar de pelear. Pastores y laicos, predicadores y oyentes, ancianos y jóvenes, altos y bajos, ricos y pobres, encumbrados y humildes, reyes y súbditos, terratenientes e inquilinos, letrados e iletrados, todos deben portar armas e ir a la guerra. Todos tienen por naturaleza un corazón lleno de orgullo, incredulidad, pereza, mundanalidad y pecado. Todos vivimos en un mundo lleno de trampas, engaños y escollos para el alma. Todos tenemos cerca a un diablo ocupado, inquieto y malicioso. Todos, desde el rey en su palacio hasta el mendigo más pobre, todos debemos luchar si hemos de ser salvos.

(3) Es una batalla perpetuamente necesaria. No admite ni respiro, ni armisticio ni tregua. En los días entre semana, al igual que los domingos, en privado, al igual que en público, en la intimidad del hogar, al igual que en la calle, en las cosas pequeñas como cuidar la lengua y el carácter, al igual que los grandes en el gobierno de los países, la guerra del cristiano debe seguir obligadamente sin detenerse. El enemigo con quien contendemos no festeja días feriados, nunca descansa y nunca duerme. Mientras nos quede un hálito de aliento, tenemos que vestir nuestra armadura y recordar que estamos en campo enemigo. “Aun en la orilla del Jordán”, dijo un santo moribundo, “encuentro a Satanás mordéndome los talones”. Tenemos que luchar hasta morir.

Consideremos bien estas propuestas. Cuidemos que nuestra propia fe personal sea real, auténtica y verdadera. El síntoma más triste de muchos supuestos cristianos es la ausencia absoluta de todo lo que se parezca a un conflicto o una lucha en su vida cristiana. Comen, beben. Se visten, se entretienen, ganan dinero, gastan dinero, asisten a una escasa rueda de cultos religiosos formales una o dos veces por semana. Pero de la gran guerra espiritual, de velar y orar, de sus agonías y ansiedades, sus batallas y luchas, no parecen saber absolutamente nada. Cuidémonos de que éste no sea nuestro caso. El peor estado del alma es “cuando el hombre fuerte armado guarda su palacio, en paz está lo que posee” y cuando lleva a hombres y mujeres “cautivos a voluntad de él” sin que estos ofrezcan resistencia. Las peores cadenas son las que el prisionero no siente ni ve (Lc. 11:21; 2 Ti. 2:26).

Podemos consolarnos en cuanto a nuestras almas si sabemos algo de batallas y conflictos interiores. Son los compañeros invariables de la santidad cristiana auténtica. Sé que no es todo, pero es parte. ¿Notamos en el fondo de nuestros corazones una lucha espiritual? ¿Sentimos algo de la carne luchando contra el espíritu y al espíritu contra la carne de modo que no podemos hacer las cosas que debiéramos (Gá. 5:17)? ¿Tenemos conciencia de dos principios que luchan dentro de nosotros por dominarnos? ¿Sentimos algo de lucha en nuestro hombre interior? ¡Demos gracias a Dios por esto! Es una buena señal. Es muy probable que sea evidencia de la gran obra de santificación. Todos los santos auténticos son soldados. Cualquier cosa es mejor que la apatía, el estancamiento, la vaciedad y la indiferencia. Estamos en mejor estado que muchos. Es evidente que no somos amigos de Satanás. Como los reyes de este mundo, él no batalla contra sus propios súbditos. El mero hecho de que nos asalta, debiera llenarnos de esperanza. Lo repito, animémonos. El hijo de Dios lleva dos grandes señales y de estas dos, aquí tenemos una. Lo podemos identificar por su guerra interior, al igual que por su paz interior.

II. El verdadero cristianismo es la batalla de la fe

Paso a lo segundo que quiero decir al tratar mi tema: El verdadero cristianismo es la batalla de la fe.

En este sentido la guerra cristiana es totalmente diferente de los conflictos de este mundo. No depende del brazo fuerte, del ojo avizor ni de los pies rápidos. No se libra con armas carnales, sino con las espirituales. La fe es el engranaje con la cual gira la victoria. El éxito depende enteramente de la fe.

(1) Fe en la verdad de la Palabra escrita de Dios

Una fe general en la verdad de la Palabra escrita de Dios es el primer fundamento del carácter del soldado cristiano. Es lo que es, hace lo que hace, piensa lo que piensa, actúa como actúa, tiene la esperanza que tiene y se comporta como se comporta por una sencilla razón: Cree en ciertas premisas reveladas y explicadas en las Sagradas Escrituras. “Es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (He. 11:6).

Una religión sin doctrina o dogma es algo de lo que a muchos les gusta hablar en la actualidad. Al principio parece bien. Se ve muy lindo a la distancia. Pero en el momento en que nos sentamos para examinarla una y otra vez, encontramos que es sencillamente imposible que tenga sustentabilidad. Es igual que hablar de un cuerpo sin huesos ni nervios. Nadie puede ser o hacer algo en la religión si no cree en algo. Aun los que profesan los miserables e incómodos conceptos de los deístas³ tienen que confesar que creen algo. Con todas sus burlas amargas contra la teología dogmática y la credulidad cristiana, como ellos la llaman, ellos mismos tienen algún tipo de fe.

En cuanto al verdadero cristiano, la fe es la columna vertebral de su existencia espiritual. Nadie lucha nunca con seriedad contra el mundo, la carne y el diablo, a menos que haya grabado en su corazón ciertos grandes principios en los que cree. Quizá casi ni sabe de qué se tratan y, de hecho, no podría dar una definición ni escribirlas. Pero allí están y, consciente o inconscientemente, forman las raíces de su fe cristiana. Dondequiera que veamos a un hombre, rico o pobre, letrado o iletrado, batallando virilmente con el pecado y tratando de vencerlo, podemos estar seguros de que hay ciertos principios en los que ese hombre cree. El poeta que escribió las famosas líneas: *“De los muchos y distintos aspectos de la fe dejad que discutan los fanáticos errados, pues los que con su vida muestran estar en lo correcto no pueden estar equivocados”*, fue un hombre sagaz, pero mal teólogo. No hay tal cosa como estar en lo correcto, viviendo sin fe y sin algo en que creer.

(2) Fe en la Persona, Obra y Oficio del Señor Jesucristo

Una fe especial en la persona, obra y el oficio de nuestro Señor Jesucristo es la vida, el corazón y el móvil del carácter cristiano.

Una persona ve por fe a un Salvador invisible quien lo ama, dio su vida por él, pagó sus deudas, cargó con sus pecados, llevó sus transgresiones, resucitó por él y aparece en el cielo para él como su Abogado sentado a la diestra de Dios. Ve a Jesús y se aferra a él. Viendo a este Salvador y confiando en él, siente paz y esperanza, y con gusto batalla contra los enemigos de su alma.

Ve sus muchos pecados, su corazón débil, un mundo tentador, un diablo activo y, si mirara sólo a estos, se desesperaría. Pero ve también a un Salvador poderoso, un Salvador intercesor, un Salvador comprensivo —su sangre, su justicia, su sacerdocio eterno— y cree que todo esto es para él. Ve a Jesús y pone sobre él todo su peso. Viéndolo a él sigue luchando alegremente, con la confianza de que los que creemos en él “somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Ro. 8:37).

(3) Fe en la presencia de Cristo y su pronta disposición para ayudar

Una fe viva habitual en la presencia de Cristo y su pronta disposición para ayudar es el secreto de la lucha victoriosa del soldado cristiano.

Nunca olvidemos que hay grados de fe. No todos los hombres creen igual y aun, una misma persona, tiene altibajos de fe y cree con más convicción en un momento que en otro. Según el grado de su fe, el cristiano pelea bien o mal, gana victorias o sufre reveses ocasionales, termina triunfante o pierde una batalla. El que tiene más fe siempre será el soldado más feliz y el que se sentirá más seguro. Nada le quita mejor al soldado las ansiedades de la guerra que la seguridad del amor y la protección continua de Cristo. Nada lo capacita para aguantar el cansancio de velar, luchar y contender contra el pecado como la confianza interior de que Cristo está de su lado y, por ende, el éxito es seguro. Es el “escudo de la fe” el que apaga todos

los dardos de fuego del maligno. El hombre que puede decir: “Yo sé en quien he creído”, es el que puede decir en el momento de sufrimiento: “No me avergüenzo”.

El que escribió: “No desmayemos” y “porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria”, es el que escribió con la misma pluma: “No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”. Es el hombre que dijo: “Vivo en la fe del Hijo de Dios” y dijo en la misma epístola: “El mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo”. Es el hombre que dijo: “He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación” y en la misma epístola: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”. ¡Cuanto más grande es la fe, más contundente es la victoria! ¡Cuánto mayor es la fe, más enriquecedora es la paz interior! (Ef. 6:16; 2 Ti. 1:12; 2 Co. 4:17, 18; Gá. 2:20; 6:14; Fil. 1:21; 4:11, 13.)

Las victorias de los soldados cristianos fieles

Creo que es imposible sobreestimar el valor y la importancia de la fe. Bien pudo llamarla el Apóstol Pedro “preciosa” (2 P. 1:1). No me alcanzaría el tiempo si tratara de mencionar una centésima parte de las victorias que los soldados cristianos han obtenido por fe.

Tomemos nuestra Biblia y leamos con atención el capítulo once de la Epístola a los Hebreos. Subrayemos la larga lista de nombres de los hombres de fe que allí se registran, desde Abel hasta Moisés, aun antes de que naciera Cristo de la virgen María, trayendo la plenitud de vida y la inmortalidad a la luz por el evangelio. Notemos bien las batallas que ganaron contra el mundo, la carne y el diablo. Y luego recordemos que creer fue lo que lo hizo todo. Estos hombres esperaban con anticipación al Mesías prometido. Vieron a Aquel que es invisible. “Por ella [la fe] alcanzaron buen testimonio los antiguos” (He. 11:2, 27).

Demos vuelta las páginas a la historia primitiva de la iglesia. Veamos cómo los cristianos primitivos se aferraban a su fe aun hasta la muerte y no flaqueaban ante las más feroces persecuciones de los emperadores paganos. Durante siglos no faltaron hombres como Policarpo e Ignacio, prontos a morir en lugar de negar a Cristo. Multas y cárceles, torturas, hogueras y espadas no podían quebrantar el espíritu del noble ejército de mártires. ¡Ni todo el poder del imperio romano, el amante del mundo, pudo erradicar la fe cristiana que comenzó con unos pocos pescadores y publicanos en Palestina! Entonces, recordemos que creer en un Jesús invisible era la fuerza de la Iglesia. Ganaron su victoria por fe.

Examinemos la historia de la Reforma Protestante. Estudiemos la vida de sus principales campeones: Wycliffe, Huss, Lutero, Ridley, Latimer y Hooper. Notemos cómo estos soldados valientes de Cristo se mantuvieron firmes contra un ejército de adversarios y estuvieron prontos para morir por sus principios. ¡Qué batallas libraron! ¡Cuántas controversias enfrentaron! ¡Cuántas contradicciones soportaron!

¡Qué tenacidad tuvieron contra un mundo en armas! Y luego, recordemos que creer en un Jesús invisible fue el secreto de su fortaleza. Vencieron por fe.

Consideremos a los hombres que dejaron las marcas más grandes en los avivamientos del siglo XVIII en Inglaterra y Norteamérica. Observemos de qué modo hombres como Wesley, Whitefield, Venn y Romaine, lucharon solos en su época y generación, y avivaron la fe cristiana auténtica, a pesar de la oposición de hombres con posiciones elevadas y frente a calumnias, burlas y persecuciones de nueve de cada diez que profesaban ser cristianos en nuestro país. Observemos cómo hombres como William Wilberforce y Havelock y Hedley Vicars han testificado de Cristo en situaciones extremadamente difíciles y mantenido en alto el estandarte de Cristo en los regimientos y en la Cámara Baja. Notemos cómo estos testigos nobles no vacilaron y se mantuvieron firmes hasta el fin, ganándose el respeto, aun de sus peores adversarios. Por lo tanto, recordemos que creer en un Cristo invisible es la clave de la conducta de todos ellos. Por fe vivieron, anduvieron, se mantuvieron firmes y vencieron.

¿Quiere alguno vivir la vida del soldado cristiano? Entonces ore con fe. Es el don de Dios y un don que aquellos que lo piden nunca lo piden en vano. Hay que creer antes de pedirlo. Si los hombres no hacen nada religioso, es porque no creen. La fe es el primer paso hacia el cielo.

¿Quiere alguno pelear la batalla del soldado cristiano exitosa y prósperamente? Ore pidiendo un continuo aumento de fe. Permanezca en Cristo, acérquese más a Cristo y aférrese más a Cristo cada día de su vida. Ore cotidianamente como oraban sus discípulos: “Señor, auméntanos la fe” (Lc. 17:5). Vigile celosamente su fe, si es que la tiene. Éste es el baluarte del carácter cristiano de la cual depende la seguridad de toda la fortaleza. Es el punto que a Satanás le encanta asaltar. Todo queda a los pies del enemigo si no hay fe. En esto, si amamos la vida, tenemos que mantenernos en guardia de una manera especial.

III. El verdadero cristianismo es una buena batalla

Lo último que tengo que decir es esto: El verdadero cristianismo es una buena batalla. “Buena” es un adjetivo inapropiado para calificar cualquier guerra. Toda guerra del mundo es mala en mayor o menor grado. Sin duda que, en algunos casos, la guerra es una necesidad absoluta —lograr la libertad de las naciones, impedir que el débil sea arrasado por el fuerte—, pero aun así, es mala. Conlleva mucho derramamiento de sangre y sufrimiento. Apresura a la eternidad miríadas de gentes que no están preparadas en absoluto para el cambio. Suscita las peores pasiones del hombre. Causa enormes pérdidas y la destrucción de propiedades. Llena a hogares pacíficos de viudas y huérfanos. Extiende por doquier la pobreza, las cargas y el sufrimiento nacional. Altera todo el orden en la sociedad. Interrumpe la obra del evangelio y el crecimiento de la obra misionera cristiana. En suma, las guerras son un mal inmenso e incalculable, y todo el que ora debiera clamar noche y día: “Danos paz en nuestro tiempo”. Pero hay una guerra que es enfáticamente

“buena”, una batalla en la que no hay ningún mal. Esa guerra es la guerra cristiana. Esa batalla es la batalla del alma.

Ahora bien, ¿por qué razones es la lucha cristiana una “buena batalla”? Examinemos este tema y hagámoslo en orden. No me atrevo a pasar por alto este tema e ignorarlo. No quiero que nadie comience la vida del soldado cristiano sin calcular el costo. No dejaría de decirle a nadie que quiere ser santo y ver al Señor, que tiene que luchar y que la lucha cristiana, aunque es espiritual, es real e inexorable. Requiere valentía, audacia y perseverancia. Pero quiero que mis lectores sepan que hay aliento abundante, con tal de que comiencen la batalla. Las Escrituras no llaman a la lucha cristiana “una buena batalla” sin razón y causa. Trataré de mostrar lo que quiero significar.

(a) La batalla del cristiano es buena porque se libra bajo el mejor de los generales. El Líder y Comandante de todos los creyentes es nuestro divino Salvador, el Señor Jesucristo, un Salvador que tiene sabiduría perfecta, amor infinito y omnipotencia. El Capitán de nuestra salvación nunca falla en llevar a sus soldados a la victoria. En ningún momento usa estrategias inútiles, nunca se equivoca en sus criterios y jamás comete un error. Sus ojos están sobre todos sus seguidores, desde el más grande hasta el más pequeño. No olvida al más humilde siervo en su ejército. Cuida, recuerda y guarda para salvación al más débil. Las almas que ha comprado y redimido con su propia sangre son demasiado preciosas para ser malgastadas y descartadas. ¡Esto sí que es bueno!

(b) La batalla del cristiano es buena porque se libra con la mejor de las ayudas. Por más débil que sea el creyente, el Espíritu Santo mora en él y su cuerpo es el templo del Espíritu Santo. Escogido por Dios el Padre, lavado en la sangre del Hijo, renovado por el Espíritu, no va a la batalla bajo su propia responsabilidad y nunca está solo. Dios el Espíritu Santo le enseña, dirige, guía y conduce cada día. Dios el Padre lo guarda con su poder divino. Dios el Hijo intercede por él a cada momento, como Moisés en el monte, mientras estaba peleando en el valle. ¡Una cuerda triple como esta nunca puede romperse! Sus provisiones y pertrechos diarios nunca fallan. Su comisariado nunca es defectuoso. Su pan y su agua son cosas seguras. ¡Por más débil que parezca y aunque se considere a sí mismo como un gusano, es fuerte en el Señor para hacer grandes cosas! ¡Esto sí que es bueno!

(c) La batalla del cristiano es buena porque se libra con la mejor de las promesas. Cada creyente cuenta con grandísimas y preciosas promesas —todas Sí y Amén en Cristo—, promesas que serán cumplidas indefectiblemente porque el que prometió no puede mentir y tiene el poder, al igual que la voluntad, de cumplir su palabra. “El pecado no se enseñoreará de vosotros”. “Y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies”. “El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”. “Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán”. “No perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano”. “Al que a mí viene, no le echo fuera”. “No te desampararé, ni te dejaré”. “Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ... ni lo presente, ni lo por venir, ... nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”

(Ro. 6:14; 16:20; Fil. 1:6; Is. 43:2; Jn. 10:28; 6:37; He. 13:5; Ro. 8:38-39). ¡Palabras como éstas valen su peso en oro! ¿Quién no sabe que la promesa de que vendrían refuerzos alegró a los defensores de ciudades sitiadas, como Lucknow, y dio fuerzas más allá de las normales? ¿Acaso no hemos oído que la promesa de “refuerzos antes del anochecer” tuvo mucho que ver con la poderosa victoria de Waterloo? No obstante, promesas como éstas no son nada comparadas con el rico tesoro del creyente: Las promesas eternas de Dios. ¡Esto sí que es bueno!

(d) La batalla del cristiano es buena porque se libra con el mejor de los desenlaces y resultados. Es, indudablemente, una guerra en la que hay tremendas batallas y angustiosos conflictos, heridas, moretones, desvelos, ayunos y fatigas. Aun así, todos los creyentes, sin excepción, pueden decir: “Somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Ro. 8:37). Ningún soldado cristiano jamás se pierde, desaparece ni es dejado por muerto en el campo de batalla. No habrá que llorar por él, ni se derramará nunca una sola lágrima por el soldado raso ni por un oficial del ejército de Cristo. Cuando llegue la noche, el mismo llamado a presentar armas será exactamente igual al que se hizo en la mañana. Las fuerzas inglesas marcharon desde Londres a la campaña de Crimea como un cuerpo magnífico de hombres; pero muchos valientes perdieron su vida y nunca volvieron a ver la ciudad de Londres. Muy distinta será la llegada del ejército cristiano a “la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (He. 11:10). No faltará ni uno. Las palabras de nuestro gran Capitán darán prueba de ser ciertas: “De los que me diste, no perdí ninguno” (Jn. 18:9). ¡Esto sí que es bueno!

(e) La batalla del cristiano es buena porque le hace bien al alma del que la libra. Todas las demás guerras tienen una tendencia mala, degradante y desmoralizadora. Exteriorizan las peores pasiones de la mente humana. Endurecen la conciencia y carcomen los fundamentos de la fe cristiana y la moralidad. Sólo la guerra cristiana tiende a recurrir a las mejores características que le quedan al hombre. Promueve humildad y caridad, reduce el egoísmo y la mundanidad e induce a los hombres a poner sus afectos en las cosas de arriba. Nunca se ha oído de ancianos, enfermos y moribundos que se arrepintieran de librar las batallas de Cristo contra el pecado, el mundo y el diablo. Sólo se lamentan de no haber empezado a servir a Cristo mucho antes. La experiencia de aquel destacado santo, Philip Henry, no es la única. En sus últimos días le dijo a su familia: “Quiero que todos ustedes hagan constar que la vida vivida al servicio de Cristo es la vida más feliz que el hombre puede tener en el mundo”. ¡Esto sí que es bueno!

(f) La batalla del cristiano es buena porque le hace bien al mundo. El resto de las guerras tienen efectos devastadores, son horrorosas y perjudiciales. La marcha de un ejército por un país es un flagelo terrible para los habitantes. Dondequiera que va empobrece, debilita y causa daño. La acompañan invariablemente daños a personas, propiedades, sentimientos y a los valores morales. Muy distintos son los efectos producidos por la batalla de soldados cristianos. Dondequiera que ellos vivan son de bendición. Elevan el nivel de la fe cristiana y la moralidad. Invariablemente mantienen bajo control al alcoholismo, la falta de respeto al Día del Señor, el libertinaje y la deshonestidad. Aun sus enemigos se ven obligados a

respetarlos. Dondequiera que uno vaya, raramente verá que los cuarteles y acantonamientos militares le hacen bien al vecindario. Pero dondequiera que sea, ¡encontrará que la presencia de algunos pocos cristianos es una bendición! ¡Esto sí que es bueno!

(g) Por último, la batalla del cristiano es buena porque termina en una recompensa gloriosa para todos los que la libran. ¿Quién puede decir cuánto pagará Cristo a todo su pueblo fiel? ¿Quién puede calcular las cosas buenas que nuestro Capitán divino tiene reservadas para aquellos que lo confiesan ante los hombres? Una nación agradecida puede darle a sus guerreros victoriosos medallas, pensiones, reconocimientos, honores y títulos. Pero no puede darles nada que dure para siempre, nada que puedan llevar más allá de la tumba. Aun los más excelsos palacios pueden ser disfrutados sólo por algunos años. Los generales y soldados más valientes tendrán que descender un día para presentarse ante el rey de los terrores. Mejor, mucho mejor es la posición del que pelea bajo el estandarte de Cristo contra el pecado, el mundo y el diablo. Puede ser que no reciba elogios en vida y quizá algunos pocos al ser sepultado, pero tendrá algo que es mucho mejor, mucho más durable. Tendrá “la corona incorruptible de gloria” (1 P. 5:4). ¡Esto sí que es bueno!

Grabemos en nuestra mente que la batalla cristiana es una lucha buena, verdaderamente buena, totalmente buena y enfáticamente buena. Ahora la vemos sólo en parte. Vemos batallas, pero no el final; vemos la campaña, pero no la recompensa; vemos la cruz, pero no la corona. Vemos unos pocos humildes, quebrantados de corazón y penitentes soportando sufrimientos y despreciados por el mundo, pero no vemos la mano de Dios sobre ellos, el rostro de Dios sonriéndoles, el reino de gloria preparado para ellos. Estas cosas todavía tienen que ser reveladas. No juzguemos por las apariencias. Hay muchas más cosas buenas como resultado de la guerra cristiana que las que podemos ver.

Aplicación práctica

Ahora concluyo todo mi tema con unas pocas palabras de aplicación práctica. Nos toca vivir en una época cuando el mundo parece estar pensando solamente en batallas y en pelear.

La guerra entre humanos está entrando en el alma de más de una nación y, consecuentemente, la alegría ha desaparecido de muchas regiones. En tiempos como estos, el pastor puede, con conocimiento de causa, llamar a los creyentes a recordar su guerra espiritual. Agregaré unas pocas palabras finales acerca de la gran batalla del alma.

(1) Puede ser que usted esté luchando duro por recibir las recompensas de este mundo.

Quizá esté dando todas sus fuerzas a obtener dinero, o una posición, o poder o placer. Si ese es su caso, tenga cuidado. Su siembra dará como fruto una cosecha

de amarga desilusión. A menos que preste atención a lo que está haciendo, le pasará lo que dice el profeta: “en dolor seréis sepultados” (Is. 50:11).

Miles de personas han andado por la misma senda en la que está andando usted y han despertado demasiado tarde a la realidad de que su final era una ruina lamentable y eterna. Han luchado duro para obtener riquezas, honra, una posición y alguna promoción, y le han dado la espalda a Dios, a Cristo y al cielo en el mundo venidero. ¿Y cuál ha sido su final? Con frecuencia, de hecho con demasiada frecuencia, han descubierto que toda su vida fue un gran error. Han aprendido por amarga experiencia los sentimientos del estadista moribundo que exclamó en sus últimas horas: “La batalla ha sido librada: La batalla ha sido librada: Pero no se ha conquistado la victoria”.

Para su propia felicidad, decida hoy ponerse del lado del Señor. Líbrese de su indiferencia e incredulidad del pasado. Deje los caminos de un mundo insensato e irracional. Tome la cruz y conviértase en un buen soldado de Cristo. “Pelee la buena batalla de la fe” para poder ser feliz, además de vivir seguro.

Piense lo que los hijos de este mundo hacen a menudo para tener libertad, aun sin ningún principio religioso. Recuerde cómo los griegos, romanos, suizos y tiroleses prefirieron perder todo, aun la vida misma, en lugar de someterse a un yugo extranjero. Sea este ejemplo de inspiración para imitarlos. Si los hombres pueden hacer tanto por una corona corruptible, ¡cuánto más debiéramos hacer nosotros por una incorruptible! Despertemos a un sentido de la desgracia de ser esclavo. Levantémonos y luchemos para tener vida, felicidad y libertad.

No tema empezar y ponerse bajo el estandarte de Cristo. El gran Capitán de nuestra salvación no rechaza a nadie que viene a él. Como David en la cueva de Adulán, él está listo para recibir a todos los que acudan a él, no importa lo indigno que se sientan. Nadie, si se arrepiente y cree, es demasiado malo para ser rechazado en el ejército de Cristo. Todos los que acuden a él por fe son aceptados, vestidos, armados, capacitados y, por último, conducidos a una victoria total. No tema empezar hoy mismo. Todavía hay lugar para usted.

No tenga miedo de luchar, una vez que se recluta. Cuanto más entregado y sincero de corazón sea como soldado, más tranquilo peleará en su guerra espiritual. Sin duda, tendrá problemas, cansancios y duras luchas antes de terminar su guerra. Pero no deje que ninguna de estas cosas lo sacudan. Más grande es el que está de su lado que los que están en su contra. La libertad eterna o cautividad eterna son las alternativas que tiene. Escoja la libertad y luche hasta el fin.

(2) Puede ser que ya sepa usted algo de la guerra cristiana y ya haya dado pruebas de ser un soldado. Si éste es su caso, acepte una palabra de consejo y aliento de un soldado hermano. Me hablaré a mí mismo tanto como a usted.

(a) Recordemos que si queremos pelear exitosamente tenemos que ponernos toda la armadura de Dios y no quitárnosla hasta morir. No podemos prescindir ni siquiera

de una pieza de ella. El cinto de la verdad, la coraza de justicia, el escudo de la fe, el yelmo de la salvación, la espada del Espíritu, todos estos pertrechos son absolutamente necesarios (Ef. 6:10-18). No podemos quitarnos ninguna parte de la armadura ni siquiera un día. Dijo bien aquel veterano del ejército de Cristo que murió hace 200 años: “Apareceremos en el cielo, no con nuestra armadura puesta, sino vestidos con mantos de gloria. Pero mientras estemos aquí tenemos que usar nuestras armas día y noche. Tenemos que caminar, trabajar y dormir en ellas, si no, no somos verdaderos soldados de Cristo” (*Christian Armour* [Armadura cristiana], por Gurnall).

(b) Recordemos las palabras de un guerrero inspirado que fue a su descanso hace 1.800 años: “Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado” (2 Ti. 2:4). ¡No olvidemos nunca sus palabras!

(c) Recordemos que algunos parecían buenos soldados por un corto tiempo y hablaban mucho de lo que harían, pero se han retirado vergonzosamente en el día de batalla.

(d) Nunca olvidemos a Balaam, Judas, Demas y la esposa de Lot. Sea lo que seamos y por débiles que estemos, seamos reales, auténticos, verdaderos y sinceros.

(e) Recordemos que la mirada de nuestro amante Salvador está sobre nosotros de mañana, al mediodía y en la noche. Nunca nos dejará ser tentados más de lo que podamos resistir. Él puede sentir lo que sentimos en nuestras debilidades, pues él mismo fue tentado. Sabe cuáles son nuestras batallas y conflictos porque él mismo fue atacado por el Príncipe de este mundo. Teniendo semejante Sumo Sacerdote, Jesús, el Hijo de Dios, mantengámonos firmes en nuestra profesión (He. 4:14).

(f) Recordemos que miles de soldados ya han peleado la misma batalla que estamos peleando nosotros y que fueron victoriosos por medio de Aquel que los amó, vencieron por la sangre del Cordero, y nosotros también podemos hacerlo. El brazo de Cristo es tan fuerte como siempre. El que salvó a hombres y mujeres que vivieron antes que nosotros, es el que nunca cambia. “Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios”. Entonces, librémonos de nuestras dudas y temores. Seamos “imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas” y sumémonos a ellos (He. 7:25; 6:12).

(g) Por último, recordemos que el tiempo es corto y se acerca la venida del Señor. Unas cuantas batallas más, sonará la trompeta y el Príncipe vendrá para reinar en una tierra transformada. Unas pocas batallas y luchas más, y nos despediremos eternamente de la guerra, del pecado, del dolor y de la muerte. Luchemos hasta el fin y nunca nos demos por vencidos. Esto dice el Capitán de nuestra salvación: “El que venciere heredaré todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo” (Ap. 21:7).

Concluiré con las palabras de John Bunyan ²¹ en una de las partes más hermosas de *El progreso del peregrino*. Está describiendo el final de unos de los mejores y más santos de los peregrinos:

“Luego se extendió el rumor de que Valiente-por-la-verdad había recibido un llamamiento por el mismo correo, y prenda de que el aviso era verdad, su cántaro se quebró junto a la fuente (Ec. 12:6). Comprendiendo esto, participó a sus amigos. ‘Ahora, dijo ‘voy a casa de mi Padre, y aunque con mucha dificultad he llegado hasta aquí, ya no son los trabajos y molestias que el viaje me ha ocasionado. Dejo mi espada a aquel que me sucediere en la peregrinación, y mi valor y pericia a quien pueda lograrlos. Llevaré conmigo mis huellas y cicatrices para dar testimonio de que he peleado la batalla de Aquel que será ahora mi galardón’.

El día de su partida muchos le acompañaron a la ribera. Entrando en el río, exclamó: ‘¡Oh muerte! ¿Dónde está tu aguijón?’. Y luego, sumergiéndose en las aguas: ‘¡Oh sepulcro! ¿Dónde está tu victoria? Con estos acentos de triunfo alcanzó la otra orilla, y fue recibido a son de trompeta”.

¡Sea nuestro final este mismo! ¡No olvidemos nunca que sin luchar no puede haber santidad mientras vivamos, ni corona de gloria cuando muramos!

11. El trofeo más grande de Cristo

“Y uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros. Respondiendo el otro, le reprendió, diciendo: ¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo. Y dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”.
Lucas 23:39-43

Pocos pasajes en el Nuevo Testamento son tan conocidos como el que encabeza este capítulo. Contiene la muy conocida historia del “ladrón arrepentido”.

²¹ John Bunyan nació en Elstow, Inglaterra, el 28 de noviembre de 1628. Recibió muy poca educación. Sirvió en el ejército republicano del Parlamento en Newport Pagnell desde 1644 hasta 1647. Tras diversos conflictos espirituales se convirtió en un creyente seguro y entusiasta. Entró en la iglesia baptista en Bedford en 1653. En 1655 se convirtió en diácono y empezó a predicar, con gran éxito desde el primer momento. En 1658 fue detenido por predicar sin licencia y estuvo encerrado por un periodo de cerca de doce años hasta enero de 1672, cuando Carlos II proclamó la *Declaración de Indulgencia*. Ese mismo mes se convirtió en pastor de la iglesia de Bedford. En marzo de 1675 fue encarcelado de nuevo por predicar, pues Carlos II retiró su *Declaración de Indulgencia*. Lo liberaron al cabo de seis meses, y debido a su gran popularidad, no volvieron a molestarlo. En un viaje a Londres cogió un fuerte resfriado por quedarse mojado, y murió como resultado de una fiebre el 31 de agosto de 1688. Su tumba se encuentra en el cementerio de Bunhill Fields en Londres. Bunyan escribió *El progreso del peregrino* en dos partes, la primera de las cuales se publicó en Londres en 1678, y la segunda en 1684. Su título completo es “*El progreso del peregrino desde este mundo al otro que está por llegar*”. (Wikipedia)

Y es apropiado y bueno que estos versículos sean bien conocidos. Han reconfortado a muchas mentes atribuladas, han dado paz a muchas conciencias intranquilas, han sido un bálsamo terapéutico que ha sanado a muchos corazones heridos, han sido medicina para muchas almas enfermas de pecado y han allanado las asperezas de muchos lechos de muerte. Dondequiera que se predique a Cristo, siempre serán honrados, amados y recordados.

Quiero comentar algunos puntos dignos de notar acerca de estos versículos. Trataré de presentar las principales lecciones que pretenden enseñar. No conozco la manera particular de pensar de las personas en cuyas manos pueda caer este escrito. Pero veo verdades en este pasaje que es imposible conocer demasiado bien. Aquí está el trofeo más grande que jamás se haya ganado Jesús.

I. El poder y disposición de Cristo de salvar al pecador

En primer lugar, su intención es que aprendamos de estos versículos acerca del poder y la disposición de Cristo de salvar al pecador.

Ésta es la doctrina principal para aprender de la historia del ladrón arrepentido. Nos enseña lo que debiera ser música para los oídos de todos los que la escuchan. Nos enseña que Jesucristo es “grande para salvar” (Is. 63:1).

Le pido a cualquier lector que diga si conoce de algún caso que parecía tener menos esperanza y ser más desesperante que el del ladrón arrepentido.

Era un hombre malvado, un malhechor y un ladrón, si no es que un asesino. Lo sabemos porque sólo esta clase de delincuentes eran crucificados. Estaba sufriendo un castigo justo por haber quebrantado las leyes. Y así como había vivido malvadamente, parecía seguro que así moriría porque cuando fue crucificado, al principio injuriaba a Jesús.

Y era un hombre al borde de la muerte. Allí estaba, clavado en una cruz de la cual nunca bajaría con vida. Ya ni siquiera tenía fuerzas para mover las manos ni los pies. Sus horas estaban contadas, lo esperaba el sepulcro. Sólo había un paso entre él y la muerte.

Si hubo alguna vez un alma al borde del infierno, fue el alma de este ladrón. Si hubo alguna vez un caso que pareciera perdido, sin salida e irremediable, fue el de él. Si hubo alguna vez un hijo de Adán del que el diablo se aseguró de hacer suyo, fue este hombre.

Pero vea ahora qué pasó. Dejó de injuriar y blasfemar, comenzó a hablar de una manera completamente distinta. Se dirigió a nuestro bendito Señor en oración. Oró pidiendo a Jesús: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”. Le pidió que cuidara su alma, que perdonara sus pecados y hasta pensó en un mundo diferente. ¡Verdaderamente éste fue un cambio maravilloso!

Y tome note de la clase de respuesta que recibió. Algunos habrían dicho que era demasiado malvado como para ser perdonado; pero no fue así. Otros pensarían que era demasiado tarde, la puerta estaba cerrada y ya no había lugar para la misericordia; pero vemos que no era demasiado tarde. El Señor Jesús le dio una respuesta inmediata, le habló con bondad, le aseguró que ese mismo día estaría con él en el paraíso; lo perdonó completamente, lo limpió totalmente de sus pecados, lo recibió por su gracia, lo levantó de las puertas del infierno y le dio el derecho a la gloria. Entre toda la multitud de almas salvadas, ninguna ha recibido una confirmación tan gloriosa de su propia salvación como este ladrón arrepentido. Revise la lista completa, desde Génesis hasta Apocalipsis, y no encontrará a nadie a quien se le hayan dicho palabras como éstas: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”.

Creo que el Señor Jesús nunca dio una prueba tan completa de su poder y voluntad para salvar, como la dio en esta ocasión. En la hora cuando parecía más débil, mostró ser un Liberador poderoso. En el instante cuando su cuerpo sufría terrible dolor, mostró que podía sentir ternura por otros. En el momento cuando él mismo estaba muriendo, le dio vida eterna a un pecador.

Entonces, ¿no es cierto que esto me da el derecho de decir que Cristo “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios” (He. 7:25)? Aquí tenemos la prueba. Si hubo alguna vez un pecador que estaba demasiado perdido como para ser salvo, fue este ladrón. No obstante, fue rescatado como “un tizón arrebatado del incendio” (Zac. 3:2).

¿Acaso no tengo el derecho de decir que Cristo recibe a cada pobre pecador que acude a él orando con fe y que no rechaza a nadie? He aquí la prueba de esto. Si hubo alguna vez un pecador que parecía demasiado malo como para ser salvo, fue este hombre. No obstante, las puertas de misericordia se abrieron de par en par para él.

¿Acaso no me da el derecho a decir: “Porque por gracia sois salvos... no por obras... No temas; cree solamente”? (Ef. 6:8, 9; Mr. 5:36; Lc. 8:50). He aquí la prueba de esto. ¡Este ladrón nunca fue bautizado, no pertenecía a ninguna iglesia visible, nunca había participado de la Cena del Señor, nunca realizó ninguna obra para Cristo y nunca dio dinero a la causa de Cristo! Pero tuvo fe y, entonces, fue salvo.

¿Acaso no me da derecho a decir que aun la fe más reciente puede salvar el alma del hombre, si es auténtica? He aquí la prueba de esto. La fe de este hombre tenía menos de un día, pero lo condujo a Cristo y lo salvó del infierno.

¿Por qué habría de desesperarse alguno cuando un pasaje como éste está en la Biblia? Jesús es el Médico que puede curar los casos de personas desahuciadas. Él puede dar vida a las almas muertas y llamar a las cosas que no son como si fuesen. ¡Que nadie se desespere nunca! Jesús sigue siendo el mismo hoy tal y

como lo fue tantos siglos atrás. Las llaves de la muerte y del infierno están en su mano. Lo que él abre, nadie lo puede cerrar.

¿Qué si sus pecados son más numerosos que los cabellos de su cabeza? ¿Qué si sus hábitos impíos han crecido a medida que usted ha crecido y se han fortalecido a medida que usted se ha hecho más fuerte? ¿Qué si ha aborrecido lo bueno y amado lo malo todos los días de su vida? Estas cosas por cierto son tristes; pero hay esperanza, hasta para usted. Cristo lo puede sanar, Cristo lo puede sacar de su lamentable condición. El cielo no se ha cerrado para usted. Cristo puede franquearle la entrada si pone humildemente su alma en sus manos.

¿Han sido perdonados sus pecados? Si no, le presento este día una salvación completa y gratuita. Le invito a seguir los pasos del ladrón arrepentido: Venga a Cristo y viva. Le aseguro que Jesús es muy misericordioso y compasivo. Le aseguro que puede hacer por usted todo lo que su alma requiere. Aunque sus pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana (Is. 1:18). ¿Por qué no habría usted de ser salvo como cualquier otro? ¡Venga a Cristo y viva!

¿Es usted un creyente auténtico? Si lo es, debe gloriarse en Cristo. No se gloríe en su propia fe, sus propios sentimientos, su propio conocimiento, sus propias oraciones, sus propios recursos y su propia diligencia. Gloríese sólo en Cristo. ¡Ay! Aun el mejor de nosotros sabe apenas un poco del Salvador misericordioso y poderoso. No lo exaltamos ni nos gloriamos en él lo suficiente. Oremos pidiendo poder para ver más de la plenitud que hay en él.

¿Procura alguna vez hacerles un bien a otros? Si lo hace, no se olvide de hablarles acerca de Cristo. Cuénteles al joven, al menesteroso, al anciano, al ignorante, al enfermo y cuénteles al moribundo; cuénteles a todos acerca de Cristo. Cuénteles de su poder y de su amor; cuénteles de sus obras y de sus sentimientos, cuénteles del peor de los pecadores y lo que está dispuesto a hacer hasta el último día que le queda de vida; cuénteles una y otra vez. No se canse nunca de hablar de Cristo. Dígalos amplia y plenamente, libre e incondicionalmente, sin reservas y sin dudar: “Venga a Cristo como lo hizo el ladrón arrepentido: Venga a Cristo y será salvo”.

II. Algunos son salvos en la hora de su muerte, otros no

La segunda lección que este pasaje quiere enseñarnos es que algunos son salvos en la hora de su muerte, otros no.

Es esta una verdad que nunca debe ser pasada por alto, por eso me es imposible ignorarla. Es una verdad que se destaca claramente en el triste final del otro malhechor, con demasiada frecuencia olvidado. La gente olvida que había “dos ladrones”.

¿Qué pasó con el otro ladrón que fue crucificado? ¿Por qué no se apartó de su pecado y clamó al Señor? ¿Por qué siguió endurecido e impenitente? ¿Por qué no fue salvo? Sería inútil intentar contestar estas preguntas. Contentémonos con la información que tenemos y veamos qué quiere enseñarnos.

No tenemos ningún derecho a decir que este ladrón era peor que su compañero, no hay nada que pruebe que lo fuera. Es evidente que ambos eran hombres malvados, ambos estaban recibiendo el merecido castigo por sus actos, ambos colgaban de una cruz a los dos lados del Señor Jesús, ambos lo escucharon orar por sus asesinos, ambos lo vieron sufrir con paciencia. Pero mientras uno se arrepintió, el otro siguió endurecido; mientras uno comenzó a orar el otro siguió injuriándole; mientras uno se convirtió al último momento, el otro murió contumaz en su maldad, tal como había vivido; mientras uno fue al paraíso, el otro fue a su lugar: Al lugar del diablo y sus ángeles.

Ahora bien, estas cosas fueron escritas para advertirnos. Hay una advertencia, al igual que un consuelo, en estos versículos y es, de hecho, una advertencia muy seria.

Me dicen y subrayan que aunque algunos se pueden arrepentir y convertirse en su lecho de muerte no significa que todos lo harán. El lecho de muerte no siempre es un tiempo de salvación.

Me dicen y subrayan que dos personas pueden tener las mismas oportunidades de hacerle bien a sus almas, pueden estar colocadas en la misma posición, ver las mismas cosas y oír los mismos sonidos y, no obstante, sólo una de las dos las aprovechan, se arrepienten, creen y son salvas.

Me dicen, sobre todo, que arrepentimiento y fe son dones de Dios y que están fuera del poder del hombre, y que el que se engaña pensando que puede arrepentirse cuando lo escoja, elegir el momento cuando lo hará, buscar al Señor cuando le plazca y, como el ladrón arrepentido, ser salvo al último instante, tarde o temprano descubrirá que está muy equivocado.

Y es bueno y provechoso tener en cuenta esto. Hay en el mundo una inmensa cantidad de ideas engañosas precisamente acerca de este tema. Veo a muchos que dejan que la vida se les vaya de entre las manos, sin estar preparados para morir. Veo a muchos que admiten que debieran arrepentirse, pero siempre lo dejan para mañana. ¡Y creo que una de las razones principales es que la mayoría cree que puede acudir a Dios cuando quiera! Se basan en la parábola de los obreros de la viña que habla de la hora undécima y la usan en la forma que nunca tuvo la intención de ser usada. Se enfocan en la parte placentera de los versículos que ahora estamos considerando, pero olvidan el resto. Hablan del ladrón que se fue al paraíso y se olvidan del que murió como vivió, ¡y se perdió!

Le ruego a cada uno que lee este escrito que use su sentido común y que tenga cuidado de no caer en el mismo error.

Considere la historia de los hombres en la Biblia y vea cuán a menudo las ideas de las que he estado hablando, se contradicen.

Recuerde bien cuántas pruebas hay de que dos hombres hayan recibido el ofrecimiento de la misma iluminación y sólo uno la aprovecha, y que nadie tiene derecho de tomarse libertades con la misericordia de Dios e imaginar que puede arrepentirse cuando a él le plazca.

Vea a Saúl y David. ¡Vivieron más o menos en la misma época, escalaron el mismo rango en la vida, fueron llamados a la misma posición en el mundo, disfrutaron del ministerio del mismo profeta, Samuel, y reinaron la misma cantidad de años! Sin embargo, uno fue salvo y el otro se perdió.

Vea a Sergio Paulo y a Galión. ¡Ambos eran gobernadores romanos, ambos eran hombres sabios y prudentes en su generación y ambos oyeron predicar a Pablo! Pero uno creyó y fue bautizado, el otro “no hacía caso de nada de esto” (Hch. 13:7; 18:17).

Observe el mundo a su alrededor. Fíjese lo que está sucediendo continuamente ante sus ojos. A menudo, dos hermanas asisten a la misma iglesia, oyen las mismas verdades y escuchan los mismos sermones y, sin embargo, sólo una se convierte, mientras que la otra permanece impávida. Puede ser que dos amigos lean el mismo libro cristiano; a uno le conmueve tanto que renuncia a todo para tener a Cristo, el otro no le ve nada de valor y sigue igual que antes. Centenares de personas han leído *The Rise and Progress of Religion in the Soul* (Auge y Progreso de la religión en el alma) por Doddrige, sin ningún beneficio, pero para Wilberforce significó el inicio de su vida espiritual. Miles han leído su libro *Practical View of Christianity* (Punto de vista práctico del cristianismo) y no les ha afectado para nada, pero cuando Leigh Richmond lo leyó, se convirtió en otro hombre. Nadie tiene el derecho de decir: “La salvación es por mi propio poder”.

No pretendo explicar estas cosas. Sólo se las presento como grandes hechos verídicos y le pido que las reflexione con seriedad.

No me malinterprete. No quiero desanimarlo. Le digo estas cosas con todo cariño para advertirle del peligro. No las digo para apartarlo del cielo. Al contrario, las digo para atraerlo más y llevarlo a Cristo mientras puede ser hallado.

Quiero que se cuide de cualquier presunción. No abuse de la misericordia y compasión de Dios. Le ruego que no siga pecando, pensando que se puede arrepentir, creer y ser salvo cuando a usted le plazca, cuando quiera, cuando se le antoje. Siempre pondré delante de usted una puerta abierta. Siempre le diré: “Mientras hay vida hay esperanza”. Pero si quiere ser sabio, no deje para después nada que concierna a su alma.

Quiero que se cuide de dejar pasar los buenos pensamientos y las convicciones espirituales. Valórelas y aliméntelas, no sea que los pierda para siempre. Aprovechélas al máximo, no sea que saquen alas y huyan volando. ¿Siente usted el deseo de comenzar a orar? Empiece a hacerlo inmediatamente. ¿Está disfrutando de alguna iluminación espiritual?

Asegúrese de vivir en consonancia con esa iluminación. No juegue con las oportunidades, no sea que llegue el día cuando las quiere aprovechar y no podrá. No se rezague, no sea que obtenga sabiduría demasiado tarde. Quizá diga usted: "Nunca es demasiado tarde para arrepentirse". Respondo: "Es cierto, pero rara vez resulta así." Y digo más: "Si aplaza arrepentirse, no puede estar seguro de que alguna vez lo haga".

Quizá diga usted: "¿Por qué debiera tener miedo? El ladrón arrepentido fue salvo". Respondo: "¡Es cierto, pero vuelva a mirar el pasaje que le dice que el otro ladrón se perdió!".

III. El Espíritu siempre guía de la misma manera a cada alma salvada

La tercera lección que quiere enseñarnos este pasaje es que el Espíritu siempre guía de la misma manera al alma salvada.

Éste es un punto que merece atención especial y que, a menudo, es pasado por alto. Las personas se fijan en que el ladrón arrepentido fue salvo cuando ya moría y no van más allá.

No toman en cuenta las evidencias que este ladrón dejó tras de sí. No observan las pruebas abundantes que dio de la obra del Espíritu en su corazón. Y estas pruebas son las que quiero destacar. Deseo mostrar que el Espíritu siempre obra de una misma manera y que, sea que convierta a una persona en una hora, como lo hizo con el ladrón arrepentido, o que lo haga gradualmente, como lo hace con otros, los pasos por medio de los cuales conduce las almas al cielo son siempre los mismos.

Procuraré hacerle claro esto a todo el que lee este escrito. Quiero ponerlo en guardia. Quiero que se quite la idea generalizada de que hay algún camino fácil y divino al cielo desde el lecho de muerte. Quiero que comprenda a conciencia que cada alma salvada pasa por la misma experiencia y que los principios principales de la fe del ladrón arrepentido son los mismos que los santos más ancianos que han existido.

(a) Veamos, en primer lugar, cuan fuerte fue la fe de este hombre.

Llamó "Señor" a Jesús. Declaró su creencia de que tendría un "reino". Creyó que podía darle vida eterna y gloria y, creyéndolo, le dirigió su oración. Declaró que Jesús era inocente de todos los cargos que le eran imputados. "Éste", dijo, "ningún mal hizo" (Lc. 23:41). Otros quizá pensaron que el Señor era inocente, pero este pobre hombre al borde de la muerte fue el único que lo declaró abiertamente.

¿Y cuándo sucedió todo esto? Sucedió...

- cuando toda la nación había rechazado a Cristo, gritando: “¡Crucifícale! ¡Crucifícale!... No tenemos más rey que César” (Jn. 19:6; 15),
- cuando los principales sacerdotes y fariseos lo habían condenado y declarado “digno de muerte” (Mr. 14:64),
- cuando sus propios discípulos lo habían abandonado y huido,
- cuando colgaba débil, sangrando y muriendo en la cruz,
- cuando fue contado entre los transgresores y considerado maldito.

¡Ésta fue la hora cuando el ladrón creyó en Cristo y le dirigió su oración! Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que nunca se había visto una fe como ésta desde la creación del mundo.

Los discípulos habían visto señales y milagros poderosos. Habían visto la resurrección de un muerto mediante sólo tres palabras, a los leprosos curados mediante un toque, a los ciegos recibiendo su vista, a los mudos hablar y a los cojos caminar. Habían visto cómo miles de personas fueron alimentadas con unos cuantos panes y peces. Habían visto a su Maestro caminar sobre el agua como si fuera tierra seca. Lo habían oído hablar como nunca nadie antes había hablado y hacer promesas de cosas buenas por venir. Algunos de ellos habían tenido un anticipo de su gloria en el Monte de la Transfiguración. Sin duda que la fe de ellos era “don de Dios”, pero además de ese don, contaban con muchas ayudas para fortalecerla.

El ladrón moribundo no había visto ninguna de las maravillas mencionadas. Lo único que él vio fue a nuestro Señor en agonía, débil, sufriendo y sobrellevando el dolor. Lo vio soportando un castigo ignominioso, abandonado, vilipendiado, objeto de burlas, aborrecido y blanco de blasfemias. Lo vio rechazado por los más grandes, sabios y nobles de su propio pueblo, su vigor seco como un tiesto, su vida cercana al Seol²² (Sal. 22:15; 88:3). No vio ningún cetro, ninguna corona real, ningún dominio externo, ninguna gloria, ninguna majestad, ningún poder, ninguna señal de omnipotencia. Y aun así, el ladrón agonizante creyó y gozó viendo de antemano el reino de Cristo.

²² Sheol o Seol (en hebreo: שאול), según el Antiguo Testamento, es un lugar de oscuridad al que van los muertos. Sheol también es llamado Hades en griego. No existe ninguna palabra en español que transmita con exactitud el mismo sentido que el término hebreo *Sheol*. La Enciclopedia Collier (1986, vol. 12, pág. 28) comenta sobre el empleo de la palabra "infierno" en la traducción bíblica: «Puesto que el Sheol de los tiempos veterotestamentarios se refería simplemente a la morada de los muertos sin indicar distinciones morales, la palabra *infierno*, según se entiende hoy día, no es una traducción idónea». Un buen número de versiones castellanas transliteran la palabra al español (“Seol” u otras formas parecidas) con una mayor o menor uniformidad. En el día del Pentecostés de 33, el apóstol Simón Pedro citó del (*Salmos 16:10*) y lo aplicó a Cristo. Cuando Lucas citó las palabras de Pedro, utilizó la palabra griega háidēs, mostrando con ello que el Sheol y el Hades se refería a la misma cosa, la morada de las almas (la cual se subdividía en *Seno de Abraham*, para los justos y *Gehenna*, para los impíos). (*Hechos 2:25-27*) (*Hechos 2:29-32*). Durante el reinado de mil años de Jesucristo, el Sheol, o Hades, será vaciado y destruido, ya que se resucitará a todos los que se hallen en él. (*Apocalipsis 20:13-14*) (Wikipedia)

¿Quiere saber si tiene el Espíritu? Entonces preste atención a la pregunta que le hago ahora. ¿Dónde está su fe en Cristo?

(b) Note, en segundo lugar, qué sentido correcto tenía del pecado. Le dice a su compañero: Nosotros “recibimos lo que merecieron nuestros hechos”. Reconoce su impiedad y la justicia de su castigo. No hace ningún intento por justificarse o hacer excusas por su iniquidad. Habla como un hombre humillado y degradado al recordar sus iniquidades del pasado. Esto es lo que sienten todos los hijos de Dios. Están prontos para reconocer que son pobres pecadores que merecen el infierno. Pueden decir de corazón, al igual que con su boca: “Hemos dejado de hacer las cosas que deberíamos haber hecho, e hicimos las cosas que no deberíamos haber hecho, y no hay salud en nosotros” (ver Mt. 23:23).

¿Quiere saber si tiene el Espíritu? Entonces preste atención a la pregunta que ahora le hago: ¿Tiene conciencia de sus pecados?

(c) Veamos, en tercer lugar, el amor fraternal que demostró el ladrón hacia su compañero. Procuró conseguir que dejara de injuriar y blasfemar, y que reaccionara. “¿Ni aun temes tú a Dios”, le dice, “estando en la misma condenación?”. ¡No hay mejor señal de gracia que ésta! La gracia despoja al hombre de su egoísmo y lo lleva a identificarse con el alma de los demás. Cuando se convirtió la mujer samaritana, dejó su jarro y corrió a la ciudad diciendo: “Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo?” (Jn. 4:28-29). Cuando se convirtió Saulo, fue inmediatamente a la sinagoga en Damasco y testificó a sus hermanos israelitas que Jesús “era el Hijo de Dios” (Hch. 9:20).

¿Quiere saber si tiene el Espíritu? Entonces, ¿dónde está su caridad y amor por las almas?

En suma, vemos en el ladrón arrepentido una obra consumada del Espíritu Santo. Podemos encontrar en el malhechor arrepentido cada parte del carácter del creyente. Con todo lo breve que fue su vida después de su conversión, usó el tiempo que le quedaba para dejar abundantes evidencias de que era hijo de Dios. Su fe, su oración, su humildad y su amor fraternal son testimonio indudable de la realidad de su arrepentimiento. No era un hombre arrepentido de palabra únicamente, sino de hecho y en verdad.

Nadie piense, entonces, que porque el ladrón arrepentido fue salvo, que una persona puede ser salva sin dejar ninguna evidencia de la obra del Espíritu. Analice bien cada uno las evidencias que dejó este hombre y tenga cuidado. Evidencias al borde de la muerte.

Es triste oír lo que la gente habla, a veces, de lo que llaman evidencias en el lecho de muerte. Es muy penoso observar con qué poco se satisfacen algunas personas y qué fácilmente se pueden convencer a sí mismos de que sus amigos se han ido al cielo.

Cuando su pariente ha muerto, comentan: “Dijo una oración tan hermosa un día, habló tan bien de que estaba arrepentido por sus viejas costumbres y su intención de vivir de una manera distinta en este mundo, o que le gustaba que alguien le leyera o que orara por él”. Y como tienen esto para alegar, ¡parecen estar tranquilos teniendo la esperanza de que su ser querido fue salvo! Probablemente el nombre de Cristo nunca fue mencionado, tal vez tampoco se mencionó en ningún momento el camino de salvación. ¡Pero esto no les importa, si habló de algo aparentemente espiritual, con eso se contentan!

Ahora bien, no es mi deseo lastimar a nadie que lee este escrito, pero tengo que hablar claramente sobre este tema.

Quiero decir, de una vez por todas que, por regla general, no hay nada más insatisfactorio que las evidencias en el lecho de muerte. Se puede depender muy poco de los sentimientos que el hombre expresa cuando está enfermo y asustado. Con frecuencia, demasiada frecuencia, son el resultado del temor y no surgen de una convicción del corazón. Con frecuencia, demasiada frecuencia, son cosas dichas de memoria, habiéndolas escuchado de boca de pastores y de amigos preocupados, no porque él mismo las sienta. Y no hay prueba más fuerte de esto que el hecho bien sabido de que muchas de las personas que prometen reformarse cuando están enfermas y, por primera vez, hablan de algo espiritual, si se recuperan, vuelven a su pecado y al mundo.

Cuando alguien ha vivido una vida irreflexiva e insensata, quiero algo más que unas lindas palabras y buenos augurios cuando está en su lecho de muerte como para convencerme acerca de la condición de su alma. No me basta con que me deje leerle la Biblia y orar junto a su cama o que diga que “no había pensado tanto como debiera acerca del evangelio y que le parece que va a ser un hombre distinto si se mejora”. Nada de esto me contenta, no me hace sentir tranquilo en cuanto a su estado. Está bien en lo que cabe, pero no es una conversión. Está bien en un sentido, pero no es fe en Cristo. No puedo ni me atrevo a sentirme satisfecho. Otros pueden sentirse tranquilos, si quieren, y decir que esperan que su amigo fallecido esté en el cielo. Por mi parte, preferiría quedarme callado. Estaría satisfecho con la medida más pequeña de arrepentimiento y fe del moribundo, aunque no fuera más grande que un grano de mostaza. Pero contentarme con cualquier cosa menor que arrepentimiento y fe, me parece casi una infidelidad.

¿Qué clase de evidencias piensa dejar usted acerca del estado de su alma? Siga el ejemplo del ladrón arrepentido y le irá bien.

Cuando lo pongan en su ataúd ¿será que tendrán que buscar palabras sin sentido y sobras de espiritualidad a fin de alegar que fue un verdadero creyente? No tengan que comentar vacilantes: “Espero que esté feliz. Un día habló tan lindo y, en otra ocasión, parecía tan complacido con aquel capítulo de la Biblia y decía que le gustaba tal o cual persona que es buena gente”. Ojalá podamos hablar con seguridad acerca de la condición de usted. Ojalá tengamos alguna prueba segura

de su arrepentimiento, su fe y su santidad, de modo que nadie, en ningún momento, pueda cuestionar su condición. Tenga por seguro que sin esto, los que deja atrás no podrán tener un consuelo fehaciente acerca de su alma. Podemos valernos de una forma de religión en su funeral y expresar esperanzas benévolas. Podemos encontrarnos con usted a la entrada del cementerio y decir: “Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor” (Ap. 14:13). ¡Pero esto no alterará su condición! Si muere sin convertirse a Dios, sin arrepentimiento y sin fe, su funeral no será más que las exequias de un alma perdida y mejor sería que nunca hubiera nacido.

IV. El creyente en Cristo está con el Señor cuando muere

Además, la intención de estos versículos es que aprendamos que el creyente en Cristo está con el Señor cuando muere.

Podemos llegar a esta conclusión por las palabras del Señor al ladrón arrepentido: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. Y tenemos una expresión muy similar en la Epístola a los Filipenses, donde Pablo dice que su anhelo es “partir y estar con Cristo” (Fil. 1:23).

Diré poco sobre este tema. Se lo presento sencillamente para sus propios momentos de meditación en privado. Para mí, está lleno de consuelo y paz.

Después de la muerte, el creyente está “con Cristo”. Eso contesta muchas preguntas difíciles que, de otra manera, intriga la mente curiosa e intranquila del hombre. La morada de los santos fallecidos, sus alegrías, sus sentimientos y su felicidad reciben respuestas en una sencilla expresión: Están “con Cristo”.

No puedo entrar a explicar completamente el estado separado de los creyentes que han partido. Es un tema elevado y profundo, tanto que la mente del hombre no puede ni abarcarlo ni imaginarlo.

Sé que su felicidad se queda corta comparada con lo que será cuando sus cuerpos se levanten de nuevo, en la resurrección en el último día, y Jesús regrese a la tierra. Pero sé también que disfruta de un descanso bendito, un descanso de sus labores, un descanso de sus aflicciones, un descanso del dolor y un descanso del pecado. No puedo explicar estas cosas, pero estoy convencido de que serán mucho más felices de lo que jamás lo fueron en la tierra. Veo su felicidad en este mismo pasaje: “Están con Cristo” y cuando veo esto, he visto todo lo que necesito ver.

Si las ovejas están con su Pastor, si los miembros están con la Cabeza y si los hijos de la familia de Cristo están con él, quien los amó y los sostuvo todo el trayecto de su peregrinaje en esta tierra, todo tiene que estar bien, todo tiene que estar perfecto.

No puedo describir qué clase de lugar es el paraíso porque no puedo entender la condición de un alma separada del cuerpo, pero no pido una visión más resplandeciente del paraíso que ésta: Que allí está Cristo. Todo lo demás que

podamos imaginarnos de lo que será ese estado entre la muerte y la resurrección no son nada en comparación con esto. Cómo está él allí y de qué manera lo está, no lo sé. Sólo ver a Cristo en el paraíso cuando mis ojos se cierran en la hora de la muerte, me basta. Bien dice el salmista: “En tu presencia hay plenitud de gozo” (Sal. 16:11). Fue cierto lo que dijo una niña a punto de morir cuando su madre trató de consolarla describiéndole cómo sería el paraíso. “Allí”, le decía, “no habrá dolor ni enfermedades, allí verás a tus hermanitos y hermanitas que han ido antes que tú y siempre serás feliz”. “¡Ah, madre!” fue la respuesta de la niña, “pero hay algo mejor que todo y es que allí estará Cristo”.

Puede ser que usted no piense mucho acerca de su alma. Puede ser que usted sepa poco de Cristo como su Salvador y que nunca ha probado, por experiencia, que es precioso. Y a pesar de ello, quizá tiene la esperanza de ir al cielo cuando muera. Éste es seguramente un pasaje que debiera hacerle pensar. El paraíso es un lugar donde está Cristo. ¿Sería entonces un lugar del que disfrutaría usted?

Puede ser que sea creyente y, no obstante, tiembla ante el pensamiento del sepulcro. Parece frío y lóbrego. Siente que todo lo que tiene por delante es oscuro y sombrío. No tema, ¡anímesese con este pasaje! Va camino al paraíso y allí estará Cristo.

V. La parte eterna del alma de cada ser humano está cerca de él

Lo último que se supone que debemos aprender de estos versículos es lo siguiente: La parte eterna del alma de cada ser humano está cerca de Cristo.

“Hoy”, le dice nuestro Señor al ladrón arrepentido, “hoy estarás conmigo en el paraíso”. No menciona ningún periodo distante. No habla de entrar a un estado de felicidad como algo “lejano”. Habla de hoy, “este día mismo que estás colgado en la cruz”.

¡Qué cercano parece eso! ¡Qué extremadamente cerca nos traen esas palabras a nuestra morada eterna! Felicidad o sufrimiento, dolor o gozo, la presencia de Cristo o la compañía de los demonios, están todos cerca de nosotros. “Hay un paso”, dice David, “entre mí y la muerte” (1 S. 20:3). Podemos decir que hay sólo un paso entre nosotros y el paraíso o el infierno.

Ninguno de nosotros entiende esto lo bien que debiera. Ha llegado el momento de quitarnos las ideas sobre este tema que son producto de nuestra imaginación. Tenemos la tendencia de hablar y pensar, aun refiriéndonos a creyentes, como si la muerte fuera un largo viaje y como si el santo que ha muerto se ha embarcado en una larga travesía. ¡Esto es un error, un puro error! Su puerto seguro y su patria celestial están cerca y ya han entrado en él.

Algunos sabemos, por amarga experiencia, qué largo se nos hace el tiempo entre la muerte de un ser querido y la hora cuando lo sepultamos fuera de nuestra vista. Esas horas son las más lentas, tristes y pesadas de nuestras vidas. Pero, bendito sea Dios, las almas de los santos que han partido están libres desde el instante

mismo cuando dieron su último aliento. Mientras nosotros lloramos, se está preparando el ataúd, se tiene el velorio y se llevan a cabo los últimos arreglos, el espíritu de nuestro ser querido está disfrutando de la presencia de Cristo. Se encuentra libre para siempre de la carga de la carne. Está donde “los impíos dejan de perturbar, y allí descansan los de agotadas fuerzas” (Job 3:17).

En el preciso momento en que el creyente muere, está en el paraíso. Su batalla ha acabado, sus luchas han terminado. Ha pasado por el valle sombrío que un día tendremos que pasar nosotros, ha cruzado el río tenebroso que un día tendremos que cruzar nosotros. Ha bebido la última copa amarga que el pecado le preparó, ha llegado al lugar donde ya no hay aflicciones y lamentos. ¡No debemos desear que regrese de donde está! No debemos llorar por él, sino por nosotros mismos.

Nosotros todavía estamos batallando, en cambio él está en paz. Nosotros estamos trabajando, en cambio él está descansando. Nosotros estamos velando, en cambio él está descansando. Nosotros estamos vistiendo nuestra armadura espiritual, en cambio él se la ha quitado para siempre. Nosotros todavía estamos de viaje, en cambio él está en puerto seguro. Nosotros tenemos lágrimas, en cambio él tiene gozo. Nosotros somos extranjeros y peregrinos, en cambio él está en su hogar permanente. ¡No hay duda de que los muertos en Cristo están mejor que los vivos! ¡No hay duda de que desde el preciso instante en que el santo muere, está inmediatamente en una posición mucho más elevada y más feliz que el más feliz sobre la faz de tierra!

Me temo que abundan fantasías sobre esta realidad. Me temo que muchos que no son católicos romanos y profesan no creer en el purgatorio, no obstante, tienen ideas extrañas sobre las consecuencias inmediatas de la muerte.

Me temo también que muchas personas tienen una especie de noción indefinida de un intervalo o espacio de tiempo entre la muerte y su estado eterno. Se imaginan que estarán pasando por algún proceso purificador y que, aunque mueren ineptos para el cielo, ¡al final serán encontrados idóneos para él!

Pero esto es totalmente equivocado. No sucede ningún cambio después de la muerte, no hay ninguna conversión en la tumba, no hay un nuevo corazón después del último suspiro. El mismo día en que partimos, lo hacemos para siempre, el día que partimos de este mundo, comenzamos una condición eterna. Desde ese día no hay ninguna alteración del alma, ningún cambio espiritual. Así como morimos, así recibiremos nuestra parte después de la muerte; “en el lugar que el árbol cayere, allí quedará” (Ec. 11:3).

Si usted no es cristiano, esto debiera hacerlo pensar. ¿Sabe que está cerca del infierno? Puede morir este mismo día y, si no muere en Cristo, abrirá inmediatamente sus ojos en el infierno y en medio de tormentos.

Si es usted un cristiano auténtico, está mucho más cerca del cielo de lo que cree. Si el Señor se lo llevara este mismo día, se encontraría en el paraíso. La tierra

prometida está muy cerca de usted. Si cerrara sus ojos en medio de debilidad y dolor, se abrirían inmediatamente en medio de un descanso glorioso imposible de describir.

Conclusión

Diré ahora unas pocas palabras a manera de conclusión.

(a) Este escrito puede caer en las manos de un pecador humilde y contrito. ¿Es usted uno de ellos? Entonces aquí le tengo palabras de aliento. Tome nota de lo que hizo el ladrón arrepentido y haga usted lo mismo. Tome nota de cómo oró, cómo llamó a Jesucristo; tome nota de la respuesta de paz que obtuvo. Hermano o hermana, ¿por qué no hace usted lo mismo? ¿Por qué no habría de ser salvo usted también?

(b) Este escrito puede caer en manos de un soberbio y presumido mundano. ¿Es usted uno de ellos? Entonces preste atención a mi advertencia. Tome nota de que el ladrón impenitente murió tal como había vivido y tenga cuidado de no llegar a un final igual. Oh, hermana o hermano errado, ¡no esté tan confiado, no sea que muera en sus pecados! Busque al Señor mientras puede ser hallado. Vuélvase al Señor, ¿por qué habría de morir sin él?

(c) Este escrito puede caer en manos de un creyente que profesa a Cristo. ¿Es usted uno de ellos? Entonces tome la fe del ladrón arrepentido como criterio para medir su propia fe. Asegúrese de saber lo que es el verdadero arrepentimiento y la fe salvadora, la humildad auténtica y el amor ferviente. Hermano o hermana, no se satisfaga con la norma del mundo acerca del cristianismo. Piense como el ladrón arrepentido, eso es ser sabio.

(d) Este escrito puede caer en manos de alguien que está llorando por creyentes que han partido. ¿Es usted uno de ellos? Entonces reciba consuelo de este pasaje. Note cómo sus seres queridos están en las mejores manos. No pueden estar mejor. Nunca estuvieron tan bien en su vida como lo están ahora. Están con Jesús, a quien sus almas amaban sobre la tierra. ¡Oh, ya basta de sus lamentos egoístas! Regocíjese porque están libres de aflicciones y han entrado en su descanso.

(e) Y este escrito puede caer en las manos de algún siervo de Cristo entrado en años. ¿Es usted uno de ellos? Entonces vea por medio de estos versículos cuán cerca está de su patria celestial. Su salvación está más próxima que cuando recién creyó. Unos pocos días más de trabajo y aflicción, y el Rey de reyes mandará a buscarlo y, en un instante, su batalla habrá terminado y estará en completa paz.

12. El Señor de las olas

“Se levantó una gran tempestad de viento, y echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba. Y él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal; y

le despertaron, y le dijeron: Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos? Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza. Y les dijo: ¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?”. Marcos 4:37-40

Qué bueno sería que los cristianos profesantes de la época moderna estudiaran los cuatro Evangelios más de lo que lo hacen. Sin duda que toda la Biblia es provechosa. No es sabio exaltar una parte de ella a expensas de las demás. Pero opino que sería bueno que algunos que están muy familiarizados con las epístolas supieran más acerca de Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

¿Por qué digo esto? Quiero que los cristianos profesantes sepan más acerca de Jesús. Es bueno conocer todas las doctrinas y los principios del cristianismo. Pero es mucho mejor todavía conocer a Cristo mismo. Es bueno estar familiarizado con la fe, la gracia, la justificación y la santificación. Estos son asuntos “relacionados con el Rey”. Pero es mucho mejor estar familiarizado con Jesús mismo, ver al Rey cara a cara y contemplar su hermosura. Éste es el secreto de una santidad innegable. El que anhela conformarse a la imagen de Cristo y parecerse más a Cristo, tiene que estudiar constantemente a Cristo mismo.

Los Evangelios fueron escritos precisamente para que conociéramos a Cristo. El Espíritu Santo nos ha contado cuatro veces la historia de su vida y su muerte, lo que dijo y lo que hizo. Cuatro manos diferentes e inspiradas nos han dibujado al Salvador. Sus métodos, sus costumbres, sus sentimientos, su sabiduría, su gracia, su paciencia, su amor y su poder son narrados por gracia, a través de la pluma de cuatro testigos diferentes. ¿Acaso no deben las ovejas estar familiarizadas con el Pastor? ¿No debe el paciente estar familiarizado con el Médico? ¿No debe la novia estar familiarizada con el Novio? ¿No debe el pecador estar familiarizado con el Salvador? No cabe duda que sí. Los Evangelios fueron escritos para familiarizar a todos con Cristo y es por eso que quisiera que todos estudiaran los Evangelios.

¿Sobre quién debemos edificar nuestras almas si queremos ser aceptados por Dios? Tenemos que ser edificados sobre la Roca, Cristo. ¿De quién hemos de obtener la gracia del Espíritu si vamos a dar fruto? Tenemos que nutrirnos de Cristo, la Vid. ¿A quién hemos de recurrir para ser consolados cuando nos fallan o perdemos a nuestros amigos terrenales? Tenemos que recurrir a Cristo, nuestro Hermano mayor. ¿A quién debemos elevar nuestras oraciones para ser oídos en lo Alto? Tienen que ser elevadas a Cristo, nuestro Abogado. ¿Con quién esperamos pasar los mil años de gloria y luego la eternidad? Con Cristo, el Rey de reyes. ¡No cabe la menor duda que nunca nos sería posible conocer a este Cristo demasiado bien! No cabe duda que no hay una palabra, ni una obra, ni un día, ni un paso, ni un pensamiento en el registro de su vida, que no nos debe serpreciado. Tenemos que esforzarnos por familiarizarnos con cada línea escrita acerca de Jesús.

Acérquese y estudiemos una página en la historia de nuestro Maestro. Reflexionemos en lo que podemos aprender de los versículos de las Escrituras que encabezan este capítulo. Vemos allí a Jesús cruzando el mar de Galilea en una

embarcación con sus discípulos. Vemos que mientras él duerme, de pronto se levanta una tormenta. Las olas embisten la barca y la llenan. La muerte parece inminente. Los asustados discípulos despiertan a su Maestro y claman a él. Él se levanta, reprende al viento y a las olas e, inmediatamente, reina la calma. Luego procede a reprobarnos el temor de sus compañeros por falta de fe y, después, todo ha pasado. Ésta es la escena. Está repleta de profunda instrucción. Pues bien, examinemos ahora lo que tiene la intención de que aprendamos.

I. Seguir a Cristo no previene las aflicciones terrenales

Aprendamos, en primer lugar, que seguir a Cristo no previene nuestras aflicciones y angustias terrenales.

Aquí están los discípulos escogidos por el Señor Jesús sintiéndose muy angustiados. El Pastor dejó que se angustiara la manada pequeña que creyó en él cuando los sacerdotes, escribas y fariseos no lo hicieron. El miedo a la muerte irrumpe sobre ellos como un hombre armado. Parece muy posible que las aguas profundas aneguen sus almas. Pedro, Santiago y Juan, columnas de la Iglesia a punto de ser levantadas en el mundo, están muy afligidos.

Quizá ellos no contaban con encontrarse en esta situación. Tal vez habían pensado que servir a Cristo los iba a proteger de las pruebas terrenales. Probablemente habían supuesto que Aquel que podía resucitar a los muertos, sanar a los enfermos, dar de comer a una multitud con unos pocos panecillos y ahuyentar a los demonios con una palabra, no dejaría que sus siervos sufrieran en la tierra. Puede ser que supusieron que siempre les concedería un peregrinaje tranquilo, buen clima, una trayectoria fácil y libertad de las pruebas y preocupaciones.

Si eso pensaban los discípulos, se equivocaban por mucho. El Señor Jesús les enseñó que alguien puede ser uno de sus siervos escogidos y, no obstante, pasar por muchas ansiedades y soportar muchos dolores.

Es provechoso comprender esto con claridad. Es provechoso comprender que servir a Cristo nunca eximió a nadie de los males que la carne hereda, ni tampoco eximirá de ellos a nadie. Si usted es creyente tiene que saber que mientras esté en el cuerpo tendrá su porción de enfermedades y dolores, de sufrimientos y lágrimas, de pérdidas y cruces, de muertes y pesares, de despedidas y separaciones y de disgustos y desencantos. Cristo nunca se comprometió a que usted llegue al cielo sin esto. Se encarga de que todo aquel que venga a él tendrá todas las cosas relacionadas con la vida y la santidad, pero nunca se responsabilizó de darle prosperidad, ni riqueza, ni buena salud ni de eximir a su familia de la muerte y la aflicción.

Tengo el privilegio de ser uno de los embajadores de Cristo. En su nombre puedo ofrecer vida eterna a cualquier hombre, mujer o niño que esté dispuesto a aceptarla. En su nombre ofrezco perdón, paz, gracia y gloria a cualquier hijo o hija de Adán que lee estas líneas. Pero no me atrevería a ofrecer a nadie prosperidad en este

mundo como parte del paquete del evangelio. No me atrevería a prometer mayores ingresos ni libertad del dolor. No me atrevería a ofrecerle al que toma su cruz y sigue a Cristo que, por seguirle, nunca tendrá que pasar por una tormenta.

Sé que a muchos no les gustan estas condiciones. Preferirían tener a Cristo y buena salud, a Cristo y mucho dinero, a Cristo y ningún fallecimiento en su familia, a Cristo y ningún problema agotador, a Cristo y una mañana perpétua sin nubarrones. Pero no les gusta tener a Cristo y la cruz, a Cristo y las tribulaciones, a Cristo y los conflictos, a Cristo y los vientos huracanados, a Cristo y las tempestades.

¿Es éste el pensamiento secreto de alguno que lee este escrito? Créame que si lo es, está muy equivocado. Preste atención y procuraré mostrarle que tiene mucho que aprender.

¿Cómo podríamos saber quiénes son verdaderos cristianos, si seguir a Cristo fuera no tener ningún problema? ¿Cómo discerniríamos entre el trigo y la cizaña, si no fuera por el discernimiento que dan las pruebas? ¿Cómo sabríamos si los hombres sirven a Cristo por su bondad o por motivos egoístas, si servirle diera automáticamente salud y riquezas? Los vientos del invierno nos muestran cuáles árboles son siempre verdes y cuáles no. Las tempestades de aflicciones y preocupaciones son provechosas de esa misma manera. Muestran al hombre cuya fe es real y a aquel que sólo es de nombre.

¿Cómo podría marchar adelante la gran obra de santificación, si el hombre no tuviera pruebas? Las penas son, a menudo, el único fuego que puede quemar la escoria que se aferra a nuestros corazones. Las pruebas son la herramienta podadora que el gran Agricultor emplea a fin de que seamos fértiles en buenas obras. Los plantíos del campo del Señor, rara vez, maduran únicamente con sol; tienen que pasar por días de viento, lluvia y tormentas.

Si usted anhela servir a Cristo y ser salvo, le ruego que lo acepte en sus propios términos. Decídase a cargar su porción de cruces y aflicciones, y entonces, no lo tomarán de sorpresa. Por no comprender esto, muchos al parecer andan bien por un tiempo y luego se apartan disgustados y son echados fuera.

Si usted profesa ser hijo de Dios, deje que el Señor Jesús lo santifique a su manera. Quédese tranquilo sabiendo que él nunca comete errores. Tenga por seguro que él hace bien todas las cosas. Puede que los ventarrones bramen a su alrededor y las aguas parezcan anegarle. Pero no tema, él lo guiará a usted como lo hizo con su pueblo: “Los dirigió por camino derecho, para que viniesen a ciudad habitable” (Sal. 107:7).

II. El Señor Jesús es realmente un ser humano

Aprendamos, en segundo lugar, que el Señor Jesús es real y verdaderamente un hombre, un ser humano.

Esta breve anécdota contiene palabras que, como en muchos otros pasajes de este Evangelio, presentan esta verdad de una manera impresionante. Nos dice que cuando el viento comenzaba a echar las olas en la barca, Jesús estaba en la popa “durmiendo sobre un cabezal”. Estaba cansado, y cuando leemos el cuarto capítulo de Marcos, entendemos el porqué de su fatiga. ¡De seguro que si el sueño de un obrero es dulce, mucho más dulce debe haber sido el sueño de nuestro bendito Señor!

Fijemos en nuestra mente la gran verdad de que Jesucristo era realmente hombre. Era igual al Padre en todas las cosas y Dios eterno. Pero también era de carne y hueso, y fue hecho como nosotros en todas las cosas, con la excepción de que no pecó. Como nosotros, nació de mujer. Como nosotros, creció y aumentó en estatura. Como nosotros, a menudo tenía hambre y sed, y se sentía débil y cansado. Como nosotros, comía y bebía, descansaba y dormía. Como nosotros, se ponía triste, lloraba y expresaba todos los demás sentimientos. Todo esto se antoja increíble, pero así es. ¡Aquel que hizo los cielos, andaba como un pobre y cansado ser humano! El que gobernaba sobre principados y potestades en lugares celestiales tomó sobre sí un cuerpo frágil como el nuestro. Aquel que podía haber morado eternamente en la gloria que compartía con el Padre, bajó a la tierra y vivió como hombre entre hombres pecadores. No hay duda de que este hecho en sí es un maravilloso milagro de condescendencia, gracia, compasión y amor.

Encuentro gran consuelo al pensar que Jesús es perfectamente humano tal como es perfectamente Dios. Aquel en quien las Escrituras me aconsejan confiar, no es simplemente un Sumo Sacerdote, sino un Sumo Sacerdote revestido de emociones. No sólo es un Salvador poderoso, también es un Salvador comprensivo. No sólo es el único Hijo de Dios, poderoso para salvar, sino el Hijo del hombre, capaz de sentir.

¿Quién no sabe que la comprensión es uno de los sentimientos más dulces para nosotros en este mundo pecaminoso? Encontrar a una persona que se identifica con nuestros problemas y nos acompaña en nuestras ansiedades, alguien que puede llorar cuando lloramos y regocijarse cuando nos regocijamos es una de las experiencias más radiantes en nuestro tenebroso peregrinaje aquí en la tierra. La comprensión es mejor que el dinero, pero mucho más escasa. Muchos pueden dar, pero no saben lo que es sentir.

La comprensión tiene el gran poder de atraernos y abrir nuestros corazones. Un consejo frío, a menudo nos hace callar, amilanarnos y retraernos en los días de angustia. Pero una comprensión auténtica en un día así, apela a nuestros mejores sentimientos, si es que los tenemos, y nos influyen de una manera como ninguna otra cosa puede hacerlo. Deme al amigo que, aunque pobre de oro y plata, siempre tiene un corazón comprensivo.

Nuestro Dios sabe muy bien todo esto. Conoce los secretos más íntimos del corazón del hombre. Él conoce las formas en que ese corazón se aborda con mayor facilidad y las emociones que conmueven ese corazón más fácilmente. Determinó sabiamente que el Salvador de los Evangelios sintiera emociones, al igual que

poder. Nos ha dado a Aquel que, no sólo tiene una mano fuerte para arrancarnos como brasas del fuego, sino también un corazón comprensivo en el cual los trabajados y cargados pueden encontrar descanso.

Veo una enorme prueba de amor y sabiduría en la unión de las dos naturalezas en la persona de Cristo. Fue el amor maravilloso de nuestro Salvador lo que lo hizo condescender y pasar por la debilidad y la humillación por nuestro bien; por nosotros que somos tan rebeldes e inicuos. Fue su sabiduría maravillosa la que le hizo adaptarse para ser el mejor Amigo entre amigos. No sólo era capaz de salvar al hombre, sino que podía encontrarse con él en su propia condición. Presénteme a alguien que pueda realizar todas las cosas necesarias para redimir mi alma. Jesús puede hacerlo porque es el Hijo eterno de Dios. Quiero contar con alguien que pueda comprender mis debilidades y que trate con ternura a mi alma mientras estoy atado a un cuerpo de muerte. Jesús también puede hacer esto porque es el Hijo del hombre y fue de carne y hueso como nosotros. Si mi Salvador hubiera sido únicamente Dios, es posible que hubiera confiado en él, pero nunca me hubiera acercado a él sin temor. Si mi Salvador hubiera sido Hombre únicamente, lo hubiera amado, pero nunca hubiera estado seguro de que podía perdonar mis pecados. Pero, bendito sea Dios, mi Salvador es Dios, al igual que Hombre, y Hombre, al igual que Dios. Es Dios con poder para liberarme; también es Hombre y, por lo tanto, capaz de sentir lo que yo siento. La omnipotencia y la comprensión más profunda se unen en una persona gloriosa: Jesucristo, mi Señor. Es indudable que el creyente en Cristo tiene una fuerte consolación. Puede confiar seguro y no tener miedo.

Si algún lector sabe lo que es ir al trono de gracia en busca de misericordia y perdón, nunca olvide que el Mediador por quien llega a Dios es el Hombre Cristo Jesús.

Los asuntos que conciernen a su alma están en las manos del Sumo Sacerdote quien puede conmovirse ante sus debilidades. Usted no tiene que tratar con un ser tan sublime y glorioso cuya naturaleza hace imposible que su mente lo pueda comprender. Tiene que vérsela con Jesús, quien tenía un cuerpo como el suyo, y fue un Hombre sobre la tierra como lo es usted. Él conoce muy bien el mundo en el que usted está luchando porque vivió en él durante treinta y tres años. Conoce muy bien la “contradicción de pecadores” que con tanta frecuencia lo desanima, él mismo tuvo que soportarlo (He. 12:3). Conoce bien los engaños y las artimañas de su enemigo espiritual, el diablo, porque luchó con él en el desierto. Es indudable que con semejante abogado usted puede armarse de valor.

Si sabe lo que es apelar al Señor Jesús para que le dé consuelo espiritual en las pruebas terrenales, recuerde bien los días cuando él estuvo en la carne, o sea, su naturaleza humana.

Usted está apelando al que conoce sus sentimientos por experiencia y ha bebido profundamente de la copa amarga, porque fue “varón de dolores, experimentado en quebranto” (Is. 53:3). Jesús conoce el corazón del hombre, sus dolores físicos y sus dificultades porque él mismo fue hombre de carne y hueso sobre la tierra. Se sentó

cansado junto al pozo en Sicar. Lloró sobre el sepulcro de su amigo Lázaro en Betania. Sudó gotas de sangre en Getsemaní. Gimió de angustia en el Calvario.

Conoce la naturaleza humana

No desconoce nuestras emociones. Conoce por experiencia todo lo que se relaciona con la naturaleza humana, exceptuando solamente el pecado.

(a) ¿Es usted pobre y necesitado? Jesús también lo era. Las zorras tienen sus cuevas y las aves sus nidos, pero el Hijo del hombre no tuvo un lugar dónde reclinar su cabeza. Procedía de una ciudad despreciable. Los hombres decían: “¿De Nazaret puede salir algo de bueno?” (Jn. 1:46). Era visto como el hijo de un carpintero. Predicaba desde una barca prestada, hizo su entrada a Jerusalén montado en una asna prestada y fue sepultado en una tumba prestada.

(b) ¿Está usted solo en el mundo y es abandonado por aquellos que se supone debieran amarlo? A Jesús le pasaba lo mismo. “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Jn. 1:11). Vino con el fin de ser un Mesías para las ovejas perdidas de la casa de Israel, pero lo rechazaron. Los príncipes de este mundo no lo aceptaban. Los pocos que lo seguían eran publicanos y pescadores. Y aun estos últimos, lo abandonaron al final y fueron esparcidos cada uno a su propio lugar.

(c) ¿Es usted incomprendido, sus palabras son tergiversadas, lo calumnian y persiguen? A Jesús le pasaba lo mismo. Lo llamaron glotón y bebedor de vino, amigo de publicanos, samaritano, loco y hasta se atrevieron a llamarlo demonio. Lo calumniaban. Le hacían acusaciones falsas. Le dictaron una sentencia injusta y; aunque era inocente, fue condenado como malhechor y como tal murió en la cruz.

(d) ¿Lo tienta a usted Satanás y pone horribles sugerencias en su mente? Jesús fue tentado de la misma manera. Satanás lo incitó a que desconfiara de la providencia paternal de Dios. “Di que estas piedras se conviertan en pan”. Le propuso que tentara a Dios exponiéndose a un peligro innecesario. “Échate abajo” desde el pináculo del templo. Le sugirió que podía hacer suyos los reinos del mundo por el pequeño acto de someterse a él. “Todo esto te daré, si postrado me adores” (Mt. 4:1-10).

(e) ¿Siente alguna vez gran agonía y algún conflicto en su mente? ¿Se siente en tinieblas como si Dios lo hubiera abandonado? Jesús se sintió de la misma manera. ¿Quién puede describir la medida real de sus sufrimientos mentales en Getsemaní? ¿Quién puede medir la profundidad del dolor de su alma cuando exclamó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mt. 27:46)?

Es imposible concebir un Salvador más adecuado a las necesidades del corazón del hombre que nuestro Señor Jesucristo; adecuado, no sólo por su poder, sino también por su compasión; adecuado, no sólo por su divinidad, sino también por su humanidad. Esfuércese, le ruego que grabe bien en su mente que Cristo, el refugio de las almas, es Hombre y Dios. Hónrelo como Rey de reyes y Señor de señores;

pero mientras lo hace, no olvide nunca que tuvo un cuerpo y fue un Hombre. Aférrese a esta verdad y nunca la suelte. El unitario descontento se equivoca por mucho cuando dice que Cristo era Hombre únicamente y no Dios. Pero no permita que ese error le haga olvidar que mientras Cristo era plenamente Dios, era también completamente Hombre.

III. Aun el cristiano auténtico puede mostrar mucha debilidad

Aprendamos, en tercer lugar, que aun el cristiano auténtico puede mostrar mucha debilidad.

Aquí se consigna una prueba impresionante de esto en la conducta de sus discípulos que despertaron a Jesús, apurados. Le dijeron, llenos de temor y ansiedad: “¡Señor, sálvanos, que perecemos!”.

Hubo impaciencia. Podían haber esperado hasta que su Señor considerara oportuno responder. Hubo incredulidad. Hablaron como si dudaran de que su Señor se interesara o le importara su seguridad y bienestar. “¿No tienes cuidado que perecemos?” (Mr. 4:38).

¡Pobres hombres sin fe! ¿Qué motivo tenían para temer? Habían visto prueba tras prueba que todo andaría bien mientras el Esposo estuviera con ellos. Habían sido testigos de numerosos ejemplos de su amor y bondad hacia ellos, tantos como para convencerse de que él nunca dejaría que les aconteciera algo realmente malo. Pero lo olvidaron todo ante un peligro inminente. El sentido de una desgracia inmediata, a menudo, causa que el hombre pierda la memoria. Muchas veces, el temor le impide al hombre razonar basándose en experiencias del pasado. Oyeron el viento. Vieron las olas. Sintieron el agua fría que los golpeaba. Se imaginaban que estaban muy cerca de la muerte. No aguantaban más el suspenso. “¿No tienes cuidado”, dijeron ellos, “que perecemos?”.

Pero, en definitiva, comprendamos que ésta no es más que una escena de lo que pasa constantemente entre creyentes de todas las épocas. Sospecho que hay demasiados discípulos este mismo día, que actúan igual que los que estamos describiendo.

Muchos de los hijos de Dios se las arreglan muy bien mientras no tienen problemas. Siguen a Cristo bastante bien mientras brilla el sol. Creen estar confiando plenamente en Cristo. Se engañan pensando que han echado sobre él todas sus cargas. Tienen la reputación de ser muy buenos cristianos.

Pero de pronto, les sobreviene una prueba inesperada. Pierden sus bienes. Les diagnostican una enfermedad. La muerte hace su entrada en su hogar. Surgen tribulaciones o persecuciones debido a la Palabra. Y ahora, ¿dónde está su fe? ¿Dónde está la confianza segura que creían tener? ¿Dónde está su paz, su esperanza y su resignación? Ay, las buscan y no las encuentran. Ay, son pesados en balanza y son hallados faltos (Dn. 5:27). El temor, la duda, la desesperación y la

ansiedad irrumpen sobre ellos como un diluvio y no saben qué hacer. Sé que ésta es una descripción triste. Apelo a la conciencia de todo cristiano verdadero para que me diga si lo que digo no es correcto y la verdad.

La verdad lisa y llana es que no existe la perfección literal y absoluta entre los cristianos verdaderos mientras están en el cuerpo. El mejor y más brillante de los santos de Dios no es más que un pobre ser confundido. Por más convertido, renovado y santificado que sea, sigue sujeto a debilidades y enfermedades. No existe ni un justo sobre la tierra que haga siempre lo bueno y que no peque. Si ofendemos en una sola cosa, ofendemos en todo. Alguien puede tener una fe auténticamente salvadora, sin embargo, no siempre tenerla a la mano, lista para ser usada (Ec. 7:20; Stg. 3:2).

Abraham fue el padre de los fieles. Por fe, dejó su tierra y su parentela, y salió obedeciendo el mandato de Dios a una tierra que nunca había visto. Por fe se contentó con vivir en la tierra como un extranjero, creyendo que Dios se la daría como herencia. Y aun así, éste fue el Abraham, quien dominado por la incredulidad, hizo pasar a su esposa como su hermana, por temor a un hombre. Aquí hubo gran flaqueza. No obstante, han existido pocos santos más grandes que Abraham.

David era un hombre conforme al corazón de Dios; siendo sólo un muchacho tuvo fe para salir y enfrentar al gigante Goliat. Declaró públicamente su creencia de que el Señor, habiéndolo librado de las garras del león y del oso, lo libraría también de este filisteo. Tuvo fe para creer la promesa de Dios de que un día sería rey de Israel, aunque tenía pocos seguidores y a pesar de que Saúl lo persiguió como a una codorniz en las montañas y, a menudo, parecía haber sólo un paso entre él y la muerte. Y aun así, a pesar de haber sido librado, este mismo David en cierta ocasión, fue dominado por el temor y la incredulidad al punto de decir: “Al fin seré muerto algún día por la mano de Saúl” (1 S. 27:1). Se olvidó de las muchas y maravillosas veces cuando la mano de Dios lo había liberado. Pensó en el peligro que corría en ese momento y se refugió entre los filisteos impíos. Aquí demostró gran debilidad. No obstante, han existido pocos creyentes más fuertes que David.

Sé que sería fácil comentar: “Todo esto es muy cierto, pero no justifica el temor de los discípulos. Contaban con la presencia física de Jesús. ¡Cómo podían tener miedo! ¡Yo nunca hubiera sido tan cobarde y escéptico como lo fueron ellos!”. Le digo que el que piensa esto, conoce muy poco su propio corazón. Le digo que nadie conoce la longitud y amplitud de sus propias debilidades si no ha sido tentado. Nadie puede saber cuánta debilidad afloraría en su ser si se encontrara en circunstancias que la provocaran.

¿Piensa alguno de mis lectores que cree en Cristo? ¿Siente usted tanto amor y confianza en él que no puede pensar en la posibilidad de ser sacudido por algo que le pudiera suceder? Qué bueno. Me alegra saberlo. Pero, ¿ha sido probada esa fe? ¿Ha sido puesta a prueba esa confianza? Si no, tenga cuidado de no apurarse en juzgar a estos discípulos. No sea soberbio, en cambio tenga temor. No piense que porque su corazón está contento ahora, esto durará para siempre. No diga, porque

sus sentimientos son cálidos y fervientes hoy: “Mañana será como hoy y mucho más abundante”. No diga que porque su corazón está seguro en este momento teniendo un sentido sólido de la misericordia de Cristo: “Mientras tenga vida, no me olvidaré de él”. Oh, procure aplacar un poco esta estimación halagadora de sí mismo. Usted no se conoce del todo. Hay más cosas en su hombre interior de las que tiene conciencia en este momento. El Señor puede actuar como lo hizo con Ezequías para mostrarle lo que hay en su corazón (2 Cr. 32:31). Bienaventurado el que se reviste “de humildad”. “Bienaventurado el hombre que siempre teme a Dios”. “Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 P. 5:5; Pr. 28:14; 1 Co. 10:12).

¿Por qué recalco esto? ¿Quiero ofrecer disculpas por las corrupciones de los cristianos profesantes y excusar sus pecados? ¡Ni lo mande Dios! ¿Quiero rebajar la norma de la santificación y tolerar al soldado haragán e indolente de Cristo? ¡Dios no lo quiera! ¿Quiero borrar la línea que marca la diferencia entre el convertido y el inconverso, y disimular sus contradicciones? Una vez más exclamo: ¡Dios no lo quiera! Creo firmemente que existe una diferencia enorme entre el cristiano verdadero y el falso, entre los hijos de Dios y los hijos del mundo. Creo firmemente que esta diferencia no es sólo de fe, sino también de estilo de vida, no sólo de labios para fuera, sino también de práctica cotidiana. Creo firmemente que el comportamiento del creyente debe ser tan diferente al del inconverso como lo es lo amargo de lo dulce, la luz de la oscuridad y el calor del frío.

Pero sí quiero que los nuevos cristianos comprendan lo que deben esperar encontrar en sí mismos. Quiero prevenirles para que no tropiecen ni se confundan cuando descubran sus propias debilidades. Quiero que comprendan que pueden tener auténtica fe y gracia, a pesar de que el diablo les susurre lo contrario y aunque sientan dudas y temores. Quiero que noten que Pedro, Santiago, Juan y sus hermanos eran verdaderos discípulos y, no obstante, aunque eran muy espirituales, también se atemorizaban. No les digo que usen la falta de fe de los discípulos para justificarse ni excusarse ellos mismos. Pero sí les digo que esa falta de fe de los discípulos muestra claramente, que mientras están en el cuerpo, no deben esperar que su fe esté por encima del temor.

Sobre todo, quiero que todos los cristianos comprendan lo que pueden esperar de otros cristianos. No debemos apresurarnos a concluir que alguien no tiene la gracia, sólo porque le vemos algún signo de corrupción. El sol tiene manchas y no obstante brilla en todo su esplendor y alumbra a todo el mundo. El oro de Australia viene mezclado con cuarzo y escoria y, aun así, ¿quién piensa que por eso el oro no vale nada? Algunos de los diamantes más valiosos del mundo tienen sus defectos, pero no por eso dejan de tener un gran valor. ¡Fuera con estos reparos mórbidos por los que muchos excomulgarían a alguien por el hecho de tener faltas! ¡Seamos más diligentes para ver la gracia y más lentos para ver las imperfecciones! Comprendamos que si no admitimos que hay gracia donde hay corrupción, no encontraremos gracia en el mundo. Todavía estamos en el cuerpo. El diablo no ha muerto. Aún no somos como ángeles. Aún no ha comenzado el cielo. Las paredes del leprosorio no se verán libres de la lepra por más que las limpiemos y raspemos. Nunca se quitarán los residuos de la lepra hasta que se tire abajo el edificio.

Ciertamente nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, pero no es un templo perfecto hasta que hayamos resucitado o cambiado. La gracia es, por cierto, un tesoro, pero un tesoro en vasija de barro. Es posible que el hombre renuncie a todo por el nombre de Cristo y, sin embargo, ser asaltado, a veces, por dudas y temores.

Ruego a cada lector que recuerde esto. Es una lección que merece su atención. Los apóstoles creían en Cristo, amaban a Cristo y renunciaron a todo para seguir a Cristo. Y sin embargo, vemos que en esta tormenta, los apóstoles tenían miedo. Aprendamos a ser comprensivos cuando juzgamos a otros. Aprendamos a ser moderados en las expectativas de nuestro propio corazón. Contendamos defendiendo hasta la muerte, la verdad de que nadie es un cristiano verdadero si no se ha convertido y es un hombre santo. Pero reconozcamos que el hombre puede ser convertido, tener un nuevo corazón, ser un hombre santo y, aun así, ser débil, tener dudas y temores.

IV. El poder del Señor Jesucristo

Aprendamos, en cuarto lugar, acerca del poder del Señor Jesucristo.

Tenemos un ejemplo impresionante de su poder en la historia que estamos enfocando. Las olas azotaban la barca en la que estaba Jesús. Los aterrados discípulos lo despertaron y clamaron a él. “Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza”. Éste fue un milagro maravilloso. Nadie que no fuera todopoderoso hubiera podido hacerlo.

¡Hacer cesar el viento con sólo dos palabras! Hay un dicho común que describe algo que es imposible: “¡Es como hablarle al viento!”. Pero Jesús reprende al viento y se calma al instante. Esto es poder.

¡Calmar las olas con su voz! ¿Qué estudiante de la historia no sabe de aquel poderoso rey de Inglaterra que trató, en vano, de detener una creciente ola que subía del mar? Pero aquí tenemos al que le dice a las olas embravecidas en una tempestad: “Calla, enmudece” y se hizo la calma. Eso es poder.

Es bueno que todos los hombres tengan una visión clara del poder del Señor Jesucristo. Sepa el pecador que el Salvador misericordioso al cual es invitado a acudir y confiar en él, es nada menos que el Todopoderoso que tiene potestad sobre toda carne para dar vida eterna a todos los que en él creen (Ap. 1:8; Jn. 17:2). Comprenda el simpatizante ansioso, que si confía en Jesús y toma su cruz, está confiando en Aquel que tiene todo poder en el cielo y en la tierra (Mt. 28:18). Recuerde el creyente en su peregrinaje por el desierto que, a través de su Mediador, Abogado, Médico, Pastor y Redentor, el Señor de señores y Rey de reyes, todas las cosas son posibles (Ap. 17:14; Fil. 4:13). Estudiemos el tema, porque merece ser estudiado.

(a) Estudiémoslo en sus obras de creación. “Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Jn. 1:3). Los cielos y todas las gloriosas huestes de habitantes, la tierra y todo lo que contiene, el mar y todo lo que en él hay, sí, toda la creación, desde el sol en las alturas hasta el gusano más pequeño debajo de la tierra, fueron obras de Cristo. Él habló y fueron creados. Lo ordenó y comenzaron a existir. Ese mismo Jesús, quien nació de una pobre mujer en Belén y vivió en la casa de un carpintero en Nazaret, fue el que formó todas las cosas. ¿No fue esto poder?

(b) Estudiémoslo en las obras de su providencia y la continuación ordenada de todas las cosas en el mundo. “Todas las cosas en él subsisten” (Col. 1:17). El sol, la luna y las estrellas giran dentro de un sistema perfecto. Primavera, verano, otoño e invierno ocurren en un orden sucesivo perfecto. Ese orden sigue hasta este día y no falla, por orden de Aquel que murió en el Calvario (Sal. 119:91). Los reinos de este mundo se levantan, llegan a su apogeo, declinan y desaparecen. Los gobernantes de este mundo trazan planes, confabulan, dictan y cambian leyes, guerrear, vencen a unos y levantan a otros. Pero no tienen en cuenta que gobiernan únicamente por la voluntad de Jesús y que nada sucede sin el permiso del Cordero de Dios. ¿No saben que ellos y sus súbditos son como una gota de agua en la mano del Crucificado y que es él quien prospera a las naciones y las reduce a la nada según su beneplácito?

(c) Estudiemos el tema enfocando los milagros realizados por nuestro Señor Jesucristo durante sus tres años de ministerio aquí en la tierra. Conozcamos por las obras portentosas que realizó, que las cosas imposibles para el hombre son posibles para Cristo. Consideremos cada uno de sus milagros como un emblema y representación de cosas espirituales. Vemos en ellos una representación hermosa de lo que puede hacer por nuestras almas. Aquel que pudo levantar a los muertos con una palabra de su boca puede con la misma facilidad levantar al hombre muerto en pecado. Aquel que pudo dar vista al ciego, abrir los oídos del sordo y darle voz al mudo, puede hacer que el pecador vea el reino de Dios, oiga el sonido gozoso del evangelio y proclame alabanzas por el amor redentor. Aquel que pudo sanar al leproso con un toque de su mano, puede curar cualquier enfermedad del corazón. El que puede echar fuera demonios puede ordenar a cada pecado arraigado que ceda a su gracia. ¡Oh, comencemos a leer los milagros de Cristo viéndolos desde esta perspectiva! Por más inicuos, malos y corruptos que nos sintamos, animémonos sabiendo que sanar está dentro del poder de Cristo. Recordemos que en Cristo no sólo hay plenitud de misericordia, sino también plenitud de poder.

(d) Estudiemos el tema en particular tal como se aplica a nosotros este día. Me atrevo a asegurar que, a veces, su corazón ha sido zarandeado de acá para allá como las olas en una tempestad. Se ha sentido usted agitado como las aguas en un mar embravecido cuando no se puede calmar. Venga y preste atención este día a Aquel que le puede dar descanso. Sea lo que sea que lo altera, Jesús le puede decir a su corazón: “¡Calla, enmudece!”.

¿Qué, si su conciencia está abrumada por el recuerdo de incontables transgresiones y despedazada por cada ráfaga de tentación? ¿Qué, si la carga del recuerdo de algún aberrante libertinaje le parece grave y es intolerable? ¿Qué, si su corazón parece estar lleno de perversidad y el pecado parece arrastrarlo por donde quiere como si fuera su esclavo? ¿Qué, si la maldad se pasea por su alma como un conquistador diciéndole que es inútil resistirla, que no hay esperanza para usted? Le aseguro que está Aquel que le puede dar perdón y paz. Mi Señor y Maestro Jesucristo puede reprender los ataques del diablo, calmar los sufrimientos de su alma y decirle: “¡Calla, enmudece!”. Él puede hacer desvanecer esa nube de culpa que ahora lo agobia. Puede ordenar a la desesperación que se retire. Puede espantar al temor. Puede quitar el espíritu de esclavitud y llenarlo con el espíritu de adopción. Satanás puede tener presa a su alma como si fuera un hombre fuertemente armado, pero Jesús es más fuerte que él y cuando él ordena, los prisioneros tienen que recobrar su libertad. ¡Oh, si algún lector atribulado quiere calma interior, acuda hoy mismo a Jesucristo y todo comenzará a ir bien!

Pero ¿qué, si su corazón está bien con Dios, pero aun así está presionado con la carga de aflicciones terrenales? ¿Qué, si el temor a la pobreza lo está zarandeando de un lado a otro y parece que lo va a vencer? ¿Qué, si día tras día lo abruma algún dolor físico? ¿Qué, si súbitamente se ve obligado a dejar de trabajar y debido a alguna enfermedad tiene que estar inactivo y no hacer nada? ¿Qué, si la muerte ha visitado su hogar y se ha llevado a su Raquel, su José o Benjamín y se ha quedado solo, agobiado por el dolor? ¿Qué, si le ha sucedido algo de esto? En Cristo sigue habiendo consolación. Él puede dar paz a los corazones lastimados con la misma facilidad con que calmó al mar embravecido. Puede reprender a las voluntades rebeldes con el mismo poder con que reprendió al viento huracanado. Puede calmar las tempestades de la aflicción y silenciar las pasiones tumultuosas, igual como lo hizo con la tormenta galilea. Puede decirle a la peor ansiedad: “¡Calla, enmudece!”. La avalancha de preocupaciones y tribulaciones puede ser arrasadora, pero Jesús se posa victorioso sobre las aguas y es más poderoso que las olas del mar (Sal. 93:4). Los vientos de los problemas pueden rugir a su alrededor, pero Jesús los tiene en sus manos y los puede acallar cuando él quiera. Oh, si algún lector de este escrito tiene el corazón destrozado, está agobiado por los problemas o triste, acuda a Jesucristo, clame a él y se calmará. “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mt. 11:28).

Invito a todos los que profesan ser cristianos que reflexionen seriamente en el poder de Cristo. Dude de lo que quiera, pero no dude del poder de Cristo. Aunque no ame usted secretamente al pecado, quizá tenga sus dudas. Aunque no se esté aferrando en la intimidad al mundo, quizá tenga sus dudas. Aunque el orgullo de su naturaleza no se esté rebelando a la idea de ser salvo por gracia como un pobre pecador, quizá tenga sus dudas. Pero no dude de una certidumbre y esa es que Cristo “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios” y le salvará si acude a él (He. 7:25).

V. El Señor Jesús trata tiernamente al creyente débil

Aprendamos, en último lugar, con cuánta ternura y paciencia trata el Señor Jesús al creyente débil.

Vemos esta verdad en las palabras que dirigió a sus discípulos cuando el viento se había calmado y todo estaba tranquilo. Podía haberlos reprendido con fuerza. Podía haberles recordado todas las maravillas que había realizado para ellos, y reconvenirles por su cobardía y desconfianza. En cambio, no hay enojo en las palabras del Señor. Sencillamente les pregunta: “¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?” (Mr. 4:40).

Todo el comportamiento de nuestro Señor para con sus discípulos en la tierra, merece mucha atención. Arroja una esplendorosa luz sobre su compasión y paciencia. Nunca hubo un maestro con alumnos tan lentos como los apóstoles para aprender sus lecciones. Tampoco hubo alumnos con un maestro tan paciente y compasivo como Cristo. Reúna todas las evidencias que hay acerca de esto a través de los Evangelios y verá que tengo razón.

Durante el ministerio de nuestro Señor, en ningún momento, los discípulos evidencian haber comprendido plenamente la razón de su venida al mundo. La humillación, la expiación y la crucifixión eran cosas desconocidas para ellos. No habían captado las palabras tan sencillas y las advertencias tan claras de su Maestro acerca de lo que le iba a suceder. No entendieron. No percibieron. Sus ojos no lo captaron. En cierta ocasión, Pedro hasta trató de disuadir a nuestro Señor de pasar por el sufrimiento. “Señor, ten compasión de ti”, le dijo, “en ninguna manera esto te acontezca” (Mt. 16:22; Lc. 9:45).

A menudo observamos cosas en el espíritu y la actitud de ellos que no son dignas de emular. Nos dice la Palabra que un día discutían entre ellos quién sería el mayor (Mr. 9:34). Otro día ni tuvieron en cuenta sus milagros y sus corazones se endurecieron (Mr. 6:52). En un ocasión dos de ellos desearon que cayera fuego del cielo sobre una aldea porque no los habían recibido (Lc. 9:54). En el Getsemaní los tres discípulos más destacados se durmieron cuando el Señor les había pedido que velaran y oraran. Cuando Judas lo entregó, los demás lo abandonaron y huyeron. Y lo peor de todo fue que Pedro, el más decidido de los doce, negó bajo juramento tres veces a su Maestro.

Incluso, aun después de su resurrección, vemos en ellos la misma incredulidad y dureza de corazón. Aunque vieron a su Señor con sus propios ojos y lo tocaron con sus manos, aun así, algunos dudaban. ¡Así de débil era su fe! Por eso el Señor mismo les reprendió diciendo: “¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!” (Lc. 24:25). Así de tardos eran para entender el significado de las palabras, las acciones, la vida y la muerte de nuestro Señor.

En cambio, ¿qué vemos en el comportamiento de nuestro Señor hacia estos discípulos a lo largo de su ministerio? No vemos más que compasión, bondad, ternura, paciencia, resignación y amor. No los echa fuera por su estupidez. No los rechaza por su incredulidad. No los impugna para siempre por cobardes. Les

enseña todo lo que tienen la capacidad de entender. Los conduce paso a paso, como una niñera lo hace con el infante que recién empieza a caminar. En cuanto resucitó de los muertos, les envió mensajes amables. “Id”, le dijo a las mujeres, “dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán” (Mt. 28:10). Los reúne alrededor de él una vez más. Restaura a Pedro a su posición anterior y le pide: “Apacienta mis ovejas” (Jn. 21:17). Condesciende a acompañarlos durante cuarenta días antes de ascender finalmente al cielo. Los comisiona para que vayan como sus mensajeros y para que prediquen el evangelio a los gentiles. Los bendice al partir y los alienta con esta promesa llena de su gracia: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt. 28:20). Ciertamente, éste es un amor que sobrepasa todo entendimiento. Esto no es cosa de humanos.

Sepa todo el mundo que el Señor Jesús es muy compasivo y tiernamente misericordioso. No quebrará la caña cascada ni apagará el pábilo que humea. Como un padre se compadece de sus hijos, se compadece él de los que le temen. Como consuela una madre a sus hijos, consuela él a su pueblo (Stg. 5:11; Mt. 12:20; Sal. 103:13; Is. 66:13). Él cuida a los corderitos de su manada, al igual que a sus ovejas mayores. Cuida a los enfermos y débiles de su rebaño, al igual que a los fuertes. Está escrito que los llevará en su seno y que no perderá a ninguno de ellos (Is. 40:11). Cuida a los miembros más insignificantes de su cuerpo, al igual que a los más importantes. Ama a los infantes de su familia, al igual que a los adultos. Cuida las plantitas más tiernas en su jardín, al igual que al cedro del Líbano. Todos están en su libro de la vida y todos están bajo su cuidado. Todos le fueron dados a él en un pacto perpetuo y se ha hecho cargo, a pesar de todas las debilidades, de llevar a cada uno seguro a su patria celestial. Aprópiase el pecador de Cristo por fe y, entonces, por débil que sea, Cristo le promete: “No te desampararé, ni te dejaré” (He. 13:5). Es posible que, por amor, algunas veces lo corrija con gentileza; pero nunca, nunca, lo abandonará. El diablo nunca lo arrancará de las manos de Cristo.

Sepa el mundo que el Señor Jesús nunca echará fuera a su pueblo creyente por sus faltas y debilidades. El marido no echa fuera a su esposa porque encuentra defectos en ella. La madre no abandona a su infante porque sea débil, flojo e ignorante. Y el Señor Cristo no echa fuera a los pobres pecadores que han puesto su alma en sus manos por ver en ellos manchas e imperfecciones. ¡Oh, no! Es su gloria pasar por alto las faltas de su pueblo y sanar sus caídas, complacerse en sus débiles gracias y perdonar sus muchas faltas. El capítulo once de Hebreos es maravilloso. Es sobrecogedor observar cómo el Espíritu Santo habla de los dignos, cuyos nombres están escritos en ese capítulo. En este caso, destaca la fe del pueblo de Dios para que la recordemos. Pero las faltas de muchos de estos, a las que podía haber hecho alusión y haber recordado, quedan fuera y ni siquiera se mencionan.

¿Quién de entre los lectores de este escrito anhela ser salvo, pero teme decidirse por temor de apartarse del camino tarde o temprano? Considere, le ruego, la ternura y paciencia del Señor Jesús y no vuelva a temer. Ese mismo Señor y Salvador que fue paciente con los discípulos está pronto y dispuesto a ser paciente con usted. Si tropieza, él lo levantará. Si se desvía, él lo traerá de vuelta con gentileza. Si desmaya, él lo reavivará. No lo ha sacado de Egipto para dejarlo morir en el desierto.

Lo guiará seguro a la tierra prometida. Usted sólo entréguese a él y siga su camino y él lo llevará seguro a su patria celestial. Sólo escuche su voz y sígale; y nunca perecerá.

¿Quién entre los que leen este escrito se ha convertido y anhela hacer la voluntad de su Señor? Siga hoy el ejemplo de ternura y paciencia de su Maestro y aprenda a ser tierno y gentil con los demás. Trate con gentileza a los jóvenes que están dando sus primeros pasos. No espere que sepan todo y comprendan todo lo relativo a la salvación de una sola vez. Tómelos de la mano. Guíelos y aliéntelos. Crea todas las cosas y espere todas las cosas, en lugar de entristecer el corazón que el Señor no quiere entristecer.

Trate con gentileza a los caídos. No les dé la espalda como si fueran casos perdidos. Use todos los medios lícitos, para restaurarlos. Piense en usted mismo y en sus frecuentes debilidades, y haga con las fallas de los demás lo que le gustaría que hicieran ellos con las suyas. Lamentablemente, hay una ausencia dolorosa de la mente del Maestro entre muchos de sus discípulos. Me temo que en la actualidad, pocas iglesias estarían dispuestas a restaurar a Pedro en su comunión. Tendrían que pasar muchos años después de que negó a su Señor para recibirlo de nuevo en su seno. Son pocos los creyentes prestos a hacer la obra de Bernabé, de tomar al recién convertido de la mano y animarle en sus primeros pasos. Queremos un derramamiento del Espíritu sobre los creyentes, casi tanto como lo deseamos sobre el mundo.

Aplicaciones prácticas

Ahora, sólo me falta pedirles a mis lectores que lleven a la práctica las lecciones que les he presentado. Recién han leído cinco cosas...

Primero, que servir a Cristo no es garantía de que no tendrán problemas. Los santos más ilustres los tienen.

Segundo, que Cristo es tanto Hombre como Dios.

Tercero, que los creyentes pueden tener muchas debilidades y trastornos y, aun así, ser creyentes auténticos.

Cuarto, que Cristo tiene todo poder y

Quinto, que Cristo es sumamente paciente y bondadoso para con su pueblo.

Recuerde estas cinco lecciones y andará bien. Présteme atención un ratito más, mientras digo unas pocas palabras para grabar más profundamente en su corazón las verdades que ha estado leyendo.

(a) Es muy probable que este escrito lo estén leyendo algunos que no saben nada de Cristo mismo o que no conocen su obra por experiencia.

Son demasiados los que no tienen interés alguno en los temas de los cuales he estado escribiendo. Su tesoro está aquí en la tierra. Todo su interés está en las

cosas del mundo. No les importa en absoluto los conflictos, luchas, problemas, dudas y temores del creyente.

Les importa poco si Cristo hizo milagros o no. Para ellos, todo esto es cuestión de palabras, nombres y procedimientos que no les conciernen. Están sin Dios en este mundo.

Si acaso es usted uno de estos, sólo puedo advertirle seriamente que su trayectoria actual no puede durar. No vivirá para siempre. Habrá un final. Las canas, la vejez, las enfermedades, la declinación y la muerte son partes de la vida que un día todos tendremos que enfrentar. ¿Qué hará usted cuando le llegue ese día?

Recuerde mis palabras hoy. No tendrá consolación cuando enfrente la enfermedad y la muerte, a menos que Jesucristo sea su amigo. Descubrirá, para su tristeza y confusión, que no importa cuánto digan y se enaltezcan los hombres, no pueden arreglárselas sin Cristo cuando están en su lecho de muerte. Pueden mandar a buscar al ministro de Dios y pedirle que les lea oraciones y les den la eucaristía, o buscar al sacerdote para que les lean oraciones y les den la extrema unción. Puede usted participar de cada rito y ceremonia religiosa. Pero si insiste en seguir viviendo una vida mundana y despreocupada, despreciando a Cristo en la mañana de su vida, no se sorprenda si Cristo no está con usted en sus últimos momentos. ¡Ay! Éstas son palabras solemnes y, con frecuencia, tristemente ciertas: “También yo me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis” (Pr. 1:26).

Venga pues hoy y reciba el consejo de alguien que ama su alma. Deje de hacer el mal. Aprenda a hacer lo bueno. Apártese de las cosas intrascendentes y tome el sendero del entendimiento. Eche fuera ese orgullo en su corazón y busque al Señor Jesús mientras puede ser hallado. Eche fuera la indolencia que ha paralizado su alma y decídase a tomar en serio su Biblia, sus oraciones y sus domingos. Apártese de un mundo que nunca lo satisfará y busque ese tesoro único que es verdaderamente incorruptible. ¡Oh, quiera el Señor que sus palabras conmuevan su corazón! “¿Hasta cuándo, oh simples, amaréis la simpleza, y los burladores desearán el burlar, y los insensatos aborrecerán la ciencia? Volveos a mi reprensión; he aquí yo derramaré mi espíritu sobre vosotros” (Pr. 1:22, 23). Creo que el peor pecado de Judas Iscariote fue que no buscó perdón y no se volvió a su Señor. Tenga cuidado de no cometer el mismo error.

(b) Este escrito quizá caiga en las manos de algunos que aman al Señor Jesús y creen en él, pero quieren amarlo más. Si usted es uno de ellos, acepte esta exhortación y aplíquela a su corazón.

Para empezar, tenga siempre presente como verdad sempiterna que el Señor Jesús es realmente una Persona viva y trátelo como tal.

Es lamentable ver que, en la actualidad, muchos que profesan ser creyentes no tienen una idea cabal de la personalidad de nuestro Señor. Hablan más de salvación que del Salvador, de redención más que del Redentor y más de la obra de Cristo

que de la persona de Cristo. Esto es un gran error y eso explica el carácter desabrido y trivial de muchos que profesan el cristianismo.

Si anhela crecer en la gracia y tener gozo y paz en sus creencias, tenga cuidado de no caer en este error. Deje de considerar al evangelio sólo como una colección de doctrinas prohibicionistas. En cambio, considérelolo como la revelación de un ser poderoso y viviente bajo cuya mirada amorosa usted vive todos los días. Deje de considerarlo sólo como una serie de proposiciones abstractas y reglas y principios obtusos. En cambio, haga de cuenta que le presentaron a Jesús como un Amigo glorioso y personal. Ésta es la clase de evangelio que predicaban los apóstoles. No iban por el mundo de aquí para allá hablando a la gente abstractamente del amor, la misericordia y el perdón. El tema principal de todos sus mensajes era el amor de un Cristo real y vivo. Ésta es la clase de evangelio que promueve la santificación y la idoneidad para la gloria. No hay nada que nos prepare mejor para ese cielo que gozar de comunión con Cristo como una Persona real y viviente aquí en la tierra. Si gozamos de esa comunión desde ahora, estaremos preparados para estar donde la presencia personal de Cristo lo será todo y en esa gloria donde veremos a Cristo cara a cara. Hay una diferencia fundamental entre una idea y una persona.

Además, procure recordar siempre como una verdad permanente que el Señor Jesús no cambia.

El Salvador en quien usted confía es el mismo ayer, hoy y por los siglos. En él “no hay mudanza, ni sombra de variación” (Stg. 1:17). Aunque está sentado a la diestra de Dios en las alturas, tiene el mismo corazón que tenía hace casi 2000 años aquí en la tierra. Recuerde esto y andará bien.

Trace todos los viajes de Jesús por Palestina. Tome nota de cómo recibía a todos y no rechazaba a nadie. Subraye cómo él prestaba oído a todas las historias de dolor, extendía una mano para ayudar a todos los angustiados y cómo su corazón se conmovía ante todo el que necesitaba compasión. Dibuje un cuadro de este Jesús en su mente y dígase: “Este mismo Jesús es mi Señor y Salvador. El lugar y el tiempo no lo han cambiado en absolutamente nada. Lo que era, hoy es, y lo será siempre”. Quiera Dios que este pensamiento dé vida y realidad a la práctica cotidiana de su fe.

Quiera Dios que este pensamiento dé sustancia y forma a su expectativa de lo bueno por venir. Quiera el Señor que el hecho de haber leído acerca de Aquel que anduvo treinta y tres años sobre la tierra y cuya vida es relatada en los Evangelios, provoque en usted una gozosa reflexión. Él es el mismo Salvador en cuya presencia pasaremos la eternidad.

Las últimas palabras de este capítulo serán igual que las primeras. Quiero que las personas lean los Evangelios más de lo que lo hacen. Quiero que sepan más de Cristo. Quiero que el inconverso conozca a Jesús para que, por él, tenga vida eterna. Quiero que los creyentes conozcan mejor a Jesús para que sean más felices, más santos y más dignos de recibir la herencia de los santos. El más santo

de los hombres es el que puede decir con Pablo: “Para mí el vivir es Cristo” (Fil. 1:21).

15. “¿Me amas?”

“¿Me amas?”. Juan 21:16

Cristo dirigió al apóstol Pedro, la pregunta que encabeza este capítulo. No existe una más importante. Han pasado más de diecinueve siglos desde que Jesús dijo estas palabras. Pero hasta la fecha la pregunta sigue siendo muy inquietante y provechosa.

La disposición de amar a alguien es uno de los sentimientos más comunes que Dios ha implantado en la naturaleza humana. Lamentablemente y con demasiada frecuencia, la gente consagra su amor a objetos que no lo merecen. Quiero ahora reclamar un lugar para él, el único que es digno de todos los mejores sentimientos de nuestro corazón. Quiero que todos le den parte de su amor a la Persona Divina que nos amó y se dio por nosotros. Entre todo lo que aman, les pido que no se olviden de amar a Cristo.

Quiero que cada uno de mis lectores enfoque su atención en este tema tan portentoso. Este no es un tema sólo para los exaltados y fanáticos. Merece la consideración de cada creyente que cree la Biblia. Nuestra salvación misma depende de ello. La vida o la muerte, el cielo o el infierno dependen de nuestra aptitud de contestar una sencilla pregunta: “¿Ama usted a Cristo?”.

Quiero destacar dos puntos al iniciar este tema.

I. El cristiano auténtico ama a Cristo

En primer lugar, quiero mostrarle el sentimiento singular hacia Cristo del cristiano auténtico: Lo ama.

Cristiano auténtico no es simplemente una mujer o un hombre bautizado. Es más. No es la persona que asiste, por costumbre, a la iglesia los domingos y vive el resto de la semana como si Dios no existiera. Costumbre no es cristianismo, adoración solamente de labios no es cristianismo. Las Escrituras lo afirman expresamente: “No todos los que descienden de Israel son israelitas” (Ro. 9:6). La lección práctica de esas palabras es clara y sencilla. No todo el que es miembro de la iglesia visible de Cristo es, necesariamente, un cristiano auténtico.

Cristiano auténtico es aquel cuya fe en Cristo es de corazón y es su vida. La siente en su corazón. Es vista por los demás en su conducta y su vida. Siente que es pecaminoso, culpable e indigno. Y se arrepiente. Considera a Jesucristo un Salvador divino que su alma necesita y se entrega a él. Se despoja del viejo hombre con sus hábitos corruptos y carnales y se viste del nuevo hombre. Vive una vida

nueva y santa, luchando habitualmente contra el mundo, la carne y el diablo. Cristo mismo es la piedra angular de su fe en Cristo. Pregúntele en qué confía para perdón de sus muchos pecados y le dirá que en la muerte de Cristo. Pregúntele en qué justicia espera ser declarado inocente el Día del Juicio y le dirá que en la justicia de Cristo. Pregúntele siguiendo qué ejemplo trata de vivir su vida y le dirá que siguiendo el ejemplo de Cristo.

Además de todo esto, hay una característica más que es singular del cristiano auténtico. Esa característica es que ama a Cristo. Conocimiento, fe, esperanza, reverencia y obediencia son todas características que distinguen al cristiano auténtico. Pero la descripción de él es imperfecta si omitimos su “amor” por su divino Maestro. No sólo conoce, confía y obedece. Va más allá: Ama.

Esta característica singular del cristiano auténtico se menciona varias veces en la Biblia. “Fe en el Señor Jesucristo”, es una expresión con la cual muchos cristianos están familiarizados. Nunca olvidemos que el amor es mencionado por el Espíritu Santo en términos casi tan fuertes como la fe. Grande es el peligro del que “no cree”; pero el peligro del que “no ama” es igualmente grande. No creer y no amar son pasos hacia la perdición eterna.

Vea lo que les dice Pablo a los corintios: “El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema. El Señor viene” (1 Co. 16:22). Pablo no ofrece ninguna vía de escape al que no ama a Cristo. No le deja ninguna excusa o escapatoria. Uno puede carecer de conocimiento intelectual y, no obstante, ser salvo. Puede caer tremendamente, como David y, no obstante, volver a levantarse. Pero si no ama a Cristo, no anda en el camino de la vida. Sigue siendo objeto de maldición. Anda en el camino ancho que lleva a la perdición. Vea lo que Pablo le dice a los efesios: “La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable” (Ef. 6:24). Aquí, Pablo está enviando sus saludos y declarando su simpatía por todos los cristianos auténticos. A muchos de ellos, indudablemente, nunca los había visto. Muchos en la iglesia primitiva eran débiles en la fe, en conocimiento y fallaban en negarse a sí mismos. ¿Cómo, entonces, podía describirlos al enviarles su mensaje? ¿Qué palabras podía usar para no desanimar a los hermanos débiles? San Pablo escoge una expresión genérica que describe con exactitud a todos los cristianos auténticos. No todos habían alcanzado la misma madurez ni en la doctrina ni en la práctica. Pero todos amaban a Cristo con sinceridad.

Vea lo que nuestro Jesucristo mismo les dice a los judíos: “Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais” (Jn. 8:42). Vio a sus errados enemigos satisfechos con su condición espiritual por el hecho de ser todos descendientes de Abraham. Los vio, como sucede con muchos cristianos ignorantes de nuestra época, que se creen hijos de Dios nada más por haber sido circuncidados y pertenecer a la iglesia judía. Se establece el amplio principio de que nadie es hijo de Dios si no ama al hijo unigénito de Dios. Nadie que no ama a Cristo tiene el derecho de llamar “Padre” a Dios. Bueno sería si muchos cristianos recordaran que este principio portentoso se aplica a ellos tal como se aplica a los judíos. ¡Sin amor a Cristo nadie se puede llamar hijo de Dios!

Vea una vez más lo que nuestro Señor Jesucristo le preguntó al apóstol Pedro, después de haber resucitado: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?” (Jn. 21:15-17). La ocasión es digna de notar. Quiso recordar gentilmente a su discípulo infiel sus tres caídas consecutivas. Quería que confesara nuevamente su fe antes de restaurarlo y volver a comisionarlo públicamente para que alimentara a su Iglesia. ¿Y cuál fue la pregunta que le hizo? Podría haber preguntado: “¿Crees? ¿Eres convertido? ¿Estás listo para confesarme? ¿Me obedecerás?”. No usó ninguna de estas expresiones. Preguntó sencillamente: “¿Me amas?”. Éste es el quid de la cuestión. Su deseo es que sepamos en qué se basa la fe cristiana. Es tan claro y fácil de entender, aun por el menos letrado, y, a la vez, contiene una realidad que pone a prueba hasta al apóstol más erudito. Si alguien ama realmente a Cristo, todo está bien, si no lo ama, todo está mal.

¿Desea conocer el secreto de este sentimiento singular hacia Cristo que distingue al cristiano auténtico? Lo tenemos en estas palabras de Juan: “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Jn. 4:19). Ese texto se aplica a Dios el Padre, en especial. Pero no es menos cierto de Dios el Hijo.

El cristiano auténtico ama a Cristo por todo lo que ha hecho por él. Sufrió por él y murió por él en la cruz. Con su sangre lo ha redimido de la culpa, el poder y las consecuencias del pecado. Lo ha llamado por medio de su Espíritu a conocerse a sí mismo, al arrepentimiento, a la fe, esperanza y santidad. Le ha perdonado y borrado sus muchos pecados. Lo ha librado de la esclavitud del pecado, la carne y el diablo. Lo ha rescatado del borde del infierno, lo ha puesto en el camino angosto y rumbo al cielo. Le ha dado luz donde había oscuridad, paz a su conciencia donde había intranquilidad, esperanza donde había incertidumbre y vida donde había muerte. ¿Puede asombrarnos que el cristiano auténtico ame a Cristo?

Y lo ama además, por todo lo que sigue haciendo. Siente que todos los días le está limpiando sus muchas faltas y flaquezas, y defendiendo la causa de su alma ante Dios. Satisface todos los días las necesidades de su alma y le brinda una provisión constante de misericordia y gracia. Día tras día lo va conduciendo por medio de su Espíritu hacia la ciudad que será su morada, cargándolo cuando es débil e ignorante, levantándolo cuando tropieza y cae, protegiéndolo contra sus muchos enemigos y preparándole un hogar eterno en el cielo. ¿Puede asombrarnos que el cristiano auténtico ame a Cristo?

¿Acaso no ama el deudor encarcelado al amigo que, sorpresivamente y sin merecerlo, paga todas sus deudas, le da nuevo capital y lo hace su socio? ¿Y no ama el prisionero de guerra al hombre que arriesga su propia vida y, entrando en las líneas enemigas, lo rescata y lo pone en libertad? ¿No ama el marinero que se está ahogando al hombre que se tira al mar, se zambulle para tomarlo del cabello y con un esfuerzo casi sobrehumano lo salva de morir ahogado? Hasta un niño puede contestar preguntas como éstas. De la misma manera y, por las mismas premisas, el cristiano auténtico ama a Jesucristo.

(a) Este amor a Cristo es el compañero inseparable de la fe salvadora. Es posible tener fe como la de los demonios, una fe sólo intelectual. El amor no puede usurpar el lugar de la fe. No puede justificar. No une el alma a Cristo. No puede dar paz a la conciencia. Pero donde hay una fe real en Cristo que justifica, siempre hay amor a Cristo. La persona que realmente ama es la persona que ha sido perdonada (Lc. 7:47). Si uno no ama a Cristo, puede estar seguro de que tampoco tiene fe.

(b) Amar a Cristo es el móvil de la obra para Cristo. Poco se hace por su causa en el mundo por obligación o por saber lo que es correcto y adecuado. El corazón tiene que interesarse antes de que las manos comiencen a moverse y lo sigan haciendo. El entusiasmo puede causar un movimiento frenético y espasmódico de las manos. Pero sin amor, no habrá un seguimiento continuo y paciente de su obra misionera aquí y por todo el mundo. La enfermera en el hospital puede cumplir bien sus obligaciones, le puede dar al enfermo sus medicamentos a la hora que tiene que hacerlo, darle de comer y atender todas sus necesidades. Pero hay una gran diferencia entre esa enfermera y la esposa cuidando a su amado esposo que está enfermo o una madre cuidando a su hijo en su lecho de muerte. La primera actúa porque ese es su deber, la otra hace lo que hace por lo que siente en su corazón. Lo mismo sucede en el servicio de Cristo. Los grandes obreros de la iglesia, los hombres que han dirigido empresas arriesgadas entrando a nuevos campos de labor y los han revolucionado con el evangelio, han sido hombres que amaban a Cristo.

Examinemos el carácter de Owen y Baxter, de Rutherford y George Herbert, de Leighton y Hervey, de Whitefield y Wesley, de Henry Martyn y Judson, de Bickersteth y Simeon, de Hewitson y M'Cheyne, de Stowell y M'Neile. Estos hombres han dejado una huella sobre el mundo. ¿Y cuál es la característica que tenían en común? Todos amaban a Cristo. No sólo tenían un credo. Amaban a una persona, amaban al Señor Jesucristo.

(c) El amor a Cristo es una enseñanza que debemos enfatizar de manera especial cuando enseñamos el evangelio a los niños. La elección, la justicia imputada, el pecado original y, aun, la fe misma son temas que, a veces, confunden al niño pequeño. En cambio, amar a Jesús parece ser algo que pueden comprender. Los amó hasta la muerte y ellos debieran devolver su amor; es una enseñanza que sus mentes pueden captar. ¡Cuán cierto es que “de la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza”! (Mt. 21:16) Hay una infinidad de cristianos que saben todos los artículos del Credo Apostólico, el Credo de San Atanasio y el Credo Niceno, pero no obstante, saben menos del verdadero cristianismo que un pequeñito, que sólo sabe que ama a Cristo.

(d) El amor a Cristo es el común denominador de los creyentes en cada rama de la Iglesia de Cristo en el mundo. Ya sea episcopal o presbiteriano, bautista o independiente, calvinista o arminiano, metodista o moravo, luterano o reformado, establecido o libre, todos coinciden en esto. Con frecuencia, tienen amplias diferencias en cuanto a procedimientos y ceremonias, gobierno eclesiástico y modalidades del culto. Pero al menos, están unidos en un punto. Todos comparten

el sentimiento hacia Aquel sobre quien edifican su esperanza de salvación: “La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable” (Ef. 6:24). Es posible que muchos de ellos no sepan nada de su teología sistemática y, débilmente, podrían defender su credo. Pero todos saben lo que sienten hacia Aquel que murió por sus pecados. “No puedo hablar mucho por Cristo, señor”, dijo una anciana cristiana iletrada al Dr. Chalmers, “¡pero aunque no sé cómo hablar por él, puedo morir por él!”.

(e) El amor a Cristo será la característica que distinguirá a todas las almas salvas en el cielo. La multitud imposible de contar será de un sentir. Todas las diferencias se fundirán en un solo sentir. Todas las peculiaridades doctrinales discutidas fieramente en la tierra, serán cubiertas por el sentimiento de ser deudores de Cristo. Lutero y Zwinglio ya no discutirán. Wesley y Toplady ya no perderán el tiempo en controversias. Conservadores y Disidentes ya no se morderán y devorarán los unos a los otros. Todos con un mismo sentir y a una voz se unirán en cantar este himno de alabanza: “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos” (Ap. 1:5, 6).

Las palabras que John Bunyan pone en boca del Sr. Firme son ciertas.

Dijo: “Este río ha sido un terror para muchos; sí, y pensar en él con frecuencia también me ha causado temor. Pero ahora creo que estoy firme; mis pies están seguros sobre lo que pisaron los pies de los sacerdotes que llevaron el Arca del pacto mientras Israel cruzaba este Jordán. Las aguas, ciertamente, son amargas para el paladar y frías para el estómago; sin embargo, pensar en hacia dónde voy y lo que me espera al otro lado, está como un carbón resplandeciente en mi corazón.

Ahora me veo al final de mi viaje y mis días trabajosos han terminado. Voy a ver esa cabeza que estuvo coronada de espinas y ese rostro que recibió escupitajos por mí.

Antes vivía de oídas y por fe, pero ahora voy donde viviré por vista y estaré con Aquel en cuya compañía me deleito.

He amado el oír hablar de mi Señor y dondequiera que he visto la huella de su calzado en la tierra, allí he deseado poner también mi pie.

Su nombre ha sido para mí como un almizcle; sí, más dulce que todos los perfumes. Su voz ha sido para mí lo más dulce y su aspecto he deseado más que quienes han deseado más la luz del sol”.

¡Felices son los que saben algo de esto por experiencia! El que quiere estar preparado para el cielo tiene que conocer algo del amor de Cristo. El que muere sin haber sentido ese amor, mejor habría sido que no hubiera nacido.

II. Cómo se revela el amor a Cristo

En segundo lugar, quiero mostrar las características singulares por las que el amor a Cristo se da a conocer.

El tema es de gran importancia. Si no hay salvación sin amor a Cristo y si el que no ama a Cristo está en peligro de la condenación eterna, nos conviene analizar lo que sabemos de esto. Cristo está en el cielo y nosotros en la tierra. ¿Cómo podemos reconocer a la persona que nos ama y amamos?

Felizmente es algo fácil de determinar. ¿Cómo sabemos si amamos a alguien aquí en la tierra? ¿De qué manera se demuestra el amor entre la gente en este mundo: Entre esposo y esposa, entre padre e hijo, entre hermano y hermana, entre un amigo y otro? Estas preguntas son fáciles de contestar con sentido común y observación. Al contestar sinceramente estas preguntas, el nudo que tenemos delante se desata. ¿Cómo demostramos afecto entre nosotros?

(a) Si amamos a una persona nos gusta pensar en ella. No necesitamos que alguien nos la recuerde. No olvidamos su nombre, su aspecto, su carácter, sus opiniones, sus gustos, su posición ni su ocupación. Nos viene a la mente varias veces al día. Aunque quizá esté lejos, a menudo está presente en nuestros pensamientos. Pues bien, ¡sucede lo mismo con el cristiano auténtico y Cristo! Cristo “habita en su corazón” y, por esto, piensa en él cada día (Ef. 3:17). No es necesario recordarle al cristiano auténtico que tiene un Señor que fue crucificado. Piensa en él con frecuencia. Nunca olvida que Jesús tiene un día, una causa y un pueblo, y que él forma parte de su pueblo. El afecto es el verdadero secreto de una buena memoria en nuestro vivir cristiano. El hombre mundano no puede pensar mucho en Cristo, a menos que alguien se lo haga notar, porque no siente ningún afecto por él. El cristiano auténtico piensa en Cristo cada día de su vida sencillamente porque lo ama.

(b) Si amamos a una persona nos gusta oír que nos hablen de ella. Nos da alegría escuchar a los que hablan de ella. Tenemos interés en lo que otros comentan de ella. Somos todo oídos cuando otros describen su manera de ser, lo que dice, lo que hace y lo que planea. Algunos pueden oírlo mencionar con total indiferencia, pero nuestro propio corazón salta dentro de nosotros con el simple sonido de su nombre. Pues bien, ¡sucede lo mismo entre el cristiano auténtico y Cristo! Al cristiano auténtico le encanta oír acerca de su Señor. Sus sermones favoritos son los que están llenos de Cristo. Disfruta de la compañía de la gente que conversa de las cosas de Cristo. He leído de una anciana galesa creyente que caminaba varias millas todos los domingos para escuchar la predicación de un pastor británico, aunque no entendía una palabra de inglés. Cuando le preguntaron por qué lo hacía respondió que este pastor decía el nombre de Cristo con tanta frecuencia en sus sermones que a ella le hacían bien. Incluso, amaba el nombre de su Salvador.

(c) Si amamos a una persona nos gusta leer acerca de ella. ¡Qué placer le da a una mujer una carta de su esposo ausente o a una madre la de un hijo que está lejos! Otros pueden verle muy poco valor a la carta. Ni siquiera les interesa leerla. Pero los que aman al escritor, ven algo en la carta que nadie más puede ver. La llevan

consigo como un tesoro. La leen una y otra vez. Pues bien, ¡sucede lo mismo entre el cristiano auténtico y Cristo! Al cristiano auténtico le encanta leer las Escrituras porque le relatan acerca de su amado Salvador. No le resulta tedioso, leerlas. Rara vez hay que recordarle que lleve la Biblia cuando va de viaje. No puede ser feliz sin ella. ¿Y por qué es todo esto así? Es porque las Escrituras testifican de aquel que ama su alma: Cristo.

(d) Si amamos a una persona, nos gusta complacerle. Nos gusta consultar sus gustos y opiniones, seguir sus consejos y hacer las cosas que ella aprueba. Hasta nos privamos de nuestros propios gustos para complacer sus deseos, nos abstenemos de cosas que sabemos que a ella le disgustan y aprendemos a hacer cosas que nos son difíciles porque pensamos que le van a gustar. Pues bien, ¡sucede lo mismo entre el cristiano auténtico y Cristo! El cristiano auténtico estudia para complacerle, siendo santo en el cuerpo y en el espíritu. Muéstrole algo en su comportamiento diario que Cristo aborrece y renunciará a ello. Muéstrole algo que lo deleita y buscará la manera de hacerlo. No comenta que los requisitos de Cristo sean demasiado estrictos y severos, como lo hacen los hijos del mundo. Para él, los mandatos de Cristo no son gravosos y la carga de Cristo es liviana. ¿Y por qué es todo esto así? Sencillamente porque lo ama.

(e) Si amamos a una persona, nos gustan sus amigos. Nos gustan, aun antes de conocerlos. Nos atraen porque compartimos el amor por la misma persona. Cuando los conocemos no nos resultan totalmente extraños. Hay algo que nos une. Ellos aman a la persona que nosotros amamos y eso es suficiente recomendación. Pues bien, ¡sucede lo mismo entre el cristiano auténtico y Cristo! El cristiano auténtico considera a todos los amigos de Cristo como sus propios amigos, miembros del mismo cuerpo, hijos de la misma familia, soldados del mismo ejército, viajeros a la misma patria celestial. Cuando los ve por primera vez, es como si siempre los hubiera conocido. Está más a gusto con ellos durante unos minutos que lo que está con mucha gente mundana, después de conocerla durante varios años. ¿Y cuál es el secreto de todo esto? Es, sencillamente, el afecto que sienten por el mismo Salvador y el amor que tienen por el mismo Señor.

(f) Si amamos a una persona, somos celosos de su nombre y honra. No nos gusta oír que digan algo en su contra sin abrir la boca para defenderla. Nos sentimos comprometidos a defender sus intereses y su reputación. Reaccionamos al que la trata mal, casi con el mismo disgusto como si nos hubiera tratado mal a nosotros. Lo mismo sucede entre el cristiano auténtico y Cristo. El verdadero cristiano reacciona con un celo santo a todos los esfuerzos de los demás por menospreciar la palabra de su Señor, su nombre, su Iglesia o su día. Lo confesaría delante de príncipes, si fuera necesario, y es sensible a la más pequeña deshonra dirigida a él. No se queda callado ni soporta que se denigre la causa de su Señor sin levantar la voz para testificar a su favor. ¿Y por qué es todo esto así? Sencillamente porque lo ama.

(g) Si amamos a una persona, nos gusta hablar con ella. Le confiamos todos nuestros pensamientos y le abrimos nuestro corazón. No nos cuesta trabajo

encontrar temas de conversación. Por más reservados que seamos con los demás, nos resulta fácil hablar con un amigo que queremos mucho. No importa la frecuencia con que nos encontremos, nunca nos falta tema para hablar. Siempre tenemos mucho que decir, mucho que preguntar, mucho que describir y mucho que comunicar. Pues bien, ¡lo mismo sucede entre el cristiano auténtico y Cristo! Al cristiano auténtico no le resulta nada difícil hablarle a su Salvador. Todos los días tiene algo para contarle y no está contento, a menos que lo haga. Habla con él en oración cada mañana y cada noche. Le cuenta sus necesidades y sus deseos, sus sentimientos y sus temores. Le pide consejo en las dificultades. Le pide consuelo cuando tiene aflicciones. No puede evitarlo. Tiene que conversar con su Salvador continuamente, de otra manera, desmayaría en el camino. ¿Y por qué es esto? Sencillamente porque lo ama.

(h) Por último, si amamos a una persona, nos gusta estar siempre con ella. Pensar en ella, escucharle, leer lo que nos escribe y conversar con ella es todo muy bueno. Pero cuando realmente amamos a alguien queremos algo más. Ansiamos estar siempre en su compañía. Deseamos estar continuamente con ella sin tener nunca que decirle adiós. Pues bien, ¡lo mismo sucede entre el cristiano auténtico y Cristo! El corazón del cristiano auténtico anhela aquel día cuando verá a su Señor cara a cara y para siempre. Anhela comenzar aquella vida sin fin cuando conocerá como es conocido y nunca más tendrá que ver con el pecado y el arrepentimiento. Le es dulce vivir por fe y siente que será más dulce, aun, vivir por vista. Le es placentero oír acerca de Cristo, hablar de Cristo y leer de Cristo. ¡Cuánto más placentero será ver a Cristo con sus propios ojos y nunca dejar de verlo! Siente que “más vale vista de ojos que deseo que pasa” (Ec. 6:9). ¿Y por qué es todo esto? Sencillamente porque lo ama.

Tales son las características por las que podemos descubrir el verdadero amor. Todas son claras, sencillas y fáciles de comprender. No hay en ellas nada oscuro, nada complejo ni misterioso. Úselas con sinceridad, manéjelas apropiadamente y podrá comprender bien el tema de este capítulo.

Quizá ha tenido un hijo querido en el ejército en tiempo de guerra. Quizá le tocó pelear en esa guerra y estar en el fragor de las batallas. ¿Recuerda cuán fuertes y llenos de ansiedad fueron sus sentimientos hacia ese hijo? ¡Eso era amor!

Quizá sabe lo que es tener a un esposo amado en la marina que, a menudo, tiene que ausentarse por muchos meses y, aun, años. ¿Recuerda con qué intensidad lo extrañaba durante ese tiempo de separación? ¡Eso era amor!

Quizá tenga en este momento a un hermano querido en Londres, por primera vez en medio de las tentaciones de la gran ciudad, con el fin de abrirse camino en el mundo de los negocios. ¿Cómo resultará? ¿Qué tal le irá? ¿Volverá a verlo alguna vez? ¿Ve con cuánta frecuencia piensa en su hermano? ¡Eso es afecto!

Quizá está usted comprometido con una persona con quien congenia. Pero por prudencia aplaza el matrimonio por tiempo indefinido y su trabajo lo lleva lejos de

su prometida. ¿No es cierto que ella está siempre en sus pensamientos? ¿No es cierto que le hace feliz saber de ella, recibir sus noticias y que anhela verla? ¡Eso es afecto!

Hablo de cosas que les son familiares a todos. No tengo que seguir hablando de ellas. Son cosas que todos conocen. En todo el mundo las entienden. No hay ninguna rama de la familia de Adán que no sepa algo del afecto y del amor entre las personas. Entonces, nunca se diga que no podemos saber si un cristiano ama realmente a Cristo. Se puede saber, se puede descubrir, las directrices ya están en sus manos. Las acaba de leer. Amar al Señor Jesucristo no es algo escondido, secreto e impalpable. Es como el sonido, se oye. Es como el calor, se siente. Donde hay amor, el amor no puede ser escondido. Donde no se puede ver, dé por seguro que no existe.

Ha llegado el momento de ir terminando este capítulo. Pero no puedo hacerlo sin antes hacer un esfuerzo por grabar en su conciencia el tema que estamos enfocando. Lo hago con amor y afecto. Mi anhelo y oración a Dios, al escribir esto, es hacerle un bien a su alma.

(a) Para empezar, le pido una cosa: Que reflexione en la pregunta que Cristo le hizo a Pedro y trate de contestarla pensando que va dirigida a usted. Léala y recapacite. Examínela con cuidado. Contéstela con veracidad. Después de haber leído todo lo que he escrito sobre ella, ¿puede decir sinceramente que ama a Cristo?

Responderme que cree las verdades del cristianismo y las doctrinas de la fe cristiana, no es una respuesta aceptable. Semejante fe nunca salvará su alma. En cierto modo, los demonios creen y tiemblan (Stg. 2:19). El cristianismo auténtico salvador no se trata de creer cierto conjunto de opiniones, ni de profesar una serie de nociones. Su esencia es conocer, confiar y amar a cierta Persona viviente que murió por nosotros: Amar a Cristo el Señor. Los cristianos primitivos como Febe, Pérsida, Trifosa, Gayo y Filemón, poco o nada sabían de teología dogmática. Pero todos compartían esta característica primordial: Amaban a Cristo.

No es una respuesta aceptable decirme que usted no aprueba una religión basada en sentimientos. Si quiere dar a entender que no le gusta la religión basada exclusivamente en los sentimientos, coincido totalmente con usted. Pero si se está refiriendo a una que descarta todo sentimiento, poco sabe del cristianismo.

La Biblia nos enseña claramente que alguien puede tener buenos sentimientos, sin tener nada de cristiano. De igual modo, nos enseña que nadie puede ser un verdadero cristiano, si no siente algo por Cristo.

Es en vano tratar de ocultar que si no ama a Cristo, su alma corre mucho peligro. La suya no es una fe salvadora mientras vive. No es usted apto para el cielo si muere. Aquel que vive sin amar a Cristo no puede ser sensible a ninguna obligación hacia él. El que muere sin amar a Cristo nunca podría ser feliz en ese cielo donde

Cristo es todo en todo. Despierte ahora y comprenda el peligro de su posición. Abra los ojos. Considere sus caminos y sea sabio. Puedo advertirle sólo como un amigo. Pero lo hago de todo corazón y con toda mi alma. ¡Quiera Dios que esta advertencia no sea en vano!

(b) En segundo lugar, si no ama a Cristo, le diré directamente cuál es la razón. Usted no tiene conciencia de que le debe algo a él. No siente ninguna obligación hacia él. No recuerda haber recibido nada de él. Si éste es el caso, es lógico que no lo ama.

Existe un solo remedio para su condición. Ese remedio es conocerse a sí mismo y la enseñanza del Espíritu Santo. Los ojos de su entendimiento tienen que abrirse. Tiene que analizar quién es por naturaleza. Tiene que descubrir ese gran secreto, su culpabilidad y vaciedad a la vista de Dios.

Quizá usted nunca lee su Biblia u, ocasionalmente, lee algún capítulo simplemente como un formulismo, sin interés, sin comprender y sin hacer una aplicación práctica a su vida. Siga hoy mi consejo y cambie su manera de ser. Comience a leer la Biblia reflexivamente y no descanse hasta familiarizarse con ella. Lea lo que la ley de Dios requiere, tal como lo explica el Señor Jesús en el capítulo cinco de Mateo. Lea cómo Pablo describe a la naturaleza humana en los dos primeros capítulos de su Epístola a los Romanos. Estudie pasajes como estos con espíritu de oración para recibir la enseñanza del Espíritu y luego diga si es un deudor a Dios o no. Pregúntese si es un gran deudor que necesita un Amigo como Cristo.

Quizá nunca ha sabido usted nada de la oración real y profunda. Está acostumbrado a tratar el cristianismo como asunto de las iglesias, congregaciones, prácticas, cultos y domingos, pero no como algo que requiere la atención seria y sentida del hombre interior. Siga hoy mi consejo y cambie su manera de pensar. Comience el hábito de rogar a Dios por su alma con sinceridad y de todo corazón. Pídale que le dé luz, enseñanza y autoconocimiento. Suplíquele que le muestre lo que necesita saber para la salvación de su alma. Haga esto con todo su corazón y su alma, y no dudo que pronto sentirá que necesita a Cristo.

El consejo que le doy puede parecer simple y trillado. No lo rechace por esa razón. Es el sendero antiguo que millones han transitado ya y, felizmente, han encontrado paz para sus almas. No amar a Cristo es estar en peligro inminente de ruina eterna. Ver que necesita a Cristo y la asombrosa deuda que tiene con él es el primer paso para amarlo. Conocerse a sí mismo y comprender su verdadera condición ante Dios es la única manera de ver su necesidad. Escudriñar el Libro de Dios y pedirle luz en oración es el rumbo correcto para obtener un conocimiento salvador. No se crea demasiado superior, negándose a seguir el consejo que le doy. Sígalo y sea salvo.

(c) En último lugar, si quiere aprender algo acerca de amar a Cristo, acepte dos palabras de consolación y consejo. Quiera Dios que le hagan bien.

Para empezar, si ama a Cristo, de hecho y en verdad, regocíjese pensando que tiene una buena evidencia con respecto al estado de su alma. El amor es una

evidencia de la gracia. ¿Qué, si alguna vez siente dudas? ¿Qué, si le resulta difícil decir si su fe es genuina y su gracia auténtica? ¿Qué, si su vista está tan borrosa por las lágrimas que no puede distinguir claramente su llamado y elección de Dios? Aun así, hay razón para tener esperanza y fuerte consolación si su corazón puede testificar que ama a Cristo. Donde hay verdadero amor, hay fe y gracia. No lo amaría usted si él no hubiera hecho algo por usted. Su amor es una muestra positiva.

En segundo lugar, si ama a Cristo no se avergüence de que los demás lo vean y lo sepan. Hable en nombre de él. Testifique de él. Viva para él. Trabaje para él. Si él lo ha amado y limpiado de los pecados con su propia sangre, no se mantenga callado acerca de lo que siente, y devuelva su amor. “Dígame”, le dijo un inglés insensato e incrédulo a un indio norteamericano convertido: “Dígame, ¿por qué le da tanto importancia a Cristo y por qué habla tanto de él? ¿Qué ha hecho este Cristo por usted para que lo alabe tanto?”. El indio no le respondió con palabras. Juntó hojas y musgos secos y formó un círculo con ellos. Luego tomó un gusano y lo puso en el centro del círculo. Encendió un fósforo y prendió fuego a las hojas y el musgo. Pronto las llamas corrieron por todo el círculo y el gusano empezó a encogerse y retorcerse de dolor y, después de tratar en vano de encontrar una salida, se hizo un ovillo en el centro, como en agonía. En ese momento, el indio extendió la mano, levantó suavemente al gusano y lo puso en su regazo. “¿Ve este gusano?”, le preguntó al inglés y siguió diciendo: “Yo era esa criatura a punto de perecer. Me estaba muriendo en mis pecados, sin esperanza, indefenso y al borde de un fuego eterno. Jesucristo fue quien extendió su brazo poderoso. Jesucristo fue quien me liberó con la mano de su gracia e impidió que ardiera en un fuego eterno. Jesucristo fue quien me guardó a mí, un pobre gusano pecador, cerca del corazón de su amor. Así que, señor, esa es la razón que tengo para hablar de Jesucristo y alabarle tanto. No me avergüenzo de él porque lo amo”.

Si hemos de saber algo del amor de Cristo, ¿sepamos lo que sabía este indio! ¡Dios quiera que nunca pensemos que amamos a Cristo demasiado, que vivimos para él demasiado, que lo confesamos con demasiada valentía ni que nos entregamos a él con demasiada consagración! De todas las cosas que nos sorprenderán en el día de la resurrección, creo que lo que más nos sorprenderá es que no amamos más a Cristo antes de morir.

17. Sed satisfecha

“En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva”. Juan 7:37-38

El texto que encabeza este capítulo contiene uno de esos aforismos de Cristo que merecen ser impresos en letras de oro. Todas las estrellas en el cielo son brillantes y bellas, pero aun un niño puede ver que una estrella es más resplandeciente que otra. “Toda la Escritura es inspirada por Dios” (2 Ti. 3:16), pero frío e insensible es

el corazón que no siente que algunos pasajes tienen una riqueza y plenitud única. Éste es uno de esos pasajes.

A fin de poder captar toda su fuerza y hermosura hemos de recordar el lugar, el día y la ocasión a que se refiere el pasaje.

El lugar era Jerusalén, la metrópolis del judaísmo y bastión de sacerdotes y escribas, de fariseos y saduceos. La ocasión era la Fiesta de los Tabernáculos, una de las grandes fiestas anuales del judaísmo. Si podía, todo buen judío, subía al templo de acuerdo con la ley para participar de esta fiesta. El día era “el último... de la fiesta” cuando iban terminando todas las ceremonias, cuando según la tradición, se había sacado agua del estanque de Siloé para echarla solemnemente sobre el altar y lo único que quedaba por hacer era que los adoradores regresaran a sus casas.

En este momento crítico, nuestro Señor Jesucristo se “puso de pie” en un lugar prominente y habló a la multitud reunida. No dudo que leía sus corazones. Los veía retirarse con conciencias afligidas y mentes insatisfechas, no habiendo aprendido nada de los fariseos y saduceos, sus maestros ciegos; sólo se llevaban el recuerdo de pomposas e insulsas ceremonias. Los vio, tuvo compasión de ellos y alzó su voz como un heraldo diciendo: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”. Dudo que esto sea lo único que dijo en esa memorable ocasión. Sospecho que fue el momento cumbre de su discurso. Pero ésta, me imagino, fue la primera frase que brotó de sus labios: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”. Si alguno quiere agua viva que satisface, venga a Mí.

Recuerdo a mis lectores que nunca antes ningún profeta ni apóstol, usó un lenguaje como éste. “Ven con nosotros”, le dijo Moisés a Hobab (Nm. 10:29), “Venid a las aguas”, dijo Isaías (Is. 55:1). “He aquí el Cordero de Dios”, dijo Juan el bautista (Jn. 1:29), “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo”, dijo Pablo (Hch. 16:31). Pero nadie ha dicho jamás: “Venid a Mí”, excepto Jesús de Nazaret. Este hecho es muy significativo. Cuando dijo: “Venid a mí”, sabía y sentía que era el Hijo eterno de Dios, el Mesías prometido, el Salvador del mundo.

Quiero enfocar la atención del lector en tres puntos que veo en esta expresión de nuestro Señor.

- I. Tenemos un caso supuesto: “Si alguno tiene sed”.
- II. Tenemos un remedio propuesto: “Venga a mí, y beba”.
- III. Tenemos una promesa ofrecida: “El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva”.

Cada uno de estos puntos se aplica a todo aquel en cuyas manos cae este escrito. Y de cada uno de ellos, tengo algo que exponer.

I. El problema

En primer lugar tenemos un caso supuesto. Dice el Señor: “Si alguno tiene sed”.

La sed física es notoriamente la sensación más dolorosa que puede tener el hombre. Lea la historia de los que viven en la miseria en el pozo negro de Calcuta. Pregúntele a cualquiera que haya viajado por las llanuras del desierto bajo un sol tropical. Escuche lo que cualquier viejo soldado le diría acerca de la peor necesidad de los heridos en batalla. Recuerde la sed que sufren los tripulantes de barcos perdidos en el océano durante días en embarcaciones sin agua. Recuerde las tristes palabras del hombre rico de la parábola: “Envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama” (Lc. 16:24). El testimonio es invariable. No hay nada tan terrible y difícil como tener que aguantar la sed.

Pero si la sed física es tan dolorosa, ¡cuánto más lo es la sed del alma! El sufrimiento físico no es la peor parte del castigo eterno. Es poca cosa, aun en este mundo, comparado con el sufrimiento de la mente y el hombre interior. Conocer el valor de nuestras almas y enterarnos de que estamos en peligro de una ruina eterna, sentir la carga del pecado no perdonado, no saber a dónde recurrir para conseguir alivio, tener un conciencia enferma e intranquila y no saber cómo remediarlo; descubrir que nos estamos muriendo, muriendo cada día sin estar preparados para encontrarnos con Dios, ni tener un concepto claro de nuestra propia culpa e impiedad y, no obstante, no tener idea de una absolución, es el peor de los dolores. ¡Ese dolor se extiende por toda el alma y el espíritu y traspasa las coyunturas y la médula de los huesos! Ésta, sin duda, era la sed a la cual se está refiriendo el Señor. Es la sed de perdón, de absolución y de paz con Dios. Es la ansiedad de una conciencia realmente viva, anhelando satisfacción sin saber dónde encontrarla, caminando por lugares áridos y sin poder descansar.

Ésta es la sed que sentían los judíos cuando Pedro predicó el día de pentecostés. Está escrito que “se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?” (Hch. 2:37).

Ésta es la sed que sentía el carcelero de Filipo cuando despertó a la conciencia de su peligro espiritual y sintió el terremoto que hizo que se abrieran las puertas de la cárcel. Está escrito que “temblando, se postró a los pies de Pablo y de Silas; y sacándolos, les dijo: Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?” (Hch. 16:29, 30).

Ésta es la sed que muchos de los siervos más grandes de Dios parecían tener cuando la luz iluminaba sus mentes. Agustín buscando descanso entre herejes maniqueos sin encontrarlo. Lutero buscando la verdad entre los monjes del monasterio en Érfurt. John Bunyan agonizando en medio de dudas y conflictos en su casita en Elstow, George Whitefield gimiendo bajo las austeridades que él mismo se impuso por falta de una enseñanza clara, cuando estudiaba en la Universidad de Oxford, han dejado registrada su experiencia. Creo que todos ellos sabían lo que nuestro Señor quiso decir cuando habló de “sed”.

Y creo que no es demasiado decir que todos deberíamos saber algo de esta sed, aunque no tanto como Agustín, Lutero, Bunyan o Whitefield. Viviendo como vivimos en un mundo moribundo...

- sabiendo como sabemos, y lo admitimos, que hay un mundo después de la muerte, y que después de la muerte viene el Juicio,
- sintiendo como lo sentimos, aun en nuestros mejores momentos, que somos criaturas defectuosas, inestables, débiles y pobres, y no aptas para encontrarnos con Dios,
- conscientes en lo profundo de nuestro corazón que nuestro lugar en la eternidad depende del uso de nuestro tiempo...

Deberíamos sentir algo de “sed” por tener paz con el Dios viviente.

¡Pero, ay, nada prueba más contundentemente la naturaleza caída del hombre como la falta general y común de sed espiritual! La gran mayoría de las personas en este momento están sedientas de dinero, poder, placer, posición, honra y distinción. Perseguir esperanzas vanas, escarbar buscando oro, irrumpir en una peligrosa brecha, abrirse paso en el hielo para llegar al Polo Norte, son empresas para las cuales no faltan aventureros y voluntarios. ¡La competencia es intensa e incesante para alcanzar esas coronas corruptibles! En comparación, son pocos los que tienen sed de alcanzar la vida eterna. No asombra, entonces, que la Biblia llame al hombre natural “muerto”, “dormido”, ciego y sordo. No es de extrañar que diga que el hombre necesita un nuevo nacimiento y una nueva creación. No hay síntoma más seguro de la mortificación de la carne que la pérdida de todo sentimiento. No hay señal más dolorosa de un alma enferma que la ausencia total de sed espiritual. Ay del hombre de quien el Salvador puede decir: “Y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo” (Ap. 3:17).

Pero, ¿quién entre mis lectores siente la carga del pecado y ansía paz con Dios? ¿Quién realmente es sensible a la confesión en nuestro Libro de Oraciones cuando dice: “He errado y me he apartado como una oveja perdida, no hay nada sano en mí, soy un despreciable ofensor”? ¿Quién entre mis lectores participa de la Cena del Señor y puede decir sinceramente: “El recuerdo de mis pecados es doloroso, y su carga es intolerable”? Si es usted uno de estos últimos, usted es el hombre que debe dar gracias a Dios. Un sentido de pecado, culpa y pobreza del alma, es la primera piedra que coloca el Espíritu Santo cuando edifica un templo espiritual. Convence de pecado. La luz fue lo primero creado en el mundo material (Gn. 1:3). La luz en cuanto a nuestra propia condición es la primera obra en la nueva creación.

Alma sedienta, lo repito, usted es quien debiera dar gracias a Dios. El reino de Dios está cerca. No es cuando empezamos a sentirnos bien, sino cuando nos sentimos mal, que damos el primer paso hacia el cielo. ¿Quién le enseñó que estaba desnudo? ¿De dónde vino esa luz interior? ¿Quién le abrió los ojos y le hizo ver y sentir? Sepa este día que no fue ni la carne ni la sangre las que le han revelado estas cosas, sino nuestro Padre que está en los cielos. Las universidades pueden conferir títulos y las escuelas pueden impartir conocimiento de todos los misterios,

pero no pueden hacer que los hombres sientan su pecado. Percibir nuestra necesidad espiritual y sentir verdadera sed espiritual es el A-B-C de la fe salvadora.

Fue muy acertado lo que dijo Eliú en el libro de Job: “Él mira sobre los hombres; y al que dijere: Pequé, y pervertí lo recto, y no me ha aprovechado, Dios redimirá su alma para que no pase al sepulcro, Y su vida se verá en luz” (Job 33:27, 28). No se avergüence el que sabe algo de la “sed” espiritual. Por el contrario, levante la cabeza y comience a tener esperanza. Pídale a Dios que siga haciendo la obra que ha comenzado en usted y le haga sentir más sed.

II. El remedio

Paso ahora del caso supuesto al remedio propuesto. “Si alguno tiene sed”, dice nuestro bendito Señor Jesucristo, “venga a mí y beba”.

Hay una sencillez maravillosa en esta breve frase que es imposible admirar demasiado. No tiene ni una palabra cuyo significado literal no sea claro hasta para un niño. No obstante, sencillo como parece, tiene un rico significado espiritual. Como el diamante Kohinoor que usted puede llevar entre el pulgar y el índice, es de un valor incalculable.

Venir y beber soluciona el gran problema que todos los filósofos de Grecia y Roma no pudieron resolver: “¿Cómo puede el hombre tener paz con Dios?”. Guárdelo en su memoria junto con otras seis máximas de oro de nuestro Señor:

“Yo soy el pan de vida; el que a Mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en Mí cree, no tendrá sed jamás” (Jn. 6:35).

“Yo soy la luz del mundo; el que Me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn. 8:12).

“Yo soy la puerta; el que por Mí entrare, será salvo” (Jn. 10:9).

“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por Mí” (Jn. 14:6).

“Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mt. 11:28).

“Al que a Mí viene, no le echo fuera” (Jn. 6:37).

Agregue a estos seis textos el que hoy tiene delante de usted. Memorice los siete. Grábelos en su mente y nunca los olvide. Cuando sus pies toquen el frío río, la hora de su muerte, encontrará un valor incalculable en los versículos recién citados.

Porque, ¿cuál es la sustancia de estas sencillas palabras? Es ésta: Cristo es esa Fuente de agua viva que Dios, en su gracia, ha provisto para las almas sedientas. De él, como de la roca que golpeó Moisés, fluye una corriente abundante para todos los que peregrinan por el desierto de este mundo. En él, nuestro Redentor y Sustituto, crucificado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación, tenemos una provisión sin fin de todo lo que el hombre puede necesitar: Perdón, absolución, misericordia, gracia, paz, descanso, alivio, consuelo y esperanza.

Cristo compró esta provisión para nosotros pagándola con su propia sangre preciosa. Para abrir esta fuente maravillosa, sufrió por el pecado. El justo entre los injustos cargó nuestros pecados en su propio cuerpo en el madero. Fue hecho pecado por nosotros, a fin de que pudiéramos ser justicia de Dios en él (1 P. 2:24, 3:18; 2 Co. 5:21). Y ahora ha sido sellado y designado para ser el que da alivio a todos los trabajados y cargados y el Dador del agua viva para todos los sedientos. Su misión es recibir a los pecadores. Se complace en darles perdón, vida y paz. Y las palabras del texto son una invitación que hace a toda la humanidad: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”.

Advertencias y consejos

La eficacia de un remedio depende mayormente de la manera como se usa. La mejor receta del mejor médico es inútil si no seguimos las instrucciones que la acompañan. Preste atención a la palabra de exhortación, mientras le doy advertencias y consejos acerca de la Fuente de agua viva.

(a) El que tiene sed y quiere apagarla tiene que acudir a Cristo mismo. Él no se contentará con que asista a su iglesia y participe de sus ordenanzas o que se reúna con su pueblo para orar y alabarle.

No tiene que limitarse a participar de su Santa Cena ni quedarse satisfecho con abrirle privadamente su corazón a un pastor ordenado. ¡Oh, no! El que se contenta con solo beber estas aguas “volverá a tener sed” (Jn. 4:13). Debe ir más alto, hacer más, mucho más que esto. Tiene que tratar personalmente con Cristo mismo, todo el resto no vale nada sin él. El palacio del Rey, los siervos que le sirven, la sala de banquetes ricamente amoblada, el propio banquete, no son nada, a menos que hablemos con el Rey. Sólo su mano puede quitarnos la carga que llevamos a cuestas y hacernos sentir libres. La mano del hombre puede quitar la piedra del sepulcro y dejar que veamos al muerto, pero nadie más que Jesús puede decirle al muerto: “Ven fuera” (Jn. 11:41-43). Tenemos que comunicarnos directamente con Cristo.

(b) Además, el que tiene sed y quiere que Cristo le dé alivio tiene que acudir a él de hecho y en verdad. No basta desear, hablar, tener la intención, resolver y tener esperanza. El infierno, esa realidad horrible, está empedrado de buenas intenciones. Miles de personas se pierden cada año por esta razón, perecen miserablemente estando ya a un solo paso del puerto seguro. Viven con buenas intenciones y con buenas intenciones mueren. ¡Oh, no! ¡Tenemos que “levantarnos y venir”! Si el hijo pródigo se hubiera contentado diciendo: “...Espero volver a casa algún día”, hubiera permanecido para siempre entre los cerdos. Cuando se levantó y vino a su padre fue que su padre corrió para encontrarse con él y dijo: “Sacad el mejor vestido, y vestidle;... comamos y hagamos fiesta” (Lc. 15:20-23). Como él, tenemos que “volver en sí” y pensar, pero también tenemos que actuar. El hijo pródigo dijo: “Me levantaré e iré”. Es necesario acudir al Sumo Sacerdote, a Cristo, de hecho y en verdad. Tenemos que acudir al Médico.

(c) También, el que tiene sed y quiere acudir a Cristo debe recordar que lo único que se requiere es una fe sencilla. Sí, es bueno acudir con arrepentimiento, con un corazón quebrantado y contrito, pero ni sueñe en confiar en esto para ser aceptado. La fe es la única mano que puede llevar el agua viva a nuestros labios. La fe es el engranaje por medio del cual todo funciona en el tema de nuestra justificación. Está escrito una y otra vez que “todo aquel que en él cree... no se pierde, sino que tiene vida eterna” (Jn. 3:15, 16). “Más al que no obra, si no cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Ro. 4:5). Bienaventurado es el que puede hacer suyo el principio que contiene aquel himno sin igual: “Tal como soy de pecador, sin otra confianza que tu amor, a tu llamado vengo a ti: Cordero de Dios, heme aquí”.

¡Qué simple parece este remedio para la sed! Pero, ¡oh, qué difícil es convencer a algunas personas de que lo reciban! Pídeles que hagan algo grande, que mortifiquen su cuerpo o que participen en una peregrinación, que den todos sus bienes para dar de comer a los pobres con el fin de hacer méritos para ser salvos y, seguramente, procurarán hacerlo. Díales que tiren por la borda toda idea de méritos y salvación por obras, que acudan a Cristo como pecadores vacíos, sin nada en sus manos y, como hizo Naamán, querrán dar media vuelta con desprecio (2 R. 5:12). La naturaleza humana es siempre la misma en todas las épocas. Todavía hay algunas gentes que piensan como los judíos y otras como los griegos. Para los judíos, Cristo crucificado sigue siendo una piedra de tropiezo y para los griegos locura. ¡Esa trágica sucesión nunca ha cesado! Nuestro Señor nunca dijo algo más cierto que cuando se refirió a los escribas soberbios en el Sanedrín: “Y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (Jn. 5:40).

Pero, por más simple que parezca este remedio para la sed, es el único que cura la enfermedad espiritual del hombre y el único puente entre la tierra y el cielo. Reyes y súbditos, predicadores y oyentes, amos y siervos, encumbrados y proletarios, ricos y pobres, letrados e iletrados, todos por igual, tienen que beber de esta agua de vida y beberla de manera idéntica. Durante más de dieciocho siglos, los hombres se han esforzado por encontrar algún otro remedio para sus conciencias agotadas, pero se han esforzado en vano. Miles, después de ampollarse las manos, de envejecerse cavando cisternas rotas que no retienen agua (Jer. 2:13), se han visto obligados a volver a la Fuente de antaño y han confesado en sus últimos momentos que sólo en Cristo hay verdadera paz.

Y por más simple que parezca ser el viejo remedio para la sed, es la raíz de la vida interior de todos los más grandes siervos de Dios en todas las épocas. ¿Qué han sido los santos y mártires a lo largo de la historia de la Iglesia, sino hombres que han acudido cada día a Cristo por fe y han encontrado que su “carne es verdadera comida” y que su “sangre es verdadera bebida” (Jn. 6:55)? ¿Qué han sido, sino hombres que vivían la vida de fe en el Hijo de Dios y bebían cotidianamente de la plenitud que hay en él (Gá. 2:20)? Aquí, en todos los casos, los mejores y más auténticos cristianos que han dejado su huella en el mundo, han sido de un mismo sentir. Santos padres y reformadores, teólogos santos anglicanos e inconformistas, sus mejores momentos han dado testimonio uniforme del valor de la Fuente de vida.

Separatistas y polémicos, como a veces han sido durante sus vidas, al morir no han estado divididos. En su última lucha con el rey de los terrores, simplemente se han aferrado a la cruz de Cristo, gloriándose únicamente en la “sangre preciosa” y la Fuente disponible para limpiar todo pecado e impureza.

¡Qué agradecidos debiéramos estar de que vivimos en un país donde el gran remedio para la sed espiritual es bien conocido, en un país de Biblias abiertas, donde se predica el evangelio y hay abundantes medios de gracia; un país donde aún se proclama la eficacia del sacrificio de Cristo en iglesias más o menos llenas y desde 20.000 púlpitos cada domingo! No apreciamos el valor de nuestros privilegios. Por la propia familiaridad del maná pensamos poco en ellos, así como Israel detestaba el “pan tan liviano” en el desierto (Nm. 21:5). Pero abra las páginas de algún filósofo pagano como el incomparable Platón y fíjese cómo andaba a tientas buscando luz como quien anda con los ojos vendados y se cansaba tratando de encontrar la puerta. El campesino más humilde que capta las cuatro “palabras de consuelo”, en la liturgia de la Comunión en el Libro de Oraciones [Mt. 11:28; Jn. 3:16; 1 T. 1:15; 1 Jn. 2:1, 2], sabe más sobre la paz con Dios que el sabio ateniense. Lea los relatos de viajeros y misioneros fidedignos, sobre el estado de los paganos que nunca han oído el evangelio. Lea de los sacrificios humanos en África y las torturas voluntarias horribles de los devotos indostanos y recuerde que todo es resultado de una “sed” no aplacada y un anhelo ciego e insatisfecho de acercarse a Dios. Y entonces, aprenda a ser agradecido porque vive en un país como el suyo. ¡Ay, me temo que Dios tiene una contienda contra nosotros por nuestra ingratitud! Frío y muerto debe ser aquel corazón que puede estudiar las condiciones en África, China e Indostán y no agradecer a Dios porque vive en un país cristiano.

III. La promesa

En último lugar, enfoquemos la promesa ofrecida a todo aquel que acude a Cristo. “El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva” (Jn. 7:38).

El tema de las promesas bíblicas es inmenso y sumamente interesante. Dudo que reciba la atención que merece en la actualidad. El libro Scripture Promises (Promesas bíblicas) por Clarke, es un viejo libro que se estudia mucho menos ahora que en la época de nuestros padres. Pocos cristianos conocen la cantidad, amplitud, anchura, profundidad, altura y variedad de promesas preciosas en la Biblia para el beneficio y aliento especial de todos los que quieren aprovecharlas.

No obstante, las promesas constituyen la base de casi todas las transacciones entre los hombres. La gran mayoría de los hijos de Adán en todo país civilizado actúa todos los días con fe en promesas. El obrero trabaja desde el lunes en la mañana hasta el sábado por la noche porque cree que al final de la semana recibirá el jornal prometido. El soldado se alista en el ejército y el marino se enrola en la marina, con la confianza total de que sus superiores le darán el sueldo prometido. La trabajadora doméstica más humilde en una casa de familia cumple día a día sus deberes creyendo que su patrona le pagará lo que le prometió. En el mundo de los negocios

en las grandes ciudades, entre comerciantes, banqueros y vendedores, nada podría realizarse sin una fe continua en las respectivas promesas. Todo el mundo sabe que los cheques, las facturas y los pagarés son el único medio por el cual la inmensa mayoría del mundo comercial puede desarrollarse. Los hombres de negocios se ven obligados a actuar por fe y no por vista. Crean las promesas y esperan que los demás creen las de ellos. De hecho, las promesas y la fe en que se cumplirán y las acciones realizadas por fe en promesas, son la espina dorsal de nueve de cada diez transacciones del hombre con su homólogo en todo el mundo cristiano.

De la misma manera, las promesas en la Biblia, son una recurso grandioso que usa Dios para acercarse al alma del hombre. El estudioso serio de las Escrituras no puede dejar de observar que Dios continuamente apela al hombre que lo escuche, obedezca, sirva y realice grandes cosas, y que, escuchándolo, crea. En suma, como dice Pedro: "Nos ha dado preciosas y grandísimas promesas" (2 P. 1:4). Aquel que en su misericordia causó que se escribieran las Sagradas Escrituras para nuestro beneficio ha demostrado su conocimiento perfecto de la naturaleza humana al incluir, a través de todas sus páginas, una riqueza inconmensurable de promesas adecuadas para cada experiencia y cada circunstancia de la vida. Parece decir: "¿Quieres saber lo que pienso hacer para ti? ¿Te gustaría escuchar mis condiciones? Toma tu Biblia y lee".

Pero hay una gran diferencia entre las promesas de los hijos de Adán y las promesas de Dios, que nunca debemos olvidar. Las promesas del hombre no necesariamente se cumplen. Aun con las mejores intenciones, no siempre puede uno cumplir su palabra. Puede suceder una enfermedad o una muerte inesperada puede llevarse de este mundo al que prometió algo. Guerras, pestilencias, hambrunas, cosechas que fallan o huracanes pueden dejarlo a uno en la miseria imposibilitándolo para cumplir sus compromisos.

Por el contrario, las promesas de Dios se cumplen sin fallar. Él es todopoderoso, nada puede impedirle hacer lo que dijo que haría. Nunca cambia, "si él determina una cosa, ¿quién lo hará cambiar?" y con él no hay "mudanza, ni sombra de variación" (Job 23:13; Stg. 1:17). Siempre cumplirá su palabra. Hay una cosa que Dios no puede hacer, como le dijo cierta vez una niñita a su maestra: "Es imposible que Dios mienta" (He. 6:18). Aun las cosas más insólitas e improbables que Dios dijo que haría, siempre las ha hecho. ¿Quién hubiera imaginado eventos tan improbables como la destrucción del mundo por un diluvio y la preservación de Noé en el arca, el nacimiento de Isaac, la liberación de Israel de la esclavitud en Egipto, la entronización de David, el nacimiento milagroso de Cristo, la resurrección de Cristo, la dispersión de los judíos por todo el mundo y su continua preservación como un pueblo singular? No obstante, Dios dijo que todas estas cosas sucederían y a su tiempo sucedieron. En verdad, para Dios es tan fácil hacer una cosa como lo es decirlo. Lo que promete, ciertamente hará.

En cuanto a la variedad y riqueza de las promesas bíblicas, hay mucho más que considerar de lo que se puede decir en una breve exposición como ésta. Son miles. El tema es casi inagotable. No hay ni una etapa en la vida humana, desde la niñez

hasta la vejez, ninguna posición en que se puede encontrar una persona para la cual la Biblia no brinda aliento a todo el que quiera hacer lo correcto a los ojos de Dios. Hay promesas en el erario de Dios para cada condición. Las promesas que Dios hace por su misericordia y compasión infinita, incluyen su prontitud en recibir a todo el que se arrepiente y cree, su buena disposición de perdonar y absolver al peor de los pecadores. Sus promesas conllevan su poder de cambiar los corazones y transformar nuestra naturaleza corrupta, los incentivos para orar, escuchar el evangelio y acercarnos al trono de gracia y las fuerzas para cumplir nuestros deberes. Consuelan en las aflicciones, dan dirección en la perplejidad, ayuda en las enfermedades, consolación en la muerte, fortaleza cuando hemos perdido a un ser querido, felicidad más allá de la tumba y recompensa en la gloria. Para todo esto existe un suministro abundante de promesas en la Palabra. Nadie puede formarse una idea de su abundancia, a menos que analice con cuidado las Escrituras, manteniendo constantemente su atención en el tema. Si alguien lo duda, solo puedo decir: “Ven y ve.” Al igual que la reina de Saba en la corte de Salomón, no tardaría en decir: “Yo no lo creía hasta que he venido y mis ojos han visto que ni aun se me dijo la mitad” (1 R. 10: 7).

La promesa de nuestro Señor Jesucristo, que encabeza este artículo, es un tanto peculiar. Es singularmente rica en estímulo a todos los que tienen sed espiritual y vienen a él para satisfacerla. Por lo tanto, merece que le demos especial atención.

La mayor parte de las promesas de nuestro Señor se refieren, especialmente, al beneficio de la persona a quien van dirigidas. La promesa que estamos considerando nos lleva a una gama mucho más amplia: Parece referirse a muchos otros fuera de aquellos a quien él habló en primera instancia. ¿Por qué dice él? “El que cree en mí, como dice la Escritura” y en todas partes enseña que “de su interior correrán ríos de agua viva”. “Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él” (Jn. 7:39). Obviamente lo dijo en sentido figurado, al igual que las palabras anteriores: “Sed” y “beber”. Pero todas las figuras de lenguaje usadas en las Escrituras contienen grandes verdades y respecto de la figura de los “ríos de agua viva” no son la excepción y voy a tratar de demostrarlo:

Sed espiritual

(1) Por un lado, entonces, creo que nuestro Señor quiso decir que el que se acerca a Dios por la fe, recibirá un suministro abundante de todo lo que pueda necesitar para satisfacer las necesidades de su alma. El Espíritu le brindará un sentido permanente de perdón, paz y esperanza que será dentro de él como un manantial que nunca se seca. Se sentirá satisfecho con lo que dice la Palabra: “Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío y os lo hará saber” (Jn. 16:15). El Espíritu le mostrará que ya no tendrá ansiedad espiritual en cuanto a la muerte, el juicio y la eternidad. Puede tener sus rachas de oscuridad y duda por sus propias flaquezas o las tentaciones del diablo. Pero, hablando en general, en cuanto acude a Cristo con fe, encuentra en lo profundo de su corazón un manantial de consolación. Esto, comprendamos, es lo primero que contiene la promesa que estamos enfocando. “Solo ven a Mí, pobre alma ansiosa”, parece decir nuestro

Señor. “Solo ven a Mí y tu ansiedad espiritual encontrará alivio. Pondré en tu corazón, por el poder del Espíritu Santo, tal sentido de perdón y paz, por Mi expiación e intercesión, que no volverás a tener sed. Podrás tener tus dudas, temores y conflictos mientras estás en la carne. Pero una vez que hayas acudido a Mí y, habiéndome aceptado como tu Salvador, nunca volverás a perder totalmente tu esperanza. La condición de tu hombre interior cambiará a fondo, de tal manera que sentirás como si dentro de ti hubiera un manantial del que fluye agua permanentemente”.

¿Qué diremos de estas cosas? Declaro mi propia creencia de que cuando alguien realmente acude a Cristo por fe, encuentra que esta promesa se cumple. Quizá alguno puede ser débil en la gracia y tener cierto recelo sobre su propia condición. Quizá ni se atreva a decir que se ha convertido, que ha sido justificado, santificado y que es apto para recibir la herencia de los santos en luz. Pero, a pesar de todo eso, afirmo con plena seguridad que aun el creyente más humilde y débil tiene adentro algo de lo cual no se puede desprender, aunque todavía no lo comprenda del todo. ¿Y qué es ese “algo”? Es ese “río de agua viva” que comienza a correr en el corazón de cada hijo de Adán en cuanto viene a Cristo y bebe. En este sentido, creo que la maravillosa promesa de Cristo siempre se cumple.

(2) Pero, ¿es esto todo lo que contiene la promesa que estamos enfocando? De ninguna manera. Queda mucho más por decir. Creo que nuestro Señor quiso que comprendiéramos que el que acude a él con fe, no sólo tendrá una abundancia de todo lo que necesita para su propia alma, sino que también será una fuente de bendición para el alma de otros. El Espíritu que mora en él lo convertirá en un manantial de bien para sus prójimos, de manera que en el día final se sabrá con toda certeza que de él fluían “ríos de agua viva”.

Ésta es la parte más importante de la promesa de nuestro Señor y lleva a un tema que rara vez captan y comprenden muchos cristianos. Pero es uno de profundo interés y merece más atención de la que recibe. Creo que esto es una verdad de Dios. Creo que así como “ninguno de nosotros vive para sí” (Ro. 14:7), el hombre no se convierte solo para sí y que la conversión de un hombre o una mujer, siempre lleva a la conversión de otros, por la maravillosa providencia de Dios. No digo ni por un momento que todos los creyentes lo saben. Creo que es mucho más probable que hay muchos que viven y mueren en la fe, sin tener conciencia de haberle hecho un bien a algún alma. Creo que en la mañana de resurrección y el Día del Juicio, cuando sea revelada la historia secreta de todos los cristianos, habrá pruebas de que el significado completo de la promesa que estamos enfocando nunca ha fallado. Dudo que habrá algún creyente que no haya sido para alguien un “río de agua viva”, un canal por medio del cual el Espíritu ha dado gracia salvadora. Aun el ladrón arrepentido, con lo breve que fue su tiempo después de arrepentirse, ¡ha sido motivo de bendición para miles de almas!

(a) Algunos creyentes son “ríos de agua viva” durante su vida. Sus palabras, su conversación, su predicación y su enseñanza, son medios por los cuales el agua viva ha fluido a los corazones de sus prójimos. Entre ellos tenemos a los apóstoles

que no escribieron ninguna epístola y sólo predicaron la Palabra. Algunos como Lutero, Whitefield, Wesley, Berridge, Rowlands y otros miles, vertieron “ríos de agua viva” durante su estancia en la tierra.

(b) Algunos creyentes son “ríos de agua viva” cuando mueren. Su valentía al enfrentar al rey de los terrores, su firmeza en medio de sus peores sufrimientos, su fe inquebrantable en la verdad de Cristo aun mientras morían en la hoguera, la paz que manifestaban al borde del sepulcro han causado que miles reflexionen y centenares se arrepientan y crean en Cristo Jesús. Tales, por ejemplo, fueron los primeros mártires, a quienes los emperadores romanos persiguieron. Tales fueron John Huss y Gerónimo de Praga. Otros como Cranmer, Ridley, Latimer, Hooper y el resto del noble ejército de mártires fueron como “ríos de agua viva” en el momento de expirar. La obra que hicieron en la hora de su muerte fue mucho más grande que lo que hicieron en vida, como pasó con Sansón.

(c) Algunos creyentes son “ríos de agua viva” mucho tiempo después de su muerte. Lo son por sus libros y escritos que circulan en todas partes del mundo mucho tiempo después de que las manos que sostuvieron la pluma se convirtieran en polvo. Entre ellos tenemos a Bunyan, Baxter, Owen, George Herbert y Robert M’Cheyne. Estos siervos benditos de Dios, probablemente, son ahora de más bendición por sus libros de lo que lo fueron con las palabras que dijeron durante sus vidas. Podemos decir de su herencia literaria lo que dice la Escritura acerca de la ofrenda de Abel: “Y muerto, aún habla por ella” (He. 11:4).

(d) Por último, algunos creyentes son “ríos de agua viva” por el encanto de su comportamiento cotidiano. Hay muchos cristianos consecuentes, callados y gentiles que sin decir mucho ni hacer tanto ruido, sin darse cuenta, ejercen una influencia profunda sobre todo su entorno para bien. Los que fueron bendecidos por su manera de ser, fueron “ganados sin palabra” (1 P. 3:1). Su cariño, su buen carácter, su dulzura y su generosidad, hablan silenciosamente en un amplio círculo y siembran en las mentes las semillas que conducen a la reflexión y el autoanálisis. Fue un tremendo testimonio el de una anciana que falleció llena de paz, quien decía que además de debérsela a Dios, le debía su salvación al Sr. Whitefield: “No fue por ningún sermón que predicó, no fue por nada que jamás me dijo. Fue por la hermosa constancia y dulzura de su vida diaria en la casa donde se estaba quedando cuando yo era apenas una niña. Me dije a mí misma que si alguna vez buscara yo a Dios, el Dios del Sr. Whitefield sería mi Dios”.

Haga suyo este aspecto que incluye la promesa de nuestro Señor y no lo olvide nunca. No piense ni por un momento que su propia alma es la única que será salva si usted acude a Cristo por fe y lo sigue. Piense en la bendición de ser un “río de agua viva” para los demás. ¡Quién sabe si usted no será el medio para traer a muchos otros a los pies de Cristo! Viva, actúe, hable, ore y obre teniendo esto siempre en mente. Conocí una familia, compuesta del padre, la madre y diez hijos en que el evangelio entró al hogar por una de las hijas; al principio ella era la única creyente y el resto de la familia estaba en el mundo. Y, no obstante, antes de morir, pudo ver a sus padres y a todos sus hermanos entregados al Señor; y todo

comenzó, humanamente hablando, ¡por su influencia! En vista de esto, no dudemos de que el creyente puede ser para otros un “río de agua viva”. Quizá las conversiones no sucedan durante su vida y puede morir antes de verlas. Pero nunca dude de que una conversión, generalmente, lleva a otras conversiones y que son pocos los que van solos al cielo. Cuando falleció Grimshaw de Haworth, el apóstol del norte, su hijo vivía sin fe y sin Dios. Al paso del tiempo, el hijo se convirtió. ¿Cuál fue el factor determinante en su conversión? Nunca olvidó los consejos y el ejemplo de su padre. Sus últimas palabras fueron: “¿Qué dirá mi anciano padre cuando me vea en el cielo?”. Animémonos, sigamos teniendo esperanza y creyendo la promesa de Cristo.

Aplicaciones prácticas

(a) Y ahora, antes de terminar este capítulo, quiero hacerle una pregunta. ¿Sabe usted algo de la sed espiritual? ¿Ha sentido alguna vez una profunda preocupación por su alma? Me temo que muchos no saben nada de eso. He aprendido, por dolorosas experiencias durante un tercio de siglo, que la gente puede seguir asistiendo a la casa de Dios durante años sin ser consciente de sus pecados en ningún instante, ni tampoco el anhelo de ser salvos. Los cuidados de este mundo, el amor a los placeres y “los deseos de la carne” (Gá. 5:16), ahogan la buena semilla cada domingo y le impiden dar fruto. Van a la iglesia con corazones fríos como un adoquín de la calle por donde caminan. Se retiran tan impasibles e indiferentes como las viejas estatuas de mármol que los observan desde las paredes. Puede ser así, pero no pierdo la esperanza de que alguien se salve mientras vive. Ese viejo campanario de la Catedral de San Pablo en Londres que ha anunciado las horas durante tantos años, rara vez se escucha durante las agitadas horas del día. El ruido del tráfico en las calles tiene el extraño poder de amortiguar su sonido, impidiendo que se escuche.

Pero cuando el trajín del día ha terminado, cuando se les ha puesto llave a los escritorios, las puertas se han cerrado, se han guardado los libros y reina silencio en la gran ciudad, todo cambia. Cuando el viejo campanario anuncia las once, las doce, la una, las dos y las tres, miles de personas que no lo escuchan durante el día, a esas horas lo oyen con claridad. Espero que lo mismo suceda con muchos con respecto a sus almas. Ahora, en la plenitud de su salud y fuerzas, me temo que la voz de la conciencia, a menudo, queda ahogada y no se puede escuchar por el trajinar del diario vivir. Pero el día puede venir cuando, le guste o no, el gran campanario de la conciencia se hará oír. El tiempo vendrá cuando postrado y en el silencio, obligado a estar quieto por alguna enfermedad, se verá forzado a mirar su interior y a considerar las cuestiones de su alma. Y entonces, cuando el gran campanario de la conciencia avivada suene en sus oídos, espero que el que lee estas líneas tema la voz de Dios y se arrepienta, aprenda a tener sed y venga a Cristo para calmarla. Sí, ¡ruego a Dios que le enseñe a sentir antes de que sea demasiado tarde!

(b) Pero, ¿siente algo en este momento? ¿Está despierta y activa su conciencia? ¿Siente sed espiritual y anhela saciarla? Entonces preste atención a la invitación

que le hago en el nombre de mi Señor: “Si alguno”, no importa quien sea, de alta posición o sin posición, rico o pobre, letrado o iletrado, “si alguno tiene sed, acuda a Cristo y beba”. Escuche y acepte esta invitación sin dilación. No se demore por nada. No se demore por nadie. ¿Quién sabe si por querer esperar “el momento adecuado” se le hará demasiado tarde? Ahora es cuando la mano del Redentor viviente se extiende desde el cielo, pero puede quitarla. Ahora es cuando la Fuente está abierta, pero pronto podría cerrarse para siempre. “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba” sin demora. Aunque usted haya sido un gran pecador y se haya resistido a las advertencias, los consejos y sermones, igual venga. Aunque haya pecado contra la luz y el conocimiento, contra los consejos de su padre y las lágrimas de su madre, aunque haya vivido años sin observar un Día del Señor y sin orar, igual venga. No diga que no sabe cómo venir, que no comprende lo que significa creer, que tiene que esperar hasta tener más luz. Alguien que está fatigado ¿va a decir que está demasiado cansado como para acostarse? ¿O alguien a punto de ahogarse, dirá que no sabe tomarse de la mano extendida para ayudarlo? ¿O el marinero naufragado, con un bote salvavidas al costado del barco encallado, dirá que no sabe cómo saltar al bote? ¡Oh, líbrese de estas excusas vanas! ¡Levántese, y venga! La puerta no está cerrada. El manantial no se ha secado todavía. El Señor Jesús lo invita. Basta con que usted sienta sed y anhele ser salvo. Venga, venga a Cristo sin demora. ¿Quién alguna vez vino al manantial y lo encontró seco? ¿Quién se ha retirado alguna vez insatisfecho?

(c) ¿Ha venido ya a Cristo y encontrado alivio? Entonces venga más cerca, acérquese más. Cuanto más cercana sea su comunión con Cristo, más tranquilidad sentirá. Cuanto más cerca viva del Manantial más sentirá “una fuente de agua que salte para vida eterna” (Jn. 4:14). No sólo recibirá bendición usted, sino que será de bendición para otros.

Quizá en este mundo impío no siente usted toda la tranquilidad que desea. Pero recuerde que es imposible tener dos cielos. La felicidad perfecta está por venir. El diablo no ha sido atado (Ap. 20:2). Vienen buenos tiempos para todos los que son conscientes de sus pecados, vienen a Cristo y entregan sus almas sedientas a su cuidado. Cuando él vuelva, se sentirán completamente satisfechos. Recordarán todo el camino recorrido por donde los condujo el Señor y comprenderán el porqué de todas las cosas que les sucedieron. Sobre todo, se preguntarán cómo pudieron vivir tanto tiempo sin Cristo y cómo fue posible que vacilaran tanto en acudir a él.

Hay una cañada en las montañas de Escocia llamada Glen Croe, que brinda una magnífica ilustración de lo que será el cielo para las almas que vienen a Cristo. El camino que atraviesa Glen Croe lleva al viajero en un larga y empinada subida, con muchas vueltas y curvas cerradas. Pero al llegar a la cima de la cañada se encuentra una roca con estas sencillas palabras inscritas: “Descanse y esté agradecido”. Estas palabras describen los sentimientos de cada persona que acudió a Cristo sedienta. Cuando llegue al cielo descansará y estará agradecida. La cima del camino angosto, finalmente, será nuestra. Habremos terminado nuestra trayectoria agobiante y nos sentaremos en el reino de Dios. Miraremos hacia el pasado y contemplaremos toda nuestra vida con agradecimiento y veremos la

sabiduría perfecta de cada paso en la empinada subida por donde fuimos conducidos. Olvidaremos el angustioso esfuerzo de nuestro peregrinaje hacia el descanso glorioso. Aquí en este mundo, nuestro sentido de descansar en Cristo es débil y parcial, aun en el mejor de los casos. A veces, pareciera que apenas si gustamos plenamente “el agua viva”. Pero cuando venga aquello que es perfecto, entonces todo lo imperfecto pasará. Podemos decir con el salmista: “Estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza” (Sal. 17:15). Beberemos “el agua viva”, gozaremos los placeres del Señor y jamás volveremos a tener sed.

Nota Hay un pasaje de una obra del que fuera el escritor puritano Robert Traill, que arroja mucha luz sobre algunos puntos mencionados en este capítulo y que me gustaría que el lector leyera de principio a fin. Fue tomado de una obra poco conocida y menos leída. A mí me ha hecho bien y creo que le puede hacer bien a otros.

Cuando el hombre despierta a su condición espiritual y tiene que enfrentar la pregunta: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” (Hch. 16:30, 31), tenemos la respuesta apostólica: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo”. Esta respuesta es tan antigua que, a muchos, les parece anticuada. Pero sigue siendo y siempre será fresca, nueva, deliciosa y la única que resuelve este gran problema de la conciencia. Y lo seguirá resolviendo mientras duren la conciencia y el mundo. Ninguna sabiduría o conocimiento del hombre le encontrará nunca una grieta o falla; nadie podrá inventar otra respuesta mejor, ni ninguna otra puede curar completamente la herida de una conciencia avivada. Creer en el Señor Jesucristo es la respuesta.

Aboquémonos a la tarea de ver la solución y el alivio que ofrecen algunos maestros de nuestra propia Israel a la pregunta del carcelero: ¿Qué debo hacer para ser salvo? Les corresponde decirle: “Arrepíentete, llora por tus pecados, apártate de ellos, aborrécelos y Dios tendrá misericordia de ti”. “¡Ay!” responde el pobre hombre: “Mi corazón es duro y no puedo arrepentirme. Así es, mi corazón está más duro y vil que cuando pecaba sin que me remordiera la conciencia”. Si uno le habla a este hombre de las calificaciones para recibir a Cristo, no entiende nada y si es sincero en cuanto a la obediencia, su respuesta es natural y pronta: “La obediencia es obra del hombre en vida y la sinceridad brota sólo del alma renovada”. Por lo tanto, la obediencia sincera es tan imposible para un pecador muerto y no renovado como lo es la obediencia perfecta. ¿Por qué no darle la respuesta correcta al pecador avivado: “Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo”? Cuénteles quién es Cristo, lo que ha hecho y sufrido para obtener redención eterna de todos los pecadores y esto, según la voluntad de su Padre Dios. Relátele directa y sencillamente el evangelio de salvación del Hijo de Dios, cuénteles lisa y llanamente la historia y el misterio del evangelio. Bien pudiera ser que por este intermedio el Espíritu Santo dé fe, tal como lo hizo con aquellos primeros frutos entre los gentiles (Hch. 10:44).

Si pregunta con qué garantía cuenta si cree en Jesucristo, dígame que es absolutamente indispensable que lo haga porque sin Cristo, perecerá eternamente. Dígame que Dios, en su gracia, le ofrece la redención por medio de la muerte de su Hijo. La promesa es que si acepta por la fe el remedio de Dios para el pecado, la

salvación será suya. Dígale que tiene el mandato expreso de Dios de creer en el nombre de Cristo (1 Jn. 3:23) y que debe obedecerle conscientemente, al igual que cualquier otro mandato en la ley moral. Cuéntele de la aptitud y buena voluntad de Cristo para salvar; dígale que no rechaza jamás a ninguno que acude a él, que los casos desesperantes son los triunfos gloriosos de su poder para salvar. Dígale que no hay un punto medio, entre la fe y la incredulidad, que no hay ninguna excusa para descuidar la primera y seguir en la segunda, que creer en el Señor Jesús para salvación agrada más a Dios que obedecer toda su ley; explíquele que la incredulidad es lo más desagradable para Dios y, entre todos los pecados del hombre, el más digno de condenación. Contra la magnitud de sus pecados, la maldición de la ley y la severidad de Dios como juez, hay un solo alivio para ofrecerle. Este alivio es la gracia libre e inconmensurable de Dios por los méritos de Cristo quien se sacrificó a sí mismo para cargar en “él el pecado de todos nosotros” (Is. 53:6).

Si responde: ¿Qué significa creer en Jesucristo?, debo decir que en la Biblia no aparece esta pregunta, pero que de una manera u otra muchos pasajes sugieren una respuesta. Están los que no creían en él, como los judíos (Jn. 6:28-30), los principales sacerdotes y los fariseos (Jn. 7:48); el ciego (Jn. 9:35). Cuando Cristo le preguntó al ciego: “¿Crees tú en el Hijo de Dios?”, éste le respondió: “¿Quién es, Señor, para que crea en él?”. Inmediatamente, cuando Cristo le contestó (versículo 37) no preguntó: “¿Qué significa creer en él?”, sino que dijo: “Creo, Señor; y le adoró”, por lo que demostró tener fe en él y actuó en consecuencia. Lo mismo sucedió con el padre del muchacho poseído por un espíritu inmundo (Mr. 9:23, 24) y el eunuco (Hch. 8:37). Tanto los enemigos como los discípulos de Cristo sabían que tener fe en él significaba creer que el Hombre Jesús de Nazaret era el Hijo de Dios, el Mesías y Salvador del mundo y que entonces, a él había que acudir para recibir y esperar salvación en su nombre (Hch. 4:12). Esto era anunciado por Cristo, sus apóstoles y sus discípulos y era del conocimiento de todos los que lo oían.

Si todavía pregunta qué es lo que debe creer, dígale que no es llamado a creer que está en Cristo, que sus pecados han sido perdonados y que ha sido justificado, sino que debe creer lo que dice Dios en cuanto a Cristo (1 Jn. 5:10-12). Lo que dice Dios es que él nos da (es decir, nos ofrece) vida eterna a través de su Hijo Jesucristo y que todo aquel que de corazón lo cree y confía su alma a estas buenas nuevas, será salvo (Ro. 10:9-11). Y esto es lo que debe creer para poder ser justificado (Gá. 2:16).

Si sigue diciendo que es difícil creer esto, su duda es lógica, pero fácil de resolver. Esto nos habla de un hombre profundamente humillado. Cualquiera puede ver su propia imposibilidad de obedecer enteramente la ley de Dios, pero a pocos les resulta difícil creer. Para su alivio y resolución pregúntele qué es lo que se le hace difícil creer. ¿Es el hecho de que no está dispuesto a ser justificado y salvado? ¿Es porque no está dispuesto a ser salvo a través de Jesucristo para alabanza de la gracia de Dios en él y para dejar de vanagloriarse? Seguramente dirá que no. ¿Es la desconfianza en la verdad de lo que las Escrituras dicen del evangelio? Nunca lo admitirá. ¿Es dudar de la habilidad y buena voluntad de Cristo para salvar? Esto es

contradecir el testimonio de Dios en los Evangelios. ¿Es porque duda tener suficiente interés en Cristo y su redención? Contéstele que creer en Cristo reemplaza la falta de interés en él.

Si le dice que no puede creer en Jesucristo porque le resulta difícil actuar con fe y que necesita un poder divino para tener fe, y que no lo tiene, debe decirle que creer en Jesucristo no es una tarea que hay que realizar, sino descanso en Jesucristo. Tiene que decirle que pretender esto es tan irracional como si un hombre, cansado de un viaje y sin poder dar un paso más, dijera: “Estoy tan cansado que no me puedo acostar” cuando, en realidad, no puede seguir de pie ni seguir andando. El pobre pecador cansado nunca podría creer en Jesucristo hasta darse cuenta de que no puede hacer nada por sí mismo y que en cuanto cree siempre se entrega a Cristo para salvación, como un hombre sin esperanza e indefenso. Y como resultado de estos razonamientos con él sobre el evangelio, el Señor otorgará, por creer (como lo ha hecho a menudo): Fe, gozo y paz.

18. “Riquezas inescrutables”

“A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo”. Efesios 3:8

Si viéramos este versículo por primera vez, creo que todos consideraríamos que es extraordinario, aun si no supiéramos quién lo escribió. Es extraordinario por las figuras de lenguajes tan audaces e impresionantes que usa. “Menos que el más pequeño de todos los santos”, “inescrutables riquezas de Cristo”, estos son realmente “pensamientos que respiran y palabras que arden”.

Pero el versículo es doblemente extraordinario cuando consideramos quién lo escribió. El autor fue nada menos que el gran apóstol de los gentiles, San Pablo, el líder de aquel pequeño y noble ejército de Cristo que dejó una profunda huella en la humanidad. Nadie nacido de mujer, (excepto su Maestro inmaculado), ha dejado una huella tan profunda, la cual permanece hasta hoy. Semejante frase de la pluma de semejante hombre demanda especial atención.

Observemos atentamente este texto y notemos tres cosas:

- I. Primero, lo que Pablo dice de sí mismo. Dice: “Soy menos que el más pequeño de todos los santos”.
- II. Segundo, lo que Pablo dice de su ministerio. Dice: “Me fue dada esta gracia de anunciar [predicar]”.
- III. Tercero, Pablo da a conocer el gran tema de su predicación. Lo llama “las inescrutables riquezas de Cristo”.

Confío que, algunos comentarios sobre cada uno de estos tres puntos, ayuden a grabar todo el texto en la memoria, conciencia, corazón y mente de mis lectores.

I. Lo que Pablo dice de sí mismo.

En primer lugar, notemos lo que Pablo dice de sí mismo. El lenguaje que utiliza es singularmente decisivo. El fundador de iglesias famosas, el escritor de catorce epístolas inspiradas, ¿cómo se describe? Veamos algunas de sus palabras: “En nada he sido menos que aquellos grandes apóstoles” (2 Co. 12:11). “En trabajos más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces” (2 Co. 11:23). “Estimo todas las cosas como pérdida”. “Lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo” (Fil. 3:8). “Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia” (Fil. 1:21). Emplea un modo enfático, comparativo y superlativo. “Soy menos que el más pequeño de los santos”. ¡Qué pobre criatura ha de ser el más pequeño de los santos! No obstante, Pablo dice: “Soy menos que esa criatura”.

Sospecho que un lenguaje como éste es casi ininteligible para muchos que profesan ser cristianos. Tan ignorantes de la Biblia como de sus propios corazones, no pueden comprender lo que dice un santo cuando habla humildemente de sí mismo y de sus logros. “Es una forma de hablar” dicen, “no puede significar otra cosa que la época cuando Pablo daba sus primeros pasos en el evangelio y comenzaba a servir a Cristo”. Es tan cierto que “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios” (1 Co. 2:14). Las oraciones, alabanzas, los conflictos, temores, esperanzas, gozos y aflicciones del cristiano auténtico y toda la experiencia del capítulo siete de Romanos son “locura” para el hombre del mundo. Así como un ciego no puede juzgar un cuadro de un pintor famoso y un sordo no puede apreciar el Mesías de Handel, el inconverso no puede comprender totalmente la estimación humilde que tiene de sí mismo el apóstol.

Pero podemos estar seguros de que lo que Pablo escribió, realmente lo sintió en su corazón. El lenguaje de nuestro texto no es único. Otros pasajes hasta lo exceden. A los filipenses les dice: “No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo”. A los corintios les afirma: “Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol”. A Timoteo le asegura: “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero”. A los romanos les exclama: “¡Miserable de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte?” (Fil. 3:12; 1 Co. 15:9; 1 Ti. 1:15; Ro. 7:24). La realidad es que Pablo veía en lo más profundo de su corazón muchos más defectos y flaquezas de los que veía en ningún otro. Los ojos de su entendimiento estaban tan abiertos por el Espíritu Santo de Dios que detectaba un centenar de cosas malas en sí mismo. Otros hombres con marcada miopía, jamás verían lo que San Pablo sí podía ver. En suma, poseyendo gran luz espiritual, tenía una percepción enorme de su propia corrupción natural, tanto que estaba revestido de humildad de pies a cabeza (1 P. 5:5).

Ahora bien, comprendamos claramente que una humildad como la de Pablo no era una característica únicamente del gran apóstol de los gentiles. Al contrario, es una característica principal de todos los santos más eminentes de Dios en todas las épocas. Cuanto mayor es la gracia que los hombres tienen en sus corazones, más

profunda es la percepción de su pecado. Más luz arroja el Espíritu Santo en sus almas, mejor discernen sus propias flaquezas, corrupciones y tinieblas. El alma muerta no siente ni ve nada, con la vida viene una visión clara, una conciencia perceptiva y una sensibilidad espiritual. Observe las expresiones humildes que Abraham, Jacob, Job, David y Juan el Bautista usaban al referirse a ellos mismos. Estudie las biografías de santos modernos como Bradford, Hooker, George Herbert, Beveridge, Baxter y M'Cheyne. Note la característica que todos comparten, todos sentían profundamente sus pecados.

Los creyentes nuevos y todavía inmaduros, en el calor de su primer amor, pueden hablar de perfección si quieren. Los grandes santos en cada época de la historia eclesiástica, desde Pablo hasta hoy, siempre han estado “revestidos de humildad”.

Si alguno entre mis lectores quiere ser salvo, sepa que los primeros pasos hacia el cielo son los de un profundo sentido del pecado y una opinión baja de sí mismos. Descarte esa débil y tonta tradición de que el comienzo de una vida cristiana se caracteriza por sentirse “bueno”. En cambio, comprenda aquel gran principio bíblico de que tenemos que comenzar por sentirnos “malos” y que hasta cuando realmente nos sintamos “malos”, nada sabremos de la bondad o la salvación cristiana. Bienaventurado el que ha aprendido a acercarse a Dios con la oración del publicano: “Dios, sé propicio a mí, pecador” (Lc. 18:13).

Procuremos ser humildes. No hay otra gracia que le quede mejor al creyente. ¿Qué somos que justifique que nos sintamos orgullosos? De todos los seres del mundo, ninguno es tan dependiente como el hijo de Adán. Hablando de su físico, ¿qué cuerpo, como el cuerpo del hombre, requiere tanto cuidado y atención, y es cada día tan deudor a la mitad de la creación por su comida y ropa? Hablando de su mente, ¿qué poco saben los más sabios de los hombres (y los hay pocos), cuán ignorante es la mayor parte de la humanidad y cuánto sufrimiento generan por su ignorancia! “Somos de ayer”, dice el libro de Job, “y nada sabemos” (Job 8:9). Por cierto que no hay ninguna cosa creada sobre la tierra o en el cielo que debiera estar revestida de humildad como debiera estarlo el hombre.

Procuremos ser humildes. No hay gracia más apropiada para el cristiano. El Libro de Oraciones sin igual de la Iglesia Anglicana, de principio a fin, pone en la boca del que lo usa, el más humilde de los lenguajes. Las frases al principio de la oración matutina y la vespertina, la Confesión General, la Letanía y el Servicio de Comunión están repletos de expresiones humildes. Todos, a una voz, brindan a los fieles de la Iglesia Anglicana, una enseñanza clara con respecto a nuestra posición correcta a la vista de Dios.

Procuremos todos ser más humildes, podemos saber algo de esto ahora, pero cuanto más sepamos, más nos pareceremos a Cristo. Escrito está de nuestro bendito Señor (aunque él no tuvo pecado) que “siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte

de cruz” (Fil. 2:6-8). Recordemos también las palabras que preceden a este pasaje: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús” (Fil. 2:5). Los hombres que más son atraídos hacia el cielo, más se revisten de humildad. En la hora de la muerte, con un pie en la tumba, con algo de la luz del cielo brillando sobre ellos, cientos de grandes santos y dignatarios eclesiásticos han tenido plena conciencia de ser pecadores. Hombres como Selden, el obispo Butler y el arzobispo Longley, han dejado registrada su confesión de que nunca hasta esa hora, habían visto sus pecados con tanta claridad, ni sentido con tanta profundidad su deuda de misericordia y gracia. Sólo el cielo nos habrá de enseñar plenamente lo humilde que debiéramos ser. Sólo entonces, cuando estemos dentro del velo y miremos todo el camino de la vida por donde fuimos conducidos, sólo entonces, comprenderemos completamente la necesidad de ser humildes y lo hermoso que es serlo. Las palabras de Pablo que hoy nos parecen tan duras, aquel día no lo parecerán tanto. ¡Claro que no! Arrojaremos nuestras coronas delante del trono y comprenderemos lo que el gran teólogo quiso decir cuando afirmó: El himno en el cielo será: “¡Lo que ha hecho Dios!” (Nm. 23:23).

II. El ministerio de Pablo

En segundo lugar, notemos lo que dice Pablo acerca de su ministerio. Las palabras del Apóstol son muy sencillas al referirse a él. Dice: “Me fue dada esta gracia de anunciar” o sea, predicar.

El significado de esta frase es claro: “Me fue dado el privilegio de ser un mensajero de las buenas nuevas. He sido comisionado para ser el heraldo de las nuevas de gran gozo”. No podemos dudar de que el concepto paulino del oficio del pastor, incluía la administración de las ordenanzas y de hacer todas las demás cosas necesarias para la edificación del cuerpo de Cristo. Pero aquí, como en otros lugares, es evidente que la idea principal continuamente en su mente era la responsabilidad principal de un ministro del Nuevo Testamento. Esta responsabilidad es ser predicador, evangelista, embajador de Dios, mensajero de Dios y heraldo de las buenas nuevas a un mundo caído. Dice en otro lugar: “No me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio” (1 Co. 1:17).

No veo que Pablo haya apoyado alguna vez la teoría favorita de muchos, de que la intención era que fuera un ministerio sacerdotal, un sacerdocio eucarísticosacrificial en la iglesia de Cristo. No hay ni una palabra en el libro de los Hechos ni las epístolas a las iglesias que justifique semejante noción. No está escrito en ninguna parte que “Dios haya nombrado a algunos en la iglesia, primero apóstoles, luego [sacerdotes]” (1 Co. 12:28). Hay una ausencia notable de esta teoría en las epístolas pastorales a Timoteo y Tito, donde uno esperaría encontrarla, si es que pretendiera encontrar base para esas ideas.

Por el contrario, precisamente en estas epístolas, leemos expresiones como: “Manifestó su palabra por medio de la predicación”. “Yo fui constituido predicador”. “Para que por mí fuese cumplida la predicación” (Tito 1:3; 1 Ti. 2:7; 2 Ti. 1:11; 2 Ti. 4:17). Y, como broche de oro, una de sus últimas exhortaciones a su hijo espiritual

Timoteo, cuando lo dejó a cargo de una iglesia organizada, es esta frase concisa y expresiva: “Que prediques la palabra” (2 Ti. 4:2). En suma, creo que Pablo quiso que comprendiéramos que, no importa lo variadas que sean las obras para las cuales el pastor es apartado, la primera, más importante y principal es ser predicador de la Palabra de Dios.

Pero, a pesar de que me niego aceptar que las Escrituras justifiquen la creencia en un sacerdocio eucarístico-sacrificial, no nos vayamos al otro extremo y quitemos valor al oficio del siervo de Cristo. Es peligroso ir en esa dirección. Aferrémonos a ciertos principios firmes sobre el ministerio cristiano y no importa cuánto nos disguste el sacerdocio y las enseñanzas católicas romanas, no dejemos que nada nos tiente a dejar que estos principios se nos vayan de las manos. Hay un término medio sólido entre una idolatría oprobiosa del “sacerdotalismo” [creencia que enfatiza el poder de los sacerdotes como mediadores esenciales entre Dios y los hombres], por un lado, y una anarquía desordenada por el otro. El hecho de que no seamos papistas en este aspecto del ministerio, no quiere decir que tenemos que ser Cuáqueros o Hermanos Libres. Esto no era lo que Pablo tenía en mente.

(a) En primer lugar, grabemos bien en nuestra mente que el ministerio cristiano es una institución bíblica. No cansaré al lector dándole citas bíblicas para dar prueba de lo que digo. Le recomiendo que sencillamente lea las Epístolas a Timoteo y a Tito, y forme su propio criterio. A mi modo de ver, si estas epístolas no autorizan un ministerio, las palabras carecen de significado. Formemos un tribunal de las primeras personas sin prejuicios, inteligentes, sinceras y sin intereses creados, y sentémoslas con un Nuevo Testamento a la mano para que investiguen y analicen esta pregunta: “¿Es el ministerio cristiano algo bíblico o no?”. No tengo ninguna duda de lo que sería su veredicto.

(b) En segundo lugar, grabemos bien en nuestra mente que el ministerio cristiano es una provisión sabia y útil de Dios. Asegura el mantenimiento regular de las ordenanzas de Cristo y de los medios de gracia. Proporciona un mecanismo subyacente para promover el despertar de los pecadores y la edificación de los santos. La experiencia enseña que los asuntos de todos terminan siendo los asuntos de nadie; y si esto es cierto en otros aspectos, no lo es menos en asuntos relacionados con la vida cristiana. Nuestro Dios es un Dios de orden, obra a través de medios, y no tenemos razón alguna para esperar que su causa se mantenga por medio de intervenciones milagrosas constantes, mientras sus siervos no hacen nada. Para que haya predicación de la Palabra sin interrupción, además de la administración de las ordenanzas, no puede haber un plan mejor que la designación de una orden regular de hombres que se entregan totalmente a los negocios de Cristo.

(c) En tercer lugar, grabemos bien en nuestra mente que el ministerio cristiano es un privilegio honroso. Es un honor ser embajador de un rey; la persona designada a tal cargo es respetado y le es concedida inmunidad diplomática. Antes de la invención del telégrafo era un honor y una distinción codiciada, anunciar noticias como la de la victoria en Trafalgar y Waterloo. ¡Cuánto más grande honor es ser

embajador del Rey de reyes, y proclamar la buena noticia de la victoria obtenida en el Calvario! (2 Co. 5:20). Servir directamente a tal Señor, anunciar semejante mensaje sabiendo que los resultados de nuestra obra, si Dios la bendice, son eternos, es sin lugar a dudas un privilegio. Otros pueden trabajar por una corona corruptible, en cambio, el siervo de Cristo por una incorruptible.

Nunca un país está en peores condiciones como cuando los siervos de Cristo han causado que se ridiculice y desprecie su ministerio. Lo que dice Malaquías es tremendo: “Os he hecho viles y bajos ante todo el pueblo, así como vosotros no habéis guardado mis caminos” (Mal. 2:9). Pero, ya sea que los hombres escuchen o no, el puesto de un embajador fiel es honroso. Es digno de notar lo que dijo un anciano misionero a los noventa y seis años en su lecho de muerte: “Lo mejor de lo mejor que puede hacer el hombre es predicar el evangelio”.

Concluyo esta parte de mi tema con el pedido ferviente de que todos los que oran no dejen de elevar sus súplicas y oraciones intercesoras por los siervos de Cristo. Que nunca falte una buena medida de ellas aquí y en el campo misionero, de modo que estos se mantengan fieles en el evangelio y santos en su diario vivir, y que tengan cuidado de sí mismos y de la doctrina (1 Ti. 4:16).

Ah, recordemos que mientras nuestro ministerio es honroso, útil y bíblico ¡es también uno de profunda y dolorosa responsabilidad! Atendemos a las almas “como quienes han de dar cuenta” de ellas (He. 13:17). Si las almas se pierden por nuestra infidelidad, su sangre será demandada de nuestra mano. Nuestra misión sería fácil si se tratara sólo de leer los servicios, administrar las ordenanzas, usar vestimentas especiales, conducir una serie de ceremonias, ejercicios, gestos y posturas. Pero aquello no es todo. Tenemos que entregar el mensaje de nuestro Señor, declarar todo el consejo de Dios (Hch. 20:27) y no guardarnos nada que sea provechoso. Si a nuestras congregaciones no les anunciamos toda la verdad podemos arruinar para siempre sus almas inmortales. La vida y la muerte están en poder de la boca del predicador. Con razón decía el Apóstol: “¡Ay de mí si no anunciare el evangelio!” (1 Co. 9:16).

Pido una vez más que ore por nosotros. ¿Quién es suficientemente apto para la tarea? Recuerde el viejo dicho de los Padres de la Iglesia: “Nadie está en peor peligro espiritual que los pastores”. Es fácil que nos critiquen y nos encuentren defectos. Tenemos este tesoro en vasijas de barro. Somos hombres con las mismas pasiones que todos y no somos infalibles. Ore por nosotros en estos días de pruebas, tentaciones y controversias, pida que a nuestra iglesia nunca le falten obispos y diáconos firmes en la fe, audaces como leones, “prudentes como serpientes, y sencillos como palomas” (Mt. 10:16). El mismo que dijo: “Me fue dada esta gracia de anunciar”, dijo también en otra ocasión: “Orad por nosotros, para que la palabra del Señor corra y sea glorificada así como lo fue entre vosotros, y para que seamos librados de hombres perversos y malos; porque no es de todos la fe” (2 Ts. 3:1, 2).

III. Cristo: El tema de la predicación de Pablo

Notemos, en último lugar, lo que Pablo dice del gran tema de su predicación. Lo llama “las inescrutables riquezas de Cristo”.

Que el hombre de Tarso convertido predicara a “Cristo”, es lo que hubiéramos esperado por sus antecedentes. Habiendo encontrado paz por medio de la sangre que Cristo derramó en la cruz, es indudable que querría contarle a otros lo que pasó en su encuentro con Jesús. Nunca perdía su valioso tiempo exaltando una mera moralidad sin raíces, en discutir abstracciones inciertas y expresiones vacías, como “lo cierto”, “lo noble”, “lo sincero”, “lo hermoso”, “los gérmenes de bondad en la naturaleza humana” y cosas parecidas. Siempre iba al fondo de cada cuestión y les mostraba a los hombres la gran enfermedad humana, su estado desesperante como pecadores y al Gran Médico que necesita el mundo enfermo de pecado.

Además, el hecho de que predicara a Cristo entre “los gentiles”, concuerda con todo lo que sabemos de su línea de acción en todo lugar y entre todas las gentes. Dondequiera que viajaba y se ponía de pie para predicar, en Antioquía, Listra, Filipo, Atenas, Corinto y Éfeso; entre griegos y romanos, letrados e iletrados, estoicos y epicúreos; ante ricos y pobres, bárbaros y escitas, libres y esclavos; Jesús y su muerte expiatoria, Jesús y su resurrección eran el tema central de sus sermones. Variaba sabiamente su método de presentarlo, según su auditorio, pero el tema y el corazón de su predicación era Cristo crucificado.

Observemos en el texto que estamos enfocando una expresión muy peculiar, una expresión que incuestionablemente es única en sus escritos: “Las inescrutables riquezas de Cristo”. Es el lenguaje fuerte y ardiente con el que siempre recordaba su deuda con la misericordia y la gracia de Cristo. Le encantaba mostrar con sus palabras la intensidad que sentía. Pablo no era un hombre que decía las cosas a medias (*Quicquid fecit valde fecit*). Nunca olvidó el camino a Damasco, la casa de Judas, la calle llamada Derecha, la visita del buen Ananías, las escamas que cayeron de sus ojos, su propia experiencia maravillosa de pasar de muerte a vida. Estos hechos siempre estaban a flor de piel en su mente y, entonces, no se conformaba con decir: “Me fue dada esta gracia de anunciar”. No, amplía su tema. Lo llama “las inescrutables riquezas de Cristo”.

Pero, ¿qué quiso decir el Apóstol cuando se refirió a las “inescrutables riquezas”? Ésta es una pregunta difícil de contestar. Es indudable que veía en Cristo una inmensurable provisión para las necesidades del alma del hombre, así que no tenía otra frase para expresar la inmensidad de esta verdad. Desde cualquier punto de vista que observaba a Cristo, veía en él mucho más de lo que la mente común podía concebir y expresar con palabras. Sólo podemos ofrecer conjeturas de lo que tuvo la intención de decir exactamente. No obstante, puede ser provechoso determinar detalladamente algunas de las cosas que, con toda probabilidad, estaba pensando. Puede ser, tiene que ser, debiera ser provechoso. Después de todo recordemos que estas “riquezas de Cristo” son bendiciones que usted y yo necesitamos hoy, tanto como las necesitaba Pablo; y lo mejor de todo es que estas “riquezas” están reservadas en Cristo para usted y para mí, tanto como lo estuvieron hace más de

1900 años. Siguen allí. Todavía se ofrecen gratuitamente a todo aquel que esté dispuesto a aceptarlas. Siguen siendo la propiedad de cada uno que se arrepiente y crea. Demos una rápida mirada a algunas de ellas.

(a) En primer lugar y sobre todo, grabemos en nuestra mente que hay inescrutables riquezas en la persona de Cristo. Esta unión del Hombre perfecto y el Dios perfecto en la persona de nuestro Señor Jesucristo es un gran misterio que ni siquiera podemos empezar a comprender. Es un hecho más allá de nuestra capacidad de captar. Pero, misteriosa como pueda ser esta unión, es una riqueza de paz y consolución de todo el que la acepta. El poder y la compasión infinitos se unen y combinan en nuestro Salvador. Si hubiera sido únicamente Hombre no nos hubiera podido salvar. Si hubiera sido únicamente Dios (lo digo con reverencia) no hubiera podido “compadecerse de nuestras debilidades” ni hubiera padecido “siendo tentado” (He. 2:18; 4:15). Siendo Dios, es poderoso para salvar y siendo Hombre, es totalmente apto para ser nuestra Cabeza, nuestro Representante y nuestro Amigo. Dejemos que los que nunca piensan seriamente nos provoquen, si quieren, discutiendo credos y teología dogmática. Pero nunca se avergüence el cristiano reflexivo de creer y aferrarse a la doctrina, casi olvidada, de la Encarnación y de la unión de dos naturalezas en nuestro Salvador. Es una verdad rica y preciada el que nuestro Señor Jesucristo sea “Dios y Hombre”.

(b) En segundo lugar, grabemos en nuestra mente que hay inescrutables riquezas en la obra que Cristo realizó por nosotros cuando vivió, murió y resucitó aquí en la tierra. De hecho y en verdad, él completó la obra que su Padre le había encomendado (Jn. 17:4), la obra de expiación por el pecado, la obra de reconciliación, la obra de redención, la obra de satisfacción y la obra de sustitución como “el justo por el injusto”. Sé que algunos llaman a estas breves frases “términos teológicos inventados por el hombre, dogmas humanos” y cosas así. Pero les resultará muy difícil probar que cada una de estas frases que pueden parecer trilladas, no contienen fehacientemente la sustancia de textos claros de las Escrituras, los cuales por conveniencia, como la palabra Trinidad, los teólogos decidieron resumir en una sola palabra la realidad de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Cada expresión es muy rica.

(c) En tercer lugar, grabemos en nuestra mente que hay inescrutables riquezas en los oficios que Cristo realiza en este momento al vivir por nosotros a la diestra de Dios. Es nuestro Mediador, Abogado, Sacerdote, Intercesor, Pastor, Obispo, Médico, Capitán, Rey, Señor, Cabeza, Precursor, Hermano mayor y Esposo de nuestras almas. Es indudable que estos oficios no tienen ningún valor para los que no saben nada de Cristo. Pero para los que viven la vida de fe y buscan primeramente el reino de Dios, cada oficio es tanpreciado como el oro.

d) Grabemos también en nuestra mente que hay inescrutables riquezas en los nombres y títulos conferidos a Cristo en las Escrituras. Son muchos, como bien lo sabe todo lector esmerado de la Biblia, pero por falta de espacio no haré más que seleccionar algunos. Pensemos por un momento en títulos como Cordero de Dios, el Pan de vida, la Fuente de agua viva, la Luz del mundo, la Puerta, el Camino, la

Vid, la Roca, la Piedra Angular, el Manto del cristiano y el Altar del cristiano. Reflexione sobre cada uno de estos nombres y considere cuánta riqueza contienen. Para el hombre indiferente y mundano son solo “palabras” y nada más; pero para el cristiano auténtico, el análisis de cada título dará como resultado una riqueza de verdades benditas.

(e) Por último, grabemos en nuestra mente que hay inescrutables riquezas en las características, cualidades, atributos, disposiciones e intenciones de la mente de Cristo hacia el hombre, que nos son reveladas en el Nuevo Testamento, En él hay...

- riquezas de misericordia, amor y compasión por los pecadores,
- riquezas de poder para limpiar, perdonar y salvar perpetuamente,
- riquezas de buena voluntad para recibir a todo el que viene a él arrepentido y creyendo,
- riquezas de habilidad para cambiar, por su Espíritu, al corazón más duro y el carácter más malo,
- riquezas de tierna paciencia para sostener al creyente más débil,
- riquezas de fortaleza para ayudar a su pueblo hasta el fin, a pesar de todo obstáculo exterior e interior,
- riquezas de compasión por todos los desalentados que le llevan a él sus problemas y, por último, pero no por eso menos importante,
- riquezas de gloria para otorgar recompensas cuando vuelva para resucitar a los muertos y reunir a su pueblo, a fin de que moren con él en su Reino.

¿Quién puede estimar el valor de estas riquezas? Los hijos de este mundo las pueden tomar con indiferencia o rechazarlas con desprecio, pero para los que se dan cuenta del valor de sus almas es muy distinto. Dirán a una voz: “No hay riquezas que se comparen a las que tiene Cristo para su pueblo”.

Porque estas riquezas son inescrutables, es difícil estimar correctamente su valor. Son una mina, que no importa cuánto se trabaje, nunca se agota. Son como un manantial que, no importa cuánta agua se saque de ella, nunca se seca. El sol en el cielo ha brillado durante miles de años y sigue dando luz, vida, calor y fertilidad a toda la superficie del globo. No existe un árbol ni una flor en Europa, Asia, África o América que no sea deudora al sol. Y el sol sigue brillando de generación en generación, una temporada tras otra, saliendo y poniéndose con una regularidad absoluta, dando a todos, sin tomar nada de nadie, siendo hoy la misma luz y el mismo calor que fue el día de la creación. El sol es sin duda alguna el gran benefactor de la humanidad. Lo mismo sucede con Cristo, si es que alguna ilustración puede acercarnos a la realidad. Él sigue siendo “el Sol de justicia” para toda la humanidad (Mal. 4:2). Millones de personas se han beneficiado de él en el pasado y con sus ojos puestos en él vivieron tranquilos y tranquilos murieron. Miríadas de personas en este mismo momento están tomando de él su dosis diaria de misericordia, gracia, paz, fortaleza y ayuda encontrando que en él mora “toda plenitud”. No obstante, ¡estoy seguro de que desconocemos la mitad de las riquezas que él guarda! Muy apropiado fue que el Apóstol usara la frase “inescrutables riquezas de Cristo”.

Aplicaciones prácticas

Concluyo este capítulo con tres aplicaciones prácticas. Para conveniencia de mis lectores, las pondré en forma de preguntas instando a cada uno a que las examine en silencio y luego dé una respuesta.

(a) Primero quiero preguntarle qué piensa usted de sí mismo. Ya hemos enfocado lo que Pablo pensaba de sí mismo. Ahora pues, ¿qué pensamientos le vienen a la mente cuando los enfoca en usted mismo? ¿Ha descubierto la gran verdad fundamental de que es usted un pecador, un pecador culpable a los ojos de Dios?

Hay un clamor fuerte e incesante de que haya más escuelas que eduquen. Universalmente se deplora la ignorancia. Pero dé por seguro que no hay una ignorancia tan común y dañina como el desconocimiento de nosotros mismos. Sí, los hombres pueden saber mucho de arte, ciencia, idiomas, economía, política y el arte de gobernar y, no obstante, ser tristemente ignorantes en cuanto al estado de su corazón y de su posición delante de Dios.

Tenga por seguro que ese autoconocimiento es el primer paso hacia el cielo. Conocer la perfección inconmensurable de Dios y nuestra inmensa imperfección, ver nuestras propias faltas e inconmensurable corrupción, es el A-B-C de una fe salvadora. Cuanta más luz real interior tengamos, más humildes seremos y mejor comprenderemos el valor del evangelio de Cristo que tantos desprecian. El que tiene la peor opinión de sí mismo y de sus propias acciones es quizá el mejor cristiano delante de Dios. Sería bueno si muchos pudieran orar noche y día esta sencilla oración: “Señor, ayúdame a verme a mí mismo”.

(b) En segundo lugar, ¿qué piensa usted de los siervos de Cristo? Por más extraña que parezca la pregunta, creo que el tipo de respuesta, si es sincera, a menudo es una prueba justa del estado de su corazón.

No le estoy preguntando acerca de algún clérigo perezoso, mundano e inconstante, un guardia dormido ni un pastor infiel ¡No! Le pregunto acerca del siervo fiel de Cristo, quien expone honestamente el pecado y hace que nos recuerde la conciencia. Tenga cuidado cómo contesta la pregunta. En la actualidad, a demasiadas personas les gustan los pastores que profetizan cosas buenas y se abstienen de hablar del pecado. Prefieren a los predicadores que alimentan su orgullo y complacen su gusto intelectual, les gusta oír a los que nunca hacen sonar una alarma ni les dicen nada de la ira que vendrá. Cuando Acab vio a Eliseo, le dijo: “¿Me has hallado, enemigo mío?” (1 R. 21:20). Cuando a Acab le mencionaron al profeta Micaías, exclamó: “Le aborrezco, porque nunca me profetiza bien, sino solamente mal” (1 R. 22:8). ¡Ay, en este siglo existen muchos como Acab! Les gusta el ministerio de un pastor que no les hace sentir incómodos ni los manda inquietos a casa. ¿Cómo es usted? Créame, ¡el que más verdades le dice, mejor amigo es! Es una señal de impiedad en la Iglesia cuando los testigos de Cristo son silenciados o perseguidos y los hombres aborrecen a los que los reprenden (Is. 29:21). Fue un pronunciamiento solemne del profeta al rey Amazías cuando dijo: “Yo sé que Dios ha decretado destruirte, porque has hecho esto, y no obedeciste mi consejo” (2 Cr. 25:16).

(c) Por último, ¿qué piensa de Cristo mismo? A sus ojos, ¿es grande o pequeño? ¿Ocupa el primer o segundo lugar en su estima? ¿Está él delante o detrás de su Iglesia, sus siervos y sus ordenanzas? ¿Dónde está en su corazón y en su mente?

Al final de cuentas, ¡ésta es la pregunta más importante que puede haber! El perdón, la paz, la conciencia tranquila, esperanza en la hora de la muerte y el cielo mismo, dependen de su respuesta. Saber de Cristo es vida eterna. Estar sin Cristo es estar sin Dios. “El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida” (1 Jn. 5:12). Los amigos de una educación netamente secular, los defensores entusiastas de la reforma y el progreso, los adoradores de la razón, el intelecto, la mente y la ciencia pueden decir lo que quieran y hacer todo lo que quieran para arreglar al mundo. Pero descubrirán que sus esfuerzos son en vano, si no tienen en cuenta la Caída del hombre y si no hay lugar para Cristo en sus planes.

Existe una enfermedad grave en el corazón de la humanidad que echará por tierra todos sus esfuerzos y arrasará con todos sus planes. Esa enfermedad es el pecado. ¡Oh, si la gente al menos pudiera ver y reconocer la corrupción de la naturaleza humana y lo inútil que son los esfuerzos para mejorar al hombre que no se basan en el sistema curativo del evangelio! Sí, la plaga del pecado está en el mundo y no hay agua que pueda curar esa plaga, excepto la que fluye de la fuente para todo pecado: El Cristo crucificado.

En suma, ¿de qué vale la vanagloria? Como dijo un gran teólogo en su lecho de muerte: “Todos estamos despiertos a medias”. Hasta el mejor cristiano entre nosotros, sabe poco de su glorioso Salvador, aun después de haber aprendido a creer, “ahora [ve] por espejo, oscuramente” (1 Co. 13:12). No sabemos de las “riquezas inescrutables” que hay en él. Cuando despertemos a su imagen en el más allá, nos sorprenderemos de que lo veíamos tan imperfectamente y que lo amamos tan poco. Procuremos conocerlo mejor ahora y vivamos en una comunión más íntima con él. Viviendo así, no sentiremos necesidad de sacerdotes humanos y confesionarios terrenales. Podremos decir: “Tengo todo y en abundancia, no quiero más. ¡Me es suficiente que Cristo murió por mí en la cruz, que Cristo intercede siempre por mí a la diestra de Dios, que Cristo mora en mi corazón por fe, que Cristo pronto vuelve para recogerme a mí y al resto de su pueblo para no volver a partir! Sí, Cristo es suficiente para mí. Teniendo a Cristo, tengo ‘inescrutables riquezas’”

Los bienes que tengo, vienen de su mano, y si hay algo malo, me ayuda a bien. Si él es mi amigo, todo lo tengo; si no es mi amigo, estoy en pobreza. Si gano en la vida o pierdo también, lo único que importa es tenerlo a él. Mientras viva en la tierra, no todo tendré, a medias lo conozco, a medias lo adoro, tan solo una parte de su amor percibo. Más cuando en la gloria un día me encuentre, completamente su gloria veré. Diré con un canto inspirado en su amor: “Estoy satisfecho, él es mío y yo soy de él”. 19. Necesidades de nuestros tiempos Hombres “entendidos en los tiempos”. 1 Crónicas 12:32 Estas palabras se refieren a la tribu de Isacar, en los primeros tiempos del reinado de David sobre Israel. Parece que después de la triste

muerte de Saúl, algunas de las tribus estaban indecisas sobre su futuro inmediato. “¿Bajo qué rey?” era la pregunta del día en Palestina. Algunos no sabían si debían ser leales a la familia de Saúl o aceptar a David como su rey. Titubeaban y no se decidían; otros, sin vacilar, se decidieron por David. Entre estos últimos, había muchos de los hijos de Isacar y el Espíritu Santo los elogia de una manera especial. Los llama “entendidos en los tiempos”. Sin duda esta frase, como cada una en las Escrituras, fue incluida para nuestra enseñanza. Estos hombres de Isacar nos son presentados como una modelo para imitar y un ejemplo para seguir porque es sumamente importante entender los tiempos en que vivimos y saber lo que estos tiempos requieren. Los sabios en la corte de Asuero “conocían los tiempos” (Est. 1:13). Nuestro Señor Jesucristo le reprocha a su pueblo diciéndole: “No conociste el tiempo de tu visitación”. “Sabéis distinguir el aspecto del cielo, ¡más las señales de los tiempos no podéis!” (Lc. 19:44; Mt. 16:3). Tengamos cuidado y no cometamos el mismo pecado. El hombre que se contenta con sentarse tranquilo en su casa, absorbido por sus propios asuntos, y no tiene conciencia de lo que está sucediendo en la Iglesia y en el mundo, es un patriota lastimoso, y una pobre muestra de lo que debe ser un cristiano. Además de la Biblia y nuestros propios corazones, nuestro Señor quiere que conozcamos nuestros tiempos, como lo hacían los sabios en la corte de Asuero. En este capítulo, me propongo considerar lo que nuestros propios tiempos requieren de nosotros. Cada época tiene sus peligros únicos para el cristiano profesante y, en consecuencia, demandan especial atención a los deberes propios de su situación particular. Pido a mi lector que me dé su atención durante unos minutos, mientras trato de mostrar lo que los tiempos requieren del cristiano y, particularmente, los de nuestro país. Son cinco los puntos que presentaré y lo haré claramente y sin reservas. “Y si la trompeta diere sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla?” (1 Co. 14:8).

20. “Cristo es el todo”

“Cristo es el todo”. Colosenses 3:11

Las palabras de nuestro texto son pocas, breves y se dicen pronto; pero contienen grandes verdades. Al igual que aquellos versículos de oro: “Para mí el vivir es Cristo”, “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Fil. 1:21; Gál. 2:20), las palabras a los colosenses son singularmente ricas y significativas.

Estas cuatro palabras son la esencia y la sustancia del cristianismo. Si nuestro corazón realmente puede estar de acuerdo con ellas, le hará bien a nuestra alma. Si no, seguramente, todavía tenemos mucho que aprender.

Voy a tratar de establecer en qué sentido “Cristo es el todo” y les pido que, a medida que vayan leyendo, juzguen con sinceridad, si acaso están seguros de que no pueden naufragar en el juicio final.

A propósito, termino este libro con un comentario sobre este notable texto. Cristo es la fuente principal, tanto del cristianismo doctrinal como del práctico. Un

conocimiento adecuado de Cristo es esencial para entender correctamente las doctrinas de la santificación y la justificación. El que comienza el camino de la santidad, no hará ningún progreso, a menos que le dé a Cristo el lugar que le corresponde. Empecé este libro con una afirmación clara acerca del pecado. Quiero terminarlo con una declaración, igualmente clara, acerca de la persona de Cristo.

I. “Cristo es el todo” respecto al hombre

Antes de cualquier otra cosa, entendamos que Cristo es el todo en todos los consejos de Dios respecto al hombre.

(a) Hubo un tiempo cuando esta tierra no existía. Sólidas como se ven las montañas, sin límites como aparenta ser el mar, altas como se ven las estrellas en el cielo, nada de eso existía. Y el hombre, con todos los altos conceptos que ahora tiene de sí mismo, era una criatura desconocida.

¿Y dónde estaba Cristo entonces? Las Escrituras nos ayudan a contestar esta pregunta: “El Verbo era con Dios” y era “igual a Dios” (Jn. 1:1; Fil. 2:6). Cristo ya era en aquel entonces el Hijo amado del Padre: “Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Jn. 17:5). “Me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Jn. 17:24). “Eternamente tuve el principado, desde el principio, antes de la tierra” (Pr. 8:23). Incluso ya él era el Salvador “destinado desde antes de la fundación del mundo” (1 P. 1:20) y los creyentes fueron escogidos “en él antes de la fundación del mundo” (Ef. 1:4).

(b) Llegó un momento cuando esta tierra fue creada en su orden actual. El sol, la luna y las estrellas, el mar, la tierra y todos sus habitantes, fueron llamados a ser y hacer en medio del caos y la confusión. Y, por último, el hombre fue formado del polvo de la tierra.

¿Y dónde estaba Cristo entonces? Lo que dicen la Escrituras: “Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Jn. 1:3). “En él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra” (Col. 1:16). “Y: tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos” (He. 1:10).

“Cuando formaba los cielos, allí estaba yo; cuando trazaba el círculo sobre la faz del abismo; cuando afirmaba los cielos arriba, cuando afirmaba las fuentes del abismo; cuando ponía al mar su estatuto, para que las aguas no traspasasen su mandamiento; cuando establecía los fundamentos de la tierra, con él estaba yo ordenándolo todo, y era su delicia de día en día, teniendo solaz delante de él en todo tiempo” (Pr. 8:27-30).

¿Nos sorprende que el Señor Jesús, en su predicación, usara elementos que extraía del libro de la naturaleza? Cuando hablaba de las ovejas, los peces, los cuervos, el grano, los lirios, la higuera, la vid, se refería a las cosas que él mismo había creado.

(c) Llegó un día cuando el pecado entró en el mundo. Adán y Eva comieron del fruto prohibido y cayeron. Perdieron la naturaleza santa que tenían en el principio. Perdieron la amistad y el favor de Dios y se convirtieron en seres culpables, indefensos, corruptos y pecadores sin esperanza. El pecado fue desde entonces una barrera infranqueable entre ellos y su Padre santo en el cielo. Dios tuvo que tratar con ellos de acuerdo con su pecado. Ahora no había nada delante de Adán y Eva, sino la muerte, el infierno y la ruina eterna.

¿Y dónde estaba Cristo entonces? En ese preciso momento, a nuestros temblorosos padres, les fue revelada la única esperanza de salvación: Cristo Jesús. El mismo día en que desobedecieron, se les dijo refiriéndose a la simiente de la mujer: “Ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”. También se les comunicó que un Salvador nacido de mujer vencería al diablo y, de esa manera, ganaría una entrada a la vida eterna para el hombre pecador (Gn. 3: 15). Cristo fue presentado como la verdadera luz del mundo en el mismo día de la caída del hombre y, a partir de ese día, nunca se ha dado a conocer otro nombre por el cual las almas puedan ser salvas, más que el nombre Jesús (Hch. 4:12). Por él, todas las almas salvadas han entrado en el cielo, desde Adán en adelante, y sin él, nadie puede escapar de las garras del infierno.

(d) Llegó un momento cuando el mundo estaba sumido y hundido en una profunda ignorancia de Dios. Después de 4.000 años, parece que las naciones de la tierra se han olvidado completamente del Dios que las creó. El imperio egipcio, el asirio, el persa, el griego y el romano no hicieron más que extender la superstición y la idolatría. Los poetas, historiadores y filósofos habían demostrado que, aun con todas sus facultades intelectuales, no tenían un conocimiento correcto de Dios y que el hombre, abandonado a su suerte, era totalmente corrupto. “El mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría” (1 Co. 1:21). Excepto por unos cuantos judíos despreciados en un rincón de la tierra, el mundo entero estaba muerto en la ignorancia y sumido en el pecado.

¿Y qué hizo Cristo entonces? Dejó la gloria que había sido suya desde toda la eternidad con el Padre y descendió al mundo para ofrecer salvación. Él tomó nuestra naturaleza y nació como hombre. Como hombre, hizo la voluntad de Dios perfectamente, cosa que todos habíamos dejado de hacer; como hombre, sufrió en la cruz del Calvario la ira de Dios que nosotros debíamos haber sufrido. Ascendió a la gloria de Dios y se sentó a su diestra, en espera de que sus enemigos sean puestos al estrado de sus pies. Y desde allí, ofrece salvación a todo aquel que quiera venir a él. Intercede por todos los que creen en él y gestiona delante del Padre todo lo que tenga que ver con la salvación de las almas.

(e) Vendrá el tiempo cuando el pecado será echado fuera de este mundo. La maldad no siempre florecerá en la impunidad, Satanás no reinará para siempre, la creación un día dejará de gemir sus dolores de parto. Habrá un momento cuando todas las cosas serán restauradas. Habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, donde morará la justicia, y la tierra será llena del conocimiento del Señor, como las aguas cubren el mar. (Ro. 8:22; Hch. 3:21; 2 P. 3:13; Is. 11:9).

¿Y dónde estará Cristo entonces? ¿Y qué hará? Cristo mismo será Rey. Regresará a esta tierra y hará nuevas todas las cosas. Descenderá en las nubes del cielo con poder y gran gloria, y los reinos del mundo se convertirán a él. Los paganos le serán dados por herencia y hasta el último rincón de la tierra por su posesión. Toda rodilla se doblará delante de él y toda lengua confesará que él es el Señor, para la gloria de Dios Padre. Su dominio será eterno, nunca pasará, y su reino no será destruido. (Mt. 24:30; Ap. 11:15; Sal. 2: 8; Fil. 2:10, 11; Dn. 7:14).

(f) Viene el día cuando todos los hombres serán juzgados. El mar entregará a los muertos que estén en él y, lo mismo, harán la muerte y el infierno con sus muertos. Todos los que duermen en la tumba despertarán y saldrán, y todo será juzgado según sus obras, unos para vida eterna y otros para vergüenza y confusión perpetua. (Ap. 20:13; Dn. 12: 2)

¿Y dónde estará Cristo entonces? En el Día del Juicio, Cristo mismo será el Juez. “El Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo”. “Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos”. “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (Jn. 5:22; Mt. 25:31-32; 2 Co. 5:10).

Ahora bien, si usted que lee este escrito no le da importancia a Cristo, ¿le hago saber que difiere de Dios! Usted es de una mente y Dios es de otra. ¿Usted cree que es suficiente dar a Cristo un poco de honor, un poco de reverencia, un poco de respeto? Está equivocado porque en todo el consejo eterno de Dios Padre, en la creación, en la redención, en la restitución y en el juicio, Cristo es “el todo”.

Consideremos estas cosas. Obviamente fueron escritas para recordarnos que: “El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió” (Jn. 5:23).

II. “Cristo es el todo” en la Biblia

En segundo lugar, entendamos que “Cristo es el todo” en los libros inspirados que componen la Biblia.

Encontramos a Cristo en todas partes de ambos testamentos. Al principio lo vemos sutil e indistintamente. En el medio, lo encontramos más clara y llanamente. Y lo vemos total y completamente, al final. Cristo es el todo en toda la Biblia de una manera real y sustancial.

El sacrificio y muerte de Cristo por los pecadores, el reino de Cristo y su futura gloria, son la luz que tenemos que buscar en cualquier libro de las Escrituras que leamos. La cruz de Cristo y su corona son la clave a la que debemos aferrarnos si hemos de encontrar nuestro camino cuando enfrentamos alguna dificultad en nuestra lectura

bíblica. Cristo es la única llave que abrirá muchos de los lugares, aparentemente oscuros, de la Palabra. Algunos se quejan de que no entienden la Biblia. Y la razón es muy simple: No utilizan la clave. Para esas personas, la Biblia es como los jeroglíficos en Egipto. Es un misterio y lo es, simplemente porque no conocen ni emplean la clave.

(a) Todo el sistema sacrificial del Antiguo Testamento estableció a Cristo crucificado. Cada animal ofrecido en un altar era una confesión práctica de que era necesario un Salvador que muriera por los pecadores, un Salvador que quitara el pecado del hombre, por su sufrimiento, como su Sustituto, es decir, que padeciera en su lugar (1 P. 3:18). ¡Es absurdo suponer que el sacrificio de animales inocentes, sin más objetivo que la sola muerte, podría agradar al Dios eterno!

(b) Fue Cristo a quien Abel miró cuando ofreció un mejor sacrificio que Caín. No sólo era mejor el corazón de Abel que el de su hermano, sino que demostró su conocimiento del sacrificio vicario y su fe en la expiación. Ofreció los primogénitos de sus ovejas incluyendo su sangre y, al hacerlo, declaró, implícitamente, su convicción de que sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecado (He. 9:22; 11:4).

(c) Fue Cristo de quien profetizó Enoc en los días de extrema maldad antes de la inundación. “He aquí”, dijo, “vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos” (Jud. 14, 15).

(d) Fue Cristo a quien vio Abraham cuando habitó en tiendas en la tierra prometida. Él creyó en la promesa de que por su simiente, por uno nacido de su familia, todas las naciones de la tierra serían bendecidas. Por la fe, vio el día de Cristo y se gozó (Jn. 8:56).

(e) Fue Cristo de quien habló Jacob a sus hijos mientras agonizaba. Aclaró, puntualmente, la tribu de la que nacería y predijo que “se congregarán todos los pueblos” en su presencia, lo cual aún está por cumplirse. “No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos” (Gn. 49:10).

(f) Fue Cristo quien constituía la sustancia de la ley ceremonial que Dios dio a Israel por medio de Moisés. El sacrificio de la mañana y de la tarde, el derramamiento continuo de sangre, el altar, el propiciatorio, el sumo sacerdote, la Pascua, el día de la expiación y el chivo expiatorio, eran imágenes, tipos y emblemas de Cristo y su obra. Dios tuvo compasión de la debilidad de su pueblo. Él les enseñó a “Cristo” paso a paso, línea por línea y, por medio símiles, tal como enseñamos a los niños pequeños. Fue en este sentido, especialmente, que “la ley ha sido nuestro ayo” para guiar a los Judíos “a Cristo” (Gá. 3:24).

(g) Fue Cristo hacia quien Dios dirigió la atención de Israel con todos los milagros que diariamente se hacían frente a sus propios ojos en el desierto. La columna de fuego y la nube que los guió en el desierto, el maná del cielo que cada mañana les

daba para comer, el agua de la roca golpeada y todos los demás milagros, cada uno era una figura de Cristo. La serpiente de bronce, en aquella ocasión memorable en que Dios envió la plaga de serpientes ardientes sobre ellos, fue, sin lugar a dudas, un emblema de Cristo (1 Co. 10:4; Jn. 3:14.)

(h) Fue Cristo de quien eran un tipo todos los jueces. Josué, Gedeón, Jefté, Sansón y todos los demás a quienes Dios levantó para librar a Israel de su cautiverio, todos eran emblemas de Cristo. Débiles e inestables y tan deficientes como eran, fueron usados como un ejemplo de que vendrían cosas mejores en el futuro lejano. Todo tuvo la intención de recordar a las tribus que vendría un Libertador superior.

(i) Fue Cristo de quien el rey David era un tipo. Ungido y elegido cuando pocos lo honraban, cuando era despreciado y rechazado por Saúl y todas las tribus de Israel, cuando era perseguido y obligado a huir para salvar su vida. Fue un hombre que sufrió durante toda su vida y, sin embargo, fue un vencedor; en todas estas cosas, David representaba a Cristo.

(j) Fue Cristo de quien todos los profetas, desde Isaías hasta Malaquías hablaron. Ellos vieron a Cristo como a través de un espejo, oscuramente (1 Co. 13:12). Algunas veces anunciaron los sufrimientos de Cristo y, otras, las glorias que vendrían (1 P. 1:11). No siempre aclararon la diferencia entre la primera y la segunda venida de Cristo. Como dos velas en una línea recta, una detrás de la otra, a veces, vieron ambos eventos al mismo tiempo y hablaron de ellos simultáneamente. A veces, fueron movidos por el Espíritu Santo para escribir de los tiempos del Cristo crucificado y, a veces, de su reino en los últimos días, pero lo cierto es que la muerte de Jesús o Jesús reinando, es el pensamiento trascendente que siempre encontraremos en sus mentes.

(k) Es Cristo, digo enfáticamente, de quien todo el Nuevo Testamento está saturado. Los Evangelios son Cristo viviendo, hablando y desplazándose entre los hombres. Los Hechos son Cristo predicado, publicado y proclamado. Las Epístolas son Cristo escrito, explicado y exaltado. Subrayo de nuevo: Desde Mateo hasta Apocalipsis, hay un nombre por encima de todos los demás y es el nombre de Cristo.

Exhorto a cada lector de este escrito a preguntarse con frecuencia lo que la Biblia es para él. ¿Es un libro en el que ha encontrado nada más que buenos preceptos morales y buenos consejos? ¿O es una Biblia en la que usted ha encontrado a Cristo? ¿Es una Biblia en la que “Cristo es el todo?”. Si no, se lo digo claramente: Hasta ahora, usted ha usado su Biblia con un propósito muy limitado. Es como un hombre que estudia el sistema solar y deja de lado un análisis de lo que es el sol que, al final de cuentas, es el centro de todo. ¡No es de extrañar si su Biblia le resulta aburrida!

III. “Cristo es el todo” de cada cristiano auténtico

En tercer lugar, entendamos que “Cristo es el todo” de cada cristiano auténtico en la tierra.

Al decir esto, tengo que asegurarme que no me malinterpreten. Todo ser humano tiene la absoluta necesidad de la elección de Dios el Padre y la santificación de Dios el Espíritu, a fin de que se efectúe la redención de todos los que han de ser salvos. Sostengo que hay una perfecta armonía e idéntica tonalidad en la acción de las tres Personas de la Trinidad, en llevar al hombre a la gloria. Afirmino también que los tres cooperan y obran conjuntamente en liberar al hombre del pecado y del infierno. Tal como es el Padre, es el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre es misericordioso, el Hijo es misericordioso, el Espíritu Santo es misericordioso. Los mismos tres que dijeron al principio: “Hagamos”, también han dicho: “Redimamos y salvemos al hombre”. Sostengo que todo el que llega a los cielos tiene que atribuir toda la gloria de su salvación al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, tres personas en un solo Dios.

Pero, al mismo tiempo, veo una prueba clara en las Escrituras, que es el sentir de la Santísima Trinidad, que Cristo sea exaltado prominente y distintivamente en lo que a la salvación de las almas se refiere. Cristo es presentado como el “Verbo” mediante el cual Dios da a conocer su amor a los pecadores. La encarnación y la muerte expiatoria de Cristo en la cruz conforman la gran piedra angular sobre la cual se apoya todo el plan de salvación. Cristo es el camino y la puerta, medios por los cuales se tiene acceso a Dios. Cristo es la raíz en la que todos los pecadores elegidos deben ser injertados. Cristo es el único lugar de encuentro entre Dios y el hombre, entre el cielo y la tierra, entre la Santa Trinidad y los pobres pecadores hijos de Adán. Es Cristo a quien Dios el Padre ha “señalado” y asignado para que dé vida a un mundo muerto (Jn. 6:27). Es Cristo a quien el Padre le ha dado un pueblo para que lo lleve a la gloria. Es Cristo de quien el Espíritu da testimonio y a quien el Espíritu mismo guía a las almas para recibir perdón y paz. En definitiva, le “agradó al Padre que en él habitase toda plenitud” (Col. 1:19). Lo que el sol es en el vasto firmamento, Cristo es en el cristianismo auténtico.

Digo estas cosas a manera de explicación. Quiero que mis lectores entiendan claramente lo que digo. “Cristo es el todo”. Con esto, no pretendo echar por la borda la obra del Padre y del Espíritu Santo. Permítame, en cambio, mostrarle lo que quiero decir.

(a) Cristo es el todo en la justificación del pecador delante de Dios.

Solamente a través de él podemos tener paz con un Dios Santo. Solamente por él podemos ser admitidos en la presencia del Altísimo y permanecer allí sin ningún temor. “Tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él”. En Cristo y, solamente en él, Dios justifica al impío (Ef. 3:12; Ro. 3:26).

¿Bajo qué circunstancias puede un mortal presentarse delante de Dios? ¿Qué podemos argumentar en favor de la absolución delante de ese Ser glorioso, en cuyos ojos los mismos cielos no están limpios? ¿Podemos alegar que hemos cumplido con nuestro deber con Dios? ¿Diríamos que hemos cumplido con nuestro deber con nuestro prójimo? ¿Podríamos presentar nuestras oraciones, nuestra regularidad, nuestra moralidad y los cambios de conducta que hemos ogrado?

¿Sería un buen argumento decir que asistimos fielmente a la iglesia? ¿Nos atreveríamos a pedir ser aceptados por alguno de esos “méritos”?

¿Cuál de estas cosas podría soportar el escrutinio de los ojos de Dios? ¿Cuál de todas esas cosas nos puede justificar realmente? ¿Cuál de ellas nos garantiza que después del juicio llegaremos a la gloria?

¡Ninguna, ninguna, ninguna! Tome cualquier mandamiento del Decálogo y examínese tomando como base ese mandamiento. Seguramente encontrará que lo ha quebrantado con frecuencia. No podemos presentar a Dios ni una cosa entre mil. escoja a alguno, a cualquiera, y analice un poco sus caminos; sin duda, su veredicto será que no somos nada, sino simples pecadores, todos somos culpables, todos merecemos el infierno y todos debemos morir. ¿Con qué podemos presentarnos ante Dios?

Debemos presentarnos ante Dios en el nombre de Jesús, sin ningún otro fundamento, sin esgrimir ningún argumento que éste: “Cristo murió en la cruz por los impíos y confío en él. Cristo murió por mí y yo creo en él”.

La prenda de nuestro Hermano Mayor, la justicia de Cristo, es el único traje que puede cubrirnos y hacernos aptos para estar en la luz del cielo sin avergonzarnos.

El nombre de Jesús es el único nombre con el que tendremos la entrada directa a la gloria eterna. Si llegamos a la puerta y presentamos nuestros propios nombres, estamos perdidos, no seremos admitidos, vamos a llamar en vano. Pero si llamamos en el nombre de Jesús, él es el pasaporte y la contraseña para poder entrar y vivir allí eternamente.

La señal de la sangre de Cristo es el único distintivo que puede salvarnos de la destrucción. Cuando los ángeles del cielo estén separando las ovejas de los cabritos en el día final, si no estamos marcados con la sangre de la expiación, más nos vale nunca haber nacido.

¡Oh, no olvidemos nunca que Cristo debe ser “el todo” de esa alma que quiere ser justificada! Debemos contentarnos con ir al cielo como mendigos, salvados por gracia, simplemente como creyentes en Jesús; de otra manera, nunca seremos salvos. ¿Hay entre mis lectores algún alma mundana irreflexiva? ¿Habrà quien piense que para alcanzar el cielo, podrá decir en su lecho de muerte: “Señor, ten misericordia de mí”, sin antes haber conocido a Cristo? Amigo, usted mismo está sembrando la semilla de su sufrimiento y, a menos que se arrepienta, despertará a la perdición eterna.

¿Hay algún alma orgullosa y soberbia entre mis lectores? ¿Hay alguien pensando que por sus propios méritos y esfuerzo puede llegar a ser apto para el cielo y lo suficientemente bueno como para pasar el examen de sus acciones personales? Amigo, usted está construyendo una torre de Babel y nunca llegará al cielo si se mantiene en su estado actual.

¿Hay entre mis lectores quien sienta una carga en su corazón respecto a su alma?
¿Hay alguien que quiera salvarse y se siente un vil pecador? Le invito pues: “Ven a Cristo y él te salvará. Ven a Cristo y echa la carga de tu alma sobre él. No temas; cree solamente”.

¿Tiene temor de la ira venidera? Cristo puede liberarlo de ella. ¿Siente sobre usted la maldición por haber quebrantado la ley? Cristo puede redimirle de la maldición de la ley. ¿Se siente alejado de Dios? Cristo sufrió en la cruz para lograr acercarlo a Dios. ¿Se siente impuro? La sangre de Cristo puede limpiarle de todo pecado. ¿Se siente imperfecto? Usted estará completo en Cristo. ¿Se siente como si no fuera nada? Cristo es “el todo” para su alma. Nunca, ningún santo alcanzó el cielo con cualquier argumento, sino diciendo: “He lavado y emblanquecido mis ropas en la sangre del Cordero” (Ap. 7:14).

(b) Pero, repito, Cristo no sólo es “el todo” en la justificación de un verdadero cristiano, sino también en su santificación.

Espero que no haya nadie que me malinterprete. No quiero, ni por un momento, restarle importancia a la obra del Espíritu Santo. Pero sí digo que nunca, ningún hombre será santo hasta que venga a los pies de Cristo y se una a él. Hasta entonces, sus obras son obras muertas; carece totalmente de santidad. Lo primero que tiene que asegurarse es estar unido a Cristo y, luego, ser santo. El propio Jesús dice: “Porque separados de mí nada podéis hacer” (Jn. 15: 5).

Ninguno puede crecer en santidad, a menos que permanezca unido a Cristo. Cristo es la raíz de la que todo creyente debe recibir su fuerza para seguir adelante. El Espíritu es su regalo especial, regalo que fue comprado para su pueblo. Un creyente, no sólo debe haber “recibido al Señor Jesucristo”, sino andar en él; siendo arraigado y edificado en él (Col. 2: 6, 7).

¿Anhela ser santo? Entonces, tiene que alimentarse diariamente de Cristo que es el maná del cielo. Recuerde el maná que comía Israel en el desierto. ¿Quiere ser santo? Entonces Cristo debe ser la roca de la que usted debe beber diariamente el agua viva. ¿Busca ser santo? Entonces usted debe estar buscando siempre a Jesús. Debe mantener su vista en la cruz y buscar diariamente motivos para caminar más cerca de Dios, siguiendo su ejemplo y tomándolo a él como su ejemplo de vida. Poniendo sus ojos en Cristo, usted llegará a ser como él. Su rostro brillará sin que usted lo sepa. Si quita su vista de usted mismo y la pone en Cristo, encontrará que, aquellas penas que le aquejaban, se alejarán de usted y sus ojos brillarán más y más cada día (He. 12:2; 2 Co. 3:18).

El verdadero secreto para salir del desierto es llegar “recostándose en el Amado” (Cnt. 8:5). La manera válida de llegar a ser fuerte es reconocer nuestra debilidad y convencernos de que Cristo debe ser “el todo”. La verdadera manera de crecer en la gracia es beber de Cristo como de una fuente inagotable que satisface las necesidades de cada momento. Debemos emplearlo como la viuda del profeta

usaba el aceite; no sólo para pagar nuestras deudas, sino para seguir viviendo después de haberlas pagado (2 R. 4:7). Debemos esforzarnos por ser capaces de decir: “Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gá. 2:20).

¡Siento lástima por aquellos que pretenden ser santos sin Cristo! Sus esfuerzos son vanos. Es como poner su dinero en una bolsa con agujeros o como vaciar agua en un colador. Se asemeja al esfuerzo de rodar una enorme piedra redonda cuesta arriba o construir una pared con lodo demasiado mojado. Actuar así es comenzar en el punto equivocado. Usted debe venir a Cristo primero y él le dará su Espíritu santificador. Tiene que aprender a decir con Pablo: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Fil. 4:13).

(c) Además, Cristo no sólo es todo en la santificación del cristiano auténtico, sino todo en su tranquilidad en el presente.

Un alma salvada tiene muchas aflicciones. Tiene un cuerpo como el de los demás seres humanos, débiles y frágiles. Tiene un corazón como los demás hombres y, muchas veces, su corazón es más sensible. Tiene sufrimientos y pérdidas como los demás y, con frecuencia, experimenta más pruebas que ellos. Tiene su cuota de duelos, muertes, decepciones y cruces. El alma salvada también tiene la oposición del mundo, un lugar en la vida que debe llenar en integridad, tiene familiares no convertidos con los que tiene que tratar con paciencia, persecuciones que soportar y una muerte que enfrentar. ¿Y quién es suficiente para estas cosas? ¿Qué es lo que capacita al creyente para encarar todo esto? Nada más que “la consolación que hay en Cristo” (Fil. 2: 1).

En realidad, Jesús es, de hecho, el Hermano que nos acompaña en la adversidad. Es un Amigo más unido que un hermano y sólo él puede consolarnos. Él es capaz de compadecerse de nuestras enfermedades porque él mismo “fue tentado en todo según nuestra semejanza” (He. 4:15). Él sabe lo que es el dolor porque fue varón de dolores, experimentado en quebrantos (Is. 53:3). Él sabe lo que es un cuerpo dolorido; cuando su cuerpo estaba atormentado por el dolor clamó: “He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron” (Sal. 22:14). Sabe lo que son la pobreza y el cansancio, pues a menudo, se fatigaba y no tenía dónde reclinar la cabeza. Sabe lo que es la incomprensión de la familia, pues incluso sus hermanos no le creyeron. No era honrado ni siquiera en su propia casa.

Y Jesús sabe exactamente cómo consolar la aflicción de su pueblo.

Sabe cómo derramar aceite y vino en las heridas del espíritu, conoce la forma de llenar los vacíos de los corazones, cómo pronunciar palabras que alivien el cansancio de los suyos, cómo curar el corazón partido, cómo atender al que está en el lecho del dolor, cómo acercarse cuando le invocamos en nuestra debilidad y decir simplemente: “No temas”, yo soy tu salvación (Lm. 3:57).

Hablamos de lo reconfortante es que alguien se conde de nosotros. ¡No hay compasión como la de Cristo! En todas nuestras aflicciones, él está con nosotros. Él conoce nuestras penas. Cuando sufrimos dolor, él se duele, y como el buen médico, no escatima ni una gota de medicina para calmar nuestro dolor. David dijo cierta vez: “En la multitud de mis pensamientos dentro de mí, tus consolaciones alegraban mi alma” (Sal. 94:19). Estoy seguro de que más de un creyente podría decir lo mismo: “A no haber estado Jehová por nosotros, hubieran entonces pasado sobre nuestra alma las aguas impetuosas” (Sal. 124:2, 5).

¡Es maravilloso cómo el creyente supera todas sus angustias! ¡Es impresionante cómo, cuando pasa a través del fuego de la prueba y la inundación de muchas aguas, recibe consolación! ¿Cómo es posible? Simple y sencillamente es posible porque Cristo, no sólo es justificación y santificación, sino también consuelo. “He visto sus caminos; pero le sanaré, y le pastorearé, y le daré consuelo a él y a sus enlutados” (Is. 57:18).

¡Oh, a usted que quiere gozar de tranquilidad constante, lo encomiendo a Cristo! Sólo en él no hay fracaso. Los ricos se decepcionan de sus bienes. Los sabios se decepcionan de sus libros. Los cónyuges se decepcionan de sus parejas. Los padres se decepcionan de sus hijos. Los estadistas se decepcionan, a pesar de que conquistan posición y poder después de mucho luchar. Al final de cuentas, descubren que tienen más problemas que placer. ¿Y qué produce la decepción, sino enojo, intranquilidad incesante, preocupación, vanidad y aflicción de espíritu? En cambio, para la gloria de Dios, nadie jamás ha sido decepcionado estando en Cristo.

(d) Cristo no sólo es todo consuelo para el cristiano auténtico en la actualidad, Cristo es también “el todo” en su esperanza del tiempo por venir.

Supongo que habrá pocos hombres y mujeres que no disfrutan de la vida porque no tienen esperanza de algún tipo relacionada con sus almas. Pero las esperanzas de la gran mayoría, no son más que vanas fantasías. No tienen ninguna base sólida para tener esperanza. Ningún ser humano, excepto el verdadero hijo de Dios, puede dar una explicación razonable de la esperanza que hay en él. Es triste encontrar gentes sin esperanza. Es bíblico afirmar que, si no tienen a Cristo, no tienen esperanza ni para el presente ni para el futuro. El cristiano auténtico tiene una esperanza segura cuando mira hacia adelante; el hombre mundano no tiene ninguna.

El cristiano auténtico ve la luz en la distancia; el hombre mundano no ve nada más que oscuridad. ¿Y cuál es la esperanza del cristiano auténtico? Es precisamente ésta: Que Jesucristo viene otra vez, viene triunfante, victorioso sobre el pecado, viene con todo su pueblo y, una vez aquí, enjugará toda lágrima de los ojos de los suyos, viene para levantar a sus santos de entre los muertos, viene para reunir a toda su familia, a fin de que estén para siempre con él. ¡Esa es una esperanza segura!

¿En qué radica la paciencia del creyente? En que contempla la venida del Señor.

Por eso puede soportar dificultades difíciles sin murmurar. Sabe que el tiempo es corto. Espera en silencio la venida del Rey.

¿Por qué enfrenta todas las cosas con calma? Porque espera el pronto regreso de su Señor. Su tesoro está en el cielo, sus bendiciones más ricas están por venir. El mundo no es su hogar, sino una simple posada; y estar en una posada no es estar en casa. Sabe que “el que ha de venir vendrá, y no tardará”. Cristo viene y eso es suficiente (He. 10:37).

Ésta es, de hecho, una “esperanza bienaventurada” (Tito 2:13). Ahora es el tiempo de aprendizaje, luego disfrutaremos de la fiesta eterna. Ahora es tiempo de sortear las olas de un mundo problemático, luego llegaremos a puerto seguro. Ahora es la dispersión, entonces será el reencuentro. Ahora es el tiempo de la siembra, luego la cosecha. Ahora es el momento de trabajar, después el de recibir el pago. Ahora es la cruz, luego la corona. La gente habla de sus “expectativas” y esperanzas en este mundo. Pero ninguno tiene expectativas tan sólidas como las del alma salvada. Ésta puede decir: “Alma mía, en Dios solamente reposa, porque de él es mi esperanza” (Sal. 62:5).

En todo cristianismo verdadero, Cristo es “el todo”. Todo en la justificación, todo en la paz y todo en la esperanza. Bienaventurado es el hijo de una madre que sabe estas verdades acerca de Cristo y mucho más bienaventurado es, si él mismo también lo siente. ¡Oh, que los hombres pudieran probarse a sí mismos y comprobar qué saben de todo esto por el bien de sus propias almas!

IV. Cristo será el todo en el cielo.

Añadiré una cosa más y con esto habré terminado. Reflexionemos para entender bien que Cristo será el todo en el cielo.

No me detendré mucho en este punto. Aun si tuviera espacio, no tendría la capacidad de hacerlo. Es imposible describir lo invisible y un mundo desconocido. Lo que sí puedo afirmar es que todos los hombres y mujeres que alcanzan el cielo encontrarán que, incluso allí, “Cristo es el todo”.

Tal como lo era el altar en el templo de Salomón, el Cristo crucificado será el objeto más grandioso en el cielo. Aquel altar era lo primero que atraía la vista de todo el entraba por las puertas del templo. Era un gran altar de bronce, de veinte codos de largo y veinte codos de ancho (2 Cr. 4:1). De la misma manera, Jesús atraerá la vista de todos los que entran en la gloria. En medio del trono y rodeado de ángeles y santos estará el “Cordero como inmolado” y el “Cordero [será] su lumbrera” (Ap. 5:6; 21:23).

La alabanza al Señor Jesús será la canción eterna de todos los moradores del cielo.

En medio del trono y rodeado de ángeles y santos le adorarán, exclamando a una voz: “El Cordero que fue inmolado es digno [...] Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (Ap. 5:12, 13).

El servicio al Señor Jesús será la ocupación eterna de todos los moradores del cielo: “Le sirven día y noche en su templo” (Ap. 7:15). Qué satisfacción da pensar que, por fin, podremos servir al Cordero sin distracciones y trabajar para él sin cansancio.

La presencia de Cristo mismo será de un gozo perpetuo para los moradores del cielo. Veremos “su rostro” y escucharemos su voz, hablaremos con él como se hablan los amigos (Ap. 22:4). Dulce es la idea de que, sin importar quién falte en la cena de las bodas del Cordero, el Señor mismo estará allí. Su presencia satisfará todas nuestras necesidades (Sal. 17:15).

¡Qué glorioso y dulce hogar será el cielo para todos los que han amado al Señor Jesucristo con sinceridad! Aquí vivimos por fe en él y encontramos paz, aunque a él no lo vemos. Allá nos veremos cara a cara y descubriremos que es lo más hermoso que puede haber. Ciertamente “más vale vista de ojos que deseo que pasa” (Ec. 6: 9).

Pero, lamentablemente, muchos de los que hablan de “ir al cielo” cuando mueren, resultan no ser aptos para hacerlo porque no tienen fe salvadora ni ninguna relación real con Cristo. ¿Usted no honra a Cristo aquí? ¿Usted no tiene comunión con él? ¿Usted no lo ama? Entonces, ¿qué podría hacer en el cielo? No sería un lugar para usted. El gozo de la gloria no sería gloria para usted. La felicidad de los salvos no sería una bendición que usted podría compartir. El servicio que los santos brindan a Cristo les sería tedioso y una carga para su corazón. ¡Oh, arrepiéntase y cambie antes de que sea demasiado tarde! Confío en que he mostrado cuán profundos son los cimientos de esa pequeña expresión: “Cristo es el todo”.

Otras formas en que “Cristo es el todo”

Podría fácilmente añadir otras cosas, si el espacio lo permitiera. El tema es inagotable. Apenas he tocado la superficie. Hay minas de verdades preciosas relacionadas con lo que he dejado sin decir.

Podría mostrar cómo Cristo debe ser el todo en toda iglesia visible. Los espléndidos edificios, los numerosos servicios religiosos, las hermosas ceremonias y las multitudes de pastores ordenados, no son nada ante los ojos de Dios, si el Señor Jesús mismo no es honrado, magnificado y exaltado en todos sus oficios. La iglesia en que Cristo no “es el todo”, no es más que un cuerpo muerto.

Podría mostrar cómo Cristo debe ser el todo en todo ministerio cristiano. La gran obra que los pastores ordenados tienen la intención de hacer, es exaltar a Cristo. Debemos ser como el asta en que se colgó la serpiente de bronce en el desierto.

Somos útiles en la medida en que exaltamos al gran objeto de nuestra fe y útiles en esa medida solamente. Debemos ser embajadores para llevar las buenas nuevas del Hijo del Rey a un mundo rebelde; pero si sólo les enseñamos a los hombres a pensar más en nosotros y nuestros oficios que acerca de él, no somos dignos de ocupar ese oficio. El Espíritu nunca honrará al ministerio que no da testimonio de Cristo, que no hace que Cristo sea “el todo”.

Podría mostrar cómo el lenguaje usado en la Biblia, para describir los distintos oficios de Cristo parece no tener fin. Podría describir cómo las figuras que se usan para referirse a la plenitud de Cristo, tampoco parecen tener fin: El Sumo Sacerdote, el Mediador, el Redentor, el Salvador, el Abogado; el Pastor, el Médico, el Novio, la Cabeza, el Pan de Vida, la Luz del Mundo, el Camino, la Puerta, la Vid, la Roca, la Fuente, el Sol de Justicia, el Precursor, el Fiador, el Capitán, el Príncipe de la Vida, el Amén, el Todopoderoso, el Autor y Consumador de la fe, el Cordero de Dios, el Rey de los Santos, el Maravilloso, Dios fuerte, el Consolador, el Obispo de las almas, estos y muchos más, son nombres que la Biblia da a Cristo. Cada uno es una fuente de instrucción y consuelo para todos los que están dispuestos a beber de ella. Cada una de estas descripciones es importante para meditar con provecho.

Conclusiones prácticas

Confío en que he dicho lo suficiente como para arrojar luz sobre el punto que quiero dejar claro en la mente de todo el que lee estas líneas. Confío en que he dicho lo suficiente como para mostrar la inmensa importancia de las conclusiones prácticas con las que ahora termino el capítulo.

(1) Absoluta inutilidad de una religión sin Cristo

¿Es Cristo “el todo”? Entonces aprendamos acerca de la absoluta inutilidad de una religión sin Cristo. Hay demasiados hombres y mujeres bautizados que prácticamente no saben absolutamente nada acerca de Cristo. Su religión consiste en unas pocas nociones vagas y expresiones vacías. “Confían en que no son peores que otros. Ofrendan a su iglesia. Tratan de cumplir con su deber. No le hacen mal a nadie. Confían en que Dios será misericordioso con ellos. Tienen la esperanza de que el Todopoderoso perdonará sus pecados y los llevará al cielo cuando mueran”. ¡En eso consiste la totalidad de su religión!

Pero, ¿qué saben estas personas acerca de Cristo en la práctica? Nada, ¡nada en absoluto! ¿Qué conocimiento empírico tienen de sus oficios y su obra, su sangre, su justicia, su mediación, su sacerdocio o su intercesión? Ninguno, ¡ninguno en absoluto! Pregúnteles acerca de una fe salvadora, pregúnteles acerca de nacer de nuevo del Espíritu y pregúnteles acerca de ser santificados en Cristo Jesús. ¿Qué respuesta recibirá? Para ellos, usted es una persona cruel. Les ha hecho preguntas bíblicas simples. Pero ellos no saben más acerca de ellas, experimentalmente, que un budista o un mahometano. Y, sin embargo, ¡ésta es la religión de cientos y miles de personas en todo el mundo que se denominan cristianos!

Si algún lector de este trabajo cabe en esta descripción, le advierto claramente que tal cristianismo nunca lo llevará al cielo. A simple vista, todo parece ir muy bien. Puede parecerlo en la sacristía, en el lugar de trabajo, en la Cámara de los Comunes o en las calles. Pero nunca consolará a nadie. Nunca satisfará su conciencia. Nunca salvará su alma.

Le advierto claramente que todos los conceptos y teorías acerca de la misericordia de Dios sin Cristo, son ilusiones sin fundamento y fantasías vacías. Tales teorías son puramente como ídolos inventados por el hombre, como los superhéroes de los cuentos infantiles. Son terrenales. Nunca tuvieron su origen en el cielo, son inventos humanos. El Dios del cielo ha señalado y nombrado a Cristo como el único Salvador y el único camino para ir al Padre. Dios mismo estipuló que todos los que han de ser salvos, deben serlo por medio de la fe en Cristo. No hay otro mediador entre Dios y los hombres.

Tome nota el lector de esta advertencia sobre su salvación: Una religión sin Cristo no salvará su alma.

(2) Cristo y la salvación

Lector, ¿es Cristo “el todo”? Entonces, sepa que es una locura tremenda confiar para salvación en cualquiera que no sea Cristo. Hay multitud de hombres y mujeres bautizados que profesan honrar a Cristo, pero en realidad le hacen gran deshonra. Dan a Cristo un lugar determinado en sus creencias, pero no el que Dios le asignó. Para esas personas, Cristo y él solamente, no es “el todo en todo” para sus almas. ¡No!

Más bien confían en Cristo y la iglesia, Cristo y los sacramentos, Cristo y sus pastores ordenados, Cristo y su arrepentimiento, Cristo y su propia bondad, Cristo y sus oraciones, Cristo y su sinceridad y caridad.

Si alguno de mis lectores es un cristiano de este tipo, le advierto claramente que su religión es una ofensa a Dios. Está cambiando el plan de salvación de Dios por un plan de su propia invención. Está despojando a Cristo de su trono dándole a otro la gloria que sólo le corresponde a él.

No me importa quién es el que le enseña creencias como las mencionadas o en base a qué enseñanza usted edifica su fe. Aunque fuera un Papa o cardenal, arzobispo u obispo, decano o archidiacono, presbítero o diácono, episcopal o presbiteriano, bautista o independiente, metodista o hermano libre quien añade algo a la salvación, enseña mal. Cristo es “el todo” en la salvación. No importa qué es lo que usted agrega a Cristo. Ya se trate de querer pertenecer a la Iglesia de Roma, o ser episcopal, independiente, o depender de la liturgia, o de la inmersión; si hace algo de esto, parte de su salvación, actúa fuera del plan de Dios.

Ponga atención a lo que digo. Tenga cuidado de no darle a los siervos de Cristo, el honor que sólo le corresponde a Cristo. Cuidado con dar a las ordenanzas del

Señor, el honor debido al Señor. Tenga cuidado cuando confía el descanso de su alma a otra cosa que no es Cristo, confíe solamente en Cristo.

(3) *Cristo como Señor y Salvador*

Vuelvo a preguntar: ¿Es Cristo “el todo”? Entonces, todos los que quieren ser salvos vengan directamente a Cristo. Hay muchos que sólo saben de Cristo lo que han oído y creen todo lo que se les dice acerca de él. Aceptan que no hay salvación, excepto en Cristo. Reconocen que sólo Jesús puede librarlos del infierno y presentarlos sin mancha delante de Dios.

Pero nunca parecen ir más allá de este conocimiento general. Nunca echan mano de Cristo para beneficio de sus almas. Permanecen en un estado de desear y querer, de sentir y tienen buenas intenciones, pero nunca van más allá. Comprenden lo que queremos decir y saben que es cierto. Tienen la esperanza de que un día obtendrán todos los beneficios de la verdad; pero en la actualidad, no reciben ningún beneficio. El mundo es su “todo”. La política es su “todo”. El placer es su “todo”. Sus negocios son su “todo”. En cambio, Cristo no es “su todo”.

Si alguno de mis lectores se identifica con este tipo de personas, le advierto claramente, que su alma está en mal estado. Usted está yendo derecho al infierno en su condición actual, como Judas Iscariote, Acab o Caín. Créame, tiene que haber fe verdadera en Cristo para salvación o, de lo contrario, Cristo murió en vano. No se trata de mirar el pan que alimenta al hombre hambriento, sino de realmente comerlo. No es contemplar el bote salvavidas, sino entrar en él. No basta con saber y creer que Cristo es un Salvador que puede salvar su alma, a menos que exista una relación auténtica entre usted y él. Tiene que ser capaz de decir: “Cristo es mi Salvador porque he acudido a él por fe y lo he aceptado como mi Salvador personal”. “Gran parte de la fe cristiana”, dijo Lutero, “consiste en la habilidad de utilizar pronombres posesivos. ¡Si tomas de mí la palabra ‘mi’, tomas de mí a Dios!”.

Preste atención al siguiente consejo y actúe en consecuencia. Deténgase y deje de esperar sentimientos imaginarios que nunca llegarán. No dude, creyendo que debe obtener primero al Espíritu y luego acudir a Cristo. Levántese y venga a Cristo tal y como es. Él le espera y está dispuesto a salvarle. Él es el médico designado por Dios para sanar las almas enfermas de pecado. Trate con él como lo haría con su médico acerca de la cura para una enfermedad física. Hable con él directamente y dígame todos sus anhelos. Decídase a hablar con él hoy mismo y clame pidiendo al Señor Jesús que le dé perdón y paz, como lo hizo al ladrón en la cruz. Dígame a Cristo: “Señor, acuérdate de mí” (Lc. 23:42). Dígame que usted ha oído que él recibe a los pecadores y que usted es uno de ellos. Dígame que quiere ser salvo y pídale que lo salve. No descanse hasta que, realmente, haya probado que el Señor es benigno. Haga esto y si usted actúa realmente en serio, encontrará, tarde o temprano, que “Cristo es el todo”.

(4) *Confíe en Cristo para recibir más bendiciones*

Vuelvo a preguntar: ¿Es Cristo el todo? Entonces trate con él creyendo realmente en él, apoyándose y confiando en él mucho más de lo que lo ha hecho hasta ahora. Desafortunadamente, ¡hay muchos hijos de Dios que viven sin gozar de todos sus privilegios! Hay muchas almas cristianas auténticas que se privan de la paz que podrían disfrutar y se privan de sus misericordias. Hay muchos que tienen fe, la obra del Espíritu Santo en sus corazones o a Cristo, pero sin sentirlo, sin que sea parte de sus sentimientos y, por ello, no alcanzan la plenitud del evangelio de paz. Hay muchos que progresan poco en su búsqueda de la santidad y brillan con una luz muy tenue. ¿Y a qué se debe todo esto? Simplemente a que de cada veinte personas, diecinueve no dejan que Cristo sea el todo en todo.

Quiero hacer un llamamiento a cada creyente: Le ruego por su propio bien, que se asegure de que Cristo sea realmente su todo en todo. Renuncie a todo lo que tiene, a sus propias ideas, sus prejuicios, su egoísmo y todos los demás estorbos para que Cristo sea “el todo en todo” (ver Mt. 16:24, Lc. 14:33).

¿Tiene fe? Es una bendición inestimable. Bienaventurado el que está dispuesto y ansioso por confiar en Jesús. Pero, asegúrese de que su fe no ocupe el lugar de Cristo. No descance en su propia fe, sino en Cristo.

¿Ha obrado el Espíritu en su alma? Gracias a Dios por ello. Es una obra que jamás puede ser desechada. Pero, ¡cuidado, no sea que, sin darse cuenta, esté haciendo un Cristo de la obra del Espíritu! No dependa de la obra del Espíritu para su salvación, sino de la obra de Cristo.

¿Tiene sentimientos interiores de fe y experiencia de la gracia? Gracias a Dios por ello. Hay miles de personas que no tienen más sentimiento espiritual que un gato o un perro. Pero, ¡tenga cuidado, no sea que haga un Cristo de sus sentimientos y sensaciones! Estos no son cosas seguras porque dependen de nuestro estado de ánimo, nuestro entorno y nuestras circunstancias externas. Descanse sólo en Cristo.

Aprenda, le suplico, a parecerse cada vez más al gran objeto de su fe, Jesucristo, y a mantener sus ojos en él. Haciendo esto, descubrirá que va creciendo en la fe y todas las demás gracias, aunque el crecimiento puede ser imperceptible en el momento. El arquero habilidoso que quiere exhibir su destreza no mira la flecha, sino el blanco. ¡Me temo que, por desgracia, hay todavía una gran dosis de orgullo e incredulidad arraigada en el corazón de muchos creyentes! Pocos parecen darse cuenta de lo mucho que necesitan un Salvador. Al parecer, son pocos los que entienden cuánto le deben. Pocos parecen comprender cuánto lo necesitan cada día. Pocos son los que saben lo sencilla que es la fe de un niño y, por ende, no pueden confiarle sus almas. ¡Pocos parecen tener conciencia de cuánto les ama el Señor y lo dispuesto que está a ayudar a los pobres y a los débiles! Y pocos, consecuentemente, conocen la paz y la alegría, la fuerza y el poder para vivir la vida santa que se encuentra en Cristo.

Lector, si su conciencia le dice que es culpable, cambie de rumbo, cámbielo y aprenda a confiar más en Cristo. A los médicos les encanta ver a los pacientes que vienen a consultarlos; su consultorio es para recibir a los enfermos y, si es posible, sanarlos de su enfermedad. Al abogado defensor le encanta desempeñar su vocación. El esposo es feliz cuando su esposa confía en él y reconoce su papel como cabeza del hogar; se deleita en atenderla y promover su comodidad. Y a Cristo le encanta que su pueblo se apoye en él, que descanse en él, que recurra a él y que permanezca en él.

Aprendamos y esforcémonos por vivir cada vez más unidos a Cristo. Vivamos en Cristo. Vivamos a Cristo. Vivamos con Cristo. Vivamos para Cristo. Solo así, demostraremos que tenemos plena consciencia de que “Cristo es el todo”. Al hacerlo, sentiremos una gran paz, y alcanzaremos más de esa santidad, “sin la cual nadie verá al Señor”. Hebreos 12:14.

Hacia la santidad

Ahora coloco la Homilía pronunciada por Jose Maria Escrivá de Balaguer ²³ (1973) el 26 de noviembre de 1967, ante miembros del Opus Dei, sobre el tema del rubro.

Nos quedamos removidos, con una fuerte sacudida en el corazón, al escuchar atentamente aquel grito de San Pablo: ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación. Hoy, una vez más me lo propongo a mí, y os lo recuerdo también a vosotros y a la humanidad entera: ésta es la Voluntad de Dios, que seamos santos.

Para pacificar las almas con auténtica paz, para transformar la tierra, para buscar en el mundo y a través de las cosas del mundo a Dios Señor Nuestro, resulta

²³ José María Escrivá Albás nació en Barbastro, Huesca, España, el 9 de enero de 1902. Cuando cumplió dos años, padeció una enfermedad grave en la que se temió por su vida. Ingresó en el seminario de Logroño como alumno externo en el mes de octubre de 1918. En 1923, siguiendo el consejo de su padre, comienza los estudios de Derecho en la Universidad de Zaragoza. Recibió la ordenación sacerdotal el 28 de marzo de 1925 y comenzó a ejercer el ministerio en varias parroquias rurales y luego en Zaragoza. En 1927 se trasladó a Madrid para iniciar la tesis del doctorado en Derecho. El 2 de octubre de 1928 «vio» que Dios le pedía que difundiese en todo el mundo la llamada universal a la santidad, y que abriera un nuevo camino dentro de la Iglesia: el Opus Dei. En 1939 publicó su libro *Camino*. En 1934 fue nombrado rector del Patronato de Santa Isabel, lo que supuso un pequeño alivio a sus dificultades económicas para mantener a su familia. Regresó a Madrid el 28 de marzo de 1939 y reemprendió la expansión del Opus Dei. En 1939 obtiene el título de doctor en Derecho. Recuperó también el puesto de rector del Real Patronato de Santa Isabel. En 1943 encuentra una solución jurídica, la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, como medio para llevar el espíritu del Opus Dei a los sacerdotes seculares. Tras el fin de la II Guerra Mundial, en 1946, se traslada a Roma donde recibió en 1947 el título de prelado doméstico de Su Santidad. Por aquellos años se le diagnosticó una fuerte diabetes por lo que sufría constantemente. En 1947 y 1950, obtuvo la aprobación del Opus Dei como Instituto Secular de derecho pontificio. Ello motivó su expansión internacional: Estados Unidos, México, Canadá y otros once países americanos, Alemania, Suiza, Austria, Holanda, Japón y Kenia. Obtuvo el doctorado en Teología por la Pontificia Universidad Lateranense y siguió con atención los preparativos y las sesiones del Concilio Vaticano II. A pesar del deterioro de su salud siguió estimulando y guiando durante los últimos años de su vida la difusión del Opus Dei por todo el mundo. Falleció en Roma el 26 de junio de 1975, tras sufrir un infarto repentino. Su causa de santificación se introdujo en 1981 y el 17 de mayo de 1992, Juan Pablo II lo beatificó en la plaza de San Pedro y el 6 de octubre de 2002, es canonizado por el mismo Papa. (Wikipedia)

indispensable la santidad personal. En mis charlas con gentes de tantos países y de los ambientes sociales más diversos, con frecuencia me preguntan: ¿Y qué nos dice a los casados? ¿Qué, a los que trabajamos en el campo? ¿Qué, a las viudas? ¿Qué, a los jóvenes?

Respondo sistemáticamente que tengo un solo puchero. Y suelo puntualizar que Jesucristo Señor Nuestro predicó la buena nueva para todos, sin distinción alguna. Un solo puchero y un solo alimento: mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado, y dar cumplimiento a su obra. A cada uno llama a la santidad, de cada uno pide amor: jóvenes y ancianos, solteros y casados, sanos y enfermos, cultos e ignorantes, trabajen donde trabajen, estén donde estén. Hay un solo modo de crecer en la familiaridad y en la confianza con Dios: tratarle en la oración, hablar con Él, manifestarle —de corazón a corazón— nuestro afecto.

Hablar con Dios

Me invocaréis y Yo os atenderé. Y le invocamos conversando, dirigiéndonos a Él. Por eso, hemos de poner en práctica la exhortación del Apóstol: sine intermissione orate; rezad siempre, pase lo que pase. No sólo de corazón, sino con todo el corazón.

Pensaréis que la vida no es siempre llevadera, que no faltan sinsabores y penas y tristezas. Os contestaré, también con San Pablo, que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes; ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni lo que hay de más alto ni de más profundo, ni otra ninguna criatura, podrá jamás separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo Señor. Nada nos puede alejar de la caridad de Dios, del Amor, de la relación, constante con nuestro Padre.

Recomendar esa unión continua con Dios, ¿no es presentar un ideal, tan sublime, que se revela inasequible para la mayoría de los cristianos? Verdaderamente es alta la meta, pero no inasequible. El sendero, que conduce a la santidad, es sendero de oración; y la oración debe prender poco a poco en el alma, como la pequeña semilla que se convertirá más tarde en árbol frondoso.

Empezamos con oraciones vocales, que muchos hemos repetido de niños: son frases ardientes y sencillas, enderezadas a Dios y a su Madre, que es Madre nuestra. Todavía, por las mañanas y por las tardes, no un día, habitualmente, renuevo, aquel ofrecimiento que me enseñaron mis padres: ¡oh Señora mía, oh Madre mía!, yo me ofrezco enteramente a Vos. Y, en prueba de mi filial afecto, os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón. ¿No es esto —de alguna manera— un principio de contemplación, demostración evidente de confiado abandono? ¿Qué se cuentan los que se quieren, cuando se encuentran? ¿Cómo se comportan? Sacrifican cuanto son y cuanto poseen por la persona que aman.

Primero una jaculatoria, y luego otra, y otra..., hasta que parece insuficiente ese fervor, porque las palabras resultan pobres...: y se deja paso a la intimidad divina, en un mirar a Dios sin descanso y sin cansancio. Vivimos entonces como cautivos, como prisioneros. Mientras realizamos con la mayor perfección posible, dentro de

nuestras equivocaciones y limitaciones, las tareas propias de nuestra condición y de nuestro oficio, el alma ansia escaparse. Se va hacia Dios, como el hierro atraído por la fuerza del imán. Se comienza a amar a Jesús, de forma más eficaz, con un dulce sobresalto.

Os libraré de la cautividad, estéis donde estéis. Nos libramos de la esclavitud, con la oración: nos sabemos libres, volando en un epitalamio de alma encariñada, en un cántico de amor, que empuja a desear no apartarse de Dios. Un nuevo modo de pisar en la tierra, un modo divino, sobrenatural, maravilloso. Recordando a tantos escritores castellanos del quinientos, quizá nos gustará paladear por nuestra cuenta: ¡que vivo porque no vivo: que es Cristo quien vive en mí!

Se acepta gustosamente la necesidad de trabajar en este mundo, durante muchos años, porque Jesús tiene pocos amigos aquí abajo. No rehusemos la obligación de vivir, de gastarnos —bien exprimidos— al servicio de Dios y de la Iglesia. De esta manera, en libertad: *in liberaiem gloriae filiorum Dei, qua liberaiie Chrislus nos liberavit*; con la libertad de los hijos de Dios, que Jesucristo nos ha ganado muriendo sobre el madero de la Cruz.

Es posible que ya desde el principio, se levanten nubarrones de polvo y que, a la vez, empleen los enemigos de nuestra santificación una tan vehemente y bien orquestada técnica de terrorismo psicológico —de abuso de poder— que arrastren en su absurda dirección incluso a quienes, durante mucho tiempo, mantenían otra conducta más lógica y recta. Y aunque su voz suene a campana rota, que no está fundida con buen metal y es bien diferente del silbido del pastor, rebajan la palabra que es uno de los dones más preciosos que el hombre ha recibido de Dios, regalo bellissimo para manifestar altos pensamientos de amor y de amistad con el Señor y con sus criaturas, hasta hacer que se entienda por qué Santiago dice de la lengua que es un mundo entero de malicia. Tantos daños puede producir: mentiras, denigraciones, deshonras, insultos, susurraciones tortuosas.

La humanidad santísima de Cristo

¿Cómo podremos superar esos inconvenientes? ¿Cómo logragremos fortalecernos en aquella decisión, que comienza a parecernos muy pesada? Inspirándonos en el modelo que nos muestra la Virgen Santísima, nuestra Madre: una ruta muy amplia, que necesariamente pasa a través de Jesús.

Para acercarnos a Dios hemos de emprender el camino justo, que es la Humanidad Santísima de Cristo. Por eso, aconsejo siempre la lectura de libros que narran la Pasión del Señor. Esos escritos, llenos de sincera piedad, nos traen a la mente al Hijo de Dios, Hombre como nosotros y Dios verdadero, que ama y que sufre en su carne por la Redención del mundo.

Fijaos en una de las devociones más arraigadas entre los cristianos, en el rezo del Santo Rosario. La Iglesia nos anima a la contemplación de los misterios: para que se grave en nuestra cabeza y en nuestra imaginación, con el gozo, el dolor y la gloria de Santa María, el ejemplo pasmoso del Señor, en sus treinta años de

oscuridad, en sus tres años de predicación, en su Pasión afrentosa y en su gloriosa Resurrección.

Seguir a Cristo: éste es el secreto. Acompañarle tan de cerca, que vivamos con Él como aquellos primeros doce; tan de cerca, que con Él nos identifiquemos. No tardaremos en afirmar, cuando no haya más puesto obstáculos a la gracia, que nos hemos revestido de Nuestro Señor Jesucristo. Se refleja el Señor en nuestra conducta, como en un espejo. Si el espejo es como debe ser, recogerá el semblante amabilísimo de nuestro Salvador sin desfigurarlo, sin caricaturas: y los demás tendrán la posibilidad de admirarlo, de seguirlo.

En este esfuerzo por identificarse con Cristo, he distinguido como cuatro escalones: buscarle, encontrarle, tratarle, amarle. Quizá comprendéis que estáis como en la primera etapa. Buscadlo con hambre, buscadlo en vosotros mismos con todas vuestras fuerzas. Si obráis con este empeño, me atrevo a garantizar que ya lo habéis encontrado, y que habéis comenzado a tratarlo y a amarlo, y a tener vuestra conversación en los cielos.

Ruego al Señor que nos decidamos a alimentar en nuestras almas, la única ambición noble, la única que merece la pena: ir junto a Jesucristo, como fueron su Madre Bendita y el Santo Patriarca, con ansia, con abnegación, sin descuidar nada. Participaremos en la dicha de la divina amistad —en un recogimiento interior, compatible con nuestros deberes profesionales y con los de ciudadano—, y le agradeceremos la delicadeza y la claridad con que Él nos enseña a cumplir la Voluntad del Padre Nuestro que habita en los cielos.

Pero no olvidéis que estar con Jesús es, seguramente, toparse con su Cruz. Cuando nos abandonamos en las manos de Dios, es frecuente que El permita que saboreemos el dolor, la soledad, las contradicciones, las calumnias, las difamaciones, las burlas, por dentro y por fuera: porque quiere conformarnos a su imagen y semejanza, y tolera también que nos llamen locos y que nos tomen por necios.

Es la hora de amar la mortificación pasiva, que viene —oculta o descarada e insolente— cuando no la esperamos. Llegan a herir a las ovejas, con las piedras que debieran tirarse contra los lobos: el seguidor de Cristo experimenta en su carne que, quienes habrían de amarle, se comportan con él de una manera que va de la desconfianza a la hostilidad, de la sospecha al odio. Le miran con recelo, como a un mentiroso, porque no creen que pueda haber relación personal con Dios, vida interior; en cambio, con el ateo y con el indiferente, díscolos y desvengonzados de ordinario, se llenan de amabilidad y de comprensión.

Y quizá el Señor permite que su discípulo se vea atacado con el arma, que nunca es honrosa para el que la empuña, de las injurias personales; con el uso de lugares comunes, fruto tendencioso y delictuoso de una propaganda masiva y mentirosa: porque, estar dotados de buen gusto y de mesura, no es cosa de todos.

Quienes sostienen una teología incierta y una moral relajada, sin frenos; quienes practican según su capricho personal una liturgia dudosa, con una disciplina de

hippies y un gobierno irresponsable, no es extraño que propaguen contra los que sólo hablan de Jesucristo, celotipias, sospechas, falsas denuncias, ofensas, maltratamientos, humillaciones, dicerías y vejaciones de todo género.

Así esculpe Jesús las almas de los suyos, sin dejar de darles interiormente serenidad y gozo, porque entienden muy bien que —con cien mentiras juntas— los demonios no son capaces de hacer una verdad: y graba en sus vidas el convencimiento de que sólo se encontrarán cómodos, cuando se decidan a no serlo.

Al admirar y al amar de veras la Humanidad Santísima de Jesús, descubriremos una a una sus Llagas. Y en esos tiempos de purgación pasiva, penosos, fuertes, de lágrimas dulces y amargas que procuramos esconder, necesitaremos meternos dentro de cada una de aquellas Santísimas Heridas: para purificarnos, para gozarnos con esa Sangre redentora, para fortalecernos. Acudiremos como las palomas que, al decir de la Escritura, se cobijan en los agujeros de las rocas a la hora de la tempestad. Nos ocultamos en ese refugio, para hallar la intimidad de Cristo: y veremos que su modo de conversar es apacible y su rostro hermoso, porque los que conocen que su voz es suave y grata, son los que recibieron la gracia del Evangelio, que les hace decir: Tú tienes palabras de vida eterna.

No pensemos que, en esta senda de la contemplación, las pasiones se habrán acallado definitivamente. Nos engañaríamos, si supusiéramos que el ansia de buscar a Cristo, la realidad de su encuentro y de su trato, y la dulzura de su amor nos transforman en personas impecables. Aunque no os falte experiencia, dejadme, sin embargo, que os lo recuerde. El enemigo de Dios y del hombre, Satanás, no se da por vencido, no descansa. Y nos asedia, incluso cuando el alma arde encendida en el amor a Dios. Sabe que entonces la caída es más difícil, pero que —si consigue que la criatura ofenda a su Señor, aunque sea en poco— podrá lanzar sobre aquella conciencia la grave tentación de la desesperanza.

Si queréis aprender de la experiencia de un pobre sacerdote que no pretende hablar más que de Dios, os aconsejaré que cuando la carne intente recobrar sus fueros perdidos o la soberbia —que es peor— se rebele y se encabrite, os precipitéis a cobijaros en esas divinas hendiduras que, en el Cuerpo de Cristo, abrieron los clavos que le sujetaron a la Cruz, y la lanza que atravesó su pecho. Id como más os conmueva: descargad en las Llagas del Señor todo ese amor humano... y ese amor divino. Que esto es apetecer la unión, sentirse hermano de Cristo, consanguíneo suyo, hijo de la misma Madre, porque es Ella la que nos ha llevado hasta Jesús.

La Santa Cruz

Afán de adoración, ansias de desagravio con sosegada suavidad y con sufrimiento. Se hará vida en vuestra vida la afirmación de Jesús: el que no toma su cruz, y me sigue, no es digno de mí. Y el Señor se nos manifiesta cada vez más exigente, nos pide reparación y penitencia, hasta empujarnos a experimentar el ferviente anhelo de querer vivir para Dios, clavado en la cruz juntamente con Cristo. Pero este tesoro

lo guardamos en vasos de barro frágil y quebradizo, para que se reconozca que la grandeza del poder que se advierte en nosotros es de Dios y no nuestra.

Nos descubrimos acosados de toda suerte de tribulaciones y no por eso perdemos el ánimo; nos hallamos en grandes apuros, no desesperados o sin recursos; somos perseguidos, no desamparados; abatidos, pero no enteramente perdidos: traemos siempre representada en nuestro cuerpo por todas partes la mortificación de Jesús

Imaginamos que el Señor, además, no nos escucha, que andamos engañados, que sólo se oye el monólogo de nuestra voz. Como sin apoyo sobre la tierra y abandonados del cielo, nos encontramos. Sin embargo, es verdadero y práctico nuestro horror al pecado, aunque sea venial. Con la tozudez de la Cananea, nos postramos rendidamente como ella, que le adoró, implorando: Señor, socórreme. Desaparecerá la oscuridad, superada por la luz del Amor.

Es la hora de clamar: acuérdate de las promesas que me has hecho, para llenarme de esperanza; esto me consuela en mi nada, y llena mi vivir de fortaleza. Nuestro Señor quiere que contemos con Él, para todo: vemos con evidencia que sin Él nada podemos, y que con Él podemos todas las cosas. Se confirma nuestra decisión de andar siempre en su presencia.

Con la claridad de Dios en el entendimiento, que parece inactivo, nos resulta indudable que, si el Creador cuida de todos —incluso de sus enemigos—, ¡cuánto más cuidará de sus amigos! Nos convencemos de que no hay mal, ni contradicción, que no vengan para bien: así se asientan con más firmeza, en nuestro espíritu, la alegría y la paz, paz, que ningún motivo humano podrá arrancarnos, porque estas visitaciones siempre nos dejan algo suyo, algo divino. Alabaremos al Señor Dios Nuestro, que ha efectuado en nosotros obras admirables, y comprenderemos que hemos sido creados con capacidad para poseer un infinito tesoro.

La Trinidad Beatísima

Habíamos empezado con plegarias vocales, sencillas, encantadoras, que aprendimos en nuestra niñez y que no nos gustaría abandonar nunca. La oración, que comenzó con esa ingenuidad pueril, se desarrolla ahora en cauce ancho, manso y seguro, porque sigue el paso de la amistad con Aquel que afirmó: Yo soy el camino. Si amamos a Cristo así, si con divino atrevimiento nos refugiamos en la abertura que la lanza dejó en su Costado, se cumplirá la promesa del Maestro: cualquiera que me ama, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él.

El corazón necesita, entonces, distinguir y adorar a cada una de las Personas divinas. De algún modo, es un descubrimiento, el que realiza el alma en la vida sobrenatural, como los de una criatura que va abriendo los ojos a la existencia. Y se entretiene amorosamente con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo; y se somete fácilmente a la actividad del Paráclito vivificador, que se nos entrega sin merecerlo: ¡los dones y las virtudes sobrenaturales!

Hemos corrido como el ciervo, que ansía las fuentes de las aguas; con sed, rota la boca, con sequedad. Queremos beber en ese manantial de agua viva. Sin rarezas, a lo largo del día nos movemos en ese abundante y claro venero de frescas linfas que saltan hasta la vida eterna. Sobran las palabras, porque la lengua no logra expresarse; ya el entendimiento se aquieta. No se discurre, ¡se mira! Y el alma rompe otra vez a cantar con cantar nuevo, porque se siente y se sabe también mirada amorosamente por Dios, a todas horas.

No me refiero a situaciones extraordinarias. Son, pueden muy bien ser, fenómenos ordinarios de nuestra alma: una locura de amor que, sin espectáculo, sin extravagancias, nos enseña a sufrir y a vivir, porque Dios nos concede la Sabiduría. ¡Qué serenidad, qué paz entonces, metidos en la senda estrecha que conduce a la vida.

¿Ascética? ¿Mística? No me preocupa. Sea lo que fuere, ascética o mística, ¿qué importa?: es merced de Dios. Si tú procuras meditar, el Señor no te negará su asistencia. Fe y hechos de fe: hechos, porque el Señor —lo has comprobado desde el principio, y te lo subrayé a su tiempo— es cada día más exigente. Eso es ya contemplación y es unión; ésta ha de ser la vida de muchos cristianos, cada uno yendo adelante por su propia vía espiritual —son infinitas—, en medio de los afanes del mundo, aunque ni siquiera hayan caído en la cuenta.

Una oración y una conducta que no nos apartan de nuestras actividades ordinarias, que en medio de ese afán noblemente terreno nos conducen al Señor. Al elevar todo ese quehacer a Dios, la criatura diviniza el mundo. ¡He hablado tantas veces del mito del rey Midas, que convertía en oro cuanto tocaba! En oro de méritos sobrenaturales podemos convertir todo lo que tocamos, a pesar de nuestros personales errores.

Así actúa Nuestro Dios. Cuando aquel hijo regresa, después de haber gastado su dinero viviendo mal, después —sobre todo— de haberse olvidado de su padre, el padre dice: presto traed aquí el vestido más precioso, y ponédselo, colocadle un anillo en el dedo; calzadle las sandalias y tomad un ternero cebado, matadlo y comamos y celebremos un banquete. Nuestro Padre Dios, cuando acudimos a Él con arrepentimiento, saca, de nuestra miseria, riqueza; de nuestra debilidad, fortaleza. ¿Qué nos preparará, si no lo abandonamos, si lo frecuentamos cada día, si le dirigimos palabras de cariño confirmado con nuestras acciones, si le pedimos todo, confiados en su omnipotencia y en su misericordia? Sólo por volver a Él su hijo, después de traicionarle, prepara un banquete, ¿qué nos otorgará, si siempre hemos procurado quedarnos a su lado?

Lejos de nuestra conducta, por tanto, el recuerdo de las ofensas que nos hayan hecho, de las humillaciones que hayamos padecido —por injustas, inciviles y toscas que hayan sido—, porque es impropio de un hijo de Dios tener preparado un registro, para presentar una lista de agravios. No podemos olvidar el ejemplo de Cristo, y nuestra fe cristiana no se cambia como un vestido: puede debilitarse o robustecerse o perderse. Con esta vida sobrenatural, la fe se vigoriza, y el alma se aterra al considerar la miserable desnudez humana, sin lo divino. Y perdona, y

agradece: Dios mío, si contemplo mi pobre vida, no encuentro ningún motivo de vanidad y, menos, de soberbia: sólo encuentro abundantes razones para vivir siempre humilde y compungido. Sé bien que el mejor señorío es servir.

Oracion viva

Me alzaré y rodearé la ciudad: por las calles y las plazas buscaré al que amo ... Y no sólo la ciudad: correré de una parte a otra del mundo —por todas las naciones, por todos los pueblos, por senderos y trochas— para alcanzar la paz de mi alma. Y la descubro en las ocupaciones diarias, que no me son estorbo; que son —al contrario— vereda y motivo para amar más y más, y más y más unirme a Dios. Y cuando nos acecha—violenta—la tentación del desánimo, de los contrastes, de la lucha, de la tribulación, de una nueva noche en el alma, nos pone el salmista en los labios y en la inteligencia aquellas palabras: con El estoy en el tiempo de la adversidad. ¿Qué vale, Jesús, ante tu Cruz, la mía; ante tus heridas mis rasguños? ¿Qué vale, ante tu Amor inmenso, puro e infinito, esta pobrecita pesadumbre que has cargado Tú sobre mis espaldas? Y los corazones vuestros, y el mío, se llenan de una santa avidez, confesándole -con obras que morimos de Amor.

Nace una sed de Dios, un ansia de comprender sus lágrimas; de ver su sonrisa, su rostro... Considero que el mejor modo de expresarlo es volver a repetir, con la Escritura: como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así te anhela mi alma, ¡oh Dios mío!. Y el alma avanza metida en Dios, endiosada: se ha hecho el cristiano viajero sediento, que abre su boca a las aguas de la fuente.

Con esta entrega, el celo apostólico se enciende, aumenta cada día —pegando esta ansia a los otros—, porque el bien es difusivo. No es posible que nuestra pobre naturaleza, tan cerca de Dios, no arda en hambres de sembrar en el mundo entero la alegría y la paz, de regar todo con las aguas redentoras que brotan del Costado abierto de Cristo, de empezar y acabar todas las tareas por Amor.

Os hablaba antes de dolores, de sufrimientos, de lágrimas. Y no me contradigo si afirmo que, para un discípulo que busque amorosamente al Maestro, es muy distinto el sabor de las tristezas, de las penas, de las aflicciones: desaparecen en cuanto se acepta de veras la Voluntad de Dios, en cuanto se cumplen con gusto sus designios, como hijos fieles, aunque los nervios den la impresión de romperse y el suplicio parezca insoportable.

Vida corriente

Me interesa confirmar de nuevo que no me refiero a un modo extraordinario de vivir cristianamente. Que cada uno de nosotros medite en lo que Dios ha realizado por él, y en cómo ha correspondido. Si somos valientes en este examen personal, percibiremos lo que todavía nos falta. Ayer me conmovía, oyendo de un catecúmeno japonés que enseñaba el catecismo a otros, que aún no conocían a Cristo. Y me avergonzaba. Necesitamos más fe, ¡más fe!: y, con la fe, la contemplación.

Repasad con calma aquella divina advertencia, que llena el alma de inquietud y, al mismo tiempo, le trae sabores de panal y de miel: te he redimido y te he llamado

por tu nombre: ¡eres mío! No robemos a Dios lo que es suyo. Un Dios que nos ha amado hasta el punto de morir por nosotros, que nos ha escogido desde toda la eternidad, antes de la creación del mundo, para que seamos santos en su presencia: y que continuamente nos brinda ocasiones de purificación y de entrega.

Por si aún tuviésemos alguna duda, recibimos otra prueba de sus labios: no me habéis elegido vosotros, sino que os he elegido yo, para que vayáis lejos, y deis fruto; y permanezca abundante ese fruto de vuestro trabajo de almas contemplativas.

Luego, fe, fe sobrenatural. Cuando la fe flojea, el hombre tiende a figurarse a Dios como si estuviera lejano, sin que apenas se preocupe de sus hijos. Piensa en la religión como en algo yuxtapuesto, para cuando no queda otro remedio; espera, no se explica con qué fundamento, manifestaciones aparatosas, sucesos insólitos. Cuando la fe vibra en el alma, se descubre, en cambio, que los pasos del cristiano no se separan de la misma vida humana corriente y habitual. Y que esta santidad grande, que Dios nos reclama, se encierra aquí y ahora, en las cosas pequeñas de cada jornada.

Me gusta hablar de camino, porque somos viadores, nos dirigimos a la casa del Cielo, a nuestra Patria. Pero mirad que un camino, aunque puede presentar trechos de especiales dificultades, aunque nos haga vadear alguna vez un río o cruzar un pequeño bosque casi impenetrable, habitualmente es algo corriente, sin sorpresas. El peligro es la rutina: imaginar que en esto, en lo de cada instante, no está Dios, porque ¡es tan sencillo, tan ordinario!

Iban aquellos dos discípulos hacia Emaús. Su paso era normal, como el de tantos otros que transitaban por aquel paraje. Y allí, con naturalidad, se les aparece Jesús, y anda con ellos, con una conversación que disminuye la fatiga. Me imagino la escena, ya bien entrada la tarde. Sopla una brisa suave. Alrededor, campos sembrados de trigo ya crecido, y los olivos viejos, con las ramas plateadas por la luz tibia.

Jesús, en el camino. ¡Señor, qué grande eres siempre! Pero me conmueves cuando te allanas a seguirnos, a buscarnos, en nuestro ajetreo diario. Señor, concédenos la ingenuidad de espíritu, la mirada limpia, la cabeza clara, que permiten entenderte cuando vienes sin ningún signo exterior de tu gloria.

Se termina el trayecto al encontrar la aldea, y aquellos dos que —sin darse cuenta— han sido heridos en lo hondo del corazón por la palabra y el amor del Dios hecho Hombre, sienten que se vaya. Porque Jesús les saluda con ademán de continuar adelante. No se impone nunca, este Señor Nuestro. Quiere que le llamemos libremente, desde que hemos entrevisto la pureza del Amor, que nos ha metido en el alma. Hemos de detenerlo por fuerza y rogarle: continúa con nosotros, porque es tarde, y va ya el día de caída, se hace de noche.

Así somos: siempre poco atrevidos, quizá por insinceridad, o quizá por pudor. En el fondo, pensamos: quédate con nosotros, porque nos rodean en el alma las tinieblas, y sólo Tú eres luz, sólo Tú puedes calmar esta ansia que nos consume. Porque

entre las cosas hermosas, honestas, no ignoramos cuál es la primera: poseer siempre a Dios. San Gregorio Nacianceno, Epistulae, 212.

Y Jesús se queda. Se abren nuestros ojos como los de Cleofás y su compañero, cuando Cristo parte el pan; y aunque Él vuelva a desaparecer de nuestra vista, seremos también capaces de emprender de nuevo la marcha —anochece—, para hablar a los demás de Él, porque tanta alegría no cabe en un pecho solo.

Camino de Emaús. Nuestro Dios ha llenado de dulzura este nombre. Y Emaús es el mundo entero, porque el Señor ha abierto los caminos divinos de la tierra.

Con los santos ángeles

Pido al Señor que, durante nuestra permanencia en este suelo de aquí, no nos apartemos nunca del caminante divino. Para esto, aumentemos también nuestra amistad con los Santos Ángeles Custodios. Todos necesitamos mucha compañía: compañía del Cielo y de la tierra. ¡Sed devotos de los Santos Ángeles! Es muy humana la amistad, pero también es muy divina; como la vida nuestra, que es divina y humana. ¿Os acordáis de lo que dice el Señor?: ya no os llamo siervos, sino amigo. Nos enseña a tener confianza con los amigos de Dios, que moran ya en el Cielo, y con las criaturas que con nosotros conviven, también con las que parecen apartadas del Señor, para atraerlas al buen sendero.

Terminaré repitiendo con San Pablo a los Colosenses: no cesamos de orar por vosotros y de pedir a Dios que alcancéis pleno conocimiento de su voluntad, con toda sabiduría e inteligencia espiritual. Sabiduría que proporciona la oración, la contemplación, la efusión del Paráclito en el alma.

A fin de que sigáis una conducta digna de Dios, agradándole en todo, produciendo frutos de toda especie de obras buenas y adelantando en la ciencia de Dios; corroborados en toda suerte de fortaleza por el poder de su gracia, para tener siempre una perfecta paciencia y longanimidad acompañada de alegría; dando gracias a Dios Padre, que nos ha hecho dignos de participar de la suerte de los santos, iluminándonos con su luz; que nos ha arrebatado del poder de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino de su Hijo muy amado.

Que la Madre de Dios y Madre nuestra nos proteja, con el fin de que cada uno de nosotros pueda servir a la Iglesia en la plenitud de la fe, con los dones del Espíritu Santo y con la vida contemplativa. Cada uno realizando los deberes personales, que le son propios; cada uno en su oficio y profesión, y en el cumplimiento de las obligaciones de su estado, honre gozosamente al Señor.

Amad a la Iglesia, servidla con la alegría consciente de quien ha sabido decidirse a ese servicio por Amor. Y si viésemos que algunos andan sin esperanza, como los dos de Emaús, acerquémonos con fe —no en nombre propio, sino en nombre de Cristo—, para asegurarles que la promesa de Jesús no puede fallar, que Él vela por su Esposa siempre: que no la abandona. Que pasarán las tinieblas, porque somos hijos de la luz y estamos llamados a una vida perdurable.

Y Dios enjugará de sus ojos todas las lágrimas, no habrá ya muerte, ni llanto ni alarido; no habrá más dolor, porque las cosas de antes son pasadas. Y dijo el que estaba sentado en el solio: he aquí que renuevo todo. Y me indicó: escribe, porque todas estas palabras son dignísimas de fe, y verdaderas. Y añadió: esto es un hecho. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al sediento, le daré de beber graciosamente de la fuente del agua de la vida. El que venciere poseerá todas estas cosas, y yo seré su Dios y el será mi hijo.

La senda de santidad

A continuación ofrezco parte del trabajo de Braian J. Bailey ²⁴ (2018) sobre el mismo tema del rubro.

Prefacio

Hace varios años, comencé a buscar al Señor con nueva hambre y sed de su santidad. En mi búsqueda, hice lo mismo que muchos de mis compatriotas ingleses: me volví hacia los libros de hombres y mujeres piadosos de la historia de la iglesia. Hasta le pedí al Señor que me indicara cuáles obras debía leer de las escritas por William Law, John Wesley, John Fletcher, Michael Molinos, Fenelon, y Madame Guyon. Estos maravillosos santos realmente habían participado de la vida que yo anhelaba, pero sus obras no me aportaron lo que yo buscaba la verdadera santidad. De la manera más tierna, el Señor me habló con estas palabras: No esperes encontrar en estos libros tus respuestas, porque ellas se encuentran en mi palabra. Entonces, me dirigió a la epístola a los Colosenses, y en particular al capítulo 3:1-17. Al sumergirme en las enseñanzas del apóstol Pablo, bajo la inspiración del Espíritu Santo, comencé a entrar en esa vida de paz y santidad que tanto había deseado. Este libro es presentado a usted con la esperanza de que a través de la exposición de estas verdades, usted también pueda encontrar el anhelo de su alma la unión y comunión con el Señor, el único que es santo.

En esta epístola observamos diversos campos por los que a menudo se extravían personas sinceras que procuran llevar una vida santa. Los santos de Colosas buscaban la santidad a través de medios externos, como: 1.) La tradición y los lavamientos ceremoniales; 2.) La rígida abstinencia no tocar, no probar, no manejar ; 3.) El culto a los ángeles; y 4.) La filosofía. Dejaron de poner los ojos en Cristo, el

²⁴ Brian Bailey (1925 – 2012) estudió en Inglaterra, en la Universidad Europea de Biblia y en la Universidad Bíblica de Bristol, así como también tomó cursos de religión en la Universidad de Londres. El obtuvo los siguientes grados de doctorado: Doctorado en Teología por la Universidad Bíblica de Hebrón, Johannesburgo, Sudáfrica. Doctorado en Filosofía en Estudios Bíblicos por el Seminario Bíblico de Visión Cristiana, Clermont, Florida. Doctorado en Divinidad por la Universidad Cristiana de Canadá, Manitoba, Canadá. Fue miembro del cuerpo docente del Croisade Missionaire Europeanne en Suiza; de la Universidad Bíblica Elim en Nueva York y de la Universidad Bíblica de Fe en Tauranga, Nueva Zelanda. Estuvo activamente involucrado en seminarios de World MAP alrededor del mundo y sirvió en la junta directiva canadiense de World MAP. Fue autor de más de cuarenta libros, viajó a más de cien países y pastoreó la First Christian Church en Washington, E.E.U.U. y Zion Chapel en Waverly, Nueva York. (Wikipedia)

único que tiene las respuestas para todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad.

En vista de lo anterior, con oración estudiemos los errores de la iglesia colosense, a fin de limpiarnos de toda forma de falsa humildad y legalismo, y empapémonos en las verdades correctivas. Así podremos perfeccionar la santidad en el temor del Señor. Entonces nuestros pies estarán afianzados firmemente en los caminos de la santidad y seremos guardados de descarriarnos de las sendas del Señor.

Introducción

El tema de la epístola colosense es vida santa a través de Jesús. Quizás esta epístola, más que cualquier otra, nos ayude a comprender la vida de victoria que podemos tener en Jesús. Por eso es importante que al comenzar este estudio pidamos en oración el espíritu de sabiduría y de revelación como lo hizo Pablo en su oración de Efesios 1:17: Que el Dios de nuestro señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él. Debido a que esta epístola colosense presenta a Cristo de una manera tan singular, no encontrada en ninguna otra carta de Pablo, necesitamos específicamente el espíritu de sabiduría y revelación para descubrir los tesoros inescrutables que están escondidos en Cristo.

Localización Geográfica

Al considerar en primer lugar la localización geográfica a que se refiere esta epístola, debemos recordar que la ubicación también nos da un indicio de la verdad espiritual. Colosas se encontraba sobre el Río Licus, en una gran ruta comercial que iba de Oriente a Occidente a Oriente, desde Éfeso hasta el Río Éufrates.

Las ciudades de Hierápolis y Laodicea quedaban muy cerca de la iglesia colosense.

En Colosenses 4:13, el apóstol Pablo habla sobre Epafras diciendo: porque de él doy testimonio de que tiene gran solicitud por vosotros, y por los que están en Laodicea, y los que están en Hierápolis. Estas dos ciudades se extendían a ambos lados del Río Licus en su unión con el Río Maeander. Estaban aproximadamente a seis millas de distancia, pero quedaban al alcance de la vista una de la otra.

Colosas se apartaba alrededor de doce millas río arriba. El río Licus estaba impregnado de yeso, y esta agua calcárea finalmente llegaba a cubrir toda la zona que rodeaba a Colosas. El estado del agua adquiere mucho significado cuando descubrimos que la epístola colosense fue escrita para contrarrestar una herejía que predominaba en esta iglesia. La herejía que envenenaba a esta iglesia era muy parecida al agua calcárea que contaminaba a Colosas, ciudad llena de monumentos y campos fértiles. Hasta este día, no hay absolutamente ningún rastro de la ciudad de Colosas. Esta verdad adquiere también importancia cuando buscamos una clave específica para liberar a cierta región geográfica de las fuerzas espirituales que la

atan. La clave se puede encontrar en su geografía o su historia. Se han dado muchos casos en que el a pastor de un sector determinado ha podido liberar a toda la zona, al tener entendimiento de los espíritus que la mantenían en esclavitud.

Datos históricos

Veamos ahora la segunda parte de la introducción, que son los datos históricos que se relacionan con la iglesia y la ciudad de Colosas. Doscientos años antes del ministerio del apóstol Pablo, Colosas había sido una de las principales ciudades de toda la zona. Sin embargo, cuando Pablo escribió esta epístola, ya se había degenerado en una ciudad mercantil de segunda. Herodato, un famoso historiador, se refirió a Colosas muchos años antes, como la gran ciudad de Frigia. Los reyes persas Asuero y Ciro se habían detenido en Colosas con sus ejércitos invasores. Sin embargo, ya en los tiempos de Pablo, era Laodicea la que se había convertido en el gran centro político y financiero de la zona. De hecho, era una ciudad tan prospera económicamente, que después de un terremoto fue capaz de rechazar la ayuda del Senado Romano porque el pueblo de Laodicea contaba con suficientes recursos propios para reconstruir la ciudad. Mientras tanto, Hierápolis también se había convertido en un gran centro comercial y en un importante balneario.

La herejía colosense

La iglesia de Colosas, que fue fundada por Epafras ²⁵ mientras Pablo estuvo en Éfeso, era la más insignificante de todas las iglesias que recibieron correspondencia de Pablo. Pero el apóstol les escribió con el propósito de exponer el gran problema

²⁵ El nombre Epafras es la forma abreviada de Epafrodito, mas no hay que confundirlo con el Epafrodito de Filipos. Epafras era natural de Colosas, uno de los tres centros de la comunidad cristiana del valle del río Lico, en Asia Menor. La Biblia no dice de forma explícita cómo llegaron las buenas nuevas del Reino de Dios a Frigia. Sin embargo, el día de Pentecostés del año 33 E.C. había frigios en Jerusalén, algunos de ellos quizás provenientes de Colosas. (Hechos 2:1, 5, 10.) Durante el ministerio de Pablo entre los efesios (alrededor de los años 52 a 55) se dio un testimonio tan intenso y eficaz en aquella zona que no solo estos, sino también “todos los que habitaban en el distrito de Asia oyeron la palabra del Señor, tanto judíos como griegos”. (Hechos 19:10.) Según Pablo, fue Epafras quien enseñó a los colosenses sobre “la bondad inmerecida de Dios en verdad”. El hecho de que el apóstol llame a este colaborador suyo “un fiel ministro del Cristo a favor nuestro”, indica que Epafras era un evangelizador activo en la región. (Colosenses 1:6, 7.) Tanto el apóstol Pablo como el evangelizador Epafras tenían profundo interés por el bien espiritual de sus hermanos en la fe del valle del Lico. Como el “apóstol a las naciones”, Pablo debió de alegrarse mucho al recibir noticias del progreso de aquellos. Fue nada menos que Epafras quien le informó del estado espiritual de los colosenses. (Colosenses 1:4, 8.) La seriedad de los problemas a los que se enfrentaban los colosenses motivó a Epafras a efectuar el largo viaje a Roma con el propósito expreso de tratar estos asuntos con Pablo. Parece que fue el informe detallado de Epafras lo que movió a Pablo a escribir dos cartas a aquellos hermanos, por lo demás desconocidos para él. Es razonable pensar que su contenido respondía a las necesidades que Epafras había advertido en aquellos cristianos. La carta a los Colosenses parece indicar que a Epafras le inquietaba el peligro que entrañaban para los cristianos de Colosas ciertas filosofías paganas relacionadas con el ascetismo, el espiritismo y la superstición idólatrica. También la enseñanza judía sobre la abstinencia de algunos alimentos y la observancia de ciertos días pudo haber influido en algunos miembros de la congregación. (Colosenses 2:4, 8, 16, 20-23.) El hecho de que Pablo escribiera sobre dichos asuntos es una muestra de lo atento y vigilante que se mantenía Epafras a las necesidades de sus compañeros cristianos. En todo caso, Epafras obró con sabiduría. (Proverbios 15:22) (Wikipedia)

de la herejía colosense. Hay cinco puntos principales de la herejía colosense que nos ayudan a entender lo que Pablo enfrentaba cuando escribió esta carta.

El primer aspecto de la herejía era el ceremonialismo que comprendía cuatro campos específicos: la comida y bebida, los festivales religiosos, la circuncisión, y la tradición. Pablo se refiere a los dos primeros temas en el capítulo 2:16, en donde declara: Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo. Acerca del tema de la circuncisión, Pablo explica en el capítulo 2:11 que somos circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de nosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo. Pablo desarrolla esto con más amplitud en el capítulo 3:11. Sobre el tema de la tradición, Pablo los alerta en el capítulo 2:4 para que no se dejen engañar con palabras persuasivas. Luego continúa su advertencia en el capítulo 2:2 diciendo: Mirad que nadie os engañe por medio de las filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo.

El segundo aspecto preponderante de la herejía colosense era el ascetismo (o abstinencia rígida), el cual se relaciona con el Estoicismo ²⁶. Esta es la mentalidad legalista de no tocar, no probar, no manejar. Pablo se refiere a esto en el capítulo 2: El tercer aspecto de la herejía colosense era el culto a los ángeles. Pablo exhorta en el capítulo 2:18: Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal.

El cuarto aspecto de la herejía colosense era la desestimación de Cristo. Cristo no estaba siendo magnificado ni enaltecido por la iglesia colosense. Para contrarrestar esto, en el capítulo 1:15-21, Pablo hace una exaltación de Cristo, lo mismo en el capítulo 2:2-3,9. Toda seca le atribuye a Cristo menos valor del que realmente tiene.

²⁶ El estoicismo es una escuela filosófica fundada por Zenón de Citio en Atenas a principios del siglo III a. C. Es una filosofía de ética personal basado en su sistema lógico y sus puntos de vista sobre el mundo natural. Los estoicos creían que todo alrededor operaba según una ley de causa y efecto, resultando en una estructura racional del universo. Como seres racionales, su objetivo era alcanzar, basándose en la tolerancia y autocontrol, la *eudaimonía* (felicidad o bienaventuranza) y la sabiduría en aceptar el momento tal como se presenta, manera justa y equitativa. Los estoicos son especialmente conocidos por enseñar que "la virtud es el único bien" para los seres humanos, y que esas cosas externas, como la salud, la riqueza y el placer, no son buenas o malas en sí mismas (*adiáfora*), pero tienen valor como "material para que la virtud actúe". Muchos estoicos, como Séneca y Epicteto, enfatizaron que debido a que "la virtud es suficiente para la felicidad", un sabio sería emocionalmente resistente a la desgracia. Durante el período helenístico adquirió mayor importancia y difusión, ganando gran popularidad por todo el mundo grecorromano, especialmente entre las élites romanas. Su período de preeminencia va del siglo III a. C. hasta finales del siglo II d. C., y entre sus seguidores estaba el emperador Marco Aurelio. Tras esto, dio signos de agotamiento que coincidieron con la descomposición social del alto Imperio romano y el auge del cristianismo. Desde entonces ha visto avivamientos, especialmente en el Renacimiento (neostoicismo) y en la era contemporánea (estoicismo moderno). (Wikipedia)

El quinto aspecto de la herejía colosense era el Gnosticismo ²⁷. El Gnosticismo era una forma de sabiduría y conocimiento secreto que se decía estaba reservado solamente para un pequeño y selecto grupo. Realmente era una forma de misticismo y espiritismo. Se pensaba que el Gnosticismo había tenido sus raíces en la iglesia colosense, y que de allí se había propagado hasta alcanzar su apogeo en los días en que Juan escribió sus epístolas. Durante los siglos II y III, la iglesia fue verdaderamente acosada por el Gnosticismo. Para contrarrestar este falso concepto de sabiduría y conocimiento, Pablo les señala en el capítulo 2:3, la verdadera fuente de toda sabiduría y conocimiento, al decir: En [Cristo] están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento.

Parte 1

Saludos 1:1-2

Volviendo ahora a la epístola colosense, vemos los saludos del apóstol Pablo en los versículos uno y dos del capítulo uno:

1:1-2 - Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y Timoteo ²⁸, a los santos y fieles hermanos en Cristo que están en Colosas: Gracia y paz sean a vosotros, de

²⁷ El gnosticismo es un conjunto de antiguas ideas y sistemas religiosos que se originó en el siglo I entre sectas judías y cristianas antiguas. Estos varios grupos enfatizaban el conocimiento espiritual (*gnosis*) por encima de las enseñanzas y tradiciones ortodoxas y la autoridad de la Iglesia. Viendo la existencia material como defectuosa y malévol, la cosmogonía gnóstica generalmente presenta una distinción entre un Dios supremo y oculto, y una deidad menor y malévol (en ocasiones asociada con Yahveh en el Antiguo Testamento) quien es responsable de crear el universo material. Los gnósticos consideraban que el principal elemento de salvación era el conocimiento directo de la divinidad suprema en la forma de intuiciones místicas o esotéricas. Muchos textos gnósticos discuten no los conceptos de pecado y arrepentimiento, sino los de ilusión e iluminación. Algunas de estas corrientes sincréticas filosófico-religiosas llegaron a mimetizarse con el cristianismo en los tres primeros siglos de nuestra era, convirtiéndose finalmente en un pensamiento declarado herético después de una etapa de cierto prestigio entre los intelectuales cristianos. En efecto, puede hablarse de un gnosticismo pagano y de un gnosticismo cristiano, aunque el más significativo pensamiento gnóstico se alcanzó como rama heterodoxa del cristianismo primitivo. Según esta doctrina los iniciados no se salvan por la fe en el perdón gracias al sacrificio de Cristo, sino que se salvan mediante la gnosis, o conocimiento introspectivo de lo divino, que es un conocimiento superior a la fe. Ni la sola fe ni la muerte de Cristo bastan para salvarse. El ser humano es autónomo para salvarse a sí mismo. Los escritos gnósticos florecieron entre ciertos grupos cristianos en el mundo mediterráneo hasta mediados del siglo II, cuando los primeros padres de la iglesia los denunciaron como herejía. Maestros gnósticos antiguos como Valentín veían sus creencias como compatibles con el cristianismo. Por siglos, la mayoría del conocimiento académico sobre el gnosticismo estuvo limitado a los escritos anti-heréticos de figuras cristianas ortodoxas como Ireneo de Lyon e Hipólito de Roma. Un renovado interés en el gnosticismo ocurrió después del descubrimiento, en 1945, de la Biblioteca de Nag Hammadi en Egipto; una colección de raros y antiguos textos cristianos y gnósticos, entre los que se incluyen el Evangelio de Tomás y el Apócrifo de Juan. (Wikipedia)

²⁸ Timoteo, a quien el libro de los *Hechos de los Apóstoles* describe como un «discípulo», «hijo de una mujer judía creyente y de padre griego» (Hechos 16:1), fue un cristiano del siglo I citado en numerosos pasajes del Nuevo Testamento, siempre asociado con la figura de Pablo de Tarso. Fue sin duda uno de los más fieles colaboradores del Apóstol, tanto en sus viajes misioneros en los que formó parte del equipo misional paulino, como también en calidad de portador de sus mensajes o de sus epístolas, o incluso comitente de alguna de sus cartas auténticas, tal el caso de la *Epístola a Filemón*. Mencionado 6 veces en los *Hechos de los Apóstoles*, 17 veces en las epístolas paulinas y 1 vez en la *Epístola a los hebreos*, Timoteo tuvo sin dudas una marcada importancia histórica a los ojos del apóstol Pablo, quien llegó a considerarlo casi como un *alter ego*, como se infiere del gran elogio que traza de él en su *Epístola a los filipenses*, su comunidad dilecta. Más aún, el hecho

Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. En los días neotestamentarios, las cartas siempre empezaban con este formato. Tenían una introducción y un prefacio, acompañados de un saludo que constaba de tres partes básicas: 1.) El nombre del remitente, 2.) El nombre del destinatario, y 3.) El mensaje del saludo. Estas tres partes pueden verse prácticamente en todas las epístolas paulinas.

Pablo dice ser apóstol de Jesucristo, título que usa con frecuencia. Con ello no sólo se propone enfatizar su autoridad, sino hacer notar que su apostolado proviene de la voluntad de Dios. En el llamamiento original de Pablo en Hechos 9:15, Cristo le dijo con toda claridad a Ananías que Pablo era un vaso escogido. Este es un punto muy importante. Todo santo debe fluir en el ministerio que

Dios ha escogido para él individualmente. El ministerio es dado por Dios. El ministerio quíntuple no es algo que podamos ambicionar, o aun tomar por fe. Solamente puede ser dado por Dios. Podemos desear la posición de anciano o de diácono, pero los dones del ministerio quíntuple son diferentes. Son los dones ministeriales de Cristo, enumerados para nosotros en Efesios 4:11: apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros.

En el saludo de Pablo a la iglesia de Colosas, Timoteo es también mencionado; un individuo excepcional que estuvo ligado a Pablo en diversas situaciones. En la carta que Pablo dirigió a la iglesia filipense, se refiere a Timoteo diciendo: Pues a ninguno tengo del mismo ánimo, y que tan sinceramente se interese por vosotros. Porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús (Fil. 2:20-21).

Pablo distingue a Timoteo entre toda la gente con que se ha relacionado en sus viajes y en su ministerio. Timoteo era excepcional. Observamos dos cosas en la descripción que Pablo hace de él cuando dice: a ninguno tengo del mismo ánimo. A Pablo lo había defraudado mucha gente, pero Timoteo era verdaderamente una persona sobresaliente y un amigo leal. Timoteo traía gozo y consuelo al corazón de Pablo. De hecho, era tan grande el cariño de Pablo por Timoteo, que lo incluyó en el saludo de 2 Corintios, Filipenses, 1 y 2 Tesalonicenses y Filemón. El versículo dos dice: A los santos y fieles hermanos en Cristo que están en Colosas. Todo el pueblo de Dios es llamado santo. Algunas denominaciones solamente declaran santas a unas cuantas personas que han seleccionado de la historia de la iglesia. Sin embargo, la verdad es que todo el pueblo de Dios es llamado santo por la derivación misma de la palabra. Santo significa persona que Dios escoge y separa para sí mismo. Al nacer de nuevo, se nos llama santos porque somos escogidos por Dios, a pesar de ser todavía muy carnales. Pero hay una diferencia entre ser llamado santo y ser realmente santo. No sólo necesitamos ser salvos y recibir el nombre de santos de Dios, sino que también debemos ser fieles al llamamiento

de que Timoteo haya sido destinatario de dos escritos neotestamentarios, la *Primera* y la *Segunda epístola a Timoteo* escritas por Pablo o por autores que recurren a la autoridad de la tradición paulina muestra la importancia que Timoteo tuvo como pastor en el siglo I. Según la *Historia Ecclesiae* (3 ,4) de Eusebio de Cesarea, Timoteo fue constituido obispo de Éfeso por el propio Pablo. Se lo venera como santo en la Iglesia católica, en la Iglesia copta y en la Iglesia ortodoxa. (Wikipedia)

celestial y estar entre los que se distinguen como hermanos fieles. Los que son fieles en la vida son los que estarán cerca del Cordero de Dios, y los que están con [el Cordero] son llamados y elegidos y fieles (Ap. 17:14).

El prefacio de tres partes que se usaba en las cartas antiguas es evidente en Colosenses. Los nombres de los remitentes son Pablo y Timoteo, los nombres de los destinatarios son los hermanos santos y fieles de Colosas, y el mensaje del saludo es: Gracia y paz sean a vosotros. El uso de paz como saludo, era común en la época de Pablo y llevaba implícita la idea de prosperidad. En Levítico 3, la propia ofrenda de paz de que se habla, puede significar también ofrenda de prosperidad. La paz depende de una correcta relación con Dios. (Ver también Ro. 1:7; 1 Co. 1:3; 2 Co. 1:2; Gá. 1:3; Ef. 1:2; Fil. 1:2; 1 Ts. 1:1; 2 Ts. 1:2; 1 Ti. 1:2; 2 Ti. 1:2; Tito 1:4; y Flm. 1:3).

La iglesia cristiana sufre persecución desde que fue concebida. A diferencia de nuestros días, en la iglesia primitiva ser cristiano significaba ser perseguido y, por lo general, martirizado. Por eso, los hermanos del primer siglo se saludaban diciendo: La gracia sea con vosotros. Gracia significa capacitación divina. En otras palabras, estaban diciendo: Que Dios os dé capacitación divina para resistir los ataques del enemigo y cumplir los propósitos de Dios.

Al considerar los saludos de gracia y paz, necesitamos ver que gracia también significa favor divino. Entonces, si saludáramos a alguien diciéndole: Gracia y paz sean a ti, realmente le estaríamos diciendo: Recibe el favor y la capacitación de Dios, y que Él te prospere. La paz depende de una correcta relación con Dios

Parte 2

Acción de gracias 1:3-4

– Siempre orando por vosotros, damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, habiendo oído de vuestra fe en Cristo Jesús, y del amor que tenéis a todos los santos. El apóstol Pablo oraba sin cesar y daba gracias al Señor por las personas que Él había puesto bajo su responsabilidad.

En el versículo cuatro, Pablo habla de la fe y del amor de los santos de la iglesia colosense. La fe y el amor son las virtudes gemelas que necesitamos para ser perfectos y fructíferos. Pedro desarrolla este concepto en 2 Pedro 1:5-8. Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia, a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Pablo se dio cuenta de que la fe y el amor de la iglesia colosense estaban produciendo fruto (Col. 1:4-6). Pedro le da mayor amplitud a este tema de la productividad, usando estas dos virtudes: la fe y el amor (2 P. 1:5-8).

Debemos meditar sobre los ocho pasos que unen a la fe con el amor. Estos ocho pasos nos llevarán a 2 Pedro 1:11: Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. De manera que tenemos nuestras claves gemelas para la productividad y la perfección la fe y el amor. Dichas virtudes crecen en nuestras vidas cuando permanecemos en la Vid, el Señor Jesucristo.

1:5 - A causa de la esperanza que os está guardada en los cielos, de la cual ya habéis oído por la palabra verdadera del evangelio. El Señor Jesucristo hablaba con frecuencia sobre los galardones que nos esperan en el cielo. El Señor dijo en Mateo 5:10-12: Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros. Esto es algo que la iglesia primitiva necesitaba saber porque padecía mucha persecución. Él les dijo que se regocijaran siempre.

Esta exhortación a regocijarse en medio de la persecución se aplica a cada generación. Todo aquel que vive piadosamente en Cristo Jesús sufrirá persecución (2 Ti. 3:12). Si usted procura alcanzar la verdadera santidad, sufrirá persecución. Sin embargo, la clave del triunfo es el regocijo, porque el espíritu gozoso en medio de las vicisitudes vencerá toda adversidad y obtendrá para nosotros un galardón grande en el cielo. Recuerde cuál fue la reacción de Job al problema (Job 1:20-22).

El Señor continuó en Mateo 5:19-20 diciendo: De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos. Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. A los ojos de Dios, la verdadera grandeza se medirá en términos de haber o no haber cumplido y enseñado todo el consejo de Dios. Instruimos a los demás no sólo con las palabras, sino con la propia vida. Ante todo, debemos procurar tener las leyes de Dios escritas en las tablas de carne de nuestros corazones, y entonces, de la abundancia de nuestros corazones, nuestras bocas podrán hablar y enseñar todo el consejo de Dios.

Es muy importante meditar sobre los grandes galardones que están reservados en el cielo para los piadosos. Recuerde esto Cristo soportó la cruz porque vio el gozo puesto delante de Él. En el cielo los galardones no serán iguales para todos. El galardón que tendremos en la eternidad dependerá del nivel de consagración y dedicación al Señor que hayamos tenido en esta vida. Por lo tanto, en los tiempos de prueba y de desánimo, debemos meditar en el galardón y en el gozo que tendremos en la vida venidera si proseguimos sin desmayar.

1:6 - Que ha llegado hasta vosotros, así como a todo el mundo, y lleva fruto y crece también en vosotros, desde el día que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en verdad. El propósito del evangelio no es solamente salvar a las personas, sino capacitarlas para producir mucho fruto. En Gálatas 5:22-23, Pablo habla de los nueve frutos del Espíritu. El Señor dijo en Juan 15:8: En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos. El evangelio y la palabra de Dios tienen que producir fruto en nuestras vidas.

1:7-8 - Como lo habéis aprendido de Epafras, nuestro consiervo amado, que es un fiel ministro de Cristo para vosotros, quien también nos ha declarado vuestro amor en el Espíritu. Epafras fue el fundador de la iglesia de Colosas. Pablo le llama ministro fiel. Seamos hallados fieles al Señor nosotros también. La iglesia colosense era conocida por su productividad, su fe y su amor. Sin embargo, al mismo tiempo tenía una mezcla doctrinal. Los colosenses tenían una terrible herejía que finalmente llegó a impregnar gran parte de la iglesia neotestamentaria. Es realmente trágico descubrir que aunque hayamos sido fructíferos en un determinado campo, todo el buen fruto producido en nuestras vidas puede echarse a perder por haber abrazado una falsa doctrina. Pidámosle entonces al Señor pureza de doctrina, para que no acabemos sin fruto. Pidámosle entonces al Señor pureza de doctrina, para que no acabemos sin fruto

Parte 3

Las oraciones 1:9-11

A continuación veremos las oraciones del apóstol Pablo en esta epístola colosense. Estas oraciones se nos han transmitido y se han conservado en las Sagradas Escrituras no sólo para efectos de lectura, sino para que podamos orar con ellas. Son ejemplos que deben moldear nuestra vida de oración y nuestros anhelos.

1:9 - Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual. Qué es lo que Pablo ora y desea para esta iglesia que ni siquiera ha visto? En primer lugar, que sean llenos del conocimiento de la voluntad de Dios en toda sabiduría e inteligencia espiritual. Quiero reflexionar sobre este pensamiento de conocer su voluntad. Alguna vez le han preguntado cuál es la voluntad de Dios? A veces puede resultar difícil saber qué responder. Sin embargo, la Biblia se contesta con la Biblia. 1 Tesalonicenses 4:3-5 declara: Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación; que cada uno de vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor; no en pasión de concupiscencia, como los gentiles que no conocen a Dios. En 2 Pedro, capítulo uno, hay una sucesión de pasos que va desde la fe hasta el amor; el paso que sigue después de la fe es la virtud, la pureza moral. Debemos estar conscientes y seguros de que Dios quiere que seamos virtuosos. Él desea que tengamos pureza moral, y en 1 Tesalonicenses 4:3-5 nos indica cómo obtenerla. Debemos abstenernos de la fornicación.

¿Qué otros aspectos tiene la voluntad de Dios para nosotros como cristianos? Romanos 8:4 nos dice: Para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.

La voluntad de Dios es que andemos en el Espíritu. No basta con ser lleno del Espíritu. Debemos andar en el Espíritu para cumplir por completo la voluntad de Dios, y no satisfacer los deseos de la carne (Gá. 5:16, 25). La voluntad de Dios puede comprender todavía más, aun asuntos tales como la elección del cónyuge. Las Escrituras son muy claras en cuanto al matrimonio. Es responsabilidad de Dios unir a dos personas (Mateo 19:6). Por lo tanto, si el Señor es el que une en matrimonio a la pareja, esa unión ya ha sido previamente decretada desde antes de la fundación del mundo. Por eso debemos entrar en reposo en lo que a matrimonio se refiere. Debemos confiar en que el Señor claramente nos hará ver quién es la persona que nos ha escogido como pareja.

Otra pauta que nos dan las Escrituras para el matrimonio, es que no debemos estar unidos en yugo desigual con un incrédulo (2 Co. 6:14). La persona que elijamos no sólo debe ser cristiana, sino tener la misma visión y el mismo llamado nuestro. He visto parejas que se casan apresuradamente y que luego lo lamentan por el resto de sus vidas. Debemos saber con quién quiere el Señor que nos casemos. Además, debemos ser naturalmente atraídos por la persona que Dios nos ha escogido, porque Dios obra en nosotros por medio del deseo. Parece muy espiritual decir: A mí no me gustaba mi pareja cuando me casé, pero lo hice porque pensé que era la voluntad de Dios. Sin embargo, yo no estoy de acuerdo con este razonamiento. Si andamos en el Espíritu y estamos dispuestos a esperar por su elegido, el Señor, en su tiempo, nos unirá con la persona señalada. Asimismo, estaremos alegres y nos regocijaremos con su elección; porque su elección será la nuestra.

En el conocimiento de su voluntad para nosotros, están contenidas todas las cosas. Para ello es necesario cuidar estas dos áreas básicas: 1.) Perseverar en la santificación de nuestro cuerpo, y 2.) Andar en el Espíritu. Si andamos en el Espíritu, todo lo demás que necesitemos, vendrá por añadidura.

Pablo continúa su oración del versículo nueve: En toda sabiduría e inteligencia espiritual. La sabiduría es firmemente enfatizada a lo largo de la palabra de Dios. Proverbios 4:7 dice: Sabiduría ante todo; adquiere sabiduría; y sobre todas tus posesiones adquiere inteligencia. Este fue el consejo que sus padres dieron a Salomón a través de sus años de formación. David y Betsabé. Repetidas veces en el libro de Proverbios se pone de relieve la sabiduría. Cuando Dios le habló a Salomón y le preguntó: Qué deseas que te dé? Salomón le contestó: Da sabiduría a tu siervo. Salomón pidió esta bendición de valor incalculable, y no riquezas u honor como lo hubieran hecho muchos; y eso fue porque su padre David constantemente le había hecho hincapié en la importancia de la sabiduría.

Es fundamental conocer la voluntad de Dios, pero el conocimiento por sí solo no basta. Junto con él, debemos tener sabiduría. La sabiduría nos enseña la manera

de proceder en cualquier circunstancia. Asimismo, nos capacita para tomar las decisiones acertadas. Eclesiastés 2:26: Porque al hombre que le agrada, Dios le da sabiduría, ciencia y gozo; mas al pecador da el trabajo de recoger y amontonar, para darlo al que agrada a Dios. También esto es vanidad y aflicción de espíritu. Recibir el favor y la bendición de Dios depende mucho de nuestro andar. Si agradamos a Dios, Él nos da sabiduría, conocimiento y gozo. La sabiduría es un don de Dios, y no hay nada que se le compare; pero a los rebeldes Dios los excluye de este tesoro.

Regresamos ahora a la oración de Pablo en Colosenses 1:9: Que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual. Existe una diferencia entre sabiduría y entendimiento. Sabiduría es saber cómo elegir la alternativa correcta; pero entendimiento es saber por qué una alternativa es la correcta. Por eso necesitamos clamar: Señor, por favor dame entendimiento de tus propósitos para mi vida!

En Daniel 1:17 se ve un aspecto del entendimiento. Daniel tenía entendimiento de toda visión y sueño. Nabucodonosor tuvo un sueño de parte de Dios. Pero, de qué sirve un sueño si no podemos entenderlo? Cuando un sueño o una visión vienen de Dios, no basta la interpretación humana. Las profecías, visiones y sueños dados por Dios, también necesitan interpretaciones dadas por Dios. Hemos conocido muchos ejemplos trágicos de personas que sinceramente han recibido una visión, profecía, o sueño de Dios, pero por no tener entendimiento espiritual naufragaron en sus vidas al haber malinterpretado lo recibido. Por eso, el entendimiento espiritual es de suma importancia.

A través de las Escrituras se menciona mucho el tema del entendimiento. En Proverbios 3:5 se nos exhorta: Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. En Hebreos 11:3 se nos dice: Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía. Entonces, vemos que la fe y el entendimiento están ligados por la fe entendemos. Hay otras oraciones bíblicas que tienen que ver con nuestra necesidad de entendimiento. En el Salmo 119:27 el salmista clama: Hazme entender el camino de tus mandamientos, para que medite en tus maravillas. Efesios 5:17-18 dice: Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor. No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu.

1:10 - Para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios. Dice Pablo que además debemos llevar fruto en toda buena obra. Es importante considerar y entender esta idea de dar fruto. El siguiente es un ejemplo que servirá de ilustración. Cuando un campesino siembra un manzano, tiene el deseo básico de producir manzanas maduras. Cuando nosotros pensemos en dar fruto, debemos al mismo tiempo pensar en madurez. El campesino no estará satisfecho con sólo obtener manzanas pequeñas que recién empiezan a crecer. Lo que él verdaderamente

quiere es tener manzanas maduras, completamente crecidas. Qué clase de fruto quiere Dios? Es imposible leer la palabra de Dios sin ver que lo que Él desea es nada menos que la completa madurez de su pueblo. Debemos convertirnos en productores de fruto, así como la iglesia colosense fue instada a dar fruto. Y si vamos a volvernos fructíferos, debemos proseguir con Dios sin estar inmóviles.

En Lucas 8:14 el Señor dio la parábola de la semilla y el sembrador. Su interés principal era que las semillas sembradas en los corazones de los hombres llegasen a una completa productividad. Pues muchas veces la palabra que se siembra en el corazón es sofocada por los afanes, las riquezas y los placeres de esta vida que no dejan que el fruto madure. Él no dice que no producen ningún fruto, sino que el fruto que dan no llega a la perfección o madurez.

En Inglaterra la gente celebra fiestas de horticultura, en las cuales cada uno trae productos como manzanas, papas, etc., que son examinados por un jurado. Hay premios que se otorgan a los mejores productos. Si la producción de un horticultor recibe el primer premio, éste se alegra mucho y la gente lo rodea y admira los productos premiados. Lo que estoy queriendo decir es que necesitamos ver a Jesús como el Horticultor Supremo. Él busca frutos que merezcan el primer lugar. Él busca cristianos de primera línea. Cuando pensamos en frutos pensamos en madurez. Pablo dice en Efesios 4:11-13 que Dios ha dado el ministerio quíntuple a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

No hay otra manera de ver la iglesia del Nuevo Testamento. Esta es una iglesia que debe madurar. Qué desea Dios de nosotros? Desea que nos volvamos fructíferos y maduros. Cuando reflexionemos sobre la fecundidad, reflexionemos también sobre la multiplicación. Queremos que el fruto esté maduro, pero no queremos solamente una manzana madura. Queremos todo un barril de manzanas maduras. La fecundidad está vinculada no sólo a la madurez, sino a la multiplicación. Muchas veces hay un conflicto dentro de la iglesia. Algunos dicen: Nosotros estamos avanzando hacia la madurez, mientras su número disminuye cada vez más. Y otros dicen: Estamos empeñados en la multiplicación, pero permanecen inmaduros.

Es obvio que Dios desea tanto la madurez como la multiplicación. La iglesia universal no posee la sabiduría que necesita, y a menudo tiende a subirse a un tren y a otro. Son muchos los cristianos que se concentran en ser maduros, pero descuidan la multiplicación. O se concentran en la multiplicación, y dicen que no hay que preocuparse por ser perfecto sino hasta llegar al cielo. Sin embargo, somos conformados a la imagen de Cristo mientras estamos en la tierra, no en el cielo. La iglesia, entonces, lucha contra sí misma, con un grupo que le concede importancia a cierta cosa y otro grupo que se la concede a otra.

Hay dos parábolas que hablan de la multiplicación la parábola de las minas y la parábola de los talentos, encontradas en Lucas y Mateo. Como ya lo hemos

declarado, el dar fruto tiene dos facetas. En Lucas 19:12-27, el Señor habla de las diez minas ²⁹ y de que él entregó una mina a cada uno de sus diez siervos. Uno de éstos vino después y dijo en el versículo dieciséis: Tu mina ha ganado diez minas. El Señor respondió: Está bien, buen siervo; por cuanto en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad sobre diez ciudades. Otro llegó, y dijo en el versículo dieciocho: Tu mina ha producido cinco minas. A éste dijo su patrón: Tú también sé sobre cinco ciudades. Otro siervo llegó y dijo en el versículo veinte: Señor, escondí la mina que me diste.

A éste dijo el patrón: Mal siervo. Y a los que estaban alrededor les dijo: Quitadle la mina, y dadla al que tiene las diez minas (19:22-24). Debemos recordar que Dios no busca sólo un fruto maduro, sino que muchos frutos maduros. Además el Señor le da a unos más talentos que a otros porque han aprendido a usar lo que recibieron. Por lo tanto, si anhelamos más dones y talentos de Dios, debemos usar los que ya nos dio.

Recuerde, tanto la madurez como la multiplicación son necesarias. En el día del juicio se nos juzgará por ambas cosas. Dios quiere que procuremos y prediquemos la perfección, y también quiere que alcancemos a otros y nos multipliquemos. Debe haber un equilibrio entre madurez y multiplicación.

El versículo diez continúa: Llevando fruto en toda buena obra. A qué buenas obras se refiere Pablo aquí? En Efesios 2:10 Pablo manifiesta: Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas. Antes del principio del mundo, Dios dispuso que realizásemos ciertas tareas.

El siguiente es un ejemplo para demostrar esto. Hay una familia que consiste de madre, padre y dos hijos: Juan y Pedro. Los padres están haciendo planes de pasar el día en la ciudad. El padre le dice a Juan: Quiero que con el rastrillo limpies de hojas el jardín. Este es tu deber del día. Luego le dice a Pedro: Quiero que limpies la casa y que te cerciores de que quede en orden. Se van los padres, y Juan sale al jardín a rastrillar las hojas. Pedro ve por la ventana y dice: Oh, afuera es mejor que adentro, por eso iré a ayudar a Juan. Así que le ayuda a Juan en su labor y todas

²⁹ La mina es una unidad de peso, y en consecuencia también de moneda, utilizada en la antigua Babilonia y en uso hasta tiempos clásicos, con diferentes definiciones según la época y el sitio. Su peso era de alrededor de medio kilogramo, según una de sus definiciones, y alrededor de un kilogramo, según otra. Unidades relacionadas continúan en uso hoy en día. Debe notarse que, como todas las unidades de peso de la antigüedad, la mina se empleó para pesar metales preciosos, en particular oro y plata, pero que las minas empleadas para ese uso no tenían el mismo valor que las utilizadas para pesar sustancias comunes. Los babilonios utilizaban para muchas cosas el sistema sexagesimal. Dividieron el círculo en 360 grados al igual que el año tiene 365 días. Igualmente dividieron el grado en 60 minutos de arco y el minuto en 60 segundos de arco. A partir de las investigaciones de Sir Austen Henry Layard, que en 1847 encontró piedras y piezas de metal utilizadas como pesas y marcadas con su valor en las ruinas de Nínive, y otros hallazgos posteriores, sabemos hoy que existían dos tipos de Mina o Manah, la Mina Ligera y la Mina Pesada, el doble que la anterior. Los estudios indican, además, que aparte de estas minas, que conformaban la llamada Norma Común, existía otra norma de pesos, la Mina del Rey, que pesaba 1/36 más que la Mina Común. (Wikipedia)

las hojas son quitadas del jardín, que luce muy bonito. Regresan los padres. El padre llama a Juan, y viendo el jardín, dice: Esta bien, has hecho un buen trabajo. Después llama a Pedro, queda viendo la casa, y dice: Y tú, qué has estado haciendo? Pedro dice: Le he estado ayudando a Juan. El padre muestra desagrado y contesta: Pero yo te dije que hicieses este trabajo, no que ayudases a Juan.

Dios ha dispuesto tareas específicas para nosotros. Debemos poner suma diligencia en andar en el Espíritu y en ser guiados por Él. A veces Dios dice que no le gusta lo que estamos haciendo; quiere que hagamos algo diferente. Solamente nos va a elogiar y recompensar por haber hecho lo que Él dispuso para nosotros. Esta es una de las razones por las que no podemos elegir el lugar en que vamos a ministrar. Esa es decisión de Dios! Dios ya ha predispuesto ciertas buenas obras que quiere que hagamos. Por lo tanto, debemos orar pidiéndole al Señor que nos muestre qué es lo que desea de nosotros. Recuerde, no hay galardón por hacer el trabajo de otro.

Creciendo en el conocimiento de Dios. Necesitamos mantener un conocimiento de Dios que vaya en aumento. El deseo nuestro es llegar a conocer a Dios más cada día. En nuestros espíritus debemos siempre estar clamando al Señor: Señor, quiero conocerte más! Cuando se apareció a Moisés en Éxodo 34:6. Dios se describió a sí mismo y proclamó: Jehová! Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad. Conocer a Dios significa comprender su carácter y saber de todos estos aspectos suyos. Es sólo a medida que nos dirige el Espíritu, y que Dios nos pone en diversas situaciones, que llegamos a conocerle de fuentes originales. El Señor quiere revelarnos más de su naturaleza en cada circunstancia que enfrentamos en la vida.

1:11 - Fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad. Si no estamos fortalecidos con su inmenso poder, el sufrimiento se nos hace imposible de soportar. Sólo la fuerza de Dios nos capacita para soportar. Paciencia en el idioma griego es hupomone, y significa aguante. Significa seguir caminando con alegría y corazón esperanzado en medio de condiciones difíciles; sabiendo que estas adversidades obrarán para nuestro propio bien. Cuando estemos pasando por una prueba no debemos apretar los dientes con voluntad de hierro como si con el esfuerzo humano fuésemos a salir adelante. Si nos endurecemos vamos a fracasar. Tenemos que atravesar las pruebas victoriosamente. Cada sacrificio del Antiguo Testamento quedaba completo sólo hasta que se ofrecía con vino, que es símbolo de gozo. Debemos pedirle a Dios su divina fortaleza y gozo cuando atravesemos las pruebas, para que podamos vencer en medio de ellas.

La acción de gracias (1:12-14)

Ahora Pablo prosigue con el tema de dar gracias al Señor por sus múltiples bendiciones, el cual dejó inconcluso en el versículo ocho. Ante todo, agradece al Señor la herencia eterna.

1:12 - Con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz. Debemos tener un corazón agradecido. El dar gracias nos purifica de la murmuración y de la queja. Debemos apreciar todo lo que el Señor hace por nosotros, hasta las bendiciones pequeñas. Debemos tener ojos que vean al Señor en acción, dirigiendo todas nuestras circunstancias, y debemos tener un corazón que responda con gratitud. En Colosenses 2:7 Pablo habla de abundar en acciones de gracias. Es importante que los cristianos tengan el espíritu de acción de gracias. Éste debe dominar por completo nuestras vidas para que nos volvamos agradecidos. La gratitud es un aspecto importante de la santidad. Por consiguiente, contemplaremos en seguida varios puntos relacionados con ella.

El punto número uno es que debemos entrar por sus puertas con acción de gracias. Antes de alabar y adorar al Señor, debemos ser agradecidos (Salmo 100:4). El punto número dos es que debemos dar gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con nosotros en Cristo Jesús (ver 1 Ts. 5:18). En toda situación que nos encontremos, debemos dar gracias al Señor. En vista de que Colosenses trata con el tema de la santidad, estos puntos son muy importantes.

Debemos dar gracias en toda circunstancia, lo cual no siempre es fácil. Puede ser que nosotros mismos nos sorprendamos murmurando: Y cómo es que debo enfrentar esta situación? Primero, debemos tener la serenidad y la paz del Señor, y luego hablar objetivamente diciendo: Esta circunstancia fue permitida por Dios. El quiere darme victoria en esta situación. Cuando procedamos así, ello hará una obra dentro de nuestros corazones. Debemos dar gracias al Señor en medio de la situación.

La expresión de esto se encuentra en Filipenses 2:14: Haced todo sin murmuraciones y contiendas. Así es como crecemos y maduramos en nuestra gratitud. Dar gracias es de suma importancia en cada situación. Pero un paso todavía de mayor madurez, se encuentra en Efesios 5:20: Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Vale más ser capaces de dar gracias a Dios por una calamidad que por una bendición. Tan pronto como le demos gracias a Dios, tendremos la victoria.

Dar gracias a Dios por nuestras circunstancias es un paso de madurez. La actitud de agradecimiento debe dominar todo lo que hagamos. El Salmo 108:1 dice: Cantaré y entonaré salmos. El Salmo 107:1 casi hace del dar gracias un mandato: [Dad gracias] a Jehová, porque él es bueno; porque para siempre es su misericordia. Vemos el agradecimiento perfeccionado en la vida de nuestro Señor Jesucristo durante la última cena. Y habiendo dado gracias (1 Co. 11:24). Cristo estaba dando gracias por los elementos y por el hecho de que se aproximaba su crucifixión. Este es un tremendo ejemplo del espíritu de agradecimiento. Este espíritu se resume en las palabras de Pablo: Dios ama al dador alegre (2 Co. 9:7).

En Lucas 17 tenemos la historia de los diez leprosos. Estos diez hombres estaban parados a lo lejos, y clamaban: Ten misericordia de nosotros! Cuando Jesús los vio,

les dijo: Id, mostraos a los sacerdotes. Y mientras iban, fueron limpiados. Sin embargo, sólo uno de ellos, al verse sano, regresó y a gran voz glorificó a Dios. Y se postró rostro en tierra, a los pies de Jesús, y le dio gracias. Este hombre era samaritano. Jesús entonces dijo: No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve dónde están? Ellos no regresaron a dar gloria a Dios. Solamente este extranjero se volvió para agradecer. Entonces Jesús le dijo: Levántate, vete; tu fe te ha salvado. Se percibe aquí que el agradecimiento de este hombre liberó la fe, y fue sanado tanto del cuerpo como del espíritu. Fue el único de los diez leprosos que fue sanado en espíritu, alma, y cuerpo.

Volviendo a Colosenses 1:12, vemos que debemos dar gracias al Señor por habernos dado una herencia. El tema de la herencia es un campo muy amplio. Si lo dividimos entre Antiguo y Nuevo Testamento, se nos hará más claro el concepto de herencia eterna. En el Antiguo Testamento, la herencia estaba dividida básicamente en tres aspectos. Primero que todo, al pueblo le preocupaba su territorio (ver Nm. 26:53, Dt. 4:21). Los hijos de Israel consideraban su herencia como un lote de terreno, y para cada israelita, había una parcela de terreno específica.

Entonces vemos por qué Nabot no quería vender la propiedad que Acab le quería comprar (ver 1 R. 21). Esa propiedad era la herencia eterna de Nabot, que venía siendo heredada desde que Israel entró en la tierra bajo el mando de Josué. Era parte de la parcela de terreno específica, que su familia había recibido, y por eso no la quería vender. Le dijo a Acab en 1 R. 21:3: Guárdeme Jehová de que yo te dé a ti la heredad de mis padres.

El segundo aspecto de la herencia se encuentra en Números 18:20, en donde el Señor le dijo a los levitas que Él mismo era su herencia. El tercer aspecto era que el pueblo de Israel era la herencia del Señor. La porción de Jehová era su pueblo (Dt. 32:9).

En esencia, tenemos los mismos tres conceptos en el Nuevo Testamento. Tenemos el concepto de la tierra, resumido por el apóstol Pablo al decir: No voy a edificar sobre los cimientos de ningún otro hombre, queriendo decir que cuando entraba en una ciudad, no se apoderaba de la iglesia de otra persona. Él edificaba su propia iglesia, o su propia congregación. Esto es de suma importancia.

En su sermón del monte, el Señor dijo específicamente: Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad. Las palabras la tierra por heredad, nos dan la idea de una herencia geográfica. Dios puede llamarnos a una ciudad o a un país determinado, y en ese lugar puede desear darnos un terreno para construir un edificio físico (una iglesia). Es parte de nuestra herencia.

Recuerde, es el Señor quien escoge nuestra herencia (Sal. 47:4). Los hijos de Israel no podían simplemente entrar en la tierra diciendo: Quiero esta parcela. Fue el Señor quien específicamente les escogió lugar. Asimismo, en los días neotestamentarios necesitamos entender que Dios tiene una zona geográfica para

nosotros también. A medida que Él nos prospera y bendice, muchos sitios y zonas podrían entrar en juego.

En vista de que Colosenses trata sobre la herencia eterna, necesitamos contemplar esta epístola desde el ángulo de la herencia celestial. La herencia celestial significa la vida eterna. A Jesús le hacían a menudo esta pregunta: Qué debo hacer para heredar la vida eterna? En Mateo 19:29 se encuentra una de las respuestas a esto. Nuestra herencia es la vida eterna, pero las Escrituras enseñan con claridad otro aspecto de la herencia hay numerosos galardones en el cielo. 1 Corintios 3:8, 14; 9:17; Hebreos 10:35; y Apocalipsis 22:12 se refieren a este asunto. Cuáles son los galardones? Y por haber hecho qué cosas recibiremos galardones en el cielo? Vamos a ser recompensados por todo lo que hagamos en esta vida. Vamos a ser recompensados por un apretón de manos, y hasta por una sonrisa.

En el tribunal de Cristo recibiremos o un galardón o un demérito por todo lo que hayamos hecho. Por lo tanto, debemos asegurarnos de que todos nuestros deméritos estén bajo la sangre de Cristo. Aunque en el fondo nuestra intención no sea adquirir recompensas, sucede que toda la palabra de Dios habla de ellas. Por ejemplo, en Mateo 6 se habla de dar limosnas (dar al pobre). Mateo 6:1-2 dice: Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa.

Cuando hacemos algo con el fin de que nos vean, o para hacer un espectáculo, recibimos nuestra recompensa de inmediato, la cual consiste en las alabanzas de los hombres. Pero cuando hacemos algo piadosamente y nuestras intenciones son puras, tenemos recompensa eterna. En un sentido muy real, el Señor trata varias veces el tema de los galardones, pero nosotros no debemos hacer sacrificios con la única idea de obtener un galardón. Debemos hacerlo todo con el fin de agradar al Señor. El tema de los galardones se ve a lo largo de toda la Biblia. Cada acto recibe un galardón, según sea la intención con que se realice.

El tema de que Cristo tiene una herencia es igual en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. La herencia de Cristo es su pueblo. Efesios 1:18 habla de su herencia en los santos.

1:13 - El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo. Estos dos conceptos: Dios librándonos de la potestad de las tinieblas, y trasladándonos al reino de su amado Hijo pueden fundirse dentro del tema general de la adopción. Esta doctrina de la adopción necesita ser explicada comparando unos versículos con otros, y también contemplando el trasfondo de la ley romana de la época neotestamentaria. Romanos 8:15 dice: Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: Abba, Padre! Basándose en

esta doctrina de la adopción, uno puede explicarse por qué el apóstol Pablo daba gracias a Dios. Hemos pasado a ser adoptados, de la familia degradada de Adán, a la nueva familia del segundo Adán. Dios nos ha librado de la potestad de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su amado Hijo. Cómo entendían la adopción los romanos? Recordemos que el escenario del Nuevo Testamento fue el imperio romano. Por lo general eran los muy acaudalados dentro del imperio romano los que practicaban la adopción. Por ejemplo, un terrateniente, un emperador, o un potentado, podía ser dueño de vastas extensiones de tierra. Y al considerar todos sus haberes, propiedades y bienes materiales, se daba cuenta de que un día, al morir, todas sus posesiones serían de otros. A lo mejor sólo tenía un hijo o dos, y pensaba que era necesario tener más descendientes que administraran la herencia. Por consiguiente, enviaba a sus criados al campo a buscar jóvenes que parecieran competentes y que tuvieran buen carácter. Los padres de estos jóvenes eran invitados a la casa del acaudalado terrateniente en donde se les examinaba. Quizás el terrateniente decía: Deseo adoptar a su hijo, y el padre contestaba: Yo nunca podría darle lo mismo que usted. Entonces, por una cierta cantidad de dinero que recibía el padre, se celebraba una ceremonia de adopción, momento en el que el muchacho prácticamente moría a la casa y apellido de su verdadero padre. Se le trasladaba por completo a la residencia de su nuevo padre, y después de un período de instrucción, que podía extenderse hasta cumplir los treinta o cuarenta años de edad, este joven podía calificar o descalificar para convertirse en legítimo heredero junto a los otros hijos del acaudalado padre. El ayudaba a administrar los bienes; y si calificaba, los heredaba después, una vez fallecido el padre. Esto es, fundamentalmente, lo que Dios ha hecho con nosotros. Estábamos bajo la potestad de nuestro antiguo padre, bajo la potestad de las tinieblas, y Dios en su misericordia y gracia nos ha trasladado del reino de las tinieblas al reino de la luz. Hemos sido adoptados a fin de calificar para ser coherederos con Cristo. Por eso, Pablo clama en Colosenses 1:13 agradecido con Dios por habernos trasladado de la potestad de las tinieblas y colocado en el reino de su propio Hijo amado. Realmente Pablo está declarando que hemos experimentado de manera maravillosa la liberación del poder de Satanás, y que éste ya no tiene ninguna autoridad sobre nosotros.

Con frecuencia nos cuesta entender todo el significado de nuestra adopción. Satanás ya sabe que no tiene más potestad sobre nosotros, pero también sabe que no siempre nos damos cuenta de ello. Sin embargo, si nos apropiamos de la verdad y del poder de nuestra adopción, la próxima vez que Satanás se nos acerque, podemos proclamar que hemos sido adoptados por el Padre, y Satanás tendrá que huir. Esta no es sólo una bella realidad, sino algo por lo cual necesitamos dar gracias a Dios.

1:14 - En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados. La siguiente cosa por la cual debemos estar agradecidos es por tener redención a través de la sangre de Cristo. Redención significa liberación de un mal mediante el pago de un precio. Por ejemplo, para que un esclavo quedase en libertad, tenía que pagarse un rescate. La sangre fue el rescate que Cristo pagó por nosotros. Sin embargo, en cierto sentido nuestra redención sólo estará completa cuando Cristo

regrese y recibamos nuestros nuevos cuerpos glorificados (Ro. 8:23). La idea de un rescate en el Antiguo Testamento, se puede apreciar en Éxodo 21:28-30. El perdón de pecados. Al considerar el tema del agradecimiento, lo siguiente es el perdón de los pecados. En el Antiguo Testamento Dios no perdonaba todas las cosas (ver Dt. 9:20; 2 R. 24:4; Jer. 5:7; Lm. 3:42). Por eso, cuando Dios sí perdonó, fue motivo de inmensa gratitud. El Salmo 32:1 nos dice que: Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Viene un gran gozo cuando nuestros pecados son perdonados y hay una obra completa en nuestro ser. El Salmo 103:12 dice: Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones. Ezequías nos lo recuerda: Porque echaste tras tus espaldas todos mis pecados (Is. 38:17). El perdón de los pecados es el contexto del Nuevo Testamento. Sin embargo, Dios no perdona todos los pecados. Como se ve en Mateo 12:31, Marcos 3:28-29, y Lucas 12:10, Dios no perdona la blasfemia contra el Espíritu Santo. Pero Dios es un Dios perdonador y cuando perdona, perdona. 1 Juan 1:7 dice: Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. El verso nueve sigue diciendo: Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Esta declaración directa del perdón de Dios es condicional. Está supeditada a que andemos en luz y a que confesemos nuestros pecados. La otra condición para recibir el perdón de Dios es que perdonemos a los demás (ver Lc. 6:37, Col. 3:13). El perdón de los pecados está ligado a la cruz, porque sobre ella Cristo pagó soberanamente nuestra deuda (Ef. 1:7, Mt. 26:28).

Parte 4

Cristo el Magnífico 1:15-22

El siguiente tema en nuestro bosquejo es Cristo el Magnífico. Esta porción de las Escrituras presenta a Cristo exaltado por lo que realmente es. 1:15 - Él es la imagen del Dios invisible. Esta descripción de Jesús es parecida a Hebreos 1:3, en donde Pablo dice que Cristo es el resplandor de la gloria del Padre, y la imagen misma de su sustancia. La idea que se presenta aquí, se parece a la huella que un sello deja sobre la cera. En épocas pasadas la gente sellaba presionando el sello sobre cera suave. Sobre esa cera quedaba una impresión perfecta del sello. Los dos eran idénticos. Así es como debemos pensar acerca de Dios y Cristo. Cristo es la imagen exacta del Padre. Cuando Felipe dijo: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta, Jesús contestó: Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? (Juan 14:8-9). En Colosenses 1:15 Pablo confirma este campo crucial de la teología, que Jesús es la réplica perfecta de Dios Padre.

El primogénito de toda creación. Ahora Pablo nos lleva al tema de la primogenitura. Este concepto tuvo mucha importancia para la mentalidad judía del Antiguo Testamento, debido a que el hijo primogénito recibía una doble porción de todos los bienes y heredaba la jefatura de la familia. Él era temido y respetado por todos los hermanos y hermanas menores. El primogénito tenía poder y autoridad sobre todos

sus hermanos, así como la responsabilidad de velar por el bienestar de ellos. Además, la realeza y el sacerdocio le eran conferidos al primogénito. Era grande la distinción entre los hijos varones y los hijos varones primogénitos. En Ro. 8:29, Cristo es declarado el primogénito entre muchos hermanos. Como nuestro hermano mayor, tiene poder y autoridad sobre sus hermanos y hermanas menores, porque Él es la cabeza de la iglesia, y es honrado y reverenciado entre nosotros. Asimismo, en Colosenses 1:15-17, Cristo es presentado como el primogénito de toda creación. Además de ser el primogénito entre muchos hermanos y la cabeza de la iglesia, tiene poder y autoridad sobre toda la creación y el universo, porque Él los hizo. Su nombre es sobre todo nombre (Fil. 2:9-11, Mt. 28:18). Él tiene autoridad sobre todos los hombres, ángeles, principados, y potestades. Él es el Rey de reyes, y el Señor de señores. En Colosenses 1:18 y en Apocalipsis 1:5, Cristo es llamado el primogénito de los muertos. Esto quiere decir que tiene absoluto poder y autoridad sobre la muerte. Ha conquistado la muerte, y posee las llaves de la muerte y del infierno. La muerte le teme y se inclina ante Él.

Sin embargo, en Hebreos 12:22-23 tenemos un grupo de devotos creyentes que han ascendido al Monte de Sion espiritual, y componen el grupo denominado la congregación de los primogénitos. Éstos serán investidos con una doble porción del Espíritu de Dios. Jesús dijo en Juan 14:12: De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. Al considerar la doble porción, recordemos a los profetas Elías y Eliseo. Elías realizó aproximadamente siete milagros. Eliseo realizó el doble de los milagros que realizó Elías porque la doble porción (el manto doble del Espíritu) estaba sobre él. Elías es símbolo de Cristo; y Eliseo, de la iglesia. Aunque estamos llamados a ser coherederos con Cristo y a tener una doble porción de su Espíritu, seguimos siendo solamente hijos adoptivos. Nunca estaremos en una posición de igualdad con Cristo. Jesús es singularmente el unigénito de Dios, salido del mismo seno del Padre (Juan 1:18, 16:27-28). Únicamente Él es deidad; nosotros, sólo hijos adoptivos. Hace muchos años un profesor mío conoció personalmente a Mahatma Gandhi y le preguntó: "Cree usted que Jesucristo es el Hijo de Dios?" Gandhi le contestó: "Yo creo que Jesús fue un hijo de Dios, así como yo soy un hijo de Dios". Gandhi bajó a Cristo a su propio nivel, colocándose él mismo a la altura de Cristo.

1:16 - Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Evidentemente, el Señor Jesucristo fue copartícipe en la creación del universo y del hombre. Esto sobresale en Génesis 1:26 con estas palabras de Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen. Vemos que el Padre y el Hijo trabajaron juntos en la creación. Nuevamente aparece resaltado esto en el capítulo ocho de Proverbios, donde Cristo se presenta como la personificación de la sabiduría. Cuando formaba los cielos, allí estaba yo; cuando trazaba el círculo sobre la faz del abismo; cuando afirmaba los cielos arriba, cuando afirmaba las fuentes del abismo... cuando establecía los fundamentos de la tierra, con él estaba yo (Pr. 8:27-30). Está claro que Jesús tomó parte activa en la creación. Asimismo, Juan afirma esta verdad al

escribir: Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho (Juan 1:3). El versículo diez del mismo capítulo declara: En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. No cabe la menor duda de que Cristo fue copartícipe en la creación del universo (Ef. 3:9). Todo fue creado por medio de él y para él. Todo lo que hay en el universo fue creado por Cristo; y fue creado para Él. Se confirma esta verdad en Apocalipsis 4:11 que dice: Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas. Fuimos creados para el Señor, para darle satisfacción. Somos su herencia. Por lo tanto, nuestro estilo de vida siempre le debe producir agrado. Para llevar una vida victoriosa es fundamental que entendamos la realidad de por qué fuimos creados. Fuimos creados para Él. El conflicto que tenemos en el corazón cesa cuando comprendemos que no fuimos creados para ser las personas más competentes, ni para ser campeones de atletismo o los mejores músicos del mundo, sino para Él.

1:17 - Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten. Cristo existía antes de todas las cosas. Proverbios 8:22 constata este concepto: Jehová me poseía en el principio, ya de antiguo, antes de sus obras. Cristo existió siempre en el seno del Padre. Pero llegó un momento, mucho antes de la creación, en que Cristo emergió y salió de Dios. Proverbios 8:24-25 le da seguimiento al concepto: Antes de los abismos fui engendrada; antes que fuesen las fuentes de las muchas aguas. Antes que los montes fuesen formados, antes de los collados, ya había sido yo engendrada. Una de las razones para que se escribiera la epístola colosense, fue que la iglesia de Colosas estaba menospreciando la potestad, autoridad, y posición de Cristo. Y todas las cosas en él subsisten. En su bondad, Dios ha abierto la puerta de un inmenso conocimiento, tal como dijo que lo haría. En Daniel 12:4 Dios prometió que la ciencia se aumentaría en el tiempo del fin. Los científicos entienden ahora que la materia está compuesta de átomos, y hasta definen su estructura. Pero no entienden qué es lo que mantiene unidos a los átomos. Por conveniencia, los científicos han sacado una explicación que denominan el factor X. Nosotros sabemos qué (o Quién) es el factor X; porque la palabra de Dios nos lo revela. Hebreos 1:3 nos dice que Él sustenta todas las cosas con la palabra de su poder. Es Cristo quien hace que la estructura atómica permanezca intacta, como Él la creó. Él es el factor X, y todas las cosas en Él subsisten.

1:18 - Y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia. Cristo es la cabeza de la iglesia. Aquí notamos que lo que controla al cuerpo es la cabeza. En Efesios 4:15-16 Pablo confirma esta verdad de que crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor. Cuando Pedro se precipitó a entrar en el sepulcro de Cristo después de su resurrección, el sudario que había estado sobre la cabeza de Jesús, estaba enrollado en un lugar aparte, y no puesto con los lienzos que le habían cubierto el cuerpo (Juan 20:6-7). Esto significaba que la cabeza había acabado su obra. Ahora

el cuerpo, la iglesia, tenía que completar su obra. En muchos otros pasajes de las Escrituras, la iglesia es comparada con un cuerpo que tiene múltiples miembros, y Cristo siempre se manifiesta como la cabeza. Así como en el ámbito físico es la cabeza la que controla al cuerpo, así debe Cristo controlar a su iglesia. El cuerpo puede ser muy activo, pero no producirá nada si no está controlado por la cabeza. Necesitamos ser muy cuidadosos en cuanto a esto en la iglesia. Debemos sujetarnos al control de nuestra cabeza, el Señor Jesucristo, para ser productivos y no solamente activos. Hace muchos años, cuando mi esposa y yo estuvimos en Sudáfrica, el Señor le dio la visión de un niño afectado de parálisis cerebral. Un niño así logra moverse, pero no tiene coordinación en sus movimientos. Por lo tanto, no es productivo, ya que su cabeza no tiene control sobre los movimientos de su cuerpo. Somos cristianos afectados de parálisis cerebral o estamos bajo el control de la cabeza? Un niño afectado de parálisis cerebral se mueve mucho, pero no logra hacer nada. El primogénito de entre los muertos. Como lo mencionamos antes, la posición del hijo primogénito es de poder, autoridad, y honra. Cristo tiene poder y autoridad sobre la muerte, y posee las llaves del infierno y de la muerte. La muerte se inclina y tiembla delante de Él. El Capitán de nuestra salvación ha destruido a Satanás, el que ostentaba el poder de la muerte (He. 2:14-15), y también ha librado a sus redimidos del temor de la muerte. Al conquistar la muerte y ganar la potestad sobre ella, Jesús se mantiene intercediendo por sus hermanos y hermanas menores, sobre quienes también tiene la preeminencia, y a quienes sacará a una vida de resurrección en el día postrero. Para que en todo tenga la preeminencia. Cristo es el preeminente! En Filipenses 2:9-11 Pablo añade todavía más: Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre. Como ya hemos visto en Colosenses 1:16, Jesús participó activamente en la creación de todos los tronos, dominios, principados, y potestades. Él tiene dominio soberano sobre todas las cosas. En una monarquía, el rey tiene la preeminencia; todos los demás están sujetos a él. De la misma manera, Cristo, el Rey de reyes, tiene el dominio sobre todas las cosas que están en los cielos, en la tierra, y debajo de la tierra.

1:19 - Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud. El Padre, que reina como Ser Supremo del universo, hace lo que a Él le agrada. Al Padre le agradó que toda la plenitud de la Deidad habitase en su Hijo.

1:20 - Y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz. Con su muerte y sacrificio en la cruz, el Señor hizo la paz entre nosotros y el Padre. Debido a la rebelión de Lucifer, los cielos también tenían que reconciliarse con Dios, y Cristo los purificó mediante su sangre (He. 9:22-23). Asimismo, las cosas terrenales necesitaban también ser reconciliadas. Pero, debemos tener mucho cuidado con una doctrina llamada la reconciliación final. Esta enseña que Satanás, con todos los ángeles y demonios caídos, y todos los habitantes del infierno serán reconciliados con Dios al final. Esta es una exageración sumamente

errada del amor de Dios. Para Satanás y sus ángeles caídos no se proveyó ningún sacrificio. Hebreos 2:16-17 deja muy en claro que Cristo se identificó a sí mismo con el hombre, y sólo con el hombre, a fin de reconciliarlo con Dios. Él se hizo hombre, no ángel. Por lo tanto, no hay salvación para los ángeles porque pecaron en la luz de su presencia.

1:21 - Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado. Regresando al tema de la acción de gracias, debemos también incluir en él este asunto de la reconciliación. Reconciliarse quiere decir eliminar la riña. Significa que las partes reconciliadas fueron un día hostiles entre sí. Se puede hablar de nosotros en estos términos pues todo pecador es catalogado como enemigo de Dios. El concepto que se nos presenta en este caso es que una vez fuimos enemigos de Dios, pero que al pagar Él nuestra deuda, cubrió el daño que hicimos, y nos ha reconciliado consigo mismo (Ro. 5:10). Oh, debemos estar tan agradecidos con Dios! Extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras. Qué es lo que vuelve nuestra mente en contra de una persona, agrupación, iglesia o Dios? Es nuestro mal proceder. Si rehusamos hacer lo bueno, y no somos fieles en cumplir obligaciones, nuestra mente se tornará enemiga de quienes ejercen autoridad, y finalmente, de Dios. (Caín es un ejemplo de esto). Nuestras obras determinan el estado de nuestra mente y gobiernan nuestras actitudes. Los que tienen buenas actitudes son aquellos que siempre hacen lo correcto y honesto. Pero los que no son íntegros viven con una mala actitud. Después de un tiempo, su mente cambia y se torna contra el Señor y contra los que están en autoridad. Si hacemos lo malo, la mente se nos confunde. Para una mente sana, nuestras obras deben ser honestas y rectas.

1:22 - En su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él. Tenemos aquí una revelación del tremendo poder de la cruz de Cristo. La gracia maravillosa de Dios no sólo perdona, reconcilia, y redime, sino que también tiene poder para presentarnos santos y sin mancha e irreprochables delante de Él. Santidad significa, fundamentalmente, estar separados del mundo, de la carne, y del diablo, pero también significa estar unidos a Dios, el único que es santo. No debemos olvidar nunca estos dos aspectos de la santidad. Sin mancha quiere decir sin defecto. Para entender mejor esto, podemos usar el ejemplo que se nos da en el primer capítulo de Levítico, el cual describe a un animal que está siendo preparado para el sacrificio. Este animal, después de haber sido examinado minuciosamente, debe ser declarado sin defecto. Romanos 12:1 dice: Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. Nuestros cuerpos deben presentarse a Dios como sacrificios vivos, sin defecto. Efesios 5:25-27 nos recuerda que Cristo ama y lava a su iglesia con su palabra, para presentársela a sí mismo sin mancha ni arruga. Al meditar en la palabra de Dios, somos lavados y purificados de toda mancha y defecto (Juan 15:3). Irreprochables significa ser intachables (ver Ro. 8:32-33, 1 Juan 2:1). Judas 1:24 nos anima diciendo que Dios es poderoso para guardarnos sin caída, y presentarnos sin mancha (sin culpa y sin defecto) delante de su gloria con gran alegría. Si le

permitimos a Dios obrar en nuestros corazones, la sangre de Cristo nos perfeccionará y presentará sin defecto ante el trono de Dios, de modo que nada en nuestras vidas puede hacer que otros nos acusen. A este estado de pureza llevó el Señor a Daniel. Entonces los gobernadores y sátrapas buscaban ocasión para acusar a Daniel en lo relacionado al reino; mas no podían hallar ocasión alguna o falta, porque él era fiel, y ningún vicio ni falta fue hallado en él. Entonces dijeron aquellos hombres: No hallaremos contra este Daniel ocasión alguna para acusarle, si no la hallamos contra él en relación con la ley de su Dios (Dn. 6:4,5). No había nada en la vida de Daniel que diera pie a las acusaciones de estos hombres; él era irreprochable. Debemos creer en la perfección que por medio de Cristo está a nuestra disposición, y esta convicción nuestra debe tener su base en la palabra de Dios. En 1 Tesalonicenses 5:23 Pablo manifiesta que el mismo Dios de paz es poderoso para santificarnos por completo; y para guardar irreprochables nuestro cuerpo, alma, y espíritu para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Si le permitimos a Dios obrar en nuestros corazones, la sangre de Cristo nos perfeccionará y presentará sin defecto ante el trono de Dios

Parte 5

El ministerio 1:23-2:5 1:23

Si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación que está debajo del cielo; del cual yo Pablo fui hecho ministro. Un ministro debe predicar, enseñar, orar, trabajar, y sufrir para que su rebaño se establezca. La estabilidad del rebaño es uno de los intereses fundamentales que tiene el pastor. Pero la clave para alcanzar la perfección y la santidad está en la palabra permanecéis. Son muchas las personas que quedan descalificadas para realizar los propósitos de Dios debido a su desánimo, a su dejadez o a sus resentimientos. Entonces se les cierra el corazón y dejan de avanzar o de permanecer. El Señor promete en Juan 8:31-32 que si permanecemos en su palabra, llegaremos a conocer toda la verdad, y toda la verdad nos hará completamente libres de todo aquello que nos hace profanos y diferentes a Él. Por eso, Pablo exhorta a que prosigamos en la fe, cimentados y firmes, no desviándonos de la esperanza del evangelio. Y cuál es la esperanza del evangelio? Se encuentra en el versículo veintidós anterior presentarnos santos y sin mancha e irreprochables delante de él!

Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia. El sufrimiento es una doctrina muy importante. Hoy día existen muchas personas que dicen que los cristianos no tienen que sufrir. Sin embargo, la palabra de Dios deja muy en claro que la adversidad es parte del Cristianismo. Pablo fue escogido por Dios para manifestar la clemencia de Cristo. Esto puede verse en 1 Timoteo 1:16: Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna. También nosotros debemos tener la virtud de la clemencia forjada en nuestro interior, y hay un solo camino: debemos sufrir por un largo tiempo. El sufrimiento

puede fragmentarse en estos campos principales que mencionamos a continuación: Primero, sufrir por el pecado. Esto se ve en las epístolas de Pedro (ver 1 P. 2:20, 3:17, 4:15). Segundo, sufrimos para aprender la obediencia. Hebreos 5:8 nos recuerda que Cristo por lo que padeció aprendió la obediencia. Como Cristo, debemos sufrir nosotros también para aprender la obediencia. En ese mismo contexto nos dice 1 Pedro 4:1: Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, [terminó voluntariamente] con el pecado. Un tercer aspecto del sufrimiento es el denominado sufrimiento vicario, el cual se aprecia en la vida de Cristo. Esto significa padecer para sacar adelante a otros. Cristo sufrió vicariamente por nosotros (1 P. 3:18). Además hay muchos pasajes de las Escrituras que revelan el sufrimiento vicario del apóstol Pablo a favor de los demás (ver 1 Co. 4:10-13, 2 Co. 4:7-12, 6:3-10). Pablo explicó la verdad importantísima de que a medida que morimos cada día y entramos en la muerte, desatamos la vida de Cristo hacia otros. Cuando un individuo sufre, desata la vida y la gracia de Cristo hacia otra persona. Se puede ver el sufrimiento vicario en las familias cristianas. Si un hijo anda descarriado, la angustia y el dolor pueden ser enormes. Puede ser que hasta la madre o el padre sean atormentados por el sufrimiento y la enfermedad física, a fin de que la gracia pueda desatarse y hacer volver el joven a Dios. Una situación semejante puede ocurrir en una iglesia. A veces el pastor es quebrantado para poder desatar vida en un miembro de su rebaño.

1:25 - De la cual fui hecho ministro, según la administración [o mayordomía] de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios. Pablo era un hombre especial con una misión especial. A él se le encomendó la tarea de interpretar el nuevo pacto para la iglesia. Una divina mayordomía de la verdad se le había confiado para que se la impartiera al mundo. Él le dijo a los colosenses que para ellos, se le había dado una administración (o mayordomía) de Dios. También a la iglesia de Efeso les manifestó: Habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros (Ef. 3:2). En estos términos Pablo tuvo el privilegio y la responsabilidad de explicar a los gentiles el nuevo pacto y la era de la gracia. El antiguo pacto por sí solo estaba incompleto. No fue sino hasta que Pablo expuso y explicó el nuevo pacto de la gracia, que la palabra de Dios estuvo completa y cumplida.

A Pablo se le dio el mensaje de la gracia para que lo administrara a los gentiles. A Pedro también se le dio una mayordomía del mensaje de la gracia para darlo a los judíos, exhortándolos a estar confirmados en la verdad presente (2 Pedro 1:12). Tanto Pablo como Pedro fueron defensores y maestros de la dispensación de la salvación que es por gracia, la cual David, que vivió en la era de la ley, vio anticipadamente como el perdón que es por la fe en Cristo (Salmo 32:1-2, Ro. 4:6-8). Estos dos tuvieron el privilegio y la misión de hacer que los hombres vieran que la era de la ley había terminado, y que una nueva era de gracia había comenzado con la venida de Jesucristo. El rey David trascendió su propia época, viviendo y probando la nueva era de la gracia en que estuvieron Pablo y Pedro. Es importante entender la era en que vivió David. Fue la era de la ley, que se extendió desde los

días de Moisés hasta Cristo, un período de aproximadamente 1,500 años. Durante ese tiempo, Dios instituyó el sacrificio de animales, los cuales eran símbolos de las cosas venideras. Sin embargo, David dijo en el Salmo 40:6: Sacrificio y ofrenda no te agrada; has abierto mis oídos; holocausto y expiación no has demandado. Aunque David estaba viviendo en una época en que Dios había ordenado los sacrificios, el Señor le abrió los ojos para poder ver más allá, hacia otra era la era de la gracia, que abarca la era de la iglesia cuando Cristo vino. David contemplaba esta nueva dispensación y ello lo incitó a decir lo siguiente acerca de la dispensación antigua: Eso no es lo que quieres Señor. No quieres sacrificios. Mas quieres una persona a quien le agrade hacer tu voluntad, alguien que tenga tu ley en el corazón. David hizo puente entre las dos épocas. Vivía en una, pero experimentaba la otra.

Lo que David estaba diciendo era que aunque su época tenía la ley escrita en tablas de piedra, y también los sacrificios, Dios había abierto su oído para revelarle sus deseos. Realmente Dios no quiere sacrificios y ofrendas. Dios quiere personas que hagan toda su voluntad y tengan sus leyes escritas en sus corazones. Los estudiosos algunas veces dividen el lapso de siete mil años del hombre sobre la tierra, de la siguiente manera: 1. La era de la inocencia (Gn. 1:26-28, 2:21-25). El período vivido en el Huerto del Edén. 2. La era de la conciencia (Gn. 3:7-24). El hombre fue gobernado por su era después de la caída. 3. La era del gobierno humano (Gn. 9:1-6). Se le pidió al hombre ejecutar la pena de muerte por el derramamiento de sangre inocente. 4. La era de la promesa (Gn. 12:1-3). Esta se le hizo a Abraham y a su simiente, acerca de la tierra de Canaan. 5. La era de la ley (Ex. 19:5-8). Cuando se dio la ley por medio de Moisés, este período abarcó 1,500 años. 6. La era de la iglesia (Juan 1:17). Es la era de la gracia, que empezó con la muerte y resurrección de Cristo. La era del gobierno milenial (Ap. 20:6). El reino de mil años de Cristo sobre la tierra.

El misterio que estaba oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos. Dios expuso y dio a Pablo verdades que nunca antes habían sido reveladas. Sin embargo, Dios no le dio estas verdades a Pablo sólo para él, sino para favorecer a la iglesia de todas las épocas. Nosotros también debemos anhelar recibir revelación del Señor. Por otra parte, se debe recordar que se da revelación y más verdad solamente a aquellos que demuestren ser fieles a las verdades que ya han recibido.

1:27 - A quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria. Cuál es la gran esperanza del cristiano? Es que Cristo esté viviendo en nuestro interior! Es Dios morando en nosotros! En Efesios 3:17 dice Pablo: Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones. En los postreros días, el Señor Jesucristo será visto en toda su plenitud en su pueblo. Habrá una enorme revelación de Cristo que será manifestada en y por su iglesia. Él será verdaderamente admirado en sus santos (ver 2 Ts. 1:10). Yo he tenido un pequeño vislumbre de cómo serán esos últimos días. Hace muchos años, yo estaba en una convención, sentado sobre la tarima en compañía de varios ministros más. De repente el Señor apareció y caminó hacia la

tarima; y caminó hasta mi interior estando yo allí sentado. Cuando vi hacia abajo no vi mis manos, sino sus manos con la cicatriz de los clavos. No vi mi ropa, sino sus vestiduras. Y lo más importante fue que cuando quedé viendo al predicador, lo vi a través de los ojos del Señor, y lo oí con sus oídos. Hasta sentí en mi corazón lo que el Señor estaba sintiendo por aquel ministro. Por unos instantes, comprendí el significado de tener a Cristo en mí en su totalidad. Yo creo firmemente que en estos días postreros, Cristo se verá y se manifestará en toda su plenitud, en (y a través) de su pueblo. Alabado sea el Señor!

1:28 - A quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre. Al decir: enseñando a todo hombre en toda sabiduría, Pablo indica que todo ministro necesita ser lleno de sabiduría. Es de suma importancia recibir sabiduría para el ministerio a que Dios nos ha llamado. El objetivo final de toda enseñanza, predicación, exhortación, y consejo, es presentar un pueblo que ha sido perfeccionado por el obrar de Dios.

1:29 - Para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí. El apóstol Pablo expresa ese mismo pensamiento en varias otras epístolas suyas, especialmente en Filipenses 3:21 y en Efesios 3:20. Dios puede realizar toda clase de acciones en nosotros, por medio de nosotros, y a favor de nosotros, en la medida que dejemos que el poder del Espíritu Santo obre libremente en nuestro cuerpo, alma, y espíritu. Si le ponemos freno al Espíritu Santo, estaremos reduciendo el poder que tiene para lograr sus propósitos en nuestras vidas. El señor trabaja en nuestras vidas según el grado en que estemos saturados de su Espíritu

Capítulo dos 2:1 –

Porque quiero que sepáis cuán gran lucha sostengo por vosotros, y por los que están en Laodicea, y por todos los que nunca han visto mi rostro. En el versículo uno, el apóstol Pablo habla del gran conflicto que tenía por los santos de Colosas y Laodicea. Pablo se refiere a la lucha espiritual que experimentaba por esas dos iglesias. Aunque eran muchos los kilómetros que lo separaban de ellas, viviendo él en Roma con la casa por cárcel, Pablo batallaba contra espíritus que intentaban subyugar y abatir a estas iglesias. Pablo (escribiéndole a efesios y a colosenses al mismo tiempo), dijo: Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes (Ef. 6:12). Pablo no sólo se estaba refiriendo a que debemos convencer a las personas de la verdad del evangelio, sino a que cuando tratemos de hacerlo, se nos opondrán principados y potestades en los lugares celestiales. El profeta Daniel hizo mención

de los principados que gobiernan sobre los reinos. Ángeles de maldad rigen sobre ciudades y poblaciones, procurando frustrar los objetivos que se trazan las iglesias de esos lugares. Es por eso que toda iglesia participa en un combate espiritual contra los principados que gobiernan sobre su localidad. Por consiguiente, debemos aprender a hacer guerra espiritual. La epístola colosense deja muy en claro que el apóstol Pablo, preso en Roma al escribir esta carta, estaba sosteniendo un combate espiritual contra las potestades espirituales que intentaban abatir a las iglesias de Colosas y Laodicea. Podemos estar orando por una persona radicada en otra ciudad o país, y prácticamente estar sintiendo el ataque de las potestades del enemigo; porque la distancia física no es impedimento para estos poderes invisibles. Como pastores debemos tener dentro de los rebaños, grupos de oración intercesora que puedan orar y contrarrestar estas potestades espirituales opresoras de las iglesias. La oración quebrantará estos poderes que las atan, y nos dará cielos abiertos. En Isaías 25:7 leemos: Y destruirá en este monte la cubierta con que están cubiertos todos los pueblos, y el velo que envuelve a todas las naciones. El profeta Isaías manifiesta con claridad que hay una cubierta de maldad sobre las personas y un velo que envuelve los países. Cuando el velo y la cubierta de maldad son quitados de un país a causa de la unción, hay una tremenda libertad para predicar allí el evangelio. Es por eso que debemos pedir en oración que el velo que está sobre nuestra población sea roto, de modo que la gente quede libre para recibir el evangelio. Las potestades espirituales del adversario procuraban atacar a Pablo por su autoridad apostólica sobre la iglesia colosense. Ellas reconocían la enorme autoridad espiritual que ejercía Pablo sobre esa ciudad, por eso procuraban debilitarlo.

2:2 - Para que sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo. Pablo deseaba que los corazones de ellos estuviesen vinculados por el amor, porque el amor genera unidad. Hay un enorme poder en la unidad. El apóstol Pablo también oró para que ellos tuviesen todas las riquezas de pleno entendimiento. El entendimiento es verdaderamente maravilloso. Cuando tenemos un problema, gran parte de él y de su tormento, proviene de no entenderlo. Sin embargo, cuando entendemos la razón del problema, desaparece el noventa por ciento de la dificultad porque discernimos lo que está pasando. A esto se refería en esta parte el apóstol Pablo. Él estaba pidiendo en oración que los colosenses pudiesen alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento del evangelio. Entender la palabra de Dios desde Génesis hasta Apocalipsis nos dará plena seguridad.

2:3 - En quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. Debemos recordar que Pablo estaba contrarrestando varias herejías de la iglesia colosense; siendo una de ellas la exaltación del conocimiento humano, mientras Cristo era degradado de su legítima y excelsa posición. Por eso Pablo enfoca toda la atención en Cristo y lo exalta como la fuente misma de toda la sabiduría y conocimiento. Además de que entiende toda la ciencia y misterios de la vida, Cristo es su creador. Thomas Edison le atribuyó a Dios la ciencia de la

electricidad. Asimismo, Cristo es un matemático de extraordinaria exactitud. En el universo entero no existe sabiduría o conocimiento que se derive de otro que no sea el Hijo de Dios. Recién salvo, estuve en un laboratorio de investigación en Inglaterra, donde frecuentemente tenía que someterme a exámenes. La noche previa a un examen de cálculo, simplemente le oré al Señor. Después tomé el libro de cálculo, eché un vistazo a las páginas y estudié aquellas hacia las cuales me sentí guiado. El día siguiente, al ser examinado, los diferentes segmentos que había leído la noche anterior eran los capítulos que venían en el examen. Yo me apoyé en Aquel en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. Uno de los propósitos y llamados que tiene la iglesia es mostrar y revelar la sabiduría de Dios. Cuando se nos abren los ojos espirituales, a veces vemos seres angelicales dentro de la iglesia. Están sentados, aprendiendo la sabiduría y los caminos de Dios. Están siendo instruidos mientras observan cómo opera el Espíritu Santo en el seno de la iglesia. A esto se debe que Pablo haya dicho: Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales (Ef. 3:10). La iglesia está llamada a manifestar la multiforme sabiduría de Dios a hombres y a ángeles. La palabra multiforme indica muchos tonos, muchos colores, y muchas variedades. Por eso debemos dar a conocer todos los diferentes aspectos de la maravillosa sabiduría de Dios. Isaías 28:23-29 habla acerca del hombre que ara, o sembrador. Isaías 28:26 dice: Porque su Dios le instruye, y le enseña lo recto. Es Dios quien le da a los agricultores la sabiduría para saber cómo desarrollar un cultivo. En Proverbios 8:15-16 tenemos otra faceta de la multiforme sabiduría de Dios: Por mí reinan los reyes, y los príncipes determinan justicia. Por mí dominan los príncipes, y todos los gobernadores juzgan la tierra. Es Dios quien da a los gobernantes sabiduría para que rijan. Como cristianos, tenemos el privilegio divino de invocar el nombre de Dios para que nos dé sabiduría en cualquier situación en que nos encontremos; porque en Cristo están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. Toda la sabiduría de la Deidad está en Cristo. La sabiduría es lo más importante (Pr. 4:7). Por lo tanto, debemos clamar constantemente a Dios por sabiduría. Y donde se encuentra la sabiduría? Se encuentra en Cristo!

2:4 - Y esto lo digo para que nadie os engañe con palabras persuasivas. Pablo sigue escribiéndole a los colosenses con amonestaciones que los guarden de la herejía. Como lo mencionamos anteriormente, esta epístola a los colosenses fue motivada por la infiltración de una herejía en la iglesia de Colosas, herejía que amenazaba con destruir su fe. Por lo tanto, Pablo da a los colosenses una serie de consejos para rescatarlos de esta herejía. Esta fue la preocupación permanente de Pablo con respecto a todas las iglesias. De la misma manera puso sobre aviso a Timoteo, su amado hijo espiritual: Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas pláticas sobre cosas vanas, y los argumentos de la falsamente llamada ciencia (1 Ti. 6:20). Ahora bien, si Pablo le escribió eso a su amado discípulo Timoteo, quien ocupaba un lugar preferente en su corazón, no cabe duda de que nosotros también necesitamos prestar atención a tal amonestación. La verdadera ciencia nunca contradice la palabra de Dios porque la verdadera ciencia es el estudio de la creación; y Dios es el Creador.

2:5 - Porque aunque estoy ausente en cuerpo, no obstante en espíritu estoy con vosotros, gozándome y mirando vuestro buen orden y la firmeza de vuestra fe en Cristo. Pablo estaba escribiendo esta carta desde una prisión romana. Cómo, entonces, podía estar acompañándolos en espíritu? Algunos pueden tratar de decir que estaba con ellos afectivamente. Pero Pablo continúa diciendo que realmente se encuentra allí, observando todo lo que sucede entre ellos. A pesar de que su cuerpo estaba dentro de una cárcel de Roma, su espíritu estaba en libertad y él estaba presente en Colosas. Él estaba caminando por la iglesia colosense y contemplándola en su espíritu. Yo también tuve esta misma experiencia. Hace muchos años, cuando estaba en Sudáfrica, caminé en el espíritu por una iglesia de Nueva Zelanda. No solamente la recorrí, sino que asistí realmente allí a una reunión de junta y escuché lo que decían los miembros de la junta. Durante cierto año, un pastor canadiense amigo mío, dejó a su familia en Canadá durante la época navideña, por un viaje que tenía que hacer a Bélgica. Estando lejos, ansiaba mucho saber cómo estaba su familia el día de Navidad. Dios fue tan bueno con él, que de hecho le permitió caminar en el espíritu por su propia casa en Canadá. Vio a su esposa tejiendo en una silla, y también vio a sus hijos. Cuando se reunió con ellos después, su esposa le dijo: El día de Navidad sentí en un momento que andabas por la casa, viéndonos a nosotros. Oh, no limitemos a Dios con nuestra mente racional. Nosotros también podemos tener estas mismas experiencias de Pablo.

Parte 6

La falsa enseñanza y la doctrina correctiva 2:6-23

A pesar de que el gozo de Pablo sobreabundaba por la firmeza de la fe que veía en los colosenses, seguía previniéndolos. Cuando pensamos en la amonestación hecha a Timoteo (1 Ti. 4:16), podemos entender el por qué de tantas advertencias en la palabra de Dios. Es que aun en nuestra propia época, hemos visto a tantas personas empezar muy bien en Cristo y causar un enorme impacto, sólo para después venirse a pique. Por eso, hasta los que tienen cierto grado de estabilidad necesitan prestar atención a estas advertencias.

2:6 - Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él. La primera amonestación, que es clave para no caer en la herejía, es andar en Cristo. Andar en Él dará por resultado que la justicia de la ley se cumpla en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu (Ro. 8:4). Esto se declara con más detalle en Ezequiel 1:7 donde el profeta describe a los cuatro seres vivientes. Los pies de ellos eran derechos; y la planta de sus pies como planta de pie de becerro; centelleaban a manera de bronce muy bruñido. La descripción continúa en Ezequiel 1:9: Con las alas se juntaban el uno al otro. No se volvían cuando andaban, sino que cada uno caminaba derecho hacia adelante. El mandato en la vida cristiana es que no nos volvamos ni a la derecha ni a la izquierda, sino que mantengamos nuestro curso en línea recta. Porque hay muchas sendas que nos desvían, y muchas atracciones que nos quieren seducir para que dejemos la carrera que Dios ha escogido. Además, el apóstol Juan nos exhorta en 1 Juan 2:6 que cualquiera que dice que permanece en Cristo, debe andar o conducirse como

Cristo anduvo. Por consiguiente, debemos andar y permanecer en Cristo. Se nos promete en Gálatas 5:16 que si andamos en el Espíritu no vamos a satisfacer los deseos de la carne. Siendo así, debemos andar en Cristo, en sus estatutos, y bajo su cobertura.

2:7 - Arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias. La palabra de Dios tiene mucho que decir sobre el asunto de las raíces. El mismo Jesús, en Mateo 13:21 habla de aquellos cuyas raíces son poco profundas. Las raíces son sumamente importantes. En su sabiduría infinita, Dios ha creado ciertas plantas y árboles de raíces cortas; pero otros, como el pino gigantesco de California, tienen una inmensa raigambre que penetra en las profundidades del subsuelo. Además, la calidad de cualquier edificio depende de la calidad de su fundamento. Cuando construimos el auditorio del Instituto Ministerial Sion, en Waverly, Nueva York, la colocación del fundamento parecía tomar demasiado tiempo. La gente comenzaba a preguntarse por qué nos demorábamos tanto en colocar el fundamento. Entonces el Señor dijo: Esto es señal de lo que estoy haciendo en este Instituto. Estoy colocando un fundamento espiritual muy profundo en esta confraternidad. Una vez colocado el fundamento, el edificio se completa con mucha rapidez. A Dios le importa el fundamento. Lamentablemente, hay personas que no tienen la paciencia de dejar que Dios desarrolle raíces profundas en sus vidas. Pero sin esa paciencia no habrá fundamento sólido. Hay personas que, como el Hijo Pródigo, desean recibir la herencia prontamente. Salomón escribió en el libro de Proverbios: Los bienes que se adquieren de prisa al principio, no serán al final bendecidos (Pr. 20:21). El rey Saúl recibió su herencia demasiado pronto y al final la perdió. En contraste, David, que fue ungido rey a los diecisiete años, pagó un alto precio por su herencia y tuvo que esperar muchos años para tomar posesión de ella. El rey Salomón se posesionó de su herencia a la edad de diecinueve años, y ésta, por desgracia, no fue al final bendecida. Nosotros debemos tener la paciencia de esperar a que Dios nos exalte en su tiempo. Debemos permitirle forjar la humildad en nosotros a profundidad, de tal manera que cuando por fin tomemos posesión de la herencia, no la despilfarremos! (1 P. 5:6). Continuando con nuestra reflexión sobre las raíces, podemos observar también la parábola de la viña en Juan capítulo quince. En el versículo cuatro Jesús dijo: Permaneced en mí, y yo en vosotros. Los versículos siete y diez nos muestran la manera de permanecer en Cristo. Es importante entender que una rama debe estar primero arraigada en la vid. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros... (Juan 15:7). Este es un versículo que nos manifiesta que la vida de Cristo fluye por nosotros cuando oímos su palabra. Dos cosas son necesarias para tener esa vida. La rama debe permanecer en la vid, y también la vida debe fluir por esa rama. Es posible que una rama esté conectada a un árbol y aun así esté muerta, porque se ha secado y ya no recibe vida de parte del tronco. Jesús dijo: Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor (Juan 15:10). Permanecemos en Cristo mientras guardamos sus mandamientos. Sin embargo, no es suficiente hacer sólo esto. Cada día debemos dejar que fluya la vida que solamente surge cuando nos nutrimos con toda palabra que Cristo continuamente nos está diciendo. Recuerde lo que Cristo dijo cuando fue tentado

por Satanás: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (Mateo 4:4). Para permanecer en la Vid debemos guardar sus mandamientos; pero para tener la vida, debemos oír a diario de parte del Señor. Estas dos cosas son sumamente importantes. Al contemplar Efesios 2:20-22, vemos que el plan de Dios es que estemos edificados sobre un fundamento. Estamos edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu. Nuestras vidas son edificadas sobre las enseñanzas de los profetas del Antiguo Testamento y de los apóstoles del Nuevo Testamento. En la iglesia de los primeros días este tema era fuertemente enfatizado, y nosotros no debemos desviarnos de estas enseñanzas. Todo el propósito de estas amonestaciones se encuentra en Colosenses 2:8.

2:8 - Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo. En los días del apóstol Pablo, el mundo entero estaba bajo la influencia de los griegos. La filosofía griega es una mezcla de mitología griega y humanismo. En ese entonces, existían cuatro filósofos principales: Homero, Sócrates, Platón y Aristóteles. Los últimos tres filósofos eran homosexuales, y el tribunal de Atenas hasta condenó a muerte a Sócrates por esta falta (delito). Luego fue seguido por Platón y Aristóteles. El discípulo más famoso de Aristóteles fue Alejandro el Grande, el cual memorizó la Ilíada de Homero y siempre estaba recitándola. Alejandro llevaba la cultura y filosofía griegas adondequiera que iba. De hecho, edificó dieciséis ciudades y a todas las llamó Alejandría, antes de morir en Babilonia en el año 323 A.C. a consecuencia de su libertinaje homosexual. La filosofía está arraigada y cimentada en la inmoralidad. Estos filósofos prácticamente mantenían como prisioneros a sus discípulos, quienes bajo el dominio de sus mentores, estaban atados a ellos. Es contra eso que el apóstol Pablo previene las filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres. En su enseñanza dirigida a la iglesia, estos hombres siempre presentaban una mezcla de pensamiento griego y tradición judía. Después de la época de Alejandro, Israel estuvo completamente plagado de esto.

Y en los días neotestamentarios, la iglesia primitiva no sólo estaba plagada de filosofía, sino de tradiciones de hombres, tales como las normas y reglamentos para alcanzar la perfección, lo cual era difundido por los judíos. Las normas y reglamentos de hombres estaban corrompiendo a la iglesia colosense. Hoy en día ese es también un problema muy grande que enfrenta la iglesia. Hay personas que dicen que el largo de la cabellera o del vestido de una mujer, determina su espiritualidad. Yo estoy de acuerdo en que debemos vestirnos con modestia; pero sinceramente, la ropa que usemos no es la que nos va a cambiar el corazón. Sin embargo, lo que nos ponemos manifiesta lo que hay en nuestro corazón. Era acerca de esto que el apóstol Pablo se quejaba con los gálatas: Oh gálatas insensatos! quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo

fue ya presentado claramente entre vosotros como crucificado? Esto solo quiero saber de vosotros: Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe? Tan necios sois? Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne? (Gá. 3:1-3). La frase rudimentos del mundo realmente quiere decir espiritismo y astrología. Es sorprendente ver cómo la astrología había cautivado a las personas de la época del Nuevo Testamento. Todos los grandes emperadores de Roma no hacían nada sin antes consultar a las estrellas. Les cautivaba la idea de que los astros controlasen sus destinos. Contaban con sus propios astrólogos personales, quienes les indicaban cuál era el mejor momento de hacer ciertas cosas, y luego sus acciones eran guiadas por estas predicciones. Esto ocurre todavía el día de hoy. Muchos líderes mundiales y muchas entidades comerciales de renombre, son guiados en la actualidad por espiritistas. Por ejemplo, en el Japón, prácticamente ningún empresario hará ningún negocio sin antes consultar al espiritista. Esto es también verídico en Colombia, América del Sur. El gobierno colombiano en otro tiempo estuvo controlado por espiritistas. Las personas son sumamente supersticiosas. Y además, no se conectan con Dios; sino con Satanás. Es Satanás el que rige sobre la astrología, sobre los espiritistas y sobre los horóscopos.

2:9 - Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad. Cristo es la expresión completa de la Deidad en forma corpórea. Nosotros tenemos una medida de la unción, pero Cristo tuvo la plenitud de la unción durante su ministerio terrenal (Juan 3:34).

2:10 - Y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad. En otras palabras, para estar completo en esta vida, usted no necesita más que a Cristo. En Él habita toda la plenitud de la Deidad, y ya que Él creó todas las cosas (incluyéndonos a nosotros), estamos completos en Él. En los días del Nuevo Testamento, se tenía la idea de que después de la salvación la gente tenía que proseguir hasta alcanzar la perfección. Pero creían que para ser perfectos necesitaban la filosofía, las reglas, y las tradiciones de hombres. Hasta consultaban con las estrellas para adquirir su perfección. Es por eso que Pablo los amonesta diciéndoles que toda consumación y perfección está en Cristo. La santidad es la unión total con Cristo. Que es la cabeza de todo principado y potestad. Pablo también expresó esta verdad en Efesios 1:20-22, en cuanto a que el Padre resucitó (a Cristo) de los muertos y le sentó a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia.

2:11 - En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo. El apóstol Pablo habla en el versículo once acerca de la circuncisión. Para un judío, la circuncisión física era cortar la piel con que había nacido, como señal de que pertenecía a una relación de pacto con Dios a través de Abraham. Esta es una circuncisión física. Un bebé varón tenía que ser circuncidado a los ocho días de

nacido. Esto significaba cortar la piel que el niño traía de nacimiento, de la cual él no era responsable. Este es un factor importante cuando observamos la circuncisión espiritual. Hace varios años, estando en Nueva Zelanda, mi esposa y yo nos despertamos a las tres de la mañana de un día de Resurrección. Al borde de la cama estaban parados dos ángeles. Había uno de gran estatura, que empuñaba una espada en cuya punta estaba la palabra circuncisión. Él no hablaba, pero el Espíritu Santo dijo estas palabras a nuestros corazones: He venido a circuncidar a mi iglesia. El que se someta, alcanzará lo que tengo para su vida, pero el que no, recibirá el trato del otro ángel. El otro ángel era más bajo, y de lado a lado de su pecho estaba escrito: El Ejecutor (ver Ap. 3:19). Ese domingo en la mañana tuvimos un culto extraordinario después de que esos dos ángeles nos visitaron. Aunque había aproximadamente una concurrencia de dos mil personas, se podía oír con claridad la caída de un alfiler. También, cuando se hizo el llamado al altar, la respuesta de la gente fue pasmosa. Algunos hicieron caso, pero otros no. Entonces El Ejecutor tomó el mando. Los que no le habían permitido a Dios que empezara a circuncidar sus corazones cortando la vieja naturaleza, fueron severamente tratados. De hecho, un hombre se murió. Otro, a quien por años le habíamos advertido que controlara su boca, iba al timón de una motocicleta que se paró de repente. Él fue lanzado lejos de la motocicleta y su caída fue exactamente de boca. Dios tiene la habilidad de hacer entender su mensaje a los obstinados que no quieren escuchar. A veces hay gente que no desea ser circuncidada. Mientras que la circuncisión natural corta aquello con que nacemos, aquello por lo cual no somos responsables, la circuncisión espiritual corta lo que recibimos de nuestros padres al nacer. Somos el producto de nuestro padre y madre, y de nuestros antepasados, y tenemos todas las características que nuestros padres han encarnado en nosotros. Una esposa puede decirle a su esposo: Eres igual que tu padre! Ese es un comentario muy cierto, porque él es hijo de su padre. Con todo el respeto que se merecen nuestros padres, a quienes debemos honrar, ellos no fueron tan perfectos que digamos, pues son descendientes de Adán. Los padres transmiten una naturaleza adámica a sus hijos, heredándoles rasgos que no se asemejan a Cristo en absoluto. La circuncisión espiritual es el proceso mediante el cual Dios corta estas cosas de nuestras vidas. Nacimos con las características que recibimos de nuestros padres, pero es nuestra responsabilidad dejar que Dios corte, con su espada, esas enfermedades. La circuncisión espiritual consiste en aplicar la espada de Dios a esas características de nuestras vidas. En la palabra de Dios se hace mención de varias circuncisiones. Está la circuncisión de los labios (Ex. 6:12), de los oídos (Jer. 6:10), y del corazón (Dt. 30:6). Necesitamos tener circuncidados los labios para hablar solamente las palabras del Señor y no las nuestras (ver Is. 58:13). También necesitamos tener circuncidados los oídos para poder oír a Dios. El rey David dice en el Salmo 40:6: Has abierto [o perforado] mis oídos. Lo que está diciendo es Dios, Tú has circuncidado mis oídos. Ahora puedo oír con claridad lo que estás diciendo. Necesitamos corazones circuncidados; porque el corazón es la fuente misma de nuestro ser. Necesitamos que nos corten de raíz las características con que nacimos.

2:12 - Sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que lo levantó de los muertos. En el versículo

doce Pablo dice que estamos Sepultados con él en el bautismo. Esta verdad del bautismo se explica todavía más en Romanos 6:3-4: O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Bautismo proviene de la palabra griega baptizo. La forma bautismo se usa porque los traductores no se pusieron de acuerdo en cuanto al bautismo en aguas. Algunos traductores creían en el bautismo de infantes y en rociar con agua, mientras que otros se inclinaban por la total inmersión. El significado se capta muy fácilmente cuando reflexionamos sobre lo que quiere decir la palabra griega. Cuando un barco se hundía hasta tocar el fondo del mar, los griegos decían que el barco estaba bautizado. Otro ejemplo se relaciona con la manufactura de una espada. La hoja metálica ardiendo era sumergida en agua hasta que la espada estuviera dura y templada. Se decía entonces que la espada estaba siendo bautizada. Todavía otro ejemplo más del concepto de bautismo tiene que ver con una tina llena de colorante. Un vestido que se va a teñir se sumerge en el tinte, y se dice que la prenda está siendo bautizada. Entonces, cuando el apóstol Pablo o Juan el Bautista empleaban esta palabra, no cabe ni la menor duda de que el bautismo en aguas se practicaba en la iglesia neotestamentaria con una inmersión total. Esta es la única forma en que podemos traducir correctamente la palabra bautismo.

Hace algunos años, cuando estuve en Suiza, hicimos un viaje a cierto monasterio católico. Este monasterio era muy famoso en Suiza, y se decía que su construcción la iniciaron unos discípulos de San Agustín. Era muy antiguo. El sacerdote que nos servía de guía empezó por el patio. Allí se podía ver con claridad que la pila bautismal era de cuerpo entero. El sacerdote explicó que al principio, eran bautizados por inmersión total. Después, dijo, se llenaba la pila hasta la mitad, y en lugar de una inmersión completa, la persona se paraba dentro del agua y nosotros derramábamos el líquido sobre ella. Finalmente, se convirtió sólo en un pequeño hueco, y ahora nada más tomamos una taza y rociamos a las personas con el agua. Con esto podemos ver por qué el significado del bautismo en aguas ha sido destruido por las tradiciones de hombres. El bautismo en aguas debe alinearse con lo que dice Romanos 6:4: Somos sepultados juntamente con él. Cómo se sepulta una persona? Uno no le deja caer sólo un puñado de tierra sobre la cabeza y se atiene a que lo ha sepultado. En todos los países, la sepultura requiere una inmersión total! Está claro entonces que Cristo mismo entró en las aguas bautismales para cumplir con toda justicia, así como lo había declarado Juan el Bautista a su generación. Después de ser sepultado, Él se levantó de nuevo. Uno de los requisitos del bautismo en aguas es que el creyente no sólo se sumerja completamente, sino que emerja completamente después. El bautismo es obviamente un acto físico. Significa que somos sepultados con Cristo, y levantados (o vivificados) junto con Él para andar en vida nueva.

2:13 - Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados. En esto, la

idea que es importante es que cuando salimos de las aguas bautismales somos levantados en vida nueva para caminar con Cristo. Se operan verdaderos cambios en el bautismo se rompen yugos. De hecho, muchas ataduras y cadenas religiosas a menudo se rompen en el bautismo, especialmente en los países del tercer mundo. Perdonándoos todos los pecados, Dios perdona por su entrañable misericordia. Pero nosotros no debemos atenernos al perdón ni abusar de él. El perdón llega solamente por la gracia y misericordia de Dios. 1 Juan 1:9 nos muestra una condición para ser perdonados: Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Preste atención al requisito previo de si confesamos nuestros pecados. La disposición a confesarse es un verdadero problema para algunas personas. A veces sólo basta con confesarse con Dios, pero otras veces Dios puede exigir que se haga una confesión franca al hombre. Debemos entender que el perdón está basado en la confesión. En el presente existe el horrible pecado del aborto, que Dios considera asesinato. Hace muchos años, cuando para la sociedad el aborto era delito, se nos pidió orar por una señora que no podía tener paz porque se había practicado un aborto. No le fue posible recibir el perdón de Dios sino hasta que confesó el pecado de asesinato. Recuerde, el primer paso hacia el perdón se ve en Jeremías 3:13: Reconoce, pues, tu maldad.

2:14 - Anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz. Es como si todos nuestros pecados quedasen registrados en un cuadro. Anulando no tiene hoy en día el mismo significado que tenía en los tiempos bíblicos. La tinta de antaño no contenía ácido. Por lo tanto, no mordía el papel. Un trapo húmedo o una esponja podían fácilmente removerla. Prácticamente podía quedar sin rastro, y eso es lo que Cristo hizo por nosotros en la cruz. Él dejó limpia nuestra pizarra, clavándola en su cruz.

2:15 - Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz. He aquí la mayor victoria que existe en toda la historia del universo. Este versículo nos da un cuadro de lo que pasó cuando Cristo estuvo en la cruz. Necesitamos estar conscientes del enorme poder de la cruz; porque Cristo sobre ella despojó completamente a Satanás de su poder. Hace varios años, cierto pastor se encontraba orando por una persona poseída por el demonio. El pastor le habló al demonio con estas palabras: Te acuerdas de la cruz? El demonio le contestó: Si, de haber ganado nosotros esa batalla, lo hubiésemos ganado todo. A los demonios y a los ángeles caídos no les cabe la menor duda en sus corazones, de que han sido derrotados en la cruz. Ellos entendieron a ciencia cierta que cuando Cristo vino a la tierra hace casi dos mil años, vino para juzgarlos (Mt. 8:29). Y cuando observamos la vida de Cristo, podemos ver que el gran interés de Satanás era impedir que Jesús fuese a la cruz.

Satanás no estaba amedrentado por los milagros que Cristo realizaba. De hecho, le extendió una invitación a realizarlos (ver Mt. 4:3,6). Ni siquiera le importaba que Cristo se convirtiera en rey; porque él mismo le ofreció todos los reinos de este mundo. Hasta agitó a la multitud para que tratara de hacerlo rey por la fuerza.

Además Satanás trató de matar a Cristo antes de tiempo. Pero cuando Jesús dijo que debía ir a la cruz, Satanás inmediatamente se levantó y habló por medio de Pedro diciendo: Señor, en ninguna manera esto te acontezca. Jesús respondió: Quítate de delante de mí, Satanás! (Mt. 16:21-23). Satanás lo intentó todo para desviar a Cristo del camino a la cruz. Hasta en los últimos instantes en que colgaba de la cruz, Satanás agitó al vulgo para que gritara: Creeremos en ti, si descienes de la cruz. Cuando el cuerpo de Cristo fue efectivamente bajado de la cruz, su espíritu descendió al infierno. Algunas personas que han tenido visiones y sueños del submundo, cuentan del terror que hubo en el infierno, y que los demonios le preguntaban a Satanás: Por qué lo has traído hasta acá? Tenga usted la seguridad de que Jesús entró en el infierno como un poderoso vencedor, y como un conquistador; Él despojó completamente a Satanás de todo su poder. Sí, el enemigo conoce el poder de la cruz y nosotros también debemos conocerlo! Lo que derrotó a Satanás no fue el hecho de que Jesús hubiese muerto. Fue la manera en que murió, lo que lo derrotó. Permítame darle un ejemplo de lo que digo! Satanás estaba lleno de soberbia. Se necesitaba humildad y humillación total para vencer a la soberbia y al soberbio. Satanás buscaba lo suyo y era rebelde. Para vencer al que buscaba lo suyo y a la rebeldía, se requería alguien que pudiese decir de todo corazón: No se haga mi voluntad sino la tuya. Para derrotar a la amargura y al resentimiento, alguien tenía que sufrir enormes injusticias, y luego responder con estas palabras: Padre, perdónalos. Para derrotar a la autocompasión, tenía que haber alguien que pudiese decir: No llores por mí, sino por vosotras mismas y por vuestros hijos. Jesús derrotó a Satanás en todo aspecto. Él murió como un sacrificio perfecto sin amargura. Y ahora la boca del acusador había sido silenciada para siempre. Cristo tiene las llaves de la muerte y del infierno, y su nombre ha sido exaltado sobre cualquier otro nombre en los cielos, en la tierra, y también debajo de la tierra. No sólo ha vencido a Satanás y a todos sus espíritus malignos, sino que ha derrotado al pecado y a la naturaleza pecadora. Él ha dejado todo provisto para que los humanos seamos santos y sin mancha, mientras nos unimos completamente a Él.

2:16 - Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo. En la palabra de Dios se habla mucho sobre la comida. Pablo dijo en Romanos 14:14: Yo sé, y confío en el Señor Jesús, que nada es inmundo en sí mismo; mas para el que piensa que algo es inmundo, para él lo es. En 1 Corintios 10:25 leemos: De todo lo que se vende en la [carnicería], comed, sin preguntar nada por motivos de conciencia. Es importante reconocer que en otros países la comida a veces ha sido ofrecida a ídolos. De hecho, en algunos restaurantes hay tanto incienso en el aire, que se tiene poca visibilidad. Puede ser que digamos: Oh, en un sitio así, yo no podría comer. Sin embargo, considere usted quién es más grande Es Dios, o es el pequeño diablo a quien se le ha ofrecido la comida? La actitud de Pablo era: La tierra y su plenitud le pertenecen a Dios, incluyendo la comida con que nos alimentamos. Simplemente bendigamos la comida en el nombre del Señor y disfrutémosla. Dios es más grande que las supersticiones, los ídolos o los demonios a quienes la gente ha dedicado su carne. Una pauta efectiva que podemos emplear en cuanto a este asunto, es comer todo lo que queramos, evitando abusar de las comidas que sean perjudiciales. La ciencia

ha comprobado que hay una diferencia entre los animales limpios y los inmundos. El cerdo, por ejemplo, no nos hace tanto bien como el cordero o la res. Pablo advierte que algunos apostatarán de la fe: prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad. Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias; porque por la palabra de Dios y por la oración es santificado (1 Ti. 4:3-5). Por eso es que oramos sobre nuestros alimentos. Le damos gracias a Dios por la comida y le pedimos santificarla para que su consumo nos beneficie. Sin embargo, en el Nuevo Testamento, se nos ordena no comer nada que haya sido estrangulado. Tampoco se nos permite comer sangre, aún en los tiempos neotestamentarios, porque la vida está en la sangre (Hechos 15:29).

Nuestra salvación no se basa en comida, bebida, u observaciones de días santos o días de reposo. Es interesante que Jesús haya sido constantemente atacado por hacer el bien en el día de reposo. En Lucas 13:11, ante el Señor Jesús se presentó una mujer que por dieciocho años había tenido un espíritu de enfermedad. Estaba encorvada y no podía enderezarse. Cuando Jesús le impuso las manos y oró por ella, inmediatamente fue desatada de su dolencia. Pero en Lucas 13:14-16 leemos: Pero el principal de la sinagoga, enojado de que Jesús hubiese sanado en el día de reposo, dijo a la gente: Seis días hay en que se debe trabajar; en éstos, pues, venid y sed sanados, y no en día de reposo. Entonces el Señor le respondió y dijo: Hipócrita, cada uno de vosotros no desata en el día de reposo su buey o su asno del pesebre y lo lleva a beber? Y a esta hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años, no se le debía desatar de esta ligadura en el día de reposo? Aun el día de hoy, muchas personas viven muy pendientes de los días. Yo creo que nosotros debemos respetar el domingo como día del Señor. El domingo no debemos hacer nuestro capricho. Sin embargo, lo que nos hace santos no es guardar un día determinado en lugar de otro día. Y si nos abstenemos de ingerir ciertos alimentos, eso en sí no nos hace superiores a otros que sí comen esa clase de comida. La verdadera santidad es una obra interior de gracia realizada en nuestros corazones. Es estar siendo transformados a la imagen de Cristo.

2:17 - Todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo. Este pequeño versículo es sumamente importante. Pablo está diciendo que los días santos, las lunas nuevas, los días de reposo, y los distintos preceptos, son todos una representación de las cosas futuras que acontecerán en el milenio. En el milenio, para los judíos habrá un retorno a la era de la ley. Ofrecerán sacrificios y observarán los diferentes preceptos levíticos. Sin embargo, estas cosas no son para la iglesia. (Por favor vea Ezequiel 40-48).

2:18 - Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal. Si continuamos en la senda correcta, tenemos una recompensa eterna que nos espera. Pero Pablo declara en el versículo dieciocho, que el galardón se puede perder. El culto a los ángeles será la causa de que perdamos nuestra corona. La

iglesia de los primeros días ahondó en el culto a los ángeles. Cuando estudiamos la palabra de Dios, descubrimos que el Señor sí hace uso de ellos. En Hebreos 1:14 se nos dice que son espíritus ministradores. Cada hijo tiene su propio ángel. Todos los santos de Dios tienen sus ángeles ministradores que los cuidan. Pero debemos tener mucho cuidado, porque si el tema de los ángeles nos acapara la mente, Cristo es opacado. Hay una diferencia entre los ángeles caídos y los ángeles ministradores de Dios, sin embargo, al verlos, puede ser difícil distinguir unos de otros. Algunos ángeles caídos son negros, y por lo tanto se distinguen con facilidad. Pero a otros, cuesta notarles la diferencia porque la Biblia dice que hasta Satanás puede aparecer como ángel de luz (2 Co. 11:14). Pablo aconseja a los colosenses que no se concentren en asuntos que colocan a Cristo en segundo plano y que hasta lo opacan. Este es un problema que existe hoy en día en las iglesias que dedican todo el servicio a hablar sobre los demonios. Toda la gente queda pendiente de los demonios debido a la atención que se les da, y eso realmente invita a los demonios a entrar. La santidad depende de aquello en que nos concentramos continuamente. Necesitamos estar conscientes de Cristo todo el tiempo. Si Dios quiere enviar un ángel para que nos instruya o nos ayude en alguna forma, está bien; pero debemos poner los ojos en Él, no en los ángeles. Cristo es mayor que los ángeles, porque Él los creó.

2:19 - Y no asiéndose de la cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios. Por esta razón ocurre todo error. En lugar de obtener de la cabeza toda la vida y el impulso, la gente se deja distraer y cegar por una cosa u otra.

2:20 - Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos? Pablo le explica a los colosenses que todos ellos fueron bautizados en la muerte de Cristo; entonces les pregunta por qué se están dejando gobernar por los rudimentos de este mundo, y por los preceptos y las tradiciones de los hombres.

2:21-22 - Tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques (En conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres), cosas que todas se destruyen con el uso? En la parte final del capítulo dos, Pablo enfoca el error tan común de tratar de lograr la perfección del yo y alcanzar la santidad por medio de una rigurosa abstinencia no toques, no gustes, no manejes. La santidad y la perfección nunca provienen de lo exterior o de reglas hechas por el hombre. En realidad, las reglas hechas por el hombre dan vigor y fortalecen la naturaleza caída. Las reglas impuestas sobre nosotros por la mente humana nunca traen alivio, sino que sólo contribuyen a hacernos más pesada la carga. Una razón para esto es que el Espíritu Santo no tiene la obligación de ayudarnos a guardar los conceptos y reglas que uno mismo se impone o que el ser humano nos impone. Por consiguiente, cuando tratamos de cumplir con estatutos creados por la carne, lo hacemos sin la colaboración del Espíritu Santo y fracasamos rotundamente. Entonces, es imprescindible que entendamos qué es lo que Dios exige y qué no. Pedro describió la gran cantidad de ritos y preceptos del Antiguo Testamento como un yugo que ni nuestros padres ni

nosotros hemos podido llevar (Hechos 15:10-11). Después, bajo la dirección del Espíritu Santo, los apóstoles determinaron no imponer a los gentiles ninguna carga más que estas cuatro cosas necesarias: abstenerse de la contaminación de ídolos, de toda clase de impureza moral, de beber sangre, y de comer cualquier cosa ahogada (Hechos 15:20, 28-29).

Ahora, en el versículo veintitrés, Pablo continúa su tema sobre estas tradiciones adicionales, reglas de lo permitido y de lo prohibido, y austeras abstinencias.

2:23 - Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne. Ser negligente con el cuerpo no hace más espiritual a una persona. Las privaciones y la abstinencia pueden parecer manifestaciones de humildad y de piedad. Hasta pueden parecer fomentadoras de santidad, pero en realidad, no lo son. La santidad proviene de andar en el Espíritu. Lo exterior en sí, nunca cambia el corazón. Evitar cierta clase de comidas o ponerse ropa de un largo legalista, no cambia nuestra naturaleza. La santidad proviene de la unión y comunión con un Dios santo. La santidad es el resultado de andar cada día con Él, obedeciéndole a Él y a las personas que Él ha colocado sobre nosotros, y de conservar en nuestras vidas una unción personal. Si andamos en el Espíritu, no proveeremos para los deseos de la carne. Las tradiciones y los mandamientos de hombres no deben nunca ser tenidos en más alta estima que la palabra de Dios. El Señor Jesucristo dijo: En vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres. Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres...bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición (Mr. 7:7-9). Entonces debemos hacernos esta pregunta: Existen en mi vida tradiciones, reglas de qué hacer y qué no hacer, o rígidas

La Epístola a los Colosenses 97 abstinencias (que me han impuesto los hombres o yo mismo) que me impiden llegar a ser santo? En el capítulo tres Pablo nos enseñará lo que verdaderamente constituye la santidad, y la forma de encontrar el camino a ella. Pablo define con claridad los pasos que nos llevan a una vida santa a través de Jesús. Si andamos en el Espíritu, no proveeremos para los deseos de la carne.

Parte 7

El camino a la santidad 3:1-17

Al entrar en Colosenses capítulo tres, tenemos en los primeros diecisiete versículos lo que podría titularse: El camino a la santidad. Colosenses capítulo tres es uno de los capítulos más importantes de toda la palabra de Dios. Tanto en mi propia vida, como en la de muchos otros cristianos, hay un profundo clamor por la santidad. Hacia dónde nos podemos voltear para recibir instrucción sobre la vida de santidad verdadera? Hace muchos años le pregunté al Señor: Qué libro debo leer que me sirva en mi búsqueda de santidad? Pensé que el Señor me indicaría leer a uno de los místicos de la era de la iglesia, o a algún gran teólogo de antaño. Sin embargo,

el Señor me dijo: Colosenses 3:1-17 te mostrará el camino a la santidad. Eso es todo lo que necesitas. A esto se debe mi deseo de enfocar específicamente esta porción de las Escrituras juntamente con otros segmentos conexos de la palabra de Dios, para ver qué es lo que dice sobre el verdadero camino a la santidad. Ante todo, definamos la santidad. El significado original de santidad es diferente. Santidad significa una separación de la mundanalidad, la carne, y el diablo, y una unión con Dios, el único santo. Por lo tanto, la santidad tiene dos lados. No basta con estar separados del mundo, la carne y el diablo. También debemos estar unidos a Dios, porque sólo Él es santo. La santidad tiene un aspecto muy positivo. El tercer aspecto de la santidad tiene que ver con la larga y dura batalla de escoger el bien y rechazar el mal. Observemos primero la clave para la separación. La separación implica rechazar la compañía de los malignos. En el Salmo 1:1 tenemos tres niveles de compañerismo: Bienaventurado el hombre que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado. El primer nivel de compañerismo es nuestro andar. Espiritualmente, andamos en la dirección de aquellos que nos brindan consejo. El segundo nivel de compañerismo es estar. Significa defender o sostener públicamente una postura. El tercer nivel de compañerismo es sentarse. El sentarse denota permanencia o una posición constante. El Salmo 1:1 además de indicar abstenerse de la compañía de los malos, identifica tres niveles de personas malignas. El primer nivel es el de los malos, denotando personas perversas e inquietas, propensas al cambio y a la inestabilidad. El segundo nivel de malignos son los pecadores, que indica personas que practican y acostumbran el mal. Los tales están atados con cadenas de impiedad. El tercer nivel de malignos son los escarnecedores, que significa personas que ridiculizan y desprecian las cosas de Dios y a quienes son espirituales. Este mismo tema lo podemos retomar en Romanos 1:28 donde Pablo dice: Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada. Los escarnecedores son al final entregados a una mente reprobada, la cual es incapaz de razonar con sensatez. La espiritualidad de una persona está gobernada por sus amigos. Me quedaría corto tratando de enfatizar esto! Es fácil saber qué clase de persona es alguien al observar la gente con que se asocia y sus amistades íntimas. Proverbios 13:20 dice: El que anda con sabios sabio será. En las iglesias se forman círculos porque las personas afines se atraen. Espero que todos nosotros pertenezcamos al círculo de personas descrito en Malaquías 3:16 los que temen a Jehová, y meditan en su Nombre. El Señor libraré a los que estén en este grupo. Si estamos en el conjunto o círculo correcto, seremos preservados en el tiempo del juicio. En Malaquías 3:17-18, el Señor continúa diciendo: Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe; y los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve. Entonces os volveréis, y discerniréis la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve. El discernimiento, como lo vemos en Malaquías 3:18, proviene de andar con los piadosos y de estar en el grupo correcto. La iglesia o círculo de personas que frecuentamos, determina en dónde vamos a pasar nuestra eternidad, porque nos hacemos parte de esas personas y además nos volvemos exactamente como ellas. Apocalipsis 18:4 es una advertencia para aquellos que se encuentran en la iglesia equivocada: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas. Seremos juzgados según el círculo con

que nos hayamos mezclado, y si estamos en el correcto, estaremos a salvo en la hora del juicio. Pero si estamos asociados con el grupo equivocado, se nos juzgará como corresponde.

Capítulo tres

3:1 - Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. La santidad es una actitud de la mente. Una actitud mental tiene dos aspectos: 1.) Una mente que escudriña, y 2.) Una mente constante y no errante. En el versículo uno, Pablo habla de tener una mente que escudriña. Esto es esencial. En 1 Corintios 2:10 se nos dice que el Espíritu Santo todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios, para revelárnoslo. Debemos tener una mente que escudriña. Nunca debemos estar satisfechos de haber alcanzado cierta plataforma. Siempre debemos buscar una mayor revelación de Dios. Cuando era muchacho, la investigación era mi campo de trabajo. Algo que adquiere una persona que realiza labores de investigación, es una mente que escudriña. En la investigación, nunca estamos contentos con lo que ya sabemos. De la misma manera, como cristianos debemos constantemente buscar a Dios para que nos dé verdades frescas y nuevas de su palabra. 3:2 - Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Debemos además tener una mente que esté fija en lo celestial. Entonces, está la mente que escudriña, y está la mente constante. Un peligro muy grande de la mente que escudriña es que puede vagar, lo cual no conduce a la santidad. El rey Salomón tuvo un enorme apetito por la sabiduría y el aprendizaje, pero también incursionó en muchas otras cosas. Necesitamos una mente que procure la santidad y que constantemente se centre en las cosas celestiales. Debemos tener la mente disciplinada que Pedro describe en 1 Pedro 1:13, donde nos ordena ceñir los lomos de nuestro entendimiento. Si queremos tener una buena figura, debemos hacer ejercicio para mantener el vientre plano. Pedro nos aconseja hacer lo mismo con la mente. Debe estar disciplinada y centrada. Proverbios 23:7 dice: Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él. Por eso nuestros pensamientos deben pasar la prueba de las ocho puertas que se mencionan en Filipenses 4:8. Debemos analizar nuestros pensamientos a través de estas ocho puertas y comprobar si son: verdaderos, honestos, justos, puros, amables, de buen nombre, virtuosos, y dignos de alabanza. Romanos 12:2 nos dice que somos transformados por medio de la renovación de nuestro entendimiento. Por consiguiente, en nuestra búsqueda de santidad debemos prestar muchísima atención a la mente, la cual no sólo debe escudriñar, sino también ser constante. Cómo renovamos nuestro entendimiento? Una manera es a través de la meditación. El Salmo 1:2 nos dice que meditemos en la ley del Señor de día y de noche. La santidad se adquiere al meditar en la palabra de Dios. A veces se asocia la meditación con el verbo rumiar. Rumiar, como la vaca que es rumiante. La vaca come hierba y luego la devuelve y mastica una y otra vez. La meditación se realiza de la misma manera. Debemos leer las Escrituras en oración, pidiendo al Señor hablarnos cada día mediante su palabra. Entonces Dios hará que un versículo determinado capte nuestra atención y sabremos que Él nos lo ha dado. Así podremos tomar esa porción para empezar a digerirla y meditarla, hasta haber

absorbido la verdad específica que en ella se encuentra. Dios creó animales limpios y animales inmundos (Génesis 7:2,8) para instruir a su pueblo en cuanto a verdades espirituales. Levítico capítulo once hace una diferencia entre unos y otros. Los limpios tienen dos particularidades: tienen la pezuña hendida, cuyo significado espiritual es el de tener una caminata separada, y también son rumiantes. Por lo tanto, un cristiano limpio es aquel que no sólo tiene una caminata separada sino que medita en la palabra de Dios. Hay animales, como el camello, que rumian la comida pero no tienen la pezuña hendida (Lv. 11:4). El camello, por lo tanto, podría representar a un cristiano que medita en la palabra de Dios pero que no tiene una caminata separada.

Muchas personas son así. Siempre están leyendo la palabra de Dios pero se asocian con la gente equivocada. También hay cristianos que son como los cerdos, los cuales tienen la pezuña hendida pero no son rumiantes (Lv. 11:7). Los cristianos de este tipo están separados de los pecadores, pero no meditan en la palabra de Dios. Por lo tanto, un cristiano limpio y puro es aquel que está separado de los impíos y que también medita constantemente en la palabra de Dios. Andar en pos de la santidad también tiene que ver con la dedicación del cuerpo. Pablo nos insta o nos ruega en Romanos 12:1 a presentar nuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios. La palabra ruego es un vocablo muy fuerte. Es una palabra que denota desesperación. Debe haber una consagración y un compromiso, de tal manera que nuestro cuerpo le pertenezca verdaderamente a Dios. Si nuestro cuerpo le pertenece a Dios, esto deberá ser como la ofrenda desmembrada en partes que se menciona en Levítico 1:12-13: Lo dividirá en sus piezas, con su cabeza y la grosura de los intestinos; y el sacerdote las acomodará sobre la leña que está sobre el fuego que habrá encima del altar; y lavará las entrañas y las piernas con agua. Se mencionan aquí cuatro partes del cuerpo: la cabeza, la grosura, los intestinos, y las piernas.

Ya hemos dicho que la cabeza contiene la mente. La santidad debe comenzar con la mente, porque es la mente la que renueva y reorienta el cuerpo. Sin embargo, otras cosas, como los ojos, están vinculadas a la cabeza. Jesús dijo que el ojo es la luz del cuerpo. Lo que contemplamos es indicativo de lo que llegaremos a ser. También los oídos están comprendidos en la cabeza. Se forma el carácter con lo que escuchamos. ¿Le estamos poniendo atención a la gente correcta y a la música correcta? En cierta forma, también la nariz puede configurar nuestro carácter. Y los labios tienen asimismo su parte en ello. El Salmo 50:23 promete: Y al que ordenare su conversación, le mostraré la salvación de Dios (Versión King James en inglés). Ponerle brida a los labios es muy importante para alcanzar la santidad.

Otra parte de la ofrenda es la grosura, símbolo de vigor y fuerza. Por lo tanto, debemos entregarle al Señor nuestras energías. No debemos hacer nada por nuestra propia fuerza ni por nuestro propio empeño, sino solamente fortalecidos por el Señor. Nuestros afectos deben estar centrados en el Señor. Él debe ser lo primero en nuestras vidas. Y cuidado con jugar con las emociones propias o las ajenas, porque llevará a problemas. La voluntad interviene en esto. Finalmente, las piernas

tienen que ver con nuestra caminata y con los lugares que frecuentamos. En estos cuatro campos tenemos cuatro aspectos del compromiso que hacemos con el Señor al presentarle nuestros cuerpos como sacrificio vivo. Una de las cosas que debemos hacer con el cuerpo, es entregárselo a Dios en el bautismo en agua (Ro. 6:1-4). En el capítulo seis de Romanos hay tres palabras muy importantes para nosotros los que andamos en pos de la santidad: Sabiendo, consideraos, presentéis. Romanos 6:6 declara: Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre [fue] crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea [imposibilitado], a fin de que no sirvamos más al pecado.

En griego, la palabra sabiendo (ginosko) significa conocer por medio de la experiencia, no solamente con el intelecto. Cuando Jesús colgaba de la cruz, nuestro viejo hombre también colgaba con Él. Esta es una verdad que debemos saber por medio de la experiencia y de la revelación. Hace muchos años, cuando me encontraba pastoreando en cierta ciudad, el Señor estuvo tratando conmigo acerca de la santidad. Comenzó desde Romanos 6:1 donde Pablo dice: Qué, pues, diremos? Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? Esto se puede preguntar de otra manera: Estará nuestra experiencia cristiana arriba un día y abajo el día siguiente? Con toda claridad el Señor me habló y dijo: No! Eso no fue lo que resolví para ti en la cruz. Entonces empezó a tratar con mi corazón. Me dijo: Cederías esto? Él empezó a repasar mi vida, revelando pequeñas cosas que yo consideraba insignificantes y también cosas mayores. Algunos detalles eran fáciles de rendir, pero para deshacerme de otros tuve que orar todo el tiempo. Finalmente, me preguntó: Me darías tu esposa? Yo le contesté: Señor, eso no lo puedo hacer. En su trato con su pueblo, el Señor es sumamente amable. Poco después de esto, estábamos cierta mañana en un culto de la iglesia, y al terminar, pasé adelante para que oraran por mí. Cuando estuve de pie ante el Señor, frente a la iglesia, el Espíritu de Dios vino sobre mí y caí en el Espíritu. Estaba tendido en el piso sin poderme mover. Cuando yacía allí, el Señor de nuevo comenzó a hablarme sobre mi esposa. Trató de razonar conmigo: Quién la ama más, tú o Yo? Le contesté: Bueno Señor, Tú la amas más. Luego preguntó: Quién tiene el poder para velar por su bienestar, tú o Yo? Y por supuesto, tuve que reconocer: Señor, Tú. Entonces me dijo el Señor: Pues suéltamela. Al instante se derramó la gracia dentro de mi ser y se conmovió mi corazón, así fui capaz de liberar a mi esposa para el Señor.

Unos días después, más o menos a las diez de la mañana, yo estaba en la oficina de la parroquia. El Espíritu de Dios entró en el cuarto. Vi en visión a Cristo en la cruz, pero lo veía desde atrás. Entonces fui tomado en el Espíritu y colgué de la cruz con Cristo. Yo estaba en Cristo, mirando por sus ojos hacia abajo a las multitudes. En ese momento aprecié en una nueva forma el versículo que dice: Sabiendo que nuestro viejo hombre [fue] crucificado juntamente con Él. Comprendí entonces que nuestro viejo hombre (o la antigua naturaleza) fue crucificado juntamente con Cristo cuando Él pendió de la cruz. Cuando Adán pecó, todos estábamos en Adán y también pecamos. A la inversa, cuando Cristo estaba en la cruz, nosotros estábamos en Cristo crucificados con Él. En ese momento sentí que el Espíritu retumbaba fuertemente en lo más profundo de mi ser; retumbaba una y otra vez. De

repente, de mi boca salieron las palabras de Gálatas 2:20: Con Cristo estoy juntamente crucificado. Yo no podría describir la paz y alivio que llegaron a mi alma. Cada cual tiene sus propias y únicas experiencias, pero ésta en particular me ayudó a saber que había sido crucificado con Cristo. Este saber es indispensable. En ese momento tomé plena conciencia de todo lo que Cristo dejó resuelto con su cruz para librarnos de la resistente naturaleza caída que traemos de nacimiento. Cuán importante es saber por medio de la experiencia y de la revelación, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo, que nuestro cuerpo de pecado debe ser declarado inoperante (Ro. 6:6). En la cruz, Cristo pagó nuestra deuda, pero logró mucho más que eso. Él hizo que nuestro viejo hombre (o antigua naturaleza) quedase aniquilado, para que fuésemos libres de la potestad del pecado y viviésemos una vida victoriosa.

Nuestro viejo hombre fue crucificado con Él. Aunque este acontecimiento tuvo lugar hace casi dos mil años, sólo se nos concederá el poder y la realidad de esto hasta que se nos vuelva una revelación personal. De ahí que debamos procurar tener la experiencia de saber que nuestro viejo hombre [fue] crucificado con Él, para que el cuerpo de pecado quede destruido o declarado sin poder. La realidad de Romanos 6:6 es una clave fundamental para alcanzar la santidad y para hacer morir los deseos de la carne. Después de la palabra sabiendo, llegamos a la segunda palabra consideraos, que está en Romanos 6:11. Considerar significa contar o estimar algo como existente. En otras palabras, después de tener la experiencia de saber que nuestro viejo hombre fue crucificado con Cristo, podemos considerarlo así. Entonces podemos contar o estimarlo como un hecho. El considerar se basa en el saber. No podemos considerar hasta no saber primero. Para dar un ejemplo, cuando pagamos con un cheque bancario, no podemos considerar que tenemos suficiente dinero en el banco que respalde ese cheque; sino que debemos saberlo. Esto no es algo que se toma por fe. Muchos cristianos proceden como el que da un cheque sin saber si tiene fondos en el banco.

A menudo oímos decir a la gente: Basta con que usted se considere muerto al pecado. Pero no podemos considerarnos muertos si no tenemos una experiencia y una revelación de saber. Después de aquella experiencia que tuve en mi oficina y también después de haberseme conmovido el corazón, permitiéndome soltar a mi esposa para el Señor, descubrí el poder de la cruz como jamás lo había hecho. Comprendí mejor que nunca que en la cruz se habían tomado medidas para lidiar con mi viejo hombre. Mi viejo hombre fue crucificado con Cristo, y el poder y la gracia que están en Jesucristo fluyeron hacia mí y transformaron mi vida. A esto se debe que yo haga hincapié en que la santidad no se alcanza por medio de ritos, legalismos, obras, abstinencias rígidas, o cualquier otro esfuerzo de la carne o de la mente natural. La santidad se logra al estar vinculado al Único que es santo, por la unión, comunión y obediencia a Él. La santidad viene por gracia y por un diario andar en el Espíritu. La santidad brota de tener una relación con Aquel que es santo. Finalmente, Romanos 6:13 nos lleva a la tercera palabra presentéis. En el capítulo seis de Romanos tenemos tres palabras importantes sabiendo, consideraos y presentaos. Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como

instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros... (Ro. 6:13-14). Después de haber experimentado sabiendo esto, que vuestro viejo hombre [fue] crucificado juntamente con Él y consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios, estamos en capacidad de presentarle a Dios los miembros de nuestro cuerpo. El poder para presentarle a Dios nuestros miembros proviene de la experiencia de saber que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo, y de considerarlo un hecho. Es entonces que tenemos el poder y la capacidad de elegir la santidad. Aun así, sigue siendo una elección, sigue siendo una batalla. Presentaos significa batalla, pero si escogemos hacer las cosas a la manera de Dios, entonces el pecado no se enseñoreará de nosotros.

3:3 - Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Pablo está diciendo que después de haber sido bautizados en agua, en sentido figurado estamos muertos con Cristo, y nuestra vida está escondida con Él. Sin embargo, la realidad plena de estar muertos llega después de haber experimentado Romanos 6:6.

3:4 - Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria. Nuestra gran esperanza al aparecer Cristo es manifestarnos con Él en su gloria!

3:5 - Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia que es idolatría. La frase *haced morir* sugiere que no se trata de algo que ocurre de inmediato. Es un proceso. Los cinco pecados cardinales mencionados aquí deben someterse a la muerte en los miembros de nuestro cuerpo. Cómo hacemos morir estos pecados? Usemos el ejemplo del cuerpo físico. En lo natural, para detener el flujo de vida que le llega al brazo, podríamos hacer prácticamente dos cosas. Uno, poner un torniquete alrededor del brazo para detener la circulación de la sangre. Esto impediría que nuestro brazo se alimentara o se nutriera de vida y de oxígeno. Dos, dejar de ejercitar el brazo. Espiritualmente estas son las dos claves para hacer morir estos cinco pecados cardinales en los miembros del cuerpo. No debemos alimentarlos ni tampoco ejercitarlos. Entre más ejercitemos y alimentemos estos pecados, más se fortalecerán. De qué manera alimentamos estos pecados? Los alimentamos por los cinco sentidos y también por la mente. Nuestras meditaciones, las cosas que absorbemos con los ojos y los oídos, así como lo que palpamos, puede ser alimento para estos pecados. Por lo tanto, debemos mantenernos alejados de estos estimulantes del pecado y no debemos practicar estas faltas. La fornicación es un vicio sexual. La fornicación es una fuerza muy poderosa. Impureza significa inmundicia, y especialmente de tipo sexual. Las pasiones desordenadas son los apetitos sexuales y la lujuria. También pueden referirse a la homosexualidad. Los malos deseos se refieren a deseos impíos. Debemos ser cautelosos con lo que deseamos. La avaricia es codicia; siempre quiere tener más. He conocido personas muy ricas que no estaban satisfechas con lo que tenían. Había que tener más! Y

hubieran hecho cualquier cosa con tal de tener más dinero y adquirir más posesiones. Pablo dice que la avaricia es idolatría. La avaricia adora lo que anhela; por lo tanto, es idolatría.

El mensaje de prosperidad desequilibrada de los últimos años es idolatría. Su enfoque central es cómo adquirir más posesiones y más dinero. Debemos mortificar o hacer morir estos cinco pecados cardinales para ser santos y aceptables a los ojos del Señor Jesucristo.

3:6-7 - Cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia, en las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas. Pablo está diciendo que estos cinco pecados traen el juicio de Dios sobre una persona. Algunos de los santos colosenses habían practicado estos pecados desde antes de su salvación, y Pablo les advierte que se abstengan de cometerlos o de tener un desliz que los haga recaer.

3:8-9 - Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos. No debemos confundir el versículo cinco con el ocho. Son dos categorías separadas. La palabra de Dios se escribió con una exactitud extraordinaria. El apóstol Pablo está escribiendo con precisión matemática bajo la unción del Espíritu, y no debemos confundir el contexto de estos dos versículos. Los pecados que se enumeran en el versículo cinco son muy fuertes y tienen que ser llevados a la muerte en un período de tiempo. Sin embargo, los pecados que aparecen en los versículos ocho y nueve pueden ser dejados. Como cristianos tenemos el poder para dejar estos pecados por la gracia de Dios. Dejar quiere decir quitarse de encima estos pecados, como se quitaría un abrigo. Estos dos grupos de pecados: los del versículo cinco y los de los versículos ocho al nueve, están divididos. Aquellos tienen que ser llevados a la muerte, pero éstos pueden ser dejados por un acto de la voluntad. No debemos confundir estas dos listas de pecados. Es inútil tratar de dejar la fornicación. La fornicación tiene que ser mortificada o llevada a la muerte, sin embargo, la mentira puede ser dejada.

3:10-11 - Y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno, donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos. La santidad tiene dos facetas. Hay una limpieza del mal y hay un abandono del pecado, pero con eso no estamos completos. Tenemos que revestirnos del nuevo hombre y de sus características. Un niño entra después de jugar afuera y todas sus ropas están sucias. Su mamá lo desviste y toma toda la ropa sucia y lo baña. Sin embargo, la mamá no dejará que el niño corra de aquí para allá sin sus ropas. Tiene que ponerle vestiduras limpias. De la misma manera, el apóstol Pablo advierte que hay cristianos que aparecen desnudos ante la presencia de Dios (2 Co. 5:3, ref. Ap. 16:15). La vergüenza de nuestra desnudez debe ser revestida y cubierta con sus vestiduras (ver también Ap. 3:18). Y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno. El nuevo

hombre, Cristo en nosotros, se fortalece a medida que lo alimentamos. Robustecemos a este nuevo varón cuando le damos a comer la palabra de Dios. Se desarrolla conforme al conocimiento. Entre más sabemos de la palabra de Dios y entre más conocemos al Señor, más se fortalece nuestro nuevo hombre. A esto se debe nuestra necesidad de leer la palabra de Dios y de pasar tiempo con el Señor.

3:12 - Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia. Ahora llegamos al tema de vestirnos. La santidad tiene que ver con mortificar o hacer morir ciertos pecados que están en los miembros de nuestro cuerpo. Hay otros pecados a los cuales se nos ordena dejar, como quien deja una prenda de vestir. Ahora se nos indica vestirnos de las siguientes virtudes, como si fueran trajes. En los versículos doce al quince, Pablo enumera diez virtudes o vestiduras espirituales que todo cristiano debe ponerse. Cómo nos ponemos estas ropas espirituales? Estas ropas le pertenece a Dios; por lo tanto, Dios tiene que iniciarlas. Dios tiene que comenzar a tratar con nosotros, hablándonos sobre estas diferentes virtudes. La primera vestidura es entrañable misericordia. Usaremos la misericordia para dar un ejemplo de cómo se ponen estas ropas espirituales. Dios quiere que seamos misericordiosos con el prójimo. Por eso comienza hablándonos acerca de ser misericordiosos. En la época del Nuevo Testamento, las vestiduras se ponían deslizándolas por encima de la cabeza. Eso nos ayuda a comprender cómo vestirnos con ropas espirituales. Este proceso de vestirnos con ellas, comienza por pasarlas sobre la cabeza. Ante todo, tenemos que sumergir la mente en pensamientos de misericordia. Luego, cuando Dios comience a hablarnos de ser misericordiosos, le responderemos al Señor estudiando todos los versículos que se refieren a la misericordia. Debemos envolver nuestra mente con la vestidura de la misericordia. Entonces la vestidura se resbala hacia la zona del pecho. La misericordia y todas estas otras vestiduras, deben comenzar por la mente y cubrirnos el corazón. Una vez que el corazón está rebosando de pensamientos de misericordia, se hacen misericordiosas nuestras emociones y reacciones. Luego la vestidura desciende por encima de nuestras entrañas, que es donde reposan los afectos. Debemos arraigar los afectos en la misericordia. Al final, la vestidura nos viste completamente y nos cubre piernas y pies; y caminamos en misericordia. Es así como nos convertimos en personas misericordiosas. Cada parte de nuestro ser está sumergida en misericordia. El espíritu se nos vuelve misericordioso y somos transformados en personas misericordiosas, semejantes a Jesús, nuestro misericordioso sumo sacerdote (He. 2:17). Las diez virtudes de la perfecta ley de la libertad 1.) Misericordia 2.) Bondad 3.) Humildad de pensamiento 4.) Mansedumbre 5.) Longanimidad 6.) Paciencia 7.) Perdón 8.) Amor 9.) Paz 10.) Gracitud.

La misericordia es muy importante porque es la revelación más alta de Dios. En el tabernáculo de Moisés, el asiento de la misericordia (o Propiciatorio) cubría las tablas de la ley que estaban dentro del arca del pacto. La misericordia de Dios está muy por encima de la ley. Sobre el asiento de oro de la misericordia, estaban los dos querubines representando a Gabriel y Miguel. Cuando hubo una sublevación

en el cielo, estos dos fueron preservados de la rebelión, no así un tercer ángel protector, Lucifer. Es sólo la misericordia de Dios la que nos guarda de ser rebeldes. Mostrar misericordia es prerrogativa exclusiva de Dios. Dios se mostró misericordioso con David, pero no con Saúl. Se mostró misericordioso con Pedro, pero no con Judas. Debemos aprender a mostrar misericordia únicamente cuando Dios muestre misericordia. Sin embargo, nuestra tendencia debe ser siempre hacia la misericordia. 1 Juan 3:17 dice: Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, cómo mora el amor de Dios en él? La entrañable compasión es misericordia. Juan dice que cuando veamos a un hermano tener una necesidad, debemos tomar las medidas correspondientes para abastecerlo. Moisés dijo: Cuando haya en medio de ti menesteroso de alguno de tus hermanos en alguna de tus ciudades, en la tierra que Jehová tu Dios te da, no endurecerás tu corazón, ni cerrarás tu mano contra tu hermano pobre, sino abrirás a él tu mano liberalmente, y en efecto le prestarás lo que necesite. (Dt. 15:7-8). La misericordia nos obliga a tener la mano abierta.

La segunda vestidura espiritual que Pablo nos indica ponernos, es la bondad. Filipenses 2:4 dice: No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. La idea que se da aquí es que debemos considerar primero a los demás. Debe haber en nuestro corazón una profunda bondad hacia el prójimo. Aun en nuestras conversaciones, debemos evitar ser los únicos en hablar. Por el contrario, debemos desarrollar un oído atento. Este es un acto de la voluntad. La bondad es una vestidura que nos podemos poner a voluntad. La humildad de pensamiento es la tercera vestidura espiritual. Esta prenda es de suma importancia. La humildad es la clave para recibir la gracia de Dios, y ya que todo llega por gracia, la humildad es la clave de la vida (Stg. 4:6). Filipenses 2:3 dice: Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo. Debemos ver a los demás como mejores que nosotros mismos. Nuestra mente necesita de humildad para que no nos consideremos más de lo que somos en realidad (ver Ro. 12:3, Gá. 6:3, 1 Co. 8:2). La humildad está arraigada en tres aspectos de la verdad. La primera verdad es el hecho de que somos seres creados. Entramos a este mundo como bebés indefensos. David dijo: Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? (Sal. 8:4). Somos seres creados y captamos la correcta perspectiva de nosotros mismos cuando salimos de noche y contemplamos los cielos que Dios creó. Cuán insignificante es realmente el hombre cuando se le compara con todo el universo. La primera vez que volé en avión quedé impresionado al ver cómo disminuía de tamaño la gente que caminaba en tierra, según íbamos ascendiendo. Sin embargo, Dios todavía se humilla a contemplar al hombre. El segundo aspecto de la humildad es que somos pecadores caídos y completamente impotentes para cambiar de naturaleza. Romanos 3:23 dice: Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios. Todos estamos destituidos de aquello para lo cual fuimos creados.

Por ser descendientes de Adán, traemos en la sangre desde nuestro nacimiento, todas las obras de la carne (Gá. 5:19-21). En nosotros no hay nada bueno, excepto

lo que el Señor deposita en nuestras vidas. La tercera verdad en que se arraiga la humildad, es el hecho de que somos recipientes de la gracia de Dios. Todo lo que logramos puede hacerse solamente a través de la gracia de Dios. En 1 Corintios 15:10, el apóstol Pablo dice: Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo. En dónde queda la jactancia? No somos absolutamente nada. Fuimos creados del polvo y al polvo regresaremos. Sólo por la gracia de Dios somos lo que somos. Además, sin la ayuda divina, el hombre es incapaz de controlar su futuro o de entenderse a sí mismo (Jer. 10:23).

La cuarta vestidura es la mansedumbre. La mansedumbre es la santa aceptación de todas nuestras circunstancias con gozo, como venidas de parte de Dios. Cuando la mansedumbre se ha forjado en nuestras vidas, realmente no importa lo que suceda o lo que nos hagan los demás. Cuando la mansedumbre está en nosotros, todo lo vemos desde el ángulo de Dios y hay una santa aceptación de las circunstancias. La mansedumbre es la fortaleza para no exigir reivindicación; es no enfrentarnos a quienes nos difaman o procuran hacernos daño. La mansedumbre no responde o reacciona con aspereza, ni se enfada. La mansedumbre es la capacidad de vencer las injusticias. La mansedumbre es la vestidura que por gracia podemos ponernos a voluntad. Por otro lado, podemos ser duros de corazón, y rechazar de esa manera la gracia de Dios.

La longanimidad es la quinta vestidura. La longanimidad es una de las virtudes más grandes de Dios. Es una descripción de Dios Mismo (Ex. 34:6), porque Dios es tardo para la ira hacia su pueblo (Ro. 2:4). Longanimidad significa sufrir por un largo tiempo, y siempre tiene que ver con las personas. En el liderazgo es indispensable la longanimidad porque hay personas que tardan mucho en volverse a Dios y dar fruto. En Suiza conocimos a una señora muy piadosa que se casó con un hombre que aseguraba ser cristiano, pero que en realidad no lo era. Ella oró por su esposo durante cincuenta años. Tres meses antes de morir, él se convirtió. Aunque ella había sufrido por él un largo tiempo, ese hombre pudo llegar al cielo gracias a que ella se había puesto la vestidura de la longanimidad.

3:13 - Soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. La sexta vestidura espiritual que tenemos que ponernos es la paciencia. Una cosa es la paciencia y otra la longanimidad, y debemos distinguir la una de la otra. Paciencia es soportar el pecado de una persona que aun no ha recibido el trato de Dios. Quizás la gente diga: Qué fastidiosa es esa persona con ese pecado tan desagradable! Recuerdo a cierta señora que conocimos en Alemania hace muchos años. Ella había orado por su esposo durante un tiempo prolongado, y después de años, él aceptó al Señor. La dama se quejó con su pastor: Mi esposo no ha cambiado. El pastor le contestó: Por supuesto que sí ha cambiado y se puso a enumerarle los múltiples pecados que el esposo había dejado de cometer. La señora dijo: Si, pero todavía tiene mal genio. El pastor le contestó: Eso la irrita verdad? Ella le dijo: Claro que sí. Entonces el pastor le dijo: Dios todavía no se ha

ocupado de la ira de su esposo porque está tratando de forjar paciencia en usted. A veces Dios se tarda en tratar con un problema que es molesto en aquellos que están cerca de nosotros, porque primero quiere modificar algo en nuestras vidas (ver Pr. 16:7, 2 Co. 10:6). El perdón es la séptima vestidura. El perdón es muy importante. Debemos mantener un espíritu perdonador y evitar ser rencorosos con los demás. No obstante, perdonar es una cosa y reincorporar es otra. Debemos siempre perdonar a los demás cuando nos hacen daño y cuando pecan; pero no restituirles sus posiciones anteriores hasta no ver en sus vidas el fruto del arrepentimiento. Son muchos los que después de pecar gravemente y ser indignos de confianza, le dicen a su pastor: Perdóneme por favor. El pastor debe perdonarlos y abrazarlos, pero no restituirles su posición anterior, sino hasta que hayan sido probados y examinados, y den muestras de un sincero arrepentimiento. Deben ser puestos a prueba por un tiempo. El perdón sólo tiene una manera de forjarse en nosotros actúa eficazmente en nosotros cuando los demás nos traicionan y ofenden profundamente. Es fácil perdonar a los demás cuando nos hacen algo que no nos afecta o preocupa de inmediato. Pero cuando frontalmente nos atacan, hieren y difaman, es difícil perdonarlos. Por eso, debemos entregarle a Dios esa herida y perdonarlos. De lo contrario, no serán perdonados nuestros propios pecados (Mt. 6:15). El perdón es una vestidura que por la gracia de Dios podemos ponernos a voluntad.

3:14 - Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. El amor es la octava vestidura espiritual que debemos ponernos. El amor es el vínculo perfecto. Cristo dijo en Mateo 5:48: Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos, es perfecto. Este parece ser un mandamiento imposible. Pero cuando estudiamos la palabra de Dios, descubrimos que el amor equivale a la perfección cristiana. Existen cuatro palabras griegas que se traducen como amor: 1. Eros - Es el amor entre marido y mujer. Necesitamos perfeccionar el amor hacia nuestros cónyuges. Efesios 5:25 dice: Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella. Para un marido, ese es un impresionante nivel. 2. Fileo - El amor entre amigos. Esta es la clase de amor que se tenían David y Jonatan. 3. Storgé - El amor entre padres e hijos. Este es el afecto y lazo natural que existe entre padres e hijos. 4. Agape - La benevolencia invencible y desinteresada. Este es el amor de Dios. El amor de Dios es sufrido hasta la muerte. Es completamente desinteresado y no pide nada a cambio. En 1 Corintios 13 aparece su definición. El amor nunca: Aspectos negativos del amor Tiene envidia Busca lo suyo Es jactancioso Se irrita Se envanece Guarda rencor Hace nada indebido Se goza de la injusticia. Aspectos positivos del amor El amor siempre: Es sufrido Es benigno Se goza de la verdad Todo lo soporta Contempla todas las cosas de la forma más amable Espera lo mejor de las personas El amor no guarda rencor. Conozco algunas personas que se pueden acordar de todo lo que los demás les han hecho. En una ocasión, estábamos aconsejando a un matrimonio y la esposa enumeró todos los errores del esposo desde el día que se comprometieron. Terminó diciendo: Pero, por supuesto, ya lo perdóné. Nosotros le dijimos que no había perdonado de verdad a su esposo, porque el perdón tiene sus raíces en el olvido. Si seguimos sacando a relucir el pasado, no hemos perdonado del todo.

El primogénito de José recibió el nombre de Manasés, que quiere decir olvido. José le dio el nombre de Manasés porque Dios hizo, en esa etapa de su vida, que olvidara todas las injusticias que sus hermanos le habían hecho (Gn. 41:51). Estando en Suiza hace mucho tiempo, Dios me reveló esto en momentos en que muchos venían para recibir consejería. Dios tuvo la bondad de darnos las claves para ayudar a estas personas, pero después cuando yo las veía, recordaba todo lo que me habían dicho, aun todos sus pecados. Por fin le dije al Señor un día: Señor, no puedo continuar así. No quiero ser un pozo séptico. El Señor me dijo: Pídeme tu Manasés personal. Así lo hice. Después de eso, pude aconsejar a las personas y, veinte minutos después, no recordaba nada de lo dicho por ellas. El perdón tiene sus raíces en el olvido. El amor hace que no recordemos todo el mal que la gente nos ha hecho. Además el amor espera lo mejor de las personas. Así es el corazón de un verdadero pastor. Algunos de los pastores de nuestra confraternidad me cuentan cosas diferentes sobre lo que hacen los miembros de sus iglesias. Sin embargo, cada uno me dice: Aunque estén haciendo todas estas cosas, tengo la esperanza de que cambiarán.

3:15 - Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. La paz es la novena vestidura que debemos ponernos. Pablo nos dice que dejemos que la paz de Dios nos gobierne el corazón. Debemos ser regidos por la paz y no ser inquietos ni frenéticos. Fundamentalmente la paz tiene dos aspectos: 1. Paz con Dios. Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo (Ro. 5:1). La justificación puede explicarse fácilmente con el ejemplo de una máquina de escribir eléctrica, el lado izquierdo queda perfectamente alineado, pero el derecho queda en desorden, con unos renglones más largos que otros. La máquina impresora puede enderezar la línea del margen derecho renglón por renglón. Este proceso se llama justificación. Eso es lo que Dios hace; Él nos endereza renglón por renglón. A medida que le permitimos a Dios enderezarnos, tenemos paz con Él. Pero si le impedimos enderezar algún área específica, perdemos nuestra paz. Aunque esta paz nos ponga en buenos términos con el Señor, podemos al mismo tiempo estar llenos de otras ansiedades y temores. O sea que necesitamos tanto de la paz con Dios, como de la paz de Dios. 2. La Paz de Dios. Jesucristo dijo: La paz os dejo, mi paz os doy; yo no la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo (Juan 14:27). Tener la paz de Dios no es lo mismo que tener paz con Dios.

Una noche en que mi esposa y yo estábamos en cierta ciudad, yo le pedía al Señor un versículo, y Él me habló: Se aproximan tiempos turbulentos. Por la mañana, las ventanas y paredes de nuestra habitación de hotel, comenzaron a rajarse a causa de un terremoto. Al instante, fue como si una carpa o un toldo nos cubriera y sentimos una inmensa paz. No nos preocupábamos en absoluto porque la paz de Dios nos cubría. La paz de Dios es un nivel de paz superior al de la paz con Dios. Y sed agradecidos. Pablo continúa amonestándonos en el versículo quince, para que seamos agradecidos. La gratitud es la décima vestidura que tenemos que ponernos. Es la décima virtud de la ley de la libertad.

Tenemos que dar gracias en todo (1 Ts. 5:18). Sin embargo, Efesios 5:20 añade que también tenemos que dar gracias a Dios por todo. Este es un nivel más alto de gratitud. Necesitamos especializarnos en ser agradecidos porque cuando le damos gracias al Señor y a los demás, nos purificamos de toda murmuración y queja. Mi esposa me da las gracias por todo lo que hago por ella. Dar gracias es la clave para mantener nuestro pozo libre de obstrucción y es parte integral de la santidad.

3:16 - La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales. En el principio Dios plantó un huerto, colocando en él al hombre y a la mujer. Después de la caída, Dios tuvo que sacarlos del huerto para que no participaran del árbol de la vida. Desde ese entonces, Dios ha procurado plantar un huerto en el corazón de su pueblo, un huerto en el cual Él pueda entrar y caminar. Esto se ve claramente en Cantares 4:12-16, donde Dios compara su esposa con un bello huerto en el que nueve plantas crecen abundantemente. Estas nueve plantas corresponden a los nueve frutos del Espíritu que se mencionan en Gálatas 5:22-23. En Cantares 5:1 el Señor dijo: Yo vine a mi huerto. Aquí vemos una novedosa entrada del Señor en la vida de un creyente, el cual ha permitido que su corazón sea cultivado con esmero para producir los frutos del Espíritu. No sólo se deleita el Señor con los frutos de dicho huerto, sino que además anhela compartirlos con los demás. Y cuál es el origen de esos frutos? Ellos proceden de la fina semilla que se ha sembrado esas ricas y sabias semillas de la palabra de Dios. Por consiguiente, deseamos que la palabra de Dios more rica y abundantemente en nuestros corazones. Debemos poseer la verdad, pero la verdad debe tener su cuna en la sabiduría. Debemos tener sabiduría para saber qué hacer con la verdad. Pablo dice en Efesios 1:8 que Dios ha abundado para con nosotros en toda sabiduría. Dios conoce exactamente la forma de tratarnos. Él sabe cuándo es oportuno hacer algo en nuestras vidas, y cuándo no lo es. Dios quiere que seamos así con los demás. La palabra de Dios debe estar en nuestros corazones, pero en toda sabiduría.

Debemos reconocer el momento propicio para decirle una determinada verdad a alguien, y debemos saber cuándo ello no conviene. La sabiduría nos permitirá saber cuándo debemos instruirnos y amonestarnos entre nosotros mismos con respecto a hablar en el tiempo perfecto del Señor. A veces puede ser dañino discutir con otro un problema de su vida personal. Debemos esperar el tiempo del Señor para tocar ese tema. Pídale al Señor que le indique cómo decir una palabra oportuna (Is. 50:4). Enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales. Tenemos que ministrarnos no sólo los unos a los otros, sino a nosotros mismos. Este es un ejercicio espiritual. En Efesios 5:19 Pablo lo expone bellamente diciendo: Hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones. Tal vez alguien pregunte: Cómo puede un hombre hablar consigo mismo? Tenemos un clásico ejemplo en el Salmo 43:5. Cuando David escribió esto, veinte mil miembros de la tropa israelita lo perseguían comandados por Absalón, mientras él escasamente contaba con cerca de mil

hombres. David habló consigo mismo diciendo: Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios, porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío.

Debemos recordar que tenemos cuerpo, alma y espíritu. El alma es el centro de las emociones y está gobernada por el estado del día, si es bueno o malo. Muchos cristianos son sumamente dominados por el alma. Si el clima de afuera está agradable y soleado, se alegran; pero si está nublado y lluvioso, se deprimen y entristecen. Si nos gobierna el alma, nos gobernarán las circunstancias. El alma de David tenía buenas razones para decaer. Había veinte mil hombres persiguiéndolo, y él sólo contaba con mil. El enemigo lo aventajaba inmensamente en número. Sin embargo, cómo reaccionó David con su alma? Él le habló a su alma y la dominó. Es lo que debemos hacer nosotros. Nuestro espíritu debe tomar las riendas de nuestra alma para que, no mirando las circunstancias, pueda centrarse en Dios y alabarle. Entonces la fe del Hijo de Dios será la que llene nuestro ser, y no la ansiedad y la tristeza. Reside también dentro de nosotros un pozo espiritual. El Señor dijo: El que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna (Juan 4:14). Además, en el viaje que hizo Israel desde Egipto hasta Sion, el Señor les ordenó en Números 21:16-17 excavar un pozo y después cantarles. Entonces cantó Israel este cántico: Sube, oh pozo; a él cantad. De igual manera, tenemos que cantarles a la fuente de agua viva que está en nosotros. El Espíritu Santo debe saltar y burbujear en nosotros. Cómo salta? Salta en nosotros cuando le ministramos con salmos y cánticos espirituales en nuestros corazones. Este es un ejercicio espiritual mediante el cual dominamos el alma y liberamos el Espíritu de Dios en nosotros para alabar y adorar.

No debemos solamente alabar y adorar al Señor en la iglesia, sino también cuando estemos en la casa y en el automóvil. En dondequiera que estemos, debemos cantarles al Señor en nuestros corazones. Que el cántico del Señor brote siempre de nuestros labios.

3:17 - Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él. La vida de santidad continúa en el versículo diecisiete. Todo lo que hacemos debe ser hecho para el Señor. Ya sea que estemos introduciendo un clavo en la pared, barriendo pisos, cocinando, cuidando de alguien; lo que sea, debemos hacerlo para el Señor. Isaías 58:13 dice que no hablemos nuestras propias palabras. Sólo es posible entrar en el verdadero día de reposo cuando hablamos nada más lo que Dios indica. Todo ministerio y todo lo que hacemos, debe ser hecho para el Señor. Si fallamos en este punto, quedaremos descalificados en algún tramo del camino. Debemos examinar nuestras razones, y estar seguros de que sólo perseguimos la honra que viene de Dios y no la de los hombres. El corazón jamás tiene problemas de celos cuando nuestras intenciones son puras. Los celos son fruto de la autoexaltación y de atraer la atención hacia nosotros mismos. Todo ministerio y todo lo que hacemos, debe ser hecho para el Señor

Parte 8

La familia y la vida social 3:18-4:6

Ahora llegamos a la octava parte de Colosenses (3:18-4:6), que trata sobre la vida familiar y social. La iglesia es una colectividad de familias. La misma situación que se dé en el hogar, se dará en la iglesia. Si el Cristianismo no es real en la casa, tampoco lo será en la iglesia. Por consiguiente, la vida familiar es sumamente importante.

3:18 - Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor. Ante todo Pablo habla de la relación entre esposos y esposas. Debemos entender que hay una jerarquía. Primero está Cristo, luego el esposo, y después la esposa. La mujer debe obedecer a su marido y someterse a él en el Señor. Pablo le da categoría al mandato a las mujeres para que se sometan a sus maridos, diciendo: como conviene en el Señor. Como es natural, una esposa no puede obedecer a su esposo si éste le indica cometer algo ilícito, porque ello violaría la ley de Cristo que está por encima de los mandatos de su esposo.

3:19 - Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas. Pablo desarrolla esta verdad en Efesios 5:25 al decir: Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella. El nivel que se le señala al esposo es extraordinario. El Señor le exige al marido cuidar de su mujer como Cristo cuida de su iglesia. Cristo es cabeza de la iglesia, y el marido es cabeza de la mujer (1 Co. 11:3). La cabeza le da al cuerpo dirección y orientación, que es lo que el esposo debe hacer por su esposa. El marido debe ser el proveedor de su mujer, y velar por cada una de sus necesidades cuerpo, alma y espíritu. He conocido ministros a quienes Dios ha dicho que son los responsables del progreso espiritual de sus esposas. Para un marido, este es un nivel muy alto. Por lo cual, si no nos ponemos como meta ser perfectos, jamás lo alcanzaremos. La perfección debe ser el clamor de nuestros corazones, y si estamos casados, debemos clamar al Señor: Hazme un buen esposo y pastor para mi esposa, moldeado según las especificaciones de tu palabra! La esposa fue creada para ser la ayuda idónea de su cónyuge; y los dos tienen que caminar juntos, de la mano. Creo que es muy importante que la mujer pase por las mismas experiencias espirituales del marido porque es la única forma de ser realmente una ayuda idónea. Lo que el esposo desea es alguien con quién compartir lo que está en su corazón, alguien que lo comprenda. Sin embargo, cuando la esposa no ha participado de las mismas experiencias de su esposo, cómo podrá ser solidaria? Una pareja debe caminar unida, como uno solo.

3:20 - Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor. Todo lo que un hijo tiene que hacer es obedecer. El quinto mandamiento nos exige honrar a nuestros padres. Sin embargo, yo añadiría que cuando los mandatos de los padres contradicen los de Dios, los hijos no deben obedecer a sus padres. Por ejemplo, si un muchacho tiene el llamado de Dios para asistir al Instituto Bíblico y sus padres no reciben esto con agrado, él deberá ir de todos modos, porque la

voluntad y la ley de Dios están por encima de la ley de nuestros padres. De haber obedecido a mi padre en todas las cosas, yo no estaría en el ministerio hoy. Mi padre fue un hombre muy piadoso, pero quería que yo cursara una carrera diferente al ministerio. Sin embargo, en el fondo yo sabía que Dios me había llamado al ministerio. Por eso tuve que oponerme a su palabra y obedecer la voluntad de Dios para mi vida. Siempre he honrado a mi padre. Siempre lo he respetado y he hablado bien de él, pero no siempre lo he obedecido. Los hijos deben obedecer siempre a sus padres, salvo cuando las instrucciones de éstos interfieren con la voluntad de Dios (Mt. 10:37-38).

3:21 - Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten. Al tratar con personas, especialmente con niños, una de las cosas que debemos tener en cuenta es no imponerles más de lo que Dios les pide. De hacerlo, con toda seguridad se desalentarán. Esto es sumamente importante cuando tratamos con nuestros propios hijos. No debemos exigir ni esperar de ellos demasiado, porque pueden perder todo el gozo y alejarse de la senda de Dios. El corazón humano se rebela y toma el rumbo contrario, cuando las estipulaciones son demasiado despóticas. 3:22 - Siervos, obedeced en todo a vuestros amos terrenales, no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios. Los ojos de Dios están en todas partes. Él está observando lo que hacemos cuando nadie más nos observa.

Dios nos premia y promueve conforme a nuestra actitud y competencia al ejecutar nuestras tareas. Por eso, todo lo debemos hacer tomando en cuenta que el Señor nos observa siempre. Hay personas que realizan sus labores sólo por servir al ojo. En otras palabras, sólo hacen un buen trabajo cuando los demás los están mirando. Sin embargo, se aflojan cuando nadie los observa, y esto es falta de carácter.

3:23 - Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres. Todo lo debemos hacer de corazón y como para el Señor, no para los hombres. Las actitudes correctas y la fidelidad cuando nadie observa, determinan si vamos a ser promovidos y exaltados a una posición más alta. Si una persona es fiel en lo poco, será fiel en responsabilidades mayores (Lc. 16:10). En los negocios, y prácticamente en cada aspecto de la vida, una persona comienza desde abajo. Si es fiel en barrer los pisos o en otra faena de poca categoría, lo ascenderán a niveles superiores. Pero si es infiel, no será promovido.

3:24 - Sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís. Existe una recompensa o un demérito para todo lo que hacemos. De ahí la necesidad de ser fieles en todo. Uno de los hombres de la historia de la iglesia por quien siento un profundo afecto es el Hermano Lawrence, cuyo deber en el monasterio era lavar platos. Fue tan fiel lavando platos que se convirtió en el confidente de muchos miembros de la nobleza francesa. Por lo tanto, lo que cuenta no es el empleo que tengamos, sino cuán bien lo desempeñamos. Les recomiendo el libro que escribió el Hermano Lawrence bajo el título: Practicando la presencia de Dios. Él practicó la presencia de Dios en la cocina, y Dios lo ascendió

dándole un nombre eterno porque, hasta el día de hoy, su vida y sus obras son altamente apreciadas por los cristianos de todas las denominaciones.

3:25 - Mas el que hace injusticia, recibirá la injusticia que hiciere, porque no hay acepción de personas. Dios no hace acepción de personas. Son muchos los que creen que se van a salir con la suya, pero lamentablemente están en un error. En esta vida uno no se sale con la suya en ningún sentido. He vivido lo suficiente para ver el fin de las personas, y siempre he visto que los que no caminan rectamente acaban pagando por ello. Si nos ponemos en contra de algo que es correcto, Dios toma nota de ello, y al final seremos juzgados.

Cpítulo cuatro

4:1 - Amos, haced lo que es justo y recto con vuestros siervos, sabiendo que también vosotros tenéis un Amo en los cielos. Un versículo que es de mucha importancia para líderes y administradores es lo que el Rey David dijo en 2 Samuel 23:3: Habrá un justo que gobierne entre los hombres, que gobierne en el temor de Dios. Debemos tratar a cada persona con honestidad e imparcialidad. Esto es algo absolutamente necesario en el liderazgo.

En el Ejército británico ningún oficial puede retirarse a dormir hasta que todos los soldados a su cuidado estén en cama. Si están afuera haciendo prácticas, o si están de campamento, los oficiales no pueden acostarse si no han verificado primero que todos sus hombres están cuidados y protegidos. Si ese es el nivel que se le impone al Ejército de Gran Bretaña, cuánto más deberán cuidar el rebaño los líderes de la iglesia?

4:2 - Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias. En otro lugar Pablo dijo; Orad sin cesar (1 Ts. 5:17). Una vez le preguntaron a Charles Spurgeon cuánto tiempo dedicaba a la oración. Él contestó: Nunca oro por más de diez minutos, pero no pasan diez minutos sin que esté orando otra vez. Su vida fue una vida de oración. Debemos entrar en este alto nivel de oración a través del cual estemos constantemente comunicados con el Señor. Ahora Pablo menciona de nuevo el dar gracias. Recordemos que cuando Pablo escribió esta carta, se encontraba en una cárcel romana, y el agradecimiento era su tema constante. El agradecimiento es la clave de la victoria.

4:3-4 - Orando también al mismo tiempo por nosotros, para que el Señor nos abra puerta para la palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Cristo, por el cual también estoy preso, para que lo manifieste como debo hablar. Aquí estaba Pablo en una prisión de Roma pidiéndole a los santos colosenses que oraran por él. Que inmensa humildad de pensamiento tenía Pablo! Les pedía orar para que se le abriera una puerta para predicar. Aunque Pablo era prisionero de Nerón, el emperador romano, le testificó a todo el palacio. Tuvo un enorme impacto sobre la casa del César (Fil. 4:22). Los versículos tres y cuatro se hicieron sumamente reales para mi esposa y para mí cuando estuvimos en Tailandia. En ese país, los

misioneros estaban pasando por momentos muy difíciles. Parecía que ninguna puerta se les abría para ministrar.

Entonces Dios nos dio estos dos versículos y les aconsejamos escribir a las iglesias que los sostenían económicamente, pidiendo oración para que Dios les abriese puerta para predicar la palabra. El Señor contestó esos ruegos y les abrió numerosas puertas ministeriales para que proclamaran el evangelio de Cristo.

4:5 - Andad sabiamente para con los de afuera, redimiendo el tiempo. Es importante que le testifiquemos a los perdidos, pero debemos tener sabiduría para saber cómo testificarles. Muchas veces nuestras vidas son el testigo más poderoso; ellas tienen un impacto que es superior a lo que decimos. Si el Cristianismo es real en nosotros, influenciará a las personas aun sin que les digamos nada. Sin embargo, necesitamos saber cuándo hablar y cuándo permanecer callados. Redimiendo el tiempo. La vida es muy corta. Sólo tenemos un escaso período de tiempo para hacer todo lo que Dios nos ha llamado a hacer. Por lo tanto, debemos eliminar de nuestro programa lo irrelevante aquello que realmente no tiene importancia para el Señor. Necesitamos redimir el tiempo y hacer que cada minuto cuente (ver Sal. 90:12, Ef. 5:16).

4:6 - Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno. Nuestras palabras siempre deben ser con gracia. El Señor siempre habló con palabras de gracia tanto así que las multitudes se maravillaban (Lc. 4:22). El poder de la vida y de la muerte están en la lengua (Pr. 18:21). Por consiguiente, la vida de Dios debe fluir de nuestros labios.

Seremos puestos en situaciones en donde la gente nos desafiará con distintos temas, y se nos preguntará en qué creemos y por qué. En ese momento, necesitamos sabiduría de Dios para conocer la respuesta precisa que debemos dar, de modo que Dios la pueda ungir y utilizar para influenciar sus vidas. El poder de la vida y de la muerte están en la lengua. por consiguiente, la vida de Dios debe fluir de nuestros labios

Parte 9

Noticias personales 4:7-18

4:7 - Todo lo que a mí se refiere, os lo hará saber Tíquico ³⁰, amado hermano y fiel ministro y conservo en el Señor. Ahora Pablo menciona a Tíquico y dice tres cosas

³⁰ Tíquico nació en Siria, Asia Menor. Es un cristiano, tal vez de origen gentil, que junto con Trófimo representó a las iglesias de Asia cuando se entregaron los donativos de éstas para la Iglesia de Jerusalén (Act 20:4). Estuvo con Pablo en Roma en ocasión del primer encarcelamiento del apóstol, y fue el portador de las cartas a los Colosenses y a los Efesios (Col 4:7; Eph 6:21), a quienes se anunció que Tíquico podía proporcionarles información adicional con respecto a la condición del apóstol. Probablemente fue él a quien éste envió a Creta (Tit. 3:12); más tarde fue comisionado a Efeso (2 Tit 4:12). Pablo se refiere a él diciendo que era "amado hermano y fiel ministro y conservo en el Señor" (Col 4:7). (Diccionario Bíblico Digital)

maravillosas acerca de él en el versículo siete. Dice que es un amado hermano. Hay hermanos en Cristo que no merecen el adjetivo de amados. Tíquico era también un fiel ministro y consero en el Señor. Necesitamos codiciar estos tres atributos para nuestras propias vidas. Efesios, Colosenses y Filemón fueron cartas escritas en la misma época, entregadas por Tíquico a sus destinatarios.

4:8 - El cual he enviado a vosotros para esto mismo, para que conozca lo que a vosotros se refiere, y conforte vuestros corazones. Cuando Pablo hizo esta carta, Tíquico fue su escribiente y se la entregó a la iglesia colosense. Pablo no podía estar siempre viajando, especialmente ahora que estaba preso en Roma. Por consiguiente, enviaba personas de su confianza a las diferentes iglesias, y éstas a su regreso, le daban un informe sobre el estado de aquellas congregaciones.

4:9 - Con Onésimo, amado y fiel hermano, que es uno de vosotros. Todo lo que acá pasa, os lo harán saber. A menudo Pablo enviaba personas en parejas. Onésimo iría con Tíquico a Colosas. Onésimo era de la ciudad de Colosas. De ahí que Pablo dijera que Onésimo era uno de ellos.

4:10 - Aristarco, mi compañero de prisiones, os saluda, y Marcos el sobrino de Bernabé, acerca del cual habéis recibido mandamientos; si fuere a vosotros, recibidle. Aristarco estaba preso con el apóstol Pablo. O sea que Pablo evidentemente no estaba solo en prisión. El Marcos que se menciona aquí, es Juan Marcos, el que tristemente les había fallado antes (Hechos 13:13), pero cuya comunión con ellos había sido restaurada. Él era pariente de Bernabé. Nosotros debemos orar por los que fallan siendo jóvenes (por lo general se debe a la inmadurez), para que puedan levantarse por encima de su fracaso y triunfen en Dios.

4:11 - Y Jesús, llamado Justo; que son los únicos de la circuncisión que me ayudan en el reino de Dios, y han sido para mí un consuelo. En la época neotestamentaria, Jesús era un nombre muy popular. Muchos cristianos que se llamaban Jesús se cambiaban ese nombre a otro después de venir a Cristo. Jesús, llamado Justo, era uno de la circuncisión. En otras palabras, era judío. El ministerio de Pedro era en primer lugar hacia la circuncisión, o sea hacia los judíos (Gá. 2:7-8).

4:12 - Os saluda Epafra, el cual es uno de vosotros, siervo de Cristo, siempre rogando encarecidamente por vosotros en sus oraciones, para que estéis firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere. Epafra era el fundador de la iglesia colosense. Epafra quiere decir el fiel. Epafra era conocido como el siervo orador. Qué inmenso ministerio tenía! Pablo le llama labor al ministerio de la oración. Orar es trabajo pesado. Qué maravilloso es cuando Dios levanta personas en nuestras iglesias, que oran para que nosotros nos mantengamos perfectos en toda la voluntad de Dios.

4:13 - Porque de él doy testimonio de que tiene gran solicitud por vosotros, y por los que están en Laodicea, y los que están en Hierápolis. Epafra tenía un gran amor y

entusiasmo por los creyentes de Colosas. Como ya lo mencionamos, Laodicea y Hierápolis eran ciudades vecinas.

4:14 - Os saluda Lucas el médico amado, y Demas. Lucas, el médico amado, había acompañado a Pablo en su viaje a Roma. Lucas no sólo era médico, también era un competente historiador, autor tanto del evangelio que lleva su nombre, como del libro de los Hechos de los Apóstoles, que reseña gran parte de la vida de Pablo. Lucas estuvo con el apóstol en muchos de sus viajes y los dos mantenían una relación muy estrecha. Cuán enorme privilegio fue el de Lucas, que estuvo cerca del apóstol Pablo, un gran hombre de Dios. Luego Pablo habla de Demas, otro camarada que le acompañaba mientras se escribía la epístola colosense. Pablo estuvo en una prisión romana durante dos años, desde el año 61 D.C. hasta el año 63 D.C. Fue en este período que le escribió a la iglesia de Colosas. Después fue puesto en libertad en el mes de enero del año 63 D.C. y estuvo libre por cuatro años, hasta que en el año 67 D.C. lo encarcelaron nuevamente. Fue entonces que escribió su segunda epístola a Timoteo. Pablo fue ejecutado poco después en mayo o junio del año 68 D.C. Por lo tanto, no pudo haber pasado un lapso superior a los seis años, entre la escritura de la epístola colosense y la segunda epístola que Pablo escribió a Timoteo. Demas, sólo seis años antes, había sido encontrado digno de mencionar en las Sagradas Escrituras. Sin embargo, después leemos en 2 Timoteo 4:10: Demas me ha desamparado, amando este mundo, y se ha ido a Tesalónica. Se puede usted imaginar la unción que estaba sobre el apóstol Pablo, y lo que significaba estar en su presencia? Todo el que tenía contacto con él debió ser influenciado por esa unción. Demas tuvo el enorme privilegio de estar con el apóstol. Sin embargo, un corto tiempo después, abandonó a Pablo por amar este mundo presente. Había tenido una oportunidad de oro, pero la tomó a la ligera. Esta es una advertencia impresionante para nosotros, para que tengamos en alta estima las bendiciones de Dios y las personas que tienen una estrecha relación con Él. Busquemos siempre ser leales, y fieles hasta el fin, a nuestros piadosos padres y madres espirituales.

4:15 - Saludad a los hermanos que están en Laodicea, y a Ninfas y a la iglesia que está en su casa. Pablo hace un saludo general a los hermanos de Laodicea y a Ninfas, el cual tenía una iglesia en su casa. Esto se acostumbraba en la época neotestamentaria. Se cree que Ninfas es Filemón, quien también tenía una iglesia en su casa (Flm. 1:1-2).

4:16 - Cuando esta carta haya sido leída entre vosotros, haced que también se lea en la iglesia de los laodicenses, y que la de Laodicea la leáis también vosotros. Pablo dio instrucciones para que esta epístola a los colosenses se leyera en Laodicea, indicándoles leer la que les envió a los laodicenses. Evidentemente Pablo escribió muchas cartas a las diferentes iglesias. En la sabiduría de Dios, algunas cartas han sido conservadas para nosotros en el canon de las Escrituras, mientras que otras no. La carta de Pablo a los laodicenses no se conserva para nosotros el día de hoy. Sin embargo, sí tenemos un registro de lo que Cristo le dijo a la iglesia de Laodicea en el libro de Apocalipsis (Ap. 3:14-22).

4:17 - Decid a Arquipo: Mira que cumplas el ministerio que recibiste en el Señor. He aquí un hombre que había recibido un ministerio de parte del Señor. Había sido llamado y escogido por Dios, pero estaba siendo descuidado con el supremo llamamiento que Dios le había hecho. Cuidemos de cumplir todo lo que el Señor nos ha llamado a hacer. Pablo le hizo a Arquipo esta amonestación personal, la cual quedó registrada para siempre porque Arquipo no estaba cumpliendo su ministerio. Debemos ser fieles a nuestro llamado y ministerio para poder oír las palabras: Bien, buen siervo y fiel...entra en el gozo de tu Señor (Mt. 25:21). 4:18 - La salutación de mi propia mano, de Pablo. Acordaos de mis prisiones. La gracia sea con vosotros.

Amén. Pablo escribió él mismo este último versículo. Él clama a los creyentes colosenses para que se acuerden de sus cadenas y su juicio; estaba suplicando sus oraciones. Oh, cuánto necesitamos orar por los que están atravesando dificultades! Él finaliza deseándoles la gracia del Señor. Cuán victoriosa es esta epístola, pese a que la escribió un encarcelado! Pablo estaba soportando toda clase de vicisitudes y abandono, pero en Cristo Jesús tenía una gran victoria. Esta es una epístola maravillosa y yo le animo a que la lea y medite en ella con frecuencia; porque nos muestra el camino a la santidad y a la victoria en Jesús. Amén. Oh, cuánto necesitamos orar por los que están atravesando dificultades!

Santidad y virtudes esenciales de la vida cristiana

Viene ahora el artículo de José Orlando Reyes Fonseca ³¹ (2008) sobre el tema del rubro.

Introducción

“Porque esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación.” (1Ts 4,3a)

La santidad y las virtudes esenciales de la vida cristiana no son exclusivas en lo relacionado a la persona y misión de María, sino sobre todo en lo que atañe a la totalidad de la vida del creyente.

Esta reflexión se desarrolla en tres momentos articulados entre sí: el primero, propende por una breve mirada bíblico-teológica al sentido de la santidad, que permite constatar una máxima cristiana: Dios es el “Santo” por excelencia y su hijo Jesús, la revelación plena de su santidad, santidad a la cual está llamado a participar todo cristiano; el segundo, intenta dar algunas intuiciones sugerentes para la comprensión de la fe, el amor y la esperanza, como virtudes esenciales de la vida cristiana; y el tercero, propone a María, mujer, madre, discípula y misionera, desde la perspectiva de la fe, el amor y la esperanza, y desde esta perspectiva, convocados por María, a la construcción permanente de una sociedad incluyente y participativa, es decir, humanizante, liberadora y justa; porque “María es el templo,

³¹ José Orlando Reyes Fonseca es Licenciado y Magíster en Teología por la Pontificia Universidad Javeriana; Especialista en Docencia Universitaria, Universidad del Bosque; Maestro en Educación, Pontificia Universidad Javeriana; profesor asistente de la Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana. (Wikipedia)

el santuario, la morada de Dios, donde el Señor puede ser encontrado, celebrado y amado”.

1 Una mirada bíblico-teológica a la santidad

Una mirada básica a la santidad implica recurrir, necesariamente, a algunos textos veterotestamentarios y neotestamentarios. Esto, con el fin de comprender la santidad desde la perspectiva bíblico-teológica, ya que ella se encuentra enraizada en la experiencia de la fe del pueblo de Israel y en la fe pospascual de la comunidad cristiana primitiva. Se presenta el legado generacional de la santidad como expresión del acontecer de la divinidad al interior de la persona que se abre a la acción transformadora del Espíritu del Resucitado, y que lo pone en funcionamiento a través de su actitud de servicio.

Santidad y experiencia creyente

Las diversas expresiones religiosas cristianas y no cristianas permiten constatar que la santidad es un eje dinamizador de la experiencia de fe; y a su vez, tiene diversas connotaciones. Por ejemplo, ...en el mundo semítico, y en particular en el cananeo, la santidad expresa ante todo y fundamentalmente, la noción de una misteriosa potencia que está relacionada con el mundo divino y que es también inherente a personas, instituciones y objetos particulares.

Al ser la santidad no sólo un concepto sino una experiencia equívoca, deja entrever su complejidad a la hora de ser abordada, ya que implica por sí misma lo sagrado en contraposición de lo profano, y más aún, su relación con el mundo de lo cultural.

Israel, el pueblo de la Biblia, conocedor de esta concepción cananea, no la asume sino que le da una nueva significación a las expresiones “santo” (adjetivo), “santidad” (sustantivo) y “santificar” (verbo) desde una misma raíz semítica qds – santo–, y las convierte en categorías fundamentales en la comprensión de la revelación bíblica.

De ahí que en este espacio académico sea una necesidad realizar –al menos someramente– un acercamiento a los aspectos bíblicos más revelantes en relación con el adjetivo “santo” y el sustantivo “santidad”.

Para tal fin, se retoman los aportes de G. Odasso, provenientes tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, para la comprensión de las categorías “santo” y “santidad”.

Antiguo Testamento: Santo es por excelencia Yahvéh

En todo el Antiguo Testamento, “santo” es un término que sólo puede aplicarse de modo absoluto y total a Yahvéh, Dios del éxodo y de la alianza, pues designa la dimensión inefable de su misterio absoluto. Sólo Dios es “santo” (cfr. Os 11,9; Am 4,2: el señor jura por su santidad, es decir, por sí mismo).

Para Oseas, la santidad de Dios consiste en su mismo amor: amor de Padre que libera a su pueblo y le enseña a andar (cfr. Os 11,1-4); amor de esposo, que perdona

y renueva a su esposa, para que pueda vivir en la experiencia de su salvación, y por tanto, en la comunión de su alianza (cfr. Os 2,16.21-25). En este contexto, la santidad divina aparece como la fuente de la misericordia perenne que renueva y transforma la vida de Israel como pueblo del éxodo y de la alianza.

Así también lo es para Isaías. Yahvéh es “santo”: “santo, santo, santo” (Is 6,3), lo cual significa que la santidad constituye la dimensión típica y absoluta del ser de Dios. Dado lo anterior, se puede afirmar que “santo” indica a Dios en cuanto Dios que salva. De ahí la expresión “santo de Israel” que recoge Isaías (cfr. Is 1,4; 10,20; 12,6; 30,11-12; 43,3.14; 49,7; 60,14; 2R 19,22; Jr 50,29) para poner de manifiesto, en profunda sintonía la tradición del éxodo y de la alianza, el misterio de Yahvéh, que justamente en cuanto Dios se comunica y se manifiesta al hombre para hacerlo partícipe de su vida y, de algún modo, de su mismo ser.

Este aspecto se recoge al reconocer al “santo de Israel” como el único Dios, el único salvador que realiza el nuevo éxodo (cfr. Is 43,3-5.16-21), así como el creador de su pueblo, el que ama con amor fiel (cfr. Dt 7,9) y ternura sponsal (cfr. Is 54,4-10; Os 2,21-25); el que con su perdón misericordioso manifiesta el camino del verdadero éxodo en la alegría y en la paz (cfr. Is 55,5-12^a).

Esta significación profunda que adquiere el término “santo” no sólo la testimonian los textos proféticos, sino también otros, como el Salmo 99, 3: “Alaben tu nombre, grande y terrible: Él es santo.” O Ezequiel 36,23: “Yo santificaré mi gran nombre profanado entre las naciones.”

Lo anterior permite deducir que la confesión de Yahvéh como “santo” orienta la fe hacia la dimensión más íntima e inefable del misterio divino, para descubrir de esta manera el sentido último de la revelación de Dios, y por tanto, de su presencia salvífica.

Además, la comprensión de la realidad de Dios como “santo” trae sus consecuencias para el mismo pueblo; esto es, el pueblo comprende, pero a su vez asume a Dios como el distinto, el diferente, el separado y el totalmente Otro. En el mismo Dios está el modelo formal de santidad: “Santo es sólo lo que Dios ha separado, pues su misma santidad consiste en estar separado de lo profano.”⁶

De ahí que cuando los objetos, lugares y personas se hacen santos, se separan para Dios y merecen un trato diferente, que se vive en la práctica en la división de lo sagrado y lo profano, ya sea en el ámbito cultural como en la cotidianidad de la vida.

Es de advertir, entonces, que el término “santo” también es atribuido por extensión a objetos y lugares, a Israel, un pueblo santo, así como a personas, y a tiempos de la fiesta.

Objetos y lugares. Son denominados “santos” estos objetos porque al ser destinados al culto de Yahvéh se convierten en un signo o un memorial de la santidad divina que obra salvíficamente para su pueblo. Así, el arca es santa porque es el símbolo de la presencia de Dios (cfr. Ex 25,20-22; 1S 6,20).

Santo también es llamado el templo, no en cuanto edificación humana, sino en cuanto expresión de la presencia salvífica del Señor (cfr. Ex 25,8; Sal 11,4; Ha 2,20),

que da su bendición (cfr. Sal 118,26), su Palabra (cfr. Sal 60,8) y su ayuda (cfr. Sal 20,3), escuchando y oyendo la oración de su pueblo (cfr. 1R 8,30-40). Santas son las ofrendas sacrificiales (cfr. Lv 6,1ss; 8,31ss; 14,13), porque el sacrificio en sus múltiples formas es signo del hombre, que al aceptar el don divino de la reconciliación llega a la comunión con el Señor (cfr. Ex 19,4); y dentro del templo, el altar también es llamado santo (cfr. Ex 29,36).

Israel, un pueblo santo. A Israel se le llama pueblo santo del Señor: “Tú eres un pueblo consagrado –santo– a Yahvéh tu Dios” (Dt 7,6; cfr. 14,2.21; 26,19; 28,9). La santidad de Israel únicamente se puede entender como participación en la santidad divina, y por tanto, de su ser, de su vida y de su amor, y todo por propia iniciativa de Dios.

Ser “pueblo santo” implica para Israel un compromiso de caminar por las sendas de Dios observando su Ley (cfr. Dt 26,17-19). Por ende, la vida moral del pueblo aparece en este contexto como expresión de la santidad misma de Dios, según se recoge categóricamente en la Ley de santidad: “Yahvéh le dijo a Moisés: Di a toda la comunidad de los israelitas: Sed santos, porque yo, Yahvéh, vuestro Dios, soy Santo.” (Lv 19,1-2)

Personas. De igual forma, por extensión, el término “santo” está relacionado con personas, en particular, los sacerdotes, entendidos en esta perspectiva como signos de la santidad del Señor, que santifica a todo el pueblo (cfr. Ex 28,36-38; Gn 49,26; Dt 33,16; Jc 13,5-7.14; 16,17; 1S 1,11; Nm 6,5-8).

Al tiempo. Finalmente, la santidad es atribuida al tiempo de la fiesta, en cuanto representa al hoy en el cual el Señor convoca a su pueblo, y éste, en la celebración, renueva el memorial del Éxodo para actualizarlo en la vida de fe y de fidelidad a la alianza (cfr. Dt 29,3).

Ahora bien, es de anotar que la fiesta –en cuanto tiempo santo– conlleva un compromiso con el otro y alcanza su máxima expresión ideal en el jubileo: “Declararéis santo el año cincuenta, y proclamaréis por el país la liberación para todos los habitantes. Será para vosotros un jubileo; cada uno recobrará su propiedad, y cada cual regresará a su familia” (Lv 25,10). El tiempo santo es, en definitiva, el día en el cual se realiza el éxodo salvífico del Señor y se renueva la comunión con él, Dios vivo, en la experiencia de su amor y de su misericordia (cfr. Is 61,10-11).

En conclusión, todo aquello que por extensión es llamado “santo” se debe leer con la clara conciencia de que el Señor es el único “santo”, y debe dar paso a la comprensión del misterio de Dios como amor que se comunica haciéndose continuamente “presencia” de salvación en la historia de su pueblo.

Nuevo Testamento: Jesús revelador de la santidad de Dios Padre

En relación con el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento presenta una nueva significación en torno de la santidad, y permite su comprensión plena a la luz de la experiencia postpascual.

El vínculo importante con el Antiguo Testamento radica en la continuidad del reconocimiento de Dios como “santo”: “Santo, Santo, Santo, Señor, Dios todopoderoso. Aquél que era, que es y que va a venir” (Ap 4,8).

En el Nuevo Testamento Dios es el “Padre Santo” (Jn 17,11) que revela su gloria en la cruz y resurrección de su propio hijo. Bajo este aspecto, la santidad de Dios se presenta como el fundamento de la vocación cristiana y la motivación de su vida renovada: “Más bien, así como el que os ha llamado es santo, así también vosotros sed santos en toda vuestra conducta” (1P 1,15-16).

La santidad de Dios se ha concretizado en la persona misma de su hijo, porque él lo ha revelado: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14,9b). Además, en Lucas, Jesús continúa diciendo: “Mi Padre me lo ha entregado todo, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Lc 10,22). Y más adelante, en el texto a los hebreos, insiste en la interacción de Dios con la humanidad y cómo de manera particular se hace pleno en la persona de su hijo Jesús: “Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo el universo” (Hb 1,1-2). Lo anterior lleva a una afirmación teológica, asumida por la experiencia cristiana: Jesús es la plenitud de la revelación de Dios.

Ahora bien, si Dios Padre le ha “entregado todo” a Jesús y éste lo ha manifestado a través de su obrar, también se puede llegar a afirmar que Dios lo hace partícipe de su santidad: “Por eso, el que ha de nacer será santo y se le llamará Hijo de Dios” (Lc 1,35b; cfr. 1Jn 2,20).

La santidad de Jesús fue comprendida, asumida, testimoniada y puesta por escrito por los primeros cristianos, hasta el punto de que permiten caracterizarla, al menos en este espacio, como vocación personal y comunitaria, pero al mismo tiempo, como realidad que se expresa en el servicio, y certeza de hacer a través de ella la voluntad de Dios.

Quien ha hecho una opción por Jesús, está llamado a la santidad. Ser santo es una vocación (cfr. Rm 1,4; 1Co 1,2), y por tanto, toda la existencia del creyente se debe leer con la clara conciencia de ser elegidos “para ser santos e inmaculados” (Ef 1,4), y para ser “hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad” (Ef 1,5).

Dicha vocación es personal en cuanto es propia de cada uno, en el marco del plan salvífico de Dios; pero se vive en comunidad, ámbito privilegiado de la santidad. Sólo en la experiencia con el otro cobra sentido la vocación común a la santidad.

La vocación comunitaria se exterioriza en el servicio, porque al seguir el ejemplo de Jesucristo (cfr. Mt 20,28), el creyente no espera ser servido sino principalmente servir con generosidad y gratuidad a los demás.

Si la santidad se caracteriza por ser vocación personal y comunitaria en actitud de servicio, ella es respuesta a la voluntad de Dios, tal como lo refiere Pablo a la comunidad de Tesalónica: “Porque esta es la voluntad de Dios: vuestra

santificación” (1Ts 4,3a)9 y “el que hace la voluntad de Dios vive para siempre” (1 Jn 2,17).

El creyente esta llamado a comprender y a asumir la santidad como expresión de la voluntad de Dios, y la voluntad de Dios se capta en su revelación, entendida ésta en los siguientes términos: ...el encuentro de Dios con el hombre en la estructura de la existencia humana cuando el hombre pone en marcha su propia existencia: experimentando, conociendo, juzgando, deseando, decidiendo, actuando. O sea, desplegando el propio conocimiento. Esos seis actos son la interpretación en la vida cotidiana de la posición de Dios, o acción creadora de Dios = voluntad de Dios.

Esto lleva a pensar que la voluntad de Dios es su acción creadora. Por eso, captar la revelación de Dios es sentir su acción creadora, que hace hombres nuevos desde dentro, al generar en ellos la actitud de asumir la santidad no como el fin último sino como el comienzo de un proceso de divinización, lo cual no quiere decir que se llegue a ser Dios; y eso lo logra el sujeto experimentando, conociendo, juzgando, deseando, decidiendo, actuando y desplegando su conocimiento desde lo propio de Dios, es decir, el servicio, “pues no nos llamó Dios a la impureza, sino a la santidad” (1Ts 4,3-8). Esto lo ha promulgado la Iglesia a lo largo de la historia y hoy se convierte nuevamente en una llamada universal a la santidad (cfr. *Lumen Gentium*, Nos. 39-42).

La santidad es en sí misma expresión del acontecer de la divinidad al interior de la persona que se abre a la acción transformadora del Espíritu del Resucitado. En otras palabras, consiste en concretar, poner en práctica la plenitud del amor de Dios con actitud de servicio hacia el otro, en particular, hacia el excluido y marginado del escenario histórico de su propia realización humana.

Fe, amor y esperanza: virtudes esenciales de la existencia cristiana

Desde lo etimológico, la virtud (del latín *Virtus-utis*) se entiende como fuerza, vigor o valor. Inicialmente, una virtud es la fuerza, vigor o valor con la que cuenta el hombre para sortear cualquier situación propia de su condición humana.

Ya en el plano de lo religioso, la virtud tiene más en relación con el hábito de ciertas prácticas conducentes a obtener un “alto grado de santidad”, o al menos disposición para la experiencia con lo divino. En nuestro caso, la virtud está marcada por su acento cristiano. Por eso, una virtud cristiana es acogida, apertura, docilidad y fidelidad a la voluntad divina, y se logra en la medida en que se va asumiendo en serio el encuentro pleno, total y radical con el espíritu del Resucitado. Esto implica disposición humana y acción divina al interior de la persona, porque la virtud es don, gratuidad y generosidad por parte de Dios, que en su libertad “obra todo en todos” (1Co 12,6b).

La Biblia, tan rica en indicaciones concretas y en descripciones de actitudes virtuosas, carece de una terminología que exponga la noción universal contenida en la palabra “virtud”.

Para la experiencia cristiana las virtudes son múltiples, pero a lo largo de su historia ha resaltado de manera particular tres: fe, amor y esperanza, en las que ve recogida y expresada la esencia de ser cristiano.

La fe, tal cual es presentada en el Antiguo Testamento, relaciona dos realidades: la promesa-cumplida y la fidelidad de Dios a esa promesa (cfr. Gn 15,6). En consecuencia, Dios es para Israel el Dios fiel a la promesa y a la alianza (cfr. 1S 25,28; 2S 23,5; 1Cro 17,23; 2Cro 1,9; 6,17). Por esto, la fe es la fidelidad a las promesas de Dios, como es el caso de Abrahán y Moisés, por citar sólo dos de ellos: “Abrahán fue padre de pueblos numerosos; no manchó su honor. Cumplió las órdenes del altísimo e hizo una alianza. En su propio cuerpo marcó la señal de la alianza, y cuando Dios lo puso a prueba, se mostró fiel” (Si 44, 19-20), “Moisés... Por ser fiel y humilde, Dios lo escogió entre los demás hombres” (Si 45, 4).

Para el Nuevo Testamento, la fe es el resultado del encuentro con Jesús, el crucificado, muerto y glorificado (cfr. 1Co 15, 4). La resurrección de Jesús se convirtió en el centro de la vida cristiana: “Y si Cristo no resucitó, el mensaje que predicamos no vale nada, ni tampoco vale para nada la fe que ustedes tienen” (cfr. 1Co 15, 14).

Además, Pablo tiene conciencia de que la fe proviene de Dios y no de los hombres (cfr. 1Co 2,5), y de que es el resultado de un proceso de madurez (cfr. 1Co 2,6) de quienes han seguido y reconocido a Jesús como el camino (cfr. Jn 14,6); camino que los hace discípulos (cfr. Hch 9,1-43) porque han pasado de la información (cfr. Hch 24,22) somera del camino, a la formación en el camino (cfr. Hch 18,25), de la formación a la profundización en el camino (cfr. Hch 18,26) y de la profundización a un encuentro radical con el camino: Jesucristo (cfr. Hch 9,27).

Por eso, la fe es la respuesta libre y voluntaria que da la persona después de haberse encontrado desde sí mismo con el espíritu del Resucitado; pero también es un don, un regalo de Dios y se funda en él: “Para que vuestra fe se fundase, no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios” (1Co 2,5).

La fe y el amor son realidades inseparables. De ahí que Pablo recuerde que la fe actúa por el amor (cfr. Ga 5,6b). Además, la primera de Pedro acentúa la práctica de un amor sincero y puro: “Habéis purificado vuestras almas, obedeciendo a la verdad, para amaros los unos a los otros sinceramente como hermanos. Amaos intensamente unos a otros con corazón puro” (1P 1,22).

El abordaje de la realidad del amor implica establecer con claridad la relación del amor de Dios al hombre, el amor del hombre a Dios y el amor del hombre al hombre.

El amor de Dios al hombre se ha concretado en manifestaciones históricas que se caracterizan fundamentalmente por su fidelidad: “Yahvéh os ama y es fiel al juramento que hizo a vuestros padres” (cfr. Dt 7,7; Jr 12,7- 9; Is 54,5-8; Os 11,1). Además, el amor de Yahvéh es misericordioso en cuanto salva y perdona (cfr. Dt 23,5; Is 43,25; Sal 86,5; Is 63,9; Os 14,4; 11-7-9). Ya en el Nuevo Testamento, el amor de Dios al hombre se concreta en su hijo Jesús, quien en, por y para el amor revela el rostro de Dios-amor.

Diversos pasajes bíblicos muestran el amor del hombre hacia Dios, que es respuesta a diversas circunstancias históricas vividas y asumidas por el mismo hombre: “Amo a Yahvéh, porque ha oído mi voz y mis súplicas” (Sal 116,1). Amar a Dios es servirlo, es guardar sus mandamientos (cfr. Ex 20,6; Dt 5,10; 7,9; 11,1; 1R 3,3; Dn 9,4). También en el Nuevo Testamento el amor del hombre a Dios es una

respuesta al amor liberador de Dios, manifestado en su hijo Jesús, porque su amor se expresa en acogida y en perdón, en sanación y en liberación, en fortalecer al desvalido y en reestablecer la dignidad a las viudas y huérfanos.

El amor de Dios a los hombres: “Él ama, y este amor suyo puede ser calificado sin duda como eros que, no obstante, es también totalmente ágape”; y el amor de los hombres hacia Dios no tiene sentido si no hay amor al prójimo. Esto ya es muy claro en el Antiguo Testamento: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lv 19,17); pero también se incluye el amor al enemigo (cfr. Ex 23,4) y al forastero (cfr. Ex 23,9). De igual manera, Jesús en el Nuevo Testamento, hace suyos los dos mandamientos principales: “Amar a Dios y al prójimo” (cfr. Mc 12,28; Mt 22,34; Lc 10,25-27).

En pocas palabras, el amor al prójimo se traduce como servicio a Dios en una obediencia renovada a su voluntad, de servicio al hombre, principalmente en la ayuda inmediata cuando la ocasión se presenta (cfr. Lc 10,29ss); de igual forma, Jesús insiste en el amor a los enemigos y a los forasteros. La radicalidad del amor hacia el “otro” no se limita a las meras palabras sino se debe convertir en hechos concretos: Conocemos lo que es el amor porque Jesucristo dio su vida por nosotros; así también, nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos. Pues si uno es rico y ve que su hermano necesita ayuda, pero no se la da, ¿cómo puede tener amor de Dios en su corazón? Hijitos míos, que nuestro amor no sea solamente de palabra, sino que se demuestre con hechos. (1Jn 3,16-18)

De ahí que el obrar cristiano “se cualifica y encuentra su centro en el ágape, es decir, en una donación sincera, intensa, perseverante y acogedora, entendida bien como participación en el amor de Dios, bien como seguimiento de la persona de Cristo, que se mostró como caridad viva en sus gestos consignados en el Evangelio (Jn 13,15; 1 Co 11,1; Ef 4,32-52; 1P 2,1)”.

La Biblia no conoce una fe sin amor, porque no es posible una fe en Dios –que es la fuente del amor (cfr. 1Jn 4,7)– sin amar al otro, imagen y semejanza de Dios; y no es posible amar al prójimo sin esperar para él y con él aquello que se espera. Y esto implica que la esperanza sea operante por el amor, porque amar ...no es simplemente reaccionar con benevolencia a lo ya dado, sino re-crear, hacer nueva la situación de los hombres, teniendo en cuenta las causas concretas de deshumanización de lo ya dado. A los deshumanizados por ser objeto pasivo de la opresión, devolviéndole la dignidad, la esperanza y las condiciones humanas de vida. A los deshumanizados por ser sujetos activos de la opresión, exigiéndoles la conversión que les devuelva su dignidad perdida.

La fe en Jesucristo, el crucificado, glorioso y exaltado, nacido de una mujer al llegar la plenitud de los tiempos (cfr. Ga 4,4), y el amor al otro, no sólo permite al creyente reconocerse como hijo en el Hijo, sino también le proporciona la esperanza de participar de la herencia y de la gloria de Dios, tal como lo refieren los siguientes textos: “De modo que ya no eres esclavo, sino hijo de Dios; y si hijo, también heredero por voluntad de Dios” (Ga 4,7). “Por quien hemos obtenido también, mediante la fe, el acceso a esta gracia en el cual nos hallamos, y nos glorificamos en la esperanza de la gloria de Dios” (Rm 5,2).

Ser “herederos” de Dios y partícipes de su gloria es también otra realidad dinamizadora de la experiencia cristiana. Porque para poder vivir es necesario un porvenir, por más incierto y sombrío que a veces sea. Pero tener un porvenir es tener una esperanza. La esperanza pertenece a la vida. Lo que aún no existe, condiciona en amplia escala lo que está sucediendo. Así, las cosas que se esperan y cómo se esperan constituyen una parte de lo que se es.

Para la Biblia, la esperanza siempre será buena y favorable. Esperar es aprehender en la fe una promesa de vida y de salvación. Tener una esperanza es tener un porvenir que, si bien puede traer consigo tribulaciones, siempre será bueno: “Sólo que esperar lo que ya se está viendo no es esperanza, pues, ¿quién espera lo que ya está viendo?”

Lo específico de la esperanza bíblica consiste en que no depende del hombre sino de Dios, pero no se realiza sin él (cfr. Jr 17,5; Job 31,24; 11,20; Ez 33,13; Jr 7,4). La esperanza es un don de Dios, y él la ofrece a pesar de toda desesperanza humana (cfr. Rm 4,18), porque es su garante: “Y esta esperanza no nos defrauda, porque Dios ha llenado con su amor nuestro corazón por medio del Espíritu Santo que nos ha dado” (Rm 5,5).

Hay que recordar que tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento la esperanza es en sí la misma; lo que es diferente es quizás la situación particular de cada uno respecto de la única esperanza.

El Antiguo Testamento espera de aquel que ha de venir. Ahí la esperanza es, de modo general, la espera llena de confianza en la protección y bendición de Yahvéh garantizada por las promesas de la alianza, en estrecha vinculación con la fe. Por su parte, el Nuevo Testamento espera de aquel que ha venido y que volverá.

Por eso, el tiempo de la esperanza siempre es también tiempo de vigilia (cfr. Mc 13,33-37). La espera vigilante del creyente se vive, celebra y actualiza en comunidad, como espacio privilegiado de la esperanza. Porque la promesa ha sido hecha a todo el pueblo de Dios, a toda la Iglesia, incluso a la creación entera. La vida cristiana es el ejercicio de una esperanza y de una vigilancia compartida.

En definitiva, la esperanza cristiana es ...componente esencial de ese todo que se llama Evangelio, cuya realidad histórica es la existencia cristiana en la comunidad, es un don, que consiste en el Resucitado mismo dándonos por su Espíritu y que nos hace capaces de superar con paciencia toda resistencia que se oponga a nuestra autotranscendencia o al amor incondicional al “otro”.

La fe, el amor y la esperanza son inseparables: no se da una sin la otra, porque es en la fe donde la esperanza encuentra su seguridad: “Tener fe es tener la plena seguridad de recibir lo que se espera” (Hb 11,1); y en la esperanza es donde la fe encuentra su alegría y su paz: “Que Dios, que da esperanza, los llene de alegría y paz a ustedes que tienen fe en él, y les dé abundante esperanza por el poder del Espíritu Santo” (Rm 15,13). Entre la fe la esperanza está el amor como eje transversal que anima el hoy de la fe y prepara la esperanza.

En últimas, entre la fe, el amor y la esperanza hay una unidad sin confusión, de manera que cada una de ellas está garantizada por las otras dos. Por la fe, Dios

otorga un oído y corazón nuevos para comprender; con la esperanza Dios da una manera nueva de dirigir la vida indicando el sentido y fin de la existencia terrena y del amor, que también es don suyo; es la nueva manera de caminar en la fe y la esperanza que permite ser servidores desinteresados y generosos con el otro. Porque el Resucitado, por su espíritu, “es quien realmente produce la fe actuada por el amor y permanentemente resistente por la paciencia de la esperanza”.

Todo lo anterior permite asumir que la fe, el amor y la esperanza sean las virtudes esenciales de la existencia cristiana, porque “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”.

María, mujer, madre y discípula desde la perspectiva de la fe, el amor y la esperanza

La fe, el amor y la esperanza son virtudes inherentes a la existencia de María, porque ella –mujer, madre, discípula y misionera– es el testimonio fiel de estas tres virtudes esenciales de la vida cristiana.

María y las virtudes esenciales de la experiencia cristiana

Para algunos, María se encuentra muy distante, tanto en tiempo como en espacio, a la hora de indagar por sus virtudes. Según ellos, no se puede afirmar nada seguro desde el punto de vista histórico sobre María. No obstante, debemos recordarles que los textos bíblicos alusivos a María no fueron escritos en función de su biografía sino –por el contrario– son testimonio de la experiencia de la primera comunidad cristiana en torno de la madre de su Salvador, de lo que han visto y oído, así como de lo que han contemplado.

A través de las referencias a Jesús y a la situación histórica que le rodeó, se puede hacer un acercamiento a la figura histórica de su madre, sin caer en la descripción pormenorizada de actividades personales, domésticas o quizás familiares de María. Antes bien, el creyente se puede acercar a la persona histórica de María de Nazareth aceptando la significativa presencia de una mujer, madre y discípula dentro de la historia de la salvación.

De algo se puede estar seguro: los escritos neotestamentarios son testimonios claros de la persona y misión de María y la presentan como mujer, madre y discípula de fe, amor y esperanza, realidad también asumida por la Iglesia a lo largo de la historia (cfr. *Lumen gentium*, No 65).

El papa Juan Pablo II, al referirse a María con relación a las tres virtudes esenciales de la existencia cristiana, lo hacía en los siguientes términos:

Fe

La Iglesia vive de fe, reconociendo en “la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor” (Lc 1,45) la expresión primera y perfecta de su fe. En este itinerario de confiado abandono en el Señor, la Virgen precede a los discípulos, aceptando la Palabra divina en un continuo crescendo, que abarca todas las etapas de su vida y se extiende también a la misión de la Iglesia.

Su ejemplo anima al pueblo de Dios a practicar su fe, y a profundizar y desarrollar su contenido, conservando y meditando en su corazón los acontecimientos de la salvación.

Amor

En María, la Iglesia reconoce el modelo de su caridad. Contemplando la situación de la primera comunidad cristiana, descubrimos que la unanimidad de los corazones, que se manifestó en la espera de Pentecostés, está asociada a la presencia de la Virgen santísima (cfr. Hch 1,14). Precisamente gracias a la caridad irradiante de María es posible conservar en todo tiempo dentro de la Iglesia la concordia y el amor fraterno.

Esperanza

María se convierte, así mismo, en modelo de esperanza para la Iglesia. Al escuchar el mensaje del ángel, la Virgen orienta primeramente su esperanza hacia el Reino sin fin, que Jesús fue enviado a establecer...

Ella es, por consiguiente, para la comunidad de los creyentes y para cada uno de los cristianos la madre de la esperanza, que estimula y guía a sus hijos a la espera del Reino, sosteniéndolos en las pruebas diarias y en medio de las vicisitudes, algunas trágicas, de la historia.

Junto con los aportes de Juan Pablo II, no podemos olvidar que la fe es también apertura y respuesta a la revelación de Dios. María es la mujer, madre y discípula de la fe, porque ella se abrió y respondió a la revelación de Dios, convirtiéndose así en prototipo de creyente que ha creído en el cumplimiento de las promesas hechas por Dios (cfr. Lc 1,39-56): porque “tener fe es tener la plena seguridad de recibir lo que se espera” (Hb 11,1).

De ahí que “María es reconocida como modelo extraordinario de la Iglesia en el orden de la fe. Ella es la creyente en quien resplandece la fe como don, apertura, respuesta y fidelidad. Es la perfecta discípula que se abre a la Palabra y se deja penetrar por su dinamismo” (Puebla 296).

María no sólo creía sino también guardaba en su corazón todas las manifestaciones de Dios, con clara conciencia de su presente salvífico (cfr. Lc 2,19.51), tanto en su vida personal como en la vida de la comunidad: “...la fe de María la impulsa a subir al Calvario y a asociarse a la cruz (...). Por su fe es la Virgen fiel, en quien se cumple la bienaventuranza mayor: ‘Feliz la que ha creído’.” (Puebla 297). De igual manera, ... María, con su fe, llega a ser el primer miembro de la comunidad de los creyentes en Cristo, y también se hace colaboradora en el renacimiento espiritual de los discípulos (...). Ella ha vivido por entero toda la peregrinación de la fe como madre de Cristo y luego de los discípulos, sin que le fuera ahorrada la incompreensión y la búsqueda constante del proyecto del Padre. Alcanzó, así, a estar al pie de la cruz en una comunión profunda, para entrar plenamente en el misterio de la Alianza. (Aparecida 266)

Ahora bien, si la fe “en el cristianismo primitivo, particularmente en Pablo, consiste en una integración de la totalidad de la persona con el Resucitado que vive en su interior por su espíritu y que no pone resistencia a la acción transformadora de ese

mismo espíritu”²⁹, entonces, María se integró totalmente a la experiencia del Resucitado; ella es poseedora del espíritu del Resucitado (cfr. Hch 2,4), y en actitud orante (cfr. Hch 1,12-14) continúa unida al espíritu del Resucitado. Por eso, María es para el creyente la “madre educadora de la fe y la pedagoga del Evangelio”: “Mientras peregrinamos, María será la madre educadora de la fe. Cuida de que el Evangelio nos penetre, conforme nuestra vida diaria y produzca frutos de santidad. Ella tiene que ser cada vez más la pedagoga del Evangelio en América Latina” (Puebla, 290). María es madre educadora de la fe porque toda su vida fue un acto de ofrenda, obediencia y confianza.

De ahí que el padre Carlos Guillermo Álvarez Gutiérrez ³², CJM, al estudiar a María en el Evangelio de Lucas, llega a afirmar: Esta fe de María es, ante todo un acto de ofrenda: “Héme aquí.” Ofrenda de su ser a Dios, disponibilidad total para el plan de Dios; un acto de obediencia: “Yo soy la Servidora del Señor.” Entra en el plan de Dios; acepta su vocación no como un honor o una gloria, sino como un servicio que presta a Dios; un acto de confianza: “Hágase en mí según tu palabra”(…) Se entrega totalmente en las manos del Señor. Ella quiere “hacer en su vida la palabra y la voluntad de Dios, como todo buen discípulo”.

La acción transformadora del Resucitado que acontece en el creyente se concreta en la dinámica del amor, porque el amor es la apertura y entrega total al otro. Por ello, María, quien vivió en, por y para el amor, muy probablemente haya asumido en su vida terrena el “himno del amor” propuesto por Pablo: La caridad es paciente, es amable; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta. (1Co 13,4-7)

Además, María –al pie de la cruz de su hijo Jesús (cfr. Jn 19,25-27)– testimonia su constante donación de Madre, que en la dinámica del servicio es la kénosis total de aquella que por amor acompaña en todo momento, inclusive en los momentos más difíciles de la existencia humana.

³² Carlos Guillermo Alvarez nació en Itagüí (Antioquia) el 12 de noviembre de 1945. En 1963 ingresó al Seminario Valmaría para iniciar su formación eudista en el noviciado y, luego, siguió los estudios de Filosofía que concluyó a finales de 1966. Los estudios de Teología los llevó a cabo en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá donde obtuvo, en 1971, la Licenciatura en Teología Dogmática. En la Universidad Gregoriana de Roma realizó estudios de especialización que culminó el 5 de junio de 1981 con el título de Doctor en Teología. Se incorporó a la CJM el 6 de abril de 1969. Fue ordenado Presbítero el 7 de diciembre de 1971, en Medellín. En 1974, hasta junio de 1979, dirigió la Casa de Oración, nueva experiencia de formación sacerdotal, en el barrio Morisco, en el Minuto de Dios. En 1981, durante un semestre, va a Jerusalén, al Instituto Tantur, para una investigación en el campo bíblico. A su regreso de Roma, 1982-1985, es enviado como formador al Seminario Regional Juan XXIII de Barranquilla. En 1985 es nombrado Rector y Superior del Seminario Regional Juan XXIII de Barranquilla. En Julio de 1988 va a Bogotá, como Rector y Superior del Seminario Valmaría. Es nombrado luego Rector y Superior del Seminario Mayor de Acapulco, en México. Ejerce este servicio en tierras mexicanas desde 1992 hasta 1995. El 4 de enero de 1996 lo nombran Superior Provincial de Colombia, servicio que ejerce por dos períodos hasta enero de 2001. En julio de 2002 es enviado a Quito, Ecuador, como Evangelizador-Formador a la Casa de Formación La Misión. Luego, en noviembre del mismo año, se le pide el servicio de Superior local de la misma comunidad de formación. Desde agosto del 2018 había sido diagnosticado con un tumor cerebral agresivo. Falleció el 12 de febrero de 2019 en Medellín. (Wikipedia)

María hace del amor –más allá del mero sentimiento– un estado permanente de autotranscendencia. De ahí que ...el amor es el estado permanente del cristiano, o la autotranscendencia de la esperanza en función del “otro” por encima de todas las adversidades que nos vienen y por encima de nuestras tendencias egoístas que nos impulsan a encerrarnos dentro de los límites de nuestra propia finitud.

Dado esto, La virgen María se hizo sierva del Señor. La Escritura la muestra como la que, yendo a servir a Isabel en la circunstancia del parto, le hace el servicio mucho mayor de anunciarle el Evangelio con las palabras del Magnificat. En Caná está atenta a las necesidades de la fiesta y su intercesión provoca la fe de los discípulos que “creyeron en él (Jn 2,11). Todo su servicio a los hombres es abrirlos al Evangelio e invitarlos a su obediencia: “Haced lo que él os diga” (Jn 3,5). (Puebla 300)

Finalmente, el amor sostiene la esperanza: “Tener amor es... esperarlo todo ” (1Co 13,7), porque si la esperanza jalona un devenir histórico-salvífico pleno para la humanidad, María, a pesar de las palabras de Simeón –“pero todo esto va a ser para ti una espada que atraviese tu corazón” (cfr. Lc 2,35b)– permanece con la certeza del cumplimiento de las promesas hechas por Dios: Jesús traerá la liberación para su pueblo (cfr. Lc 2, 38); más aún, “llevará la Buena Noticia a los pobres, a anunciar la libertad a los presos y dar la vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos, a anunciar el año favorable del Señor” (Lc,418-19). Pero la esperanza de María no se reduce a un acontecimiento meramente histórico. María esperaba cosas mejores y conducentes a la salvación plena y definitiva (cfr. Hb 6,9): “Con ella, providencialmente unida a la plenitud de los tiempos (cfr. Ga 4,49), llega a cumplimiento la esperanza de los pobres y el deseo de salvación” (Aparecida 267).

De ahí que el amor vaya unido a la paciencia de la esperanza; porque la “paciencia es no cansarnos de amar, y para ello, nos apoyamos en el poder gratuito del espíritu del Resucitado que subsiste en nosotros mismos y nos hace capaces de la paciencia de la esperanza”.

Estas virtudes esenciales de la existencia cristiana permiten continuar generando en los corazones de cada uno de los hombres un compromiso radical con el otro, en particular, con el excluido, que se convierte en víctima de los sistemas económicos, políticos y sociales reinantes en el mundo entero.

¿Cómo asumir, siguiendo el ejemplo de María, las virtudes fe, amor y esperanza?

Las virtudes se pueden vivir, como las vivió María, en un proceso de discipulado, es decir, de seguimiento. Esta es una propuesta eminentemente cristológica, pues no se puede olvidar que María está presente en el misterio de Cristo (cfr. *Lumen gentium* 65). Además, ...por medio de María, Dios se hizo carne, entró a formar parte de un pueblo, constituyó el centro de la historia. Ella es el punto de enlace del cielo con la tierra. Sin María, el Evangelio se desencarna, se desfigura y se transforma en ideología, en racionalismo espiritualista. (Puebla 301)

La propuesta que a continuación presento implica cinco momentos articuladores de un mismo proceso: inmersión, saturación, revestimiento, identificación y compromiso social, porque ser discípulos seguidores consiste en “ir detrás” de Jesús, compartir su estilo de vida, ser llamados a abrazar su misión y a compartir

su destino. Para ello, debemos asumir un proceso de inmersión, saturación, revestimiento, identificación y un compromiso social.

La inmersión es la invitación que se tiene para participar en la experiencia del Resucitado, es decir, es la tarea de vivir en, por y para Dios en unión con Cristo Jesús (cfr. Rm 6,1-11), bajo la animación de su Espíritu que santifica y anima los procesos de fe del creyente. Para ello, se necesita sentirse saturado del mismo Espíritu de Cristo (cfr. Rm 8,9-11), porque “el que no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece” (Rm 8,9). De ahí que el creyente está llamado a “transparentar” al Espíritu, en otras palabras, a testimoniar sus frutos: “amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, modestia” (Ga 5,22-23), porque es el Espíritu quien da vida y vida abundante para que cada cual se revista del Señor Jesucristo, y no busque satisfacer los malos deseos de la naturaleza humana (Rm 13,11-14).

Dados los momentos de inmersión, saturación y revestimiento, se debe pasar a un cuarto momento: la identificación con Cristo, que no es otra cosa que apropiarse de sus propios sentimientos: renuncia, humildad, obediencia y servicio (cfr. Flp 2, 5-8). Finalmente, y como expresión de los cuatro momentos, aparece el quinto, el compromiso social, porque no se entiende una experiencia de fe si no asume lo propio de Jesús, el servicio.

Este servicio se concretiza en la propuesta del Reino-reinado de Dios, que no es otra cosa que vivir en “justicia, paz y alegría por medio del Espíritu Santo. El que de esta manera sirve a Cristo, agrada a Dios y es aprobado por los hombres” (cfr. Rm 14, 17-18).

Este es el discipulado que vivió María, y se propone como camino a seguir para los creyentes, por ser ella mujer, madre y discípula por excelencia, que cumple la voluntad de Dios (cfr. Mc 3,31-35) en sintonía con su entorno social, económico y político sin olvidar que en “María, nos encontramos con Cristo, con el Padre y el Espíritu Santo, como así mismo con los hermanos” (Aparecida 267).

El creyente y su entorno social

Los pueblos están viviendo una rápida y profunda transformación cultural, política, económica, social y eclesial que afecta directa e indirectamente a toda la humanidad. De ahí que el cristiano, llamado a la santidad, es decir, a la apertura, acogida y fidelidad a la voluntad de Dios a través de la fe, el amor y la esperanza, tiene la tarea de hacer de los gozos y las esperanzas, de las tristezas y angustias de todos los hombres, sus propios gozos y esperanzas, sus propias tristezas y angustias como discípulo de Cristo (cfr. *Gaudium et spes* 1).

Además, es impensable ser auténticos ciudadanos, y más aún, creyentes, viviendo al margen de la realidad económica, política y social, que en muchos casos se desarrolla aislada de los principios y valores del Evangelio. De ahí la urgente y necesaria respuesta comprometida de todos y cada uno de los miembros de la sociedad de ...discernir las interpelaciones de Dios en los signos de los tiempos, a dar testimonio, a anunciar y a promover los valores evangélicos de la comunión y de la participación, a denunciar todo lo que en nuestra sociedad va contra la filiación que tiene su origen en Dios Padre y de la fraternidad en Cristo Jesús (...) La Iglesia pide a todos los cristianos que colaboren en el cambio de las estructuras injustas;

comuniquen valores cristianos a la cultura global en que viven y, conscientes de los adelantos obtenidos, cobren ánimo para seguir contribuyendo a perfeccionarlos. (Puebla 15-16)

Por eso, el cristiano tiene que vivir una fe, un amor y una esperanza liberadora y santificante, sobre todo, para su ambiente inmediato, porque la santidad ...no es una prenda de vestir que se pueda colgar de un clavo cuando se entre en la vida económica y profesional. Es una parte constitutiva de la personalidad y, por consiguiente, encuentra de manera inevitable la expresión propia en la actividad cultural, económica y política. La santidad verdadera ilumina en primer lugar las relaciones interhumanas, las sana, establece un clima redimido, pero después influye también en las estructuras sociales, culturales y políticas.

De ahí que para la Iglesia reunida en Aparecida, Brasil, el cristiano debe ser “fiel al amor” (cfr. Aparecida 127), para poder dar “frutos de amor” (cfr. Aparecida 133) y a su vez, fermento de transformación social para hacer de Latinoamérica y el Caribe, el “continente del amor” (cfr. Aparecida 128). Por eso, “para configurarse verdaderamente con el Maestro, es necesario asumir la centralidad del amor, que él quiso llamar suyo y nuevo: “Ámense los unos a los otros, como yo los he amado” (Jn 15,12)...” (Aparecida 138). Finalmente, ... la figura de María, discípula por excelencia entre los discípulos, es fundamental en la recuperación de la identidad de la mujer y de su valor en la Iglesia. El canto del Magníficat muestra a María como mujer capaz de comprometerse con su realidad y de tener una voz profética ante ella. (Aparecida 451)

Conclusión

Los nuevos escenarios mundial, nacional y local, con sus “luces y sombras”, exigen del creyente un compromiso social, económico, político y religioso acorde con su experiencia de Dios, que debe tener como cimiento las virtudes de la fe, el amor y la esperanza, como las asumió María: con la clara conciencia de su unidad y como expresión de ser ellas la esencia de la vida cristiana. De ahí que ella se haya convertido para nosotros, en la “discípula más perfecta del Señor”, por su fe, obediencia a la voluntad de Dios, oyente de la Palabra (cfr. Aparecida 266).

El discipulado se ha revitalizado no tanto como tema de moda sino como experiencia y por eso es “uno de los planteamientos más prometedores de los años recientes, tanto para el ecumenismo como para la espiritualidad, ha sido el paso a simbolizar a María como el ideal de discípulo perfecto”.

De ahí que en nuestra sociedad debemos ser hombres de fe, y asumir ésta como don, apertura, respuesta y fidelidad a Dios; y siguiendo el ejemplo de María, abrimos a la Palabra y a su dinamismo, que dispone nuestra existencia al encuentro con el otro en la vivencia del amor (cfr. 1Co 13,4-7); porque el amor es el “estado permanente del cristiano” que dinamiza la espera gozosa de nuevas realidades impregnadas por la acción histórico-salvífica de Dios: ... el amor es “divino” porque proviene de Dios y a Dios nos une y, mediante este proceso unificador, nos transforma en un nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea “todo para todos”. (Cfr. 1Co 15,28)³⁸

Finalmente, una devoción mariana es aquella que entiende y asume a María como modelo de mujer, madre, “discípula y evangelizadora por su testimonio de oración, de escucha de la Palabra de Dios y de pronta y fiel disponibilidad al servicio del Reino hasta la cruz” (Santo Domingo 15), así como modelo y paradigma de humanidad, como también artífice de comunión: “...Ella atrae multitudes a la comunión con Jesús y su Iglesia, como experimentamos a menudo en los santuarios marianos...” (Aparecida 268).

De esta forma, María trasciende la historia para hacerse historia viva en el corazón de cada uno de nosotros, porque ella “se ha hecho parte del caminar de cada uno de nuestros pueblos, entrando profundamente en el tejido de su historia y acogiendo los rasgos más nobles y significativos de su gente” (Aparecida 269). De ahí la necesidad de exclamar en el día a día: “Bajo tu protección y tu misericordia, oh Theotókos, nos refugiamos. No rechaces las peticiones que te dirigimos en nuestras tribulaciones, sino sálvanos del peligro, oh sola casta y bendita.”

Finalmente, debemos hacer nuestra la plegaria mariana del papa Benedicto XVI: “Santa María, Madre de Dios, Madre nuestra, enséñanos a creer, esperar y amar contigo. Indícanos el camino hacia su Reino. Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino.”

Ser cristiano hoy a partir de la práctica de las Bienaventuranzas

Les ofrezco aquí el trabajo de Carolina Vila Porras ³³ (2013) sobre el tema del rubro.

Introducción

El conocido y llamado “discurso evangélico”, es uno de los cinco que constituyen el Evangelio de Mateo. Después de que Jesús inicia su ministerio público cuando anuncia el reino y luego de elegir a sus primeros discípulos y realizar los primeros milagros, establece cuáles son los valores de dicho reino. Además, deja claro que son completamente inversos a los del mundo. Jesús plantea en las bienaventuranzas la forma de vivir de aquel que se dice cristiano. Jesús invita libremente a entrar en la dinámica de vivir su palabra que es gozo. No propone obligaciones y amenazas sino bienaventuranzas, bendiciones, dicha. El discurso de las bienaventuranzas, también conocido como El sermón de la montaña, ha sido

³³ Carolina Vila Porras es Bachiller Canónico en Teología por la Pontificia Teresianum de Roma. Docente de Teología en la Facultad de Filosofía y Teología de la Fundación Universitaria Luis Amigó. Actualmente, pasante investigador del Grupo Biblia y Teología de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín-Colombia). Docente de Teología, Pontificia Universidad Javeriana. Este artículo es un avance del proyecto de investigación “Ser cristiano hoy: propuesta humanizadora de Jesús en Mt 5, 3-10”. (Wikipedia)

considerado, por creyentes y no creyentes, como uno de los textos más bellos, significativos y estudiados de todas las épocas. Antes de llegar a la interpretación de las bienaventuranzas es preciso detenerse en la concepción judía de la Ley en el Antiguo y Nuevo Testamento, porque esto permitirá comprender el pensamiento de Jesús sobre el tema de llevar a plenitud los mandamientos.

Concepción judía de la ley en el Antiguo y Nuevo Testamento

La Ley judía y Jesús

Una categoría que es fundamental analizar para comprender la vivencia cristiana desde la praxis de las bienaventuranzas es la comprensión que Jesús tenía de la Ley, pues, a través de este conocimiento, se entenderá su actitud y su intención frente a la proclamación de las bienaventuranzas.

En Israel no había una separación entre la ley moral y la ley del culto. Se hablaba de una sola Ley que abarcaba todas las leyes vinculadas con los aspectos morales, religiosos y de culto (Ratzinger, 2007).

Jesús, por su parte, no fundó ningún sistema de ley moral o ético. Jesús, según explica (Martínez, 2007), frente a la Ley judía, manifiesta una libertad particular y esto lo hace porque tiene una nueva imagen de Dios. Con la proclamación de las bienaventuranzas y en toda su enseñanza se comprende su ethos, que no es otro que amar profundamente a su Padre Dios, darle la gloria y amar a su prójimo. Las investigaciones más recientes revelan que Jesús no pretendía estar en continua discusión sobre la teoría y práctica de la Ley del judaísmo de su época. En definitiva, en tiempos de Jesús, tanto la Torá como el templo eran los dos pilares del judaísmo. La Ley o Torá era el conjunto de prescripciones y leyes que los judíos observaban como respuesta de fidelidad a la alianza. Además, era la base sobre la cual se llevaban a cabo las acciones morales y la praxis religiosa, pero no constituía el centro de su predicación (Ska, 2012).

El propósito de Jesús, por su parte, a través de las bienaventuranzas y el de toda su predicación es llevar a sus seguidores a la comprensión de los dos únicos mandamientos que nos dejó Jesús como herencia: “Amaos unos a otros como yo os he amado” (Jn 13, 34) y el segundo, clave para cumplir el primero “permaneced en mi amor” (Jn 15, 9). Estos mandamientos están presentes, implícitamente, a lo largo de toda la enseñanza de Jesús, específicamente, el primero de ellos, en las bienaventuranzas.

Jesús, cuando proclama las bienaventuranzas, trasciende cualquier finalidad moral, y su única Ley es que los seres humanos se amen como Él los ama y puedan encontrar la felicidad. Con esto no se pretende decir que Jesús deroga la Ley contenida en los mandamientos, sino que la clarifica, la recapitula en las bienaventuranzas, la presenta no ya como unos mínimos sino como unos máximos, en palabras de (Vidal, 1991), para vivir la felicidad en el “ya” pero “todavía no”, en su plenitud. Jesús, por tanto, más que abolir los mandamientos busca que se interioricen y radicalicen sus exigencias. Jesús encuentra en la Ley la expresión de

la voluntad de Dios, y ahora la pregunta, en vez de ser por la lealtad a la Ley, es si somos fieles al Dios de la compasión porque, para hallar la voluntad de Dios, según expresa (Pagola ³⁴, 2009), hay que descubrir las exigencias del amor en la vida de las personas.

Los mandamientos o el decálogo

En el AT los mandamientos son “palabras” de revelación y no “leyes” para motivar la observancia y cumplimiento de las instrucciones divinas, aunque no son propiamente condiciones de la alianza. Los mandamientos contenidos en el decálogo no son legislación concreta sino, como lo expresa De León (2009), “imperativos categóricos” y condiciones para ser miembro de la comunidad.

La división en diez mandamientos es relativamente tardía puesto que en la tradición judía y primitiva no se había establecido un sistema de división en el decálogo. Para comprenderlo se requiere ahondar en Dt 5, 6 y en Ex 20,1. Allí Yahvé se presenta Él mismo como el liberador que sacó a su pueblo de la esclavitud de Egipto. Yahvé confiere los mandamientos a su pueblo después de que es libre, no lo hace antes como una condición para que reciban liberación. El Señor quiere entregarle estas formulaciones para que el pueblo siga siendo libre y continúe viviendo de esa forma. La obediencia a los mandamientos constituye la respuesta adecuada del israelita liberado de la esclavitud (Ska, 2012).

Los mandamientos son palabra de Dios que nos interpela. La Ley, por el contrario, tiene que ver con instrucciones humanas. El decálogo debe ser entendido como pauta u orientación para vivir el amor y la libertad y no como una ley jurídica (Exeler, 1992).

Si bien Jesús no intentó abolir ni una sola letra de la Ley (Mt 5, 17-19), sí buscó llevarla a su plenitud. Para Él primero fue la persona, la restauración de su dignidad y su felicidad. Y estas fueron las prioridades que lo impulsaron en su proceder. Por

³⁴ José Antonio Pagola Elorza nació en Añorga, San Sebastián, Guipúzcoa, el 16 de junio de 1937. Es un sacerdote licenciado en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma (1962), licenciado en Sagrada Escritura por el Instituto Bíblico de Roma (1965), diplomado en Ciencias Bíblicas por la Escuela Bíblica de Jerusalén (1966). Es conocido, además de sus libros, por haber sido el vicario general del obispo de San Sebastián, José María Setién. Su libro más conocido es *Jesús, aproximación histórica* (2007). Profesor en el Seminario de San Sebastián, y en la Facultad de Teología del Norte de España (sede de Vitoria). Ha sido rector del Seminario diocesano de San Sebastián. Su último libro, *Jesús. Aproximación histórica* (2007) ha sido un éxito editorial pero levantó opiniones contrapuestas. Tras las indicaciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el autor publicó la nueva edición revisada, aunque sin el imprimatur. Según sus defensores, la obra es un compendio de la investigación crítica sobre Jesús, una síntesis de las teorías teológicas de diversos autores, entre las cuales destaca una visión de Jesús a partir de su kerigma, según la corriente del llamado Jesús histórico, desde su Bautismo por Juan, hasta el mensaje de Pascua. En 2008 publicó una segunda versión de su libro que contaba con el imprimatur del obispo de San Sebastián, monseñor Uriarte. En la carta la Congregación para la Doctrina de la Fe señala que «el Autor ha respondido satisfactoriamente a las observaciones hechas por la Congregación y que se le debe exhortar a introducirlas en futuras ediciones de la obra. (Wikipedia)

eso le dio perfección y actualización a la Ley antigua basada en los mandamientos y estableció la nueva alianza fundamentada en las bienaventuranzas.

El mandamiento del amor

Profundizar en la vivencia cristiana, a partir de la praxis de las bienaventuranzas planteadas en el Evangelio de Mateo, implica ahondar en la diversidad de autores que han escrito al respecto, sin que ello sea el camino unívoco a seguir para expresar una palabra más. El mandamiento del amor, a pesar de no ser frecuente en palabras de Jesús, la lectura atenta del conjunto del Nuevo Testamento permite suponer que fue Él quien constituyó el mensaje esencial de su enseñanza y forma parte de la base de la praxis de las bienaventuranzas.

Se puede comprender este mandamiento del amor como la síntesis que Jesús realiza en el Nuevo Testamento de la antigua alianza. En la primera o antigua alianza la relación que ha de construir el israelita con Yahvé debe estar basada en el amor y la libertad. Es un amor de reciprocidad (Dt 7,8; Os 1-3). Es, por tanto, un amor del corazón, que incluye la mente, las emociones y la voluntad (Gn 8, 21; Os 7, 11; Jr 5, 21) según lo explica la antropología hebrea (De León, 2009).

El concepto de “amor” se debe explicar para obtener una mejor interpretación del mandamiento del amor. Esta definición de amor puede presentar varios significados; sin embargo, es cuestión de seleccionar el que más relación tiene con el análisis que se realiza.

Jesús, por su parte, en su predicación sobre el amor, demostró y reveló su significado con su propia vida, más que con sus palabras. El amor que exige Jesús es sin límites, incondicional, capaz de Dios y con la disponibilidad de entregar a cada instante de la existencia, derramándose en servicio por el otro, buscando siempre la felicidad del otro y que tenga vida.

En la actualidad, sería novedoso y controversial observar y vivir los mandamientos no desde el legalismo moral sino desde una respuesta humana a la acción de un Dios que obra por la libertad de su pueblo y sólo quiere para él la salvación, la plena realización y la felicidad. Y, además, quiere que los seres humanos vivan en fraternidad.

Mateo y las bienaventuranzas

Este análisis expresa que las antítesis del Evangelio de Mateo (Mt 23, 13-22) son un ejemplo de la posibilidad de considerar las bienaventuranzas como el contenido explícito y la actualización de la antigua Ley, presentada al pueblo de Israel a través de los mandamientos. Las bienaventuranzas son proclamadas por Jesús en forma de enunciados de valor para que el hombre viva su libertad en plenitud. Jesús, por su parte, no ha venido a suprimir la Ley, pero sí vino a darle plenitud, es decir, a maximizarla más allá de los presupuestos o prescripciones humanas.

Las bienaventuranzas son unos máximos, éticamente hablando, y los mandamientos unos mínimos. Jesús quiere renovar esta comprensión y vivencia de

la antigua Ley a través de la proclamación de las bienaventuranzas de Mateo, que se enmarcan dentro del llamado Sermón de la montaña. En palabras del Papa Benedicto XVI (2007), el Sermón de la montaña acopia y profundiza los mandamientos de la segunda tabla de la Ley (mandamientos éticos de tipo universal), pero no los elimina.

Mateo propone a la persona de Jesús como el segundo Moisés. Esto se puede fundamentar en Ex 19,3 donde Moisés sube al monte Sinaí para recibir los mandamientos. Paralelo a este texto, en Mt 5, 1, ya no es Moisés quien sube al mismo monte Sinaí, sino Jesús. Por tanto, la teología de Mateo explica a Jesús como el segundo Moisés.

Interpretación del mensaje de las bienaventuranzas en Mt 5, 1-12

El discurso evangélico de Mateo admite que la salvación de Dios está presente y es allí donde Él comienza su reinado. Inicialmente, Dios perdona al hombre, lo hace hijo suyo y hermano de sus hijos, con mucha alegría lo estimula a reflexionar sobre esta verdad y, posteriormente, le muestra la forma en la que debe comportarse. Esta visión es fundamental para que el contenido del discurso no se transforme estrictamente en ley o ética, lo que reduce la esencia del “Evangelio”.

En las bienaventuranzas el primer mensaje de Jesús comienza con una invitación a la alegría; el segundo exhorta a colaborar con la acción salvadora del reino presente para alcanzar la consumación del reino por venir, que surge con varios sinónimos: poseer la tierra, consuelo, saciedad, ver a Dios, recibir misericordia, ser llamados hijos de Dios (Rodríguez ³⁵, 2006). Los verbos están en futuro, salvo en la primera y octava bienaventuranza, donde se emplea el presente, que destaca la importancia de la pobreza y la persecución, así como también este uso expresa que se da como un hecho la consumación futura. Las bienaventuranzas son interpretadas a partir del contexto total del mensaje y de la vida de Jesús, así como se expresa y vive en su Iglesia.

En el contexto de la Sagrada Escritura, las bienaventuranzas suelen ser sentencias de tipo sapiencial que exponen la felicidad y la suerte de ciertas personas

³⁵ Victorino Rodríguez nació en Carriles, Arganza, Oviedo, el 14 de febrero de 1926. Fue un filósofo y teólogo. Hizo la primera profesión religiosa en la Orden de Predicadores el 6 de octubre de 1946 en el Convento de San Esteban de Salamanca. Fue ordenado sacerdote el 6 de julio de 1952. Estudio Humanidades en el Colegio de Dominicos de Corias (Asturias) entre 1940 y 1945 y, posteriormente, entre 1946 y 1947, estudió Filosofía en el Studium Generale de la Orden de Predicadores en Vergara y en Las Caldas de Besaya, de 1947 a 1949. Estudió teología entre 1949 y 1955, primero en la Facultad Teológica de San Esteban de Salamanca, donde obtuvo la licenciatura, y luego en la Universidad Santo Tomás de Roma, donde se doctoró, ampliando su formación en Roma, París, Toulouse, Dublín y Limerick. Terminados sus estudios, en 1955 comenzó a impartir clases de Teología en la Facultad Teológica de San Esteban de Salamanca, y desde 1964 también en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca. Desde 1973 residió en Madrid, ejerciendo como profesor contratado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Desde 1982 fue Ordinario de la Pontificia Academia Romana de Teología. También fue miembro de la Real Academia de Doctores de Madrid, y presidente de la Sección Española de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino. Durante su estancia en Madrid fue elegido prior del Convento de Santo Domingo el Real. Falleció en Madrid el 28 de marzo de 1997. (Wikipedia)

específicas. De esta forma, con cierta frecuencia, aparecen en el AT, particularmente en los salmos: “Bienaventurados los que habitan en tu casa para siempre” (Sal 84,4); “Bienaventurados los que guardan el derecho, los que cumplen la justicia (Sal 106, 3); “Bienaventurados todos los que confían en Dios” (Is 30, 18). Pikaza ³⁶ (2007) explica, que Jesús ha escogido este género literario y le ha concedido un sentido escatológico vinculado con su mensaje.

Por otra parte, las bienaventuranzas del Evangelio de Mateo pueden dividirse en dos grupos que expresan la pedagogía de la acción cristiana. En palabras de Rodríguez (2006), las tres primeras son pasivas y las tres siguientes activas, lo que permite comprender que quien acoge la gracia de Dios (que se sintetiza en vida filial y fraternal) debe asumir dos posturas: por una parte, dependería radicalmente de Dios y de los hermanos y, por otra, participaría activamente con la acción de Dios en favor de la humanidad. En la primera, se pretende que el origen de la acción sea la voluntad de Dios llevada a cabo con un corazón limpio, y en la segunda, se experimenta la misericordia y la paz y se origina la persecución como resultado (Chevrot, 2006).

Primera bienaventuranza

“Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el Reino de los Cielos” (Mt 5, 3). Los “pobres” reciben elogios en esta primera bienaventuranza. La fórmula interioriza el ser “pobres” y pone esta categoría en el centro de la vida, porque el término espíritu equivale a “corazón”. Sin embargo, esta interiorización debe manifestarse en el comportamiento externo. Ser “pobre de espíritu” equivale a ser pobre desde lo más profundo del corazón. Ser pobre confiere una actitud drástica de dependencia y humildad, la cual se manifestará ante Dios, ante los hombres y ante los bienes, aceptándolo como el creador, redentor y protagonista de la salvación y, en consecuencia, declarándose el hombre criatura, pecador redimido e instrumento en las manos de Dios; frente a los hombres, reconociendo que todos son iguales, necesitados y llamados a apoyarse solidariamente; frente a los bienes, relativizándolos y apreciándolos como medios. Mateo se plantea el hecho de ser “pobres” en su raíz y exige que cada uno la traduzca de acuerdo con su situación (Pikaza, 2007).

³⁶ Xabier Pikaza Ibarrodo nació en Orozco, Vizcaya, España, el 12 de junio de 1941. Ingresó en la Orden de la Merced, dentro de la cual fue ordenado presbítero. Cursó estudios de Teología en la Universidad Pontificia de Salamanca, disciplina en la que se doctoró en dicha universidad en 1965. Más tarde se doctoró en Filosofía en la Universidad de Santo Tomás de Roma (1972) y se especializó en filología bíblica en el Instituto Bíblico (Roma). En 1972 comienza a dar clases en la Facultad de teología en la UPSA, pasando a ser catedrático de dicha universidad en 1975. En 1985 la Congregación Vaticana para Seminarios y Universidades y la Congregación para la Doctrina de la Fe le niegan el *nihil obstat* por sus ideas sobre temas de teología dogmática; por lo que no puede enseñar en universidades de la Iglesia Católica. En 1989 se le vuelve a conceder el *nihil obstat* pero para dar clases de fenomenología e Historia de las Religiones, no de teología dogmática. Retomó su trabajo como catedrático en la UPSA hasta que fue cesado de nuevo por problemas doctrinales en 2003. Durante este tiempo abandona la orden mercedaria y el sacerdocio. Ha desarrollado una enorme actividad, desde charlas a decenas de libros y artículos publicados en revistas y enciclopedias. (Wikipedia)

Los pobres de espíritu son los que no se limitan únicamente a sufrir una suerte que les viene desde fuera, sino aquellos que, teniendo todo, asumen voluntariamente un camino de “pobres” por solidaridad, al servicio de los demás (2 Co 8,9; Filp 2, 6-11). Jesús nos enseña que su intención no ha sido ayudar a la humanidad desde afuera sino desde la misma situación en la que se encuentran las personas, encarnándose en su historia (Mt 12, 15-21).

Segunda bienaventuranza

“Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados” (Mt 5, 5). La tercera y última bienaventuranza pasiva, como lo explica Rodríguez (2006), ubica al discípulo ante un acontecimiento de dolor absurdo e inevitable. En la anterior, se conoce la raíz del dolor: la violencia del injusto, aquí no. La fórmula “los que lloran” se emplea en el AT para designar a los que sufren como consecuencia de una causa grave, externa e inevitable, como la muerte de un ser querido. Rodríguez (2006) dice que quien, frente a las incógnitas que generan las situaciones oscuras de la vida, que ponen en crisis la fe en la fidelidad y en la paternidad-maternidad de Dios, es capaz de responder y renueva su confianza en Dios Padre-Madre desde la tiniebla de la fe, ése, “será consolado” íntegramente y conseguirá entenderlo todo.

Evidentemente, son bienaventurados todos aquellos que sufren, por cualquier razón, sin mirar cómo asumen ese sufrimiento. Mateo pone de relieve la madurez que se alcanza desde el sufrimiento (Pagola, 2010).

Tercera bienaventuranza

“Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra” (Mt 5, 4). La mansedumbre es un aspecto del ser pobre-dependiente, esto lo expresa la segunda bienaventuranza. Se propone renunciar a la violencia cuando ésta se padece sin asumir la ley del talión. El enunciado está tomado del Sal 37, 11. Se trata de una persona justa que padece injustamente la violencia. Rodríguez (2006) piensa que en esta situación se le pide negativamente a la persona no responder con violencia y seguir haciendo el bien, denunciar con medios justos la injusticia que se realiza, es decir, asumir una actitud de no-violencia activa. Para que esto se dé se requiere de un acto de fe en Dios, pues Él hará justicia. Éste reconoce que el ofendido ha recibido un corazón fraterno y cómo ha de dar respuesta con este corazón a la violencia. A los que viven la mansedumbre se les exhorta a seguir trabajando ya que “poseerán la tierra” (Gn 13, 15).

Esta es una bienaventuranza nueva que Mateo, o su comunidad, han creado (Pikaza, 2007), siguiendo el testimonio de Jesús, que ha sido pobre y débil, sin apoyo económico, sin poder sobre el mundo y, al mismo tiempo, una persona que ha sabido encumbrar y enriquecer a los pequeños, transforma su pobreza en fuente de gracia y de vida. Mansos son, por tanto, los que proceden sin imponerse, los indefensos y aquellos que socorren a los demás desde su pobreza y fragilidad, que se acercan a los más miserables y se despojan de su condición de poder. Así ha actuado Jesús: pobre, manso y no violento.

Cuarta bienaventuranza

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados” (Mt 5,6). Las bienaventuranzas que denomina Rodríguez (2006) activas, se presentan en dos binas. Cada una de ellas contiene una bienaventuranza dedicada a la raíz de la acción y otra reservada al objeto. La primera, hace referencia al hambre-sed de justicia y a la misericordia. La primera fuente de la práctica cristiana debe ser el hambre y la sed de justicia, presenta un sentido metafórico, expresa un deseo radical e intenso de justicia o colaboración con la voluntad de Dios. Por tanto, no se trata de hacer por hacer, sino de hacer la voluntad de Dios y esto requiere de una actitud constante de discernimiento, porque Dios saldrá al encuentro de quien tenga este deseo radical y “será saciado” en el banquete escatológico.

Indudablemente, los bienaventurados son los faltos de comida, pero Mateo sabe que hay hambrientos mesiánicos, que entregan la vida por los otros, que dan de comer a los necesitados de la tierra. Éstos son los hambrientos creativos, aquellos que, cuando descubren la presencia de Dios en los necesitados, se empeñan en ponerse a su servicio (Cardona, 2011). Es indiscutible que entre ellos se ubica Jesús, portador de la justicia del reino sobre el mundo (Mt 6, 33).

Los misericordiosos han de entenderse en el siguiente contexto (Mt 5, 7). Ellos aparecen vinculados con el Dios de Israel, a quien la Escritura presenta como “clemente y misericordioso, lento a la ira...” (Ex 34, 6-7). Mateo ha definido a Jesús como el Mesías misericordioso, que tiene compasión de los perdidos en el mundo (Mt 9, 27; 25,22; 20, 30-31). Ésta es su felicidad más profunda, la dicha mesiánica: ayudar a los necesitados. La misericordia convertida en principio de felicidad es la característica fundamental del Evangelio, es decir, no es posible hablar de amor sin que haya misericordia (Ulrich, 2005).

Quinta bienaventuranza

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt 5, 7). La quinta bienaventuranza tiene como objeto de la acción cristiana la misericordia. Ésta se puede definir como un sentimiento natural que impulsa a sentir la necesidad del prójimo y ayudarle. La misericordia es valorada pero se limita naturalmente en la ingratitud, es decir, si el socorrido en su necesidad no corresponde positivamente, se le deja de ayudar. Y es aquí donde comienza la misericordia bíblica (Levoratti, 2003), que por eso se presenta como un atributo divino: Dios tiene misericordia del que no la merece (Ex 33, 19; 34, 6; Os 1-2). Es un obrar que va más allá de la justicia (Lc 15, 11-31).

El amor de misericordia implica empatizar con la situación de la persona necesitada y actuar en consecuencia, así la persona no responda favorablemente, según las propias posibilidades (Rodríguez, 2006). El primer elemento es esencial, demanda situarse en la circunstancia del necesitado y sentir su desdicha como propia, y no desde arriba (paternalismo) ni desde fuera (demagogia, propio interés). El segundo elemento exige hacer más de lo posible para que el necesitado supere la necesidad porque, de lo contrario, todo quedaría en sentimentalismo.

El actuar de Jesús fue misericordia (Hb 2, 10-17; 4, 15-5, 10), simpatizó con el ser humano necesitado, se hizo hombre, igual a todos, menos en el pecado y desde esta situación obró para sí y para los demás. El discípulo de Jesús está en el compromiso de obrar igual. El que es objeto de la misericordia de Dios debe ser misericordioso con los demás, si no perderá la misericordia recibida. A los que actúan así se les invita a perseverar en esta actitud ya que alcanzarán misericordia, es decir, la plenitud del reino porque todo el proceso inicia y culmina con la misericordia (Grün, 2005).

Sexta bienaventuranza

“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt 5, 8). La segunda bina, explica Rodríguez (2006), tiene una lógica semita, vuelve de nuevo sobre la raíz y el objeto de la praxis cristiana pero desde otro aspecto. La raíz es ahora un corazón limpio y el objeto una obra de paz. En la antropología semita el sustantivo ‘corazón’ designa el centro de la vida, el lugar donde se llevan a cabo el pensamiento, el deseo, la memoria, los sentimientos y las decisiones.

La expresión “limpios de corazón” tiene relación con un corazón sincero, honrado, íntegro y, en el contenido de las bienaventuranzas, un corazón filial y fraternal (Kapkin, 2003). Esta bienaventuranza afirma que la práctica debe proceder de una raíz filial y fraternal, conforme con el corazón recibido de Dios. Se felicita al que lo haga y se le invita a continuar porque “verá a Dios”. En el AT por su parte, la expresión “ver a Dios” significa entrar en comunión con Dios en el templo (Sal 42, 3) (Rodríguez, 1994).

En el NT se refiere a una visión “cara a cara” (1 Jn 3,2), que mostrará la realidad de la filiación y la posibilidad de llegar a una plena comunión con el Padre-Madre Dios. El nexo entre limpieza y experiencia religiosa se da en todas las religiones, pues la santidad de Dios exige máxima pureza al que se le acerca. En el AT, se trata de pureza legal como expresión de la interna (Sal 24, 4; 73, 1; Jb 33, 2) (Rodríguez, 2006). Para Jesús, basta con la pureza interior (Mt 15, 1ss) puesto que lo importante es un corazón auténtico.

La limpieza es la experiencia fundamental de un judaísmo que quiere evitar las impurezas que se contraen por alimentos, contacto con hombres o animales impuros, etc. La limpieza básica se logra a través de la Ley: es pureza de manos con las abluciones, que están en coherencia constante con el rito y con la observación y cumplimiento con lo mandado, en vestidos y comidas, etc.

Ahora bien, frente a la pureza de una Ley que está al servicio de los fuertes (piadosos y cumplidores), Jesús ha situado la pureza del corazón, expresada de forma solidaria a todos los humanos, especialmente a los excluidos del sistema (Storniolo, 1999). En el centro del mensaje de Jesús está la necesidad de superar la estructura de puridades judías, en plano de lepra y sábado (Mc 1, 40-45; 2, 23-3,6), tabúes de sangre y sexo (Mc 5) o limpieza externa y comidas (Mc 7). Jesús viene a presentarse de esa forma como el limpio por excelencia, pero de otra manera, por el corazón misericordioso que se abre y entrega a los necesitados. Mateo, explica

Pikaza (2007), elabora la cristología de la pureza mesiánica, formada desde la cercanía de corazón, supera todo juicio en apertura hacia los frágiles y excluidos.

Séptima bienaventuranza

“Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mt 5, 9). La séptima bienaventuranza envía de nuevo al objeto de la práctica cristiana. Si, por un lado, la bienaventuranza consiste en misericordia, por el otro, ha de ser trabajar por la paz. En la Sagrada Escritura ‘paz’ significa la correspondida armonía entre los seres (en hebreo Shalom significa ‘armonía’). El hombre vive en paz cuando tiene la debida relación consigo mismo, con Dios, con los seres humanos y con las criaturas. La paz es principalmente un don de Dios.

Ahora bien, el don de la paz es dinámico y quien lo haya recibido debe contribuir con su protección y para que crezca la paz y la armonía en sus diversas facetas: como persona, como sociedad, como cristiano, como Iglesia. Estos aspectos están amenazados por nuestros pecados y los de los demás. Trabajar por la paz es esforzarse por conseguir un mundo más filial y más fraternal, más respetuoso con toda la creación, de acuerdo con el plan de Dios, porque los que así obran serán llamados hijos de Dios, pues serán semejantes a Él, que es un Dios de paz (Vidal, 2000).

La bienaventuranza verdadera para Jesús termina donde los seres humanos son capaces de extender la paz del reino y entregan su vida por los demás. Las bienaventuranzas, en palabras de Tassin (2006), son cristología de gozo, de dicha, camino de felicidad y esto es Cristo, lo que no admite que se identifiquen santidad con sacralidad, Evangelio con Ley, fidelidad a Dios con represión del sexo o los placeres.

Octava y novena bienaventuranza

“Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa” (Mt 5, 10-11). Las últimas dos bienaventuranzas expresan la consecuencia de la persecución. De la misma forma que Jesús se consagró a una obra de misericordia y paz, fue perseguido y llevado a la muerte por los enemigos de la paz, idéntica suerte padecerán sus discípulos (Rodríguez, 2006). En el contexto de Mateo, se piensa primordialmente en los misioneros, sucesores de los profetas, que deben anunciar la palabra de Jesús, y en los discípulos perseguidos como tales. La octava bienaventuranza expresa la causa de la persecución a partir del término “justicia”, propio de Mateo cuando designa el querer de Dios. Por ello debió formar parte de esta colección desde el primer momento (Storniolo, 1999). Así como en la bienaventuranza de los pobres de espíritu, en la octava proposición, Mateo insiste en la importancia de la persecución por causa de la justicia, sugiere el presente indicativo en lugar del tiempo futuro: “de ellos es el Reino de los Cielos”. Después se añadió la novena, que exhorta en la misma temática, con un lenguaje en segunda persona y más descriptivo. Mateo se dirige directamente a su comunidad

perseguida y la invita a asumir con alegría, sentido y esperanza, la realidad de la persecución (Ulrich, 2005).

Con Jesús deben sufrir también sus seguidores, un sufrimiento que se presenta como la raíz de la más alta felicidad (Cardona & Oñoro, 2011). No es masoquismo lo que exige Jesús o lo que prometen sus creyentes en la Iglesia, sino felicidad perfecta: la dicha mayor brota donde hombres y mujeres son capaces de soportar el dolor en paz, sin rebelarse contra Dios, sin descargar la violencia contra otros.

En esta bienaventuranza se muestra a un Jesús dichoso, que sabe dar la vida sin victimismo. No busca el dolor por el dolor, no se goza en la desdicha, sino que quiere felicidad. Pero el amor del reino lo colma de tal forma que es capaz de padecer alegremente, para bien de los demás, se deja asesinar antes que desertar en su camino de felicidad y amor (Rodríguez, 2006). El camino cristológico se convierte en itinerario de felicidad. Pikaza (2007) explica que el Evangelio no es guía de pecadores ni de perdedores (Mc 8, 31; 9, 31; 10, 32-34 par), sino de amadores y gozadores, de personas que saben hacer y ser felices desde el más profundo manantial de su existencia.

Praxis cristiana de las bienaventuranzas

En el último apartado de esta sección de estudio se presenta una propuesta de ejercicio cristiano con las bienaventuranzas y, según el Evangelio de Mateo, como proyecto de vida. Dicho itinerario permitirá al creyente integrarlo en su proyecto de vida personal con el objetivo de transformar su forma de vivir el cristianismo. Tiene que ver con una propuesta humanizadora presentada por Jesús a sus discípulos, es decir, a todo aquel que tenga a bien seguirle. Obviamente, esta invitación dependerá estrictamente de que el cristiano elija a Jesucristo, se encuentre con Él y se abra a la acción de su gracia en su vida. Se trata, por tanto, de una decisión que involucra a las personas que, en últimas, serán quienes lleguen a conocer a Dios.

La humanización del hombre comienza con una transformación de la conciencia que incluye una orientación del pensamiento y una acción nueva y comprensible del mandamiento del amor implícito en la nueva Ley y que fue proclamada por Jesús mediante las bienaventuranzas (Grün, 2005). Éste es un mandato que necesita a Dios y al ser humano. La estrategia para alcanzar y vivir este amor a Dios y al prójimo es el abandono del egoísmo y la voluntad de la entrega.

Mientras el ser humano crece más en su sensibilidad, más notable es su divinidad, con lo que la práctica cristiana se convierte en una evidencia no como producto de un esfuerzo personal únicamente y mediante la apertura, sino, también, con la gracia del amor que es capaz de transformar las cenizas en fuego.

En la época de Jesús, explica Pagola (2010), la felicidad del ser humano venía dada por el hecho de ser varón, de tener buena salud, ser casado con una mujer honesta que pudiera procrear, con hijos varones y tierras fértiles, respetado en su pueblo y observante de los ritos de la religión y de la Ley. No obstante, la felicidad de Jesús

no estaba alentada por estos esquemas de su cultura, sino que su forma de vivir era inspiradora. Ser feliz era para Jesús una nueva manera de vivir, abnegada, volcada al otro, en una relación de amor filial con Dios, por tanto, opuesta a lo corriente, a las determinaciones culturales y como signo de contradicción. Alcanzar la felicidad propia no era la meta de Jesús. El centro de su existencia era un proyecto que se constituyó en una experiencia de vida muy profunda. Jesús llamó a dicho proyecto el “Reino de Dios”. Este reino consistía en dar vida al prójimo. En este reino el prójimo, que es todo hombre, es quien asume el lugar de la Ley (Castillo, 1999).

En los Evangelios está plasmado que la felicidad de Jesús era ver felices a los demás, restituir en ellos su salud y dignidad de las que los habían despojado injusta y abusivamente. Tampoco era su propósito la búsqueda de su propio interés, sino la creación de nuevas alternativas de felicidad para toda la humanidad. Por tanto, su felicidad emanaba, principalmente, de hacer felices a los demás. “El Dios de Jesús era un “Dios feliz”, el Dios creador que mira a todas sus criaturas con amor verdadero, el Dios amigo de la vida, mas no de la muerte, más pendiente del sufrimiento de la gente que de sus pecados” (Pagola, 2010, p. 56).

La fe depositada por Jesús en ese “Dios feliz” le permitió romper con los esquemas sociales y religiosos de su época. Jesús dice que el ser humano no debe buscar la felicidad con la satisfacción de sus propios intereses, ni en la práctica interesada de su religión, sino que alcanzará la felicidad cuando consiga dedicarse honesta y humildemente a la construcción de un mundo más humano y más inclusivo.

En el momento que Jesús sube a la montaña y se sienta para proclamar las bienaventuranzas, encuentra una gran cantidad de personas en aquel lugar, pero sólo los discípulos son los que se acercan a Él para escuchar más de cerca su mensaje (Cardona y Oñoro, 2011). Si se es discípulo de Jesús, cuando éste se acerca a Él, ¿qué es lo que busca o espera escuchar?

Así, felices “los pobres de espíritu”, buscan profundizar y reflexionar no en la pobreza sino en el hecho de llegar a ser realmente pobres y pobres de espíritu. Es decir, a lograr vivir en total abandono y confianza en la voluntad del Padre. Ser pobre invita a estar en una continua actitud de solidaridad con el hermano que lo necesite. Cuando esto se comprenda el discípulo podrá ser más humano y más feliz.

Bienaventurados “los sufridos o afligidos”, dichosos los cristianos llenos de mansedumbre, que son capaces de no violentarse frente al dolor. Ellos heredarán la tierra. Si se logra esto, se convivirá y se vivirá en verdadera paz (Pikaza, 2007).

Dichosos “los que lloran”, porque están padeciendo sufrimientos y marginación injustamente. A ellos se les puede proponer la construcción de un mundo más solidario, más digno, fraterno y humano (Pagola, 2010). Bienaventurado el cristiano que padece por ser fiel a Jesús porque un día será consolado por Dios.

Bienaventurados “los que tienen hambre y sed de justicia”, felices aquellos que luchan por ser más justos, que tienen intenciones de hacer un mundo más digno. Felices “los misericordiosos”, aquellos que comprenden el significado etimológico de esta palabra (miserere: miserias/cordis: corazón), es decir, aquel que siente las

miserias o desdichas del que sufre, o también el que es capaz de llevar en su corazón las miserias del otro que sufre. Éstos viven, trabajan y actúan movidos por la misericordia (Kapkin, 2003). Son los que aquí en la tierra se asemejan más a Dios. Dichoso el cristiano que sabe perdonar en lo profundo de su ser porque obtendrá misericordia. Bienaventurados los que conservan su corazón limpio de engaños, odios, resentimientos e intereses ambiguos. Se puede confiar en ellos para construir el futuro. Dichosos “los que trabajan por la paz” y lo hacen con paciencia y fe, buscan el bien para todos.

Felices aquellos que no se desaniman frente a las dificultades y obstáculos. Son importantes para renovar la convivencia. Bienaventurado el cristiano que desea y experimenta la reconciliación y no el enfrentamiento, la paz y no la discordia, ése será “hijo de Dios” (Cardona & Oñoro, 2011).

Felices los que, a pesar de ser “perseguidos a causa de la justicia”, responden con mansedumbre a los agravios e injusticias. Con ellos se puede vencer el mal a fuerza de bien (Pagola, 2010). Dichoso el cristiano perseguido porque su vida habla de seguimiento a Jesús y de éstos es el reino de Dios.

Hoy y siempre se ha visto con dificultad la vivencia de estos presupuestos contenidos en las bienaventuranzas, porque ellas son paradójicas en su interior y en este tiempo postmoderno parecen serlo aún más. Sin embargo, todo el que se acerca a las bienaventuranzas de Jesús manifiesta que su contenido es inagotable. Continuamente le suscitan resonancias nuevas. Siempre se encuentra en ellas una luz distinta para el momento que se esté viviendo.

La gran dicha es que Jesús regala a Dios como garantía de la felicidad humana. Todo aquel que viva con la inspiración de este proyecto de vida un día “será consolado”, “quedará saciado de justicia”, “alcanzará misericordia”, “verá a Dios” y disfrutará por siempre en su reino.

En las bienaventuranzas hay algo que es evidente: Dios es de los pobres, los oprimidos, los que lloran y sufren. Dios nunca se ha mostrado indiferente o insensible al dolor humano.

Pagola (2010) explica que son múltiples los estudiosos que observan un aumento progresivo de la apatía en la sociedad moderna. Según ellos, parece estar aumentando la incapacidad para percibir el sufrimiento del otro. De varias formas se va evadiendo la relación y el contacto con los que sufren. El hombre levanta murallas que lo separan de la experiencia y de la realidad del dolor ajeno. Se evita o se mantiene a distancia el sufrimiento. Se inquieta por lo propio y se vive en ese mundo cerrado y privado.

Además, la forma como se encuentra organizada la vida moderna parece influir en la soledad de las personas y en disimular la miseria porque se oculta el sufrimiento. No se palpa la desesperación y la soledad del que vive próximo al hombre o mujer. Cada uno se apresura por sus ocupaciones, sin tiempo para detenerse ante aquel que sufre (Pagola, 2010).

En este contexto donde se palpa una apatía social, la fe cristiana en un “Dios que sufre con los que sufren”, el Dios de las bienaventuranzas cobra un nuevo sentido. De allí se infiere que la única forma de traspasar estas fronteras consiste en compartir el dolor con los que sufren y no abandonarlos a su suerte.

En la fe cristiana la moral no es un intento por cumplir con unas leyes impuestas arbitrariamente por Dios. Antes bien, si Él quiere que se escuchen las exigencias morales que están dentro del corazón es porque su cumplimiento es bueno para el hombre y la mujer y, más allá, en vista de que la moral cristiana se fundamenta en el seguimiento a Jesucristo, quiere decir que la vida bienaventurada de Cristo es una promesa certera para todo el que le sigue, especialmente en su opción de amor incondicional, a imagen y semejanza de Dios. Dios no prohíbe lo que es bueno para el ser humano ni obliga aquello que puede ser perjudicial, sólo busca su bien, su felicidad (Vidal, 2000).

Ser cristiano es, para Martínez (2007), saber vivir en el camino abierto por Jesús. Si se quiere ir hacia la felicidad se debe tener presente que las bienaventuranzas constituyen el núcleo más significativo y escandaloso de este camino y se tiene que ir con corazón humilde y transparente, con hambre y sed de justicia, es preciso construir la paz con entrañas de misericordia y tolerar el peso del camino con mansedumbre.

Por un lado, el tono fuertemente paradójico de las bienaventuranzas puede desconcertar. Por otro, la promesa que encierran cautiva, puesto que brindan una respuesta a ese tejido que hay en lo más profundo del ser.

A los cristianos suele olvidárseles que el Evangelio es un llamado a ser felices, no de cualquier forma, sino por los caminos que propone Jesús y que son totalmente distintos a los que ofrece el mundo de lo fácil.

En la sociedad que vivimos, al cristiano le agrada su forma de vivir, aunque sienta que no le hace feliz, comienza a experimentar que la felicidad no está en la prosperidad. Pagola (2010), expresa que la civilización de la abundancia promete medios de vida pero no razones para vivir. La pregunta es si el cristiano no podrá ser más feliz cuando sepa necesitar menos y compartir más.

Conclusiones

El Sermón de la montaña y en especial las bienaventuranzas, deben interpretarse no como un código de leyes, al menos ésta no es la intención del Evangelio, sino, por el contrario, como un compendio de palabras dichas por Jesús, destinadas a dar una orientación a la conducta de los discípulos. Lo que interesa es propiciar una nueva disposición interior para que esa apertura se convierta en guía y motor de la acción. Ahora bien, Jesús no fundó ningún sistema de ley ético o moral. Él, frente a la Ley judía, muestra una libertad particular y esto lo hace porque posee una nueva imagen de Dios. Jesús, cuando proclama las bienaventuranzas, trasciende cualquier intención moral y su única ley es que los seres humanos se amen como él los ama y puedan encontrar la felicidad.

Por su parte, la felicidad es tratada por las bienaventuranzas sin excluir la contrariedad ni el sufrimiento. Las personas son declaradas felices ahora en virtud del porvenir que tienen delante.

Con respecto a los mandamientos, decía Exeler (1992), son Palabra de Dios que nos interpela. La Ley, por el contrario, tiene que ver con instrucciones humanas. El decálogo debe ser entendido como pauta u orientación para vivir el amor y la libertad y no como una ley jurídica.

Si bien Jesús no intentó abolir ni una sola letra de la Ley (Mt 5, 17-19), sí buscó llevarla a su plenitud. Para Él primero fue la persona, la restauración de su dignidad y su felicidad. Y éstas fueron las prioridades que lo impulsaron en su proceder, por eso, le dio perfección y actualización a la Ley antigua basada en los mandamientos para establecer la nueva alianza fundamentada en las bienaventuranzas.

Por otro lado, el mandamiento del amor, a pesar de no ser frecuente en palabras de Jesús, si se hace lectura atenta del conjunto del Nuevo Testamento, permite suponer que es quien constituye el mensaje esencial de su enseñanza y forma parte de la base de la praxis de las bienaventuranzas.

El primer mensaje de Jesús comienza con una invitación a la alegría; el segundo exhorta a colaborar con la acción salvadora del reino presente, a fin de alcanzar la consumación del reino por venir, que surge con varios sinónimos: poseer la tierra, consuelo, saciedad, ver a Dios, recibir misericordia, ser llamados hijos de Dios.

Por otra parte, la humanización del hombre comienza con una transformación de la conciencia que incluye una orientación del pensamiento y una acción nueva y comprensible del mandamiento del amor implícito en la nueva Ley y que fue proclamada por Jesús mediante las bienaventuranzas (Grün, 2005).

Alcanzar la felicidad propia no fue la meta de Jesús. El centro de su existencia era un proyecto que se constituyó en una experiencia de vida muy profunda. Jesús llamó a dicho proyecto el “Reino de Dios”. Este reino consistía en dar vida al prójimo. En este reino el prójimo, que es todo hombre, es quien asume el lugar de la Ley (Castillo, 1999). En los evangelios está plasmado que la felicidad de Jesús era ver felices a los demás por restituir en ellos su salud y dignidad de las cuales los habían despojado injusta y abusivamente.

Con la interpretación de las bienaventuranzas se resume que los “pobres de espíritu” son aquellos que logran vivir en total abandono y confianza en la voluntad del Padre. Además, el ser pobres invita a estar en una continua actitud de solidaridad con el hermano que lo necesite. “Los sufridos o afligidos” son aquellos cristianos llenos de mansedumbre, que son capaces de no violentarse frente al dolor. “Los que lloran” son los que padecen por ser fieles a Jesús, algún día serán consolados por Dios. “Los que tienen hambre y sed de justicia”, son aquellos que luchan por ser más justos, que tienen intenciones de hacer un mundo más digno. “Los misericordiosos” sienten las miserias o desdichas del que sufre, o aquellos capaces de llevar en su corazón las miserias del otro que sufre. Los que conservan

su corazón limpio de engaños, odios, resentimientos e intereses ambiguos. Se puede confiar en ellos para construir el futuro. “Los que trabajan por la paz” y lo hacen con paciencia y fe, buscan el bien para todos, son aquellos que no se desaniman frente a las dificultades y obstáculos. Son importantes para renovar la convivencia. “Los perseguidos a causa de la justicia”, responden con mansedumbre a los agravios e injusticias. Con ellos se puede vencer el mal a fuerza de bien (Pagola, 2010). Dichoso el cristiano perseguido porque su vida habla de seguimiento a Jesús y de éstos es el reino de Dios.

Se sintetiza este estudio con la manifestación de que es un camino exigente pero no imposible de vivir. Jesús vivió plenamente este programa de vida en toda su vida pública e invita a hombres y mujeres, de forma especial, a reflexionar y a profundizar en el mensaje que se encuentra escondido entre líneas en las bienaventuranzas. Así como Dios ama incondicionalmente, el cristiano está llamado a amar a sus hermanos de la misma manera. Son actitudes que evidencian este amor el perdón, la misericordia, el abandono y la confianza en Dios, la mansedumbre, el ser sensibles al dolor del otro, el trabajo por la justicia y la paz, la pureza de corazón que empieza con tener una mirada limpia ante el hermano y asumir la persecución por vivir de esta forma tan contradictoria para la sociedad en la que se vive, es el llamado de Jesús a través del programa de vida de las bienaventuranzas.

La idea es vivir el mandamiento del amor sin temor al qué dirán, sin dejar que los distintos fenómenos de la sociedad actual afecten de tal manera que se olvide el Evangelio expresado en las bienaventuranzas y se roben la dicha de vivir como bienaventurados.

La santidad en la Iglesia. Un convertido llega a conclusiones muy edificantes...

Y aquí ubico un breve pero muy interesante texto de Carlos Caso-Rosendi ³⁷ (2021)

Primeramente una breve biografía

No soy teólogo ni filósofo. ¿Qué hago entonces escribiendo una nota sobre la Iglesia Católica? La respuesta la encuentro en una experiencia que no es muy común que digamos: crecí en una familia de Testigos de Jehová y mi vida fue afectada por muchos años de adoctrinamiento jehovista y por las demandas extremas que esa religión pone sobre sus creyentes. Por una especial gracia de Dios un día acepté la religión Católica y tuve ocasión de defender la fe recientemente adquirida y de dar

³⁷ El apologista católico Carlos Caso-Rosendi, colaborador de la web Vox Fidei, y responsable del blog “Iglesia y sociedad” en el portal español de información religiosa Religión en Libertad, ha publicado una serie de cinco artículos sobre los testigos de Jehová, secta a la que perteneció. (Wikipedia)

aviso a otros sobre las consecuencias de prestar atención a cultos religiosos extremistas.

Volviendo al tiempo en el que me separé de los Testigos de Jehová, recuerdo una conversación que tuve con uno de los 'ancianos'. Por ese entonces yo había presenciado involuntariamente cierto hecho escandaloso. La manera en que los 'ancianos' de la congregación se ocuparon de este asunto fue mas bien inapropiada. Al ver esto fue tal mi indignación que prontamente cesé de asociarme con los Testigos.

Al tiempo uno de los 'ancianos' vino a visitarme. Dijo que le preocupaba mi ausencia. El escándalo pasado vino a la conversación y el hombre no pudo encontrar ningún argumento, bíblico o de otra clase, que justificara las acciones de sus pares. Entonces me dijo: *“Dios en su sabiduría nos permite ser obedientes a una organización imperfecta de tal modo que nuestra fe se hace perfecta por medio de obedecer a hombres imperfectos”*.

Le contesté: *“Buen argumento. El único problema con él es que, si es certero, debiéramos todos ser católicos. Porque la Iglesia Católica es la organización imperfecta que estaba históricamente primero y debiéramos habernos adherido a ella sin falta”*. Esto era un simple contraargumento. En esos tiempos ni se me ocurría que algún día yo pudiera llegar a ser católico.

El anciano no podía creer lo que estaba escuchando y respondió: *“Ya te estás expresando como un apóstata”*. Pocos minutos después se retiró. Nunca lo volví a ver. Siete años más tarde me convertí al catolicismo. Me tomó un largo tiempo el darme cuenta de la importancia de esa conversación.

Un desafío a un artículo fundamental de la fe

Nosotros los católicos profesamos nuestra fe en *“Una, Santa, Iglesia Católica...”*. El significado de la frase es más bien obvio para todo cristiano católico. Estoy seguro de que se podría escribir un largo tratado sobre las implicaciones de esta corta frase. No es mi intención hacer eso. Uno no tiene que estudiar mucha historia para darse cuenta que la Iglesia ha durado ya veinte siglos a pesar de sus humildes orígenes. Uno no puede negar que la Iglesia es 'una' a pesar de haber sido puesta en peligro por presiones externas o por las luchas internas por el poder. Del mismo modo la universalidad implícita en la palabra 'católica' es todavía evidente; la Iglesia está activa en todo el mundo desde la China hasta América y es el hogar espiritual de hombres y mujeres de todas clases.

Una y Católica son cosas fáciles de aceptar. Es la palabra 'santa' que la gente de nuestro tiempo encuentra problemática. Para algunos ese adjetivo es causa de incomodidad.

Existe una larga lista de gente con quejas justificadas e injustificadas contra la Iglesia. Tenemos, es cierto, el lamentable registro de ciertas épocas pasadas.

Dolorosos errores que hasta el Concilio Vaticano II ha tenido que admitir. Recientemente hasta el Papa, S. S. Juan Pablo II ha pedido perdón públicamente delante del mundo entero por las faltas de la Iglesia. La historia de la Iglesia está tan llena de estos hechos vergonzosos que algunos de sus enemigos no tienen empacho en identificarla con la mujer vestida de escarlata que se describe en la Revelación a San Juan. Nosotros los católicos por supuesto no estamos de acuerdo con tal cosa, pero de todas maneras eso nos da una idea de la resistencia que la Iglesia puede encontrar en el mundo de hoy.

La “Una Iglesia Católica” es frecuentemente un obstáculo para muchos que quisieran creer que en algún lado existe una santa iglesia de Cristo. Algunos declaran que es un tropiezo por su larga historia de conflictos internos y porque ha pecado por comisión y omisión, a veces contra los mismos a quienes se supone que debe proteger, sostener y abrigar.

Hay muy pocos argumentos que se puedan usar contra este tipo de razonamiento. Mi problema con esta postura es su mismo origen. Detrás de la triste letanía de acusaciones hay siempre un buen grado de amargo rencor. Una amargura que se puede comparar con la amargura del amante que ha sido engañado por su amada. No hay esperanza para esta alma en hiel porque ya no es posible ver de nuevo la inocencia original en el rostro del ser querido. *“¡Ah si todo pudiera volver a ser como en los primeros días!”* Se queja.

El asunto de la santidad requiere entonces una mejor comprensión. Dicho simplemente creemos que la Iglesia es santa no porque todos sus miembros sean seres humanos perfectos que viven en absoluta santidad. Lo que creemos es que Dios puede hacer a una persona santa sin importar cual fuera la condición original de esa persona. Creemos que puede repetir esta operación día tras día... Al formar una Iglesia de gente imperfecta y pecadora Dios hace evidente la curiosa paradoja de Su santidad morando en medio de la más ostensible imperfección. Esto es lo que los católicos llamamos gracia, la habilidad de Dios de formar un vaso perfecto con el barro del que estamos hechos. En cierta forma la Iglesia nos recuerda esta paradoja de la gracia: no somos llamados porque somos mejores que el resto de los hombres. Somos llamados porque no somos mejores y por lo tanto nuestra presencia en la Iglesia realza y hace evidente la gracia de Dios.

Cuando Jesús estuvo en la tierra fue duramente condenado por aquellos que podían ver en Él los elementos de la santidad, los milagros y la justa y recta vida que Jesús llevó. ¿Por qué? Esas gentes no veían que Jesús juzgara en justicia. El aspecto judicial de la santidad brillaba por su ausencia en este nuevo profeta, Jesús. Para hacer el asunto aún más escandaloso Jesús parecía disfrutar la compañía de aquellos condenados por la sociedad de aquel tiempo. Jesús atraía a los pecadores y los iniciaba en los caminos de la santidad. En cierta forma podemos decir que es esa mismísima característica de la personalidad de Jesús la que hace que Él nos atraiga tanto en los Evangelios. No creo que lo respetaríamos más si Él hubiera sido un juez implacable que trajera castigo divino sobre los pecadores de Su tiempo.

Para explicar este punto me gustaría usar, tomándome algunas libertades, una parte bien conocida del Evangelio de San Juan. Cuando la muchedumbre trae a la mujer adúltera delante de Cristo y declara: “*¡Moisés nos dijo que apedreáramos a mujeres como ésta!*”

Imaginemos (es solamente un ejemplo) que la mujer representa a la Iglesia y que la muchedumbre representa a aquellos que condenan la Iglesia. Jesús admite el hecho de que la Ley condena el adulterio en términos muy estrictos. Sin embargo Jesús decide enfocar la atención de la multitud en algo que todos los presentes tienen en común delante de Jesús: el pecado.

La invitación de Jesús a inspeccionarse y practicar un poco de examen introspectivo tiene un extraño resultado. Todos se van dejando al Maestro y a la mujer solos. Después de un tiempo Jesús pronuncia Su juicio: “*Yo tampoco te condeno. Ve en paz y ya no peques.*” El tiene la autoridad de hacer eso porque El es mayor que Moisés y elige apuntar al papel que la gracia divina tiene en resolver el problema del pecado humano.

Ambos, la Iglesia y sus acusadores tienen en común el elemento del pecado. Es Jesús el que pone el pecado en evidencia y graciosamente lo perdona.

Los sacramentos hacen santa a la Iglesia

Evidentemente la Iglesia no está representada por la adúltera. Hemos usado eso como un ejemplo para ilustrar cómo Jesús trata con el pecado. Hay una gran diferencia entre la adúltera y la Iglesia y es que la misión de la Iglesia es una misión santa. La Iglesia es un receptáculo imperfecto que contiene un número de elementos santos. Estos santos elementos es lo que llamamos los Sacramentos.

Si los Sacramentos estuvieran ausentes de la Iglesia no habría nada que justificara la existencia de la Iglesia. Si los Sacramentos no tuvieran una Iglesia dónde morar... es difícil imaginar cómo pudieran ser adecuadamente honrados y preservados. Los Sacramentos son lo que hace que la Iglesia sea un vehículo santo. Por eso es que el Cristianismo no puede ser una mera filosofía de vida que los hombres eligen para guiarse sin asociarse jamás con la Iglesia.

Cuando alguien insiste en condenar amargamente las obvias imperfecciones de la Iglesia, esa misma amargura revela la clase de orgullo que solamente puede abrigar alguien que se cree más justo que los demás. Esa modalidad de creerse mejor y con derecho a condenar no acepta y no cree necesitar el consuelo de los Sacramentos. Cualquiera puede acusar y criticar... pero ¿quién puede edificar en amor?

¿Debiéramos entonces aceptar todo tal cual es y aceptarlo pasivamente? Quizás pudiéramos tener un papel más activo en la lucha entre el pecado y la santidad. Debemos recordar que también nosotros somos parte integral de la Iglesia. Si permitimos que Dios aumente nuestra santidad por extensión estaremos ayudando

a aumentar la santidad dentro de la Iglesia. Es digno de destacar que han surgido santos en muchas de las épocas en que la jerarquía eclesiástica pareciera haber perdido el rumbo de la fe. Es cierto que no somos una Iglesia compuesta exclusivamente de santos pero podemos dar testimonio de que Dios en su gracia le da a la Iglesia el regalo de Su santidad si hacemos lugar para ella en nuestra propia vida.

La santidad y el mandamiento del amor

Y ahora un corto artículo del sacerdote salesiano Luis Fernando Gutiérrez Cuesta (2017)

La santidad es cumplir el mandamiento del amor

Cristo nos revela el misterio del Padre y de su Designio amoroso y también revela el misterio del hombre y de la verdadera vocación humana. Obedeciéndolo a Él, siguiéndolo a Él, encontraremos pues el camino para nuestra verdadera plenitud, para la santidad que es un llamado para todos, pues «todos los fieles, de cualquier estado o grado, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad». Buscando pues hacer lo que Él nos dice (ver *Jn 2,5*) nos encontramos con el mandamiento del amor que de alguna manera resume todo lo que se nos pide en el Evangelio pues «toda la Ley evangélica está contenida en el “mandamiento nuevo” de Jesús (*Jn 13,34*) y es justamente en lo que consiste la santidad: amarnos los unos a los otros como Él nos ha amado (Ver *Jn 15,12*)». Como dice san Gregorio: «Estando todas las palabras del Señor llenas de preceptos, ¿por qué hace del amor como un especial mandato, sino porque en el amor radica todo mandato? ¿No pueden todos los preceptos reducirse a uno, supuesto que todos se basan en la caridad?». Y es que efectivamente como dice san Agustín: «Donde la caridad está, ¿qué es lo que puede faltar? En donde ella no existe, ¿qué puede haber de provecho?».

Jesús es el modelo o paradigma de santidad, de la vivencia del amor

Jesús da la medida del amor

Tratando de seguir ese mandato del amor descubrimos que el Señor se propone a sí mismo como medida de ese amor. En efecto, «Su persona viene a ser, por obra del Espíritu, la norma viva e interior de nuestro obrar» y «Él mismo nos enseña que el corazón de la santidad es el amor, que conduce incluso a dar la vida por los otros (Ver *Jn 15,13*). Por ello, imitar la santidad de Dios, tal y como se ha manifestado en Jesucristo, su Hijo, no es otra cosa que prolongar su amor en la historia». Se puede decir «que el amor hacia Dios y hacia el prójimo sea la característica distintiva del verdadero discípulo de Cristo».

¿Cuál es la medida del amor de Cristo?

Pero ¿cuál ha sido la magnitud de este amor? ¿Cómo nos ha amado el Señor Jesús? Cristo nos amó hasta el extremo, hasta el extremo de entregarse dando su vida por nosotros porque «tanto en el sufrimiento como en la muerte, su humanidad se hizo el instrumento libre y perfecto de su amor divino que quiere la salvación de los hombres (Ver *Hb* 2,10.17-18; 4,15; 5,7-9). En efecto, aceptó libremente su pasión y su muerte por amor a su Padre y a los hombres que el Padre quiere salvar: “Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente” (*Jn* 10,)». Por lo tanto «así como Jesús, el Hijo de Dios, manifestó su caridad ofreciendo su vida por nosotros, nadie tiene un mayor amor que el que ofrece la vida por Él y por sus hermanos». «El martirio, por consiguiente, con el que el discípulo se asemeja al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, y se conforma con Él en el derramamiento de su sangre, es considerado por la Iglesia como un supremo don y la prueba mayor de la caridad» y aunque son pocos los que tienen que llegar al derramamiento de la sangre, corresponde a todos los que quieren obedecer el mandato del Señor y ser santos, amar en todo hasta el extremo de entregar la vida según las exigencias de la propia vocación y circunstancias.

¿Cómo se puede lograr esto?

El Espíritu Santo ama en nosotros

Pero ¿es posible para los cristianos, con sus solas fuerzas, amar de verdad de la misma manera [=κατω] en que Cristo nos amó? Evidentemente no y por eso es enviado «el Espíritu Santo, que los mueva interiormente, para que amen a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas (Ver *Mc* 12,30) y para que se amen unos a otros como Cristo nos amó (Ver *Jn* 13,34; 15,12)». Es el Espíritu quien ama en nosotros y por eso el amor, la caridad, es una virtud teologal, un don que viene de Dios.

Cooperar para crecer en el amor

Este don, sin embargo, requiere nuestra cooperación pues para que el amor «crezca en el alma como una buena semilla y fructifique, debe cada uno de los fieles oír de buena gana la Palabra de Dios y poner por obra su voluntad con la ayuda de la gracia, participar frecuentemente en los sacramentos, sobre todo en el de la Eucaristía, y en otras funciones sagradas, y aplicarse de una manera constante a la oración, a la abnegación de sí mismo, a un fraterno y solícito servicio de los demás y al ejercicio de todas las virtudes».

Santidad y edificación de la Iglesia

Y para terminar esta parte les ofrezco el artículo de Ramiro Pellitero Iglesias ³⁸ (2004) sobre cómo la santidad edifica la Iglesia.

³⁸ Ramiro Pellitero Iglesias nace el 13 de enero de 1956 en León. Licenciado en Medicina y cirugía por la Universidad de Santiago de Compostela. Doctor en Teología por la Universidad de Navarra. Profesor Agregado

La Iglesia «hace» los santos, se lee en la portada de algún libro, o en los titulares de la prensa, cuando se habla de las canonizaciones con interés quizá un poco polémico. Ciertamente, es la Iglesia la que los declara santos, después de haberlos engendrado a la vida de la gracia y haberles facilitado el alimento continuo de la fe, los sacramentos y los demás dones divinos. La Iglesia, en cierto sentido, hace los santos. Y los santos, ¿«hacen» la Iglesia? Para responder a esta pregunta hay que proceder con cautela, pues propiamente no es la oración y menos la acción externa de las personas las que «hacen» la Iglesia, sino la Trinidad, que preside su edificación. Pero la Trinidad ha querido que, en una inefable «sinergia», los cristianos colaboren en la edificación de la Iglesia. Vista desde este ángulo, la santidad de las personas tiene que ver con la edificación de la Iglesia.

La santidad es siempre *in Christo et in Ecclesia*. Y al revés, la acción eclesial (o con más profundidad, su edificación) es un aspecto esencial del Misterio cristiano. En efecto, ese Misterio se expresa, entre otras imágenes (pueblo o familia en peregrinación, vida de un cuerpo, siembra o trabajo de agricultura, etc.) con el término y la metáfora de la «edificación», y así lo hizo también el Concilio Vaticano II. Este recurso simbólico es empleado frecuentemente por los Padres y el magisterio de la Iglesia, y remite inequívocamente a la santidad, tanto de la Iglesia en cuanto tal como de los cristianos. Una perspectiva adecuada de la «edificación» de la Iglesia lleva a superar toda visión que quisiera reducir su «edificación» a la «acción» o a las actividades externas. En estas páginas nos proponemos mostrar los elementos histórico-teológicos fundamentales para la comprensión de la «edificación» en el marco del misterio cristiano.

Lo que se diga en este tema es fundamental para una historia de la espiritualidad que sea consciente de su dimensión eclesiológica. Siendo un tema tradicional, sin embargo el Concilio Vaticano II entró mucho más a la edificación de la Iglesia en su Misterio, al sobrepasar una visión del tema en perspectiva pastoral en sentido estricto. La edificación de la Iglesia no es sólo la atención de la comunidad parroquial por parte del sacerdote o del equipo de sacerdotes. Es tarea propia de todos los cristianos (cfr. LG 32), secundando la acción de Cristo y el Espíritu Santo.

El presente trabajo tiene dos partes. En la primera se trata de comprender la acción eclesial en la perspectiva del misterio cristiano, para lo que se ofrece una panorámica bíblica e histórica, hasta llegar a San Agustín. La segunda parte, después de perfilar la relación entre la edificación de la Iglesia y la santidad —con

en el departamento de Teología sistemática de la Universidad de Navarra. Profesor de Eclesiología y de Teología pastoral. Ha sido investigador en la Catholic University of America (Washington, D.C.). Miembro de la Catholic Theological Society of America. Ha escrito entre otros los siguientes libros: *La teología del laicado en la obra de Yves Congar* 1996, *Sacerdotes seculares, hoy: planteamientos, reflexiones y propuestas sobre la "secularidad" de los presbíteros* 1997, *Teología pastoral. Panorámica y perspectivas: una eclesiología práctica al alcance de todos* 2006, *Ser Iglesia haciendo el mundo: los laicos en la nueva evangelización* 2007, *Al hilo de un pontificado: el gran sí de Dios* 2010. *La sinfonía de la fe: redescubrir el Catecismo de la Iglesia Católica* 2013. Se dedica especialmente a los ministerios y los carismas en la Iglesia, y al trasfondo cultural e ideológico de la catequesis contemporánea. (Wikipedia)

particular atención a las ideas de Santo Tomás de Aquino—, se pregunta por el significado de una «pastoral» de la santidad en nuestro tiempo.

1. La acción eclesial en la perspectiva del misterio cristiano

La acción eclesial participa del «Misterio cristiano». En el sentido dominante en la teología católica occidental hasta hace poco tiempo —sobre todo en el ámbito de la teología fundamental— el término «misterio» remite a aquellas realidades (verdades de la fe) no abarcables con la razón humana, y que conocemos por la Revelación. Que sean inabarcables no significa que sean absurdas; más aún, la fe invita a reflexionar sobre ellas en orden a profundizar en su significado, siempre fecundo para la vida cristiana. En un sentido primordialmente bíblico, la expresión «misterio cristiano» alude a la formulación paulina de la historia de la salvación. Para San Pablo, la creación está ya orientada hacia la Iglesia, como primer acto de la manifestación histórica del «misterio de Dios», manifestación que tiene su culmen en el «misterio de Cristo»; es decir, en la realidad de que Cristo muere por todos y, en esa muerte, todos han muerto a sí mismos, para vivir Su vida, en Él y para Él.

Según *Gaudium et spes*, el hombre permanece, durante la historia, como una cuestión no resuelta, a la que sólo Dios puede dar plena y enteramente una respuesta certera (cfr. GS 21). Esa respuesta tiene un nombre: Jesucristo. Él es la clave, el centro y la meta de toda la historia humana, a cuya luz el misterio del hombre puede ser interpretado (cfr. GS 10, 45).

Pues bien, el misterio del cuerpo de Cristo crucificado pasa a ser, tras la resurrección, en expresión de Schlier, el misterio del «cuerpo salvífico» de Cristo, que se edifica como «templo santo en el Señor» (Ef 2, 19ss.). Hay por tanto, como subrayó Daniélou, un único Misterio de Cristo, que tiene diversas etapas, siendo el Misterio de la Iglesia continuación y despliegue del único Misterio de Cristo. La Iglesia surge del misterio salvífico de Dios en Cristo, lo posee en su centro y lo transmite, creciendo a partir de él con la fuerza del Espíritu Santo, y lo testimonia con toda su existencia.

En realidad, el Misterio cristiano, cuyo centro es la Pascua del Señor, coincide en la historia con la edificación del misterio de la Iglesia. Ese misterio ha sido revelado históricamente para mostrar, en su misma revelación, su condición esencial (la dinámica histórica) y la finalidad de su autorrealización (la salvación).

Ya el mismo ser de la Iglesia se estructura salvíficamente, según Pablo, por medio del evangelio y de signos eficaces, con ayuda de los servicios ministeriales y de los carismas. El evangelio, por la palabra apostólica, proclama y actualiza la realidad de la cruz (cfr. 2 Cor 4, 2). Gracias al bautismo, los cristianos se incorporan al acontecimiento salvífico de Cristo, como «piedras» que entran en la construcción del «templo de Dios» (Ef 2, 20ss.), construcción que se manifiesta más plenamente en la actualización de la muerte sacrificial en el banquete del Señor (cfr. I Cor, 10 y 11). La verdad salvífica oculta en el misterio de Dios se manifiesta, en suma, en la edificación de la Iglesia, que se realiza por medio de los apóstoles y de los discípulos, en una articulación de servidores y servicios.

a) *La edificación de la Iglesia se realiza «in Mystero».*

Detengámonos en esta imagen de la «edificación», primero en su uso en el Antiguo Testamento y luego en el Nuevo. Evocaremos posteriormente algunos hitos históricos, que la teología que desemboca y profundiza en el Vaticano II subraya, en relación con el pensamiento de San Agustín y de Santo Tomás de Aquino.

1. En el Antiguo Testamento el término «edificar» (de raíz hebrea bnh) se utiliza tanto en el sentido propio de construcción (el templo: 1 Re 6, 1; un altar: Gn 8, 20; una casa: 33, 17; una ciudad: 4, 17), como en sentido figurado (edificación de una familia: 2 Sam 7, 12; edificación de Eva: Gn 2, 22; de una madre por los hijos que trae al mundo: Gn 16, 2; 30, 3; de la dinastía de David: 2 Sa 7, 11; de la casa o el pueblo de Israel: Jer 12, 16; 24, 6; 31, 4). En el transcurso se señala el papel decisivo de la acción divina: «Si no fuera el Señor quien construye la casa, inútilmente se afanan los canteros» (Sal 127, 1).

Dios bendice las obras de los hombres, las «edifica». Si el hombre se olvida de Dios, Él destruirá la obra humana (el paradigma es Babel: Gn 11, 1-9). Pero aún en el peor de los casos, Dios sigue haciendo obra de construcción, tanto en el sentido material como en el sentido de la restauración del pueblo (por ejemplo: Is 49, 19-21). Ese obrar de Dios produce un nuevo edificio o un nuevo pueblo, fundado esencialmente sobre una piedra angular especialmente escogida (Is 28, 16; Zac 4, 7), que, sin embargo, desecharon los obreros porque les molestaba, a pesar de que recogía toda la riqueza de la primera construcción (Sal 118, 22). El sentido espiritual de la edificación se abre definitivamente con Jeremías (vid. Jer 24, 5-7; 30, 18ss.; 31, 4; etc.).

2. En el Nuevo Testamento, tal como muestran los estudios de Schlier, el término oikodome (edificación, construcción), además de su sentido propio, se sitúa en un ámbito donde destacan tres aspectos:

a) Cristo es el «único fundamento» (Hech 4, 11), la piedra angular con la que Dios construye su obra maestra⁸ (Ef, 2, 20), el nuevo Templo que Cristo mismo edifica (1 Cor 3, 9ss.; Jn 2, 19ss.).

b) La Iglesia es como un edificio que Jesús construye (Mt, 16, 18), discerniendo los materiales para la edificación y confiando a los apóstoles⁹ esa misma capacidad de discernimiento (cfr. Ef 2, 18-22; 4, 11, 15ss.); la edificación se realiza «sobre el cimiento de los apóstoles y de los profetas»¹⁰ (Ef 2, 20).

c) Los cristianos son «piedras vivas» de un templo espiritual (la Iglesia), constituidos en sacerdocio santo para ofrecer sacrificios espirituales (cfr. 1 Pe 2, 5ss.).

Aunque poner el fundamento de esa edificación —Cristo— corresponde principalmente a los apóstoles (cfr. 1 Cor 3, 10), todos son constructores —en realidad, colaboradores con Dios— de la Iglesia, cuerpo de Cristo¹¹. Lo son los «profetas, evangelistas, pastores y doctores» (Ef 4, 11), y más ampliamente todos los «santos», que son a la vez «campo de edificación de Dios» (1 Cor 3, 9). Es una obra común, en la que se da una edificación mutua (1 Cor 3, 12 y de modo más

desarrollado los capítulos 12s; 1 Tes 5, 11; Rom 14, 19; Ef 4, 16), y que requiere el discernimiento de los carismas.

En último término, el edificio es la ciudad santa, la nueva Jerusalén (Ap 21, 2), que recoge la labor de todos sus santos; la esposa engalanada por «las buenas acciones de los fieles» (Ap 19, 8), que reflejan la luz de la gloria divina (21, 19-23). Todo es obra de Dios y al mismo tiempo construcción de los santos. La calidad de la contribución de cada uno quedará patente en el día final, en que será probada como por fuego (1 Cor 3, 13)¹². Esa construcción es el templo santo en el que habita el Espíritu de Dios (cfr. I Cor, 3, 16ss.). Por tanto, la edificación tiene una relación intrínseca con la santidad de la comunidad cristiana (cfr. 1 Cor 1, 2) y su unidad.

3. Los estudios acerca de los primeros escritores cristianos y los Padres de la Iglesia se hacen eco de este modo de hablar (la «edificación»). Aparece en el Pastor de Hermas, limitado a una comparación moral. Los autores alejandrinos redescubren el aspecto litúrgico-cultural. Barnabé reaviva el sentido espiritual de la imagen, que remite a la conversión personal.

Orígenes emplea el término edificación en relación con la Iglesia y el alma. Con referencia a la primera carta de San Pedro y a la primera de San Pablo a los Corintios, subraya que el fundamento de la edificación es Cristo, y los cristianos las piedras vivas con las que él edifica su altar¹⁴. San Basilio prefiere el término de economía: en su época (s. IV), la Iglesia se considera ya construida, y se trata de mantenerla. El sentido espiritual se desarrolla más en los Padres latinos y, como equivalente al esfuerzo por la perfección (sentido ascético), en el monaquismo.

En su tratado sobre el salmo 126, San Hilario de Poitiers sintetiza así el contenido de la «edificación»: «“Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles. Sois templo de Dios y el Espíritu de Dios habita en vosotros” (...) Dios debe, pues, construir su casa. Construida por manos de hombres, no se sostendría; apoyada en doctrinas del mundo, no se mantendría en pie; protegida por nuestros ineficaces desvelos y trabajos, no se vería segura. Esta casa debe ser construida y custodiada de manera muy diferente: no sobre la tierra ni sobre la movediza y deslizante arena, sino sobre sus propios fundamentos, los apóstoles y los profetas. Esta casa debe construirse con piedras vivas, debe encontrar su trabazón en Cristo, la piedra angular, debe crecer por la unión mutua de sus elementos hasta que llegue a ser el varón perfecto y consiga la medida de la plenitud del cuerpo de Cristo; debe, en efecto, adornarse con la belleza de las gracias espirituales y resplandecer con su hermosura. Edificada por Dios, es decir, por su palabra, no se derrumbará. Esta casa irá creciendo en cada uno de nosotros con diversas construcciones, según las diferencias de los fieles, para dar ornato y amplitud a la ciudad dichosa. (...) Ésta es la protección eterna de aquella bienaventurada y santa ciudad, que, compuesta de muchos, pero formando una sola, es en cada uno de nosotros la ciudad de Dios. Esta ciudad, por tanto, debe ser edificada por Dios para que crezca hasta su completo acabamiento. Comenzar una edificación no significa su perfección; pero mediante la edificación se va preparando la perfección final».

b) La edificación de la comunidad cristiana por la fe, los sacramentos y la caridad

Precisamente en su comentario al mismo salmo, el 126, expresa San Agustín la colaboración de todos en la construcción de la Iglesia, haciendo hincapié en la acción divina.

«¿Quiénes son los que trabajan en esta construcción? Todos los que predicán la palabra de Dios en la Iglesia, los dispensadores de los misterios de Dios. Todos nos esforzamos, todos trabajamos, todos construimos ahora; y también antes de nosotros se esforzaron, trabajaron, construyeron otros; pero “si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles”. (...) Nosotros, por tanto, os hablamos desde el exterior, pero es él quien edifica desde dentro. Nosotros podemos saber cómo escucháis, pero cómo pensáis sólo puede saberlo aquel que ve vuestros pensamientos. Es él quien edifica, quien amonesta, quien amedrenta, quien abre el entendimiento, quien os conduce a la fe; aunque nosotros cooperamos también con nuestro esfuerzo».

En otro texto —un sermón con motivo de la consagración de un edificio para dedicarlo a la oración—, el santo obispo de Hipona ejemplifica el papel de la fe, los sacramentos y la caridad en la edificación de la Iglesia: «Lo que aquí se hacía, cuando se iba construyendo esta casa, sucede también cuando los creyentes se congregan en Cristo. Pues, al acceder a la fe, es como si se extrajeran de los montes y de las selvas las piedras y los troncos; y, cuando reciben la catequesis y el bautismo, es como si fueran tallándose, alineándose y nivelándose por las manos de los artífices y carpinteros. Pero no llegan a ser casa de Dios sino cuando se aglutinan en la caridad. Nadie entraría en esta casa si las piedras y los maderos no estuviesen unidos y compactos con un determinado orden, si no estuviesen bien trabados, y si la unión entre ellos no fuera tan íntima que en cierto modo puede decirse que se aman. Pues cuando ves en un edificio que las piedras y que los maderos están perfectamente unidos, entras sin miedo y no temes que se hunda».

Ya se ve que San Agustín no explica la «casa de Dios» a partir de un edificio de piedra, sino de la comunidad de los cristianos. Las investigaciones de Joseph Ratzinger, entre otras, muestran que Agustín, desde su primera época —antes de su ordenación sacerdotal— considera el culto interior como sentido del culto exterior. En el transcurso de su obra destaca que el verdadero Templo es la comunidad eucarística, la católica, visible en su vida sacramental. Lo que edifica la Iglesia no es la pura fe, sino la fe que obra en el amor (Gal 5, 6), la fides unida a la caritas. Esto no significa simplemente que la fe deba acompañarse de obras (lo que sucede también en los donatistas). La auténtica caridad no se logra sin la comunión con el amor del Señor en la Eucaristía. La *domus Dei* es así una representación de la *civitas Dei*, de la Iglesia universal, cuya liturgia se consuma en el cielo. La verdadera interioridad del hombre es el Cuerpo de Cristo, que es ahora la Iglesia visible, la comunidad que celebra la Eucaristía.

La edificación se refiere, pues, en Agustín tanto a la Iglesia como al cristiano singular: los dos son ese «templo» y ese cuerpo, que se construye y crece en la

historia y se perfecciona tras la resurrección de la carne, anticipada en su fundamento y Cabeza: Cristo.

2. Edificación de la Iglesia y santidad

La elaboración teológica posterior a San Agustín, y cada vez más hasta nuestros días —como prueban los trabajos de Congar, Latourelle y otros—, pone la edificación de la Iglesia en estrecha relación con la santidad de la Iglesia. Este es su atributo más antiguo y el que, según Juan Pablo II, mejor expresa el misterio de la Iglesia. En la historia, santidad e Iglesia se identifican, aunque esa identidad no es definitiva. La llamada universal a la santidad, proclamada por el Concilio Vaticano II, se inscribe precisamente en el contexto de la santidad de la Iglesia.

Esa «edificación» se conecta con las imágenes de «templo» y de «esposa» (cfr. Ef 5, 25ss.), referidas tanto a la Iglesia como al alma. Jesús habla del «culto espiritual» (Jn 4, 23ss.), es decir, del culto cristiano, que procede de la fe, expresa la totalidad de la existencia cristiana y se manifiesta no sólo interiormente sino también sensible y corporalmente. El Espíritu Santo infunde la fe y conforma, mediante la caridad, la vida de Cristo en las almas y sobre todo en la Iglesia, sacramento de salvación para la humanidad. Por la gracia del Espíritu Santo el cristiano vive en Cristo y simultáneamente en la Iglesia.

a) La edificación «objetiva» por las «cosas santas»

Santo Tomás explica el atributo «sanctam» del Credo precisamente en la línea de la santidad de un templo purificado y consagrado, santificado por la unción y después por la habitación de Dios, en el que se invoca a Dios y se le da culto.

Esta santidad fundamental de la Iglesia, exige una vida santa (Lev. 11 44ss.: «Sed santos, porque yo soy santo»), cuyo contenido coincide con el culto de la existencia cristiana. Esto hace que la Iglesia sea santa no sólo en sí misma, como esposa de Cristo (Ef 4, 26ss.), sino también en los santos, y a partir de los santos; es decir, aquellas personas que se esfuerzan por vivir con fidelidad y generosidad su condición de miembros del cuerpo de Cristo, recibida por vez primera en el bautismo. Con otras palabras, en la santidad de la Iglesia hay una dimensión donada por Dios (objetiva) y otra dimensión recibida y realizada por los hombres (subjetiva).

Para Santo Tomás, la fe formada por la caridad es la sustancia misma del Cuerpo místico de Cristo. Reaparece en sus desarrollos el tema agustiniano de la edificación de la Iglesia por la fe, los sacramentos y la caridad. Según el Doctor de Aquino esto se corresponde con el modo en que se nos aplica la obra redentora de Cristo: por la fe que obra a través de la caridad y por los sacramentos de la fe. La gracia que brota de la pasión de Cristo se hace eficaz en aquellos que la reciben «por la fe, los sacramentos y la caridad». Así también la Iglesia está «constituida por la fe y los sacramentos de la fe» y de esa misma manera se edifica.

La constitución dogmática *Lumen gentium* dirá que la Iglesia es un Pueblo mesiánico constituido por Cristo en orden a la comunión de verdad, vida y caridad,

y enviado por Él como instrumento de redención (cfr. LG 9). Ese triple calificativo puede verse en relación respectiva con los dones divinos —la fe, los sacramentos y la caridad— que edifican la Iglesia no sin la colaboración de los cristianos. También puede verse en ello una alusión a que el Pueblo de Dios es, todo él, profético, sacerdotal y real. Según la Escritura, la tradición eclesial y la interpretación teológica, es el segundo título, el sacerdotal —y, en un sentido más estricto, el cultural—, el que se pone en juego al tratar de la edificación de la Iglesia.

La santidad objetiva de la Iglesia depende, en todo caso, de los dones de Dios. Dios es fiel a su Alianza, que se renueva de modo indisoluble por el amor de Cristo a la Iglesia. Mientras que la santidad «subjetiva» (de los sujetos) depende de los hombres.

Lógicamente, la santidad «objetiva» precede a la «subjetiva», pues la Iglesia es *Ecclesia congregans* antes que *Ecclesia congregata*: comunicación, redil, madre o seno maternal y reino, antes que comunión, rebaño, pueblo, fraternidad o reinado²⁹. Por la acción del Espíritu Santo, Cristo realiza en la Iglesia acciones santas y santificantes; por eso, decir «creo (en) la Santa Iglesia» equivale a decir: «creo en el Espíritu Santo que santifica a la Iglesia». Al mismo tiempo, la santidad vivida contribuye a la santidad de todo el cuerpo eclesial, pues los miembros son todos ellos solidarios, y se edifican mutuamente.

Si para Santo Tomás la *communio sanctorum* significa que es comunión en las «cosas santas» (la fe y los sacramentos) y, en consecuencia, comunión de los santos, hoy conviene explicitar algo más. En un sentido amplio, también los carismas entran en esas «cosas santas», en cuanto dones divinos que presuponen la fe y el desarrollo de la vida cristiana en torno a la caridad y a partir de los sacramentos. La finalidad principal de los carismas es, precisamente, la edificación de la Iglesia. A raíz del Concilio Vaticano II, la teología ha redescubierto el lugar central de los carismas en la Iglesia, en su estructura y en su misión.

Al comienzo de la *Lumen gentium*, y en el contexto de las imágenes de la Iglesia, se sintetiza la cuestión de la «edificación de la Iglesia» con estas palabras: «Muchas veces también la Iglesia se llama “edificación de Dios” (1Co 3, 9). El mismo Señor se comparó a la piedra rechazada por los constructores, pero que fue puesta como piedra angular (Mt 21, 42; cfr. Act 4, 11; 1 Pe 2, 7; Sal 177, 22). Sobre aquel fundamento levantan los apóstoles la Iglesia (cfr. 1Cor 3, 11) y de él recibe firmeza y cohesión. A esta edificación se le dan diversos nombres: casa de Dios (1Tim, 3, 15), en que habita su “familia”, habitación de Dios en el Espíritu (Ef 2, 19- 22), tienda de Dios con los hombres (Ap 21, 3) y, sobre todo, “templo” santo, que los Santos Padres celebran representado en los santuarios de piedra, y en la liturgia se compara justamente a la ciudad santa, la nueva Jerusalén. Porque en ella somos ordenados en la tierra como piedras vivas (1Pe 2, 5). San Juan, en la renovación del mundo contempla esta ciudad bajando del cielo, del lado de Dios ataviada como una esposa que se engalana para su esposo (Ap 21, 1ss.)» (LG 6).

La liturgia recoge la conciencia sobre la edificación de la Iglesia principalmente en sus ritos sobre la dedicación de iglesias. La reforma litúrgica que ha seguido al

Concilio Vaticano II ha procurado hacer la celebración más significativa restituyendo el papel principal de la Eucaristía en el rito y facilitando una mayor expresividad a los símbolos del agua, del aceite perfumado, del incienso y de la luz.

Según J. Ratzinger, la tradición judeo-cristiana que habla de la edificación y del templo se refiere a Cristo y a la Iglesia, siguiendo la ley de la «piedra desechada» que acaba por cumplir las esperanzas de toda construcción humana: la vida que no muere, la seguridad —el refugio contra la intemperie, el miedo y la soledad—, el hogar de la patria definitiva y la libertad. En último término, el templo es expresión de los hombres que quieren habitar juntos con Dios, en la comunión y en la vida plena.

En relación con la santidad, cabe resumir lo estudiado hasta aquí, señalando que la edificación de la Iglesia tiene una dimensión asegurada por la acción divina, y otra dimensión que depende de la santidad de los cristianos, piedras vivas. En unión indisoluble con las demás propiedades esenciales de la Iglesia (unidad, catolicidad y apostolicidad), la santidad «edifica» la Iglesia: sobre todo de una manera objetiva e indefectible, en cuanto a la acción divina que garantiza su santidad objetiva (y esto se concentra en la Eucaristía); pero también de una manera subjetiva y existencial, que depende de los hombres y mujeres; antes que nada, en los fieles católicos que viven su plena incorporación a la Iglesia por la vida de la gracia.

No puede dejar de hacerse aquí una referencia a la «purificación de la memoria histórica» en la Iglesia. Se trata de un signo lleno de contenido, precisamente en cuanto a la relación entre santidad subjetiva y santidad objetiva de la Iglesia. Por la acción del Espíritu sobre la Cabeza visible del Cuerpo eclesial, la Iglesia toma progresivamente más conciencia de su ser y su misión. El dolor por los pecados de sus miembros atrae una nueva efusión de gracia, que la purifica y la dispone a ser mejor instrumento al servicio de la Trinidad.

b) La «pastoral de la santidad» y la edificación de la Iglesia

Si los pecados de los cristianos «desedifican» a los demás miembros de la familia de Dios y en otro sentido también a la entera humanidad, el esfuerzo por la santidad personal contribuye a la edificación de la Iglesia, en cuanto que contribuye a manifestar la santidad de la Iglesia misma. De ahí que una «pastoral de la santidad», o dicho en otros términos, un apostolado que subraye la santidad, es una forma básica y fundamental de «hacer la Iglesia».

Este aspecto de la «edificación» con que la santidad personal contribuye a edificar la Iglesia es subrayado por los autores espirituales, que suelen ponerlo en relación con la comunión de los santos. Una gran parte de la literatura espiritual alude a esta «edificación» cuando trata de la espiritualidad de la vida religiosa, sobre todo monástica. También se encuentra la terminología «edificación» referida a la comunidad cristiana cuando se quieren señalar los deberes pastorales de los presbíteros, casi siempre en relación con la guía de la comunidad parroquial. Falta, por tanto, una visión más amplia, acorde con el Vaticano II, que considere la

contribución a la edificación de la Iglesia por parte de todos los cristianos, y concretamente la mayoría de ellos, los laicos.

Es bien conocida la expresión de Pío XII, ya antes del Concilio: «Los fieles, y más precisamente los laicos, se encuentran en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad humana. Por tanto ellos, ellos especialmente, deben tener conciencia, cada vez más clara, no sólo de pertenecer a la Iglesia, sino de ser la Iglesia; es decir, la comunidad de los fieles sobre la tierra bajo la guía del Jefe común, el Papa, y de los Obispos en comunión con él. Ellos son la Iglesia (...)».

Esta conciencia de la aportación de los fieles laicos a la vida y misión de la Iglesia ha venido alimentada por distintas vías: desde la teología del laicado hasta la Acción Católica, junto con fenómenos pastorales como el Opus Dei. Una terminología que San Josemaría Escrivá empleaba en su predicación —«hacer el Opus Dei, siendo personalmente Opus Dei»—, se vincula a esa convicción de la que hablamos: para «hacer» la Iglesia es preciso aspirar a «ser» uno mismo, cada cristiano, «Iglesia» en el sentido más pleno: «ser santo», miembro de la «comunión de los santos», y actuar en consecuencia. Este es un punto clave en nuestro tema, que tiene interesantes implicaciones, tanto en la eclesiología como en la espiritualidad, y también en la pastoral y el apostolado de los cristianos.

Obviamente, no hay santos sobre la tierra, sino sólo personas que han sido santificadas objetivamente por el Bautismo y han de procurar llegar a la santidad. Impulsado y sostenido por la acción divina, el esfuerzo por alcanzar la santidad contribuye a la edificación de la Iglesia como sacramento de salvación. La santidad —el esfuerzo por lograrla, poniendo en práctica la fe, los sacramentos, y los demás dones divinos— no tiene que ver con un intimismo espiritualista, que se quedase en la relación entre «Dios y yo», si bien esta relación, como decía Newman, está en la base de toda santidad. Pero la evangelización no es el anuncio de una salvación trascendente que toca únicamente la dimensión espiritual del hombre, según un modelo de comprensión espiritualista de la experiencia religiosa; tampoco según el modelo «liberal» en el sentido de la teología decimonónica; ni tampoco según la interpretación laicista del cristianismo en el Occidente europeo, que pretende relegar el acontecimiento cristiano a la esfera privada. La edificación de la Iglesia, por situarse en el contexto del Misterio de Cristo, arrastra consigo el afán evangelizador, junto con la edificación de un mundo nuevo, donde la paz y la justicia que proceden de Dios sean los criterios que regulen las relaciones entre las personas y los pueblos.

Edificar la Iglesia es, en este sentido, comprometerse de modo concreto en la transformación del mundo, para que el mundo sea un lugar de Vida plena en amistad con Dios y solidaridad con los hombres, y un camino hacia la comunión del Reino definitivo.

La relación personal de cada uno con Dios es el fundamento para la edificación de la Iglesia, también —no hay ser en Cristo que no sea ser en la Iglesia— en cuanto

que se convierte en un «signo e instrumento» de la presencia y de la acción de Cristo y el Espíritu Santo.

En esta perspectiva, la actividad más importante para el cristiano, o la que, en todo caso, debe estar en la base de las demás, es la formación espiritual y teológica que le ayude a conocer y responder al don de la fe con una vida de oración y sacramental intensa. De esa fuente surge la actividad apostólica, verdadero servicio de caridad, que para la mayoría de los cristianos se desarrolla en el ambiente de la vida cotidiana. Toda la acción del cristiano se encamina a la gloria de Dios, a la que se ordena también la salvación de los hombres. Gloria de Dios y salvación de los hombres constituyen dos aspectos de la finalidad a que se orienta la «edificación de la Iglesia».

Así lo comprendía el autor de Camino: «Da “toda” la gloria a Dios. —“Exprime” con tu voluntad, ayudado por la gracia, cada una de tus acciones, para que en ellas no quede nada que huela a humana soberbia, a complacencia de tu “yo”» (n. 784). Como se ha recordado más arriba, muchos habían considerado durante siglos, al menos en la práctica, que la «edificación» de la Iglesia era cosa exclusiva de sacerdotes y religiosos. El fundador del Opus Dei impulsó sobre todo la contribución de los fieles laicos a esa «edificación» del Reino de Dios, partiendo del interior de cada uno y con una incidencia operativa en el mundo, principalmente a través de la santificación del trabajo ordinario. Lo recordaba Juan Pablo II con motivo de su canonización: «San Josemaría fue escogido por el Señor para anunciar la llamada universal a la santidad y para indicar que las actividades comunes que componen la vida de todos los días son camino de santificación. Se podría decir que fue el santo de lo ordinario. (...) Estaba profundamente convencido de que la vida cristiana implica una misión y un apostolado, de que estamos en el mundo para salvarlo con Cristo. Amaba el mundo apasionadamente, con un “amor redentor”. (...) Éste es un mensaje que tiene abundantes y fructuosas implicaciones para la misión evangelizadora de la Iglesia».

3. A modo de epílogo

Hemos procurado esclarecer cómo la edificación de la Iglesia se inserta en el Misterio de Cristo, y desde ahí cómo la santidad contribuye a la edificación de la Iglesia, en la perspectiva del Concilio Vaticano II.

Podemos concluir estas reflexiones señalando la necesidad de impulsar una visión unitaria y completa de la santidad, que la comprenda en todas sus dimensiones y consecuencias. Las ideas que han ido surgiendo en estas páginas pueden sintetizarse en algunos puntos:

1. La edificación de la Iglesia se sitúa en el contexto del Misterio cristiano. Estructurada ya en su mismo ser con vistas a la salvación, la Iglesia fundamenta su acción en las «misiones» de Cristo y del Espíritu Santo, que la edifican continuamente.
2. La Escritura destaca esta primacía de Dios en la «edificación» de la Iglesia. Cristo es el fundamento, los cristianos son piedras vivas del Templo que se levanta gracias

al Espíritu Santo. La tradición eclesial sitúa el tema de la edificación en relación con la santidad de la Iglesia y de los cristianos.

3. Una pastoral de la santidad, o un apostolado que se promueva sobre la base de la santidad personal, es una forma fundamental de edificar la Iglesia. Se trata de que todos los cristianos contribuyan, según su condición, a esa «edificación», por medio de su respuesta a la fe (su «permanencia en la verdad»), la celebración de los sacramentos y el servicio de la caridad, al que se encamina la vida cristiana, que comporta la transformación del mundo.

Parte tercera

Aportes de S.S. el Papa Francisco



(S.S. el Papa Francisco en actitud de escribir)

Exhortación apostólica “*Gaudete et Exsultate*” Sobre el llamado a la santidad en el mundo actual

Santo Padre Francisco

1. «Alegraos y regocijaos» (Mt 5,12), dice Jesús a los que son perseguidos o humillados por su causa. El Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada. En realidad, desde las primeras páginas de la Biblia está presente, de diversas maneras, el llamado a la santidad. Así se lo proponía el Señor a Abraham: «Camina en mi presencia y sé perfecto» (Gn 17,1).

2. No es de esperar aquí un tratado sobre la santidad, con tantas definiciones y distinciones que podrían enriquecer este importante tema, o con análisis que podrían hacerse acerca de los medios de santificación. Mi humilde objetivo es hacer resonar una vez más el llamado a la santidad, procurando encarnarlo en el contexto actual, con sus riesgos, desafíos y oportunidades. Porque a cada uno de nosotros el Señor nos eligió «para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor» (Ef 1,4).

Capítulo primero

El llamado a la santidad

Los santos que nos alientan y acompañan

3. En la carta a los Hebreos se mencionan distintos testimonios que nos animan a que «corramos, con constancia, en la carrera que nos toca» (12,1). Allí se habla de Abraham, de Sara, de Moisés, de Gedeón y de varios más (cf. 11,1-12,3) y sobre todo se nos invita a reconocer que tenemos «una nube tan ingente de testigos» (12,1) que nos alientan a no detenernos en el camino, nos estimulan a seguir caminando hacia la meta. Y entre ellos puede estar nuestra propia madre, una abuela u otras personas cercanas (cf. 2 Tm 1,5). Quizá su vida no fue siempre perfecta, pero aun en medio de imperfecciones y caídas siguieron adelante y agradaron al Señor.

4. Los santos que ya han llegado a la presencia de Dios mantienen con nosotros lazos de amor y comunión. Lo atestigua el libro del Apocalipsis cuando habla de los mártires que interceden: «Vi debajo del altar las almas de los degollados por causa de la Palabra de Dios y del testimonio que mantenían. Y gritaban con voz potente: “¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia?”» (6,9-10). Podemos decir que «estamos rodeados, guiados y conducidos por los amigos de Dios [...] No tengo que llevar yo solo lo que, en realidad, nunca podría soportar yo solo. La muchedumbre de los santos de Dios me protege, me sostiene y me conduce».

5. En los procesos de beatificación y canonización se tienen en cuenta los signos de heroicidad en el ejercicio de las virtudes, la entrega de la vida en el martirio y también los casos en que se haya verificado un ofrecimiento de la propia vida por

los demás, sostenido hasta la muerte. Esa ofrenda expresa una imitación ejemplar de Cristo, y es digna de la admiración de los fieles. Recordemos, por ejemplo, a la beata María Gabriela Sagheddu ³⁹, que ofreció su vida por la unión de los cristianos.

Los santos de la puerta de al lado

6. No pensemos solo en los ya beatificados o canonizados. El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes, en el santo pueblo fiel de Dios, porque «fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente». El Señor, en la historia de la salvación, ha salvado a un pueblo. No existe identidad plena sin pertenencia a un pueblo. Por eso nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae tomando en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana: Dios quiso entrar en una dinámica popular, en la dinámica de un pueblo.

7. Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad «de la puerta de al lado», de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, «la clase media de la santidad».

8. Dejémonos estimular por los signos de santidad que el Señor nos presenta a través de los más humildes miembros de ese pueblo que «participa también de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe y caridad». Pensemos, como nos sugiere santa Teresa Benedicta de la Cruz, que a través de muchos de ellos se construye la verdadera historia: «En la noche más oscura surgen los más grandes profetas y los santos. Sin embargo, la corriente

³⁹ Nació en Dorgali, isla italiana de Cerdeña, el 17 de marzo de 1914. Era una joven idealista y activa que no se detenía ante nada cuando estaba convencida de la grandeza de algo. Y aunque en su infancia y adolescencia dio muestras de terquedad, siempre terminaba imponiéndose su bondad. Entre sus aficiones destacaba la lectura y el juego de las cartas. Dio un giro radical a su comportamiento cuando tenía 18 años, tras fallecer una hermana tres años menor. Al sufrir esta pérdida se comprometió con la Acción Católica, se hizo catequista y comenzó a acudir a misa recibiendo la comunión diariamente. Consciente de la muralla que suponían sus debilidades para el progreso espiritual, se afanó en corregirlas. A los 20 años eligió el cister de Grottaferrata. Conmovida por la misericordia divina que le había trazado ese camino, exclamaba: «¡qué bueno es el Señor. Ingresó en la Trapa en septiembre de 1935. Poco a poco fue conquistando el anonadamiento sintetizado en esta sencilla y profunda confesión: «*Mi vida no vale nada; puedo ofrecerla tranquilamente*». En ese tiempo, el abad padre Couturier impulsaba un movimiento ecuménico, y encomendó a la abadesa María Pía Gullini celebrar ocho días de oración por la unidad de los cristianos. Cuando María Gabriela emitió los votos, los ofreció por la misma intención, al igual que hizo el 25 de enero de 1938, tres meses después de haber profesado, justo en la semana dedicada al octavario. Yendo más lejos, ofreció su propia vida: «*Siento que el Señor me lo pide—confió a la madre Gullini— me siento impulsada incluso cuando no quiero pensar en ello*». Después de haberse entregado en holocausto, repentinamente se sintió débil y agotada, y se le diagnosticó tuberculosis. Hospitalizada, le dijo a la madre abadesa: «*El Señor me tiene sobre la cruz y yo no tengo más consolación que la de saber que sufro por cumplir la voluntad divina con espíritu de obediencia*». Durante quince meses soportó heroicamente sus padecimientos hasta que el 23 de abril de 1939 falleció en Grottaferrata. Juan Pablo II la beatificó el 25 de enero de 1983. (Wikipedia)

vivificante de la vida mística permanece invisible. Seguramente, los acontecimientos decisivos de la historia del mundo fueron esencialmente influenciados por almas sobre las cuales nada dicen los libros de historia. Y cuáles sean las almas a las que hemos de agradecer los acontecimientos decisivos de nuestra vida personal, es algo que solo sabremos el día en que todo lo oculto será revelado».

9. La santidad es el rostro más bello de la Iglesia. Pero aun fuera de la Iglesia Católica y en ámbitos muy diferentes, el Espíritu suscita «signos de su presencia, que ayudan a los mismos discípulos de Cristo». Por otra parte, san Juan Pablo II nos recordó que «el testimonio ofrecido a Cristo hasta el derramamiento de la sangre se ha hecho patrimonio común de católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes». En la hermosa conmemoración ecuménica que él quiso celebrar en el Coliseo, durante el Jubileo del año 2000, sostuvo que los mártires son «una herencia que habla con una voz más fuerte que la de los factores de división».

El Señor llama

10. Todo esto es importante. Sin embargo, lo que quisiera recordar con esta Exhortación es sobre todo el llamado a la santidad que el Señor hace a cada uno de nosotros, ese llamado que te dirige también a ti: «Sed santos, porque yo soy santo» (Lv 11,45; cf. 1 P 1,16). El Concilio Vaticano II lo destacó con fuerza: «Todos los fieles, cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre».

11. «Cada uno por su camino», dice el Concilio. Entonces, no se trata de desalentarse cuando uno contempla modelos de santidad que le parecen inalcanzables. Hay testimonios que son útiles para estimularnos y motivarnos, pero no para que tratemos de copiarlos, porque eso hasta podría alejarnos del camino único y diferente que el Señor tiene para nosotros. Lo que interesa es que cada creyente discierna su propio camino y saque a la luz lo mejor de sí, aquello tan personal que Dios ha puesto en él (cf. 1 Co 12, 7), y no que se desgaste intentando imitar algo que no ha sido pensado para él. Todos estamos llamados a ser testigos, pero «existen muchas formas existenciales de testimonio». De hecho, cuando el gran místico san Juan de la Cruz escribía su *Cántico Espiritual*, prefería evitar reglas fijas para todos y explicaba que sus versos estaban escritos para que cada uno los aproveche «según su modo». Porque la vida divina se comunica «a unos en una manera y a otros en otra».

12. Dentro de las formas variadas, quiero destacar que el «genio femenino» también se manifiesta en estilos femeninos de santidad, indispensables para reflejar la santidad de Dios en este mundo. Precisamente, aun en épocas en que las mujeres fueron más relegadas, el Espíritu Santo suscitó santas cuya fascinación provocó nuevos dinamismos espirituales e importantes reformas en la Iglesia. Podemos mencionar a santa Hildegarda de Bingen, santa Brígida, santa Catalina de Siena, santa Teresa de Ávila o santa Teresa de Lisieux. Pero me interesa recordar a tantas

mujeres desconocidas u olvidadas quienes, cada una a su modo, han sostenido y transformado familias y comunidades con la potencia de su testimonio.

13. Esto debería entusiasmar y alentar a cada uno para darlo todo, para crecer hacia ese proyecto único e irrepetible que Dios ha querido para él desde toda la eternidad: «Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré» (Jr 1,5).

También para ti

14. Para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra. ¿Eres consagrada o consagrado? Sé santo viviendo con alegría tu entrega. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un trabajador? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo al servicio de los hermanos. ¿Eres padre, abuela o abuelo? Sé santo enseñando con paciencia a los niños a seguir a Jesús. ¿Tienes autoridad? Sé santo luchando por el bien común y renunciando a tus intereses personales.

15. Deja que la gracia de tu Bautismo fructifique en un camino de santidad. Deja que todo esté abierto a Dios y para ello opta por él, elige a Dios una y otra vez. No te desalientes, porque tienes la fuerza del Espíritu Santo para que sea posible, y la santidad, en el fondo, es el fruto del Espíritu Santo en tu vida (cf. Ga 5,22-23). Cuando sientas la tentación de enredarte en tu debilidad, levanta los ojos al Crucificado y dile: «Señor, yo soy un pobrecillo, pero tú puedes realizar el milagro de hacerme un poco mejor». En la Iglesia, santa y compuesta de pecadores, encontrarás todo lo que necesitas para crecer hacia la santidad. El Señor la ha llenado de dones con la Palabra, los sacramentos, los santuarios, la vida de las comunidades, el testimonio de sus santos, y una múltiple belleza que procede del amor del Señor, «como novia que se adorna con sus joyas» (Is 61,10).

16. Esta santidad a la que el Señor te llama irá creciendo con pequeños gestos. Por ejemplo: una señora va al mercado a hacer las compras, encuentra a una vecina y comienza a hablar, y vienen las críticas. Pero esta mujer dice en su interior: «No, no hablaré mal de nadie». Este es un paso en la santidad. Luego, en casa, su hijo le pide conversar acerca de sus fantasías, y aunque esté cansada se sienta a su lado y escucha con paciencia y afecto. Esa es otra ofrenda que santifica. Luego vive un momento de angustia, pero recuerda el amor de la Virgen María, toma el rosario y reza con fe. Ese es otro camino de santidad. Luego va por la calle, encuentra a un pobre y se detiene a conversar con él con cariño. Ese es otro paso.

17. A veces la vida presenta desafíos mayores y a través de ellos el Señor nos invita a nuevas conversiones que permiten que su gracia se manifieste mejor en nuestra existencia «para que participemos de su santidad» (Hb 12,10). Otras veces solo se trata de encontrar una forma más perfecta de vivir lo que ya hacemos: «Hay inspiraciones que tienden solamente a una extraordinaria perfección de los ejercicios ordinarios de la vida». Cuando el Cardenal Francisco Javier Nguyễn van Thuân estaba en la cárcel, renunció a desgastarse esperando su liberación. Su opción fue «vivir el momento presente colmándolo de amor»; y el modo como se concretaba esto era: «Aprovecho las ocasiones que se presentan cada día para realizar acciones ordinarias de manera extraordinaria».

18. Así, bajo el impulso de la gracia divina, con muchos gestos vamos construyendo esa figura de santidad que Dios quería, pero no como seres autosuficientes sino «como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios» (1 P 4,10). Bien nos enseñaron los Obispos de Nueva Zelanda que es posible amar con el amor incondicional del Señor, porque el Resucitado comparte su vida poderosa con nuestras frágiles vidas: «Su amor no tiene límites y una vez dado nunca se echó atrás. Fue incondicional y permaneció fiel. Amar así no es fácil porque muchas veces somos tan débiles. Pero precisamente para tratar de amar como Cristo nos amó, Cristo comparte su propia vida resucitada con nosotros. De esta manera, nuestras vidas demuestran su poder en acción, incluso en medio de la debilidad humana».

Tu misión en Cristo

19. Para un cristiano no es posible pensar en la propia misión en la tierra sin concebirla como un camino de santidad, porque «esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (1 Ts 4,3). Cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio.

20. Esa misión tiene su sentido pleno en Cristo y solo se entiende desde él. En el fondo la santidad es vivir en unión con él los misterios de su vida. Consiste en asociarse a la muerte y resurrección del Señor de una manera única y personal, en morir y resucitar constantemente con él. Pero también puede implicar reproducir en la propia existencia distintos aspectos de la vida terrena de Jesús: su vida oculta, su vida comunitaria, su cercanía a los últimos, su pobreza y otras manifestaciones de su entrega por amor. La contemplación de estos misterios, como proponía san Ignacio de Loyola, nos orienta a hacerlos carne en nuestras opciones y actitudes. Porque «todo en la vida de Jesús es signo de su misterio», «toda la vida de Cristo es Revelación del Padre», «toda la vida de Cristo es misterio de Redención», «toda la vida de Cristo es misterio de Recapitulación», y «todo lo que Cristo vivió hace que podamos vivirlo en él y que él lo viva en nosotros».

21. El designio del Padre es Cristo, y nosotros en él. En último término, es Cristo amando en nosotros, porque «la santidad no es sino la caridad plenamente vivida». Por lo tanto, «la santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros,

por el grado como, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya». Así, cada santo es un mensaje que el Espíritu Santo toma de la riqueza de Jesucristo y regala a su pueblo.

22. Para reconocer cuál es esa palabra que el Señor quiere decir a través de un santo, no conviene entretenerse en los detalles, porque allí también puede haber errores y caídas. No todo lo que dice un santo es plenamente fiel al Evangelio, no todo lo que hace es auténtico o perfecto. Lo que hay que contemplar es el conjunto de su vida, su camino entero de santificación, esa figura que refleja algo de Jesucristo y que resulta cuando uno logra componer el sentido de la totalidad de su persona.

23. Esto es un fuerte llamado de atención para todos nosotros. Tú también necesitas concebir la totalidad de tu vida como una misión. Inténtalo escuchando a Dios en la oración y reconociendo los signos que él te da. Pregúntale siempre al Espíritu qué espera Jesús de ti en cada momento de tu existencia y en cada opción que debas tomar, para discernir el lugar que eso ocupa en tu propia misión. Y permítele que forje en ti ese misterio personal que refleje a Jesucristo en el mundo de hoy.

24. Ojalá puedas reconocer cuál es esa palabra, ese mensaje de Jesús que Dios quiere decir al mundo con tu vida. Déjate transformar, déjate renovar por el Espíritu, para que eso sea posible, y así tu preciosa misión no se malogrará. El Señor la cumplirá también en medio de tus errores y malos momentos, con tal que no abandones el camino del amor y estés siempre abierto a su acción sobrenatural que purifica e ilumina.

La actividad que santifica

25. Como no puedes entender a Cristo sin el reino que él vino a traer, tu propia misión es inseparable de la construcción de ese reino: «Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia» (Mt 6,33). Tu identificación con Cristo y sus deseos, implica el empeño por construir, con él, ese reino de amor, justicia y paz para todos. Cristo mismo quiere vivirlo contigo, en todos los esfuerzos o renunciaciones que implique, y también en las alegrías y en la fecundidad que te ofrezca. Por lo tanto, no te santificarás sin entregarte en cuerpo y alma para dar lo mejor de ti en ese empeño.

26. No es sano amar el silencio y rehuir el encuentro con el otro, desear el descanso y rechazar la actividad, buscar la oración y menospreciar el servicio. Todo puede ser aceptado e integrado como parte de la propia existencia en este mundo, y se incorpora en el camino de santificación. Somos llamados a vivir la contemplación también en medio de la acción, y nos santificamos en el ejercicio responsable y generoso de la propia misión.

27. ¿Acaso el Espíritu Santo puede lanzarnos a cumplir una misión y al mismo tiempo pedirnos que escapemos de ella, o que evitemos entregarnos totalmente para preservar la paz interior? Sin embargo, a veces tenemos la tentación de relegar la entrega pastoral o el compromiso en el mundo a un lugar secundario, como si

fueran «distracciones» en el camino de la santificación y de la paz interior. Se olvida que «no es que la vida tenga una misión, sino que es misión».

28. Una tarea movida por la ansiedad, el orgullo, la necesidad de aparecer y de dominar, ciertamente no será santificadora. El desafío es vivir la propia entrega de tal manera que los esfuerzos tengan un sentido evangélico y nos identifiquen más y más con Jesucristo. De ahí que suela hablarse, por ejemplo, de una espiritualidad del catequista, de una espiritualidad del clero diocesano, de una espiritualidad del trabajo. Por la misma razón, en *Evangelii gaudium* quise concluir con una espiritualidad de la misión, en *Laudato si'* con una espiritualidad ecológica y en *Amoris laetitia* con una espiritualidad de la vida familiar.

29. Esto no implica despreciar los momentos de quietud, soledad y silencio ante Dios. Al contrario. Porque las constantes novedades de los recursos tecnológicos, el atractivo de los viajes, las innumerables ofertas para el consumo, a veces no dejan espacios vacíos donde resuene la voz de Dios. Todo se llena de palabras, de disfrutes epidérmicos y de ruidos con una velocidad siempre mayor. Allí no reina la alegría sino la insatisfacción de quien no sabe para qué vive. ¿Cómo no reconocer entonces que necesitamos detener esa carrera frenética para recuperar un espacio personal, a veces doloroso pero siempre fecundo, donde se entabla el diálogo sincero con Dios? En algún momento tendremos que percibir de frente la propia verdad, para dejarla invadir por el Señor, y no siempre se logra esto si uno «no se ve al borde del abismo de la tentación más agobiante, si no siente el vértigo del precipicio del más desesperado abandono, si no se encuentra absolutamente solo, en la cima de la soledad más radical». Así encontramos las grandes motivaciones que nos impulsan a vivir a fondo las propias tareas.

30. Los mismos recursos de distracción que invaden la vida actual nos llevan también a absolutizar el tiempo libre, en el cual podemos utilizar sin límites esos dispositivos que nos brindan entretenimiento o placeres efímeros. Como consecuencia, es la propia misión la que se resiente, es el compromiso el que se debilita, es el servicio generoso y disponible el que comienza a retacearse. Eso desnaturaliza la experiencia espiritual. ¿Puede ser sano un fervor espiritual que conviva con una acedia en la acción evangelizadora o en el servicio a los otros?

31. Nos hace falta un espíritu de santidad que impregne tanto la soledad como el servicio, tanto la intimidad como la tarea evangelizadora, de manera que cada instante sea expresión de amor entregado bajo la mirada del Señor. De este modo, todos los momentos serán escalones en nuestro camino de santificación.

Más vivos, más humanos

32. No tengas miedo de la santidad. No te quitará fuerzas, vida o alegría. Todo lo contrario, porque llegarás a ser lo que el Padre pensó cuando te creó y serás fiel a tu propio ser. Depender de él nos libera de las esclavitudes y nos lleva a reconocer

nuestra propia dignidad. Esto se refleja en santa Josefina Bakhita ⁴⁰, quien fue «secuestrada y vendida como esclava a la tierna edad de siete años, sufrió mucho en manos de amos crueles. Pero llegó a comprender la profunda verdad de que Dios, y no el hombre, es el verdadero Señor de todo ser humano, de toda vida humana. Esta experiencia se transformó en una fuente de gran sabiduría para esta humilde hija de África».

33. En la medida en que se santifica, cada cristiano se vuelve más fecundo para el mundo. Los Obispos de África occidental nos enseñaron: «Estamos siendo llamados, en el espíritu de la nueva evangelización, a ser evangelizados y a evangelizar a través del empoderamiento de todos los bautizados para que asumáis vuestros roles como sal de la tierra y luz del mundo donde quiera que os encontréis».

34. No tengas miedo de apuntar más alto, de dejarte amar y liberar por Dios. No tengas miedo de dejarte guiar por el Espíritu Santo. La santidad no te hace menos humano, porque es el encuentro de tu debilidad con la fuerza de la gracia. En el fondo, como decía León Bloy, en la vida «existe una sola tristeza, la de no ser santos».

Capítulo segundo

Dos sutiles enemigos de la santidad

⁴⁰ Josefina Bakhita nació en 1869 en Darfur, Nyala, Pertenece al prestigioso pueblo Daju. Su infancia fue positiva. Entre los siete y nueve años, probablemente en febrero de 1877, fue secuestrada por los comerciantes árabes de esclavos. Fue cruelmente obligada a caminar descalza unos 960 kilómetros hasta El Obeid y fue vendida y comprada dos veces antes de llegar allí. En el transcurso de doce años (1877-1889) fue revendida nuevamente tres veces más y luego regalada. Se dice que el trauma de su secuestro le hizo olvidar su propio nombre: tomó uno dado a ella por los esclavistas, "Bakhita", que en árabe significa "afortunada". También fue obligada a convertirse al islam. A finales de 1882, El-Obeid se convirtió en el blanco de amenazas y ataques por parte de los revolucionarios mahdistas por lo que el general turco se dispuso a hacer los preparativos para regresar a su país de origen, vendiendo a sus esclavos en el proceso. En 1883 Bakhita fue comprada en Jartum por el vicecónsul italiano Callisto Legnani, quien la trató con amabilidad y no la golpeó ni la castigó. Dos años más tarde, cuando el propio Legnani tuvo que regresar a Italia, Bakhita le rogó que lo acompañara. A finales de 1884 escaparon de la sitiada Jartum con un amigo, Augusto Michieli. En marzo de 1885 partieron de Suakin hacia Italia y llegaron al puerto de Génova en abril. Allí los recibió la esposa de Augusto Michieli, la señora María Turina Michieli. Callisto Legnani cedió la propiedad de Bakhita a Turina Michieli. Los nuevos dueños de Bakhita la llevaron a su villa familiar en Zianigo, cerca de Mirano, Veneto, a unos 25 km al oeste de Venecia. Vivió allí durante tres años y se convirtió en niñera de Alice, la hija de Michieli. En Venecia Bakhita se encontró por primera vez con el cristianismo. El 9 de enero de 1890 fue bautizada con el nombre de Josefina Margarita Afortunada. El mismo día también recibió el sacramento de la confirmación y la santa comunión y el 8 de diciembre de 1896, ingresó en las Hermanas Canosianas, tomando como nombre religioso el de sor Josefina. En 1902 fue asignada al convento canosiano de Schio donde permanecería el resto de su vida. Un fuerte ánimo misionero la impulsó durante toda su vida puesto que "en su mente siempre estaba Dios y en su corazón, África". Falleció en 1947. El 1 de diciembre de 1978, el papa Juan Pablo II la declaró venerable. El 17 de mayo de 1992 Bakhita fue declarada beata por el papa Juan Pablo II y se le concedió el 8 de febrero como día festivo. El 1 de octubre de 2000 fue canonizada como santa Josefina Bakhita por el mismo papa. Ha sido adoptada como la santa patrona de Sudán y de supervivientes de la trata de personas. El ejemplo de su vida fue usado por el papa Benedicto XVI en la encíclica *Spe salvi* para hablar de esperanza. (Wikipedia)

35. En este marco, quiero llamar la atención acerca de dos falsificaciones de la santidad que podrían desviarnos del camino: el gnosticismo y el pelagianismo. Son dos herejías que surgieron en los primeros siglos cristianos, pero que siguen teniendo alarmante actualidad. Aun hoy los corazones de muchos cristianos, quizá sin darse cuenta, se dejan seducir por estas propuestas engañosas. En ellas se expresa un inmanentismo antropocéntrico disfrazado de verdad católica. Veamos estas dos formas de seguridad doctrinal o disciplinaria que dan lugar «a un elitismo narcisista y autoritario, donde en lugar de evangelizar lo que se hace es analizar y clasificar a los demás, y en lugar de facilitar el acceso a la gracia se gastan las energías en controlar. En los dos casos, ni Jesucristo ni los demás interesan verdaderamente».

El gnosticismo actual

36. El gnosticismo supone «una fe encerrada en el subjetivismo, donde solo interesa una determinada experiencia o una serie de razonamientos y conocimientos que supuestamente reconfortan e iluminan, pero en definitiva el sujeto queda clausurado en la inmanencia de su propia razón o de sus sentimientos».

Una mente sin Dios y sin carne

37. Gracias a Dios, a lo largo de la historia de la Iglesia quedó muy claro que lo que mide la perfección de las personas es su grado de caridad, no la cantidad de datos y conocimientos que acumulen. Los «gnósticos» tienen una confusión en este punto, y juzgan a los demás según la capacidad que tengan de comprender la profundidad de determinadas doctrinas. Conciben una mente sin encarnación, incapaz de tocar la carne sufriente de Cristo en los otros, encorsetada en una enciclopedia de abstracciones. Al descarnar el misterio finalmente prefieren «un Dios sin Cristo, un Cristo sin Iglesia, una Iglesia sin pueblo».

38. En definitiva, se trata de una superficialidad vanidosa: mucho movimiento en la superficie de la mente, pero no se mueve ni se conmueve la profundidad del pensamiento. Sin embargo, logra subyugar a algunos con una fascinación engañosa, porque el equilibrio gnóstico es formal y supuestamente aséptico, y puede asumir el aspecto de una cierta armonía o de un orden que lo abarca todo.

39. Pero estemos atentos. No me refiero a los racionalistas enemigos de la fe cristiana. Esto puede ocurrir dentro de la Iglesia, tanto en los laicos de las parroquias como en quienes enseñan filosofía o teología en centros de formación. Porque también es propio de los gnósticos creer que con sus explicaciones ellos pueden hacer perfectamente comprensible toda la fe y todo el Evangelio. Absolutizan sus propias teorías y obligan a los demás a someterse a los razonamientos que ellos usan. Una cosa es un sano y humilde uso de la razón para reflexionar sobre la enseñanza teológica y moral del Evangelio; otra es pretender reducir la enseñanza de Jesús a una lógica fría y dura que busca dominarlo todo.

Una doctrina sin misterio

40. El gnosticismo es una de las peores ideologías, ya que, al mismo tiempo que exalta indebidamente el conocimiento o una determinada experiencia, considera que su propia visión de la realidad es la perfección. Así, quizá sin advertirlo, esta ideología se alimenta a sí misma y se engeguece aún más. A veces se vuelve especialmente engañosa cuando se disfraza de una espiritualidad desencarnada. Porque el gnosticismo «por su propia naturaleza quiere domesticar el misterio», tanto el misterio de Dios y de su gracia, como el misterio de la vida de los demás.

41. Cuando alguien tiene respuestas a todas las preguntas, demuestra que no está en un sano camino y es posible que sea un falso profeta, que usa la religión en beneficio propio, al servicio de sus elucubraciones psicológicas y mentales. Dios nos supera infinitamente, siempre es una sorpresa y no somos nosotros los que decidimos en qué circunstancia histórica encontrarlo, ya que no depende de nosotros determinar el tiempo y el lugar del encuentro. Quien lo quiere todo claro y seguro pretende dominar la trascendencia de Dios.

42. Tampoco se puede pretender definir dónde no está Dios, porque él está misteriosamente en la vida de toda persona, está en la vida de cada uno como él quiere, y no podemos negarlo con nuestras supuestas certezas. Aun cuando la existencia de alguien haya sido un desastre, aun cuando lo veamos destruido por los vicios o las adicciones, Dios está en su vida. Si nos dejamos guiar por el Espíritu más que por nuestros razonamientos, podemos y debemos buscar al Señor en toda vida humana. Esto es parte del misterio que las mentalidades gnósticas terminan rechazando, porque no lo pueden controlar.

Los límites de la razón

43. Nosotros llegamos a comprender muy pobremente la verdad que recibimos del Señor. Con mayor dificultad todavía logramos expresarla. Por ello no podemos pretender que nuestro modo de entenderla nos autorice a ejercer una supervisión estricta de la vida de los demás. Quiero recordar que en la Iglesia conviven lícitamente distintas maneras de interpretar muchos aspectos de la doctrina y de la vida cristiana que, en su variedad, «ayudan a explicitar mejor el riquísimo tesoro de la Palabra». Es verdad que «a quienes sueñan con una doctrina monolítica defendida por todos sin matices, esto puede parecerles una imperfecta dispersión». Precisamente, algunas corrientes gnósticas despreciaron la sencillez tan concreta del Evangelio e intentaron reemplazar al Dios trinitario y encarnado por una Unidad superior donde desaparecía la rica multiplicidad de nuestra historia.

44. En realidad, la doctrina, o mejor, nuestra comprensión y expresión de ella, «no es un sistema cerrado, privado de dinámicas capaces de generar interrogantes, dudas, cuestionamientos», y «las preguntas de nuestro pueblo, sus angustias, sus peleas, sus sueños, sus luchas, sus preocupaciones, poseen valor hermenéutico que no podemos ignorar si queremos tomar en serio el principio de encarnación. Sus preguntas nos ayudan a preguntarnos, sus cuestionamientos nos cuestionan».

45. Con frecuencia se produce una peligrosa confusión: creer que porque sabemos algo o podemos explicarlo con una determinada lógica, ya somos santos, perfectos, mejores que la «masa ignorante». A todos los que en la Iglesia tienen la posibilidad de una formación más alta, san Juan Pablo II les advertía de la tentación de desarrollar «un cierto sentimiento de superioridad respecto a los demás fieles». Pero en realidad, eso que creemos saber debería ser siempre una motivación para responder mejor al amor de Dios, porque «se aprende para vivir: teología y santidad son un binomio inseparable».

46. Cuando san Francisco de Asís veía que algunos de sus discípulos enseñaban la doctrina, quiso evitar la tentación del gnosticismo. Entonces escribió esto a san Antonio de Padua: «Me agrada que enseñes sagrada teología a los hermanos con tal que, en el estudio de la misma, no apagues el espíritu de oración y devoción». Él reconocía la tentación de convertir la experiencia cristiana en un conjunto de elucubraciones mentales que terminan alejándonos de la frescura del Evangelio. San Buenaventura, por otra parte, advertía que la verdadera sabiduría cristiana no se debe desconectar de la misericordia hacia el prójimo: «La mayor sabiduría que puede existir consiste en difundir fructuosamente lo que uno tiene para dar, lo que se le ha dado precisamente para que lo dispense. [...] Por eso, así como la misericordia es amiga de la sabiduría, la avaricia es su enemiga». «Hay una actividad que al unirse a la contemplación no la impide, sino que la facilita, como las obras de misericordia y piedad».

El pelagianismo actual

47. El gnosticismo dio lugar a otra vieja herejía, que también está presente hoy. Con el paso del tiempo, muchos comenzaron a reconocer que no es el conocimiento lo que nos hace mejores o santos, sino la vida que llevamos. El problema es que esto se degeneró sutilmente, de manera que el mismo error de los gnósticos simplemente se transformó, pero no fue superado.

48. Porque el poder que los gnósticos atribuían a la inteligencia, algunos comenzaron a atribuírselo a la voluntad humana, al esfuerzo personal. Así surgieron los pelagianos y los semipelagianos. Ya no era la inteligencia lo que ocupaba el lugar del misterio y de la gracia, sino la voluntad. Se olvidaba que «todo depende no del querer o del correr, sino de la misericordia de Dios» (Rm 9,16) y que «él nos amó primero» (1 Jn 4,19).

Una voluntad sin humildad

49. Los que responden a esta mentalidad pelagiana o semipelagiana, aunque hablen de la gracia de Dios con discursos edulcorados «en el fondo solo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico». Cuando algunos de ellos se dirigen a los débiles diciéndoles que todo se puede con la gracia de Dios, en el fondo suelen transmitir la idea de que todo se puede con la voluntad humana, como si ella fuera algo puro, perfecto, omnipotente, a lo que se añade la

gracia. Se pretende ignorar que «no todos pueden todo», y que en esta vida las fragilidades humanas no son sanadas completa y definitivamente por la gracia. En cualquier caso, como enseñaba san Agustín, Dios te invita a hacer lo que puedas y a pedir lo que no puedas; o bien a decirle al Señor humildemente: «*Dame lo que me pides y pídemelo lo que quieras*».

50. En el fondo, la falta de un reconocimiento sincero, dolorido y orante de nuestros límites es lo que impide a la gracia actuar mejor en nosotros, ya que no le deja espacio para provocar ese bien posible que se integra en un camino sincero y real de crecimiento. La gracia, precisamente porque supone nuestra naturaleza, no nos hace superhombres de golpe. Pretenderlo sería confiar demasiado en nosotros mismos. En este caso, detrás de la ortodoxia, nuestras actitudes pueden no corresponder a lo que afirmamos sobre la necesidad de la gracia, y en los hechos terminamos confiando poco en ella. Porque si no advertimos nuestra realidad concreta y limitada, tampoco podremos ver los pasos reales y posibles que el Señor nos pide en cada momento, después de habernos capacitado y cautivado con su don. La gracia actúa históricamente y, de ordinario, nos toma y transforma de una forma progresiva. Por ello, si rechazamos esta manera histórica y progresiva, de hecho podemos llegar a negarla y bloquearla, aunque la exaltemos con nuestras palabras.

51. Cuando Dios se dirige a Abraham le dice: «Yo soy Dios todopoderoso, camina en mi presencia y sé perfecto» (Gn 17,1). Para poder ser perfectos, como a él le agrada, necesitamos vivir humildemente en su presencia, envueltos en su gloria; nos hace falta caminar en unión con él reconociendo su amor constante en nuestras vidas. Hay que perderle el miedo a esa presencia que solamente puede hacernos bien. Es el Padre que nos dio la vida y nos ama tanto. Una vez que lo aceptamos y dejamos de pensar nuestra existencia sin él, desaparece la angustia de la soledad (cf. Sal 139,7). Y si ya no ponemos distancias frente a Dios y vivimos en su presencia, podremos permitirle que examine nuestro corazón para ver si va por el camino correcto (cf. Sal 139,23-24). Así conoceremos la voluntad agradable y perfecta del Señor (cf. Rm 12,1-2) y dejaremos que él nos moldee como un alfarero (cf. Is 29,16). Hemos dicho tantas veces que Dios habita en nosotros, pero es mejor decir que nosotros habitamos en él, que él nos permite vivir en su luz y en su amor. Él es nuestro templo: lo que busco es habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida (cf. Sal 27,4). «Vale más un día en tus atrios que mil en mi casa» (Sal 84,11). En él somos santificados.

Una enseñanza de la Iglesia muchas veces olvidada

52. La Iglesia enseñó reiteradas veces que no somos justificados por nuestras obras o por nuestros esfuerzos, sino por la gracia del Señor que toma la iniciativa. Los Padres de la Iglesia, aun antes de san Agustín, expresaban con claridad esta convicción primaria. San Juan Crisóstomo decía que Dios derrama en nosotros la fuente misma de todos los dones antes de que nosotros hayamos entrado en el combate. San Basilio Magno remarcaba que el fiel se gloría solo en Dios, porque

«reconoce estar privado de la verdadera justicia y que es justificado únicamente mediante la fe en Cristo».

53. El II Sínodo de Orange enseñó con firme autoridad que nada humano puede exigir, merecer o comprar el don de la gracia divina, y que todo lo que pueda cooperar con ella es previamente don de la misma gracia: «Aun el querer ser limpios se hace en nosotros por infusión y operación sobre nosotros del Espíritu Santo». Posteriormente, aun cuando el Concilio de Trento destacó la importancia de nuestra cooperación para el crecimiento espiritual, reafirmó aquella enseñanza dogmática: «Se dice que somos justificados gratuitamente, porque nada de lo que precede a la justificación, sea la fe, sean las obras, merece la gracia misma de la justificación; “porque si es gracia, ya no es por las obras; de otro modo la gracia ya no sería gracia” (Rm 11,6)».

54. El Catecismo de la Iglesia Católica también nos recuerda que el don de la gracia «sobrepasa las capacidades de la inteligencia y las fuerzas de la voluntad humana», y que «frente a Dios no hay, en el sentido de un derecho estricto, mérito alguno de parte del hombre. Entre él y nosotros la desigualdad no tiene medida». Su amistad nos supera infinitamente, no puede ser comprada por nosotros con nuestras obras y solo puede ser un regalo de su iniciativa de amor. Esto nos invita a vivir con una gozosa gratitud por ese regalo que nunca mereceremos, puesto que «después que uno ya posee la gracia, no puede la gracia ya recibida caer bajo mérito». Los santos evitan depositar la confianza en sus acciones: «En el atardecer de esta vida me presentaré ante ti con las manos vacías, Señor, porque no te pido que lleves cuenta de mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas a tus ojos».

55. Esta es una de las grandes convicciones definitivamente adquiridas por la Iglesia, y está tan claramente expresada en la Palabra de Dios que queda fuera de toda discusión. Así como el supremo mandamiento del amor, esta verdad debería marcar nuestro estilo de vida, porque bebe del corazón del Evangelio y nos convoca no solo a aceptarla con la mente, sino a convertirla en un gozo contagioso. Pero no podremos celebrar con gratitud el regalo gratuito de la amistad con el Señor si no reconocemos que aun nuestra existencia terrena y nuestras capacidades naturales son un regalo. Necesitamos «consentir jubilosamente que nuestra realidad sea dádiva, y aceptar aun nuestra libertad como gracia. Esto es lo difícil hoy en un mundo que cree tener algo por sí mismo, fruto de su propia originalidad o de su libertad».

56. Solamente a partir del don de Dios, libremente acogido y humildemente recibido, podemos cooperar con nuestros esfuerzos para dejarnos transformar más y más. Lo primero es pertenecer a Dios. Se trata de ofrecernos a él que nos primerea, de entregarle nuestras capacidades, nuestro empeño, nuestra lucha contra el mal y nuestra creatividad, para que su don gratuito crezca y se desarrolle en nosotros: «Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios» (Rm 12,1). Por otra parte, la Iglesia siempre enseñó que solo la caridad hace posible el crecimiento en la vida de la gracia, porque si no tengo caridad, no soy nada (cf. 1 Co 13,2).

Los nuevos pelagianos

57. Todavía hay cristianos que se empeñan en seguir otro camino: el de la justificación por las propias fuerzas, el de la adoración de la voluntad humana y de la propia capacidad, que se traduce en una autocomplacencia egocéntrica y elitista privada del verdadero amor. Se manifiesta en muchas actitudes aparentemente distintas: la obsesión por la ley, la fascinación por mostrar conquistas sociales y políticas, la ostentación en el cuidado de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia, la vanagloria ligada a la gestión de asuntos prácticos, el embeleso por las dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial. En esto algunos cristianos gastan sus energías y su tiempo, en lugar de dejarse llevar por el Espíritu en el camino del amor, de apasionarse por comunicar la hermosura y la alegría del Evangelio y de buscar a los perdidos en esas inmensas multitudes sedientas de Cristo.

58. Muchas veces, en contra del impulso del Espíritu, la vida de la Iglesia se convierte en una pieza de museo o en una posesión de pocos. Esto ocurre cuando algunos grupos cristianos dan excesiva importancia al cumplimiento de determinadas normas propias, costumbres o estilos. De esa manera, se suele reducir y encorsetar el Evangelio, quitándole su sencillez cautivante y su sal. Es quizás una forma sutil de pelagianismo, porque parece someter la vida de la gracia a unas estructuras humanas. Esto afecta a grupos, movimientos y comunidades, y es lo que explica por qué tantas veces comienzan con una intensa vida en el Espíritu, pero luego terminan fosilizados... o corruptos.

59. Sin darnos cuenta, por pensar que todo depende del esfuerzo humano encauzado por normas y estructuras eclesiales, complicamos el Evangelio y nos volvemos esclavos de un esquema que deja pocos resquicios para que la gracia actúe. Santo Tomás de Aquino nos recordaba que los preceptos añadidos al Evangelio por la Iglesia deben exigirse con moderación «para no hacer pesada la vida a los fieles», porque así «se convertiría nuestra religión en una esclavitud».

El resumen de la Ley

60. En orden a evitarlo, es sano recordar frecuentemente que existe una jerarquía de virtudes, que nos invita a buscar lo esencial. El primado lo tienen las virtudes teologales, que tienen a Dios como objeto y motivo. Y en el centro está la caridad. San Pablo dice que lo que cuenta de verdad es «la fe que actúa por el amor» (Ga 5,6). Estamos llamados a cuidar atentamente la caridad: «El que ama ha cumplido el resto de la ley [...] por eso la plenitud de la ley es el amor» (Rm 13,8.10). «Porque toda la ley se cumple en una sola frase, que es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Ga 5,14).

61. Dicho con otras palabras: en medio de la tupida selva de preceptos y prescripciones, Jesús abre una brecha que permite distinguir dos rostros, el del Padre y el del hermano. No nos entrega dos fórmulas o dos preceptos más. Nos entrega dos rostros, o mejor, uno solo, el de Dios que se refleja en muchos. Porque

en cada hermano, especialmente en el más pequeño, frágil, indefenso y necesitado, está presente la imagen misma de Dios. En efecto, el Señor, al final de los tiempos, plasmará su obra de arte con el desecho de esta humanidad vulnerable. Pues, «¿qué es lo que queda?, ¿qué es lo que tiene valor en la vida?, ¿qué riquezas son las que no desaparecen? Sin duda, dos: El Señor y el prójimo. Estas dos riquezas no desaparecen».

62. ¡Que el Señor libere a la Iglesia de las nuevas formas de gnosticismo y de pelagianismo que la complican y la detienen en su camino hacia la santidad! Estas desviaciones se expresan de diversas formas, según el propio temperamento y las propias características. Por eso exhorto a cada uno a preguntarse y a discernir frente a Dios de qué manera pueden estar manifestándose en su vida.

Capítulo tercero

A la luz del Maestro

63. Puede haber muchas teorías sobre lo que es la santidad, abundantes explicaciones y distinciones. Esa reflexión podría ser útil, pero nada es más iluminador que volver a las palabras de Jesús y recoger su modo de transmitir la verdad. Jesús explicó con toda sencillez qué es ser santos, y lo hizo cuando nos dejó las bienaventuranzas (cf. Mt 5,3-12; Lc 6,20-23). Son como el carnet de identidad del cristiano. Así, si alguno de nosotros se plantea la pregunta: «¿Cómo se hace para llegar a ser un buen cristiano?», la respuesta es sencilla: es necesario hacer, cada uno a su modo, lo que dice Jesús en el sermón de las bienaventuranzas. En ellas se dibuja el rostro del Maestro, que estamos llamados a transparentar en lo cotidiano de nuestras vidas.

64. La palabra «feliz» o «bienaventurado», pasa a ser sinónimo de «santo», porque expresa que la persona que es fiel a Dios y vive su Palabra alcanza, en la entrega de sí, la verdadera dicha.

A contracorriente

65. Aunque las palabras de Jesús puedan parecernos poéticas, sin embargo van muy a contracorriente con respecto a lo que es costumbre, a lo que se hace en la sociedad; y, si bien este mensaje de Jesús nos atrae, en realidad el mundo nos lleva hacia otro estilo de vida. Las bienaventuranzas de ninguna manera son algo liviano o superficial; al contrario, ya que solo podemos vivirlas si el Espíritu Santo nos invade con toda su potencia y nos libera de la debilidad del egoísmo, de la comodidad, del orgullo.

66. Volvamos a escuchar a Jesús, con todo el amor y el respeto que merece el Maestro. Permitámosle que nos golpee con sus palabras, que nos desafíe, que nos interpele a un cambio real de vida. De otro modo, la santidad será solo palabras. Recordamos ahora las distintas bienaventuranzas en la versión del evangelio de Mateo (cf. Mt 5,3-12).

«Felices los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos»

67. El Evangelio nos invita a reconocer la verdad de nuestro corazón, para ver dónde colocamos la seguridad de nuestra vida. Normalmente el rico se siente seguro con sus riquezas, y cree que cuando están en riesgo, todo el sentido de su vida en la tierra se desmorona. Jesús mismo nos lo dijo en la parábola del rico insensato, de ese hombre seguro que, como necio, no pensaba que podría morir ese mismo día (cf. Lc 12,16-21).

68. Las riquezas no te aseguran nada. Es más: cuando el corazón se siente rico, está tan satisfecho de sí mismo que no tiene espacio para la Palabra de Dios, para amar a los hermanos ni para gozar de las cosas más grandes de la vida. Así se priva de los mayores bienes. Por eso Jesús llama felices a los pobres de espíritu, que tienen el corazón pobre, donde puede entrar el Señor con su constante novedad.

69. Esta pobreza de espíritu está muy relacionada con aquella «santa indiferencia» que proponía san Ignacio de Loyola, en la cual alcanzamos una hermosa libertad interior: «Es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido; en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás».

70. Lucas no habla de una pobreza «de espíritu» sino de ser «pobres» a secas (cf. Lc 6,20), y así nos invita también a una existencia austera y despojada. De ese modo, nos convoca a compartir la vida de los más necesitados, la vida que llevaron los Apóstoles, y en definitiva a configurarnos con Jesús, que «siendo rico se hizo pobre» (2 Co 8,9).

Ser pobre en el corazón, esto es santidad.

«Felices los mansos, porque heredarán la tierra»

71. Es una expresión fuerte, en este mundo que desde el inicio es un lugar de enemistad, donde se riñe por doquier, donde por todos lados hay odio, donde constantemente clasificamos a los demás por sus ideas, por sus costumbres, y hasta por su forma de hablar o de vestir. En definitiva, es el reino del orgullo y de la vanidad, donde cada uno se cree con el derecho de alzarse por encima de los otros. Sin embargo, aunque parezca imposible, Jesús propone otro estilo: la mansedumbre. Es lo que él practicaba con sus propios discípulos y lo que contemplamos en su entrada a Jerusalén: «Mira a tu rey, que viene a ti, humilde, montado en una borrica» (Mt 21,5; cf. Za 9,9).

72. Él dijo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas» (Mt 11,29). Si vivimos tensos, engraidos ante los demás, terminamos cansados y agotados. Pero cuando miramos sus límites y

defectos con ternura y mansedumbre, sin sentirnos más que ellos, podemos darles una mano y evitamos desgastar energías en lamentos inútiles. Para santa Teresa de Lisieux «la caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás, en no escandalizarse de sus debilidades».

73. Pablo menciona la mansedumbre como un fruto del Espíritu Santo (cf. Ga 5,23). Propone que, si alguna vez nos preocupan las malas acciones del hermano, nos acerquemos a corregirle, pero «con espíritu de mansedumbre» (Ga 6,1), y recuerda: «Piensa que también tú puedes ser tentado» (ibíd.). Aun cuando uno defienda su fe y sus convicciones debe hacerlo con mansedumbre (cf. 1 P 3,16), y hasta los adversarios deben ser tratados con mansedumbre (cf. 2 Tm 2,25). En la Iglesia muchas veces nos hemos equivocado por no haber acogido este pedido de la Palabra divina.

74. La mansedumbre es otra expresión de la pobreza interior, de quien deposita su confianza solo en Dios. De hecho, en la Biblia suele usarse la misma palabra *anawin* para referirse a los pobres y a los mansos. Alguien podría objetar: «Si yo soy tan manso, pensarán que soy un necio, que soy tonto o débil». Tal vez sea así, pero dejemos que los demás piensen esto. Es mejor ser siempre mansos, y se cumplirán nuestros mayores anhelos: los mansos «poseerán la tierra», es decir, verán cumplidas en sus vidas las promesas de Dios. Porque los mansos, más allá de lo que digan las circunstancias, esperan en el Señor, y los que esperan en el Señor poseerán la tierra y gozarán de inmensa paz (cf. Sal 37,9.11). Al mismo tiempo, el Señor confía en ellos: «En ese pondré mis ojos, en el humilde y el abatido, que se estremece ante mis palabras» (Is 66,2).

Reaccionar con humilde mansedumbre, esto es santidad.

«Felices los que lloran, porque ellos serán consolados»

75. El mundo nos propone lo contrario: el entretenimiento, el disfrute, la distracción, la diversión, y nos dice que eso es lo que hace buena la vida. El mundano ignora, mira hacia otra parte cuando hay problemas de enfermedad o de dolor en la familia o a su alrededor. El mundo no quiere llorar: prefiere ignorar las situaciones dolorosas, cubrirlas, esconderlas. Se gastan muchas energías por escapar de las circunstancias donde se hace presente el sufrimiento, creyendo que es posible disimular la realidad, donde nunca, nunca, puede faltar la cruz.

76. La persona que ve las cosas como son realmente, se deja traspasar por el dolor y llora en su corazón, es capaz de tocar las profundidades de la vida y de ser auténticamente feliz. Esa persona es consolada, pero con el consuelo de Jesús y no con el del mundo. Así puede atreverse a compartir el sufrimiento ajeno y deja de huir de las situaciones dolorosas. De ese modo encuentra que la vida tiene sentido socorriendo al otro en su dolor, comprendiendo la angustia ajena, aliviando a los demás. Esa persona siente que el otro es carne de su carne, no teme acercarse hasta tocar su herida, se compadece hasta experimentar que las distancias se

borran. Así es posible acoger aquella exhortación de san Pablo: «Llorad con los que lloran» (Rm 12,15).

Saber llorar con los demás, esto es santidad.

«Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos quedarán saciados»

77. «Hambre y sed» son experiencias muy intensas, porque responden a necesidades primarias y tienen que ver con el instinto de sobrevivir. Hay quienes con esa intensidad desean la justicia y la buscan con un anhelo tan fuerte. Jesús dice que serán saciados, ya que tarde o temprano la justicia llega, y nosotros podemos colaborar para que sea posible, aunque no siempre veamos los resultados de este empeño.

78. Pero la justicia que propone Jesús no es como la que busca el mundo, tantas veces manchada por intereses mezquinos, manipulada para un lado o para otro. La realidad nos muestra qué fácil es entrar en las pandillas de la corrupción, formar parte de esa política cotidiana del «doy para que me den», donde todo es negocio. Y cuánta gente sufre por las injusticias, cuántos se quedan observando impotentes cómo los demás se turnan para repartirse la torta de la vida. Algunos desisten de luchar por la verdadera justicia, y optan por subirse al carro del vencedor. Eso no tiene nada que ver con el hambre y la sed de justicia que Jesús elogia.

79. Tal justicia empieza por hacerse realidad en la vida de cada uno siendo justo en las propias decisiones, y luego se expresa buscando la justicia para los pobres y débiles. Es cierto que la palabra «justicia» puede ser sinónimo de fidelidad a la voluntad de Dios con toda nuestra vida, pero si le damos un sentido muy general olvidamos que se manifiesta especialmente en la justicia con los desamparados: «Buscad la justicia, socorred al oprimido, protegéd el derecho del huérfano, defended a la viuda» (Is 1,17).

Buscar la justicia con hambre y sed, esto es santidad.

«Felices los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia»

80. La misericordia tiene dos aspectos: es dar, ayudar, servir a los otros, y también perdonar, comprender. Mateo lo resume en una regla de oro: «Todo lo que queráis que haga la gente con vosotros, hacedlo vosotros con ella» (7,12). El Catecismo nos recuerda que esta ley se debe aplicar «en todos los casos», de manera especial cuando alguien «se ve a veces enfrentado con situaciones que hacen el juicio moral menos seguro, y la decisión difícil».

81. Dar y perdonar es intentar reproducir en nuestras vidas un pequeño reflejo de la perfección de Dios, que da y perdona sobreabundantemente. Por tal razón, en el evangelio de Lucas ya no escuchamos el «sed perfectos» (Mt 5,48) sino «sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso; no juzguéis, y no seréis

juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará» (6,36-38). Y luego Lucas agrega algo que no deberíamos ignorar: «Con la medida con que midiereis se os medirá a vosotros» (6,38). La medida que usemos para comprender y perdonar se aplicará a nosotros para perdonarnos. La medida que apliquemos para dar, se nos aplicará en el cielo para recompensarnos. No nos conviene olvidarlo.

82. Jesús no dice: «Felices los que planean venganza», sino que llama felices a aquellos que perdonan y lo hacen «setenta veces siete» (Mt 18,22). Es necesario pensar que todos nosotros somos un ejército de perdonados. Todos nosotros hemos sido mirados con compasión divina. Si nos acercamos sinceramente al Señor y afinamos el oído, posiblemente escucharemos algunas veces este reproche: «¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?» (Mt 18,33).

Mirar y actuar con misericordia, esto es santidad.

«Felices los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios»

83. Esta bienaventuranza se refiere a quienes tienen un corazón sencillo, puro, sin suciedad, porque un corazón que sabe amar no deja entrar en su vida algo que atente contra ese amor, algo que lo debilite o lo ponga en riesgo. En la Biblia, el corazón son nuestras intenciones verdaderas, lo que realmente buscamos y deseamos, más allá de lo que aparentamos: «El hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón» (1 S 16,7). Él busca hablarnos en el corazón (cf. Os 2,16) y allí desea escribir su Ley (cf. Jr 31,33). En definitiva, quiere darnos un corazón nuevo (cf. Ez 36,26).

84. Lo que más hay que cuidar es el corazón (cf. Pr 4,23). Nada manchado por la falsedad tiene un valor real para el Señor. Él «huye de la falsedad, se aleja de los pensamientos vacíos» (Sb 1,5). El Padre, que «ve en lo secreto» (Mt 6,6), reconoce lo que no es limpio, es decir, lo que no es sincero, sino solo cáscara y apariencia, así como el Hijo sabe también «lo que hay dentro de cada hombre» (Jn 2,25).

85. Es cierto que no hay amor sin obras de amor, pero esta bienaventuranza nos recuerda que el Señor espera una entrega al hermano que brote del corazón, ya que «si repartiera todos mis bienes entre los necesitados; si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría» (1 Co 13,3). En el evangelio de Mateo vemos también que lo que viene de dentro del corazón es lo que contamina al hombre (cf. 15,18), porque de allí proceden los asesinatos, el robo, los falsos testimonios, y demás cosas (cf. 15,19). En las intenciones del corazón se originan los deseos y las decisiones más profundas que realmente nos mueven.

86. Cuando el corazón ama a Dios y al prójimo (cf. Mt 22,36-40), cuando esa es su intención verdadera y no palabras vacías, entonces ese corazón es puro y puede ver a Dios. San Pablo, en medio de su himno a la caridad, recuerda que «ahora vemos como en un espejo, confusamente» (1 Co 13,12), pero en la medida que

reine de verdad el amor, nos volveremos capaces de ver «cara a cara» (ibíd.). Jesús promete que los de corazón puro «verán a Dios».

Mantener el corazón limpio de todo lo que mancha el amor, esto es santidad.

«Felices los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios»

87. Esta bienaventuranza nos hace pensar en las numerosas situaciones de guerra que se repiten. Para nosotros es muy común ser agentes de enfrentamientos o al menos de malentendidos. Por ejemplo, cuando escucho algo de alguien y voy a otro y se lo digo; e incluso hago una segunda versión un poco más amplia y la difundo. Y si logro hacer más daño, parece que me provoca mayor satisfacción. El mundo de las habladurías, hecho por gente que se dedica a criticar y a destruir, no construye la paz. Esa gente más bien es enemiga de la paz y de ningún modo bienaventurada.

88. Los pacíficos son fuente de paz, construyen paz y amistad social. A esos que se ocupan de sembrar paz en todas partes, Jesús les hace una promesa hermosa: «Ellos serán llamados hijos de Dios» (Mt 5,9). Él pedía a los discípulos que cuando llegaran a un hogar dijeran: «Paz a esta casa» (Lc 10,5). La Palabra de Dios exhorta a cada creyente para que busque la paz junto con todos (cf. 2 Tm 2,22), porque «el fruto de la justicia se siembra en la paz para quienes trabajan por la paz» (St 3,18). Y si en alguna ocasión en nuestra comunidad tenemos dudas acerca de lo que hay que hacer, «procuremos lo que favorece la paz» (Rm 14,19) porque la unidad es superior al conflicto.

89. No es fácil construir esta paz evangélica que no excluye a nadie sino que integra también a los que son algo extraños, a las personas difíciles y complicadas, a los que reclaman atención, a los que son diferentes, a quienes están muy golpeados por la vida, a los que tienen otros intereses. Es duro y requiere una gran amplitud de mente y de corazón, ya que no se trata de «un consenso de escritorio o una efímera paz para una minoría feliz», ni de un proyecto «de unos pocos para unos pocos». Tampoco pretende ignorar o disimular los conflictos, sino «aceptar sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso». Se trata de ser artesanos de la paz, porque construir la paz es un arte que requiere serenidad, creatividad, sensibilidad y destreza.

Sembrar paz a nuestro alrededor, esto es santidad.

«Felices los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos»

90. Jesús mismo remarca que este camino va a contracorriente hasta el punto de convertirnos en seres que cuestionan a la sociedad con su vida, personas que molestan. Jesús recuerda cuánta gente es perseguida y ha sido perseguida sencillamente por haber luchado por la justicia, por haber vivido sus compromisos con Dios y con los demás. Si no queremos sumergirnos en una oscura mediocridad

no pretendamos una vida cómoda, porque «quien quiera salvar su vida la perderá» (Mt 16,25).

91. No se puede esperar, para vivir el Evangelio, que todo a nuestro alrededor sea favorable, porque muchas veces las ambiciones del poder y los intereses mundanos juegan en contra nuestra. San Juan Pablo II decía que «está alienada una sociedad que, en sus formas de organización social, de producción y consumo, hace más difícil la realización de esta donación [de sí] y la formación de esa solidaridad interhumana». En una sociedad así, alienada, atrapada en una trama política, mediática, económica, cultural e incluso religiosa que impide un auténtico desarrollo humano y social, se vuelve difícil vivir las bienaventuranzas, llegando incluso a ser algo mal visto, sospechado, ridiculizado.

92. La cruz, sobre todo los cansancios y los dolores que soportamos por vivir el mandamiento del amor y el camino de la justicia, es fuente de maduración y de santificación. Recordemos que cuando el Nuevo Testamento habla de los sufrimientos que hay que soportar por el Evangelio, se refiere precisamente a las persecuciones (cf. Hch 5,41; Flp 1,29; Col 1,24; 2 Tm 1,12; 1 P 2,20; 4,14-16; Ap 2,10).

93. Pero hablamos de las persecuciones inevitables, no de las que podamos ocasionarnos nosotros mismos con un modo equivocado de tratar a los demás. Un santo no es alguien raro, lejano, que se vuelve insoportable por su vanidad, su negatividad y sus resentimientos. No eran así los Apóstoles de Cristo. El libro de los Hechos cuenta insistentemente que ellos gozaban de la simpatía «de todo el pueblo» (2,47; cf. 4,21.33; 5,13) mientras algunas autoridades los acosaban y perseguían (cf. 4,1-3; 5,17-18).

94. Las persecuciones no son una realidad del pasado, porque hoy también las sufrimos, sea de manera cruenta, como tantos mártires contemporáneos, o de un modo más sutil, a través de calumnias y falsedades. Jesús dice que habrá felicidad cuando «os calumnien de cualquier modo por mi causa» (Mt 5,11). Otras veces se trata de burlas que intentan desfigurar nuestra fe y hacernos pasar como seres ridículos.

Aceptar cada día el camino del Evangelio aunque nos traiga problemas, esto es santidad.

El gran protocolo

95. En el capítulo 25 del evangelio de Mateo (vv. 31-46), Jesús vuelve a detenerse en una de estas bienaventuranzas, la que declara felices a los misericordiosos. Si buscamos esa santidad que agrada a los ojos de Dios, en este texto hallamos precisamente un protocolo sobre el cual seremos juzgados: «Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme» (25,35-36).

Por fidelidad al Maestro

96. Por lo tanto, ser santos no significa blanquear los ojos en un supuesto éxtasis. Decía san Juan Pablo II que «si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse». El texto de Mateo 25,35-36 «no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo». En este llamado a reconocerlo en los pobres y sufrientes se revela el mismo corazón de Cristo, sus sentimientos y opciones más profundas, con las cuales todo santo intenta configurarse.

97. Ante la contundencia de estos pedidos de Jesús es mi deber rogar a los cristianos que los acepten y reciban con sincera apertura, «*sine glossa*», es decir, sin comentario, sin elucubraciones y excusas que les quiten fuerza. El Señor nos dejó bien claro que la santidad no puede entenderse ni vivirse al margen de estas exigencias suyas, porque la misericordia es «el corazón palpitante del Evangelio».

98. Cuando encuentro a una persona durmiendo a la intemperie, en una noche fría, puedo sentir que ese bulto es un imprevisto que me interrumpe, un delincuente ocioso, un estorbo en mi camino, un aguijón molesto para mi conciencia, un problema que deben resolver los políticos, y quizá hasta una basura que ensucia el espacio público. O puedo reaccionar desde la fe y la caridad, y reconocer en él a un ser humano con mi misma dignidad, a una creatura infinitamente amada por el Padre, a una imagen de Dios, a un hermano redimido por Jesucristo. ¡Eso es ser cristianos! ¿O acaso puede entenderse la santidad al margen de este reconocimiento vivo de la dignidad de todo ser humano?

99. Esto implica para los cristianos una sana y permanente insatisfacción. Aunque aliviar a una sola persona ya justificaría todos nuestros esfuerzos, eso no nos basta. Los Obispos de Canadá lo expresaron claramente mostrando que, en las enseñanzas bíblicas sobre el Jubileo, por ejemplo, no se trata solo de realizar algunas buenas obras sino de buscar un cambio social: «Para que las generaciones posteriores también fueran liberadas, claramente el objetivo debía ser la restauración de sistemas sociales y económicos justos para que ya no pudiera haber exclusión».

Las ideologías que mutilan el corazón del Evangelio

100. Lamento que a veces las ideologías nos lleven a dos errores nocivos. Por una parte, el de los cristianos que separan estas exigencias del Evangelio de su relación personal con el Señor, de la unión interior con él, de la gracia. Así se convierte al cristianismo en una especie de ONG, quitándole esa mística luminosa que tan bien vivieron y manifestaron san Francisco de Asís, san Vicente de Paúl, santa Teresa de Calcuta y otros muchos. A estos grandes santos ni la oración, ni el amor de Dios, ni la lectura del Evangelio les disminuyeron la pasión o la eficacia de su entrega al prójimo, sino todo lo contrario.

101. También es nocivo e ideológico el error de quienes viven sospechando del compromiso social de los demás, considerándolo algo superficial, mundano, secularista, inmanentista, comunista, populista. O lo relativizan como si hubiera otras cosas más importantes o como si solo interesara una determinada ética o una razón que ellos defienden. La defensa del inocente que no ha nacido, por ejemplo, debe ser clara, firme y apasionada, porque allí está en juego la dignidad de la vida humana, siempre sagrada, y lo exige el amor a cada persona más allá de su desarrollo. Pero igualmente sagrada es la vida de los pobres que ya han nacido, que se debaten en la miseria, el abandono, la postergación, la trata de personas, la eutanasia encubierta en los enfermos y ancianos privados de atención, las nuevas formas de esclavitud, y en toda forma de descarte. No podemos plantearnos un ideal de santidad que ignore la injusticia de este mundo, donde unos festejan, gastan alegremente y reducen su vida a las novedades del consumo, al mismo tiempo que otros solo miran desde afuera mientras su vida pasa y se acaba miserablemente.

102. Suele escucharse que, frente al relativismo y a los límites del mundo actual, sería un asunto menor la situación de los migrantes, por ejemplo. Algunos católicos afirman que es un tema secundario al lado de los temas «serios» de la bioética. Que diga algo así un político preocupado por sus éxitos se puede comprender; pero no un cristiano, a quien solo le cabe la actitud de ponerse en los zapatos de ese hermano que arriesga su vida para dar un futuro a sus hijos. ¿Podemos reconocer que es precisamente eso lo que nos reclama Jesucristo cuando nos dice que a él mismo lo recibimos en cada forastero (cf. Mt 25,35)? San Benito lo había asumido sin vueltas y, aunque eso pudiera «complicar» la vida de los monjes, estableció que a todos los huéspedes que se presentaran en el monasterio se los acogiera «como a Cristo», expresándolo aun con gestos de adoración, y que a los pobres y peregrinos se los tratara «con el máximo cuidado y solicitud».

103. Algo semejante plantea el Antiguo Testamento cuando dice: «No maltratarás ni oprimirás al emigrante, pues emigrantes fuisteis vosotros en la tierra de Egipto» (Ex 22,20). «Si un emigrante reside con vosotros en vuestro país, no lo oprimiréis. El emigrante que reside entre vosotros será para vosotros como el indígena: lo amarás como a ti mismo, porque emigrantes fuisteis en Egipto» (Lv 19,33-34). Por lo tanto, no se trata de un invento de un Papa o de un delirio pasajero. Nosotros también, en el contexto actual, estamos llamados a vivir el camino de iluminación espiritual que nos presentaba el profeta Isaías cuando se preguntaba qué es lo que agrada a Dios: «Partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, cubrir a quien ves desnudo y no desentenderte de los tuyos. Entonces surgirá tu luz como la aurora» (58,7-8).

El culto que más le agrada

104. Podríamos pensar que damos gloria a Dios solo con el culto y la oración, o únicamente cumpliendo algunas normas éticas —es verdad que el primado es la relación con Dios—, y olvidamos que el criterio para evaluar nuestra vida es ante todo lo que hicimos con los demás. La oración es preciosa si alimenta una entrega

cotidiana de amor. Nuestro culto agrada a Dios cuando allí llevamos los intentos de vivir con generosidad y cuando dejamos que el don de Dios que recibimos en él se manifieste en la entrega a los hermanos.

105. Por la misma razón, el mejor modo de discernir si nuestro camino de oración es auténtico será mirar en qué medida nuestra vida se va transformando a la luz de la misericordia. Porque «la misericordia no es solo el obrar del Padre, sino que ella se convierte en el criterio para saber quiénes son realmente sus verdaderos hijos». Ella «es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia». Quiero remarcar una vez más que, si bien la misericordia no excluye la justicia y la verdad, «ante todo tenemos que decir que la misericordia es la plenitud de la justicia y la manifestación más luminosa de la verdad de Dios». Ella «es la llave del cielo».

106. No puedo dejar de recordar aquella pregunta que se hacía santo Tomás de Aquino cuando se planteaba cuáles son nuestras acciones más grandes, cuáles son las obras externas que mejor manifiestan nuestro amor a Dios. Él respondió sin dudar que son las obras de misericordia con el prójimo, más que los actos de culto: «No adoramos a Dios con sacrificios y dones exteriores por él mismo, sino por nosotros y por el prójimo. Él no necesita nuestros sacrificios, pero quiere que se los ofrezcamos por nuestra devoción y para la utilidad del prójimo. Por eso, la misericordia, que socorre los defectos ajenos, es el sacrificio que más le agrada, ya que causa más de cerca la utilidad del prójimo».

107. Quien de verdad quiera dar gloria a Dios con su vida, quien realmente anhele santificarse para que su existencia glorifique al Santo, está llamado a obsesionarse, desgastarse y cansarse intentando vivir las obras de misericordia. Es lo que había comprendido muy bien santa Teresa de Calcuta: «Sí, tengo muchas debilidades humanas, muchas miserias humanas. [...] Pero él baja y nos usa, a usted y a mí, para ser su amor y su compasión en el mundo, a pesar de nuestros pecados, a pesar de nuestras miserias y defectos. Él depende de nosotros para amar al mundo y demostrarle lo mucho que lo ama. Si nos ocupamos demasiado de nosotros mismos, no nos quedará tiempo para los demás».

108. El consumismo hedonista puede jugaros una mala pasada, porque en la obsesión por pasarla bien terminamos excesivamente concentrados en nosotros mismos, en nuestros derechos y en esa desesperación por tener tiempo libre para disfrutar. Será difícil que nos ocupemos y dediquemos energías a dar una mano a los que están mal si no cultivamos una cierta austeridad, si no luchamos contra esa fiebre que nos impone la sociedad de consumo para vendernos cosas, y que termina convirtiéndonos en pobres insatisfechos que quieren tenerlo todo y probarlo todo. También el consumo de información superficial y las formas de comunicación rápida y virtual pueden ser un factor de atontamiento que se lleva todo nuestro tiempo y nos aleja de la carne sufriente de los hermanos. En medio de esta vorágine actual, el Evangelio vuelve a resonar para ofrecernos una vida diferente, más sana y más feliz.

109. La fuerza del testimonio de los santos está en vivir las bienaventuranzas y el protocolo del juicio final. Son pocas palabras, sencillas, pero prácticas y válidas para todos, porque el cristianismo es principalmente para ser practicado, y si es también objeto de reflexión, eso solo es válido cuando nos ayuda a vivir el Evangelio en la vida cotidiana. Recomiendo vivamente releer con frecuencia estos grandes textos bíblicos, recordarlos, orar con ellos, intentar hacerlos carne. Nos harán bien, nos harán genuinamente felices.

Capítulo cuarto

Algunas notas de la santidad en el mundo actual

110. Dentro del gran marco de la santidad que nos proponen las bienaventuranzas y Mateo 25,31-46, quisiera recoger algunas notas o expresiones espirituales que, a mi juicio, no deben faltar para entender el estilo de vida al que el Señor nos llama. No me detendré a explicar los medios de santificación que ya conocemos: los distintos métodos de oración, los preciosos sacramentos de la Eucaristía y la Reconciliación, la ofrenda de sacrificios, las diversas formas de devoción, la dirección espiritual, y tantos otros. Solo me referiré a algunos aspectos del llamado a la santidad que espero resuenen de modo especial.

111. Estas notas que quiero destacar no son todas las que pueden conformar un modelo de santidad, pero son cinco grandes manifestaciones del amor a Dios y al prójimo que considero de particular importancia, debido a algunos riesgos y límites de la cultura de hoy. En ella se manifiestan: la ansiedad nerviosa y violenta que nos dispersa y nos debilita; la negatividad y la tristeza; la acedia cómoda, consumista y egoísta; el individualismo, y tantas formas de falsa espiritualidad sin encuentro con Dios que reinan en el mercado religioso actual.

Aguante, paciencia y mansedumbre

112. La primera de estas grandes notas es estar centrado, firme en torno a Dios que ama y que sostiene. Desde esa firmeza interior es posible aguantar, soportar las contrariedades, los vaivenes de la vida, y también las agresiones de los demás, sus infidelidades y defectos: «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?» (Rm 8,31). Esto es fuente de la paz que se expresa en las actitudes de un santo. A partir de tal solidez interior, el testimonio de santidad, en nuestro mundo acelerado, voluble y agresivo, está hecho de paciencia y constancia en el bien. Es la fidelidad del amor, porque quien se apoya en Dios (*pistis*) también puede ser fiel frente a los hermanos (*pistós*), no los abandona en los malos momentos, no se deja llevar por su ansiedad y se mantiene al lado de los demás aun cuando eso no le brinde satisfacciones inmediatas.

113. San Pablo invitaba a los romanos a no devolver «a nadie mal por mal» (Rm 12,17), a no querer hacerse justicia «por vuestra cuenta» (v.19), y a no dejarse vencer por el mal, sino a vencer «al mal con el bien» (v.21). Esta actitud no es expresión de debilidad sino de la verdadera fuerza, porque el mismo Dios «es lento

para la ira pero grande en poder» (Na 1,3). La Palabra de Dios nos reclama: «Desterrad de vosotros la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda maldad» (Ef 4,31).

114. Hace falta luchar y estar atentos frente a nuestras propias inclinaciones agresivas y egocéntricas para no permitir que se arraiguen: «Si os indignáis, no lleguéis a pecar; que el sol no se ponga sobre vuestra ira» (Ef 4,26). Cuando hay circunstancias que nos abrumen, siempre podemos recurrir al ancla de la súplica, que nos lleva a quedar de nuevo en las manos de Dios y junto a la fuente de la paz: «Nada os preocupe; sino que, en toda ocasión, en la oración y en la súplica, con acción de gracias, vuestras peticiones sean presentadas a Dios. Y la paz de Dios, que supera todo juicio, custodiará vuestros corazones» (Flp 4,6-7).

115. También los cristianos pueden formar parte de redes de violencia verbal a través de internet y de los diversos foros o espacios de intercambio digital. Aun en medios católicos se pueden perder los límites, se suelen naturalizar la difamación y la calumnia, y parece quedar fuera toda ética y respeto por la fama ajena. Así se produce un peligroso dualismo, porque en estas redes se dicen cosas que no serían tolerables en la vida pública, y se busca compensar las propias insatisfacciones descargando con furia los deseos de venganza. Es llamativo que a veces, pretendiendo defender otros mandamientos, se pasa por alto completamente el octavo: «No levantar falso testimonio ni mentir», y se destroza la imagen ajena sin piedad. Allí se manifiesta con descontrol que la lengua «es un mundo de maldad» y «encendida por el mismo infierno, hace arder todo el ciclo de la vida» (St 3,6).

116. La firmeza interior que es obra de la gracia, nos preserva de dejarnos arrastrar por la violencia que invade la vida social, porque la gracia aplaca la vanidad y hace posible la mansedumbre del corazón. El santo no gasta sus energías lamentando los errores ajenos, es capaz de hacer silencio ante los defectos de sus hermanos y evita la violencia verbal que arrasa y maltrata, porque no se cree digno de ser duro con los demás, sino que los considera como superiores a uno mismo (cf. Flp 2,3).

117. No nos hace bien mirar desde arriba, colocarnos en el lugar de jueces sin piedad, considerar a los otros como indignos y pretender dar lecciones permanentemente. Esa es una sutil forma de violencia. San Juan de la Cruz proponía otra cosa: «Sea siempre más amigo de ser enseñado por todos que de querer enseñar aun al que es menos que todos». Y agregaba un consejo para tener lejos al demonio: «Gozándote del bien de los otros como de ti mismo, y queriendo que los pongan a ellos delante de ti en todas las cosas, y esto con verdadero corazón. De esta manera vencerás el mal con el bien y echarás lejos al demonio y traerás alegría de corazón. Procura ejercitarlo más con los que menos te caen en gracia. Y sabe que si no ejercitas esto, no llegarás a la verdadera caridad ni aprovecharás en ella».

118. La humildad solamente puede arraigarse en el corazón a través de las humillaciones. Sin ellas no hay humildad ni santidad. Si tú no eres capaz de soportar y ofrecer algunas humillaciones no eres humilde y no estás en el camino de la

santidad. La santidad que Dios regala a su Iglesia viene a través de la humillación de su Hijo, ése es el camino. La humillación te lleva a asemejarte a Jesús, es parte ineludible de la imitación de Jesucristo: «Cristo padeció por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas» (1 P 2,21). Él a su vez expresa la humildad del Padre, que se humilla para caminar con su pueblo, que soporta sus infidelidades y murmuraciones (cf. Ex 34,6-9; Sb 11,23-12,2; Lc 6,36). Por esta razón los Apóstoles, después de la humillación, «salieron del Sanedrín dichosos de haber sido considerados dignos de padecer por el nombre de Jesús» (Hch 5,41).

119. No me refiero solo a las situaciones crudas de martirio, sino a las humillaciones cotidianas de aquellos que callan para salvar a su familia, o evitan hablar bien de sí mismos y prefieren exaltar a otros en lugar de gloriarse, eligen las tareas menos brillantes, e incluso a veces prefieren soportar algo injusto para ofrecerlo al Señor: «En cambio, que aguantéis cuando sufrís por hacer el bien, eso es una gracia de parte de Dios» (1 P 2,20). No es caminar con la cabeza baja, hablar poco o escapar de la sociedad. A veces, precisamente porque está liberado del egocentrismo, alguien puede atreverse a discutir amablemente, a reclamar justicia o a defender a los débiles ante los poderosos, aunque eso le traiga consecuencias negativas para su imagen.

120. No digo que la humillación sea algo agradable, porque eso sería masoquismo, sino que se trata de un camino para imitar a Jesús y crecer en la unión con él. Esto no se entiende naturalmente y el mundo se burla de semejante propuesta. Es una gracia que necesitamos suplicar: «Señor, cuando lleguen las humillaciones, ayúdame a sentir que estoy detrás de ti, en tu camino».

121. Tal actitud supone un corazón pacificado por Cristo, liberado de esa agresividad que brota de un yo demasiado grande. La misma pacificación que obra la gracia nos permite mantener una seguridad interior y aguantar, perseverar en el bien «aunque camine por cañadas oscuras» (Sal 23,4) o «si un ejército acampa contra mí» (Sal 27,3). Firmes en el Señor, la Roca, podemos cantar: «En paz me acuesto y enseguida me duermo, porque tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo» (Sal 4,9). En definitiva, Cristo «es nuestra paz» (Ef 2,14), vino a «guiar nuestros pasos por el camino de la paz» (Lc 1,79). Él transmitió a santa Faustina Kowalska que «la humanidad no encontrará paz hasta que no se dirija con confianza a la misericordia divina». Entonces no caigamos en la tentación de buscar la seguridad interior en los éxitos, en los placeres vacíos, en las posesiones, en el dominio sobre los demás o en la imagen social: «Os doy mi paz; pero no como la da el mundo» (Jn 14,27).

Alegría y sentido del humor

122. Lo dicho hasta ahora no implica un espíritu apocado, tristón, agriado, melancólico, o un bajo perfil sin energía. El santo es capaz de vivir con alegría y sentido del humor. Sin perder el realismo, ilumina a los demás con un espíritu positivo y esperanzado. Ser cristianos es «gozo en el Espíritu Santo» (Rm 14,17), porque «al amor de caridad le sigue necesariamente el gozo, pues todo amante se

goza en la unión con el amado [...] De ahí que la consecuencia de la caridad sea el gozo». Hemos recibido la hermosura de su Palabra y la abrazamos «en medio de una gran tribulación, con la alegría del Espíritu Santo» (1Ts 1,6). Si dejamos que el Señor nos saque de nuestro caparazón y nos cambie la vida, entonces podremos hacer realidad lo que pedía san Pablo: «Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos» (Flp 4,4).

123. Los profetas anunciaban el tiempo de Jesús, que nosotros estamos viviendo, como una revelación de la alegría: «Gritad jubilosos» (Is 12,6). «Súbete a un monte elevado, heraldo de Sión; alza fuerte la voz, heraldo de Jerusalén» (Is 40,9). «Romped a cantar, montañas, porque el Señor consuela a su pueblo y se compadece de los desamparados» (Is 49,13). «¡Salta de gozo, Sión; alégrate, Jerusalén! Mira que viene tu rey, justo y triunfador» (Za 9,9). Y no olvidemos la exhortación de Nehemías: «¡No os pongáis tristes; el gozo del Señor es vuestra fuerza!» (8,10).

124. María, que supo descubrir la novedad que Jesús traía, cantaba: «Se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador» (Lc 1,47) y el mismo Jesús «se llenó de alegría en el Espíritu Santo» (Lc 10,21). Cuando él pasaba «toda la gente se alegraba» (Lc 13,17). Después de su resurrección, donde llegaban los discípulos había una gran alegría (cf. Hch 8,8). A nosotros, Jesús nos da una seguridad: «Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. [...] Volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría» (Jn 16,20.22). «Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud» (Jn 15,11).

125. Hay momentos duros, tiempos de cruz, pero nada puede destruir la alegría sobrenatural, que «se adapta y se transforma, y siempre permanece al menos como un brote de luz que nace de la certeza personal de ser infinitamente amado, más allá de todo». Es una seguridad interior, una serenidad esperanzada que brinda una satisfacción espiritual incomprensible para los parámetros mundanos.

126. Ordinariamente la alegría cristiana está acompañada del sentido del humor, tan destacado, por ejemplo, en santo Tomás Moro, en san Vicente de Paúl o en san Felipe Neri. El mal humor no es un signo de santidad: «Aparta de tu corazón la tristeza» (Qo 11,10). Es tanto lo que recibimos del Señor, «para que lo disfrutemos» (1 Tm 6,17), que a veces la tristeza tiene que ver con la ingratitud, con estar tan encerrado en sí mismo que uno se vuelve incapaz de reconocer los regalos de Dios.

127. Su amor paterno nos invita: «Hijo, en cuanto te sea posible, cuida de ti mismo [...]. No te prives de pasar un día feliz» (Si 14,11.14). Nos quiere positivos, agradecidos y no demasiado complicados: «En tiempo de prosperidad disfruta [...]. Dios hizo a los humanos equilibrados, pero ellos se buscaron preocupaciones sin cuento» (Qo 7,14.29). En todo caso, hay que mantener un espíritu flexible, y hacer como san Pablo: «Yo he aprendido a bastarme con lo que tengo» (Flp 4,11). Es lo que vivía san Francisco de Asís, capaz de conmoverse de gratitud ante un pedazo de pan duro, o de alabar feliz a Dios solo por la brisa que acariciaba su rostro.

128. No estoy hablando de la alegría consumista e individualista tan presente en algunas experiencias culturales de hoy. Porque el consumismo solo empacha el corazón; puede brindar placeres ocasionales y pasajeros, pero no gozo. Me refiero más bien a esa alegría que se vive en comunión, que se comparte y se reparte, porque «hay más dicha en dar que en recibir» (Hch 20,35) y «Dios ama al que da con alegría» (2 Co 9,7). El amor fraterno multiplica nuestra capacidad de gozo, ya que nos vuelve capaces de gozar con el bien de los otros: «Alegraos con los que están alegres» (Rm 12,15). «Nos alegramos siendo débiles, con tal de que vosotros seáis fuertes» (2 Co 13,9). En cambio, si «nos concentramos en nuestras propias necesidades, nos condenamos a vivir con poca alegría».

Audacia y fervor

129. Al mismo tiempo, la santidad es *parresía*: es audacia, es empuje evangelizador que deja una marca en este mundo. Para que sea posible, el mismo Jesús viene a nuestro encuentro y nos repite con serenidad y firmeza: «No tengáis miedo» (Mc 6,50). «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,20). Estas palabras nos permiten caminar y servir con esa actitud llena de coraje que suscitaba el Espíritu Santo en los Apóstoles y los llevaba a anunciar a Jesucristo. Audacia, entusiasmo, hablar con libertad, fervor apostólico, todo eso se incluye en el vocablo *parresía*, palabra con la que la Biblia expresa también la libertad de una existencia que está abierta, porque se encuentra disponible para Dios y para los demás (cf. Hch 4,29; 9,28; 28,31; 2Co 3,12; Ef 3,12; Hb 3,6; 10,19).

130. El beato Pablo VI mencionaba, entre los obstáculos de la evangelización, precisamente la carencia de *parresía*: «La falta de fervor, tanto más grave cuanto que viene de dentro».

¡Cuántas veces nos sentimos tironeados a quedarnos en la comodidad de la orilla! Pero el Señor nos llama para navegar mar adentro y arrojar las redes en aguas más profundas (cf. Lc 5,4). Nos invita a gastar nuestra vida en su servicio. Aferrados a él nos animamos a poner todos nuestros carismas al servicio de los otros. Ojalá nos sintamos apremiados por su amor (cf. 2 Co 5,14) y podamos decir con san Pablo: «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Co 9,16).

131. Miremos a Jesús: su compasión entrañable no era algo que lo ensimismara, no era una compasión paralizante, tímida o avergonzada como muchas veces nos sucede a nosotros, sino todo lo contrario. Era una compasión que lo movía a salir de sí con fuerza para anunciar, para enviar en misión, para enviar a sanar y a liberar. Reconozcamos nuestra fragilidad pero dejemos que Jesús la tome con sus manos y nos lance a la misión. Somos frágiles, pero portadores de un tesoro que nos hace grandes y que puede hacer más buenos y felices a quienes lo reciban. La audacia y el coraje apostólico son constitutivos de la misión.

132. La *parresía* es sello del Espíritu, testimonio de la autenticidad del anuncio. Es feliz seguridad que nos lleva a gloriarnos del Evangelio que anunciamos, es

confianza inquebrantable en la fidelidad del Testigo fiel, que nos da la seguridad de que nada «podrá separarnos del amor de Dios» (Rm 8,39).

133. Necesitamos el empuje del Espíritu para no ser paralizados por el miedo y el cálculo, para no acostumbrarnos a caminar solo dentro de confines seguros. Recordemos que lo que está cerrado termina oliendo a humedad y enfermándonos. Cuando los Apóstoles sintieron la tentación de dejarse paralizar por los temores y peligros, se pusieron a orar juntos pidiendo la *parresía*: «Ahora, Señor, fíjate en sus amenazas y concede a tus siervos predicar tu palabra con toda valentía» (Hch 4,29). Y la respuesta fue que «al terminar la oración, tembló el lugar donde estaban reunidos; los llenó a todos el Espíritu Santo, y predicaban con valentía la palabra de Dios» (Hch 4,31).

134. Como el profeta Jonás, siempre llevamos latente la tentación de huir a un lugar seguro que puede tener muchos nombres: individualismo, espiritualismo, encerramiento en pequeños mundos, dependencia, instalación, repetición de esquemas ya prefijados, dogmatismo, nostalgia, pesimismo, refugio en las normas. Tal vez nos resistimos a salir de un territorio que nos era conocido y manejable. Sin embargo, las dificultades pueden ser como la tormenta, la ballena, el gusano que secó el ricino de Jonás, o el viento y el sol que le quemaron la cabeza; y lo mismo que para él, pueden tener la función de hacernos volver a ese Dios que es ternura y que quiere llevarnos a una itinerancia constante y renovadora.

135. Dios siempre es novedad, que nos empuja a partir una y otra vez y a desplazarnos para ir más allá de lo conocido, hacia las periferias y las fronteras. Nos lleva allí donde está la humanidad más herida y donde los seres humanos, por debajo de la apariencia de la superficialidad y el conformismo, siguen buscando la respuesta a la pregunta por el sentido de la vida. ¡Dios no tiene miedo! ¡No tiene miedo! Él va siempre más allá de nuestros esquemas y no le teme a las periferias. Él mismo se hizo periferia (cf. Flp 2,6-8; Jn 1,14). Por eso, si nos atrevemos a llegar a las periferias, allí lo encontraremos, él ya estará allí. Jesús nos primerea en el corazón de aquel hermano, en su carne herida, en su vida oprimida, en su alma oscurecida. Él ya está allí.

136. Es verdad que hay que abrir la puerta del corazón a Jesucristo, porque él golpea y llama (cf. Ap 3,20). Pero a veces me pregunto si, por el aire irrespirable de nuestra autorreferencialidad, Jesús no estará ya dentro de nosotros golpeando para que lo dejemos salir. En el Evangelio vemos cómo Jesús «iba caminando de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, proclamando y anunciando la Buena Noticia del reino de Dios» (Lc 8,1). También después de la resurrección, cuando los discípulos salieron a predicar por todas partes, «el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban» (Mc 16,20). Esa es la dinámica que brota del verdadero encuentro.

137. La costumbre nos seduce y nos dice que no tiene sentido tratar de cambiar algo, que no podemos hacer nada frente a esta situación, que siempre ha sido así y que, sin embargo, sobrevivimos. A causa de ese acostumbrarnos ya no nos

enfrentamos al mal y permitimos que las cosas «sean lo que son», o lo que algunos han decidido que sean. Pero dejemos que el Señor venga a despertarnos, a pegarnos un sacudón en nuestra modorra, a liberarnos de la inercia. Desafiemos la costumbre, abramos bien los ojos y los oídos, y sobre todo el corazón, para dejarnos descolocar por lo que sucede a nuestro alrededor y por el grito de la Palabra viva y eficaz del Resucitado.

138. Nos moviliza el ejemplo de tantos sacerdotes, religiosas, religiosos y laicos que se dedican a anunciar y a servir con gran fidelidad, muchas veces arriesgando sus vidas y ciertamente a costa de su comodidad. Su testimonio nos recuerda que la Iglesia no necesita tantos burócratas y funcionarios, sino misioneros apasionados, devorados por el entusiasmo de comunicar la verdadera vida. Los santos sorprenden, desinstalan, porque sus vidas nos invitan a salir de la mediocridad tranquila y anestesiante.

139. Pidamos al Señor la gracia de no vacilar cuando el Espíritu nos reclame que demos un paso adelante, pidamos el valor apostólico de comunicar el Evangelio a los demás y de renunciar a hacer de nuestra vida cristiana un museo de recuerdos. En todo caso, dejemos que el Espíritu Santo nos haga contemplar la historia en la clave de Jesús resucitado. De ese modo la Iglesia, en lugar de estancarse, podrá seguir adelante acogiendo las sorpresas del Señor.

En comunidad

140. Es muy difícil luchar contra la propia concupiscencia y contra las asechanzas y tentaciones del demonio y del mundo egoísta si estamos aislados. Es tal el bombardeo que nos seduce que, si estamos demasiado solos, fácilmente perdemos el sentido de la realidad, la claridad interior, y sucumbimos.

141. La santificación es un camino comunitario, de dos en dos. Así lo reflejan algunas comunidades santas. En varias ocasiones la Iglesia ha canonizado a comunidades enteras que vivieron heroicamente el Evangelio o que ofrecieron a Dios la vida de todos sus miembros. Pensemos, por ejemplo, en los siete santos fundadores de la Orden de los Siervos de María, en las siete beatas religiosas del primer monasterio de la Visitación de Madrid, en san Pablo Miki y compañeros mártires en Japón, en san Andrés Kim Taegon y compañeros mártires en Corea, en san Roque González, san Alfonso Rodríguez y compañeros mártires en Sudamérica. También recordemos el reciente testimonio de los monjes trapenses de Tibhirine (Argelia), que se prepararon juntos para el martirio. Del mismo modo, hay muchos matrimonios santos, donde cada uno fue un instrumento de Cristo para la santificación del cónyuge. Vivir o trabajar con otros es sin duda un camino de desarrollo espiritual. San Juan de la Cruz decía a un discípulo: estás viviendo con otros «para que te labren y ejerciten».

142. La comunidad está llamada a crear ese «espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado». Compartir la Palabra y celebrar juntos la Eucaristía nos hace más hermanos y nos va convirtiendo en

comunidad santa y misionera. Esto da lugar también a verdaderas experiencias místicas vividas en comunidad, como fue el caso de san Benito y santa Escolástica, o aquel sublime encuentro espiritual que vivieron juntos san Agustín y su madre santa Mónica: «Cuando ya se acercaba el día de su muerte —día por ti conocido, y que nosotros ignorábamos—, sucedió, por tus ocultos designios, como lo creo firmemente, que nos encontramos ella y yo solos, apoyados en una ventana que daba al jardín interior de la casa donde nos hospedábamos [...]. Y abríamos la boca de nuestro corazón, ávidos de las corrientes de tu fuente, la fuente de vida que hay en ti [...]. Y mientras estamos hablando y suspirando por ella [la sabiduría], llegamos a tocarla un poco con todo el ímpetu de nuestro corazón [...] de modo que fuese la vida sempiterna cual fue este momento de intuición por el cual suspiramos».

143. Pero estas experiencias no son lo más frecuente, ni lo más importante. La vida comunitaria, sea en la familia, en la parroquia, en la comunidad religiosa o en cualquier otra, está hecha de muchos pequeños detalles cotidianos. Esto ocurría en la comunidad santa que formaron Jesús, María y José, donde se reflejó de manera paradigmática la belleza de la comunión trinitaria. También es lo que sucedía en la vida comunitaria que Jesús llevó con sus discípulos y con el pueblo sencillo.

144. Recordemos cómo Jesús invitaba a sus discípulos a prestar atención a los detalles.

El pequeño detalle de que se estaba acabando el vino en una fiesta. El pequeño detalle de que faltaba una oveja. El pequeño detalle de la viuda que ofreció sus dos moneditas. El pequeño detalle de tener aceite de repuesto para las lámparas por si el novio se demora. El pequeño detalle de pedir a sus discípulos que vieran cuántos panes tenían. El pequeño detalle de tener un fueguito preparado y un pescado en la parrilla mientras esperaba a los discípulos de madrugada.

145. La comunidad que preserva los pequeños detalles del amor, donde los miembros se cuidan unos a otros y constituyen un espacio abierto y evangelizador, es lugar de la presencia del Resucitado que la va santificando según el proyecto del Padre. A veces, por un don del amor del Señor, en medio de esos pequeños detalles se nos regalan consoladoras experiencias de Dios: «Una tarde de invierno estaba yo cumpliendo, como de costumbre, mi dulce tarea [...]. De pronto, oí a lo lejos el sonido armonioso de un instrumento musical. Entonces me imaginé un salón muy bien iluminado, todo resplandeciente de ricos dorados; y en él, señoritas elegantemente vestidas, prodigándose mutuamente cumplidos y cortesías mundanas. Luego posé la mirada en la pobre enferma, a quien sostenía. En lugar de una melodía, escuchaba de vez en cuando sus gemidos lastimeros [...]. No puedo expresar lo que pasó por mi alma. Lo único que sé es que el Señor la iluminó con los rayos de la verdad, los cuales sobrepasaban de tal modo el brillo tenebroso de las fiestas de la tierra, que no podía creer en mi felicidad».

146. En contra de la tendencia al individualismo consumista que termina aislándonos en la búsqueda del bienestar al margen de los demás, nuestro camino

de santificación no puede dejar de identificarnos con aquel deseo de Jesús: «Que todos sean uno, como tú Padre en mí y yo en ti» (Jn 17,21).

En oración constante

147. Finalmente, aunque parezca obvio, recordemos que la santidad está hecha de una apertura habitual a la trascendencia, que se expresa en la oración y en la adoración. El santo es una persona con espíritu orante, que necesita comunicarse con Dios. Es alguien que no soporta asfixiarse en la inmanencia cerrada de este mundo, y en medio de sus esfuerzos y entregas suspira por Dios, sale de sí en la alabanza y amplía sus límites en la contemplación del Señor. No creo en la santidad sin oración, aunque no se trate necesariamente de largos momentos o de sentimientos intensos.

148. San Juan de la Cruz recomendaba «procurar andar siempre en la presencia de Dios, sea real, imaginaria o unitiva, de acuerdo con lo que le permitan las obras que esté haciendo». En el fondo, es el deseo de Dios que no puede dejar de manifestarse de alguna manera en medio de nuestra vida cotidiana: «Procure ser continuo en la oración, y en medio de los ejercicios corporales no la deje. Sea que coma, beba, hable con otros, o haga cualquier cosa, siempre ande deseando a Dios y apegando a él su corazón».

149. No obstante, para que esto sea posible, también son necesarios algunos momentos solo para Dios, en soledad con él. Para santa Teresa de Ávila la oración es «tratar de amistad estando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama». Quisiera insistir que esto no es solo para pocos privilegiados, sino para todos, porque «todos tenemos necesidad de este silencio penetrado de presencia adorada». La oración confiada es una reacción del corazón que se abre a Dios frente a frente, donde se hacen callar todos los rumores para escuchar la suave voz del Señor que resuena en el silencio.

150. En ese silencio es posible discernir, a la luz del Espíritu, los caminos de santidad que el Señor nos propone. De otro modo, todas nuestras decisiones podrán ser solamente «decoraciones» que, en lugar de exaltar el Evangelio en nuestras vidas, lo recubrirán o lo ahogarán. Para todo discípulo es indispensable estar con el Maestro, escucharle, aprender de él, siempre aprender. Si no escuchamos, todas nuestras palabras serán únicamente ruidos que no sirven para nada.

151. Recordemos que «es la contemplación del rostro de Jesús muerto y resucitado la que recompone nuestra humanidad, también la que está fragmentada por las fatigas de la vida, o marcada por el pecado. No hay que domesticar el poder del rostro de Cristo». Entonces, me atrevo a preguntarte: ¿Hay momentos en los que te pones en su presencia en silencio, permaneces con él sin prisas, y te dejas mirar por él? ¿Dejas que su fuego inflame tu corazón? Si no le permites que él alimente el calor de su amor y de su ternura, no tendrás fuego, y así ¿cómo podrás inflamar el corazón de los demás con tu testimonio y tus palabras? Y si ante el rostro de

Cristo todavía no logras dejarte sanar y transformar, entonces penetra en las entrañas del Señor, entra en sus llagas, porque allí tiene su sede la misericordia divina.

152. Pero ruego que no entendamos el silencio orante como una evasión que niega el mundo que nos rodea. El «peregrino ruso», que caminaba en oración continua, cuenta que esa oración no lo separaba de la realidad externa: «Cuando me encontraba con la gente, me parecía que eran todos tan amables como si fueran mi propia familia. [...] Y la felicidad no solamente iluminaba el interior de mi alma, sino que el mundo exterior me aparecía bajo un aspecto maravilloso».

153. Tampoco la historia desaparece. La oración, precisamente porque se alimenta del don de Dios que se derrama en nuestra vida, debería ser siempre memoriosa. La memoria de las acciones de Dios está en la base de la experiencia de la alianza entre Dios y su pueblo. Si Dios ha querido entrar en la historia, la oración está tejida de recuerdos. No solo del recuerdo de la Palabra revelada, sino también de la propia vida, de la vida de los demás, de lo que el Señor ha hecho en su Iglesia. Es la memoria agradecida de la que también habla san Ignacio de Loyola en su «Contemplación para alcanzar amor», cuando nos pide que traigamos a la memoria todos los beneficios que hemos recibido del Señor. Mira tu historia cuando ores y en ella encontrarás tanta misericordia. Al mismo tiempo esto alimentará tu consciencia de que el Señor te tiene en su memoria y nunca te olvida. Por consiguiente, tiene sentido pedirle que ilumine aun los pequeños detalles de tu existencia, que a él no se le escapan.

154. La súplica es expresión del corazón que confía en Dios, que sabe que solo no puede. En la vida del pueblo fiel de Dios encontramos mucha súplica llena de ternura creyente y de profunda confianza. No quitemos valor a la oración de petición, que tantas veces nos serena el corazón y nos ayuda a seguir luchando con esperanza. La súplica de intercesión tiene un valor particular, porque es un acto de confianza en Dios y al mismo tiempo una expresión de amor al prójimo. Algunos, por prejuicios espiritualistas, creen que la oración debería ser una pura contemplación de Dios, sin distracciones, como si los nombres y los rostros de los hermanos fueran una perturbación a evitar. Al contrario, la realidad es que la oración será más agradable a Dios y más santificadora si en ella, por la intercesión, intentamos vivir el doble mandamiento que nos dejó Jesús. La intercesión expresa el compromiso fraterno con los otros cuando en ella somos capaces de incorporar la vida de los demás, sus angustias más perturbadoras y sus mejores sueños. De quien se entrega generosamente a interceder puede decirse con las palabras bíblicas: «Este es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por el pueblo» (2 M 15,14).

155. Si de verdad reconocemos que Dios existe no podemos dejar de adorarlo, a veces en un silencio lleno de admiración, o de cantarle en festiva alabanza. Así

expresamos lo que vivía el beato Carlos de Foucauld ⁴¹ cuando dijo: «Apenas creí que Dios existía, comprendí que solo podía vivir para él». También en la vida del pueblo peregrino hay muchos gestos simples de pura adoración, como por ejemplo cuando «la mirada del peregrino se deposita sobre una imagen que simboliza la ternura y la cercanía de Dios. El amor se detiene, contempla el misterio, lo disfruta en silencio».

156. La lectura orante de la Palabra de Dios, más dulce que la miel (cf. Sal 119,103) y «espada de doble filo» (Hb 4,12), nos permite detenernos a escuchar al Maestro para que sea lámpara para nuestros pasos, luz en nuestro camino (cf. Sal 119,105). Como bien nos recordaron los Obispos de India: «La devoción a la Palabra de Dios no es solo una de muchas devociones, hermosa pero algo opcional. Pertenece al corazón y a la identidad misma de la vida cristiana. La Palabra tiene en sí el poder para transformar las vidas».

157. El encuentro con Jesús en las Escrituras nos lleva a la Eucaristía, donde esa misma Palabra alcanza su máxima eficacia, porque es presencia real del que es la Palabra viva. Allí, el único Absoluto recibe la mayor adoración que puede darle esta tierra, porque es el mismo Cristo quien se ofrece. Y cuando lo recibimos en la comunión, renovamos nuestra alianza con él y le permitimos que realice más y más su obra transformadora.

Capítulo quinto

Combate, vigilancia y discernimiento

⁴¹ Carlos de Foucauld nació en Estrasburgo, Francia, el 15 de septiembre de 1858. Quedó huérfano de padre y madre a los seis años y debió migrar con su abuelo al desatarse la guerra franco-prusiana. En 1876 ingresó en la Academia de Oficiales de Saint-Cyr donde llevó una vida militar disipada. Enviado como oficial en 1880 a Sétif, Argelia. En 1882 se embarcó en la exploración de Marruecos haciéndose pasar por judío. Publió su libro *Reconnaissance au Maroc (1883-1884)*. En 1886 se volvió una persona espiritualmente muy inquieta que reiteraba la oración: «Dios mío, si existes, haz que yo te conozca», mientras entraba y salía de la iglesia repetidamente. Su encuentro y confesión con el sacerdote Henri Huvelin el 30 de octubre de 1886 produjo un cambio decisivo en su vida. En noviembre de 1888 peregrinó a Tierra Santa tras las huellas de Jesús de Nazaret. Entró en la Trapa de Nuestra Señora de las Nieves en 1890 y pasó varios años en la Trapa de Cheikhlé. Entre 1897 y 1900 vivió en Tierra Santa, donde su búsqueda de un ideal de pobreza, de sacrificio y de penitencia radical lo condujo cada vez más a llevar una vida eremítica. Ordenado sacerdote en Viviers el 9 de junio de 1901, decidió radicarse en Béni Abbès, en el Sahara argelino. Vivió con los bereberes. Para conocer mejor a los tuaregs, estudió su cultura durante más de doce años y publicó bajo un seudónimo el primer diccionario tuareg-francés. La obra científica de Foucauld como lexicógrafo es referencial para el conocimiento de la cultura tuareg. El 1 de diciembre de 1916 fue asesinado por una banda de forajidos en la puerta de su ermita en el Sahara argelino. El 13 de noviembre de 2005 fue proclamado beato durante el papado de Benedicto XVI y será canonizado por Francisco el 15 de mayo de 2022. Las contribuciones de Foucauld alcanzan campos tan variados como la geografía y la geología, la geopolítica, la lexicografía, y el diálogo interreligioso, en tanto que su conversión, su búsqueda espiritual y su mística del desierto fueron su mayor legado al cristianismo contemporáneo. (Wikipedia)

158. La vida cristiana es un combate permanente. Se requieren fuerza y valentía para resistir las tentaciones del diablo y anunciar el Evangelio. Esta lucha es muy bella, porque nos permite celebrar cada vez que el Señor vence en nuestra vida.

El combate y la vigilancia

159. No se trata solo de un combate contra el mundo y la mentalidad mundana, que nos engaña, nos atonta y nos vuelve mediocres sin compromiso y sin gozo. Tampoco se reduce a una lucha contra la propia fragilidad y las propias inclinaciones (cada uno tiene la suya: la pereza, la lujuria, la envidia, los celos, y demás). Es también una lucha constante contra el diablo, que es el príncipe del mal. Jesús mismo festeja nuestras victorias. Se alegraba cuando sus discípulos lograban avanzar en el anuncio del Evangelio, superando la oposición del Maligno, y celebraba: «Estaba viendo a Satanás caer del cielo como un rayo» (Lc 10,18).

Algo más que un mito

160. No aceptaremos la existencia del diablo si nos empeñamos en mirar la vida solo con criterios empíricos y sin sentido sobrenatural. Precisamente, la convicción de que este poder maligno está entre nosotros, es lo que nos permite entender por qué a veces el mal tiene tanta fuerza destructiva. Es verdad que los autores bíblicos tenían un bagaje conceptual limitado para expresar algunas realidades y que en tiempos de Jesús se podía confundir, por ejemplo, una epilepsia con la posesión del demonio. Sin embargo, eso no debe llevarnos a simplificar tanto la realidad diciendo que todos los casos narrados en los evangelios eran enfermedades psíquicas y que en definitiva el demonio no existe o no actúa. Su presencia está en la primera página de las Escrituras, que acaban con la victoria de Dios sobre el demonio. De hecho, cuando Jesús nos dejó el Padrenuestro quiso que termináramos pidiendo al Padre que nos libere del Malo. La expresión utilizada allí no se refiere al mal en abstracto y su traducción más precisa es «el Malo». Indica un ser personal que nos acosa. Jesús nos enseñó a pedir cotidianamente esa liberación para que su poder no nos domine.

161. Entonces, no pensemos que es un mito, una representación, un símbolo, una figura o una idea. Ese engaño nos lleva a bajar los brazos, a descuidarnos y a quedar más expuestos. Él no necesita poseernos. Nos envenena con el odio, con la tristeza, con la envidia, con los vicios. Y así, mientras nosotros bajamos la guardia, él aprovecha para destruir nuestra vida, nuestras familias y nuestras comunidades, porque «como león rugiente, ronda buscando a quien devorar» (1 P 5,8).

Despiertos y confiados

162. La Palabra de Dios nos invita claramente a «afrontar las asechanzas del diablo» (Ef 6,11) y a detener «las flechas incendiarias del maligno» (Ef 6,16). No son palabras románticas, porque nuestro camino hacia la santidad es también una lucha constante. Quien no quiera reconocerlo se verá expuesto al fracaso o a la mediocridad. Para el combate tenemos las armas poderosas que el Señor nos da:

la fe que se expresa en la oración, la meditación de la Palabra de Dios, la celebración de la Misa, la adoración eucarística, la reconciliación sacramental, las obras de caridad, la vida comunitaria, el empeño misionero. Si nos descuidamos nos seducirán fácilmente las falsas promesas del mal, porque, como decía el santo cura Brochero ⁴², «¿qué importa que Lucifer os prometa liberar y aun os arroje al seno de todos sus bienes, si son bienes engañosos, si son bienes envenenados?».

163. En este camino, el desarrollo de lo bueno, la maduración espiritual y el crecimiento del amor son el mejor contrapeso ante el mal. Nadie resiste si opta por quedarse en un punto muerto, si se conforma con poco, si deja de soñar con ofrecerle al Señor una entrega más bella. Menos aún si cae en un espíritu de derrota, porque «el que comienza sin confiar perdió de antemano la mitad de la batalla y entierra sus talentos. [...] El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria, que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal».

La corrupción espiritual

164. El camino de la santidad es una fuente de paz y de gozo que nos regala el Espíritu, pero al mismo tiempo requiere que estemos «con las lámparas encendidas» (Lc 12,35) y permanezcamos atentos: «Guardaos de toda clase de mal» (1 Ts 5,22). «Estad en vela» (Mt 24,42; cf. Mc 13,35). «No nos entreguemos al sueño» (1 Ts 5,6). Porque quienes sienten que no cometen faltas graves contra la Ley de Dios, pueden descuidarse en una especie de atontamiento o adormecimiento. Como no encuentran algo grave que reprocharse, no advierten esa tibieza que poco a poco se va apoderando de su vida espiritual y terminan desgastándose y corrompiéndose.

165. La corrupción espiritual es peor que la caída de un pecador, porque se trata de una ceguera cómoda y autosuficiente donde todo termina pareciendo lícito: el engaño, la calumnia, el egoísmo y tantas formas sutiles de autorreferencialidad, ya que «el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz» (2 Co 11,14). Así acabó sus

⁴² José Gabriel del Rosario Brochero nació en Villa Santa Rosa, Argentina, el 16 de marzo de 1840. Fue un presbítero católico, llamado popularmente *el cura gaucho*. El 4 de noviembre de 1866 fue ordenado sacerdote. Primero desempeñó su ministerio sacerdotal en la catedral de Córdoba y fue prefecto de estudios del colegio seminario Nuestra Señora de Loreto. Ya en 1867, Brochero se destacó por su entrega en la asistencia de los enfermos y moribundos de la epidemia de cólera. Con sus manos construyó iglesias y capillas, levantó escuelas y abrió caminos entre las montañas, animando a los pobladores a acompañarlo. En su vejez el padre Brochero enfermó de lepra como resultado de convivir con enfermos que padecían esa enfermedad, compartiendo inclusive el mate con ellos. Por esa razón quedó sordo y ciego antes de morir el 26 de enero de 1914. El proceso de canonización se inició en la década de 1960. Brochero fue declarado venerable por el papa Juan Pablo II en 2004, y beatificado en una ceremonia presidida por el cardenal Angelo Amato en la pequeña localidad cordobesa de Villa Cura Brochero el 14 de septiembre de 2013, durante el pontificado del papa Francisco. Fue canonizado el 16 de octubre de 2016, en una celebración presidida por el propio Francisco.

días Salomón, mientras el gran pecador David supo remontar su miseria. En un relato, Jesús nos advirtió acerca de esta tentación engañosa que nos va deslizándose hacia la corrupción: menciona una persona liberada del demonio que, pensando que su vida ya estaba limpia, terminó poseída por otros siete espíritus malignos (cf. Lc 11,24-26). Otro texto bíblico utiliza una imagen fuerte: «El perro vuelve a su propio vómito» (2 P 2,22; cf. Pr 26,11).

El discernimiento

166. ¿Cómo saber si algo viene del Espíritu Santo o si su origen está en el espíritu del mundo o en el espíritu del diablo? La única forma es el discernimiento, que no supone solamente una buena capacidad de razonar o un sentido común, es también un don que hay que pedir. Si lo pedimos confiadamente al Espíritu Santo, y al mismo tiempo nos esforzamos por desarrollarlo con la oración, la reflexión, la lectura y el buen consejo, seguramente podremos crecer en esta capacidad espiritual.

Una necesidad imperiosa

167. Hoy día, el hábito del discernimiento se ha vuelto particularmente necesario. Porque la vida actual ofrece enormes posibilidades de acción y de distracción, y el mundo las presenta como si fueran todas válidas y buenas. Todos, pero especialmente los jóvenes, están expuestos a un *zapping* constante. Es posible navegar en dos o tres pantallas simultáneamente e interactuar al mismo tiempo en diferentes escenarios virtuales. Sin la sabiduría del discernimiento podemos convertirnos fácilmente en marionetas a merced de las tendencias del momento.

168. Esto resulta especialmente importante cuando aparece una novedad en la propia vida, y entonces hay que discernir si es el vino nuevo que viene de Dios o es una novedad engañosa del espíritu del mundo o del espíritu del diablo. En otras ocasiones sucede lo contrario, porque las fuerzas del mal nos inducen a no cambiar, a dejar las cosas como están, a optar por el inmovilismo o la rigidez. Entonces impedimos que actúe el soplo del Espíritu. Somos libres, con la libertad de Jesucristo, pero él nos llama a examinar lo que hay dentro de nosotros —deseos, angustias, temores, búsquedas— y lo que sucede fuera de nosotros —los «signos de los tiempos»— para reconocer los caminos de la libertad plena: «Examinadlo todo; quedaos con lo bueno» (1 Ts 5,21).

Siempre a la luz del Señor

169. El discernimiento no solo es necesario en momentos extraordinarios, o cuando hay que resolver problemas graves, o cuando hay que tomar una decisión crucial. Es un instrumento de lucha para seguir mejor al Señor. Nos hace falta siempre, para estar dispuestos a reconocer los tiempos de Dios y de su gracia, para no desperdiciar las inspiraciones del Señor, para no dejar pasar su invitación a crecer. Muchas veces esto se juega en lo pequeño, en lo que parece irrelevante, porque la magnanimidad se muestra en lo simple y en lo cotidiano. Se trata de no tener límites para lo grande, para lo mejor y más bello, pero al mismo tiempo concentrados en lo

pequeño, en la entrega de hoy. Por tanto, pido a todos los cristianos que no dejen de hacer cada día, en diálogo con el Señor que nos ama, un sincero «examen de conciencia». Al mismo tiempo, el discernimiento nos lleva a reconocer los medios concretos que el Señor predispone en su misterioso plan de amor, para que no nos quedemos solo en las buenas intenciones.

Un don sobrenatural

170. Es verdad que el discernimiento espiritual no excluye los aportes de sabidurías humanas, existenciales, psicológicas, sociológicas o morales. Pero las trasciende. Ni siquiera le bastan las sabias normas de la Iglesia. Recordemos siempre que el discernimiento es una gracia. Aunque incluya la razón y la prudencia, las supera, porque se trata de entrever el misterio del proyecto único e irrepetible que Dios tiene para cada uno y que se realiza en medio de los más variados contextos y límites. No está en juego solo un bienestar temporal, ni la satisfacción de hacer algo útil, ni siquiera el deseo de tener la conciencia tranquila. Está en juego el sentido de mi vida ante el Padre que me conoce y me ama, el verdadero para qué de mi existencia que nadie conoce mejor que él. El discernimiento, en definitiva, conduce a la fuente misma de la vida que no muere, es decir, conocer al Padre, el único Dios verdadero, y al que ha enviado: Jesucristo (cf. Jn 17,3). No requiere de capacidades especiales ni está reservado a los más inteligentes o instruidos, y el Padre se manifiesta con gusto a los humildes (cf. Mt 11,25).

171. Si bien el Señor nos habla de modos muy variados en medio de nuestro trabajo, a través de los demás, y en todo momento, no es posible prescindir del silencio de la oración detenida para percibir mejor ese lenguaje, para interpretar el significado real de las inspiraciones que creímos recibir, para calmar las ansiedades y recomponer el conjunto de la propia existencia a la luz de Dios. Así podemos dejar nacer esa nueva síntesis que brota de la vida iluminada por el Espíritu.

Habla, Señor

172. Sin embargo, podría ocurrir que en la misma oración evitemos dejarnos confrontar por la libertad del Espíritu, que actúa como quiere. Hay que recordar que el discernimiento orante requiere partir de una disposición a escuchar: al Señor, a los demás, a la realidad misma que siempre nos desafía de maneras nuevas. Solo quien está dispuesto a escuchar tiene la libertad para renunciar a su propio punto de vista parcial o insuficiente, a sus costumbres, a sus esquemas. Así está realmente disponible para acoger un llamado que rompe sus seguridades pero que lo lleva a una vida mejor, porque no basta que todo vaya bien, que todo esté tranquilo. Dios puede estar ofreciendo algo más, y en nuestra distracción cómoda no lo reconocemos.

173. Tal actitud de escucha implica, por cierto, obediencia al Evangelio como último criterio, pero también al Magisterio que lo custodia, intentando encontrar en el tesoro de la Iglesia lo que sea más fecundo para el hoy de la salvación. No se trata de aplicar recetas o de repetir el pasado, ya que las mismas soluciones no son válidas

en toda circunstancia y lo que era útil en un contexto puede no serlo en otro. El discernimiento de espíritus nos libera de la rigidez, que no tiene lugar ante el perenne hoy del Resucitado. Únicamente el Espíritu sabe penetrar en los pliegues más oscuros de la realidad y tener en cuenta todos sus matices, para que emerja con otra luz la novedad del Evangelio.

La lógica del don y de la cruz

174. Una condición esencial para el progreso en el discernimiento es educarse en la paciencia de Dios y en sus tiempos, que nunca son los nuestros. Él no hace caer fuego sobre los infieles (cf. Lc 9,54), ni permite a los celosos «arrancar la cizaña» que crece junto al trigo (cf. Mt 13,29). También se requiere generosidad, porque «hay más dicha en dar que en recibir» (Hch 20,35). No se discierne para descubrir qué más le podemos sacar a esta vida, sino para reconocer cómo podemos cumplir mejor esa misión que se nos ha confiado en el Bautismo, y eso implica estar dispuestos a renunciaciones hasta darlo todo. Porque la felicidad es paradójica y nos regala las mejores experiencias cuando aceptamos esa lógica misteriosa que no es de este mundo, como decía san Buenaventura refiriéndose a la cruz: «Esta es nuestra lógica». Si uno asume esta dinámica, entonces no deja anestesiar su conciencia y se abre generosamente al discernimiento.

175. Cuando escrutamos ante Dios los caminos de la vida, no hay espacios que queden excluidos. En todos los aspectos de la existencia podemos seguir creciendo y entregarle algo más a Dios, aun en aquellos donde experimentamos las dificultades más fuertes. Pero hace falta pedirle al Espíritu Santo que nos libere y que expulse ese miedo que nos lleva a vedarle su entrada en algunos aspectos de la propia vida. El que lo pide todo también lo da todo, y no quiere entrar en nosotros para mutilar o debilitar sino para plenificar. Esto nos hace ver que el discernimiento no es un autoanálisis ensimismado, una introspección egoísta, sino una verdadera salida de nosotros mismos hacia el misterio de Dios, que nos ayuda a vivir la misión a la cual nos ha llamado para el bien de los hermanos.

176. Quiero que María corone estas reflexiones, porque ella vivió como nadie las bienaventuranzas de Jesús. Ella es la que se estremecía de gozo en la presencia de Dios, la que conservaba todo en su corazón y se dejó atravesar por la espada. Es la santa entre los santos, la más bendita, la que nos enseña el camino de la santidad y nos acompaña. Ella no acepta que nos quedemos caídos y a veces nos lleva en sus brazos sin juzgarnos. Conversar con ella nos consuela, nos libera y nos santifica. La Madre no necesita de muchas palabras, no le hace falta que nos esforcemos demasiado para explicarle lo que nos pasa. Basta musitar una y otra vez: «Dios te salve, María...».

177. Espero que estas páginas sean útiles para que toda la Iglesia se dedique a promover el deseo de la santidad. Pidamos que el Espíritu Santo infunda en nosotros un intenso anhelo de ser santos para la mayor gloria de Dios y

alentémonos unos a otros en este intento. Así compartiremos una felicidad que el mundo no nos podrá quitar.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 19 de marzo, Solemnidad de San José, del año 2018, sexto de mi Pontificado.

Francisco

El Papa Francisco sobre el llamado a la santidad en el mundo actual

Viene ahora el trabajo del blog de Glenn Byer ⁴³ (2018) sobre el mismo tema del rubro.

¡Qué impresionante! Ésa es mi reacción a la Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate* (Alégrense y regocíjense) del Papa Francisco de Roma. Hay tantos aspectos tan maravillosos de la exhortación que nos hablan a cada uno de nosotros; pero quizá para este blog, lo mejor sería animarlos a leer la exhortación entera y presentar también algunos ejemplos de por qué es tan impresionante e innovadora.

Así que ¡tómense un poco de tiempo y anímense a leerla completa! 177 párrafos no es demasiado largo, además de que está escrita en un lenguaje fácil de leer y está disponible desde el Vaticano.

Si se animaron a leerla, tendrán más contexto sobre los siguientes puntos, y si no lo hicieron, aquí encontrarán algunas de las ideas que me parecieron más interesantes:

La santidad está en todas partes. Francisco promueve la santidad todos los días; lo que llama “la clase media de la santidad” es una santidad que se encuentra en “los santos de la puerta de al lado”. El Papa cita a san Juan Pablo II cuando reconoce que la santidad no se limita a la Iglesia Católica, que hay santos e incluso mártires entre todas las formas de cristianos. La santidad es diversa y simple. No hay un solo llamado a la santidad. Cada uno de nosotros es llamado por su propia cuenta a su propio camino, por lo tanto, la forma en que debemos vivir la santidad está de alguna manera determinada por el camino único y diferente que el Señor tiene para nosotros. Esto podría sorprender a los ricos y poderosos: "¿Tienes autoridad? Sé

⁴³ Glenn CJ Byer nació y creció en Edmonton, Alberta, Canada. Ha obtenido un master en Liturgia de la University of Notre Dame en 1987 y un doctorado en Sagrada Liturgia de la Universidad San Anselmo en Rome en 1994. Ha escrito ampliamente sobre la liturgia, destacando artículos sobre el significado de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, la preparación matrimonial, la renovación de iglesias y la unción de los enfermos. Otros temas que ha tratado ampliamente incluyen el rol de los ministerios laicales en la Misa. Ha trabajado sobre liturgia en Kenrick School of Theology en St. Louis, Missouri. Enseñó durante tres años para el Paul VI Catechetical Institute, también en St. Louis. Glenn ha participado en la Comisión de Liturgia en las arquidiócesis de Edmonton, Baltimore y St. Louis. Ha escrito *Unlocking the Feasts and Seasons of the Liturgical Year* y *26 Ordinary Ways to Live the Liturgy*. Es coautor de *The Catholic Catechist's Companion*, de *Parish Liturgy Basics* y *Hospitality Basics*. (Wikipedia)

santo luchando por el bien común y renunciando a tus intereses personales". ¡Esto es algo que va contracorriente!

El párrafo 16 es tan hermoso y sencillo: "Esta santidad a la que el Señor te llama, irá creciendo con pequeños gestos. Por ejemplo: una señora va al mercado a hacer las compras, encuentra a una vecina y comienza a hablar, y vienen las críticas. Pero esta mujer dice en su interior: 'No, no hablaré mal de nadie'. Este es un paso en la santidad. Luego, en casa, su hijo le pide conversar acerca de sus fantasías, y aunque esté cansada, se sienta a su lado y escucha con paciencia y afecto. Esa es otra ofrenda que santifica. Luego vive un momento de angustia, pero recuerda el amor de la Virgen María, toma el rosario y reza con fe. Ese es otro camino de santidad. Luego va por la calle, encuentra a un pobre y se detiene a conversar con él con cariño. Ese es otro paso."

En el párrafo 21, el Papa nos indica cuál es el plan de Dios Padre para el mundo, mismo que se puede resumir en una palabra: Cristo. Con esto, realmente está volviendo a lo básico sin complicar las cosas. Todo se trata de Jesús y de nosotros como cristianos en Él.

Por lo tanto, "la santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros, por el grado como, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya".

Creo que es la primera vez que algo parecido ocurre en los documentos de la Iglesia: el Papa dice en el párrafo 22 que no debemos entretenernos por los detalles y mirar los problemas más grandes. Más adelante en el párrafo 57, deja en claro lo que realmente significa esto cuando dice: "la obsesión por la ley, la fascinación por mostrar conquistas sociales y políticas, la ostentación en el cuidado de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia, la vanagloria ligada a la gestión de asuntos prácticos, el embeleso por las dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial". En esta ocasión, el desafío del Papa no es nada más para los liturgistas. Aquellos que se retirarían de la vida y se dedicarían únicamente a la oración están perdiendo el sentido. "No es sano amar el silencio y rehuir el encuentro con el otro, desear el descanso y rechazar la actividad, buscar la oración y menospreciar el servicio. Todo puede ser aceptado e integrado como parte de la propia existencia en este mundo, y se incorpora en el camino de santificación. Somos llamados a vivir la contemplación también en medio de la acción, y nos santificamos en el ejercicio responsable y generoso de la propia misión".

La actividad (o misión) que santifica. Disfruté muchas partes de este documento, pero tal vez una de las más poderosas es una cita del filósofo español, Xavier Zubiri, que es una simple afirmación sobre cómo encontrar el sentido de la vida: "no es que la vida tenga una misión, sino que es misión". El Papa alienta a todos a buscar la santidad para no limitar sus vidas, sino todo lo contrario, porque él cree que la santidad nos hace más vivos, más humanos.

Tú también necesitas concebir la totalidad de tu vida como una misión. Inténtalo escuchando a Dios en la oración y reconociendo los signos que él te da.

La santidad se encuentra en las bienaventuranzas. Después de advertir acerca de un par de antiguas herejías en la Iglesia que se han convertido en problemas modernos como el gnosticismo (que enseña que todo está en nuestra cabeza y no necesitamos a Dios) y el pelagianismo (que enseña que podemos salvarnos a nosotros mismos, y otra vez, no necesitamos a Dios), el Papa ofrece una maravillosa reflexión sobre las bienaventuranzas de Mateo 5; las cuales son ya conocidas, pero valen la pena recordar.

Después de esto, el Papa ofrece algunos fuertes desafíos a los católicos, para ver la última escena de juicio en Mateo 25, 31-46 como nuestra guía para la vida. No es lo que pensamos, sino lo que hacemos para los más desaventajados de nuestros hermanos y hermanas.

Uno de los desafíos más fuertes que da es a aquellos que "viven sospechando del compromiso social de los demás...". Aquí, hace énfasis en un punto específico para aquellos que defienden las vidas de los no nacidos, pidiendo que apoyemos este derecho, pero también desafía a aquellos que trabajan en esta área para que de igual manera tengan un fuerte cuidado con los necesitados, especialmente los pobres, los ancianos y, en particular, los migrantes. El Papa dice que este tema no puede colocarse en un segundo nivel: "Que diga algo así un político preocupado por sus éxitos se puede comprender; pero no un cristiano, a quien solo le cabe la actitud de ponerse en los zapatos de ese hermano que arriesga su vida para dar un futuro a sus hijos. ¿Podemos reconocer que es precisamente eso lo que nos reclama Jesucristo cuando nos dice que a él mismo lo recibimos en cada extranjero (cf. Mt 25,35)?"

"Si un emigrante reside con vosotros en vuestro país, no lo oprimiréis. El emigrante que reside entre vosotros será para vosotros como el indígena: lo amarás como a ti mismo, porque emigrantes fuisteis en Egipto" (Lv 19,33-34).

¡Qué desafío! Y para el feligrés que acude a Misa, también hay desafíos, citando una autoridad no menos que santo Tomás de Aquino: "No adoramos a Dios con sacrificios y dones exteriores por él mismo, sino por nosotros y por el prójimo" (# 106).

Las notas de santidad. Todo esto puede parecer suficiente, pero lo que más disfruté encontrar fue el consejo del Papa sobre cómo poner todo esto en práctica. Él identifica 5 marcas de santidad. Ahora, antes de mirar hacia abajo para ver cuáles son, haga cada uno de ustedes su propia lista. No será sorprendente si todos tienen uno o dos en común con el Papa:

5 signos de santidad en la actualidad:

1. Aguante, paciencia y mansedumbre
2. Alegría y sentido del humor

3. Audacia y fervor
4. En comunidad (en los pequeños detalles)
5. En oración constante: la Palabra nos lleva a la Eucaristía

Compartir la Palabra y celebrar juntos la Eucaristía nos hace más hermanos y nos va convirtiendo en comunidad santa y misionera.

La insistencia del Papa de que es en los pequeños detalles donde encontramos el camino a la santidad nos hace recordar precisamente a san Francisco y a su *Porciúncula* o su pequeña porción. El Papa mira la vida de Jesús y se fija en todas las veces que Jesús vio cosas pequeñas y las llamó santas.

La santidad es una batalla. Ahora, el Papa no vive con la cabeza en las nubes, sino que también ve el mal y al diablo como reales. Sin errores, debemos considerar la vida cristiana como un combate permanente. Sin embargo, una de las mejores líneas sobre este tema es que para el Papa "la lucha es muy bella" (# 158) - en esta lucha sentimos que Dios trabaja a través de nosotros y que Cristo gana batalla tras batalla a través de nuestras vidas.

Necesitamos el empuje del Espíritu para no ser paralizados por el miedo y el cálculo, para no acostumbrarnos a caminar solo dentro de confines seguros (# 133)

El Papa nos comparte más consejos al sugerir que debemos llevar vidas de discernimiento. En particular, sugiere que todos los días, hagamos algún tipo de examen de conciencia que se vuelva una especie de seguimiento sobre cómo estamos luchando la batalla por la santidad y que reconozcamos con completa honestidad dónde hemos fallado. El Papa también alienta las ciencias humanas que pueden ayudarnos a evaluar nuestras vidas y ver hacia dónde vamos. Pero al final, el Papa nos llama a tener una fe adulta, una que acepte la agenda de Dios. Es infantil e incorrecto esperar que Dios castigue a nuestros enemigos, pues "Él no hace caer fuego sobre los infieles" y es momento de crecer y reconocer esto.

El llamado a la santidad consiste en descubrir nuestra misión bautismal, y en lugar de tratar de resumir todo lo que esto significa, aquí está la conclusión del Papa:

"177. Espero que estas páginas sean útiles para que toda la Iglesia se dedique a promover el deseo de la santidad. Pidamos que el Espíritu Santo infunda en nosotros un intenso anhelo de ser santos para la mayor gloria de Dios y alentémonos unos a otros en este intento. Así compartiremos una felicidad que el mundo no nos podrá quitar".

Un Nuevo comienzo: el llamado a la santidad en nuestro tiempo

Ofrezco aquí el artículo de Rodrigo Guerra López ⁴⁴ (2018) sobre lo que él llama un nuevo comienzo y que viene a ser una reacción laical en torno a la Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* del Papa Francisco

Parecía una tarea fácil. Recibí la invitación de Giovanni Maria Vian para escribir una breve reflexión sobre la Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* acerca del llamado a la santidad en el mundo actual. El texto es breve, el lenguaje sencillo, y el estilo goza de la frescura propia del Papa Francisco. ¿Qué dificultad podría existir para que un fiel laico dedicado a la vida académica escribiera una primera reacción a este documento?

Conforme fui leyendo y releendo *Gaudete et exsultate* experimenté aquello que sólo me ha pasado con unos cuantos libros de espiritualidad que han marcado mi vida (Giussani, Biela, Carreto, Peguy, Stein, Romero, Agustín, Ignacio): me sentí removido y cuestionado en lo más hondo. No es un texto escrito en abstracto sino dirigido muy personalmente a cada uno. Ha sido como leer la carta de un amigo cercano que sabe hacer “lectura del estado del alma”, que conoce qué pasa en mi interior, en los recovecos más privados e íntimos. Lo leí una vez y luego otra. En la oficina, en la capilla, en las noches antes de dormir. Y quedé pasmado durante varios días.

1. Una vida que interpela la vida

La nueva Exhortación de Francisco no tiene como punto de partida un cierto manual de teología de la vida espiritual, una cierta doctrina que “hay que aplicar” o un cierto paquete conceptual más o menos refinado. Lo que está en el centro no son las categorías más o menos típicas utilizadas en estas materias (ascética, mística, edades de la vida interior, virtudes sobrenaturales, etc.) sino la realidad misma que nutre las categorías. Francisco nos exhibe desnudamente la vida cristiana concreta. No pide al lector que se fije obsesivamente en sus palabras sino que mire a dónde ellas apuntan: a Jesucristo presente y eficiente en la historia de cada persona. Presente en la comunidad, en los sacramentos, en la Palabra de Dios, en los más pobres. Presente a través de los encuentros sorprendidos que actualizan nuestra conciencia de que el cristianismo es Acontecimiento. Presente en nuestro interior: más íntimo a mí mismo que yo mismo, diría Agustín. Esta suerte de primacía de la vida real convocada y provocada por la vida igualmente real de Jesucristo, permite que este acto de Magisterio ordinario del Papa, no sea un mero esclarecimiento doctrinal sino más bien una *llamada de atención personal* para la propia conversión. De nada sirve leer este texto de Francisco si uno no coloca en primer plano su propia realidad, su propia verdad, es decir, la frágil condición humana, con sus heridas y

⁴⁴ Rodrigo Guerra López. Doctor en Filosofía por la Academia Internacional de Filosofía en el Principado de Liechtenstein; Miembro ordinario de la Academia Pontificia por la Vida y del Equipo de Reflexión Teológica del CELAM; Fundador del Centro de Investigación Social Avanzada (CISAV). (Wikipedia)

pecados, y se abre a la misteriosa acción de la gracia (cf. n. 29). En otras palabras, para sacar provecho de la meditación de Francisco, nada como tomar la decisión de volverse vulnerable frente a sus letras: bajar la guardia y pedir a Dios que El actúe y purifique nuestra vida de toda nuestra mentira y de toda nuestra traición.

2. Cada santo es un mensaje

Francisco, junto con el Concilio Vaticano II, está convencido de la llamada universal a la santidad. Todas las personas, y en especial, los más pecadores “estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día” (n. 14). Pero “cada santo es una misión” (n. 19), es decir, cada persona está llamada a encontrar su propio camino de santificación y de servicio. Hay testigos que nos pueden estimular y motivar, sin embargo, es preciso no pretender copiarlos de manera más o menos mecánica. Más aún, recordando a san Juan de la Cruz, Francisco señala que *es preciso evitar reglas fijas* para todos porque la vida divina se comunica a unos en una manera y a otros en otra. Con estas indicaciones el Papa parece buscar desactivar la homogeneización ascética y normativa que prevalece aún en algunos espacios y ambientes. Homogeneización que hace mucho daño y que frecuentemente evoluciona en formas abiertas u ocultas de moralismo. Esto, me parece, está conectado con otra indicación precisa: “no todo lo que dice un santo es plenamente fiel al Evangelio, no todo lo que hace es auténtico o perfecto” (n. 22). Es preciso evitar la idolatría de formas y estilos particulares y contingentes del santo fundador de mi grupo, movimiento o comunidad, que en ocasiones se sobreponen a la enseñanza de la Iglesia universal. *No es mi santo fundador o mi carisma particular el criterio hermenéutico para interpretar a la Iglesia sino que es la Iglesia la que da la luz para interpretar y matizar de modo adecuado la enseñanza y el carisma de los santos.*

3. La tentación gnóstica y pelagiana

Francisco diagnostica con agudeza los rasgos de personas y grupos que de un modo o de otro, abrevan del gnosticismo y del pelagianismo. Al atravesar por esta parte de la Exhortación, de inmediato el lector puede sentir la tentación de imaginar a uno o más grupos que siguen alguna modalidad de estos comportamientos heréticos: buscan seguridad doctrinal o disciplinaria a toda costa, transpiran superioridad por encima de los demás fieles, afirman un cierto “elitismo narcisista y autoritario”, absolutizan las propias teorías, se tornan obsesionados por el cumplimiento de normas o de un cierto estilo católico, les fascina mostrar sus propias conquistas sociales o políticas, son especialistas en la vanagloria ligada a la eficiente gestión de asuntos prácticos y en ocasiones hacen ostentación de la perfección litúrgica de sus ceremonias (cf. nn. 35-62).

Sin embargo, si somos atentos podemos descubrir algo más. Sin negar que existen comunidades más afectadas por estas enfermas disposiciones espirituales, todos los cristianos en alguna medida estamos sumergidos de estas pretensiones llenas de orgullo ya sea de manera parcial, ya sea de manera completa. Me ha llamado la atención que en diversos ambientes estas y otras llamadas de atención del Papa se

dejan pasar de lado como diciendo “¡quién sabe a quién le está hablando el Papa! ¡A mí no!”. Y más me llama la atención que yo mismo soy víctima de esta lamentable actitud. Las fuerzas verdaderamente capaces de cambiar al mundo son las fuerzas capaces de cambiar el corazón humano. Sólo si mi corazón se abre a la primacía de la gracia y al anonadamiento sincero (cf. *Flp* 2,6-11), es posible que yo no sea *cómplice* de quienes tanto daño hacen hoy a la Iglesia.

4. Si soy manso, pensarán que soy tonto o débil

Muchas cosas más habría que comentar de la *Gaudete et exsultate*. Sin embargo, tres me han resultado particularmente significativas. La primera es el apartado dedicado a la mansedumbre. En este mundo “donde por todos lados hay odio, donde constantemente clasificamos a los demás por sus ideas, por sus costumbres, y hasta por su forma de hablar o de vestir. En definitiva, es el reino del orgullo y de la vanidad, donde cada uno se cree con el derecho de alzarse por encima de los otros.” (...) “Jesús propone otro estilo: la mansedumbre” (n. 71). “Aun cuando uno defiende su fe y sus convicciones debe hacerlo con mansedumbre (cf. *1Pe* 3,16), y hasta los adversarios deben ser tratados con mansedumbre (cf. *Tm* 2,25). En la Iglesia muchas veces nos hemos equivocado por no haber acogido este pedido de la Palabra divina” (n. 73). Este es un mensaje a todos los que de algún modo tendemos a reaccionar de manera apologético-defensiva ante los reales o supuestos enemigos y creemos que ser mansos nos presenta como tontos o débiles. Para Francisco, la caridad evangélica es método de acción (apostólica, política, social). No sólo porque el otro merece respeto sino porque Dios coloca preferentemente sus ojos “en el humilde y el abatido, que se estremece ante mis palabras” (*Is* 66,2). “Reaccionar con humilde mansedumbre, esto es santidad”.

5. Las calumnias y falsedades

En segundo lugar, otro de los aspectos que más me ha impactado es la meditación que realiza Francisco sobre los perseguidos por causa de la justicia, debido a que “muchas veces las ambiciones de poder y los intereses mundanos juegan en contra nuestra”. Además de los que de manera cruenta son martirizados, el Papa recuerda que existe una más sutil persecución: el recibir calumnias y falsedades, burlas y ridiculizaciones por ser fieles al don recibido. Aún en ambientes cristianos esto sucede: hablar a las espaldas del otro, actuar con hipocresía y simultáneamente *silenciar las exigencias de la moral cristiana como si estos graves pecados contra la justicia no exigieran reparación*. Las calumnias más graves se maquillan artificiosamente y se pasa a destruir la vida del prójimo. Francisco dice: “si no queremos sumergirnos en una oscura mediocridad no pretendamos una vida cómoda”. La persecución es una dimensión constitutiva de la experiencia cristiana. “La humildad solamente puede arraigarse en el corazón a través de las humillaciones”. Esto no obsta para eventualmente “reclamar la justicia” o “defender a los más débiles” aunque esto traiga consecuencias a la propia imagen.

6. Audacia, oración y María

Finalmente, en el camino de transformación que los cristianos debemos emprender y reemprender cada día es preciso: a) El empuje del Espíritu Santo para no ser paralizados por el miedo y el cálculo, para salir de nuestras zonas de confort y para recuperar “el valor apostólico de comunicar el Evangelio a los demás y de renunciar a hacer de nuestra vida cristiana un museo de recuerdos”; b) Hacer silencio interior e incursionar en la oración con profunda memoria agradecida. En efecto, “mira tu historia cuando ores y en ella encontrarás tanta misericordia”; y, c) todo esto confiando enteramente en María: “Ella no acepta que nos quedemos caídos y a veces nos lleva en sus brazos sin juzgarnos”. ¡Cómo me recuerda esto al *Nican Mopohua*! Cuando san Juan Diego intenta huir de la Virgen para ir a atender las necesidades de su tío enfermo, santa María de Guadalupe le sale al encuentro, lo purifica y corrige a través de la ternura, nunca con reproche. María recoge nuestra vida - muchas veces hecha pedazos -, y la reconstruye haciendo frecuentemente lo que a nosotros nos correspondería realizar. “Conversar con ella nos consuela, nos libera y nos santifica” (n. 176). Y así, la vida cristiana, con esta ayuda maternal, puede ser cada día, un nuevo comienzo.

Comentario a la Exhortación Apostólica "Gaudete et exultate"

Y no podía faltar el comentario del jesuita Antonio Spadaro ⁴⁵ (2018) sobre la exhortación.

A cinco años de su elección, el papa Francisco ha decidido publicar su tercera exhortación apostólica con el título de *Gaudete et exsultate* (GE). Como lo dice explícitamente el subtítulo, el documento tiene por tema «el llamado a la santidad en el mundo actual». El papa lanza un mensaje «despojado», esencial, que indica aquello que importa, el significado mismo de la vida cristiana, que, en las palabras de san Ignacio de Loyola, es «buscar y encontrar a Dios en todas las cosas» siguiendo la indicación de su invitación a los jesuitas: «curet primo Deum». Este es el corazón de toda reforma, personal y eclesial: poner en el centro a Dios.

⁴⁵ Antonio Spadaro nació en Messina, Italia, el 6 de julio de 1966. Estudió en la Universidad de Messina y en la Pontificia Universidad Gregoriana. Teólogo jesuita, es el director de la revista *La Civiltà Cattolica* desde el 1 Octubre de 2011. Ese mismo año fue nominado consultor del Consejo Pontificio de la Cultura y del Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales. Ha trabajado en el Vatican Media Committee y, como profesor, en la facultad de Teología y Comunicaciones Sociales de la Universidad Gregoriana. Ha escrito más de veinte libros sobre cultura contemporánea, teología y espiritualidad, y editado las ediciones críticas de la mayor parte de los escritos de Jorge Mario Bergoglio. Ha participado, en calidad de miembro de nómina pontificia y editor de las Actas, en los Sínodos –extraordinario y ordinario– sobre la familia. (Wikipedia)

El cardenal Bergoglio eligió al llegar al papado el nombre de «Francisco» justamente por eso: como pontífice asumió la misión de Francisco de Asís: «reconstruir» la Iglesia en el sentido de una reforma espiritual que tenga en el centro a Dios. Afirma el papa: «El Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada» (GE 1).

Este texto magisterial no quiere ser un «tratado sobre la santidad, con tantas definiciones y distinciones que podrían enriquecer este importante tema, o con análisis que podrían hacerse acerca de los medios de santificación». El «humilde objetivo» del papa es «hacer resonar una vez más el llamado a la santidad, procurando encarnarlo en el contexto actual, con sus riesgos, desafíos y oportunidades» (GE 2). Y en este sentido espera que sus «páginas sean útiles para que toda la Iglesia se dedique a promover el deseo de la santidad» (GE 177). Como veremos, este deseo del papa tiene su corazón latiente en el discernimiento.

Gaudete et exsultate se compone de cinco capítulos. El punto de partida es «el llamado a la santidad» dirigido a todos. De allí se pasa a la identificación clara de «dos sutiles enemigos» que tienden a disolver la santidad en formas elitistas, intelectuales o voluntaristas. Después se toman las bienaventuranzas evangélicas como modelo positivo de una santidad que consiste en seguir el camino «a la luz del Maestro» y no una vaga ideología religiosa. Se describen a continuación «algunas notas de la santidad en el mundo actual»: paciencia y mansedumbre, humor, audacia y fervor; vida comunitaria y oración constante. La exhortación concluye con un capítulo dedicado a la vida espiritual como «combate, vigilancia y discernimiento».

El documento es de fácil lectura y no requiere de complejas explicaciones. No obstante, en esta breve guía, además de presentarlo, procuraremos mostrar sobre todo algunas de sus fuentes remotas en las reflexiones pastorales de Bergoglio como jesuita y después obispo y, por último, en las más recientes como pontífice. Así trataremos de identificar también sus temas centrales y el claro mensaje que Francisco quiere lanzar hoy a la Iglesia. ¿Qué es la santidad para Francisco? ¿Dónde la ve él vivida? ¿En qué formas y contextos? ¿Cómo se la puede definir?

La clase media de la santidad

La santidad está en el corazón del pontificado de Francisco desde el comienzo. En la entrevista que concedió a *La Civiltà Cattolica* en agosto de 2013, es decir, a cinco meses de su elección, habló largamente de ella. Es conveniente releer hoy un pasaje fundamental de ese texto: «Yo veo la santidad en el pueblo de Dios, su santidad cotidiana». Y de nuevo, de forma más extensa: «Yo veo la santidad en el pueblo de Dios paciente: una mujer que cría a sus hijos, un hombre que trabaja para

llevar el pan a casa, los enfermos, los sacerdotes ancianos que tienen muchas heridas pero que tienen una sonrisa porque han servido al Señor, las religiosas que trabajan mucho y que viven una santidad escondida. Esta es para mí la santidad común. Yo asocio la santidad a menudo con la paciencia: no solamente la paciencia como *hypomoné*, el cargar con los acontecimientos y las circunstancias de la vida, sino también como constancia en el avanzar, día tras día. Esta es la santidad de la “Iglesia militante” de la que habla san Ignacio. Esta fue la santidad de mis padres: de mi papá, de mi mamá, de mi abuela Rosa, que me hizo tanto bien. En el breviario tengo el testamento de mi abuela Rosa y lo leo a menudo: para mí es como una oración. Ella es una santa que sufrió mucho, también moralmente, y siguió siempre adelante con coraje».

En esta respuesta puede reconocerse el tono y el significado de *Gaudete et exsultate*, su clima espiritual y su aplicación práctica. Entre las respuestas que el papa dio en nuestra entrevista aportó una definición: «Hay una “clase media de la santidad” de la que todos podemos formar parte, aquella de la que habla Malègue ». Joseph Malègue ⁴⁶ es un escritor francés caro al papa, nacido en 1876 y muerto en 1940. Y este escritor es citado también en *Gaudete et exsultate* a propósito de la «santidad “de la puerta de al lado” de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios» (GE 7). Escribía Malègue en “*Agustín o el maestro está ahí*”: «La vieja idea de que solo el alma de los santos es el terreno apto para la exploración correcta del fenómeno religioso le parecía insuficiente. También las almas más modestas contaban algo, también las clases medias de la santidad».

Por tanto, la santidad debe buscarse en la vida ordinaria y entre las personas que nos están cerca, no en modelos ideales, abstractos o sobrehumanos. «El camino de la santidad es sencillo —decía Francisco en Santa Marta el 24 de mayo de 2016—. No ir hacia atrás, sino seguir siempre adelante. Y con fortaleza». Menos aún debe reducirse a «una santidad “de tintorería”, o sea, toda bella, bien hecha» (Homilía en santa Marta, 14 de octubre de 2013) o al «“fingimiento” de la santidad» (3 de marzo de 2015). No hay que buscar cosas perfectas sin errores (cf. GE 22),

⁴⁶ Joseph Malègue nació el 8 de diciembre de 1876. Fue un novelista francés católico, autor de las novelas “*Agustín o el maestro está ahí*” (1933) y “*Piedras Negras. Las Clases Medias de la Salvación*”. También fue un teólogo y publicó algunas investigaciones teológicas, como “*Penumbas*” sobre la fe y contra el fideísmo. Malègue tomó dos veces el examen de ingreso en la École Normale Supérieure, en 1900 y 1901. Su fracaso puede haber sido una consecuencia de su mala salud. Malègue trabajó principalmente con Charles Gide. Desde 1922 hasta 1927, fue profesor en la École Normale en Savenay. En 1923 se casó con Yvonne Pouzin, doctor en medicina, y vivieron juntos en Nantes. Malègue es considerado el Proust Católico por muchos críticos literarios franceses y valones, En 1940 le diagnosticaron un de cáncer de estómago y murió el 30 de diciembre de ese mismo año. Malègue también fue apreciado por los no creyentes o ateos como por ejemplo Fernand Vandérem, crítico literario judío en Le Figaro, que escribió artículos en los términos más elogiosos. Desde que el Papa Francisco citó a Malègue, una parte del público francés es más consciente de su importancia, que es la de un gran escritor; la prensa informa sobre él. (Wikipedia)

sino personas que, «aun en medio de imperfecciones y caídas, siguieron adelante y agradaron al Señor» (GE 3).

En nuestra entrevista Francisco habló también de la santidad a propósito de la renuncia al pontificado por parte de su predecesor, afirmando: «El papa Benedicto hizo un acto de santidad, de grandeza, de humildad». La santidad une humildad y grandeza y se puede aplicar a un trabajador normal, a una abuela o a un papa. Es la misma santidad. Tal vez, Bergoglio lo aprendió también de las páginas de Malègue, que escribió, asimismo: «Puesto que en la confesión es Jesús el que absuelve, el alma del cura de Ars y la mía son, por lo que respecta a la santidad, a igual distancia del Infinito». No hay asimetría ni distancias siderales del alma ni siquiera entre el hombre común y aquel que ha alcanzado el honor de los altares.

Una santidad de pueblo

Francisco hace comprender cómo la santidad no es fruto del aislamiento: se la vive en el cuerpo vivo del pueblo de Dios. Escribía en un texto publicado en 1982 el entonces P. Bergoglio: «Fuimos engendrados para la *santidad* en un cuerpo santo: el de nuestra santa madre la Iglesia». En una última síntesis afirma en ese mismo texto que la santidad «es la visita de Dios a su cuerpo». Escribe el ahora papa en la exhortación: «Nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae tomando en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana: Dios quiso entrar en una dinámica popular, en la dinámica de un pueblo» (GE 6).

Así pues, estamos rodeados de «una nube tan ingente de testigos» que «nos alientan a no detenernos en el camino, nos estimulan a seguir caminando hacia la meta». (GE 3). Resuenan aquí las palabras del papa que habíamos leído en *Evangelii gaudium* (EG), donde escribió acerca de una «mística de vivir juntos», de un «mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea algo caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad, en una caravana solidaria, en una *santa peregrinación*» (EG 87).

Esta experiencia de pueblo tiene que ver no solamente con aquellos que tenemos a nuestro lado, sino que se funda en una tradición viva que comprende también a aquellos que nos han precedido.

El papa desarrolla aquí una intuición que había expresado ya en el prólogo, escrito en 1987, a su segundo libro, titulado *Reflexiones espirituales sobre la vida apostólica*. En esas páginas habló de los antepasados que nos precedieron en la esperanza, «generaciones y generaciones de hombres y mujeres, pecadores como nosotros». Ellos «vivieron las múltiples contradicciones de toda vida, las sufrieron y supieron entregar la antorcha de la esperanza: así llegó a nosotros, y a nosotros nos toca ser fecundos en la transmisión de ella. La mayoría de esos hombres y mujeres no escribieron historia: simplemente trabajaron y pasaron por la vida y — porque se sabían pecadores— aceptaron la salvación en esperanza». Y transmitieron no solamente una «doctrina», sino ante todo un «testimonio», y lo hicieron «con la sencillez con que se dan las cosas de todos los días».

Proseguía el entonces P. Bergoglio, citando nuevamente al escritor francés que le es tan caro: «No conocemos sus nombres, configuran un pueblo de creyentes, una santidad cotidiana, “la clase media de la santidad”, como gustaba decir a Malègue. No sabemos de sus pequeñas historias de días y de años, pero sus vidas han “florecedo de rosas y flores” en la nuestra: nos ha tocado la fragancia de su santidad». Ahora, treinta años después, reencontramos las mismas expresiones en la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*. Y son un testimonio de la raíz profunda que tiene en Bergoglio esta visión de la santidad.

Una santidad personal como misión

Por tanto, la santidad no es la imitación de modelos abstractos e ideales. Las referencias de la santidad ordinaria son sencillas, cercanas, populares: una «santidad pequeña». Muchas veces ha hecho referencia Francisco a Teresa de Lisieux recordando su camino hacia la santidad. Lleva consigo sus escritos durante sus viajes apostólicos y ha canonizado a sus padres. En la homilía de la misa celebrada en Tiflis, Georgia, el 1 de octubre de 2016, citó los escritos autobiográficos de Teresa del Niño Jesús, en los que ella «nos señala su “pequeño camino” hacia Dios, “el abandono del niño que se duerme sin miedo en brazos de su padre”, porque “Jesús no pide grandes hazañas, sino únicamente abandono y gratitud”».

Pero la santidad está ligada también a la persona individual: la santidad es vivir la *propia* vocación y misión en la tierra: «Cada santo es una misión» (GE 19). Esto también nos es señalado por Teresita, como dijo el papa en la homilía pronunciada en la catedral de la Inmaculada Concepción, en Manila, el 16 de enero de 2015. La santidad misma es una misión. No existe un ideal abstracto. Francisco lo había escrito ya con palabras de fuego en *Evangelii gaudium*: «Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar. Allí aparece la enfermera de alma, el docente de alma, el político de alma, esos que han decidido a fondo ser con los demás y para los demás» (EG 273).

Impresiona el carácter extremadamente concreto de los ejemplos. Bergoglio no habla ni escribe nunca «en general»: necesita señalar figuras concretas, ejemplo, y hacer incluso enumeraciones.

En 1989, Bergoglio había presentado un libro del P. Ismael Quiles ⁴⁷, un jesuita a quien él quería, que había sido su profesor y a quien como Papa cita también en *Evangelii gaudium*. El título del volumen presentado por Bergoglio era *Mi ideal de santidad*. Después de haber hablado de la santidad en general, Quiles dedica la segunda parte de sus consideraciones al propio ideal, es decir, a la santidad que Dios quiere de cada uno de manera diferente. Se trata, pues, de discernir el propio sendero, el propio camino de santidad, aquel que le permite a cada uno dar lo mejor de sí mismo, como escribe Francisco recordando implícitamente la lección de su hermano en religión (cf. GE 11).

Una santidad gradual, global y sin vallas

Es justamente Quiles el que recomienda —como lo hace Francisco en *Gaudete et exsultate*— la gradualidad: «Dios no quiere para todas las almas la misma perfección, ni quiere tampoco que cada alma llegue de golpe a aquel grado de santidad que puede alcanzar». Por santo, la santidad surge a partir del conjunto de la vida, y no en el análisis pormenorizado de todos los detalles de las acciones de una persona. No hay una «contabilidad» de las virtudes. El misterio de una persona capaz de reflejar a Jesucristo en el mundo de hoy se pone de manifiesto a partir del conjunto de su vida —hecha a veces también de contrastes, de luces y sombras— (cf. GE 23). Y, consecuentemente, esto se realiza «también en medio de tus errores y malos momentos» (GE 24).

Después hay que considerar siempre de manera adecuada los límites humanos, el camino progresivo de cada uno, pero también el gran misterio de la gracia que actúa en la vida de las personas. El santo no es un «superhombre». «La gracia actúa históricamente y, de ordinario, nos toma y transforma de una forma progresiva. Por

⁴⁷ Ismael Quiles Sánchez nació en Pedralba, Valencia, España el 4 de julio de 1906. Finalizados sus estudios primarios, a los 12 años ingresó en el Seminario de Valencia donde cursó Humanidades entre 1918 y 1922. El 10 de junio de 1922 ingresó en la Compañía de Jesús. Estudió en el Colegio de la Compañía en Veruela, Zaragoza, hasta 1927 y se doctoró en filosofía en 1930 en el colegio Máximo de San Ignacio, Barcelona. Enfermo de tuberculosis, fue enviado a la ciudad de Santa Fe, Argentina, en marzo de 1932. En 1933 fue enviado a continuar sus estudios de teología en el Colegio Máximo de San Miguel, Buenos Aires. En 1942 publicó su libro *"La persona humana"*. Fue destinado luego a la Universidad del Salvador, de la que fue Decano de la Facultad de Filosofía, Vicerrector de 1956 a 1962 y en 1965 Rector (1966 a 1970) y Rector de la Comunidad del Salvador y Prorrector de la Universidad (1970 a 1974). A partir de 1960 viajó a Oriente con el auspicio del Proyecto Mayor Oriente-Occidente de la UNESCO y brindó conferencias en universidades del Japón, India, Taiwán, Filipinas e Indonesia. En 1967 fundó y dirigió la Escuela de Estudios Orientales de la Universidad del Salvador y desde 1973 dirigió el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Comparadas Oriente y Occidente. Fue profesor invitado en la universidad de Georgetown, Washington, Estados Unidos (1950-65). Falleció en Buenos Aires en 1993. (Wikipedia)

ello, si rechazamos esta manera histórica y progresiva, de hecho podemos llegar a negarla y bloquearla, aunque la exaltemos con nuestras palabras» (GE 50).

Más aún, la santidad puede vivirse «aun fuera de la Iglesia Católica y en ámbitos muy diferentes», en los que «el Espíritu suscita “signos de su presencia, que ayudan a los mismos discípulos de Cristo”» (GE 9), como escribió san Juan Pablo II.

En efecto, el mayor peligro es la presunción de «definir dónde no está Dios, porque él está misteriosamente en la vida de toda persona, está en la vida de cada uno como él quiere, y no podemos negarlo con nuestras supuestas certezas» (GE 42). Por el contrario, «aun cuando la existencia de alguien haya sido un desastre, aun cuando lo veamos destruido por los vicios o las adicciones, Dios está en su vida» (GE 42).

Por tanto, debemos buscar al Señor en toda vida humana, sin ejercer una supervisión estricta de la vida de los demás» (GE 43). En pocas líneas encontramos aquí el llamamiento —que aparece con frecuencia en *Amoris laetitia* (cf., por ejemplo, AL 112; 177; 261; 265; 300; 302; 310)— a evitar la actitud de controladores de la vida de los demás, que lleva a un juicio que es condena.

Este es un punto muy importante de la perspectiva espiritual de Francisco, que aprendió de Ignacio de Loyola a «buscar y hallar a Dios en todas las cosas» sin poner límites y vallas a la acción del Espíritu Santo y a la modalidad de su presencia en el mundo. En efecto, «la experiencia espiritual del encuentro con Dios no es controlable».

Los enemigos de la santidad

En este punto el papa decide someter a la atención de todos dos «enemigos» de la santidad. Una vez más, Francisco insiste en el peligro del neognosticismo y del neopelagianismo. Son los mismos peligros que puso de relieve la reciente carta *Placuit Deo*, de la Congregación para la Doctrina de la Fe a los obispos de la Iglesia católica sobre algunos aspectos de la salvación cristiana.

El *gnosticismo* es una deriva ideológica e intelectualista del cristianismo, transformado «en una enciclopedia de abstracciones». Según el gnosticismo, solo el que es capaz de comprender la profundidad de una doctrina puede considerarse como un verdadero creyente (GE 37). El papa es muy duro al respecto y habla de una religión «al servicio de sus elucubraciones psicológicas y mentales» (GE 41), que alejan de la frescura del evangelio.

La santidad tiene que ver con la carne. En una homilía de Santa Marta había dicho el papa: «Nuestro acto de santidad más grande es precisamente en la carne del hermano y en la carne de Jesucristo. [...] Es ir a partir el pan con el hambriento, asistir a los enfermos, a los ancianos, a quienes no pueden darnos nada a cambio: eso es no avergonzarse de la carne» (7 de marzo de 2014).

Por eso no es posible considerar nuestra comprensión de la doctrina como «un sistema cerrado, privado de dinámicas capaces de generar interrogantes, dudas, cuestionamientos». En efecto, «las preguntas de nuestro pueblo, sus angustias, sus peleas, sus sueños, sus luchas, sus preocupaciones, poseen valor hermenéutico que no podemos ignorar si queremos tomar en serio el principio de encarnación. Sus preguntas nos ayudan a preguntarnos, sus cuestionamientos nos cuestionan». (GE 44).

El otro gran enemigo de la santidad es el *pelagianismo*, aquella actitud que subraya de manera exclusiva el esfuerzo personal, como si la santidad fuese fruto de la voluntad y no de la gracia. Para Bergoglio, la santidad personal es ante todo un proceso operado por Dios, que nos espera. Esta es la santidad: «permitir que el Señor escriba nuestra historia» (Homilía de santa Marta, 17 de diciembre de 2013), «docilidad al Espíritu Santo» (16 de abril de 2013).

Francisco identifica algunas actitudes concretas y las enumera: «La obsesión por la ley, la fascinación por mostrar conquistas sociales y políticas, la ostentación en el cuidado de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia, la vanagloria ligada a la gestión de asuntos prácticos, el embeleso por las dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial» (GE 57).

De allí resulta un cristianismo obsesivo, inundado de normas y preceptos, carente de su «sencillez cautivante» (GE 58) y de su sabor. Un cristianismo que se torna en esclavitud, como recordaba santo Tomás de Aquino al afirmar que «los preceptos añadidos al evangelio por la Iglesia deben exigirse con moderación “para no hacer pesada la vida a los fieles”» (GE 59). Francisco había subrayado este concepto en *Evangelii gaudium*, texto que aquí retoma casi al pie de la letra. Allí había identificado en esta advertencia «uno de los criterios a considerar a la hora de pensar una reforma de la Iglesia y de su predicación que permita realmente llegar a todos» (EG 43).

Las bienaventuranzas

¿Cómo se hace, pues, para llegar a ser un buen cristiano? La respuesta «es sencilla: es necesario hacer, cada uno a su modo, lo que dice Jesús en el sermón de las bienaventuranzas» (GE 63). Para Francisco la contemplación de los misterios

de la vida de Jesús, «como proponía san Ignacio de Loyola, nos orienta a hacerlos carne en nuestras opciones y actitudes» (GE 20). Hay que contemplar la vida de Cristo y seguir su práctico «programa de santidad», que son las bienaventuranzas. Esta es la convicción de partida que lleva al papa a enfocar en las bienaventuranzas el capítulo central de la exhortación. «Pocas palabras, palabras sencillas, pero prácticas para todos, porque el cristianismo es una religión práctica: es para practicarla, para realizarla, no sólo para pensarla» (Homilía de santa Marta, 9 de junio de 2014).

Gaudete et exsultate se detiene en cada frase del texto evangélico de las bienaventuranzas y la comenta. Francisco presenta así una santidad simplemente evangélica, *sine glossa* y sin excusas: «El Señor nos dejó bien claro que la santidad no puede entenderse ni vivirse al margen de estas exigencias suyas» (GE 97). Y así rehúye una espiritualidad abstracta que separa la oración de la acción o que, por el contrario, nivela todo a la dimensión mundana. Y el papa aprovecha esta ocasión para subrayar el «nudo político global» —como él lo ha definido— de los migrantes, que, lamentablemente, «algunos católicos» consideran como «un tema secundario al lado de los temas “serios” de la bioética» (GE 102). Es verdaderamente relevante que el tema de las migraciones sea insertado como un tema primario en una exhortación sobre la santidad.

Las características de la santidad

En el capítulo cuarto Francisco expone algunas características de la santidad en el mundo actual. Son en total «cinco grandes manifestaciones del amor a Dios y al prójimo que considero de particular importancia, debido a algunos riesgos y límites de la cultura de hoy» (GE 111). El papa es consciente de que en esta cultura se manifiestan riesgos y límites que él también enumera: «la ansiedad nerviosa y violenta que nos dispersa y nos debilita; la negatividad y la tristeza; la acedia cómoda, consumista y egoísta; el individualismo, y tantas formas de falsa espiritualidad sin encuentro con Dios que reinan en el mercado religioso actual» (GE 111).

La primera característica tiene los rasgos del aguante, la paciencia y la mansedumbre. Es necesario «luchar y estar atentos frente a nuestras propias inclinaciones agresivas y egocéntricas para no permitir que se arraiguen» (GE 114). La humildad, que se alcanza también gracias al soportar las humillaciones cotidianas, es una característica del santo, que tiene un corazón «pacificado por Cristo, liberado de esa agresividad que brota de un yo demasiado grande» (GE 121).

La segunda característica es la alegría y sentido del humor. En efecto, la santidad «no implica un espíritu apocado, tristón, agriado, melancólico, o un bajo perfil sin

energía» (GE 122). Más aún, «el mal humor no es un signo de santidad» (GE 126). Por el contrario, «el santo es capaz de vivir con alegría y sentido del humor. Sin perder el realismo, ilumina a los demás con un espíritu positivo y esperanzado» (GE 122). El Señor «nos quiere positivos, agradecidos y no demasiado complicados» (GE 127).

La tercera característica es la audacia y el fervor. El reconocimiento de nuestra fragilidad no debe impulsarnos a la falta de audacia. La santidad vence los miedos y los cálculos, la necesidad de encontrar lugares seguros. Francisco enumera algunos: «individualismo, espiritualismo, encerramiento en pequeños mundos, dependencia, instalación, repetición de esquemas ya prefijados, dogmatismo, nostalgia, pesimismo, refugio en las normas» (GE 134). El santo no es un burócrata ni un funcionario, sino una persona apasionada que no sabe vivir en la «mediocridad tranquila y anestésica» (GE 138). El santo desinstala y sorprende (cf. *ibíd*), porque sabe que «Dios siempre es novedad, que nos empuja a partir una y otra vez y a desplazarnos para ir más allá de lo conocido, hacia las periferias y las fronteras» (GE 135).

La cuarta característica es el camino comunitario. Más aún, a veces la Iglesia «ha canonizado a comunidades enteras que vivieron heroicamente el Evangelio o que ofrecieron a Dios la vida de todos sus miembros» (GE 141), preparándose juntos incluso al martirio, como en el caso de los beatos monjes de Tibhirine, en Argelia (cf. GE 141). Para Francisco, la vida comunitaria preserva de la «tendencia al individualismo consumista que termina aislándonos en la búsqueda del bienestar al margen de los demás» (GE 146).

La quinta característica es la oración constante. El santo «necesita comunicarse con Dios. Es alguien que no soporta asfixiarse en la inmanencia cerrada de este mundo, y en medio de sus esfuerzos y entregas suspira por Dios, sale de sí en la alabanza y amplía sus límites en la contemplación del Señor» (GE 147), que no domestica el poder del rostro de Cristo (cf. GE 151).

Pero el papa precisa: «No creo en la santidad sin oración, aunque no se trate necesariamente de largos momentos o de sentimientos intensos» (GE 147). Más aún, advierte en contra de «prejuicios espiritualistas», que llevan a pensar que «la oración debería ser una pura contemplación de Dios, sin distracciones, como si los nombres y los rostros de los hermanos fueran una perturbación a evitar» (GE 154). Por el contrario, justamente la intercesión y la oración de petición son agradables a Dios porque están ligadas a la realidad de nuestra vida.

Alternativas como la de «o Dios o el mundo» u «o Dios o la nada» son erradas. Dios actúa *en* el mundo, trabaja para llevarlo a plenitud para que el mundo esté

plenamente *en* Dios. En la oración se realiza el discernimiento de los caminos de santidad que el Señor nos propone.

Una santidad de lucha y discernimiento

«La vida cristiana es un combate permanente. Se requieren fuerza y valentía para resistir las tentaciones del diablo y anunciar el Evangelio. Esta lucha es muy bella, porque nos permite celebrar cada vez que el Señor vence en nuestra vida» (GE 158). Estas palabras iniciales resumen bien el sentido del último capítulo de la exhortación *Gaudete et exsultate*.

Así pues, el papa no reduce la lucha a una batalla contra la mentalidad mundana que «nos atonta y nos vuelve mediocres», ni a un combate «contra la propia fragilidad y las propias inclinaciones (cada uno tiene las suyas —precisa Francisco—: la pereza, la lujuria, la envidia, los celos, y demás)». La santidad es también «una lucha constante contra el diablo, que es el príncipe del mal» (GE 159) y que, por tanto, no es solamente «un mito, una representación, un símbolo, una figura o una idea» (GE 161).

El camino de la santidad requiere que estemos «con las lámparas encendidas», porque quienes no cometen faltas graves contra la Ley de Dios «pueden descuidarse en una especie de atontamiento o adormecimiento» (GE 164) que conduce a una corrupción que es «peor que la caída de un pecador, porque se trata de una ceguera cómoda y autosuficiente donde todo termina pareciendo lícito» (GE 165).

El don del discernimiento ayuda en esta lucha espiritual porque permite comprender «si algo viene del Espíritu Santo o si su origen está en el espíritu del mundo o en el espíritu del diablo» (GE 166). Y aquí el papa Francisco sigue la lección de su maestro de vida espiritual, el P. Miguel Ángel Fiorito, que escribió un «comentario» a las reglas de san Ignacio para el discernimiento con el título de *Discernimiento y lucha espiritual*, cuyo prefacio había escrito el mismo Bergoglio en 1985. En ese prefacio leemos, entre otras cosas, que la lucha espiritual es «ver en nuestras huellas las huellas de Dios», saliendo de la autorreferencialidad.

Esta parte de la exhortación apostólica sobre la lucha y el discernimiento es su corazón latiente. Para Bergoglio, una vida santa no es simplemente una vida virtuosa en el sentido de que persigue las virtudes en general. Es una vida santa porque sabe captar la acción del Espíritu Santo y sus movimientos, y los sigue.

En un contexto de continuo *zapping* existencial, «sin la sabiduría del discernimiento podemos convertirnos fácilmente en marionetas a merced de las tendencias del momento» (GE 167). Se podría vivir incluso un *zapping* espiritual, por decirlo así, si no se es conducido por el discernimiento.

Este don es importante porque nos permite estar «dispuestos a reconocer los tiempos de Dios y de su gracia, para no desperdiciar las inspiraciones del Señor, para no dejar pasar su invitación a crecer» (GE 169). Una vez más insiste el papa en el hecho de que esto se juega en las pequeñas cosas de cada día, incluso «en lo que parece irrelevante, porque la magnanimidad se muestra en lo simple y en lo cotidiano». Se trata, afirma el papa, «de no tener límites para lo grande, para lo mejor y más bello, pero al mismo tiempo concentrados en lo pequeño, en la entrega de hoy» (GE 169). Francisco recuerda aquí un lema atribuido a san Ignacio y que le es muy caro, al punto de dedicarle un iluminador ensayo: *Non coerceri a máximo, contineri tamen a minimo divinum est* («No estar bajo la coerción de lo más grande, sino contenido en lo más pequeño, eso es divino»).

Y el discernimiento no es una sabiduría para los cultos, los doctos, los iluminados. Así lo dijo el papa también a los jesuitas de Myanmar durante su visita apostólica, exponiendo el que para él es el criterio vocacional para la Compañía: «¿Sabe discernir el candidato? ¿Aprenderá a discernir? Si sabe discernir, sabe reconocer qué cosa viene de Dios y qué cosa viene del espíritu malo. Entonces, con esto le basta para avanzar. Aunque no comprenda mucho, aunque desaprobe en los exámenes... está bien, con tal de que sepa hacer discernimiento espiritual». El discernimiento es un carisma: «No requiere de capacidades especiales ni está reservado a los más inteligentes o instruidos, y el Padre se manifiesta con gusto a los humildes (cf. Mt 11,25)» (EG 170).

Francisco concluye su reflexión sobre el discernimiento con un párrafo de particular relevancia y que parece resumir el sentido del itinerario recorrido hasta este momento: «Cuando escrutamos ante Dios los caminos de la vida, no hay espacios que queden excluidos. En todos los aspectos de la existencia podemos seguir creciendo y entregarle algo más a Dios, aun en aquellos donde experimentamos las dificultades más fuertes. Pero hace falta pedirle al Espíritu Santo que nos libere y que expulse ese miedo que nos lleva a vedarle su entrada en algunos aspectos de la propia vida. El que lo pide todo también lo da todo, y no quiere entrar en nosotros para mutilar o debilitar sino para plenificar. Esto nos hace ver que el discernimiento no es un autoanálisis ensimismado, una introspección egoísta, sino una verdadera salida de nosotros mismos hacia el misterio de Dios, que nos ayuda a vivir la misión a la cual nos ha llamado para el bien de los hermanos» (GE 175).

Alegría y santidad

Para concluir este análisis de *Gaudete et exsultate* consideremos de manera específica el título. El llamamiento de Francisco a la santidad está abierto a la invitación a la alegría sencilla del evangelio, citada al comienzo de la exhortación: «Alegraos y regocijaos» (Mt 5,12). La invitación a la alegría evangélica había resonado ya en la primera exhortación de Francisco, que tenía por título *Evangelii gaudium*, como también en los documentos magisteriales *Laudato si'* y *Amoris laetitia*, que convocan a la alabanza y a la alegría.

¿De qué alegría está hablando aquí el papa Francisco? Para Bergoglio, la alegría es la «consolación espiritual» de la que habla san Ignacio, «toda alegría interna que llama y atrae a las cosas celestiales y a la propia salud de su ánima, aquietándola y pacificándola en su Creador y Señor» (*Ejercicios espirituales*, 316). Este es — escribía el entonces P. Bergoglio— «el estado habitual de quien recibe la manifestación de Jesucristo con disponibilidad y sencillez de corazón». El cristiano no puede tener «cara de funeral» (EG 10). Los términos alegría, gozo, son, en general, de los más recurrentes del vocabulario bergogliano. A la alegría del evangelio dedicó él también de manera específica algunas de sus meditaciones en sus cursos de ejercicios espirituales.

Pero el mismo título *Gaudete et exsultate* recuerda de inmediato la exhortación apostólica *Gaudete in Domino*, firmada por el beato Pablo VI el 9 de mayo de 1975. Escribía Montini: «Entonces podemos gustar la alegría propiamente espiritual, que es fruto del Espíritu Santo: consiste esta alegría en que el espíritu humano halla reposo y una satisfacción íntima en la posesión de Dios trino, conocido por la fe y amado con la caridad que proviene de él. Esta alegría caracteriza por tanto todas las virtudes cristianas. Las pequeñas alegrías humanas que constituyen en nuestra vida como la semilla de una realidad más alta, quedan transfiguradas» (GD 30).

Y recuerda asimismo el discurso de san Juan XXIII en la solemne apertura del concilio Vaticano II, *Gaudet Mater Ecclesia*. A estas páginas hay que agregar las del documento de Aparecida (2007), que «respira» en las páginas de Bergoglio. El llamamiento a la alegría aparece allí cerca de sesenta veces. En el documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, la alegría del discípulo marcaba su vida espiritual y su tendencia hacia la santidad: «No es un sentimiento de bienestar egoísta sino una certeza que brota de la fe, que serena el corazón y capacita para anunciar la buena noticia del amor de Dios» (n. 29). Y también: «Podemos encontrar al Señor en medio de las alegrías de nuestra limitada existencia y, así, brota una gratitud sincera» (n. 356).

Las conexiones entre *Gaudete et exsultate* y los otros textos magisteriales de Francisco, como también con los del Bergoglio pastor en Argentina nos permiten comprender que la exhortación es el fruto maduro de una reflexión que el papa viene realizando desde hace mucho tiempo y que expresa de manera orgánica su visión de la santidad, entrelazada con la de la misión de la Iglesia en el mundo actual. El

documento comunica en su conjunto una convicción semejante a la expresada tiempo atrás por el cardenal Bergoglio: «A este ámbito de alegría evangélica —que es nuestra fortaleza— es a donde debemos conducir la fragilidad de nuestro pueblo que salimos a buscar».

* * *

Francisco concluye *Gaudete et exsultate* dirigiendo su pensamiento hacia María. Ya a comienzos de los años ochenta Bergoglio veía la santidad de la Iglesia reflejada en el «rostro de María, la sin pecado, la limpia y pura», sin olvidar nunca que «congrega en su seno a los hijos de Eva, madre de hombres pecadores». María es «la santa entre los santos, la más bendita, la que nos enseña el camino de la santidad y nos acompaña», como madre que es: «A veces nos lleva en sus brazos sin juzgarnos. Conversar con ella nos consuela, nos libera y nos santifica» (GE 176).

La santidad de los discípulos misioneros. La recepción del Concilio Vaticano II en *Gaudete et exsultate*

Finalmente presento un artículo de Gabino Uríbarri Bilbao ⁴⁸ (2019) comentando uno de los aportes del Papa Francisco al tema de la santidad.

A mi entender, el papa Francisco se alimenta en su teología y en su gobierno pastoral de una serie de veneros, entre los que destacan estos cuatro por su influjo continuado y significativo:

1.- la recepción del Concilio Vaticano II;

⁴⁸ Gabino Uríbarri Bilbao. Sacerdote jesuita. Doctor en Teología (Comillas – Madrid, 1994); Licenciado en Teología (Sankt Georgen – Frankfurt am Main, 1993), Licenciado en Filosofía y Letras (Comillas – Madrid, 1983). Desde 2007 es profesor Ordinario de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Comillas, a la que se incorporó en 1994. Ha desempeñado diversos cargos académicos: Director del Departamento de Teología Dogmática y Fundamental (1999-2008). Coordinador de Doctorado de Teología y Derecho Canónico en Comillas (2003-2009). Director de la colección de «Biblioteca de Teología Comillas» (2001-2006). Director de la colección «Teología Comillas» (2007-2009). Decano de la Facultad de Teología y de la Facultad de Derecho Canónico de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid (2009-2015). Director de la revista *Estudios Eclesiásticos* (2017). Ha impartido docencia en Comillas desde 1994: Escatología (1994-2003); Historia de la Teología I (1998); Cristología (2003); Introducción a la Teología (2009); y cursos monográficos y seminarios en la licenciatura de teología dogmática y fundamental. Profesor invitado en Pontificia Università Gregoriana (2007) y *Visiting Scholar* en la Weston Jesuit School of Theology (Cambridge, Mass. 1996-1997 y 2008). Miembro del Consejo Científico de la AVEPRO (2011); de la Comisión Asesora de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, Conferencia Episcopal Española (2012); de la Comisión Teológica Internacional (2014); evaluador de la DAAD de Alemania (2014) y de CONICYT de Chile (2019). Cuenta con más de 250 publicaciones, entre libros, artículos y colaboraciones en libros en medios nacionales y extranjeros. (Wikipedia)

- 2.- el carácter inspirador de las líneas del pontificado de Pablo VI, en particular de la *Evangelii nuntiandi* (1975);
- 3.- la teología latinoamericana del posconcilio, incluyendo los documentos de las Conferencias del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, en particular el documento de Aparecida (2007); y
- 4.- la espiritualidad ignaciana.

Me propongo mostrar sucintamente la importancia del primero de estos veneros y lo que aporta para entender el programa pastoral del papa Francisco al hilo de estas apreciaciones iré recalcando, simultáneamente, cómo se inserta la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* en el programa pastoral de Francisco. Para terminar, sintetizo en diez notas, más una coda, la propuesta de santidad que el papa Francisco nos ofrece en esta exhortación.

1. *Lumen Gentium* y *Gaudium et Spes* como infraestructura teológica de *Gaudete et Exsultate*

1-1.- Aprecio y recepción de Francisco del Vaticano II

No se puede entender el magisterio pastoral ni la figura del papa Francisco sin el Concilio Vaticano II. Francisco es el primer pontífice posterior al Vaticano II que no participó en las sesiones conciliares: ni como pontífice (Pablo VI), ni como obispo (Juan Pablo II), ni como perito conciliar (Benedicto XVI). En este sentido, con Francisco comienza una nueva etapa en la recepción del Concilio de la Iglesia del siglo XX en el siglo XXI.

Si al comienzo de su pontificado a Benedicto XVI le preocupó establecer las líneas maestras con las que había que realizar la recepción del Concilio Vaticano II, con su famosa alocución a la curia (22 de diciembre de 2005) , en la que defendió la hermenéutica de la continuidad y la reforma, frente a la ruptura, Francisco no ha entrado en disquisiciones académicas. Simplemente afirmó, de modo tajante, en una entrevista concedida a Antonio Spadaro (19-29 de agosto de 2013): «el Vaticano II supuso una relectura del Evangelio a la luz de la cultura contemporánea. El Vaticano II produjo un movimiento de renovación que viene, sencillamente, del mismo Evangelio». Así, pues, Francisco se coloca en un aprecio sin fisuras del Vaticano II, entendiéndolo llanamente como actualización para nuestra circunstancia, para nuestra cultura contemporánea, nada más y nada menos que del mismo Evangelio. Difícilmente se puede pensar en un encomio más elevado.

En su recepción del Vaticano II, Francisco se sitúa en la estela de los grandes documentos posconciliares de las Conferencias del Episcopado Latinoamericano, en particular de Medellín (1968) y de Puebla (1979). Estos documentos realizan una lectura y una recepción del Vaticano II tomando como clave fundamental la constitución pastoral *Gaudium et spes*. De este modo, para comprender la asimilación y la lectura del Concilio Vaticano II que ahora hace Francisco como supremo pastor de la Iglesia católica, interesa mucho comprender su interpretación de la *Gaudium et spes*. A este respecto, me parece que el cogollo de su comprensión radica en considerar que se ha alumbrado un nuevo modo de hacer

teología, una teología de carácter pastoral que tiene muy presente la cultura contemporánea, que a partir del Concilio Vaticano y de la *Gaudium et spes* habría supuesto un paso decisivo hacia delante. Se daría una doble imbricación fundamental para el mismo quehacer teológico y en la comprensión de la actividad pastoral de la Iglesia, de la misión.

Primer miembro de la imbricación: se afirma la dimensión pastoral de la doctrina, de tal manera que ya no se sabe bien si nos las tenemos con una doctrina con impostación pastoral o con una pastoral con dimensión doctrinal. A este respecto, resulta muy ilustrativa la nota primera de la *Gaudium et spes*, que figura justo al final del mismo título de la Constitución, con lo que cualifica todo el documento. Extrayendo lo más significativo, allí se dice: «La constitución pastoral sobre La Iglesia en el mundo de hoy, aunque consta de dos partes, tiene intrínseca unidad. Se llama constitución “pastoral” porque, apoyada en principios doctrinales, quiere expresar la actitud de la Iglesia ante el mundo y el hombre contemporáneos. Por ello, en la primera parte hay una intención pastoral, y en la segunda una intención doctrinal.

En la primera parte la Iglesia expone su doctrina del hombre, del mundo y de su propia actitud ante ambos. En la segunda parte considera con mayor detenimiento diversos aspectos de la vida de la sociedad actual, y particularmente ciertas cuestiones y problemas que hoy son más urgentes en esta materia. Ello hace que en esta última parte la materia, aunque sujeta a principios doctrinales, conste no solo de elementos permanentes, sino también de algunos contingentes».

Esta es la línea teológico-pastoral o pastoral-teológica para entender el magisterio de Francisco. Sus propuestas teológico-pastorales se mueven en la intersección entre la pastoral y la doctrina situada en los problemas contemporáneos.

Segundo miembro de la imbricación: el quehacer tanto teológico como pastoral se ha de realizar atendiendo a la cultura contemporánea de cada momento, en diálogo e interacción con la misma. La pastoral y la reflexión teológica resultante de la opción metodológica toman la forma básica de una interacción entre el evangelio y cultura. Es decir, la pastoral y la teología se comprenden y subsumen bajo la clave de la inculturación del evangelio: «Es imperiosa la necesidad de evangelizar las culturas para inculturar el Evangelio» (EG 69; cf. EG 52-75).

Este modo de ver de Francisco aparece sancionado con claridad en dos documentos suficientemente significativos y representativos de su pensamiento. Me refiero, primero, al «Videomensaje del Santo Padre Francisco al Congreso Internacional de Teología organizado por la Pontificia Universidad Católica Argentina (Buenos Aires, 1-3 de septiembre de 2015)». Allí, entre otros muchos elementos ilustrativos de su modo de entender el quehacer teológico, en consonancia con la actividad pastoral y misionera de la Iglesia, se dice: «Buscar superar este divorcio entre teología y pastoral, entre fe y vida, ha sido precisamente uno de los principales aportes del Concilio Vaticano II. Me animo a decir que ha revolucionado en cierta medida el estatuto de la teología, la manera de hacer y del pensar creyente».

En segundo lugar, la constitución apostólica *Veritatis gaudium*, sobre las Universidades y las Facultades eclesíásticas, recoge este modo de entender la teología y la propone de modo normativo para los centros eclesiales de estudio y formación.

En conclusión, una primera clave para entender a Francisco radica en su lectura del Vaticano II desde la Constitución pastoral. Así, su teólogo es el de un pastor. Por lo tanto, no hemos de leer la exhortación *Gaudete et exsultate*, así como otros textos, como una disertación académica sobre la santidad o la vida espiritual. Eso habría sido una versión de la tan denostada y criticada teología de escritorio o de gabinete, lejana a las circunstancias y los problemas del pueblo fiel, de la gente cristiana de a pie. Sería un ejercicio intelectual de carácter «autoreferencial». Por lo que, aunque fuese acertado en su doctrina, sería nocivo, porque carecería del aterrizaje en la circunstancia pastoral concreta, capaz de hacer carne el Espíritu del Evangelio. Se ha de leer más bien como una exhortación o amonestación de un pastor, que camina con su pueblo, que está atento a sus luchas, dificultades y anhelos. Se sitúa en medio del pueblo y lo anima a proseguir adelante en la vía del divino servicio: en el camino de la santidad cristiana.

1-2.- Columnas del Vaticano II para entender *Gaudete et exsultate*

Una vez visto que el punto de partida para entender a Francisco en toda circunstancia es su lectura del Vaticano II, ahora me pregunto dando un paso más, ¿cuáles son los aspectos más sustantivos del Vaticano II que formarían como la infraestructura teológica que sostiene la *Gaudete et exsultate*? Es decir, presuponiendo a partir de la lógica de lo ya expuesto que la misma *Gaudete et exsultate* es un acto de implementación del Concilio Vaticano II, ¿cuáles son los registros que ahora se retoman y actualizan? A mi modo de ver, la propuesta de la *Gaudete et exsultate* se alza sobre dos columnas maestras: *Lumen gentium*, la constitución dogmática sobre la Iglesia; *Gaudium et spes*, la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo. Es decir, se apoya sólidamente en las dos constituciones sobre la Iglesia del Vaticano II.

1-2-1.- Primera columna. El pueblo santo (Lumen gentium)

De la Constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen gentium*, destaco cuatro elementos, que subyacen en *Gaudete et exsultate*, ya sea de manera explícita o implícita.

1.- La Iglesia continúa la misión trinitaria.

El capítulo primero de *Lumen gentium*, y guarda su importancia que sea precisamente el primero, nos habla del misterio de la Iglesia. Este misterio procede de la Trinidad (*Lumen gentium* 2-4; cf. *Ad gentes* 2-4). Es decir, la Iglesia es una criatura trinitaria. Siendo esto así, la Trinidad ha grabado su sello en la realidad de la Iglesia. Uno de estos rasgos consiste, entonces, en su carácter misionero, singularmente recogido en el decreto *Ad gentes*. La Trinidad santa no se clausura en realizarse como una comunión interna e íntima entre las personas divinas, sino que ella misma, por ser amor, pone en marcha la economía divina de la salvación.

Es decir, de la vida misma de la Trinidad inmanente (comunidad íntima de amor interpersonal), surge el proyecto divino de la salvación —la economía—, que la misma Trinidad inaugura y realiza hasta que llegue a su consumación final (Trinidad económica). Por eso, la creación misma, como primera obra *ad extra*, lleva el sello del deseo de Dios de donarse, de darse, de modo singular a la persona humana: creada a imagen y semejanza de Dios (Gn 1,26-27) e interlocutora de Dios. Cuando el pecado distorsione el plan de Dios, la misma Trinidad santa se implicará en la salvación, a través de sus diversas etapas, culminando con la encarnación, hasta llegar a la recapitulación definitiva de todas las cosas en Cristo. La misión trinitaria se condensa y encauza a través de la misión encarnatoria del Hijo de Dios, Jesucristo, y se continúa en la misión de la Iglesia, auténtica criatura Verbi.

2.- *La Iglesia es sacramento de salvación.*

Esta realidad de la Iglesia la caracteriza de modo peculiar como «sacramento de salvación» (cf. *Lumen gentium* 1, 9, 48, 59; *Sacrosanctum concilium* 5, 26; *Ad gentes* 1, 5; *Gaudium et Spes* 42, 45). Este aspecto constituye una de las notas esenciales de la comprensión de la Iglesia del Vaticano II. Conviene destacar la presencia de esta consideración de la Iglesia ya en el primer párrafo de *Lumen gentium*, en el que ya se establece una íntima conexión entre la realidad sacramental de la Iglesia, por su origen divino y su impronta cristológica, y su responsabilidad y actividad misionera: «Y como la Iglesia es en Cristo como un sacramento o señal e instrumento de la unión con Dios y de la unidad de todo el género humano, insistiendo en el ejemplo de los concilios anteriores, se propone declarar con toda precisión a sus files y a todo el mundo su naturaleza y misión universal» (LG 1).

La Iglesia es una realidad santa, un sacramento, porque proviene de Dios (pueblo de Dios), ha sido y es continuamente engendrada por Cristo (cuerpo de Cristo) y por el Espíritu Santo (templo del Espíritu), por la gracia divina, por la predicación del Evangelio y por la celebración de los sacramentos. En su ser santa, sacramento, se haya la raíz de su santidad: de la santidad de la misma Iglesia en cuanto tal, pero también de la santidad de sus miembros, de todos los fieles. Si de la sacramentalidad de la Iglesia brota su misión, en cuanto que atañe a su propia naturaleza y ésta marca necesariamente su actividad; y si la sacramentalidad es una expresión de su santidad; entonces se da una vinculación indisoluble entre santidad y misión, ambas arraigadas en su naturaleza sacramental, en cuanto criatura trinitaria ínsita en el designio divino.

A partir de aquí se ilumina una de las claves fundamentales para comprender el programa y la propuesta teológica de *Gaudete et exsultate*. Al papa Francisco le preocupa específicamente, casi se puede decir que le obsesiona, y a lo que alienta, a tiempo y a destiempo, es a una Iglesia misionera. El papa Francisco quiere una Iglesia en salida (EG 20-24), una Iglesia hospital de campaña, una Iglesia en medio del fango de la vida, de los conflictos. Ahora bien, ¿puede haber una Iglesia que sea misionera en ausencia de santidad, de la santidad de sus miembros, de los fieles? Según hemos visto la respuesta es clara: una Iglesia sin santidad no puede ser misionera, pues no pondrá en ejercicio su sacramentalidad. Si Francisco apuesta

por «La transformación misionera de la Iglesia» (*Evangelii gaudium* capítulo I), como el punto arquimédico de su programa pastoral, resulta que para que la Iglesia sea efectivamente misionera ha de ser santa también: ha de estar pletórica, llena, de fieles santos, de cristianos que vivan cotidianamente la santidad cristiana y evangélica. Por consiguiente, la exhortación *Gaudete et exsultate* se sitúa en plena continuidad con *Evangelii gaudium*, como un refuerzo y un complemento.

3.- *La Iglesia es el santo pueblo de Dios.*

El capítulo II de *Lumen gentium* describe a la Iglesia como el pueblo de Dios. Para Francisco, en continuidad con los documentos de las Conferencias del Episcopado Latinoamericano y, en particular, con la teología argentina del pueblo o de la cultura, la Iglesia es ante todo el pueblo santo de Dios, el pueblo fiel¹⁶. Esta Iglesia, este pueblo, es «instrumento de la redención universal y es enviado a todo el mundo como luz del mundo y sal de la tierra (cf. Mt 5,13-16)» (*Lumen gentium* 9).

Así mismo, este pueblo ha sido convocado y constituido por Dios «para que sea sacramento visible de la unidad salutífera para todos y cada uno» (*Lumen gentium* 9). De tal manera que la Iglesia que es sacramento de salvación, que es santa y que es misionera es y se identifica con el pueblo de Dios, con el conjunto de los fieles cristianos entendidos como pueblo.

4.- *Toda la Iglesia es santa y todos los fieles son llamados a la santidad.*

La santidad es una nota esencial de la Iglesia, afirmada solemnemente en el credo. De ahí se deriva que la santidad y la sacramentalidad concomitante cualifica a la Iglesia en su totalidad y su conjunto, como institución, pero también a todos y cada uno de sus fieles (cf. LG 39). En efecto, el capítulo V de la LG se titula precisamente: «universal vocación a la santidad en la Iglesia». De ahí que la llamada a la santidad se extienda y alcance a todos los fieles, en todos los estados de vida y en todas las circunstancias. Según el Concilio, la santidad no es un privilegio restringido ni al denominado antes del Concilio «estado de perfección», que se identificaba con la vida religiosa, ni al ministerio ordenado, dos formas de especial consagración dentro de la Iglesia¹⁸. Todos los fieles en todos los estados de vida y en todas las circunstancias de la vida son llamados a la santidad (cf. LG 41). Cabe entender que Francisco actualiza y concreta esta concepción de *Lumen gentium* en su capítulo V para hoy. Pues el documento se titula precisamente: «exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* sobre el llamado a la santidad en el mundo actual».

En suma, de la rica comprensión de la Iglesia en cuanto tal, de la Iglesia ad intra, que se expresa en *Lumen gentium*, Francisco habría tomado como aspectos fundamentales operativos en su programa pastoral (*Evangelii gaudium*) y su exhortación sobre la santidad (*Gaudete et exsultate*) la santidad misionera de una Iglesia pueblo de Dios, sacramento universal de salvación.

1.2-2.- *Segunda columna: la Iglesia en misión en el mundo (Gaudium et spes)*

Lo que he apuntado sobre la *Lumen gentium* se reafirma en una lectura más breve de la *Gaudium et spes*. Si el punto de arranque para la comprensión del Concilio Vaticano II de Benedicto XVI es la Constitución sobre la divina liturgia, *Sacrosanctum concilium*, el papa Bergoglio se apropia del acervo de la doctrina conciliar tomando como eje interpretativo la constitución pastoral *Gaudium et spes*, como ya he indicado. Nos bastará mostrar cómo la *Gaudium et spes* concuerda con los elementos nucleares de la misma *Lumen gentium*, a la vez que despliega otros en consonancia con la misma. En particular nos interesa comprobar el ajuste entre sacramentalidad y misionaridad en este documento, a la vez que mostrar algunos de los acentos que resuenan en el programa pastoral de Francisco y en la *Gaudete et exultate*.

A este respecto, el capítulo cuarto de la primera parte de la *Gaudium et spes* nos aporta la clave fundamental. Dicho capítulo lleva por título: «Misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo». Partiendo de su rico contenido destaco algunos aspectos.

1.- *La Iglesia realiza su misión en un mundo cambiante; luego requiere actualización permanente.*

No hay otro lugar para la misión de la Iglesia que no sea este mundo nuestro. Ahora bien, dado que el mundo contemporáneo hoy en día se caracteriza por el cambio acelerado (GS 44), más rápidamente incluso de lo que la misma *Gaudium et spes* ya había previsto, la profundización y ampliación de la doctrina postulada por la misma GS, hoy en día resulta imperiosa. La primera nota a la *Gaudium et spes*, que antes cité casi completa, añade un último párrafo que no incluí: «Hay que interpretar, por tanto, esta constitución, según las normas generales de la interpretación teológica, teniendo en cuenta, sobre todo en su segunda parte, las circunstancias mudables con las que se relacionan, por su propia naturaleza, los asuntos en ella abordados». Así, pues, la misma GS es consciente de la necesaria actualización permanente de su contenido, en particular de lo que corresponde a la segunda parte, aunque no lo restringe a la misma.

2.- *El modo de situarse la Iglesia en el mundo es el diálogo.*

En la misma *Gaudium et spes* la relación entre la Iglesia y el mundo se plantea bajo un intercambio recíproco. Se trata de una relación bidireccional, marcada por el diálogo (*Gaudium et spes* 40), siguiendo la estela de la encíclica *Ecclesiam suam* (1964) de Pablo VI. Así, tras la introducción (GS 40), este capítulo se organiza en dos secciones. Primera sección: lo que la Iglesia aporta al mundo: a cada hombre (GS 41), a la sociedad (GS 42), y al dinamismo humano (GS 43). Segunda sección: lo que la Iglesia recibe del mundo moderno (GS 44). Así, pues, la misión acontecerá en el modo del diálogo, como eco del diálogo salvífico que Dios establece con la humanidad en el modo de darse la revelación (cf. *Dei Verbum*). A una revelación de Dios concebida de modo dialógico, se corresponde una Iglesia que misiona dialogando.

3.- *El diálogo misionero y evangelizador de la Iglesia incluye en su centro la cultura.*

En este mismo capítulo se apunta de modo expreso al diálogo con la cultura, como medio principal de evangelizar: «Esta adaptación de la predicación de la palabra revelada debe mantenerse como ley de toda la evangelización. Porque así en todos los pueblos se hace posible expresar el mensaje cristiano de modo apropiado a cada uno de ellos y, al mismo tiempo, se fomenta un vivo intercambio entre la Iglesia y las diversas culturas» (*Gaudium et spes* 44). El diálogo con la cultura se retoma más adelante de modo expreso y se profundiza. A ello se dedica todo el capítulo II de la segunda parte (*Gaudium et spes* 53-62). La recepción de este capítulo de *Gaudium et spes* constituye uno de los ejes sustanciales de la llamada teología del pueblo o teología de la cultura, en la que se inscribe Bergoglio. De hecho, una de las pocas intervenciones de corte académico de Bergoglio, siendo rector de la casa de estudios filosóficos y teológicos de los jesuitas en Argentina, tuvo lugar en el comienzo y clausura de un congreso internacional sobre «Evangelización de la cultura e inculturación del Evangelio». Allí ya formula el futuro papa Francisco su convicción de la que evangelización se juega en la cultura: «Así como Cristo, Sabiduría encarnada, es el único Mediador entre Dios y los hombres, se podría decir que las culturas de los pueblos, en cuanto sabiduría, son lugar privilegiado de mediación entre el Evangelio y los hombres, por la garantía que da el ser fruto del trabajo colectivo a lo largo de la historia. Lo absoluto del Evangelio encuentra allí, en el corazón cultural de los pueblos, en su manera real y sabia de ordenar su vida cotidiana gustando valores trascendentes, un lugar adecuado donde encarnarse, una tierra fecunda donde poder hacer crecer al hombre desde sí mismo, que es la manera de evangelizar, crear, restaurar y perfeccionar de Dios».

La *Evangelii gaudium* recoge este aspecto con mucha claridad (cf. p. ej. *Evangelii gaudium* 122). En los capítulos segundo y cuarto de *Gaudete et exsultate* se detiene con amplitud, como veremos más adelante, en la situación cultural actual. La analiza desde el punto de vista de los retos que supone para una vivencia verdadera de la santidad evangélica.

4.- El punto de sutura entre el ser de la Iglesia, pueblo de Dios santo, y su la misión en el mundo en forma de diálogo, como evangelización de la cultura radica en la comprensión de la Iglesia como sacramento. En efecto, la sacramentalidad de la Iglesia, lo que ella es (ad intra), proporciona, como ya vimos, la razón más sólida de su carácter misionero (ad extra). De tal manera que precisamente la consideración de la Iglesia como sacramento constituye el engarce más claro entre la constitución dogmática y la constitución pastoral sobre la Iglesia. En efecto, en *Gaudium et spes* 45, último párrafo del capítulo cuarto de la primera sección, se nos dice con claridad: «Todo el bien que el pueblo de Dios puede dar a la familia humana, al tiempo de su peregrinación en la tierra, deriva del hecho de que la Iglesia es “sacramento universal de salvación”, que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio de amor de Dios al hombre» (GS 45).

2. La santidad de la Iglesia en salida como lectura teológico-pastoral del Concilio Vaticano II (*Lumen Gentium* y *Gaudium et Spes*)

A partir de estos elementos, sintéticamente esbozados, podemos sostener lo siguiente.

1.- La concepción de una Iglesia en salida (*Evangelium gaudium*), formada por un pueblo santo y fiel, que tiene como misión evangelizar la cultura desde las semillas del evangelio que ya vive en la propia cultura, se halla en plena continuidad con el Vaticano II. Es más, se trata de una lectura de las dos grandes constituciones sobre la Iglesia.

2.- Esta Iglesia en salida, la descrita en *Lumen gentium* y *Gaudium et spes*, está formada por fieles llamados a la santidad. De tal modo que la santidad de sus miembros es una de las notas esenciales de una Iglesia santa. Esta santidad, cercana a su sacramentalidad, posee una impronta misionera. La cualidad de la santidad se verifica en el despliegue de su autenticidad y fecundidad misionera.

3.- La misión constituye uno de los ejes transversales del mismo Concilio Vaticano II 27. Pues la misión (*Ad gentes*) forma parte sustancial del ser Iglesia, sacramento universal de salvación (*Lumen gentium; Gaudium et spes*). La misión obliga a los obispos (*Christus Dominus*), a los presbíteros (*Presbiterorum ordinis; Optatum totius*), a los religiosos (*Perfectae caritatis*) y a los laicos (*Apostolicam actuositatem*), a cada uno a su modo. La misión requiere un ambiente de libertad y respeto (*Dignitatis humanae*), se despliega a través de la educación (*Gravissimum educationis*) y el empleo de los medios de comunicación (*Inter mirifica*). La misión no deja de lado a los que pertenecen a otras confesiones religiosas (Nostra aetate) ni a otras confesiones cristianas (*Unitatis redintegratio*). Si la misión tiene éxito, la predicación de la palabra de Dios (*Dei Verbum*) conduce a la celebración de la liturgia y los sacramentos (*Sacrosanctum concilium*).

4.- Así, pues, con *Gaudete et exsultate* se pretende exponer los rasgos de la santidad y espiritualidad de una Iglesia en salida, como parte de un programa pastoral de implementación del Vaticano II en los albores del siglo XXI. Así entiende la espiritualidad el papa Francisco: «Para evitar encallarnos en los escollos, nuestra vida espiritual no puede reducirse a algunos momentos religiosos. En la sucesión de los días y de las estaciones, en el alternarse de las edades y de los acontecimientos, entrenémonos en considerarnos a nosotros mismos mirando a Aquel que no pasa: espiritualidad es regreso a lo esencial, a ese bien que nadie puede quitarnos, la única cosa verdaderamente necesaria. También en los momentos de aridez, cuando las situaciones pastorales se hacen difíciles y se tiene la impresión de haber sido dejados solos, ella es manto de consolación mayor que toda amargura; es medida de libertad respecto al juicio del llamado “sentido común”; es fuente de alegría, que nos hace acoger todo de la mano de Dios, hasta contemplar su presencia en todo y en todos».

El papa Francisco es bien consciente de que sin un aterrizaje en una espiritualidad inculturada, la práctica de la doctrina propuesta corre un serio peligro de quedar en nada (GE 28). Por eso, *Evangelii gaudium* culminaba con un capítulo, el quinto, dedicado a los «Evangelizadores con Espíritu» (*Evangelii gaudium* 262-288); *Laudato Si'* se cierra con un capítulo, el sexto, titulado: «Educación y espiritualidad

ecológica» (LS 203- 246); y *Amoris laetitia*, por su parte, concluye, capítulo noveno, invitando a una «Espiritualidad matrimonial y familiar» (AL 314-325). Por lo tanto, para Francisco, la espiritualidad es una dimensión constitutiva inherente a una doctrina pastoral o una pastoral teológica: a un programa pastoral. De ahí que *Gaudete et exultate* encaje perfectamente como una pieza maestra más de su programa pastoral, de su magisterio pastoral.

3. El río y su santidad. Notas propias de la santidad de los discípulos misioneros.

Para concluir voy a sistematizar el tipo de santidad que el papa Francisco nos propone vivir, resumiendo orgánicamente el contenido principal desbrozado en diez rasgos. A esto sumo una coda, sobre cómo encaja esta propuesta en el programa pastoral de Francisco y en su propio estilo de ser pastor.

3-1.- Alegre

Una santidad alegre, *Gaudete et exsultate*, porque está informada por la alegría de la consolación. La consolación reconforta, anima, produce la certidumbre de ir por buen camino. La alegría acompaña la misión, la evangelización, según la acertada formulación de Pablo VI: «la dulce y confortadora alegría de evangelizar. La alegría, procedente del fervor, que engendra ardor apostólico. La alegría que renueva las fuerzas y la motivación para evangelizar en medio de las dificultades y los rechazos. La alegría que impide que el evangelizador se queme: se desgasta en una misión generosa, pero no se quema. La alegría que traduce la bienaventuranza prometida por Cristo.

3-2.- Apostólica

La santidad de la que habla el papa Francisco, muy en consonancia con la espiritualidad ignaciana, es la propia de la vida apostólica, del despliegue misionero, de la Iglesia en salida, de la vida cristiana entendida como misión. Se trata de una santidad de la acción. El Cristo inspirador es un Cristo misionero de la misericordia del Padre, un Cristo que anuncia, que comunica, que transmite. No es, por ejemplo, el Cristo de la vida oculta; aunque el trajín apostólico tiene mucho de paciencia y rutina regada por la gracia de Dios y el amor constante. La dimensión orante y contemplativa se inserta, como en el caso de Cristo, en la vida activa, que va de aquí para allá, que sale al paso de las necesidades que surgen: un encuentro con una viuda que va a enterrar a su hijo (viuda de Naín; cf. Lc 7,11-17), una demanda de un grupo de leprosos (curación de diez leprosos; cf. Lc 17,11-19), una multitud hambrienta (multiplicación de los panes; cf. Mt 14, 13-21 y par.), un ruego de los discípulos (enséñanos a orar: el padrenuestro: Lc 11,1-4), una exposición más sistemática de su doctrina (sermón del monte; cf. Mt 5-7), etc.

3-3.- Cotidiana

Es una santidad para desplegar en la vida cotidiana: al hacer la compra en el mercado, caminando por la calle, en el lugar de trabajo con los compañeros, en las

relaciones familiares. No es una santidad, en primer término, de la heroicidad del martirio o de las misiones en tierras remotas, sino la santidad que se derrama en una existencia ordinaria llena, no obstante, por el amor de Dios, su fuerza y generosidad.

3-4.- Para imperfectos

Es la santidad que vive el pueblo fiel o el santo pueblo, el pueblo de Dios. No es una santidad inaccesible para mí. No es una santidad que requiera una perfección inmaculada. No se propone un ideal inalcanzable, sino un paso adelante en la identificación con Cristo, en la misericordia amorosa, en la alegría evangelizadora, en la lucha contra la injusticia. Por eso es para todos. Y, también, posee una clara impronta dinámica. Todos podemos crecer en santidad, caminar hacia adelante, ir a más (*magis*). Por este dinamismo no se rebaja el nivel de exigencia, pero no se excluye a nadie.

3-5.- En combate espiritual

Una santidad que se sabe en combate contracultural contra los dioses de nuestra cultura, contra algunos de sus valores, contra supuestos obvios de la cultura. Por eso es actual: porque se enfrenta a las tentaciones más obvias de la cultura actual. Tanto a tentaciones típicas del cristiano supuestamente avanzado, de las élites; esto es: al neo-gnosticismo y neopelagianismo (capítulo 2 de *Gaudete et exultate*). Son tentaciones sutiles pero reales, que conducen a la mediocridad de la vida cristiana, atenúan el ardor apostólico y separan de Dios. Como a otras tentaciones propias de nuestra cultura: como la ansiedad nerviosa y violenta, la negatividad y la tristeza, la acedia consumista, el individualismo y la falta de verdadero encuentro con Dios (capítulo 4 de *Gaudete et exultate*).

3-6.- En discernimiento lúcido

Por eso, es una santidad que incluye en su propio dinamismo el discernimiento lúcido, para discriminar bien la llamada de Dios de la tentación, para descubrir la presencia de la gracia. Es una santidad consciente de las tentaciones del diablo, de la necesidad de examinar bien en la propia vida la llamada de Dios. Por eso es una santidad muy personalizada. Una santidad en la que, mediante el discernimiento, contando con la asistencia siempre presente del Espíritu de Dios, se quiere descubrir cómo progresar, más y más, en santidad. El discernimiento no es una rebaja, sino que pone en la línea del *magis* ignaciano: de una respuesta a Dios más generosa, más total; de una identificación con Cristo más totalizante.

3-7.- Orante

Una santidad de la acción, que no menosprecia la contemplación. Es más, que aspira a la unidad entre acción y contemplación. Alimenta la acción y el encuentro

con Dios y con Jesucristo en la oración. Pero no es una espiritualidad que aspira, en primer lugar, al silencio, a la paz del corazón, a la serenidad. No es una santidad de «el bienestar emocional» que busca la espiritualidad que más vende en nuestra cultura actual. Sino que se deja impregnar por la dinámica presente en los misterios de la vida de Cristo, del gran misionero del Padre, del primer evangelizador y del verdaderamente santo. Busca la reproducción en la propia vida de la santidad de esos misterios, contemplados orantemente, para, una vez interiorizados, vivirlos con alegría y tesón.

3-8.- Comunitaria

Una santidad comunitaria. El cristiano no vive ni su identidad ni su fe aislado, sino como miembro de una comunidad, de un pueblo, de la Iglesia. Una santidad comunitaria se opone a la conciencia aislada. Se trata de una santidad compartida, en familia o en comunidad religiosa, una santidad que se forja en las relaciones y en los pequeños detalles que aportan un clima fraterno y divino a las relaciones cotidianas. Una santidad que se vive en proceso comunitario, con otros y en el roce de la vida.

3-9.- Misericordiosa

Una santidad sellada por la misericordia, como fue la santidad del Señor Jesús. Una santidad que se compadece de los que están en las cunetas de la historia, en las periferias de la sociedad, de los apaleados por la vida, el infortunio, la injusticia o el propio pecado. Una santidad que se implica por los pobres, ve en ellos el rostro de Cristo y toca en ellos las llagas santas del cuerpo del Señor crucificado.

3-10.- Ignaciana

Una santidad con impronta o cuño ignaciano. Muchos de los temas centrales de la espiritualidad ignaciana se recogen y proponen libremente, en un lenguaje universal y asequible: la universalidad de la llamada misionera, el combate contra las acechanzas del diablo, el examen, el discernimiento, ser contemplativo en la acción, la memoria agradecida, la respuesta a la llamada de Dios como logro del propio ser. Estos temas y acentos, en el caso del papa Francisco, delatan su formación e impregnación ignaciana. Sin embargo, aun bajo una modalidad ignaciana, se trata de cuestiones que conforman la trama misma de la vida cristiana. La impronta ignaciana no se manifiesta de modo tan férreo que se esté imponiendo una escuela, en contra del pluralismo de escuelas de espiritualidad sanamente admitido y alabado por la Iglesia.

3-11.- Con olor a oveja

Como colofón, la santidad que propone el papa Francisco es la propia de una Iglesia «en salida», como parte esencial de su programa pastoral propuesto en *Evangelii gaudium*; de una Iglesia de la misericordia, tal y como se refleja en particular en *Misericordia vultus*. De tal manera que entronca con toda suavidad dentro del programa pastoral de Francisco y de su teología pastoral. Es la santidad de la

cultura del encuentro. Esta es la santidad a la que el pastor, con su teología pastoral, su programa pastoral, invita al pueblo de Dios.

Ahora bien, si el pastor ha de oler oveja, según esa misma teología pastoral de Francisco, ¿no debería esta forma de santidad propuesta delatar el olor a oveja del pastor? Hablando de los obispos y de su relación con el pueblo, dice Francisco: «Y el sitio del Obispo para estar con su pueblo es triple: o delante para indicar el camino, o en medio para mantenerlo unido y neutralizar los desbandes, o detrás para evitar que alguno se quede rezagado, pero también, y fundamentalmente, porque el rebaño mismo tiene su olfato para encontrar nuevos caminos.

Con esta propuesta de santidad, el papa Francisco aparece como un pastor con olor oveja, al menos en estos sentidos.

1) Va delante del pueblo, indicando el camino, con su enseñanza y doctrina pastoral, pero también con su ejemplo de santidad misionera y alegre, que hace frente a las dificultades y no se cansa de evangelizar.

2) Va en medio del pueblo, conociendo sus luchas y pesares, fortaleciéndolo, impulsando hacia la unidad y la comunión, hacia la vida eclesial, hacia la pertenencia y la participación, como prueba su empeño en la sinodalidad eclesial.

3) Va detrás del pueblo, atendiendo a los rezagados, a los que no pueden más, con una palabra de aliento y de misericordia para todos los que quieren conectar con Dios, pero no pueden superar situaciones muy difíciles y complejas, por ejemplo en la vida familiar, u otras circunstancias que les alejan de la perfección inmaculada, pero no de la misericordia excesiva y entrañable de Dios. El papa Francisco asiente al sentido de la fe del pueblo que percibe en situaciones contrarias a la doctrina oficial (divorciados vueltos a casar, parejas de hecho) presencias de Dios y de sus dones, capaces de derramar santidad, aun a pesar de las dificultades y conflictos que este modo de proceder le genera. Según algunos se equivoca; según muchos, los sencillos, muestra su sensibilidad de pastor con olor a oveja.

Parte Cuarta

Los santos



Vidas de los santos

Comenzamos esta parte con un artículo de Samuel Páez (2016) sobre el mismo tema del rubro.

Prefacio

Una de las características más marcadas del hombre actual es la tendencia a la exactitud. No nos conformamos ahora ni con los cálculos aproximados en las ciencias físico-químicas, ni con las informaciones imprecisas en el campo de las comunicaciones humanas, ni con las verdades a medias en ninguno de los ámbitos del saber humano. Y si en algún terreno esta tendencia se hace más exigente, ése es sin duda en el de la historia.

Las vidas de los Santos no pueden ni deben quedar al margen de esta exigencia. Más que ningún otro personaje histórico necesitan los Santos ser iluminados por la luz de la verdad, pues no solamente van a ser enjuiciados por los hombres actuales, sino que van a motivar y a delinear con su ejemplo la conducta futura de muchos de estos hombres.

La obra de Alban Butler ⁴⁹, revisada y complementada por el Padre Herbert Thurston, S.J., y Donald Attwater, traducida al castellano y adaptada para España

⁴⁹ Alban Butler, hagiógrafo católico inglés, nació en Appletree el 24 de octubre de 1710 y murió en St. Omer, Francia, el 15 de mayo de 1773. Descendía de la antigua familia de los Butlers de Aston-le-Walls, en Northamptonshire. Estudio en Lancashire y más tarde en Douai. Hacia ese tiempo perdió a sus padres. Fue ordenado sacerdote en 1735. Mientras permaneció en Douai apareció su primera publicación, *Letters on the History of the Popes published by Mr. Archibald Bower*. Durante mucho tiempo se dedicó a componer *Lives of the Saints* y naturalmente deseaba estar en Londres por sus recursos literarios. Butler acompañó a su alumno,

y América Latina por el Padre Wifredo Guinea, S.J., nos parece satisfacer la justa demanda de exactitud histórica que exige nuestro tiempo.

En cada una de las vidas que aparecen en sus cuatro volúmenes se ha definido claramente lo que es historia en su sentido estricto y lo que es leyenda; lo que consta en documentos dignos de crédito y lo que ha sido añadido o exagerado por una piedad ingenua que no pretendía hacer historia, sino narraciones piadosas, de acuerdo con su época.

Creemos que la edición en castellano de esta obra será de particular interés y utilidad para el público hispano y latinoamericano en el que ha habido exageraciones en las vidas de Santos que, inconscientemente, transportamos al terreno de la Fe.

Esperamos que cada uno de los que las lean, obtengan de su lectura una imagen mucho más real y, por lo tanto, mucho más atractiva de los santos, frutos selectos de la Iglesia.

Cardenal José Garibi Rivera ⁵⁰ Arzobispo de Guadalajara. México D.F

Introducción

La urgencia de presentar a los hombres de hoy unas vidas de Santos desnudas de todo aquello con lo que la leyenda y la piedad de otros tiempos ha ido desfigurándolas, o en las que se ha hecho una distinción, clara y definida, entre lo históricamente cierto y lo que no pasa de ser una piadosa tradición, queda suficientemente expuesta en la introducción hecha a la edición en inglés por el P. Herbert Thurston, S.J.

Edward Howard, a París donde completó su *Lives of the Saints*. La obra fue publicada anónimamente en Londres, siendo el título completo *The Lives the Fathers, Martyrs, and other principal Saints; compiled from original monuments and other authentick records; illustrated with the remarks of judicious modern criticks and historians*. Poco después de su regreso a Inglaterra fue elegido presidente del colegio inglés en Saint-Omer, cargo que siguió manteniendo durante el resto de su vida. Fue también nombrado vicario general de los obispos de Arras, Saint-Omer, Ypres y Boulogne-sur-Mer. Hizo grandes recopilaciones para las biografías del obispo Fisher y Sir Thomas More. (Wikipedia)

⁵⁰ José Garibi y Rivera nació en la ciudad de Guadalajara el 30 de enero de 1889. Estudió en el Seminario de Guadalajara y en el Convento Franciscano de Zapopan. Fue profesor en el Seminario de Guadalajara de 1911 a 1913. Fue ordenado sacerdote el 25 de febrero de 1912. Estudió en Roma en la Pontificia Universidad Gregoriana y en el Colegio Pío Latinoamericano de 1913 a 1916 donde obtuvo el doctorado. Durante la cristiada fue conocido como "Pepe Dinamita". Fue nombrado obispo auxiliar de Guadalajara el 16 de diciembre de 1929, obispo coadjutor de Guadalajara en 1934 y consagrado arzobispo de Guadalajara el 12 de agosto de 1936. Fue presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano. Fue proclamado Cardenal en el consistorio del 15 de diciembre de 1958 por el Papa Juan XXIII. Participó en el Cónclave de 1963 que eligió al Papa Pablo VI. Participó en el Concilio Vaticano II. Su renuncia como arzobispo de Guadalajara fue aceptada en 1969. Murió en Guadalajara el 27 de mayo de 1972. (Wikipedia)

Con respecto a la edición en castellano, que ahora presentamos por segunda vez al público de habla hispana, queremos agregar algunas otras consideraciones.

Monseñor Alban Butler, nació el año 1709 en Northamptonshire, Inglaterra; murió el año 1773 en Saint-Omer, Francia. Realizó un trabajo monumental, durante al menos 30 años de investigación.

El P. Herbert Thurston fue llamado a recibir su recompensa el día 3 de noviembre de 1939, para ser seguido, dieciocho meses después, por otro gran autor, el Padre Delehayé.

La obra original del Reverendo Alban Butler tenía 1486 biografías de Santos y Beatos en (4 volúmenes); luego, con el P. Thurston, alcanzó el número de 2565 en (12 volúmenes); la obra completa, del Rev. P. Wifredo Guinea, constaba de los mismos 2565 Santos, en 4 tomos (de 750 páginas cada una), y la presente actualización, contiene 2700 aproximadamente, en (4 volúmenes Word = 1 volumen en Pdf). De modo que la Iglesia ha ido enriqueciendo la primera lista honorífica del P. Alban, con muchos nombres nuevos, hasta llegar prácticamente al doble. Ahora, en esta edición electrónica, hemos reunido todo ese trabajo en un solo volumen. Más la inclusión de unos 150 Santos nuevos. ¡Arduo trabajo!

Se han añadido, asimismo, los Santos cuya canonización ha sido decretada posteriormente a la aparición de la obra en español traducida por el Padre Wifredo. Por otra parte, dada la devoción tan señalada de los pueblos latinos de nuestro continente por la Santísima Virgen, así como por la multitud de personas que llevan el nombre de alguna de las advocaciones marianas, se ha incluido en esta edición la historia de las principales denominaciones con las que se venera en tierras españolas y americanas a Nuestra Señora.

El primer Santo o fiesta, presenta la principal conmemoración del día, según el calendario de la Iglesia occidental; las siguientes biografías están en orden cronológico.

De modo que nuestra tarea se ha concretado, además de una cuidadosa traducción, a poner al día y a adaptar al público de habla española, con la misma acuciosidad y seriedad científica que caracteriza al texto original, la obra cuya versión creemos que vendrá a llenar un lamentable hueco en nuestra literatura hagiográfica.

Podemos asegurar que no hemos omitido esfuerzo alguno para que la obra de Alban Butler, revisada y complementada por el P. Herbert Thurston, S.J., y Donald Attwater, extraordinaria por su rigorismo crítico y su solidez histórica, pueda llegar a todos los pueblos de América Latina y a España, convencidos de que: *“El conocimiento exacto de los hechos, es el fundamento más firme de una devoción verdadera”*

Dedicatoria

Queremos dedicar esta obra a todos aquellos que, tanto en el pasado como en el presente, han consagrado lo mejor de su tiempo, de sus arduas labores y de sus

esfuerzos y sacrificios personales a hacer de estos volúmenes una magnífica edición.

Estas páginas son testigos elocuentes de que la santidad se alcanza no precisamente mediante lo extraordinario, sino mediante lo ordinario, extraordinariamente realizado. El amor a Cristo es lo que definitivamente nos impulsa hacia nuestra meta final: la visión beatífica de Dios.

A propósito del vasto número de autores y editores de este trabajo, vendría bien aplicarles aquellas palabras del mismo Alban Butler: *“Los grandes hombres, los más sabios, prudentes y juiciosos, los más inteligentes y sinceros, los más ajenos al interés o a la pasión, los más desligados del mundo, aquellos cuya misma bondad era ya un milagro visible de la divina gracia, son en sí mismos un testimonio de la verdad, de la revelación y de la divinidad de la religión católica. Su testimonio es tanto más valioso, en cuanto lo mantienen dentro de un espíritu de humildad y caridad, y en oposición al orgullo y a todo humano interés”*.

Es nuestro deseo más ardiente el que esta obra sirva a todo el público de habla hispana, en todo el mundo, para familiarizarse más con los santos, de modo que los heroicos ejemplos de su santidad, humildad, paciencia y demás virtudes, inspiren a todos en la búsqueda de una nueva esperanza y fortaleza para alcanzar una vida mejor y más perfecta.

Reconocimiento eterno en el amor de Jesús y María; para Miguel Darío Miranda, Arzobispo Primado de México... para Armando Salcedo, S.J... para Raphael Gómez Pérez, S.J... y también para, John W. Clute, S. A.

Y un agradecimiento muy especial al Rev. P. Wifredo Guinea, S. J. por su trabajo, en la traducción y publicación de esta enorme obra, al español. El Padre Guinea fue secuestrado en la ciudad de Méjico, en junio de 1997, y luego de nueve meses, se descubrió su cadáver enterrado en una fosa común.

¿Otro Martir de la fe?

¡Que Dios lo colme de gozo en el cielo!

Samuel Páez

Canonización

La Canonización es el acto mediante el cual la Iglesia Católica, tanto en su rito oriental como en el occidental, declara como santo a una persona fallecida. Este proceso comprende la inclusión de dicha persona en el canon, (lista de santos reconocidos), así como el permiso para rendir culto público y universal a esa persona, a la cual se le asigna una fiesta litúrgica, se le dedican iglesias, capillas o altares, y se reconoce su poder de intercesión ante Dios.

Para nosotros los Católicos, los santos forman la Iglesia Triunfante e interceden ante Jesucristo por la humanidad, por los vivos en la Tierra y por las almas del Purgatorio: es la Comunión de los Santos. Todos ellos, incluso los que no han sido

oficialmente reconocidos como tales, tienen su festividad conjunta en el Día de Todos los Santos, que se celebra el 1 de noviembre, y representa, que más allá del número de personas canonizadas (es decir, de las cuales la santidad se afirma sin ambigüedad y se les puede venerar), hay abundantes cristianos (e incluso no cristianos en sentido estricto, como Abraham, Moisés, David, Job), que han alcanzado el ideal de comunión con Dios.

En los primeros tiempos del cristianismo, los creyentes eran reconocidos como santos sin requerimientos o procesos formales. El proceso comenzó a regularizarse y tomar forma en la Edad Media.

Tanto la Iglesia Católica como la Ortodoxa poseen sus formas y mecanismos de canonización.

En el caso de la Iglesia Católica, el reconocimiento de la santidad se efectúa después de un proceso de investigación exhaustiva de la vida de la persona implicada.

Existen dos vías para llegar a la declaración de canonización:

- La vía de las virtudes heroicas.
- La vía del martirio.

En el proceso de canonización se establece la duda procesal de si el candidato a santo ha vivido las virtudes cristianas en grado heroico, o si ha sufrido martirio por causa de la fe. Además, para llegar a la canonización se requiere de la realización confirmada de dos milagros (uno solo en el caso del mártir).

El papa Benedicto XIV estableció que, si concurrían causas extraordinarias via cultus, el fundamento de la veneración radicaba en el derecho adquirido que nacía de la prescripción centenaria o inmemorial. Lo que había que probar era un hecho histórico, a saber, que el Santo recibía culto desde tiempo inmemorial o, al menos, con anterioridad a 1534.

La canonización se lleva a cabo mediante una solemne declaración papal de que una persona está, con toda certeza, contemplando la visión de Dios.

El nombre de la persona se inscribe en la lista de los santos de la Iglesia y a la persona en cuestión se la “eleva a los altares”, es decir, se le asigna un día de fiesta para la veneración litúrgica por parte de la Iglesia católica.

El tiempo transcurrido entre la muerte y la canonización de los santos ha sido sumamente variable: desde siglos, (tal el caso de san Pedro Damiano, canonizado 756 años tras su muerte), hasta menos de un año. Entre estos últimos casos, pueden citarse los ejemplos de san Antonio de Padua, canonizado 352 días después de su deceso, y de san Pedro de Verona, cuyo proceso de canonización tuvo una duración de tan solo 337 días.

Los santos originalmente eran aclamados vox populi, es decir, por aclamación popular. Se trataba de un acto espontáneo de la comunidad cristiana. Para evitar abusos, los obispos tomaron la responsabilidad de la declaración de Santos en sus respectivas diócesis. En orden al cuidado y prudencia a ejercer por la Iglesia en la prueba de la Santidad, Cipriano de Cartago, a mediados del siglo III, recomendó que se observara la máxima diligencia en la investigación de las denuncias de los que se decía habían muerto por la fe. Debían investigarse mediante examen riguroso todas las circunstancias que habían acompañado su martirio, el carácter de su fe y los motivos que las habían animado, de forma que pudiera evitarse el reconocimiento a quienes no merecieran tal título.

A los Santos así reconocidos se le asignaba un día de fiesta, generalmente el aniversario de su muerte. A finales del siglo X se realizaron los primeros procesos canónicos, siendo el primer santo canonizado por proceso Ulrico de Augsburgo y la primera Santa, Wiborada. Finalmente, en el año 1234, se reservó oficialmente a los papas el derecho de canonización. En 1588, el papa Sixto V puso el proceso en manos de la Sagrada Congregación de Ritos. Pablo VI, en 1969, atribuyó esta tarea a la Congregación para las Causas de los Santos.

Hay cinco pasos en el proceso oficial de la causa de los santos, una vez transcurridos cinco años desde la muerte del candidato o candidata:

1. Postulación: se presenta y da a conocer la intención de elevar a la santidad a esa persona, y se recaban datos biográficos y testimonios.
2. La persona es declarada «sierva de Dios».
3. La persona es declarada «venerable».
4. Beatificación: la persona es declarada «beata» si se prueba la existencia de un milagro debido a su intervención.
5. Canonización: la persona es declarada «santa» cuando puede atribuírsele un segundo milagro.

Siervo de Dios

El obispo diocesano y el postulador de la causa solicitan iniciar el proceso de canonización y presentan a la Santa Sede un informe sobre la vida y las virtudes de la persona de que se trate. En todo caso, se considera requisito necesario que haya muerto perteneciendo a uno de los dos ritos admitidos por la Iglesia católica: el oriental o el occidental.

- Iglesia Católica Apostólica Romana.

- Iglesias Católicas Orientales.

La Santa Sede, por medio de la Congregación para las Causas de los Santos, examina el informe y dicta un decreto diciendo que nada impide iniciar la causa (decreto "Nihil obstat"). Este Decreto es la respuesta oficial de la Santa Sede a las autoridades diocesanas que han pedido iniciar el proceso canónico. Obtenido el

“Nihil obstat”, el obispo diocesano dicta el Decreto de introducción de la causa del ahora Siervo de Dios.

Venerable

Con el título de Venerable se reconoce que un creyente vivió y practicó las virtudes cristianas en grado heroico, es decir, de forma excepcional y ejemplar. Esta declaración la hace el cardenal correspondiente a la zona geográfica donde vivió esa persona, en la catedral más importante de esa zona.

Beato

Es reconocido mediante el proceso de beatificación. Además de las virtudes heroicas, se requiere un milagro obtenido a través de la intercesión del siervo de Dios verificado después de su muerte. El milagro no es requerido si la persona ha sido reconocida como mártir. Los beatos son venerados públicamente por la iglesia local. La beatificación la hace el papa o un cardenal en su nombre, generalmente en la Basílica de San Pedro o en la Plaza de san Pedro del Vaticano.

Santo

Con la canonización, al beato le corresponde el título de santo. Para llegar a esto, hace falta otro milagro, ocurrido después de su beatificación. Al igual que ocurre en el proceso de beatificación, el martirio no requiere habitualmente un milagro. Esta canonización la hace el papa en la basílica de San Pedro o en la plaza de San Pedro del Vaticano.

En el caso del papa Juan Pablo II, las canonizaciones las realizaba en el país de origen del beato a canonizar durante sus viajes pontificios por el mundo. Bajo este pontificado, en un período de 25 años, se proclamaron no menos de 2.000 beatificaciones y canonizaciones, mientras que sus predecesores necesitaron varios siglos para unas centenas de declaraciones.

No existe un cómputo preciso de quiénes han sido proclamados santos desde los primeros siglos, sin embargo, creemos que existen más de 12 000 beatos y santos... En 1988, para celebrar su IV centenario, la Congregación para las Causas de los Santos publicó el primer *Índex ac status Causarum*. Este libro y los suplementos que le siguieron, escritos enteramente en latín, están considerados como el índice definitivo de todas las causas que han sido presentadas ante la congregación desde su institución.

En la ceremonia solemne de la canonización, el prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos presenta la causa de la canonización ante el papa quien, al final del rito, pronuncia lo siguiente en latín:

En honor a la Santísima Trinidad, para exaltación de la fe católica y crecimiento de la vida cristiana, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y la Nuestra, después de haber reflexionado largamente,

invocando muchas veces la ayuda divina y oído el parecer de numerosos hermanos en el episcopado, declaramos y definimos santo(a) al (a, la) beato(a) N.N. y lo (la) inscribimos en el Catálogo de los Santos, y establecemos que en toda la Iglesia sea devotamente honrado(a) entre los santos. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

La santidad canonizable ⁵¹

Ubico aquí un artículo de Ariel David Busso ⁵² (2016) sobre el tema del rubro.

Introducción general

Puede decirse en rigor que la Iglesia “no hace santos”. Es Dios quien otorga la gracia para que alguien alcance el nivel de perfección cristiana que, en la opinión de los creyentes, constituye la santidad. Sólo Dios sabe cuántos santos existen y han existido. La labor de la Iglesia es reivindicar la capacidad de discernir cuales personas son las elegidas para declararlas santas. El propósito es presentar a los creyentes para que los imiten en sus virtudes.

El proceso de santificación es intrínsecamente eclesiástico. La causa comienza en el “pueblo”. En este sentido la canonización es un proceso en el que Dios mismo da a conocer a través de otros la identidad de los santos auténticos.

Los santos no tienen necesidad de ser venerados. Canonizar quiere decir declarar que una persona es digna del culto universal, por ello mismo se elige cuidadosamente a quien debe ser canonizado y a quien no. Si tenemos en cuenta a la finalidad que Jesucristo le dio a la Iglesia es necesario afirmar que ésta debe convertir en santos a todos sus miembros, si por santo consideramos hacer verdaderos imitadores de Cristo.

Sin embargo, desde el comienzo, algunas personas eran seleccionadas para recibir una especial devoción cuando daban testimonio de su fe al morir por ella. Desde final del siglo I el término “santo” quedó reservado exclusivamente a los mártires, es decir a los testigos. Así, la primera santidad canonizable fue la de los que padecieron el martirio y el primer nombre que surge fue el de san Esteban. Santidad y martirio fueron inseparables en la conciencia cristiana desde el comienzo.

⁵¹ Ponencia realizada por el autor en las jornadas La Santidad Canonizable en la Iglesia Argentina, del 27 y 28/09/2016, organizado por la Facultad de Derecho de la Delegación Episcopal para las Causas de los Santos.

⁵² Sacerdote y Doctor en Derecho Canónico, nacido en Argentina. Es Director del Instituto de Derecho Eclesiástico y profesor de la Facultad de Derecho Canónico, Derecho y Ciencias Políticas y Teología de la Universidad Católica Argentina. Desde 1992 es Vicepresidente del Tribunal Eclesiástico Nacional. Es miembro del Consejo de Asuntos Jurídicos de la Conferencia Episcopal Argentina, miembro correspondiente de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, Secretario General del Departamento de las Américas de la Facultad de Droit Canonique del Institut Catholique de Paris (Francia) y miembro del Consejo Directivo de la Asociación de Derecho Canónico (Roma). (Wikipedia)

Con el correr del tiempo muchos hombres dieron otro modelo de santidad que merecía imitarse. Los “anacoretas” y los monjes que procuraban vivir en la fuga mundi eran considerados a semejanza de los mártires. Se agregó luego la santidad del misionero y de los pastores que con celo pastoral extraordinario mostraron una gran solicitud por lo que les había sido confiado. Se trató de la santidad de los llamados “confesores”, catalogándolo por el sexo y el estado personal: obispo, sacerdote y monje. Para las mujeres estaban las vírgenes y las viudas. De entre todos los que vivían esa vida de imitación a Cristo, algunas formas de santidad fueron puestas al alcance de todos y, tras su conocimiento, se los ponía como ejemplo a imitar.

La universal vocación a la santidad

Dice el Concilio Vaticano II que “Es completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena. En el logro de esta perfección empeñen los fieles las fuerzas recibidas según la medida de la donación de Cristo, a fin de que, siguiendo sus huellas y hechos conforme a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, se entreguen con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Así, la santidad del Pueblo de Dios producirá abundantes frutos, como brillantemente lo demuestra la historia de la Iglesia con la vida de tantos santos”.

La naturaleza de la santidad cristiana

La santidad o perfección de la vida cristiana consiste en vivir los preceptos evangélicos y no en los comúnmente llamados consejos: esto hace que la santidad sea obligatoria para todos, ya que los preceptos obligan absolutamente a todos los bautizados.

La naturaleza de la perfección cristiana consiste especialmente en la que se refiere a la caridad, no de una forma íntegra y exclusiva, sino principalmente. En este sentido se puede decir que la medida de la caridad en el hombre es la medida de su perfección sobrenatural. A lo que san Pablo invita: “Sobre todo, revístanse del amor que es el vínculo de la perfección”.

La caridad mira a Dios y nos une a El como fin, en cambio la fe y la esperanza le mira y nos unen a El como principio.

La fe otorga un conocimiento de Dios, pero oscuro e imperfecto y la esperanza también es imperfecta porque aún no poseemos lo que quisiéramos tener, mientras que la caridad nos une con Dios ya desde ahora y de una manera perfectísima, dándonos la posesión real de El y produciendo una corriente de amistad entre El y nosotros.

Por eso la caridad es inseparable de la Gracia, mientras que la fe y la esperanza pueden permanecer aún junto al pecado mortal.

La caridad supone y encierra todas las otras virtudes existentes y carecerían éstas de valor sin aquélla. De allí que la caridad sea la esencia misma de la perfección cristiana.

Santo Tomás se plantea la posibilidad de la perfección cristiana y lo resuelve afirmativamente por dos razones: en primer lugar porque la caridad puede crecer indefinidamente mientras el hombre se encuentre en estado de viador y, en segundo lugar, porque la perfección absoluta que es propia y exclusiva de Dios, le cabe al hombre en cuanto relativa.

Hablamos de que la perfección cristiana y por ende la santidad consiste especialmente en la caridad. Esto no significa que las otras virtudes tengan carácter accidental en la cuestión. “Especialmente” no es sinónimo de “totalmente” y por eso todas las virtudes integran la perfección de la santidad. Pero la perfección será tanto mayor cuanto más la claridad impere el acto de las demás virtudes infusas y no infusas, de una manera más universal, más actual y más intensa.

Santo Tomás de Aquino encuadra los diferentes momentos del crecimiento de la caridad, en tres etapas fundamentales.

En el primer grado, la preocupación fundamental del hombre debe ser el apartarse del pecado y resistir a sus concupiscencias, que se mueven en contra de la caridad. Y esto pertenece a los incipientes, en los que la caridad ha de ser alimentada y fomentada para que no se corrompa.

En el segundo grado, el hombre ha de preocuparse principalmente de adelantar en el bien. Y esto corresponde a los proficientes, que han de procurar que la caridad aumente y se fortalezca en su alma.

En el tercer grado, en fin, el hombre ha de procurar unirse íntimamente a Dios y gozar de Él. Y esto pertenece a los perfectos que “desean morir para estar con Cristo”.

Cuando vemos que ocurre en el movimiento corporal, en el que lo primero es abandonar el punto de partida, lo segundo acercarse al término y lo tercero descansar en él.

Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero porque no muero.

Pero claro está que éstos son solamente esquemas de lo que sucede en la vida interior, porque allí los aspectos son infinitamente variados, ya que al decir de Santa Teresita de Lisieux “de Dios se recibe en la medida en que se confía en Él”.

De todos modos, la perfección en la caridad supone siempre:

- Un desarrollo eminente de la Gracia;

- La perfección de todas las virtudes infusas;
- Las purificaciones pasivas;
- Un desarrollo de la vida mística.

Criterios de santidad para el proceso de canonización

La santidad cristiana bien puede consistir -y de hecho consiste- en el ejercicio perfecto de los deberes simples y humildes de la vida de cada día, en aquello que Pío XI definía sabiamente como el “terrible cotidiano”. En esto pareciera no suceder nada grande ni importante sino solamente una indescriptible continuación de una vida de entrega incondicionada. A ello se debe que un gran número de santos, de verdaderos santos, hayan quedado sin existencia conocida y sus acciones virtuosas sin narrativa ejemplificadora.

Pero la Iglesia siente necesidad de realizar un estudio profundo sobre la vida y obra de aquellos que, según los designios de Dios, tienen un mensaje particular para aportar a los fieles del mundo de hoy. Para ello actúa del siguiente modo:

1. Recordando la atracción que Jesús tenía para los hombres de su tiempo, como su bondad, ternura, misericordia, compasión, humildad y amor para con los que se acercaban no tenían límites, comprueba que esto ocurre también ahora y ha ocurrido en todos los tiempos con los santos y a través de los santos. Esto se llama “reflejo de Cristo”. Encontrarse con uno de ellos es gustar –con ellos y a través de ellos- la bondad que solamente puede provenir del Buen Dios que la otorga a quienes Lo aman.

A veces, uno encuentra este reflejo al leer una vida de santos relatada convenientemente, como le sucedió a San Ignacio de Loyola durante su convalecencia, o a Edith Stein al terminar la Vida de Santa Teresa de Ávila.

El santo sirve de medio, pero es Dios quien obra, quien actúa a través de él:

*“Perdóname por ir así buscándote
tan torpemente, dentro de ti,
Perdóname el dolor, alguna vez.
Es que quiero sacar
de ti tu mejor tu.
Ese que no te viste y que yo veo,
nadador de tu fondo, preciosísimo”.*

2. Toma en cuenta que alrededor de las personas que han vivido imitando a Nuestro Señor, se desarrolla un movimiento de interés, se recurre privadamente, a veces, a su intercesión, y comienza la fama de santidad.

Ha ocurrido en otras ocasiones que hay quienes se percatan de la manera de vivir de otros, todavía en estado de viador, y los toman como modelo, pues se dan cuenta de su santidad (Santa Teresa de Ávila, por ejemplo, llamaba a san Pedro de Alcántara mi santito pobre). Otras veces, apenas ocurrido el tránsito ya comienzan

a venerar su memoria como los que visitaban la tumba de la Beata María Crescencia Pérez, a la que llamaban “la santita”.

3. Nota que son admirados y que por lo tanto inician un modelo para ser imitados.

Cabe recordar que un santo no es una persona históricamente lejana, sino una persona viva, presente, que es capaz de decirle algo al que lo contempla. Además, ese conocimiento sobrenatural es siempre algo personal, tanto por la singularidad del santo que vivió la gracia de un modo único e irrepetible, como por la del que tratará de imitarlo: éste se dará cuenta de un hecho de fe que es una persona, aunque haya muerto pero que vive en su memoria. Y lo hace con una intensidad mayor que la que poseía en su estado de viador.

4. La Iglesia, especialmente la Jerarquía, al asistir a todo esto que se origina en la acción de Dios y que actúa en el corazón de los fieles, no puede permanecer pasivamente expectante.

Está frente a una actividad Divina que se expresa en el *sensus fidelium* y, con la debida y acostumbrada prudencia, debe actuar y discernir.

5. Averigua, entonces, de una manera especialísima, la perfección de la caridad, como se ha señalado más arriba, pues “las grandes penitencias, milagros, los fenómenos místicos de la vida contemplativa, (éxtasis, estigmas, etc), sólo tiene valor en cuanto son signos, -no únicos ni exclusivos- de esa caridad heroica, que es simultáneamente amor a Dios y al prójimo”.

Se tendrá en cuenta el ordinario obrar cotidiano con la influencia de la fe sobrenatural y de la visión cristiana del mundo en que vivía.

6. Si bien es necesario afirmar que la santidad consiste en la observancia de todas y cada una de las virtudes a través de la vida, adquiere especial importancia el modo como lo ha hecho al final de su existencia y con singular relevancia en el instante de la muerte.

Este momento es tan importante que en el caso de los mártires, constituye a menudo el objeto único del examen o, al menos, el primero y principal.

Claro que el término martirio debe tomarse en toda su extensión; así un cristiano puede dar su vida en testimonio de toda la Revelación o solamente de una parte de ella. Lo mismo puede suceder cuando, por motivo de su fe, se niega a trasgredir un mandamiento o una virtud. Pero como no es fácil descubrir todos los elementos de un martirio, es necesario aplicar en cada caso estudiando la llamada “teología del martirio” que posee más bien un criterio restrictivo.

7. En los casos donde no existe o no consta el martirio, hay que demostrar que el cristiano ha vivido no sólo el cumplimiento de los mandamientos y el mantenimiento del estado de Gracia, sino que en la tierra ha practicado virtudes en grado heroico.

Y este es un punto central que merece ser tratado de modo especialísimo.

La heroicidad de las virtudes

La expresión *virtus heroica* forma parte de la terminología teológica técnica desde que Roberto Grossatesta la usó en la traducción latina de la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles, en 1243. La expresión designa valor o coraje excepcional. El término fue adoptado por santo Tomás de Aquino y otros escolásticos, especialmente en los tratados de ascética y mística.

El heroísmo cristiano se encuentra especialmente en el martirio que es el ejercicio más excelente de la caridad.

También es un comportamiento heroico el modo profundo e intenso de vivir la caridad que se acerca a la perfección del martirio, como puede suceder al sobrellevar un sufrimiento constante físico, anímico o presiones psicológicas, etc.

La heroicidad de las virtudes puede ser llamada *splendor sanctitatis*:

“En la vida de aquellos que, siendo hombres como nosotros, se transforman con mayor perfección en imagen de Cristo, (Cf. 2Cor 3,18), Dios manifiesta al vivo ante los hombres su presencia y su rostro”.

2. Los siguientes son algunos de los aspectos que ayudan a aclarar la noción de heroicidad de las virtudes:

- No se trata de actos excepcionalmente difíciles, espectaculares o sensacionales, aunque a veces lo sean. En la mayoría de los casos, se trata de una regla de vida ordinaria perfectamente cristiforme, en la que se acepta la voluntad de Dios y se la busca siempre.

- Nadie nace cristiano perfecto. Por eso, el que desea vivir en y con Cristo realiza esfuerzos continuos para evitar los errores y aún las pequeñas imperfecciones deliberadas y semi-deliberadas. Conoce la corrección y la serenidad paciente para convertirse cada vez que cae.

- La Providencia de Dios reserva a cada uno un papel en la historia; este rol está de acuerdo con el ser de cada uno y también con su momento histórico personal, es decir, con la etapa de la vida que cada momento le toca vivir: infancia, adolescencia, juventud, adultez, ancianidad.

En cada una de ella hay una madurez (concepto dinámico) y el santo busca ser perfecto de acuerdo a su etapa existencial.

Pero cada comportamiento no se mide por el ideal abstracto, sino por sus actuales condiciones según el crecimiento concreto de su propia vida.

- Las características personales, -que conforman una unidad típica e irrepetible (de acuerdo a su condición de persona)- los particulares sentimientos, la capacidad de amar y dejarse amar –y por lo tanto dejarse transformar- por Dios mismo, son de capital importancia. Podemos ejemplificarlos con los sentimientos expresados por

san Agustín en las Confesiones, o con los de san Francisco de Sales, santa Teresa de Jesús, santa Juana de Valois, etc., etc.

También debe evaluarse el modo de obrar según el sexo, las características de la infancia (ya que la vida afectiva depende básicamente de los primera niñez), la cantidad de años vividos, la vocación seguida de acuerdo a la diversidad de dones distribuidos en la Iglesia de Dios, y por lo tanto el estado o los estados que ha ejercido, etc.

Nadie es tan él mismo como el santo, que se somete al plan de Dios, al que está dispuesto a entregarse con todo su ser, en cuerpo, espíritu y alma.

En esto reside la función especial que los santos canonizados deben cumplir para la Iglesia. Ellos son los iniciadores y los modelos creativos de la santidad que constituye la tarea adecuada a su época particular. Crean un nuevo estilo; aprueban que una cierta forma de vida y de actividad existe realmente como una posibilidad genuina; demuestran de manera experimental que se puede ser cristiano incluso de este modo; hacen que tal tipo de persona sea creíble como un tipo cristiano.

- Un punto delicado es el uso de la libertad en el crecimiento de la virtud cristiana. La persona está aún contexto propio del estado viador, por lo tanto debe observar los mandamientos de Dios y evitar el pecado. Es necesario ver si se contenta con un "mínimo indispensable" o si se abre continuamente a las exigencias cada vez mayores del amor de Dios; Si utiliza la ayuda de la Gracia ofrecida por Dios; Si el pecado que pueda haber cometido, se ha convertido en el punto de partida de una total conversión;

Si ha utilizado la penitencia sacramental o extrasacramental; si las ocasiones de pecado le han servido para el aumento de la fortaleza.

- Las virtudes y los rasgos especiales de cada uno deben también decir algo al mundo de hoy, deben interesar por el mensaje enviado por Dios a través de ellos y juzgados de acuerdo con los signos de los tiempos. El mundo, afectado por profundos cambios, necesita la presencia perentoria de virtudes humanas y cristianas encarnadas: la humildad, para que el hombre no se engría ante los avances de la ciencia y de la técnica, de la físico-matemática, de la biología, la psicología profunda, la sociología, y ante el dominio de espacios nuevos en el ámbito material, del microcosmos y el macrocosmos; la esperanza, la confianza, la alegría y la paz, ante la desorientación de los cambios, la angustia existencial y las amenazas de dominación y destrucción. La caridad cristiana, frente a los egoísmos patentes ante las masas humanas indigentes...; la castidad, ante el desborde de la sensualidad, erotismo y hedonismo; a magnanimidad, frente al aburguesamiento y la mediocridad generalizados por el confort y la vida fácil de tantos ambientes.

Ejemplos de esto son los comienzos de procesos de canonización de Monseñor Oscar Arnulfo Romero (1917-1980), Arzobispo de San Salvador, hoy ya santo; del Cardenal Terence Cooke (1921-1983), Arzobispo de New York; de Cornelia Connelly, (1809-1879); de santa María Goretti (1890-1902), en los que se han tenido en cuenta la dimensión de las virtudes heroicas.

Lo dicho anteriormente no significa que se ponga bajo la lupa de la conveniencia el análisis de sus virtudes, sino que se estudia si esas virtudes vividas heroicamente han sido reflejo de Cristo pero también una santidad imitable para el mundo contemporáneo.

El heroísmo cristiano es no solamente un ideal, sino también una realidad y una prueba de que Dios continúa vivo en medio de su Pueblo y que manifiesta su presencia y su rostro en aquellos que viven las virtudes cristianas de un modo heroico.

La fase más decisiva y la más difícil del proceso de un no mártir es la prueba de la virtud heroica.

Los místicos y su proceso de canonización

Los místicos son aquellas personas excepcionales que alcanzan un grado de intimidad con Dios que los distingue como extraordinarios y gozosos amantes suyos. Jesucristo se dirigía al Padre llamándolo Abba y tenía la convicción de que Él y el Padre eran uno. Los místicos proclaman de alguna manera aquella frase de San Pablo: No soy yo quien vivo sino que es Cristo quien vive en mí.

Algunos hombres y mujeres místicos han experimentado aunque fuera solamente un instante, el éxtasis espiritual, un goce anticipado del amor divino que todo cristiano espera saborear en la vida venidera.

Siempre el estudio de los místicos deja el sabor de una realidad incompleta, casi la misma que experimenta el propio místico hasta que reunirse con la Fuente que lo inspira. Basta recordar la herida de amor que provoca Dios en san Juan de la Cruz (que le hace decir que “La pena de amor no se cura sino con la presencia y la figura”). Santa Teresa de Ávila proclamaba, de su parte: “Dichoso el corazón enamorado que sólo en Dios ha puesto el pensamiento”.

En la experiencia mística está presente el anhelo humano de conocer y amar a Dios, pero los místicos vivencian cierta emotividad afectiva que sobresalen en su actuar cotidiano. Un ejemplo de ello es santa Catalina de Siena que buscaba “desposar su alma en la fe”. Esas metáforas conyugales se repiten en todos los místicos aunque describiendo distintas circunstancias, algunas de ellas expresadas en la poesía.

Podría decirse que los místicos se distinguen de los otros hombres no por el heroísmo de su virtud únicamente (la han vivido realmente de un modo perfecto) sino más precisamente por la experiencia de transformación personal que obra en ellos la Gracia mediante el amor a Dios, especialmente por los Dones del Espíritu Santo.

La unión espiritual mística con Dios es interior, y esto es lo principal a tener en cuenta cuando se está frente a alguien que puede clasificarse como místico. Algunos de ellos han experimentado también efectos psicosomáticos

concomitantes, que son los llamados “fenómenos místicos secundarios”. Para Antonio Royo Marín OP⁵³ estos fenómenos pueden dividirse de la siguiente manera:

1. Fenómenos de orden cognoscitivo:

Visiones

Locuciones

Revelaciones

Discernimiento de espíritus

Hierognosis

Otros fenómenos.

2. Fenómenos de orden afectivo:

Éxtasis

Incendios de amor

3. Fenómenos de orden corporal:

Estigmatización

Lágrimas y sudor de sangre

Inedia

Agilidad

Bilocación

Levitación

Sutileza

Perfume sobrenatural.

Muchos de los santos clásicos han sido místicos (san Pablo, san Agustín, san Francisco de Asís, etc.). Pero no todo santo es siempre místico ni tampoco todo místico es santo.

La experiencia mística en sí misma no puede considerarse como una prueba de santidad y tampoco puede tenerse en cuenta al juzgar una causa de canonización las informaciones sobre gracias místicas especiales. Se debe distinguir rigurosamente entre la vida interior de oración mística o gracia de contemplación infusa y sus efectos psicosomáticos secundarios. El misticismo en sentido estricto, es simplemente una conciencia interior honda e irrefutable de la presencia de Dios en el alma y, por lo tanto, es la conciencia que tiene una persona de que la fe, la esperanza y la caridad están presentes en ella.

⁵³ Antonio Royo Marín nació en Morella, Castellón, el 9 de enero del 1913. Cuando tenía 15 años toda la familia se trasladó de Morella a Madrid. Apenas llegado a la capital de España formó parte de la “Unión Católica de Atocha”. Pidió el ingreso en el noviciado dominicano de la Provincia de España, que por entonces estaba en el convento de San Esteban. Pero una tuberculosis muy aguda lo obligó a regresar casi inmediatamente a la casa paterna. Comenzó a estudiar Filosofía en el seminario de Madrid probablemente en el curso 1934-1935. En 1939 ingresó en la orden de los dominicos y en 1944 fue ordenado presbítero. Fue profesor emérito de *Teología Moral y Dogmática* de la Universidad de San Esteban, de Salamanca. Recibió del papa Juan Pablo II la medalla *Pro Ecclesia et Pontifice*, en consideración a su dedicación a la Iglesia y al Papado. Los últimos años de su vida los pasó en Madrid, hasta 15 días antes de su muerte cuando fue trasladado a Pamplona para recibir cuidado médico. Falleció el 17 de abril del 2005. (Wikipedia)

Como la conciencia es intrínsecamente subjetiva resulta prácticamente imposible pronunciarse acerca de las gracias místicas interiores que posee una persona, como podría hacerlo un psicoterapeuta con un cliente. A lo sumo se puede hacer referencia a los efectos que produjeron éstas en su vida, el impacto espiritual que esta persona causa en otros y el testimonio de los que percibieron algo de ella.

En resumen, cuando se está al frente de un caso místico, se deberá demostrar que en esta persona se refleja la misma conducta de virtud heroica que se le exige a todos los otros que no son mártires. Pero además se deberá demostrar:

- Que todo lo que se dice no son sólo piadosas opiniones de creyentes;
- Que lo extraordinario es de origen divino (no son de origen diabólico ni efecto de una personalidad desequilibrada);
- Que la reputación de santidad no se debe solo a lo extraordinario que manifiesta.

Por último, es necesario afirmar que el núcleo de la verdadera experiencia mística no es tanto la visión, sino una percepción de Dios. Al ojo contemplativo, todo se le aparece como resplandeciente; no ve los objetos, se siente inundado de luz. A la manera como José María Pemán dice: “no es la Luz de Dios la que ciega sino que son los propios ojos que no pueden ver”. San Juan de la Cruz, por ejemplo, dice: “No quieras enviarme de hoy más ya mensajero, que no saben decirme lo que quiero”.

Así, los visionarios no son necesariamente místicos sino que son personas que tienen preferencia por la sugestión. Las gracias místicas más elevadas son percepciones intelectuales, en las que no hay imágenes porque se dan en el intelecto mismo cuando el espíritu está purificado. A veces son tan elevadas que la fantasía no puede seguir las, porque cuanto más participa la fantasía tanto menos profunda es la experiencia.

Nunca la Iglesia se pronuncia sobre la autenticidad de la experiencia mística; sólo se pide en un proceso que se determine si las experiencias tienen aspecto de autenticidad y que se investigue sobre la salud psíquica del individuo.

Conclusión

La canonización no es un premio a un cristiano que vivió heroicamente sus virtudes, porque nada podrá ya aumentar la gloria de un beato o de un santo. Canonizar o beatificar es un acto social eclesial. El objetivo final no son los santos sino los fieles, que son los destinatarios y beneficiarios de la misma. Por eso un santo es tanto más canonizable cuanto más atractivo y estimulante sea su mensaje al mundo moderno y mayor su fama de santidad, de modo que los fieles se sientan incitados a seguir sus ejemplos.

Pero el hecho de que existan beatificaciones y canonizaciones en nuestros días contribuye a la visión de una Iglesia vital, que no sólo acumula recuerdos en su historia, sino que busca siempre nuevos modelos para inspirarse y que los pone en la práctica en medio de las dificultades omnipresentes en el mundo.

Las causas de los santos. Congregación para las Causas de los Santos

Y seguimos con el trabajo de un entendido en la materia Ramón Fita Reverta ⁵⁴ (2021).

I. Preámbulo

En el lejano 1997, y con motivo de la preparación del Gran Jubileo del Año 2000, hubo un diálogo entre la Congregación para las Causas de los Santos y la Conferencia Episcopal Española en orden a coordinar, principalmente, las causas de los mártires de la persecución religiosa en España (1931-1939).

El entonces obispo secretario de la Conferencia Episcopal Española, monseñor José Sánchez González, convocó en Madrid a un reducido número de personas que tenían la responsabilidad de instruir causas de canonización y beatificación en sus respectivas diócesis; se pretendía conocer el estado procesal de las causas de martirio que se habían iniciado en las diócesis españolas.

Tres años después el cardenal Rouco Varela, presidente de la CEE, mantuvo en Roma una entrevista con Mons. Edward Nowak, secretario de la citada congregación. Dicho arzobispo le había hablado acerca del número y la complejidad de las causas procedentes de España, especialmente las de martirio, indicándole que era necesario disponer de una exhaustiva información de modo que la Conferencia Episcopal y las diócesis españolas lograsen saber a qué atenerse. La CEE acordó designar a una persona para que se ocupase de recoger la información que sobre todas y cada una de las causas españolas, tanto de virtudes como de martirio figuraban en la Congregación.

Mons. Juan-José Asenjo me comunicaba en noviembre de 1999 que se me había encargado aquella misión y que debía trasladarme a Roma para realizar ese trabajo. Así lo hice. Mi misión consistió en desenmarañar las causas españolas que figuraban en el *Index ac Status Causarum*, y el 15 de febrero de 2000 presenté al secretario general de la CEE un exhaustivo informe sobre las causas españolas que, en ese momento, constaban en la Congregación para las Causas de los Santos.

Situé las causas alfabéticamente por diócesis en dos apartados, las de martirio y las de virtudes. En cada caso se indicaba la situación procesal y todos aquellos datos de interés de la causa. A finales de 1999 la Iglesia en España había instruido

⁵⁴ Ramón Fita Reverta. Delegado diocesano para las Causas de los Santos del Arzobispado de Valencia. En noviembre de 1999 se trasladó a Roma con la misión de desenmarañar las causas españolas que figuraban en el *Index ac Status Causarum*. El 15 de febrero del 2000 presentó al secretario general de la Conferencia Episcopal Española un exhaustivo informe sobre las causas españolas que, en ese momento, constaban en la Congregación para las Causas de los Santos. (Wikipedia)

el proceso de canonización de 2.438 fieles cristianos, de los cuales 2.209 eran por martirio.

II. Jornadas de formación

La publicación de la Carta Apostólica de Juan Pablo II *Tertio Millennio Adveniente* y el aumento de las canonizaciones y beatificaciones movieron a muchas diócesis españolas a recuperar el recuerdo de sus mártires con el fin de que no se perdiera su memoria y poder trasmitirla a las generaciones futuras; los trabajos se intensificaron con el objeto de documentar y probar el martirio de los fieles que dieron su vida por la Fe.

El 25 de enero de 2001 se creó la Oficina para las Causas de los Santos anexa a la Secretaría General de la CEE en orden a coordinar, sobre todo, las causas de los mártires de la persecución religiosa en España. Y, aparte de la importancia que tuvo la creación de un fondo documental relacionado con la persecución religiosa durante el siglo XX en España, lo realmente definitivo fueron los cursos de formación en los que participaron delegados diocesanos, postuladores y vicepostuladores, así como partes actoras de varias congregaciones religiosas. A la vez, salieron a luz numerosas publicaciones que, evidentemente, ayudaron a los que habían recibido el encargo de instruir causas de canonización y beatificación, pues tuvieron acceso a nuevos instrumentos a los que pudieron recurrir en momentos de necesidad y ayuda.

También la Delegación Episcopal para las Causas de los Santos del arzobispado de Madrid organizó varias jornadas de estudio. La primera se desarrolló en el Escorial entre los días 25 al 28 de septiembre de 2001. Participaron Mons. Edward Nowak secretario de la Congregación, el relator general P. Ambrogio Eszer, O. P., y Mons. José Luis Gutiérrez Gómez, profesor de la Universidad de la Santa Cruz y relator del citado Dicasterio Romano. Eran voces autorizadas cuya opinión debían tenerse en cuenta por aquellos que estaban tramitando o pretendían abordar, procesos de canonización. Estas jornadas suscitaron un gran interés, como se demostró por la asistencia a estas y por la divulgación que tuvo el libro que recogía las ponencias. Dos años después, en septiembre de 2003, la propia Delegación del Arzobispado de Madrid estimó oportuno convocar unas II Jornadas, que en esta ocasión versaron sobre El Milagro en las Causas de Canonización. A esta convocatoria asistió el cardenal José Saraiva Martins, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, y le acompañaron los monseñores Edward Nowak, arzobispo secretario del Dicasterio; Michele Di Ruberto, subsecretario; Sandro Corradini, promotor de la Fe; y José Luis Gutiérrez. También asistió el Dr. Patricio Polisca, miembro de la Consulta Médica, quien tuvo una interesante ponencia. Como se ve, la “plana mayor” de la Congregación para las Causas de los Santos se hizo presente en Madrid, lo cual indicaba el respaldo que el Dicasterio romano estaba prestando a las diócesis españolas. La asistencia a estas jornadas fue muy numerosa, y también fueron publicadas las ponencias.

Y es en el año 2004 cuando la Oficina para las Causas de los Santos de la Conferencia Episcopal Española toma el testigo a lo ya iniciado por la archidiócesis

de Madrid y emprende una nueva etapa con la misma pretensión: la formación sistemática de los que se dedican a los procesos de beatificación y canonización.

Las I Jornadas tuvieron lugar del 15 al 17 de junio de 2005 con el título “Para comenzar una Causa de Canonización”, y fueron eminentemente prácticas, porque los participantes deseaban contar con instrumentos y recursos concretos y necesarios para realizar, con la aplicación de los conocimientos adquiridos, su tarea. Las II Jornadas se llevaron a cabo en 2006 y tuvieron este título: “Hablar hoy de martirio y de santidad”. Fue una continuación de los temas tratados en el encuentro anterior. Las III Jornadas tuvieron lugar en 2008 y se dedicaron a los “Mártires del siglo XX en España. Don y desafío”. No obstante, la publicación de la *“Instrucción Sactorum Mater”* requirió que en estas jornadas se dedicasen algunas sesiones a este importante documento. Las IV Jornadas se celebraron en 2009; trataron el tema de la santidad por vía de la heroicidad de las virtudes, bajo el título “La vida del Espíritu. Ser santos por la práctica heroica de la virtud”. Las V Jornadas tuvieron lugar en 2010 y el tema central fue “Los santos evangelizan”. En este encuentro participó el prefecto de la Congregación, el cardenal Angelo Amato. En el año 2011 tuvieron lugar las VI Jornadas y el tema de estudio fue “El siglo de los mártires. Aproximación al contexto histórico de los años treinta del siglo xx en España”. Las VII Jornadas se celebraron en marzo de 2013, con el título “La confesión de la fe”. Las VIII, en septiembre de 2014, trataron “La santidad: proyecto y patrimonio eclesial”; y las IX, en noviembre de 2015, llevaron el título “Anunciar, celebrar, probar la santidad”.

Las ponencias, las reflexiones surgidas en los debates y las mesas redondas, las aportaciones de los participantes en los talleres, toda esa riqueza de materiales, la Oficina para las Causas de los Santos de la Conferencia Episcopal Española decidió editarla en varios volúmenes.

III. Seriedad y rigor

El Artículo 27 de las *Normae servandae* recomienda al obispo, o a su delegado, que ha de poner toda su diligencia y cuidado para que no se omita en las pruebas nada que sea pertinente a la Causa, convencidos de que el feliz éxito de esta depende, en gran parte, de que haya sido bien instruida. Esto exige del obispo y su delegado conocer la normativa vigente y caminar dentro de los cauces legales, así como estar informados de los modos de proceder que, a lo largo de la historia, practicó la Sagrada Congregación de Ritos, hasta la desmembración de ésta en dos, una para el culto divino (llamada Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos) y otra para las causas de los santos.

El Papa Sixto V, con la constitución apostólica *Immensa aeterni Dei*, del 22 de enero de 1588, instituyó la Sagrada Congregación de Ritos, que tenía una doble finalidad, regular el culto divino y tramitar las causas de los santos. Estas dos competencias fueron encomendadas al mismo dicasterio porque las causas de los santos concluyen con el ingreso de un siervo de Dios en el culto de la Iglesia. Con el paso del tiempo, la segunda competencia absorbió y caracterizó de modo predominante la actividad interna del dicasterio.

La división de la Congregación de Ritos en dos congregaciones: una para el culto divino y otra para las causas de los santos, se llevó a cabo en tiempos de Pablo VI con la Constitución Apostólica *Sacra Rituum Congregatio* del 8 de mayo de 1969.

La Congregación para las Causas de los Santos tiene su propia estructura, articulada en tres departamentos: el Judicial, el Promotor General de la Fe y el Histórico-hagiográfico, que viene a ser la continuación de la Sección Histórica creada por Pío XI el 6 de febrero de 1930.

Juan Pablo II promulgó el 25 de enero de 1983 la Constitución Apostólica *Divinus perfectionis Magister* y las respectivas *Normae Servandae in Inquisitionibus ab Episcopis faciendis in Causis Sanctorum* de 7 de febrero de 1983, lo que dio al Dicasterio una nueva configuración, y originó una profunda reforma en la manera de proceder en las causas de canonización, tanto en las que debían ser instruidas por los obispos en sus respectivas diócesis, como en la propia Congregación, la cual fue dotada de un Colegio de Relatores, con el encargo de cuidar la redacción de las *Positiones super Martyrio o super Virtutibus* de los Siervos de Dios.

Y, con el fin de indicar la manera de proceder según lo establecido en la legislación vigente para estas causas, la Instrucción *Sanctorum Mater* publicada el 17 de mayo de 2007 va dirigida a los obispos diocesanos y a cuantos participan en la fase diocesana; recuerda los pasos que han de seguirse, los cuales quedaron expresamente de manifiesto en las *Normae servandae*.

IV. Los manuales para instruir las causas de canonización

La obra de Próspero Lambertini, posteriormente Benedicto XIV, merece una mención especial. Su obra *De Servorum Dei beatificatione et Beatorum canonizatione* fue durante siglos punto de referencia obligada en la instrucción de los procesos de beatificación y canonización. Pío XII dijo que la obra de Lambertini se podía parangonar a la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino porque, del mismo modo que la obra del santo dominico resume todo el saber teológico, la obra de don Próspero ofrece una completa visión de la tradición eclesiástica en materia de culto y de canonización de los santos. Allí están los criterios, las modalidades y las normas para considerar y proclamar a alguien como santo.

En 1948 Pío XII estableció, en la Congregación de Ritos, la comisión médica para el examen de las curaciones milagrosas, separando el rol de los consultores médicos del de los consultores teólogos. Pero, además de estas reformas sectoriales, la preocupación de Pío XII fue más bien otra; pensaba en una revisión total de la legislación de Benedicto XIV basada en las consecuencias que, para el procedimiento de las Causas de los Santos, tenía el auge de las ciencias históricas y de las ciencias humanas. El Papa pidió a personas competentes que estudiaran, con la apertura, objetividad y equilibrio, propias del espíritu de Prospero Lambertini, todo lo referente a los Procesos de Canonización.

Pero sería Pablo VI quien, en el motu proprio *Sanctitas Clarior* del 19 de marzo de 1969, emprendiese la reforma; tuvo el mérito de unificar en un único proceso el ordinario (fase diocesana) y el apostólico (fase romana). Y el 8 de mayo de ese

mismo año 1969 dividió en dos dicasterios, como ha quedado ya antes de manifiesto, la Congregación de Ritos.

A raíz de la promulgación de la nueva legislación por la que debían regirse las causas de canonización, se multiplicaron las consultas acerca del modo de proceder en la instrucción del proceso diocesano sobre la vida y virtudes o sobre el martirio de un siervo de Dios, o sobre un presunto milagro atribuido a su intercesión. Entre los postuladores se vio la necesidad de preparar un manual práctico que respondiera a las consultas dirigidas a la Congregación para las Causas de los Santos y sirviera de guía a los obispos, a los jueces y a los vicepostuladores de las causas de canonización. Durante más de un siglo sirvió de guía práctica en los tribunales eclesiásticos el famoso *Codex pro postulatoribus* de Luis Lauri OFM, el cual había quedado anticuado y tenía que ser sustituido por otro manual similar, acomodado a la nueva legislación. El padre Romualdo Rodrigo OAR, que poseía una gran experiencia como postulador y abogado de varias causas de canonización, y que accedió a ruegos que le hicieron varios obispos y postuladores, presentó un manual práctico para la instrucción de los diversos procesos de las causas de los santos. En enero de 1987 presentó al Colegio de Postuladores de Roma un libro bajo el título *Manual para instruir los procesos de canonización*. En la elaboración de este trabajo el autor tuvo en cuenta, además de la legislación peculiar sobre estas causas, las normas generales del Código de Derecho Canónico de 1983 y la praxis de la Congregación. El manual tuvo muy buena acogida y se hicieron varias ediciones, dos en español y tres en italiano. Se trataba, pues, de una herramienta fundamentalmente práctica, que sirvió de ayuda a todos aquellos que tenían que afrontar por primera vez un proceso de canonización o un proceso sobre un presunto milagro.

Como hemos tratado ya en el punto número 2 de este comentario, una causa de canonización no es tarea fácil. Los obstáculos que pueden encontrar durante la instrucción sus ejecutores (historiadores, médicos, postuladores...) son múltiples. Estos problemas, como se ha dicho, motivaron las reuniones y jornadas de estudio. En aquellos encuentros se consiguió crear un clima propenso en el que, aparte de los intercambios de ideas, se facilitó la bibliografía apropiada, la mayoría en italiano.

En el año 2011 es cuando se publicó, también en italiano, la primera edición del manual *Le cause dei santi. Sussidio per lo studium*, a cargo de los prestigiosos oficiales de la Congregación P. Vincenzo Criscuolo O. F. M. Cap, Daniel Ols O. P. y Robert J. Sarno. El cardenal Angelo Amato, prefecto del Dicasterio, es quien prologa el volumen. Posteriormente se hicieron varias ediciones: en 2012, la segunda; en 2014, la tercera; y en 2018, la cuarta, ampliada con los textos más importantes de la doctrina pontificia relacionados con estos temas, en particular desde la *"Divinis perfectionis Magister"*, de 1983, hasta al motu proprio *"Maiorem hac dilectionem"*, de 2017, a cargo de los ya enseñados Vincenzo Criscuolo y Robert J. Sarno, con la colaboración del nuevo promotor de la Fe, Mons. Carmelo Pellegrino. Este manual ha sido el libro de referencia para los postuladores y para todas aquellas personas que trabajan en torno a los procesos de canonización en estos últimos años.

V. La edición del manual en español

Y por fin esta herramienta imprescindible se ha traducido al español, pues era una aspiración ampliamente solicitada. La buena disposición del prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, el cardenal Angelo Amato, la gentileza de los oficiales que integran aquel dicasterio y la alteza de miras del obispo de Córdoba, Mons. Demetrio Fernández González, miembro de la Congregación para las Causas de los Santos, favorecieron esta edición. La Traducción ha sido realizada, a partir de la cuarta edición italiana, por la Hna. María Teresa Fernández González, misionera cruzada de la Iglesia.

La editorial de la Biblioteca de Autores Cristianos ha prestado su competencia en la difusión y distribución. En efecto, este manual está destinado a las diócesis no solo españolas sino a las de Hispanoamérica, campo amplísimo en lo eclesial y lingüístico. Es, pues, el libro de referencia para la formación específica de los postuladores en los procesos de canonización, de cuantos colaboran en las actividades internas y externas de la Congregación, así como de quienes desempeñan las tareas de delegados episcopales, promotores de justicia, notarios de los tribunales diocesanos y cuantos intervienen en las estas causas.

El contenido está organizado en tres secciones, la teológica, la históricohagiográfica y la jurídica. La primera parte, de carácter teológico, se abre con un estudio introductorio sobre la heroicidad cristiana de los santos, manifestada en la práctica de las virtudes, en el martirio y en el ofrecimiento de la vida. A continuación, se trata del concepto de santidad: a partir de la etimología de la palabra se examina su significado en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, en la literatura patristica, en el magisterio pontificio, en las aportaciones conciliares y en la reflexión teológica. Se presentan después los signos de la santidad, especificando la noción de virtud y aclarando los criterios, de modo especial la heroicidad, insertada en el contexto de toda la vida espiritual. Una particular atención se hace al martirio y a sus requisitos teológicos, especificando el concepto, su naturaleza y sobre todo sus elementos materiales y formales.

Se estudia también la nueva modalidad de santidad, caracterizada como “ofrecimiento de la vida”, recientemente reconocida por el Papa Francisco mediante el motu proprio *Maiorem hac dilectionem*. Después de haber tratado el concepto y la extensión de la fama sanctitatis y de la fama signorum, se afronta el problema del milagro: de este se aclara su significado teológico, la finalidad y sobre todo la peculiar importancia en las causas de los santos por su valor de prueba; se examinan a continuación los criterios de la invocación y los tres grados de milagros (quoad substantiam, quoad subiectum, quoad modum).

La segunda sección del volumen es de naturaleza histórico-hagiográfica y se presenta subdividida en cuatro partes que tratan, respectivamente, de la historia del culto y de los procedimientos canónicos para la beatificación y la canonización, del culto a las reliquias, de la hagiografía y de la metodología histórica, y al final se presentan las normas para la composición y la estructura de los diversos tipos de Positiones. Y la última sección es de contenido jurídico. Sobre la base de las últimas

intervenciones legislativas –la Constitución apostólica *Divinus perfectionis Magister*, las *Normae Servandae in Inquisitionibus ab Episcopis faciendis in Causis Sanctorum*, la Instrucción *Sanctorum Mater* y el motu proprio *Maiorem hac dilectionem*– se hace un recorrido paso a paso, a la luz de la doctrina teológico-canónica y de la praxis procesal: primero, de las diversas etapas de todo el recorrido inquisitorial e investigador en el ámbito diocesano; y después, del procedimiento seguido en la fase romana, con la valoración de lo obtenido en el ámbito testimonial y documental y la sucesiva criba de todo el aparato probatorio por parte de los órganos de verificación, de examen y de juicio de la Congregación para las Causas de los Santos.

Al final del volumen se encuentra un amplio apéndice documental y formularios, por lo que es un instrumento de rápida consulta. Este es, en resumen, el contenido de este volumen que pretende ser un manual de fácil acceso, pensado y orientado principalmente a fines didácticos. Se trata, pues, de un instrumento esencial, que garantiza y asegura una información exhaustiva y seria sobre todo un conjunto de conocimientos históricos, teológicos, espirituales, místicos, canónicos y médicos, orientado a una actividad de carácter práctico.

El libro forma parte de la colección Subsidia Theologica de la BAC; tiene 655 páginas. Está impreso en rústica sin solapas. Se editó el 15 de octubre de 2020, y su número identificador es: ISBN: 978-84-220-2161-2.

San José el más santo de los santos

Y ahora entramos en el interesante trabajo de Ángel Peña Benito ⁵⁵ (2008) sobre san José. ⁵⁶

Introducción

Éste es un libro sobre san José, el padre adoptivo de Jesús y esposo de María. Lo he escrito con el propósito de dar a conocer su gran figura para que haya muchos que lo puedan amar más al conocerlo mejor. Su grandeza está por encima de la de todos los santos y ángeles. Después de María, es el santo más santo, el que más

⁵⁵ Ángel Peña Benito nació el 16 de diciembre de 1943 en Grávalos (Rioja). Su infancia transcurrió en Murillo del río Leza, de la misma comarca. A los 11 años ingresó al colegio apostólico de los padres agustinos recoletos de Logroño. Allí estudió durante cuatro años, pasando luego a San Millán de la Cogolla y en seguida al Seminario de Salamanca, donde estudió Filosofía y Teología durante siete años. Allí se ordenó sacerdote el 14 de julio de 1968 y el 1 de diciembre, llegó al Perú como misionero. Estuvo cuatro años en la parroquia Santa María Magdalena de Lima. Después fue destinado al pueblo de Pimpincos, del departamento de Cajamarca. Luego estuvo en la parroquia Santa Rita de Casia en Miraflores. De esta parroquia fue trasladado a la parroquia de San Antonio Abad de Arequipa y después de unos meses, fue nombrado párroco de la parroquia Nuestra Señora de Chapi, de la misma ciudad, donde estuvo de párroco durante 14 años. El 8 de marzo de 1995 es destinado de nuevo a Lima a la parroquia de Nuestra Señora de La Caridad. (Wikipedia)

⁵⁶ En el texto RC se refiere a la exhortación apostólica de Juan Pablo II, *Redemptoris Custos*. Cat se refiere al Catecismo de la Iglesia Católica.

cerca ha estado de la divinidad. Él ha tocado con sus propias manos al Dios hecho carne y le ha podido decir de verdad: Tú eres mi hijo.

Todos sus privilegios y toda su dignidad le vienen de ser el esposo de María, padre de Jesús y, a la vez, de ser el hombre justo y bueno, a quien el Señor puso al frente de su familia. ¡Cuántas veces jugaría con Jesús, le enseñaría a trabajar, y sobre todo, le demostraría un amor a toda prueba! José es el hombre del silencio. No nos dice ni una palabra en el Evangelio. Pero, con su actitud callada y reservada, nos enseña a ser humildes y a cumplir calladamente y sin alardes nuestras obligaciones de cada día. ¡Cuántas veces sufriría por no tener algo mejor que darle a Jesús! ¡Cuántas veces pasaría hambre y sed en su camino y estaba en Egipto! Pero toda su vida estuvo al servicio de Jesús y de María. Y supo cumplir bien su misión. Por eso, Dios lo ha encumbrado por encima de todos los santos.

Algunos textos aplicables a san José

Son poquísimos los textos bíblicos que suelen aplicarse a san José. *Él es el administrador fiel y prudente a quien el amo pondrá al frente de su servidumbre para distribuir la ración a su debido tiempo (Lc 12, 42). Custodio del Señor, que será glorificado (Prov 27, 18). El hombre fiel, que será alabado (Prov 28, 20). ¿Podríamos por ventura encontrar un hombre como éste, lleno del espíritu de Dios? (Gén 41, 38). Y Dios le dice: Te he hecho padre de muchos pueblos (Rom 4, 17). Eres un empleado fiel y cumplidor; pasa al banquete de tu Señor (Mt 25, 21.23).*

Una figura de san José es Noé, en cuanto que él acogió en el arca a la paloma portadora de una rama de olivo, que anunciaba el final del diluvio y la salvación de los hombres. Y san José, acogió a María, la mística paloma, que trae la salvación al mundo al dar a luz a Jesús. Otra figura de san José en el Antiguo Testamento es Mardoqueo, del libro de Ester. Mardoqueo recibió un sueño de Dios en el que veía *una fuente que se convertía en río de muchas aguas, y apareció una lucecita que se convirtió en sol (Est 11, 9).*

Esta fuente, convertida en río caudaloso, y la luz convertida en sol era Ester, a quien el rey tomó por esposa, haciéndola reina (Est 10, 6). Ester había sido criada por Mardoqueo, que fue a pedirle que intercediese ante el rey, cuando Amán había decidido asesinar a todos los judíos del reino. Por su intercesión, el rey impidió el cumplimiento del decreto de destrucción. Amán fue ejecutado y Mardoqueo, por su fidelidad, fue nombrado el primero después del rey Asuero, muy considerado entre los judíos y amado de la muchedumbre de sus hermanos, pues buscó el bien de su pueblo y habló para el bien de su raza (Est 10, 3-4).

Aquí la reina Ester es figura de María, que ha sido ensalzada por Dios como reina del universo y que ha colaborado en la obra de la salvación de todos los hombres. Mardoqueo es figura de José, que llega a ser el primero después del rey, es decir el virrey; el más importante después de Jesús, rey de reyes, y después de María, la reina.

Por otra parte, la mayor de los autores citan como figura de san José a José, virrey de Egipto. Y aplican a san José el texto Gen 41, 55: *Id a José y haced lo que él les*

diga. En tiempos de hambre, el faraón dirigía a los egipcios hacia José para que éste les distribuyese el trigo acumulado en tiempos de abundancia y les decía: Id a José. De la misma manera, Dios nos dice en nuestros problemas: Id a José. Y así como José fue virrey de Egipto y el más importante del reino después del faraón, así José es el virrey de la Iglesia, es decir, el santo más importante de todos.

San Bernardo (1090-1153) dice: *Aquel José, vendido por la envidia de sus hermanos y llevado a Egipto, prefiguró la venta de Cristo: este José, huyendo de Herodes, llevó a Cristo a la tierra de Egipto. Aquel, guardando lealtad a su señor, no quiso consentir al mal intento de su señora; éste, reconociendo virgen a su Señora, Madre de su Señor, la guardó fidelísimamente, conservándose él mismo en castidad. A aquél le fue dada la inteligencia de los misterios en sueños; éste mereció ser sabedor y participante de los misterios soberanos. Aquel reservó el trigo, no para sí, sino para el pueblo; éste recibió el pan vivo del cielo para guardarlo para sí y para todo el mundo. Sin duda, este José, con quien se desposó la Madre del salvador, fue un hombre bueno y fiel.*

El Papa Pío IX, el 8 de diciembre de 1870, al nombrar a san José patrono de la Iglesia universal, dijo: *De modo parecido a como Dios puso al frente de toda la tierra de Egipto a aquel José, hijo del patriarca Jacob, a fin de que guardase trigo para el pueblo, así, al venir la plenitud de los tiempos, cuando iba a enviar a la tierra a su Hijo unigénito Salvador del mundo, escogió a otro José, del cual el primero fue tipo o figura, a quien hizo amo y cabeza de su casa y de su posesión, y lo eligió como custodio de sus tesoros principales.*

De la misma manera, el Papa León XIII, en la encíclica *Quamquam pluries*, del 15 de agosto de 1889, dice: *Está afianzada la opinión, en no pocos Padre de la Iglesia, concordando en ello la sagrada liturgia, que aquel antiguo José, nacido del patriarca Jacob, había esbozado la persona y los destinos de este nuestro José y que había mostrado con su esplendor, la magnitud del futuro custodio de la sagrada familia.* Así lo interpretó también el Papa Pío XII al instituir la fiesta de san José obrero en 1955, aplicándole las palabras del Génesis 41, 55 (Id a José). Y esto mismo hizo el Papa Pablo VI.

Muchos autores sagrados aplican también a san José las siguientes palabras dirigidas a José virrey de Egipto: *En cuanto a mi hijo José lo veo que crece, que no deja de crecer (Gén 49, 22). ¿Podríamos por ventura encontrar un hombre como éste lleno del Espíritu de Dios? Y dijo el faraón a José: Puesto que Dios te ha dado a conocer todas estas cosas, no hay nadie que sea tan inteligente y tan sabio como tú. Así pues, gobernarás mi casa y todo mi pueblo obedecerá tu voz... Y el faraón, quitándose el anillo, lo puso en el dedo de José y le hizo revestir con trajes de fino lino, y le puso en el cuello un collar de oro. Le hizo montar en el segundo de sus carros y todos gritaban ante él ¡De rodillas! (Gén 41, 38 ss.).*

Virginidad de san José

Según algunos escritos apócrifos de los primeros siglos, como el libro Historia de José el carpintero, el Protoevangelio de Santiago o el Evangelio de Tomás, que son

del siglo II o más tarde, san José habría estado casado antes de conocer a María y habría tenido, al menos, seis hijos, que serían, según algunos, los llamados hermanos de Jesús. Al quedar viudo, ya anciano con 89 años, se habría casado con María, que tenía unos catorce o quince años. Según estos libros apócrifos, José habría vivido hasta los 111 años, pasando unos veinte años con Jesús. Estos libros influyeron en la opinión de que san José era un anciano, que más que esposo era un padre para María, y que se habría casado con ella para salvar las apariencias ante la sociedad.

Nada más fuera de la realidad. San José tuvo que hacer frente a todas las responsabilidades de una familia, lo que hubiera sido imposible si hubiera sido un anciano, que necesitaba cuidado y atención. ¿Cómo hubiera podido guiar a la Sagrada Familia por el desierto con todos los peligros y con todo el esfuerzo que supone caminar veinte días hasta llegar a Egipto? Dios puso al lado de María un compañero y un esposo fuerte y vigoroso para defenderla de todos los peligros y para ayudarla en todas sus necesidades. Un esposo, que debió trabajar mucho para poder sustentar una familia pobre, especialmente durante su estancia en Egipto, donde no tenían familiares. Hablar de José como de un anciano enfermo es algo que sólo libros apócrifos y fantasiosos pudieron inventar.

El padre Tomás Morales, fundador de los Cruzados de Santa María, afirma: *Aquí está san José: anchas espaldas para el trabajo, no pierde ni un segundo, está siempre adorando, está siempre trabajando, está siempre solícito, cuidando de la Virgen y, sobre todo, del Jesús niño. No tiene un instante libre, no piensa más que en amar, adorar y en trabajar para ellos. Aquí está san José. Es el ministro de relaciones exteriores de la sagrada familia. Él es el que se tiene que preocupar de todo en Nazaret, en los cuatro o cinco días de camino hacia Belén, en la gruta de Belén, en Egipto después, en Nazaret y siempre relacionándose con todos.*

Por eso, desde los primeros siglos, varios santos Padres tuvieron que hablar de un san José joven, y no anciano y viudo. San Jerónimo defiende su virginidad en su escrito contra Helvidio: *Tú dices que María no fue virgen; yo reivindico para mí aún más, a saber, que también el mismo José fue virgen por María, para que del consorcio virginal naciese el Hijo virgen. En el santo varón no hubo fornicación y no se ha escrito que haya tenido otra mujer. De María fue más bien custodio que marido; de donde se sigue haber permanecido virgen con María, quien mereció ser llamado padre del Señor.*

San Pedro Damiano (1007-1072) escribió: *No parece que fuese suficiente que sólo la Madre fuese virgen; es de fe de la Iglesia que también aquel que hizo las veces de padre ha sido virgen. Nuestro Redentor ama tanto la integridad del pudor florido, que no sólo nació de seno virginal, sino también quiso ser tocado por un padre virgen.*

Santo Tomás de Aquino dice: *Se debe creer que José permaneció virgen, porque no está escrito que haya tenido otra mujer y la infidelidad no la podemos atribuir a tan santo personaje.*

Dice san Francisco de Sales (1567-1622): *María y José habían hecho voto de virginidad para todo el tiempo de su vida y he aquí que Dios quiso que se uniesen por el vínculo del santo matrimonio, no para que se desdijeran y se arrepintieran de su voto, sino para que se confirmasen más y más y se animasen mutuamente juntos durante toda su vida.*

Muchos santos de peso creen que José había hecho voto de virginidad antes de casarse con María, pero lo que sí es cierto es que, a partir de su matrimonio con María, lo hizo para aceptar así la voluntad de Dios.

Matrimonio de José y de María

Lo primero que debemos tener en cuenta es que fue un verdadero matrimonio, a pesar de que nunca hubo entre ellos relación carnal. El Espíritu Santo reconoce en el Evangelio: *José, esposo de María, de la que nació Jesús, llamado Cristo (Mt 1, 16). José era verdadero esposo de María y entre ellos había un verdadero matrimonio. Analizando la naturaleza del matrimonio, tanto san Agustín como santo Tomás de Aquino, la ponen siempre en la indivisible unión espiritual, en la unión de los corazones, en el consentimiento, elementos que en aquel matrimonio se han manifestado de modo ejemplar. En el momento culminante de la historia de la salvación, cuando Dios revela su amor a la humanidad mediante el don del Verbo, es precisamente el matrimonio de María y José el que realiza en plena libertad el don esponsal de sí, al acoger y expresar tal amor. Dice san Agustín: María pertenece a José y José a María, de modo que su matrimonio fue verdadero matrimonio, porque se han entregado el uno al otro. Pero ¿en qué sentido se han entregado? Ellos se han entregado mutuamente su virginidad y el derecho de conservársela el uno al otro. María tenía el derecho de conservar la virginidad de José y José tenía el derecho de custodiar la virginidad de María. Ninguno de los dos puede disponer y toda la fidelidad de este matrimonio consiste en conservar la virginidad.*

San Agustín, considerando que san Mateo escribe la genealogía de los antepasados de Jesús a partir de José, descendiente de David, dice que Dios reconoce que fue un verdadero matrimonio; pues, de otra manera, nunca hubiera sido posible llamar a Jesús, hijo de José. Y dice: *Jesús fue considerado en la genealogía de José para que los fieles no considerasen tan importante en el matrimonio la unión de los cuerpos, como para no creerse esposos sin esa unión corporal... Con este ejemplo, viene magníficamente enseñado a los fieles esposos que también, practicando la continencia de común acuerdo, el matrimonio puede permanecer como tal si se conserva el afecto, aunque no haya unión sexual.*

El Papa León XIII dijo en la encíclica *Quamquam pluries* de agosto de 1889: *El matrimonio es la máxima sociedad y amistad, a la que por su naturaleza va unida la comunidad de bienes. Dios le ha dado José a María, no sólo como compañero de vida sino también como testigo de su virginidad. Y como decía Juan Pablo II: Precisamente, del matrimonio con María es de donde derivan para José su singular dignidad y sus derechos sobre Jesús. Es cierto que la dignidad de la Madre de Dios llega tan alto que nada puede existir más sublime; pero, porque entre la beatísima*

Virgen y José se estrechó un lazo conyugal, no hay duda de que a aquella altísima dignidad por la que la Madre de Dios supera con mucho a todas las criaturas, él se acercó más que ningún otro. Ya que el matrimonio es el máximo consorcio y amistad... se sigue que Dios ha dado a José como esposo a la Virgen no sólo como compañero de vida, testigo de su virginidad, sino también para que participase por medio del pacto conyugal en la excelsa grandeza de ella.

José y María unieron sus corazones como dos estrellas que no se enlazan nunca, mientras que sus rayos luminosos se entrecruzan en el espacio. Fue un matrimonio parecido a lo que sucede en la primavera entre las flores, que juntan sus perfumes, o a dos instrumentos musicales que juntan sus melodías al unísono, formando una sola...

Su matrimonio era necesario para preservar a la Virgen de cualquier sospecha, mientras le llegase el momento de revelar el misterio del nacimiento de Jesús... A mi parecer, san José debió ser, al casarse con la Virgen, un hombre joven, fuerte, viril, atlético, bien parecido y casto; un prototipo del hombre, que puede verse hoy en una pradera apacentando un rebaño o piloteando un avión o en el taller de un carpintero. Y no un impotente anciano, sino un hombre rebosante de vigor juvenil; no un fruto seco, sino una flor lozana y llena de promesas; no en el ocaso de la vida, sino en el amanecer, derrochando energía, fuerza y amor.

¡Cómo se agigantan las figuras de la Virgen y de san José, cuando deteniéndonos en el examen de su vida, descubrimos en ella el primer poema de amor!

El corazón humano no se conmueve ante el amor de un viejo por una joven; pero ¿cómo no admirarse profundamente del amor de dos jóvenes unidos por un vínculo divino? María y José llevaron a su boda no sólo su voto de virginidad, sino también dos corazones llenos de un gran amor, más grande que cualquier otro amor que corazón humano haya podido nunca contener. Ninguna pareja de casados se ha querido nunca tanto...

Como dijo el Papa León XIII: Su matrimonio fue consumado con Jesús. María y José se unieron con Jesús; María y José no pensaron más que en Jesús. Amor más profundo ni lo ha habido ni lo habrá ya nunca en esta tierra. San José renunció a la paternidad de la sangre, pero la encontró en el espíritu, porque fue padre adoptivo de Jesús. La Virgen renunció a la maternidad y la encontró en su propia virginidad.

Paternalidad de san José

José fue en verdad padre de Jesús, aunque no lo fuera de sangre. Su título de padre le es reconocido por el Espíritu Santo mediante la autoridad de la Palabra de Dios, y Jesús lo reconocía, obedeciéndole en todo. Dice el Evangelio que les estaba sujeto (Lc 2, 51), es decir, que obedecía a María y José.

Dice la Palabra de Dios: *Sus padres iban cada año a Jerusalén para la fiesta de Pascua. Y cuando era de doce años, al subir sus padres..., Jesús se quedó sin que sus padres lo advirtieran... Bajó con ellos y vino a Nazaret y les obedecía (Lc 2, 41-*

43. 51). *Al entrar sus padres con el niño Jesús (Lc 2, 27). Su padre y su madre estaban maravillados de lo que se decía de él (Lc 2, 33).*

María reconoce también a José como padre de Jesús. Cuando lo encuentran en el templo, después de estar tres días buscándolo, María le dice: *Mira, tu padre y yo, apenados, estábamos buscándote (Lc 2, 48).* Aquí, hasta María antepone la autoridad de José a la suya, diciendo: *Tu padre y yo.*

La gente lo consideraba hijo de José. *Jesús, al empezar, tenía unos treinta años y era, según se creía, hijo de José (Lc 3, 23). Y todos estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca y decían: ¿No es éste el hijo de José? (Lc 4, 22). ¿No es éste Jesús el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? (Jn 6, 42).*

Y José es consciente de su paternidad como padre de Jesús y asume su responsabilidad como venida de Dios. Cuando se le aparece el ángel, se dirige a él como jefe de familia para darle órdenes, que él cumple sin discutir. Le dice el ángel: *Ella dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús (Mt 1, 21). Toma al niño y a su madre y huye a Egipto y quédate allí hasta que yo te avise (Mt 2, 13-14).* A la muerte de Herodes, de nuevo se le aparece el ángel y le dice: *Levántate, toma al niño y a su madre y vete a la tierra de Israel... Y levantándose, tomó al niño y a su madre y partió para la tierra de Israel (Mt 2, 19-21).*

El hijo de María es también hijo de José en virtud del vínculo matrimonial que los une. A raíz de aquel matrimonio fiel, ambos merecieron ser llamados padres de Cristo (RC 7). Por otra parte, siendo la circuncisión del hijo, el primer deber religioso del padre, José, con este rito, ejercita su derecho-deber respecto a Jesús (RC 11). En la circuncisión, José impone al niño el nombre de Jesús... Al imponer el nombre, José declara su paternidad legal sobre Jesús y, al proclamar el nombre, proclama también su misión salvadora (RC 12). El rescate del primogénito es otro deber del padre, que es cumplido por José (RC 13).

La paternidad de José era indispensable en Nazaret para honrar la maternidad de María. Era indispensable para la circuncisión e imposición del nombre. Era indispensable en Belén para inscribir al recién nacido como hijo de David en los registros del imperio romano. Era indispensable en Jerusalén para presentar al primogénito en el templo. Y también era indispensable la presencia de José para el crecimiento de Jesús en sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres (Lc 2, 52).

Jesús fue inscrito oficialmente como hijo de José, de Nazaret (Jn 1, 45) y así lo creían todos. Por eso, san José ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús mediante el ejercicio de su paternidad; de este modo, él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente ministro de la salvación (RC 8).

San José, obedeciendo a Dios, custodiando a María y siendo padre de Jesús, tomó parte activa en los misterios de la Encarnación y Redención. Dice san Efrén (306-372), el gran teólogo y doctor de la Iglesia: *Bienaventurado eres tú, justo José, porque a tu vera creció quien se hizo niño pequeño para hacerse a tu tamaño. El*

Verbo habitó bajo tu techo sin abandonar por ello el seno del Padre... Quien es hijo del Padre, se llama hijo de David e hijo de José.

San Bernardo (1090-1153) afirma: *Aquel a quien muchos profetas desearon ver y no vieron, desearon oír y no oyeron, le fue dado a José, no sólo verlo y oírlo, sino llevarlo en sus brazos, guiarle los pasos y apretarlo contra su pecho. Cubrirlo de besos, alimentarlo y velar por él. Imagina qué clase de hombre fue José y cuánto valía. Imagínalo de acuerdo con el título con que Dios quiso honrarlo, que fuese llamado y tomado por padre de Dios, título que en verdad dependía del plan redentor.*

Decía el Papa Juan Pablo II: *La paternidad de san José, como la maternidad de la Santísima Virgen María, tiene un carácter cristológico de primer orden. Todos los privilegios de María se derivan del hecho de que es madre de Cristo. Análogamente, todos los privilegios de san José se deben a que tuvo el encargo de hacer de padre de Cristo.*

Sabemos que Cristo se dirigía a Dios con la palabra abba, una palabra querida y familiar con la cual los hijos de su nación se dirigen a sus padres. Probablemente, con la misma palabra como los otros niños, Él se dirigía también a san José, ¿es posible decir más del misterio de la paternidad humana?... La vida con Jesús fue para san José un continuo descubrimiento de su propia vocación de padre.

San Francisco de Sales pone un ejemplo. Dice así: *Acostumbro decir que si una paloma llevase en su pico un dátil y lo dejase caer en un jardín, ¿no se diría acaso que la palmera que de él provendría pertenece al dueño del jardín? Pues si esto es así, ¿quién podrá dudar que el Espíritu Santo, habiendo dejado caer este divino dátil como divina paloma, en el jardín cerrado de la Santísima Virgen, el cual pertenece a san José como la mujer esposa pertenece al esposo, ¿quién dudará digo, que se pueda afirmar con toda verdad que esa divina palmera (Jesús), que produce frutos de inmortalidad, pertenece por entero a san José?*

Sí, Jesús pertenece también a José y no sólo a María. Después de María, José fue el primero a quien Jesús besó con su boca divina, se le colgó del cuello, limpió su sudor con sus benditas manos e hizo otros innumerables regalos que los niños cariñosos hacen a sus padres. Cualquiera de estos regalos hubiera sido suficiente para enriquecer de bienes espirituales al alma más seca del mundo entero.

La Sagrada Familia

La Sagrada Familia fue la familia perfecta, donde había amor, unión, comprensión y donde estaba Dios presente en la persona de Jesús. Siempre se ha dicho que, para formar un auténtico matrimonio hacen falta tres: el esposo, la esposa y Dios. Si falta Dios, el matrimonio no podrá ser feliz, pues le faltará el amor de Dios, que es indispensable para la felicidad conyugal. En la Sagrada Familia, Jesús era el centro de la vida de José y de María. Toda su existencia estaba dirigida a servirle, amarle y a hacerlo feliz. ¡Qué hermoso, si todos los padres de familia hicieran lo mismo!

Pero, además de ser una familia unida y feliz, la Sagrada Familia estaba en el centro de la historia del mundo. Tenía una misión cósmica y universal. De ella dependía el futuro de la humanidad. Por eso, la figura de san José es imprescindible en esta visión a nivel universal. Su participación en el misterio de la Encarnación lo sitúa, junto con María, en el centro de la historia humana. Por eso, san José no puede ser un hombre cualquiera o un santo cualquiera, pues para cumplir bien su misión, Dios le concedió las gracias que necesitaba.

Necesitaba fuerzas físicas para cuidar a su familia y procurar su alimento con el trabajo de cada día. Algunos santos, como la beata Ana Catalina Emmerick, hablan de que al casarse tenía unos 30 años de edad. Lo cierto es que tenía la plenitud de sus fuerzas humanas y la madurez suficiente para hacer frente a todas sus responsabilidades.

Antes del matrimonio con María, José era un hombre justo, como dice el Evangelio (Mt 1, 19). Quizás era un hombre santo, pero, después del matrimonio con María, comenzó su carrera meteórica, imparable, hacia la santidad. El contacto diario con Jesús y María lo hizo llegar a alturas jamás imaginadas por él y que sólo Dios puede dar a quien ha entregado su vida entera a su servicio. Jamás hombre alguno podrá alcanzar en santidad a José, porque nadie ha podido amar tanto como él a sus dos grandes amores: Jesús y María. Por eso, decimos, con total seguridad, que José es el más santo de los santos.

Es hermoso pensar en María y José a la caída de la tarde, después de un día de trabajo o los sábados, días de descanso, rezando juntos, tomados de la mano o hablando de Jesús, que era el centro de sus vidas. Imaginemos a José, haciendo algún juguete de madera para Jesús niño. ¡Con qué cariño lo haría! Imaginemos a José y María, jugando con Jesús como dos padres enamorados de su hijo. Y su hijo, manifestando todo su amor con besos y abrazos a aquellos padres felices. Por supuesto que no faltaron días difíciles, cuando no había trabajo y no alcanzaba el dinero para los alimentos. ¡Cuánto sufriría José y María al no poder dar a Jesús todo lo que deseaban! Pero sufrían en silencio y lo ofrecían todo con amor y todo parecía poco con tal de tener a Jesús entre ellos.

Según la tradición, san José era carpintero. Así lo cuenta san Justino, que era de Palestina, en El diálogo con Trifón del siglo II. Dice: *Cuando Jesús llegó al Jordán, lo creían hijo de José el carpintero y no aparentaba lo que era, pues se le consideraba un carpintero. En efecto, durante su estancia entre los hombres, ejerció un oficio, fabricó carros y yugos, dando así ejemplo de justicia y trabajo.*

San Cirilo de Jerusalén afirma que *en su tiempo (siglo IV), todavía se mostraba a los visitantes de Jerusalén una pieza de madera en forma de teja, labrada, según decía, por José y por Jesús.*

Cuando Jesús comenzó su vida pública, ya no se habla de José, que parece había muerto, pues no asistió a las bodas de Caná. El mismo Marcos, cuando habla de Jesús, lo nombra como hijo de María, pues seguramente ella era ya viuda; ya que, de otro modo, hubieran dicho que era hijo de José y de María. La gente de Nazaret,

hablando de Jesús, dice: *¿No es este acaso el carpintero, el hijo de María?* (Mc 6, 3).

La Sagrada Familia estaba tan unida que eran tres en uno. Alguien los ha llamado la trinidad en la tierra. Los tres Corazones eran uno solo. Yo me los imagino así: Un gran corazón, el Corazón divino de Jesús, y dentro de él, el Corazón inmaculado de María; y dentro del Corazón de María, el castísimo Corazón de José. Tres corazones en UNO. ¿Por qué? Porque el mejor medio para llegar a María es José y el mejor medio para llegar a Jesús es María. El camino más rápido para llegar a Jesús es por José y por María: José, María y Jesús.

Dice san Juan Eudes: *Después de Dios, san José tiene el primer puesto en el Corazón de María, porque María es toda de José como la esposa es del esposo; así el Corazón de María es de José. Por otra parte, es claro que Jesús es un solo Corazón con María, y como María es un solo Corazón con José, resulta que José tiene un solo Corazón con Jesús y con María.*

San Leonardo de Puerto Mauricio (+1751) dice: *La escalera, que conduce al cielo, tiene tres escalones: Jesús, María y José. Vuestras oraciones son confiadas, en primer lugar, a san José, José las entrega a María, y María a Jesús. Descendiendo, las respuestas pasan de Jesús a María, y María las ofrece a José. Jesús hace todo por María, porque es su hijo. Y José lo obtiene todo por ser esposo de María y padre de Jesús.*

Consagrémonos a los tres Corazones y vivamos dentro de ellos para estar bien protegidos y defendidos de toda adversidad.

Un poco de historia

Cuando la Sagrada Familia huyó a Egipto, tuvo que hacer un largo y peligroso camino por el desierto durante unos 20 días. Según una antigua tradición, se establecieron en Matarieh, a las afueras de El Cairo, cerca de Heliópolis, lo que supone unos 500 kms de recorrido desde Belén. San José, llevando al niño Jesús a Egipto, se convierte así en el primer misionero. Quizás, por eso, no fue una casualidad que en Egipto floreció el cristianismo en los primeros siglos, dando lugar a grandes teólogos y monjes santos como Orígenes, san Cirilo de Alejandría, san Antonio Abad y tantos miles de monjes, que vivieron en el desierto de la Tebaida, entregando totalmente sus vidas a la oración y al servicio de Dios. Quizás, por ello, tampoco es casualidad que el culto a san José se desarrolló en Egipto mucho antes que en otros sitios.

Después de la muerte de José, de Jesús y de María, quedaron en Nazaret algunos familiares de José. Según dice el gran historiador cristiano san Eusebio de Cesarea (275- 339) en su *Historia eclesiástica* (libro 3, XIX), tomando como referencia al historiador judeocristiano Hegesipo, *hasta el siglo II había familiares de José en Nazaret; parientes, por tanto, de Jesús, que tuvieron un papel muy importante en la conservación de la memoria cristiana del lugar y que incluían referencias a san José.*

Hay autores del siglo II, como san Justino y san Ireneo, que hablan de san José al hablar de María o del misterio de la Redención. En este mismo siglo, Orígenes y Julio el Africano también lo mencionan frecuentemente. En el siglo IV, san Agustín, san Ambrosio y san Jerónimo hablan ya mucho de su virginidad, de su paternidad espiritual sobre Cristo y de su verdadero matrimonio con María, presentando a José como modelo de virtudes cristianas. En este mismo siglo IV, ya existía la fiesta de san José entre los coptos, que la celebraban el 20 de julio.

El escritor Nicéforo Calixto en su *Historia eclesiástica* (libro 8, cap 30, PL 146, 113) nos asegura que en la gran basílica construida por santa Elena, la madre de Constantino, en el siglo IV, había una capilla dedicada a san José.

En 1888, en unas excavaciones en la antigua ciudad de Cartago del norte de África, se encontró un bello relieve del siglo IV, donde está de pie san José, teniendo a su lado a la Virgen sentada con el niño Jesús en su regazo. También en las catacumbas de Santa Priscila en Roma, se ha encontrado una imagen de los magos, adorando a Jesús, donde está también José al lado de María.

En los siglos VII-VIII aparece el nombre de san José en los calendarios litúrgicos y en los martirologios. En 1129 ya se conoce una iglesia dedicada a san José en Bolonia (Italia). En esta época, se encuentra en Palestina una iglesia, restaurada por los cruzados con la inscripción *Joseph virum Mariae* (José, esposo de María). En este siglo XII está el gran devoto de María san Bernardo (+1153), que también fue muy devoto de san José. Otros grandes panegiristas o eminentes propagadores de la devoción a san José fueron: santo Tomás de Aquino (+1274), santa Gertrudis (+1310), santa Margarita de Cortona (+1297), santa Brígida de Suecia (+1373), san Vicente Ferrer (+1419), san Bernardino de Siena (+1444)...

Es de destacar entre todos los devotos de san José a Juan Gerson (1363-1429). Llegó a ser canciller de la universidad de París en 1395. El 17 de agosto de 1413 escribió una carta a todas las iglesias de la cristiandad y, en especial, a todas las dedicadas a la Virgen María, para proponerles una fiesta en honor del matrimonio de José y María. Decía: *Os exhortamos y rogamos encarecidamente con todas nuestras fuerzas que celebréis con oficio solemne el virginal desposorio de José con María*. Él mismo había compuesto un oficio para la fiesta propuesta. Cuando asistió, como representante del rey de Francia, al concilio de Constanza el 8 de setiembre de 1416, les habló a los padres conciliares de la conveniencia de crear una fiesta en honor del matrimonio de José y María. Y compuso un inmenso poema a san José de 4.800 versos, llamado *Josephina*. Él creía que san José tuvo el privilegio de ser santificado en el vientre de su madre como Jeremías y Juan Bautista, que había sido confirmado en gracia y que estaba libre de la concupiscencia. También creía en la Asunción de José en cuerpo y alma a los cielos, aunque en algunos textos manifiesta dudas. Pero en todos sus escritos, propicia mucho la devoción a san José.

Otro gran devoto de san José fue Isidoro de Isolano, que en 1522 escribió un tratado sistemático sobre san José. Se llama *Summa de donis sancti Joseph* (Conjunto de dones de san José).

En él escribe unas frases proféticas sobre san José. Dice así: *Se levantarán templos en honor del santo patriarca; se celebrarán fiestas en que los pueblos le 16 expresarán su agradecimiento. Insignes varones, ilustrados por Dios, al investigar las riquezas encerradas en san José, hallarán un gran tesoro, cual no lo hallaron en los Padres del Antiguo Testamento. Se le consagrará una fiesta principal y venerable. Porque el Vicario de Cristo en la tierra, bajo la inspiración del Espíritu Santo, mandará que la fiesta del padre putativo de Cristo, del esposo de la Reina del mundo, del hombre santísimo, se celebre en todas las regiones, adonde se extiende el imperio de la Iglesia militante.*

A partir del siglo XVI, tomó mucho impulso esta devoción especialmente con el testimonio de santa Teresa de Jesús (+1582), de san Juan de la cruz y de los carmelitas en general. Fray Jerónimo Gracián, confesor de santa Teresa, escribió en Roma en 1597, su Josefina, proclamando los dones y privilegios de san José. El Papa Gregorio XV en 1621 estableció la fiesta de san José. Benedicto XIII en 1726, colocó a san José en la letanía de los santos. En Brasil, en el siglo XVIII, se difundió la devoción a los Tres Corazones de Jesús, María y José. En 1870, el Papa Pío IX lo nombró patrón de la Iglesia universal. León XIII, en la encíclica *Quamquam pluries*, en 1889, exhorta a rezar el rosario e invocar a san José. En 1955, Pío XII, instituye la fiesta de san José obrero el 1 de mayo. Juan XXIII lo nombra patrono del concilio Vaticano II y coloca su nombre en el canon de la misa. En 1989, el Papa Juan Pablo II publicó la exhortación pastoral *Redemptoris custos* (custodio del Redentor) y el año 2004 regaló su anillo papal para el cuadro de san José de su iglesia natal de Wadowice, en Polonia.

Como curiosidad, digamos que algunos países han nombrado a san José como su patrono: Austria, Bélgica, Canadá (1624), China (1678), Corea, Croacia, Vietnam y el Perú. En 1557 fue nombrado patrono general de México. En 1679 se nombró a san José patrono de todos los dominios españoles. En 1655 se consagraron a san José, Perú y Bohemia. San José es patrono del Perú desde 1828.

Privilegios de san José

Hay algunos teólogos y santos que opinan que san Juan Bautista y Jeremías fueron santificados en el vientre de su madre, y que esto debe decirse con mucha más razón de san José. Así lo afirman, entre otros, Gerson, Isidoro de Isolano, Bernardino de Bustos, san Alfonso María de Ligorio y la venerable María de Jesús de Ágreda, que dice: San José fue santificado en el vientre de su madre a los siete meses de su concepción. Y sigue diciendo ella misma:

Algunos privilegios he entendido que, por su gran santidad, le concedió el Altísimo para los que le invocaren como intercesor. El primero es para alcanzar la virtud de la castidad y vencer los peligros de la sensualidad carnal. El segundo para alcanzar auxilios poderosos para salir del pecado y volver a la amistad de Dios. El tercero para alcanzar por su medio la gracia y devoción de María Santísima. El cuarto, para conseguir buena muerte y, en aquella hora, defensa contra el demonio. El quinto, que temiesen los mismos demonios oír el nombre de san José. El sexto, para alcanzar salud corporal y remedio en otros trabajos. El séptimo privilegio, para

alcanzar sucesión de hijos en las familias. Estos y otros muchos favores hace Dios a los que, debidamente y como conviene, le piden por la intercesión de san José; y pido yo a todos los fieles hijos de la santa Iglesia que sean muy devotos suyos, y conocerán estos favores por experiencia, si se disponen como conviene para recibirlos y merecerlos.

Asunción de san José

Uno de los especiales privilegios concedidos por Dios a san José, según algunos santos, es el de su Asunción al cielo en cuerpo y alma. Así lo expresa el famoso teólogo español Suárez, San Pedro Damiano y san Bernardino de Siena, san Francisco de Sales, san Alfonso María de Liguori, la venerable Madre María Jesús de Ágreda, Bossuet, san Enrique de Ossó y Cervelló y otros.

¿Por qué motivo? Porque Cristo es, sobre todo, redentor de sus padres, a quienes amó con un amor total y a quienes santificó con tal plenitud que los hizo prototipo de los demás redimidos. Además, porque José tuvo una misión universal especialísima y porque parece razonable que la Sagrada Familia, predestinada a iniciar una vida divina del linaje humano con anterioridad a todos los demás, inicie también la vida gloriosa de la resurrección antes que todos los demás.

Gerson, el gran devoto de san José, habló de la resurrección y de la Asunción de san José al cielo en cuerpo y alma en el sermón pronunciado en el concilio de Constanza el 8 de setiembre de 1416.

El famoso italiano Isidoro de Isolano (+1528), llamado el profeta de san José, en su obra *Somma dei doni di san Giuseppe*, escrita en 1522, dice: *El evangelio atestigua que los cuerpos de muchos santos resucitaron después de la pasión del Salvador (Mt 27, 52-53). Y estamos persuadidos que, entre ellos, se encuentra, sin duda alguna, el de José... Además, es propio del hijo honrar a su padre y cuidar de su cuerpo después de muerto. Por eso, Cristo, al resucitar los cuerpos de muchos santos, no podía dejar en el sepulcro el cuerpo de su padre putativo... Igualmente, podemos creer que, si en vida honró a José más que a todos los otros, llamándole padre, también lo ensalzaría por encima de todos después de su muerte.*

San Pedro Damiano (1007-1072) habla de la Asunción de san José, en el Sermón sobre san Juan Bautista. El venerable Bernardino de Bustos refiere que, estando san Bernardino de Siena (+1444) predicando en la ciudad de Padua sobre la Asunción de José en cuerpo y alma a los cielos, vieron los oyentes sobre la cabeza del santo predicador, una cruz como de oro refulgente, despidiendo embelesadores rayos de luz.

Estaba diciendo lo siguiente: *Devotamente se debe creer, pero no afirmar como de fe, que el benignísimo Jesús, Hijo de Dios vivo, con igual privilegio adornó a su padre adoptivo que a su madre Santísima; y que así como, cuando murió la Santísima Virgen, se la llevó al cielo en cuerpo y alma, así también el día que resucitó Jesús, se llevó consigo al justísimo patriarca san José con la gloria de la resurrección; a fin de que así como aquella santa familia, a saber, Cristo, María y*

José, vivieron juntos en la tierra una vida laboriosa y en conforme gracia, así con amorosa gloria reinen en el cielo en cuerpo y alma.

San Leonardo de Puerto Mauricio afirma: *Decid que san José, al morir, fue transportado al empíreo en cuerpo y alma por privilegio particular anotado en los Proverbios: Todos los de su casa van vestidos con doble estola (Prov 31, 21), es decir, los de la familia de la mujer fuerte, o de la Virgen María, llevan doble estola, entendiendo los sagrados intérpretes por doble estola, la glorificación del alma y del cuerpo.*

El gran teólogo español Francisco Suárez (1548-1617) dice hablando de san José: *No dejaré de advertir que, conforme a una opinión bastante aceptada, se hace cosa probable que nuestro santo reina con Cristo en la gloria en cuerpo y alma; porque, como murió antes que Nuestro Señor, es verosímil que fue de aquellos que resucitaron al tiempo de la muerte o resurrección del Salvador, los cuales resucitaron a vida inmortal de alma y cuerpo.*

La Madre María de Jesús de Ágreda (1602-1665) dice: *El día de la resurrección, con toda belleza y gloria, se levantó nuestro Salvador del sepulcro y, en presencia de los santos y patriarcas, prometió al linaje humano la resurrección universal como efecto de la suya en la misma carne y cuerpo de cada uno de los mortales y que en ella serían glorificados los justos. En prendas de esta promesa y como en rehenes de la resurrección universal, mandó Su Majestad a la almas de muchos santos que allí estaban, se juntasen con sus cuerpos y los resucitasen a inmortal vida. Al punto, se ejecutó este divino imperio y resucitaron los cuerpos que, anticipando el misterio refiere Mateo (Mt 27, 52). Y, entre ellos, fueron santa Ana, san José y san Joaquín, y otros de los antiguos Padres y Patriarcas, que fueron más señalados en la fe y esperanza de la Encarnación y con mayores ansias la desearon y pidieron al Señor. Y, en retorno de estas obras, se les adelantó la resurrección y gloria de sus cuerpos.*

Dice san Francisco de Sales: *No hemos de dudar en manera alguna de que este glorioso santo goza en el cielo de mucho crédito ante Aquel que tanto le favoreció hasta el punto de elevarlo hasta allí en cuerpo y alma; lo cual es tanto más probable cuanto que no nos queda de él ninguna reliquia en la tierra; y me parece que nadie puede dudar de ello, porque ¿cómo pudo negar a san José esta gracia Aquel que se le mostró obediente durante toda su vida?... Y, si es verdad, cosa que debemos creer, que en virtud del Santísimo Sacramento que recibimos, nuestros cuerpos resucitarán el día del juicio, ¿cómo podemos dudar de que hizo subir consigo a los cielos en cuerpo y alma al glorioso san José que había tenido el honor y había recibido la gracia de llevarlo con tanta frecuencia en sus brazos, en los cuales Nuestro Señor tanto se complacía?*

Es pues indudable que san José está en el cielo en cuerpo y alma. ¡Qué dichosos seríamos, si mereciésemos tener parte en sus santas intercesiones! Porque nada se le niega ni por parte de Nuestra Señora ni de su glorioso esposo.

Es interesante anotar que el Papa Juan XXIII, en la homilía pronunciada en la fiesta de la Ascensión, el 26 de mayo de 1960, con motivo de la canonización de Gregorio

Barbarigo, expresó su opinión personal de que san José está en el cielo en cuerpo y alma; y la expuso como opinión aceptable. Dijo literalmente en italiano: *così piamente noi possiamo credere (así nosotros podemos piadosamente creer)*.

Por supuesto, que no es dogma de fe la Asunción de san José, pero esperamos que lo sea en un futuro no muy lejano. Como diría el gran filósofo católico Jean Guitton: *Tengo la impresión de que no ha llegado todavía el tiempo de san José. No ha salido de la sombra, apenas está comenzando a salir. Veréis que el futuro nos reserva muchas bellas sorpresas sobre él.*

San José y los moribundos

Dice la palabra de Dios: *Mucho vale a los ojos de Dios la muerte de los que le aman (Sal 116, 15). Bienaventurados los que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, para que descansen de sus trabajos, pues sus obras los acompañan (Ap 14, 13).*

La muerte es una de las realidades más ciertas y más trágicas de la existencia humana. Todos, tarde o temprano, debemos morir. Pero ¡qué diferencia entre morir desesperados o morir en paz con Dios! San José tuvo la suerte de morir entre los brazos de Jesús y de María. Su muerte fue un paso tranquilo a la eternidad. Veamos lo que nos dice al respecto la beata Ana Catalina Emmerick:

Cuando José murió, estaba María sentada a la cabecera de la cama y lo tenía en brazos, mientras Jesús estaba junto a su pecho. Vi el aposento lleno de resplandor y de ángeles. José, cruzadas las manos en el pecho, fue envuelto de lienzos blancos, colocado en un cajón estrecho y depositado en la hermosa caverna sepulcral, que un buen hombre le había regalado. Fuera de Jesús y María, unas pocas personas acompañaron el ataúd, que vi, en cambio, entre resplandores y ángeles.

La venerable María de Jesús de Ágreda dice: *Jesús le dio la bendición y le dijo: Padre mío, descansa en paz y en la gracia de mi Padre celestial y mía. A mis profetas y santos, que te esperan en el limbo, dales alegres nuevas de que llega ya su redención. En los brazos de Jesús expiró el santo y felicísimo José, y Jesús le cerró los ojos. Y, al mismo tiempo, una multitud de ángeles, que asistían con su Rey y Reina, hicieron dulces cánticos de alabanza con voces celestiales y sonoras. Luego, llevaron su alma al limbo de padres y profetas..., donde causó nueva alegría ante aquella innumerable redención.*

El pueblo cristiano, basándose en la dicha de José de haber muerto en los brazos de Jesús y de María, lo ha considerado siempre como abogado y protector de los agonizantes. Y así lo ha corroborado la Iglesia con su autoridad. El Papa Benedicto XV, el 25 de julio de 1920, escribió: *Habiendo la Sede apostólica aprobado diversos modos de honrar al santo patriarca, celébrense con toda la solemnidad posible los miércoles y el mes que le está dedicado (marzo), en todas y cada una de las diócesis a instancia de los obispos. Pero, principalmente, como es singular protector de los moribundos, pues a su muerte estuvieron presentes el mismo Jesús y María, fomenten los venerables hermanos aquellas asociaciones piadosas, que fueron fundadas para orar a san José por los moribundos como la de la “Buena muerte” y*

la del “Tránsito de san José”, a fin de que ayude con toda su autoridad a favor de los agonizantes.

El Papa Pío XI, en las letanías de san José, aprobadas el 21 de marzo de 1935 dice: *Patrono de los moribundos, ruega por nosotros. En el Catecismo de la Iglesia católica se nos aconseja: Pedir a la Madre de Dios que interceda por nosotros en la hora de nuestra muerte y confiarnos a san José, patrono de la buena muerte (Cat 1014).*

Veamos un ejemplo: La venerable Ana de San Agustín (1555-1624), carmelita descalza, era muy devota de san José y estando ya agonizante, vinieron a llevársela al cielo Jesús, san José y santa Teresa de Jesús. Viendo la moribunda su celda convertida en un cielo, dio muestras de alegría extraordinaria. En cierto momento, exclamó tres veces: *¡Mis padres! Refiriéndose a san José y santa Teresa...* Una carmelita de gran virtud, que moraba en distinto convento, estando rogando por la enferma, la vio subir al cielo entre san José y santa Teresa de Jesús, seguida de gran número de ángeles y santos, que componían el triunfal cortejo. Así honra san José en la hora de la muerte a los que le honran en vida y le piden la gracia de una buena muerte.

San Vicente Ferrer (1350-1419), predicando un día el sermón de la fiesta de la Navidad, contó lo siguiente: *Un mercader de Valencia (España) invitaba a su casa todos los años el día de Navidad a un pobre anciano y a una mujer con su hijo pequeño, pues le representaban a la Virgen con el niño Jesús y san José. Se sabe que, a su muerte, se le aparecieron la Virgen con el Niño y José diciéndole: Por recibirnos en tu casa, te recibiremos a ti en la nuestra.*

El más santo de los santos

Después de la Virgen María, nadie ha habido ni habrá más santo que José. Su cercanía a María y a Jesús le hizo alcanzar el más alto grado de santidad. Él fue testigo excepcional de la Encarnación. Vio a Cristo recién nacido y lo tomó en sus brazos y lo abrazó con los más puros afectos. Y él mismo le puso el nombre, como jefe de familia. Algunos, por eso, lo llaman a José la sombra del Padre, porque el Padre celestial lo delegó para hacer sus veces en la tierra; como su representante, para cuidar a su Hijo y ayudarlo en todo como buen padre. San Agustín llamaba a san José padre de Cristo y san Bernardo padre de Dios. Los evangelios lo nombran varias veces como padre de Jesús. ¿Puede decirse algo más grande de algún santo que ser padre de Jesús y, a la vez, ser esposo de María, la persona humana más santa que ha existido, existe y existirá?

Decía san Juan Damasceno: *José es esposo de María, nada mayor puede decirse. San José es el camino más corto, más rápido y más seguro para llegar a María, mediadora de todas las gracias. La Virgen María a nadie amó más en la tierra, después de Jesús, que a José; lo amó con un amor total y sponsal. ¿Quién puede calcular el poder de intercesión de José ante su esposa María y ante su hijo Jesús? Su patrocinio y su poder de intercesión es superior al de todos los demás santos y ángeles, sin duda alguna.*

Ubertino de Casale, un italiano gran devoto de san José de fines del siglo XIII, en su obra *Arbor vitae crucifixae*, dice: *En todo matrimonio, la unión de corazones se realiza hasta el punto que el esposo y la esposa se consideran como una sola persona o, como dice la Biblia, como una sola carne, como una sola realidad en dos personas. Así José se asemejó a su esposa. ¿Cómo podía el Espíritu Santo unir tan estrechamente el alma de María Virgen a otra alma, si ésta no hubiera sido semejante a ella en la práctica de la virtud? Yo estoy convencido de que san José fue el hombre más puro en virginidad, más profundo en humildad y más elevado en contemplación.*

San Gregorio Nacianceno (330-390) escribió: *El Señor ha reunido en José como en el sol, toda la luz y el esplendor que los demás santos tienen juntos.*

El padre José María Vilaseca (1831-1910), fundador de los Institutos de Misioneros josefinos, dice: *El poder de san José sobrepuja con mucho el poder de todos los ángeles y de todos los santos juntos, porque él es, a la vez, poderoso en el corazón de Dios y en el corazón de María.*

El Papa León XIII en la encíclica *Quamquam pluries* dice: *No hay duda que san José se acercó más que cualquier otra persona a la supereminente dignidad por la que la Madre de Dios es ensalzada por encima de todas las criaturas creadas. Y el Papa Pío XI dijo: Entre Dios y José no distinguimos ni podemos distinguir otro mayor que María Santísima por su divina maternidad.*

Esto quiere decir que José, no sólo es mayor que cualquier otro santo, sino también que cualquier ángel. Algunos autores, para reafirmar esta idea de que José es mayor que los ángeles, citan el texto: ¿A cuál de los ángeles dijo Dios alguna vez: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy; y luego: Yo seré para Él Padre y Él será Hijo para mí? (Heb 1, 5). Estas palabras de Dios Padre, con relación a su Hijo Jesús, también las podría decir, en cierto modo, san José, pues ¿qué ángel podría decir a Jesús como José: Tú eres mi hijo?

San José es patrono de la Iglesia universal. A san Miguel arcángel también se considera patrono y protector de la Iglesia universal; pero la Iglesia solamente lo ha declarado solemnemente como tal a san José. Además, san Miguel es patrono de la Iglesia en cuanto que la defiende de Satanás y de todos sus ejércitos infernales. Su oficio es el de defender la Iglesia; en cambio, el oficio de san José es obtener inmensos favores para Ella, pues su intercesión ante Jesús y María es más poderosa que la de ningún otro, porque nadie ha estado más cerca de ellos que san José.

En resumen, san José es el más santo entre todos los santos y ángeles, y nosotros podemos sentirnos orgullosos de él y llamarle, como algunos santos, nuestro padre y señor.

Los Papas y san José

Benedicto XIII, en 1725, fijó definitivamente la fiesta de los desposorios de José y María para el 23 de enero. Este mismo Papa, el 19 de diciembre de 1726, mandó colocar el nombre de san José en las letanías de los santos.

El **Papa Pío IX**, queriendo poner la Iglesia bajo la especial protección de san José, lo nombró patrono de la Iglesia universal el 8 de diciembre de 1870, por la encíclica *Quemadmodum Deus*. Eran tiempos muy difíciles, pues el Papa estaba prisionero en su palacio del Vaticano. Unas semanas antes, las tropas piemontesas se habían apoderado de Roma. El mismo día de la proclamación de san José como patrono de la Iglesia, los fieles de Roma, que habían asistido a los oficios, fueron insultados y maltratados a la salida de la Iglesia. Por la noche, bajo las ventanas del Vaticano, unos indeseables gritaron: ¡Muera el Papa!

Este mismo Papa, en su Breve *Inclytun Patriarcham*, del 7 de julio de 1871, dice: *El ilustre patriarca, el bienaventurado José, fue escogido por Dios prefiriéndolo a cualquier otro santo para que fuera en la tierra el castísimo y verdadero esposo de la Inmaculada Virgen María y el padre putativo de su Hijo único. Y con el fin de permitir a José que cumpliera a la perfección un encargo tan sublime, lo colmó de favores absolutamente singulares. Por eso, es justo que la Iglesia católica, ahora que José está coronado de gloria y honor en el cielo, lo rodee de magníficas manifestaciones de culto y lo venera con una íntima y afectuosa devoción.*

León XIII, en la encíclica *Quamquam pluries*, del 15 de agosto de 1889, dice: *Las razones por las que el bienaventurado José debe ser considerado especial patrono de la Iglesia y por las que, a su vez, la Iglesia espera muchísimo de su tutela y patrocinio, nacen principalmente del hecho de que él es el esposo de María y padre putativo de Jesús... José, en su momento, fue el custodio legítimo y natural, cabeza y defensor de la Sagrada Familia... Es, por tanto, conveniente y sumamente digno del bienaventurado José que, lo mismo que entonces solía tutelar santamente en todo momento a la familia de Nazaret, así proteja ahora y defienda con su celeste patrocinio a la Iglesia de Cristo.*

Pío XI declaró el 19 de marzo de 1935: José es quien lo puede todo cerca del divino Redentor y cerca de su divina Madre, de una manera y con una autoridad que superan las de un simple depositario. Y el 19 de marzo de 1938 decía: *La intercesión de María es la de la madre, no vemos qué es lo que su divino Hijo podría negarle a tal madre. La intercesión de José es la del esposo, la del padre putativo, la del jefe de familia; no puede dejar de ser todopoderosa, pues nada pueden negarle Jesús y María a José, que les consagró toda su vida y a quien realmente debieron los medios de su existencia terrestre.*

El Papa **Benedicto XV** incluyó el nombre de san José en las invocaciones Bendito sea Dios, después de la Exposición del Santísimo Sacramento. **Pío XII** en 1955 designó el primero de mayo como fiesta de san José obrero, encomendando a todos los obreros del mundo a su patrocinio.

Juan XXIII era muy devoto de san José a quien lo nombró patrono del concilio Vaticano II y estableció que se incluyera su nombre en el canon de la misa.

Pablo VI dijo: *san José fue un hombre pobre, honesto, laborioso, pero tiene una insondable vida interior. San José es un hombre comprometido, todo para María y para Jesús. Para él los trabajos, las responsabilidades, los riesgos, los afanes de la pequeña y singular familia. Para él, el servicio; para él, el trabajo; para él, el sacrificio en la penumbra del cuadro evangélico, en el cual nos place contemplarlo y ciertamente con razón llamarlo dichoso y bienaventurado... San José es el modelo de los humildes que el cristianismo eleva a grandes destinos; san José es la prueba de que para ser buenos y auténticos seguidores de Cristo, no se necesitan grandes cosas, sino que se requieren solamente las virtudes comunes, humanas, sencillas, pero verdaderas y auténticas* (Homilía del 19 de marzo de 1969). “San José es el hombre justo, que lleva consigo todo el patrimonio de la antigua Alianza” (*Redemptoris custos*).

Apariciones de san José

- El 7 de junio de 1660, el pastor Gaspar Ricard d'Estienne se refugió con sus animales a la sombra de los árboles del cerro del Bessillon, en la provincia de Var, municipio de Cotignac (Francia). Estaba sediento, pues hacía mucho calor. De pronto, un hombre de contextura imponente surgió delante de él y señalando una roca, le dijo:

- Yo soy José. Levanta esa roca y beberás.
- No podré, es demasiado pesada.
- Sí podrás.

Entonces, el pastor se acerca y con gran sorpresa mueve la roca al primer intento. Y una fuente de agua viva comienza a fluir en el lugar. Gaspar corre y bebe con avidez. Cuando se levanta, el hombre había desaparecido. El pastor corre a anunciar la novedad al pueblo, donde nadie le cree. Pero algunas personas deciden seguirlo para ver el supuesto manantial. A su llegada, todos gritan de alegría, porque el agua corre en abundancia desde hace tres horas y todos constatan que la roca que Gaspar movió tan fácilmente, no se mueve, si no la empujan al menos ocho hombres juntos. Entonces, Gaspar adquiere conciencia de la fuerza que le fue dada por el cielo y exclama:

- *El que estaba ahí era san José, él me dio fuerza.*

Todos se arrodillan y le dan gracias a san José. Posteriormente, las curaciones obtenidas por la aplicación del agua milagrosa atraen multitudes hacia el cerro del Bessillon. El culto a san José, hasta entonces inexistente en la comarca, toma un impulso extraordinario y se extiende rápidamente por toda la Provenza. Y con los donativos recibidos y con la aprobación del obispo de Fréjus, se construye una capilla en el lugar. El rey de Francia Luis XIV decretó que, a partir de ese momento, la fiesta de san José fuera día festivo en todo el reino de Francia. Al año siguiente, el 19 de marzo de 1661, el rey consagró Francia a san José.

- El 21 de agosto de 1879 se aparece la Virgen María en el pueblecito irlandés de Knock. A su derecha estaba san José y a su izquierda san Juan Evangelista. Estas

apariciones fueron aprobadas por la Iglesia y el santuario de Knock es actualmente el santuario mariano nacional de Irlanda.

- En las apariciones de Fátima, les decía la Virgen María a los tres pastorcitos el 13 de setiembre de 1917: *Continuad rezando el rosario para alcanzar el fin de la guerra. En octubre vendrá también Nuestro Señor, Nuestra Señora de los Dolores y del Carmen, y san José con el Niño Jesús para bendecir al mundo. Y llegó la esperada fecha y última de las apariciones del 13 de octubre de 1917, que fue el día del gran milagro del sol, visto hasta a 50 kms de distancia del lugar por más de 100.000 personas. Dice Lucía en sus Memorias: María, abriendo las manos, las hizo reflejarse en el sol. Y mientras se elevaba, continuaba el reflejo de su propia luz, proyectándose en el sol. Desaparecida Nuestra Señora en la inmensa distancia del firmamento, vimos al lado del sol a san José con el Niño, y a Nuestra Señora, vestida de blanco con un manto azul. San José con el Niño parecían bendecir al mundo con unos gestos que hacían con la mano en forma de cruz. Poco después, desvanecida esta aparición, vimos al Señor y a Nuestra Señora, que me daba la idea de ser Nuestra Señora de los Dolores. Nuestro Señor parecía bendecir al mundo de la misma forma que san José. Se desvaneció esta aparición y me parecía ver todavía a Nuestra Señora en forma semejante a Nuestra Señora del Carmen.*

- En Zeitún, un suburbio de El Cairo (Egipto), donde según la tradición estuvo la Sagrada Familia, se apareció nuestra Madre la Virgen María desde el 2 de abril de 1968 hasta setiembre de 1970 en la cúpula exterior de una iglesia copta. Fueron apariciones que todos podían ver. A veces, se reunían hasta 100.000 personas, y las apariciones duraban desde un cuarto de hora hasta dos horas o más. El 8 de junio de 1968 duró desde la nueve de la noche hasta las cuatro de la mañana. No hablaba, pero sonreía a todos. Allí se reunían musulmanes, judíos, coptos, ateos, católicos y cristianos de distintas denominaciones. En algunas ocasiones, la Virgen María aparecía rodeada de ángeles, pero en dos ocasiones vino también como Sagrada Familia con san José y el niño Jesús. Su mensaje, sin palabras, estaba claro para todos: era la Madre de todos y a todos quería salvar y bendecir en unión con Jesús y con José.

- El 13 de mayo de 1944 se aparece la Virgen María con el Niño Jesús y san José en Ghiaie di Bonate, provincia de Bergamo, en Italia. Se le llama la Virgen de la familia. Se le aparecía a la niña de siete años Adelaida Roncalli. En seis oportunidades, entre el 13 de mayo y el 13 de julio de este año 1944, tuvo lugar el milagro del sol que fue visto por miles de personas y que fue captado por el observatorio astronómico de Venecia a más de 200 kms del lugar, y del que hablaron los periódicos al día siguiente. La Virgen pedía oración y penitencia para la conversión de los pecadores. San José y el niño Jesús no hablaron, pero sonreían dulcemente.

Es importante anotar aquí lo referente a las supuestas apariciones de María en Itapiranga, Brasil, en 1994. Se le aparece al joven de diecisiete años Edson Glauber. En algunas ocasiones, María se le aparecía con el niño Jesús en brazos de san José. Le habló también de la consagración al Corazón castísimo de san José. San José se aparecía con un corazón en el pecho y, dentro de su corazón, había una M

con una cruz, simbolizando a María y a Jesús, como si estuvieran siempre unidos los tres corazones.

En estas apariciones de Brasil, todavía no aprobadas por la Iglesia, al igual que las de Ghiaie di Bonate, le habló al joven de la veracidad de las apariciones de Ghiaie di Bonate, de las que el joven ni siquiera había oído hablar ni conocía el lugar, pero su director espiritual, un sacerdote italiano, sí sabía. El joven Edson ha visitado Ghiaie di Bonate y tuvo allí mismo algunas apariciones de María, que pide el rezo del rosario y mucha oración y penitencia para salvar a los pecadores.

Veamos ahora algunos casos más de apariciones de san José.

El miércoles de ceniza 16 de febrero de 1575, iba santa Teresa de Jesús, acompañada de dos sacerdotes, a fundar un convento a Beas de Segura (Jaén). Celebraron el miércoles de ceniza en la parroquia de santa María de los Olmos de Torre, de Juan Abad, provincia de Ciudad Real. Sor Ana de Jesús, testigo presencial de las peripecias de aquel día, dice así: *En Sierra Morena perdieron los carreteros el camino, de manera que no sabían por dónde iban. Nuestra Madre Teresa de Jesús nos mandó, a las ocho monjas que íbamos con ella, que rezásemos a Dios y a nuestro padre san José que nos encaminasen; porque decían los carreteros que íbamos perdidos y que no hallaban remedio de salir de unos riscos altísimos por donde íbamos. Y, al tiempo que la santa nos mandó lo dicho, comenzó desde una hondura muy honda, que con harta dificultad se veía desde lo alto de aquellos riscos en que estábamos, a dar grandes voces un hombre, que en la voz parecía anciano, diciendo: Deteneos, deteneos, que vais perdidos y os vais a despeñar si pasáis por ahí. A estas voces, paramos y los sacerdotes y las personas seglares que iban con nosotras comenzaron a escuchar y a preguntar: "Padre, ¿qué remedio tenemos para salir del estrecho en que estamos?". Él les respondió que echasen hacia una parte, que vimos todos que milagrosamente habían podido atravesar por allí los carros. Quisieron algunos ir a buscar al que nos había avisado y mientras ellos estaban allá, díjonos la Madre con mucha devoción y lágrimas: "No sé para qué los dejamos ir, que era mi padre san José y no lo han de hallar". Y así fue que volvieron diciendo que no habían podido hallar rastro de él, aunque habían llegado a la hondura de donde sonó la voz.*

El padre Jerónimo Gracián, confesor de santa Teresa de Jesús, cuenta el caso de un religioso del monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, que era muy devoto de san José. Un día, salió a dar un paseo solitario por aquellas montañas y se alejó más de lo normal, extraviándose, perdiendo el camino y desorientándose completamente. Sin saber por dónde ir, se encomendó a san José. Al poco rato, se encontró con un desconocido que conducía a una señora montada sobre una burrita y llevando en sus brazos un pequeño niño. Después de los saludos previos, les preguntó por dónde debía tomar el camino para llegar al monasterio, a lo que respondió el desconocido:

- Si quiere usted seguirnos, yo se lo enseñaré, porque difícilmente usted lo hallaría, sobre todo, viniéndose encima la noche. No tema, pues conozco bien estos senderos.

Caminaron largo tiempo, hablando de las cosas de Dios, de modo que el corazón del religioso se sentía inflamado de amor de los bienes eternos. Por fin, llegaron a un lugar que el monje conocía. Entonces, los desconocidos se despidieron y el religioso, al darse la vuelta, no los vio más, pues habían desaparecido. Reflexionando sobre este suceso, cayó en la cuenta de que no podían ser otros que san José con la Virgen y el Niño, que habían venido a sacarlo del apuro y conducirlo seguro al monasterio.

San Juan de la cruz tenía mucha devoción a san José. El sello que usaba en los documentos, representaba el Monte Carmelo coronado por una cruz y con la inscripción: San José. Así aparece en el autógrafo que conservan las religiosas carmelitas descalzas de Sanlúcar la Mayor de Sevilla. Pero esta devoción no la tuvo desde siempre. Hay un hecho en su vida que hizo de él un gran devoto de san José.

Era san Juan de la cruz confesor de las carmelitas descalzas, mientras era Superior del convento de Los Mártires de Granada. Un día, no pudo bajar a confesarlas y encomienda el oficio al padre Pedro de la Encarnación y al padre Evangelista... Al entrar los dos descalzos por la Plaza Nueva, se les hace el encontradizo un hombre. Es de buen talle, tez blanca y sonrosada y tiene el cabello cano. Aparenta unos cincuenta años de edad. Viste traje negro y es de aspecto venerable. Se acerca a los descalzos, los separa y colocándose en medio de ellos, les pregunta de dónde vienen.

- De las monjas descalzas, contesta el padre Pedro.

- Muy bien hacen vuestras reverencias de atenderlas, porque en esta Religión se agrada mucho a Nuestro Señor y la estima Su Majestad en mucho, e irá en aumento. Padres, ¿por qué tienen en su Orden tanta devoción a san José?

- Porque nuestra santa Madre Teresa de Jesús le era muy devota, pues le había ayudado mucho en sus fundaciones y le había alcanzado del Señor muchas cosas; y, por esta causa, las casas que ha fundado las ha intitulado de San José, dice el padre Pedro.

- Mírenme vuestras reverencias a la cara y tengan mucha devoción a este santo, que no le pedirán cosa que no la alcancen de él.

Los descalzos no lo ven más (había desaparecido). Cuando llegan al convento de "Los Mártires", cuentan al Prior lo que les ha pasado. Fray Juan de la cruz no muestra extrañeza alguna y les dice:

- Callen, que no le conocieron; sepan que era san José; habíanse de arrodillar al santo. Y no se les apareció por vosotros, sino por mí, que no le era tan devoto como debía, pero lo seré de aquí en adelante.

El año 1847, unas hermanas de la Congregación de san José de la Aparición, fundadas por santa Emilia de Vialar, estaban viajando desde Francia a Birmania. Como en aquella época no existía todavía el canal de Suez, tuvieron que desembarcar en Alejandría e ir a Suez por el camino del desierto. Dice una de las

protagonistas, la hermana Cipriana: *La ruta se hacía en pésimos carruajes conducidos por los árabes. Nuestras seis hermanas eran todas jóvenes y sin experiencia de los viajes; es más, llevaban veinte mil francos en sus bolsas para los gastos de la ruta, la que no era muy segura... Durante el viaje de Alejandría a Suez, un buen anciano se presentaba a nuestras hermanas cada vez que el carruaje se detenía, y les decía: "Soy yo, hijas mías, no teman nada, yo estoy aquí". El anciano tenía una larga barba y un bastón en la mano. Tomaba sus pequeños paquetes y les ayudaba a descender del carruaje. Esto duró hasta que nuestras queridas hermanas fueron embarcadas en Suez. Luego de haberlas acompañado hasta el barco, el buen anciano dijo aún: "Adiós, hijas mías, buen viaje, no teman nada, yo estoy allí". Y desapareció. Nuestras hermanas se miraban unas a otras en el momento en el cual el navío comenzaba a moverse y, como los discípulos de Emaús, sus ojos se abrieron en ese instante 48 . Y reconocieron que el anciano había sido san José y que había desaparecido sin dejar rastro.*

Precisamente, el nombre de la Congregación: San José de la Aparición, se debió probablemente a una aparición que tuvo la fundadora, según lo contaba su propia sobrina, señora Camille Brusley. En carta al abad Brunet le dice: *Yo no sé si usted tiene conocimiento de la aparición de san José a mi tía en 1880. Ella no habló jamás de esto, pero mi madre (Rosina de Bermond), a quien ella le había hecho la confidencia, me contó que, al comienzo de su vocación, estando absolutamente desesperada por la oposición que encontraba por parte de su padre, se postró de rodillas y rezó con todo su corazón. San José se le apareció y le dijo: "No te desanimes, hija mía, encontrarás obstáculos, tendrás mucho que sufrir y amarguras que soportar, pero tu obra prosperará".*

Dice el famoso apóstol y místico francés padre Lamy (1853-1941): *Comencé a sentir deseos de ser sacerdote el día de la primera comunión a los 11 años. Yo estudiaba, cuando podía, pero sólo podía por la noche y tenía instrucción primaria. Yo no podía entender cómo podría llegar a ser sacerdote. No tenía los medios y me creía incapaz. Estaba desesperado. Y, entonces, se me apareció san José y me confirmó en mi vocación. Me dijo: Serás sacerdote y un buen sacerdote. Desde entonces, hice todos los esfuerzos posibles para llegar a serlo. San José me lo dijo con tono imperativo y extendiendo su mano hacia adelante como para jurar.*

La segunda vez que se me apareció fue en la Courneuve. Me habló de cosas personales. Él es muy bueno, pero tiene la voz tan dulce como la Virgen. Tiene el acento de su país y la voz un poco ronca como la de un oriental. La tercera vez, fue también en la Courneuve, en la sala del jardín, no en la iglesia. Había colocado allí la imagen de san José. Era el 3 de julio de 1917. Las damas de la parroquia la habían limpiado y yo la vi tres o cuatro días después. Cuando entré en la sala, él estaba allí sonriente. Yo le pregunté: ¿Eres san José? El me habla de cosas personales.

Dice san Luis Orión: *Estábamos en marzo de 1900. Eran tiempos en que no teníamos nada, no teníamos pan, y san José vino en nuestra ayuda... Estábamos con mucha necesidad de dinero y nos encomendamos a san José, que es invocado como administrador, o mejor, como proveedor de las casas religiosas como él lo fue*

de la Sagrada Familia... Un día, estábamos sin nada y, exactamente, durante la novena de san José, la antevíspera de su fiesta, parecía que san José no nos quería ayudar. Pero he aquí que se presenta a nuestra puerta un señor que pregunta:

- ¿Dónde está el Superior?
- El portero va a decirme:
- Un señor quiere hablarle.
- ¿Es un acreedor?
- No lo conozco.
- ¿No es el lechero o el carnicero?
- No sé.

Eran tiempos en que detrás de un acreedor venía otro y no me dejaban descansar. Bajé las escaleras aprisa y me encuentro a un señor modestamente vestido, con barba. Y me dice:

- *¿Usted es el Superior? Aquí hay un dinero.*

Y dejó un sobre grueso con dinero. Esto lo recuerdo como si hubiera sido esta mañana. Yo le pregunté, si debíamos celebrar algunas misas a su intención. Él me dijo que no, que debíamos seguir rezando. Yo no lo había visto nunca. Me miró un momento, se inclinó y se fue deprisa. Hubiera querido detenerlo, pero no tuve el coraje. Sin embargo, su presencia y sus palabras me dejaron encantado. Y, mientras salía, los que habían estado presentes me dijeron que el rostro de aquel señor tenía un no sé qué de celestial. Y, entonces, fuimos todos sobre sus pasos a ver dónde iba. Pero aquel hombre salió por la puerta, dio unos pasos, bajando las escaleras exteriores, y no se le vio más ni a derecha ni a izquierda ni en el patio ni en la iglesia. Mandé a dos que fueran a buscarlo, pero no lo encontraron. Apenas había salido y ya había desaparecido.

Vino Monseñor Novelli, le contamos lo sucedido, y dijo:

- Era san José, era verdaderamente san José.
- Yo le hice observar:
- Pero era joven, demasiado joven y con barba rojiza...
- Él me respondió:
- San José no debía ser viejo.

Lo cierto es que en el sobre había tanto dinero como para pagar a todos los deudores más urgentes y más importantes. Y siempre se lo agradecemos a san José.

La venerable Consolata Betrone (1903-1946) escribió en su Diario: El 20 de marzo de 1935 Franca me escribió una carta en la que me anunciaba la enfermedad de mi padre y su angustia. La Madre Priora me repetía, a veces, que debía rezar por mi papá. En la mañana del 17 de abril, en la comunión, yo le ofrecí mi papá a Jesús para que, si era su voluntad, lo llevara con Él antes de que terminara el año. Ese

mismo día moría mi padre. Yo estaba haciendo turno para confesarme y rezaba el rosario, ignorante de su muerte. La Priora no quiso darme la noticia hasta la tarde. ¿Por qué Jesús no me había dicho nada de la muerte de mi padre? Yo le pregunté:

- Jesús, ¿dónde está mi papá?
- Está en el purgatorio, Consolata.
- Líbralo, te lo suplico.
- Lo libraré el sábado por la mañana.
- ¿Hasta el sábado?

En la tarde del Jueves Santo, oí la voz angustiada de mi padre que me decía en dialecto: ¡Sufro tanto! Y Jesús estaba inexorable: No, No, hasta el sábado no lo puedo liberar.

Entonces, me confié a san José, eligiéndolo como mi padre. Y se me apareció con la Virgen María. San José me dijo:

- Consolata, ¿qué tienes? ¿Estás triste?
- San José, mi padre está en el purgatorio y Jesús no quiere liberarlo hasta el sábado por la mañana.
- No te preocupes, lo liberará mañana, Viernes Santo.
- Pero Jesús no quiere, se lo he pedido tanto...
- Oh, a Jesús le mando yo y mañana liberará a tu padre.

El Viernes Santo, cuando estábamos en la función litúrgica, se me aparece mi papá, apenas salido del purgatorio. La vista de mi papá no se borrará jamás de mi mente. Su rostro tenía señales de haber sufrido, pero tenía una paz profunda. Me habló en dialecto y me dijo que iba al paraíso y que allí rogaría por mí y por toda la familia.

El 9 de noviembre de ese mismo año 1935, san José, a quien había nombrado padre, en lugar de su papá muerto, le dice: Te ayudaré en tu misión y te asistiré en el último momento. Soy el protector de los moribundos y el terror de los demonios. En los últimos momentos de tu vida, yo estaré a tu lado espiritualmente, sensiblemente. ¿Estás contenta? El 26 de noviembre de 1938, Jesús le dijo: Te doy a san José por protector hasta el último respiro, para que te ayude y te prepare una santa muerte.

Y ella decía: ¡Es tan bello vivir con mis tres: Jesús, la Virgen y san José!. Con Jesús, María y san José, se disfruta de un cielo anticipado.

El padre Herminio Higuera, párroco de La Felguera (Asturias-España), en una charla que dio el 18 de marzo de 1982 a los Cruzados de Santa María en Valladolid, les contó un hecho personal. Dijo así:

Estaba empeñado en la reconstrucción de la iglesia parroquial y un domingo, a las nueve de la noche, estaba en el despacho parroquial, cuando entró un señor

venerable de unos 65 años, con una barba de unos ocho días, barba blanca. Al verle, me dio una corazonada desde el primer momento. Le dije:

- Siéntese.

- No, no, es un momento. Vengo a entregarle lo que usted necesita.

Yo tenía un Diario donde iba apuntando las colaboraciones de los feligreses para que todos pudieran ver cómo habían colaborado, y tomé el libro para enseñárselo, pero me dijo:

- No, no hace falta.

Me dejó el dinero y salió. Yo salí detrás de él para despedirlo en la puerta. Salí del despacho, crucé el portal, luego la puerta, salí a la plaza y aquel hombre había desaparecido. Y era una plaza con una explanada enorme sin rincones. Yo me quedé mirando a un lado y a otro y no vi nada. Regresé al despacho y guardé el sobre en el cajón bajo llave, sin abrirlo, y me fui a cenar. Aquella noche no pude dormir, yo creía que había sido san José, que se me había aparecido, con una vestimenta sencilla como la blusa de los comerciantes. Al día siguiente, me senté al confesionario temprano, como todos los días, haciendo oración. Después celebré la misa. Fui a desayunar, pero yo estaba intranquilo de toda la noche y me dirijo al despacho parroquial para abrir el sobre, pensando que aquello era un milagro de san José. Abro el sobre y era matemático, exactamente el dinero que necesitaba. Para mí fue un milagro. Eran unos cuantos miles los que debía y ni un céntimo más ni un céntimo menos. Exactito. Eso fue a mi juicio uno de los milagros que san José ha hecho conmigo, aparte de que yo siempre le he tenido mucha devoción desde que me la dio mi madre.

Una religiosa, a quien conozco personalmente y que tiene dones místicos extraordinarios, me contaba confidencialmente algo que le sucedió, cuando tenía unos 10 años de edad y vivía en casa de sus padres. Un día, por la mañana, tocaron a la puerta y ella salió a ver quién era. Vio a una familia muy pobre; el papá tenía un aspecto muy distinguido e iba con barba; sus ojos irradiaban paz y amor. La señora llevaba un niño dormido entre sus brazos e, igualmente, irradiaba amor y ternura. Al verlos, pensó que querían algo de comer, pues eran muchos los que en aquellos tiempos, año 1947, en España, iban pidiendo limosna por los pueblos. Su madre le había dicho siempre que nunca dejara irse a ningún pobre sin darle algo; pero que, al entrar a buscar la comida, cerrara la puerta, pues a un vecino le habían robado.

Ella se sintió tan confiada en presencia de aquella familia pobre que quiso entrar a buscar la comida, dejando la puerta abierta. Entonces, la señora la llamó por su nombre y le dijo que cerrara la puerta. ¿Cómo sabía ella su nombre, si nunca se habían visto? ¿Cómo sabía que debía cerrar la puerta para obedecer a su mamá? La niña le dijo: Si mi mamá estuviera aquí, no les cerraría la puerta. Y se volvió a buscar algo de comida para darles. Pero la señora cerró la puerta. Al regresar, ya no estaban. Preguntó a las vecinas y nadie supo decir dónde estaban, no los pudieron localizar, a pesar de que no podían haber ido muy lejos sin tener medios de transporte.

Esta niña, hoy religiosa, siempre pensó que fue la Sagrada Familia y nunca se olvida de aquella mirada dulce y transparente de san José y de la Virgen, que le inspiraron tanta confianza, amor y ternura hasta el día de hoy.

Milagros de san José

Si fuéramos a escribir todos los favores y milagros, hechos por Dios por intercesión de san José a sus devotos, no tendríamos suficiente espacio en todos los libros del mundo. Por eso, sólo pondremos unos poquitos, como una muestra del gran poder de intercesión de san José, pues, después de María, es el santo más grande y con mayor poder de intercesión.

- Sucedió en Shangai (China) en 1934. El abogado Lo Pa Hong, cristiano fervoroso y padre de nueve hijos, vuelve a su casa al anochecer y ve a un hombre echado en el suelo. Llama a un coolí para trasladarlo al hospital más próximo, pero no lo quieren recibir. Entonces, el buen samaritano lo carga sobre sus hombros y lo lleva a su casa para cuidarlo. Pero, a partir de ese día, piensa en construir un hospital para enfermos pobres. Conoce un cementerio abandonado, que sirve para depurar aguas residuales. Allí, a la caída de la noche, van algunas mujeres para dejar abandonados a sus bebés que, después, serán despedazados y devorados por los perros. Compra el terreno y comienza la construcción; pero, pronto, debe detener la construcción por falta de fondos.

Se encomienda a san José y coloca su imagen en medio del terreno, pidiéndole que le ayude. Después se pone a pedir ayuda por todas partes y recibe tanto dinero que, no sólo puede terminar la construcción del hospital, sino que sigue construyendo más hospitales, un orfanato para niños abandonados, un hogar para mujeres perdidas, un centro para ciegos, otro para inválidos, una escuela profesional para jovencitas, una escuela de artes y oficios, y treinta y tres capillas por toda aquella región. Además, como catequista, prepara y bautiza a 200 personas, entre ellos algunos condenados a muerte, bautizados, antes de la ejecución.

Lo Pa Hong parecía incansable y siguió trabajando hasta el 30 de diciembre de 1937. A los 64 años de edad murió mártir de la caridad, pues dos hombres a sueldo lo asesinaron. ¡Un santo de nuestro tiempo! San José le permitió realizar una obra de caridad sin igual en poco tiempo.

- Un obispo misionero irlandés, Monseñor O.Hair, estuvo ejerciendo el apostolado durante muchos años en Sudáfrica... En una de sus caminatas se pierde. No sabiendo qué hacer, invoca a su ángel de la guarda, a san José y a Nuestra Señora del Buen Consejo, y sigue su camino completamente desorientado. Al fin, llega a un grupo de casas. Precisamente, un campesino está en ese momento trabajando cerca de su casa, y le dice:

- Llega usted en buen momento, pues en la casa vecina hay un hombre que se está muriendo.

El obispo se presenta en casa del moribundo y, a su vista, éste se pone a llorar de alegría, exclamando:

- Yo soy irlandés. Cuando era niño, mi madre me enseñó a rezar a san José, pidiéndole la gracia de una santa muerte. He rezado esta plegaria todos los días de mi vida. A los 21 años, después de haber participado en la guerra, me quedé en África. Cuando caí enfermo, le recé a san José con más fervor aún, y ahora me manda un sacerdote de forma inesperada.

Al día siguiente, el enfermo murió en la paz del Señor, habiendo tenido una buena muerte.

- A finales del siglo XIX, el padre Juan abad de la abadía de Fontfroide (Francia) fue testigo de un favor especial de san José. Él mismo cuenta:

Durante mi estancia en la abadía de Senanque, una tarde el portero me dijo:

- Un señor pregunta por usted.

Voy a su encuentro. Era un hombre apuesto, bien vestido, de modales distinguidos, pero parecía turbado. A pocos pasos de él, pastaba un soberbio caballo negro. Y me dice:

- Yo no lo conozco a usted. Lo he visto de lejos y lo he hecho llamar. Mi caballo me llevó por las rocas y se ha detenido delante de su puerta. ¿Qué casa es ésta?

- Es un monasterio.

- Yo soy el director del circo imperial de Lyon. Mis negocios van de maravilla. Tengo a mis órdenes un personal numeroso, pero estoy atormentado por la idea de suicidarme. Yo nunca conocí a mi padre. A los 7 años perdí a mi madre. Después de la muerte de mi madre, cogí el poco dinero que encontré y me fui al circo vecino. Estaba completamente solo, no tenía parientes ni amigos. El director del circo me trató como a un hijo suyo y, al morir, me dejó su circo. He estado por todas partes, he ganado mucho dinero. Pero, desde hace un tiempo, no sé qué me pasa, me siento desgraciado y me quiero ahogar.

Mi madre me enseñó una oración que me hacía recitar todos los días: "Dios te Salve José, lleno de gracia divina, bendito seas entre todos los hombres y bendito es Jesús, el fruto de tu virginal esposa. San José, destinado a ser padre del Hijo de Dios, ruega por nosotros en nuestras necesidades familiares, de salud y trabajo, y dignate socorrernos en la hora de nuestra muerte. Amén". Recito esta oración todos los días antes de dormir. Hoy llevé mi caballo a orillas del Ródano; pero saltó hacia atrás y escapó. Por primera vez en mi vida, no he sido dueño de mi animal.

Yo lo abracé y él se sintió conmovido. Le dije:

- Usted cenará con nosotros esta noche, dormirá en el duro suelo y mañana pasará el día aquí.

Se quedó tres días con nosotros. Lo instruí en las verdades fundamentales de la fe. Se confesó y comulgó. Después regresó a Avignon totalmente transformado, ordenó sus negocios, vendió su circo, distribuyó el dinero a los pobres y se hizo

religioso. Algunos años más tarde, se sintió aquejado de fiebres altas y murió como un santo, joven aún y desconocido. Vean lo que vale la protección de san José. Él fue fiel a la oración, aun sin comprender lo que decía y sin saber a quién se dirigía, y recibió su recompensa.

- En la noche del 2 de enero de 1885, un anciano se presentó en casa de un sacerdote para pedirle que fuera a ver a una mujer agonizante. El sacerdote siguió al desconocido. La noche era muy fría, pero el anciano parecía no darse cuenta de ello. Iba adelante y decía al sacerdote para tranquilizarlo, pues la zona era de mala fama:

- Yo lo esperaré a la puerta.

La puerta donde se detuvo era una de las más miserables del barrio... Al llegar junto a la moribunda, la moribunda estaba diciendo entre gemidos:

- ¡Un sacerdote! ¡Un sacerdote! ¡Me voy a morir sin sacerdote!

- Hija mía, yo soy sacerdote. Un anciano me llamó para que viniera.

La enferma le confesó los pecados de su larga vida de pecadora y el sacerdote le preguntó si había observado alguna práctica de devoción en su vida.

- Ninguna, respondió, salvo una oración que recitaba todos los días a san José para obtener la buena muerte.

El sacerdote, después de confesarla, le dio la comunión y la unción de los enfermos, y ella quedó muy reconfortada. Cuando el sacerdote llegó a la puerta, no encontró a nadie. Pero, reflexionando sobre el acontecimiento de esa noche y sobre el misterio consolador que había ejercido, sintió nacer en su corazón la convicción de que el caritativo anciano no era otro que el glorioso y misericordioso san José, patrono de la buena muerte.

- El 2 de noviembre de 1853, una joven, inspirada por Dios, concibió la idea de fundar una Congregación para auxiliar a las almas del purgatorio. Consultó con el santo cura de Ars, quien le dio consejos y le ayudó en esta Obra. La fundadora, muy devota de san José, le prometió, que si la Obra se llevaba a cabo, la primera casa fundada sería en su honor. Y la Obra se realizó con el nombre de Auxiliadoras de las almas del purgatorio. Al día siguiente de adquirir una casa en París para comenzar la Obra, un desconocido, que no sabía nada, les hizo regalo de una estatua de san José, como si el mismo san José hubiera querido hacerse presente y declararse protector de la Obra.

- María Repetto había nacido en 1807 en Voltaggio, al norte de Génova. A los 22 años entra en el convento de las Hijas de Nuestra Señora del Refugio en Bisagno. Siendo de salud precaria, la emplean en la costura; luego pasa a la enfermería, y, finalmente, a la portería. Como portera, manifiesta una gran devoción a san José. A los visitantes les aconseja acudir al esposo de María. Si alguien viene a pedir consejo o ayuda, le dice que espere un momento y va a rezar delante de la imagen

de san José en el corredor inmediato. Después de un momento, regresa y da la respuesta adecuada.

En una ocasión, una esposa le pide oraciones porque su marido se había quedado ciego. La religiosa le aconseja rezar a san José y luego va a rezar ante la imagen del santo. Al día siguiente, vuelve la mujer y le dice que su esposo había recobrado la vista. La hermana María, gran devota de san José, fue beatificada por el Papa Juan Pablo II en 1998.

En la ciudad de San Luis en Estados Unidos, el año 1866, hubo una epidemia de cólera que mató durante dos meses a unas 280 personas cada día. En la parroquia de San José, el párroco y superior de la Comunidad de jesuitas, el padre Joseph Weber, les invitó a hacer un compromiso con Dios para construir un monumento a san José, el patrono de la parroquia, si cesaban las muertes. A partir del día en que hicieron la solemne promesa a Dios por medio de san José, se acabaron las muertes en la parroquia, que anteriormente eran alrededor de 25 diarias, sólo en la parroquia.

Ninguna persona de las familias que hicieron el compromiso murió. Esto fue considerado como un milagro. Y cumplieron su promesa. Construyeron un magnífico altar en el presbiterio de la iglesia, el altar principal, que todavía puede verse y que, desde entonces, se llama el altar de las respuestas (a las oraciones). Este milagro fue registrado como un hecho auténtico en los documentos de la parroquia del año 1866, para gloria de san José.

- En la Costa oriental de África florecía, en el siglo XIX, una misión en Manderá. El padre Hacquard ⁵⁷ refiere la fundación de la misión:

Corría el año 1880 y necesitábamos una misión intermedia entre Bagamoyo y Mhomda. Acompañado del padre Machón, emprendí el viaje para buscar un sitio conveniente para establecer un pueblo cristiano, encomendándonos a san José. El día 19 de marzo, fiesta de san José, emprendimos la marcha y nos dirigimos a Udoé, un lugar jamás visitado por ningún europeo. Los indígenas de aquella comarca eran antropófagos y por ninguna parte nos concedían la autorización de establecernos. Yo me dirigí a san José, encomendándole el éxito de nuestro viaje. De Udoé pasamos a Uriguá, caminando sin guía ni norte, a la aventura, pero en ningún sitio nos permitían establecer la misión hasta que llegamos a la casa del cacique Kingarú, llamado cara de serpiente.

⁵⁷ Augustin Prosper Hacquard nació el 18 de septiembre de 1860 en Albestroff, Moselle, Francia. En 1873 ingresó al seminario menor de Pont-à-Mousson, y en 1877 pasó al seminario mayor de Nancy. El 27 de junio de 1878 decidió solicitar la admisión al noviciado de los Padres Blancos en Maison-Carrée en Argel. En septiembre de 1881, fue nombrado profesor en el Collège de Carthage y enseñó allí durante dos años antes de reanudar sus estudios teológicos en 1883. Fue ordenado sacerdote el 8 de septiembre de 1884. El 28 de julio de 1887 obtuvo su título en la facultad de Aix-en-Provence. Se convirtió en Vicario Apostólico del Sahara y Sudán en 1898. Después de varios años en Argelia, incluido un breve período como jefe de los Hermanos Armados del Sahara, fue nombrado al Sudán francés. Los misioneros fundaron varias aldeas, donde se asentaron antiguos esclavos. Falleció el 4 de abril de 1901. (Wikipedia)

Al instante que nos vio, se detuvo admirado y, mirándonos fijamente, prorrumpió en expresiones:

- Sí, ellos son. ¡Los mismos! Escuchadme. Esta noche, no sé si despierto o dormido, he visto ante mí a un venerable anciano que, tocándome como para despertarme, me ha dicho: “Kingarú, sepas que vienen a tu casa con una pequeña caravana dos blancos, recíbelos bien y dales cuanto te pidan”. Y esos sois vosotros, los mismos que yo vi.

Entonces, llamó a las gentes del pueblo y les dijo:

- Mirad a estos dos blancos, a quienes vi esta noche juntos con un anciano y de quienes os he hablado esta mañana. Ellos son.

Permanecimos allí ocho días y todos se esforzaron en atendernos bien. Una vez elegido el lugar de nuestra vivienda, dispusimos de nuevo la partida; para la cual, el mismo Kingarú quiso acompañarnos y servirnos de guía y de escolta. Al cabo de quince días, vino a visitarnos a Bagamoyo y, llegado el momento de comenzar la obra proyectada, volvió de nuevo con gran tropa de hombres para conducir a los misioneros y llevar todo el equipaje y enseres necesarios. Él es uno de los más asiduos y constantes asistentes a los ejercicios de la Misión. Esto y mucho más ha obrado san José por el pueblo de Manderá, por lo cual le debemos honor y gloria y reconocimiento eternos.

Quizás el caso más espectacular, en cuanto a milagros obrados por intercesión de san José, lo encontramos en Montreal, donde vivía el ahora beato André (1845-1937). El hermano Andrés, de la Congregación de la Santa Cruz, no era sacerdote, durante 40 años fue portero del convento y, por más de 60 años, realizó milagros extraordinarios por intercesión de san José. Su devoción a san José le vino de su madre, muerta cuando era todavía un niño. A todos los que le pedían oraciones, les decía que no separaran su amor a José del de María y de Jesús, presente en la Eucaristía. Él era un hombre de profunda oración ante Jesús sacramentado y amaba entrañablemente a María, pues andaba rezando el rosario a todas horas; pero, cuando le pedían favores, se los pedía a san José. Él se llamaba a sí mismo el perrito de san José, pero fue el gran apóstol de san José del siglo XX.

Los milagros realizados los hacía con toda sencillez. A veces, les decía a los enfermos que debían hacer una novena a san José y confesar y comulgar; y, después de la novena, quedaban curados. En ocasiones, les decía que no se preocuparan, que él rezaría a san José personalmente por su caso. Pero lo normal era darles medallas de san José y pedirles que se frotasen en la parte enferma de su cuerpo; o les daba aceite de la lámpara que ardía frente a la imagen de san José, para que se unguieran con él. De este modo se producían milagros espectaculares por cientos. Y esto ocurrió durante 60 años de su vida, pues murió a los 91.

A los que quedaban curados, les decía que fueran a agradecerse a san José. Algunos se sentían defraudados y decían que eso de frotarse con una medalla o con aceite de san José era pura superstición, y no se curaban. Por eso, decía:

Muchos enfermos no se sanan debido a su falta de fe. Es preciso tener fe para frotarse con la medalla o el aceite de san José.

En el año 1926, fueron reportados por la prensa 1.611 personas que decían haber sido curadas de graves enfermedades, y otras 7.334 decían haber obtenido favores extraordinarios de orden material o espiritual. ¡Algo realmente maravilloso! El hermano André fue beatificado por el Papa Juan Pablo II el 23 de mayo de 1982.

La venerable María Angélica Álvarez Icaza (1887-1986) cuenta en sus Memorias: *En la capilla había un altar con una imagen del señor san José, que llamábamos “San José del Paso” por encontrarse precisamente en un lugar de mucho paso. Como yo lo estaba viendo casi continuamente por la vecindad con la capilla, le empecé a cobrar mucha devoción a san José y más que él me empezó a mimar mucho, porque todo cuanto deseaba (y eran muchas cosas) las dibujaba en un papel y se las ponía en las manos del santo bendito y, con una eficacia asombrosa, en seguida me concedía mis súplicas: Ya fuera un santo Cristo para el cuarto de la Madre (y a los pocos días nos lo regalaron), ya fuera candeleros para el altar de Nuestra Señora (y a no tardar allí estaban los candeleros), en fin, un libro que deseara, una lámpara, floreros, cuanto hay, lo mismo era pedirselo que obtenerlo. Esto cundió, no sólo entre las Hermanas que con frecuencia le hacían de esta manera sus peticiones, sino también entre las niñas del Pensionado, y el bondadoso santo siempre nos escuchaba.*

Decía la Madre Teresa de Calcuta: *Confiamos en el poder del nombre de Jesús y también en el poder intercesor de san José. En los comienzos de nuestra Congregación, había momentos en los que no teníamos nada. Un día, en uno de esos momentos de gran necesidad, tomamos un cuadro de san José y lo pusimos boca abajo. Esto nos recordaba que debíamos pedir su intercesión. Cuando recibíamos alguna ayuda, lo volvíamos a poner en la posición correcta.*

Un día, un sacerdote quería imprimir unas imágenes para estimular y acrecentar la devoción a san José. Vino a verme para pedirme dinero, pero yo tenía solamente una rupia en toda la casa. Dudé un momento en dársela o no, pero finalmente se la di. Esa misma noche, volvió y me entregó un sobre lleno de dinero: cien rupias. Alguien lo había parado en la calle y le había dado ese dinero para la Madre Teresa.

Monseñor Amancio Escapa, obispo auxiliar de la arquidiócesis de Santo Domingo en la República Dominicana, cuenta el milagro, ocurrido el año 2001, a su hermano gemelo. Dice: *Mi hermano llega al hospital de Valladolid con respiración asistida a tope, más muerto que vivo. El primer diagnóstico fue neumonía doble producida por legionella. Esto le provoca hemorragia interna. Después de varios estudios, se deciden a operarlo de estómago. A los tres días, le someten a hemodiálisis, porque el riñón comenzaba a dar señales de fallo. Le practican la traqueotomía. Durante los cuarenta y ocho días que permaneció en la UVI (Cuidados intensivos), en dos ocasiones, hay infección de virus hospitalario. Permaneció en el hospital durante setenta y un días.*

Pedí oraciones a cuantos conocía. Puedo decir que mi vida en esos momentos era una oración continua. El centro de la misma siempre fue el sagrario. Le pedía a Jesús con toda mi alma conformidad con su voluntad. Había puesto a mi hermano en las manos de Dios. Y, como es natural, consciente de mi pobreza, busqué mis intercesores ante Jesús. Estos fueron la Virgen María y san José.

A la Virgen le rezaba dos rosarios diarios. A san José comencé con mis primas a bombardearle con sendas y continuadas novenas. No habíamos terminado una, cuando a mi hermano se le presentaban nuevas complicaciones. A cada complicación, una nueva novena; cinco en total. En todas las peticiones dirigidas a san José, la situación difícil se superaba.

Creo que mi hermano es fruto de un milagro de Dios y dispongo de los testimonios de los mismos médicos que lo atendieron. ¿Quiénes fueron los autores del milagro? Para mí, Jesús Eucaristía, el jefe, como les decía a mis primas, y que era el centro. María, mi abogada. Y san José, mi intercesor. Por eso, mi corazón está lleno de gratitud, primero a Dios, después a mis grandes intercesores, la Virgen María y san José, y a todos los que se unieron a mí y me apoyaron con su oración. A todos gracias.

Palabras de algunos santos

Decía san Efrén (306-372): *Nadie puede alabar dignamente a José.*

San Juan Crisóstomo (+407) afirma con relación a san José: *No pienses, oh José, que por haber sido concebido Cristo por obra del Espíritu Santo, puedes tú ser ajeno a esta divina economía. Pues, aunque es cierto que no tienes parte alguna en su generación y la madre permanece Virgen intacta, sin embargo, todo cuanto corresponde al oficio de padre, sin que atente en modo alguno contra la virginidad, todo te es dado a ti. Tú le pondrás el nombre al hijo, pues tú harás con él las veces de padre. De ahí que, empezando por la imposición del nombre, te uno íntimamente con el que va a nacer.*

Santa Brígida (+1373), la gran mística, en sus Revelaciones, dice que un día le dijo la Virgen María: *José me sirvió tan fielmente que jamás oí de su boca una sola palabra de lisonja ni de murmuración ni de ira, pues era muy paciente, cuidadoso en su trabajo y, cuando era necesario, suave con los que reprendía, obediente en servirme, pronto defensor de mi virginidad, fidelísimo testigo de las maravillas de Dios. Igualmente, estaba tan muerto al mundo y a la carne que no deseaba más que las cosas celestiales.*

San Francisco de Sales escribía a santa Juana de Chantal el 19 de marzo de 1614: *San José es el santo de nuestro corazón, el padre de mi vida y de mi amor.*

San Leonardo de Puerto Maurizio (+1751) decía: *Honrad a Jesús, José y María. Grabad en vuestro corazón con letras de oro esos tres nombres celestiales, pronunciadlos a menudo, escribidlos en todas partes. Repetid, muchas veces al día esos nombres sagrados, y que estén también en vuestros labios en el último suspiro.*

San Alfonso María de Liguori (+1787) escribió: *Oh José, me alegro, porque Dios os ha juzgado digno de ser padre de Jesús y habéis visto someterse a tu autoridad al que obedecen los cielos y la tierra. Dios ha querido obedeceros. Por eso, yo quiero ponerme a tu servicio, honraros y amaros como mi Señor y Maestro.*

San Juan Bosco según se nos cuenta en sus Memorias biográficas, era muy devoto de san José. *Lo eligió como uno de los patronos del Oratorio, colocó a los alumnos artesanos bajo su protección y lo proclamó protector de los exámenes de los estudiantes. A él recurría en sus apuros y exhortaba a los demás a invocarlo. Varias veces al año, hablaba en la plática de la noche sobre la eficacia de su intercesión, hacía celebrar la fiesta del patrocinio de san José el tercer domingo después de Pascua y solía preparar a los alumnos con breves charlas llenas de fervor. Los jóvenes santificaban el mes dedicado a este santo en la Iglesia, individualmente o por grupos libres, pues no había prescripción reglamentaria, pero era tan grande la devoción que les había inspirado que casi todos tomaban parte en aquella piadosa práctica. Don Bosco quiso siempre que hubiese un altar dedicado a san José en todas las iglesias que él levantó. Tuvo una gran alegría y exteriorizó su contento, cuando el Papa Pío IX lo proclamó patrono de la Iglesia universal; y estableció en 1871 que, en todas sus casas, lo mismo los estudiantes que los aprendices, debían celebrar su fiesta el diecinueve de marzo, guardando completo descanso de todo trabajo, pues por aquellos años el diecinueve de marzo no era día festivo.*

En 1859 daba Don Bosco una prueba de su constante devoción a san José, añadiendo en el devocionario "El joven cristiano" una práctica piadosa, memoria de los siete dolores y gozos de san José; una oración al mismo santo para obtener la virtud de la pureza y otra para impetrar una buena muerte con hermosas canciones religiosas en su honor.

Y Don Bosco contaba lo siguiente: *Hace pocos años, un pobre muchacho de Turín, que no había recibido ninguna instrucción religiosa, fue un día a comprar una cajetilla de tabaco. Al volver donde su compañeros, quiso leer la parte impresa en el envoltorio del tabaco. Era una oración a san José para obtener la buena muerte... Tanto la estudió que se la aprendió de memoria y la rezaba cada día, casi materialmente, sin intención alguna de alcanzar ninguna gracia.*

San José no quedó insensible ante aquel homenaje, en cierto modo involuntario; tocó el corazón del pobre joven, se presentó a Don Bosco y él le proporcionó la inestimable fortuna de llevarlo a Dios. El joven correspondió a la gracia, tuvo oportunidad de instruirse en la religión que había descuidado hasta entonces por ignorarla y pudo hacer bien su primera comunión. Al poco tiempo, cayó enfermo y murió, invocando el nombre de san José, que le había obtenido la paz y el consuelo de aquellos últimos momentos.

Santa Teresita del Niño Jesús dice en su Autobiografía: *Rogué a san José que fuese mi custodio. Desde mi infancia había sentido hacia él una devoción que se confundía con mi amor a la Santísima Virgen. Con esto emprendí sin miedo mi largo viaje. Iba tan bien protegida que me parecía imposible tener miedo.*

Santa Bernardita Soubirous, la vidente de la Virgen en Lourdes, era muy devota de san José. Cuando murió su padre en 1870, escogió a san José como su padre en la tierra.

Un día, una hermana la sorprendió rezando una novena a la Virgen delante de una imagen de san José, y le dijo que eso estaba muy mal, porque debía rezar la novena delante de la imagen de la Virgen. Pero ella le respondió:

- La Santísima Virgen y san José están perfectamente de acuerdo y en el cielo no hay celos ni envidias.

Un día de 1872, se fue a hacer una visita a la iglesia y les dijo a las hermanas de la enfermería:

- Voy a hacer una visita a mi padre.
- ¿A vuestro padre?
- Sí, ¿no sabéis que ahora mi padre es san José?

Y decía: *Cuando no se puede rezar, es bueno encomendarse a san José.*

Cuando la enterraron el 30 de mayo de 1879, lo hicieron en la cripta subterránea de la capilla de san José, en el jardín del convento y no en el cementerio público. En las Actas del proceso de beatificación, una de las religiosas declaró que repetía frecuentemente la invocación: *San José, dame la gracia de amar a Jesús y a María como ellos quieren ser amados. San José, ruega por mí y enséñame a rezar.*

Dice santa Faustina Kowalska (1905-1938): *San José me ha pedido tenerle una devoción continua. Él mismo me ha dicho que rece diariamente tres veces el Padrenuestro, Avemaría y Gloria y el "Acordaos" (que se reza en la Congregación). Me ha mirado con gran cordialidad y me ha hecho conocer lo mucho que apoya esta Obra (de la misericordia) y me ha prometido su ayuda especialísima y su protección. Rezo diariamente estas oraciones pedidas y siento su especial protección.*

San Josemaría Escrivá de Balaguer, el fundador del Opus Dei dice: *Tratad a José y encontraréis a Jesús. Tratad a José y encontraréis a María, que llenó siempre de paz el amable taller de Nazaret.*

- *Rezad por mí, invocando como intercesores a nuestra Madre santa María y a san José, nuestro padre y señor, para que yo sea un sacerdote bueno y fiel.*

- *Si queréis un consejo, que repito incansablemente desde hace muchos años: Id a José (Gén 41, 55). Él os enseñará caminos concretos y modos humanos y divinos de acercarnos a Jesús. Tratándole se descubre que el santo patriarca es además maestro de vida interior, porque nos enseña a conocer a Jesús, a convivir con Él, a sabernos parte de la familia de Dios. San José da esas lecciones siendo, como fue, un hombre corriente, un padre de familia, un trabajador, que se ganaba la vida con el esfuerzo de sus manos.*

Yo le llamo mi padre y Señor y, además, no me da vergüenza decir que lo quiero mucho.

Santa Teresa de Jesús es quizás la santa más conocida como gran devota de san José. Siendo de votos solemnes en el monasterio de la Encarnación de Ávila, estuvo cuatro días en coma en casa de su familia y todos pensaron que iba a morir.

Dice ella: Ya tenía día y medio abierta la sepultura en mi monasterio, esperando el cuerpo allá y hechas las honras en uno de nuestros conventos de frailes fuera de aquí, pero quiso el Señor tornase en mí (Vida 5, 10). La recuperación le costó tres largos años de sufrimiento. Pero se recuperó totalmente y esto se lo atribuía a san José. Dice:

- Tomé por abogado y señor al glorioso san José y encomendéme mucho a él. Vi claro que así en esta necesidad como en otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mío, me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo, de los peligros que me ha librado así del cuerpo como del alma; que a otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad, este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas y que quiere el Señor darnos a entender que así como le fue sujeto en la tierra, así en el cielo hace cuanto le pide... Querría yo persuadir a todos que fuesen devotos de este glorioso santo por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios; no he conocido persona que de veras le sea devota y le haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud... Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que me ha hecho este glorioso santo a mí y a otras personas... Sólo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no me creyere y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso patriarca y tenerle devoción... Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso santo por maestro y no errará de camino... él hizo que pudiese levantarme y andar y no estar tullida (Vida 6, 6-8).

En el día de la Asunción (1561), estando en un monasterio de la Orden del glorioso santo Domingo... vínome un arrobamiento tan grande que casi me sacó fuera de mí... Parecióme que me veía vestir una ropa de mucha blancura y claridad, y al principio no veía quién me la vestía; después vi a Nuestra Señora hacia el lado derecho y a mi padre san José al izquierdo... Díjome Nuestra Señora que le daba mucho contento que sirviera al glorioso san José, que creyese que lo que pretendía del monasterio se haría y en él se serviría mucho el Señor y ellos dos.

Una vez, estando en una necesidad que no sabía qué hacer ni con qué pagar unos oficiales, me apareció san José, mi verdadero padre y señor, y me dio a entender que no faltarían, que los concertase y así lo hice sin ninguna blanca, y el Señor, por maneras que espantaban a los que lo oían, me proveyó. Por eso, recomendaba encarecidamente a cada una de sus monjas: Aunque usted tenga muchos santos por abogados, séalo en particular de san José que alcanza mucho de Dios . Y les decía: Hijas, sean devotas de san José, que puede mucho.

Cuando nombraron a la Madre Teresa de Jesús Priora del convento de la Encarnación de Ávila, tuvo que recurrir a todos sus santos protectores para poder aquietar a las religiosas descontentas. En la silla de la Priora, colocó la imagen de la Virgen Nuestra Señora de la Clemencia, con las llaves del convento en las manos. El sitio de la subpriora estaba ocupado por una imagen de san José 86 . Y dice ella misma: La víspera de san Sebastián (19 de enero de 1572) el primer año que vine a ser priora en la Encarnación, comenzando la Salve, vi en la silla prioral, adonde está puesta Nuestra Señora, bajar con gran multitud de ángeles la Madre de Dios y ponerse allí. A mi parecer, no vi la imagen entonces, sino esta Señora que digo. Estuvo así toda la Salve y me dijo: Bien acertaste en ponerme aquí. Yo estaré presente a las alabanzas que hicieren a mi Hijo y se las presentaré.

Dice el padre Jerónimo Gracián, gran amigo de santa Teresa de Jesús: Ella puso sobre la portería de todos sus monasterios que fundó, a Nuestra Señora y al glorioso san José; y en todas las fundaciones llevaba consigo una imagen de bulto de este glorioso santo, que ahora está en Ávila, llamándole fundador de esta Orden... Otras muchas cosas pudiera decir que han acaecido a esta misma Madre con el glorioso san José por haberla confesado y haber sido su prelado mucho tiempo.

Como se ve por los escritos de Santa Teresa, trataba a san José como a un verdadero padre. Y lo llamaba frecuentemente mi padre y señor san José, mi verdadero padre y señor, mi padre san José, gloriosísimo padre nuestro san José, mi padre glorioso san José...

San Alberto Magno (1193-1280) dice que la utilidad del matrimonio de María y José para el mundo es para que todos los cristianos tengan a la Virgen por madre y a san José por padre de sus almas. Por eso, nosotros podemos llamar a san José nuestro padre, como lo han llamado muchos santos y nosotros podemos seguir su ejemplo.

El beato Juan XXIII, apenas elegido Papa, ordenó que en la basílica del Vaticano, el altar de san José fuera especialmente adornado y embellecido. En ese altar se celebra cada día una misa por la paz del mundo. Durante el Concilio Vaticano II lo nombró patrono del concilio y estableció que en el canon romano de la misa, memorial perpetuo de la redención, se incluyera su nombre junto al de María, y antes de los apóstoles, de los sumos Pontífices y de los mártires.

El padre Esteban Gobi, un verdadero santo, fundador del Movimiento sacerdotal mariano, aprobado por la Iglesia, recibió un mensaje en el que le decía la Virgen María: José fue para mí un esposo casto y fiel, un colaborador inestimable de la custodia amorosa del Niño Jesús; silencioso y providente, trabajador, pendiente de que nunca nos faltara los medios necesarios para nuestra humana existencia, justo y fuerte en el diario cumplimiento de la misión a él confiada por el Padre celestial. ¡Con cuánto amor seguía cada día el admirable crecimiento de nuestro divino hijo Jesús! Y Jesús le correspondía con un afecto filial y profundo. ¡Cómo lo escuchaba y le obedecía, cómo lo consolaba y le ayudaba!... Imiten a mi amadísimo esposo José en su oración humilde y confiada, en el fatigoso trabajo, en su paciencia y en su gran bondad.

Algunos santuarios de san José

El santuario más famoso e importante, dedicado a san José es el santuario fundado por el beato André en Mont Royal, una colina de Montreal. Allí el beato André construyó un pequeño oratorio, que con el tiempo ha dado lugar a un santuario enorme, terminado en 1966. Es el santuario más grande de la Iglesia católica después de la iglesia del Vaticano de Roma. Tiene capacidad para 3.000 personas sentadas y 10.000 de pie. Anualmente, lo visitan unos tres millones de fieles. Y Dios sigue haciendo maravillas por intercesión de san José, como las hacía en vida del beato André.

Otro famoso santuario es del Kalisz en Polonia. Es una iglesia que, fue dedicada a la Virgen en el misterio de la Asunción; pero, desde hace más de tres siglos, se le llama Santuario o Colegiata de san José, a causa de un cuadro de la Sagrada Familia, al que se llama la imagen milagrosa de san José por los milagros realizados por intercesión de este santo. El 31 de mayo de 1873, el Papa Pío VI permitió coronar esta imagen milagrosa, colocando una corona en la cabeza de los tres miembros de la Sagrada Familia. Durante la primera sesión del Concilio Vaticano II, el Papa Juan XXIII envió su anillo papal para que fuera colocado en la mano de san José. Esto se realizó el 13 de enero de 1963.

En Barcelona existe el santuario de san José de la Montaña, que desde 1895 irradia amor a san José a toda España y al mundo entero. Lo fundó la sierva de Dios Madre Petra de san José. A los pies de la bella imagen de san José, se ven millares de cartas llegadas de todo el mundo. Son mensajeras de agradecimiento, de angustias de urgente solución y de dulces esperanzas puestas en el padre que tanto concede.

Otro templo famoso de la misma ciudad de Barcelona es el templo de la Sagrada Familia. El templo se empezó a llamar L'Església de sant Joseph, que después amplió el título y ahora se llama el Templo de la Sagrada Familia; es famoso en el mundo entero por su arquitectura sin igual, obra del gran arquitecto Antonio Gaudí y que, aunque está sin terminar, irradia ya el amor de los tres miembros de la Sagrada Familia.

Otro santuario famoso, especialmente en Francia, es el del monte Bessillon, donde tuvo lugar la aparición de san José al pastor Gaspar Ricard en 1660. Actualmente, hay un bello santuario a san José, donde se encuentran los padres benedictinos, expulsados de Argelia después de la guerra de independencia de ese país.

Por supuesto que hay muchas iglesias y santuarios dedicados a san José en el mundo entero y no tenemos espacio para hablar de todos ellos. Lo importante es saber que el amor a san José está aumentando en el mundo entero y cada día hay más Congregaciones religiosas fundadas bajo su advocación y protección. ¡Que el amor a san José nos estimule a amar, como él, cada día más a Jesús y María. ¡José no es la meta, sino el camino hacia María y Jesús!

Reflexiones

Antes de terminar el presente libro, quisiera aconsejarte que tengas una gran devoción a san José. Una devoción sencilla, sin muchas complicaciones. Lo importante es el amor sencillo y puro hacia este santo, que ha vivido tan cerca de Jesús y de María, y que te puede enseñar el camino para amarlos cada día más. Él fue el padre nutricio de Jesús. Algunos lo llaman padre putativo, nutricio, adoptivo, legal o padre virginal. San Agustín lo llama padre de Cristo y san Bernardo padre de Dios.

Pero todos le dicen patriarca. Este título se daba antiguamente a los que eran padres de una numerosa descendencia. Los patriarcas del Antiguo Testamento como Abraham, Isaac, Jacob... son específicamente los que son antepasados del Mesías prometido. Y en esto nadie puede merecer mejor este título que san José, en cuanto que fue padre de Jesús y actuó como tal; teniendo una gran descendencia de fieles, que lo aclaman como padre y señor. ¿Eres tú uno de ellos? ¿Lo imitas en su amor a Jesús? ¡Cuántas veces lo tendría en sus brazos y lo besaría con todo cariño! ¡Cuántas veces habrá sufrido por no tener cosas mejores para darle de comer o para poder hacerle la vida más agradable! Pero, de todos modos, fue un servidor fiel y prudente, callado, pero trabajador; siempre atento a las necesidades de Jesús y de María y siempre dispuesto a atenderles sin horarios y sin pensar en su comodidad personal

Ser el padre de Jesús y el esposo de María es lo máximo que podemos decir de él, pues cumplió fielmente su misión y, por eso, Dios lo ha encumbrado sobre todos los santos. Una vez, a una viejecita le preguntaron:

- ¿Por qué quiere usted tanto a san José?
- ¿No ven ustedes que lleva al niño en sus brazos?

¿Qué más podríamos decir de José? Vivir con Jesús todos los días, besarlo, jugar con él, trabajar con él, vivir para él... No ha habido misión más grande, después de la de María. Por eso, como decía el Papa Juan Pablo II, fue ministro de salvación, pues Dios lo escogió como especial ministro y testigo de la Obra de la Redención.

Si quieres encontrarte personalmente con él, vete a la Eucaristía. La Eucaristía es el lugar de encuentro con Jesús, José y María. Allí están los tres; junto a Jesús Eucaristía está José y María, como en la cueva de Belén. Así que ya sabes, tienes una cita con Jesús, José y María, cada día, en el sagrario, o en la misa de la iglesia más cercana. Allí nos vemos. Jesús nos espera, acompañado de José y María.

Conclusión

Después de haber visto diferentes aspectos de la vida de san José, podemos decir sin temor y sin lugar a dudas, que san José es el más santo de todos los santos y que, aunque no sea dogma de fe, podemos decir con mucha probabilidad que ya está con Jesús y María en cuerpo y alma en el cielo. Los tres Corazones, que estuvieron unidos en la tierra, estarán ya unidos para siempre en el cielo. Es, por eso, que la intercesión de san José es tan poderosa como padre de Jesús y esposo de María. Nadie los ha amado tanto como él, nadie los ha cuidado con tanto cariño,

nadie los ha servido con tanto esmero. José es el hombre fiel, siempre disponible a la voluntad de Dios, que estuvo siempre al servicio de Jesús y de María sin ahorrar esfuerzos ni trabajos. Por eso, su vida está en el centro de la historia del mundo y de la salvación de la humanidad.

Algunos santos dicen que el mejor camino para llegar a Dios Padre, es ir por José a María, y por María a Jesús, y por Jesús al Padre. José, María, Jesús son los escalones más seguros para obtener cualquier bendición de Dios, como lo han atestado muchos santos, especialmente santa Teresa de Jesús.

Tenerle devoción, pues, es algo más que opcional. San José es un modelo para los esposos y padres de familia, para los trabajadores, para los consagrados y es el patrono de los moribundos. Encomendémonos a él para que nos obtenga una buena muerte y para que nos enseñe a vivir en castidad de acuerdo a nuestro estado, cumpliendo como él fielmente las obligaciones de cada día.

Día de Todos los Santos

Nuevamente recurro a Wikipedia para el tema del rubro.

El Día de Todos los Santos es una solemnidad cristiana que tiene lugar el 1 de noviembre para las iglesias católicas de rito latino, y el primer domingo de Pentecostés en la Iglesia ortodoxa y las católicas de rito bizantino. No se debe confundir con la Conmemoración de los Fieles Difuntos.

En este día la Iglesia celebra una fiesta solemne por todos los difuntos que, habiendo superado el purgatorio, se han santificado totalmente, han obtenido la visión beatífica y gozan de la vida eterna en la presencia de Dios. Es frecuente que este día las grandes catedrales exhiban las reliquias de los santos.

En su concepción católica, el objeto de la fiesta es honrar a todos los moradores del Cielo, incluyendo la Santísima Trinidad, la Virgen, los ángeles, las diversas categorías de justos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, y a los santos, incluyendo los que no han sido canonizados.

La Iglesia primitiva acostumbraba a celebrar el aniversario de la muerte de un mártir en el lugar del martirio. Frecuentemente, los grupos de mártires morían el mismo día, lo cual condujo naturalmente a una celebración común. En la persecución de Diocleciano iniciada en 303, el número de mártires llegó a ser tan grande, que no se podía separar un día para asignársela. Pero la Iglesia, creyendo que cada mártir debía ser venerado, señaló un día en común para todos.

En Oriente consta que ya se celebraba una fiesta en honor de todos los santos desde 359, como indican San Efrén en *Carmina Nisibona*, y San Atanasio en *Epistulae Syriacae*. La fecha estaba fijada en el 13 de mayo para las iglesias de Siria y el primer domingo después de Pentecostés para las de Antioquía, según San Juan Crisóstomo. Esta fecha, domingo de la octava de la Pascua de

Pentecostés, continuó usándose entre las iglesias de rito bizantino como solemnidad de Todos los Santos.

El origen de esta fiesta en Roma, y con ello en la Iglesia occidental, se halla vinculado al templo del Panteón. Este edificio, que originalmente se dedicaba al culto de todos los dioses romanos, cayó en desuso como tal a fines del siglo IV. Hacia 608 Focas, emperador de Oriente lo donó al papa Bonifacio IV, quien hizo que se convirtiera en iglesia, dedicándola el 13 de mayo de 610 bajo la advocación de Santa María la Rotonda. En el siglo IX el papa Gregorio IV trasladó gran número de cuerpos de mártires desde las catacumbas y volvió a consagrar la iglesia el 1 de noviembre de 835 denominándola Santa María *ad Martyres*.

Por otra parte, el papa Gregorio III (731-741) consagró una capilla en el Vaticano para dar culto a los santos que antes eran honrados en los cementerios y catacumbas que había quedado en desuso. Dicho oratorio se dedicó «al Salvador, a Santa María, a los Apóstoles, a los mártires, a los confesores y todas las almas justas», e hizo que un coro de monjes rezase todos los días un Oficio suplementario en honor de los santos cuyo natalicio fuese cada día.

De la combinación de estas tradiciones con la de las misas votivas en memoria de muchos o de todos los santos, surgió una tradición que ya para el siglo VIII estaba arraigada, si bien la fecha no era siempre la misma. El papa Gregorio IV la unificó en el primero de noviembre, fecha para las cosechas ya se habían recogido en el territorio romano, porque las celebraciones anteriormente eran el 13 de mayo - aniversario de la consagración de Santa María *ad Martyres*- fecha en la que los víveres eran escasos en Roma y las multitudes que peregrinaban para los actos eran ya muy considerables.

La comunión de los santos

Para tratar adecuadamente este tema recurro al Catecismo de la Iglesia Católica.⁵⁸

⁵⁸ Como parte de las actividades realizadas por el vigésimo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II, el Papa san Juan Pablo II convocó a la II Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, del 24 de noviembre al 8 de diciembre de 1985, para agradecer al Señor y celebrar los enormes frutos espirituales productos del Concilio. Como parte de las conclusiones de ese evento el Sínodo pidió al Obispo de Roma que se organizara la redacción de un Catecismo de toda la doctrina católica para que fuese punto de partida de todos los catecismos de las Iglesias locales y además fuese instrumento de derecho público para la Iglesia Universal, que expusiera con rigor todos los aspectos de la doctrina, expusiera claramente los principios de la moral y la liturgia; siendo a la vez ameno en su lenguaje y adaptado a los tiempos modernos. Atendiendo el deseo del Sínodo en 1986 el Obispo de Roma convocó a una comisión de doce obispos liderada por el entonces cardenal Joseph Ratzinger para preparar el proyecto del Catecismo. Esta primera comisión, apoyada por un grupo de otros siete obispos expertos en Teología y Catequesis, fueron nombrados para apoyar a la Comisión. Ellos abrieron la consulta a toda la Iglesia a través de todos los obispos católicos y los institutos de teología y de catequesis. Durante 6 años se estuvieron revisando las aportaciones de la Iglesia mundial, a la par que se iniciaban los trabajos de redacción. Se realizaron nueve versiones del texto, incluyendo las modificaciones de teólogos y expertos de todo el mundo. San Juan Pablo II declaró que se puede decir que el Catecismo es fruto de toda la colaboración del episcopado de la Iglesia católica. En el año de 1993 una nueva comisión, liderada nuevamente por Joseph Ratzinger, se encargó de recibir las numerosas modificaciones recibidas de todo el mundo de esta primera versión con el fin de redactar en latín el texto definitivo, proyecto concluido con la publicación de la versión latina oficial el 15 de agosto de 1997, fruto de una intensa labor de más de diez años donde participaron muchos miembros de la Iglesia Universal. La versión en castellano fue traducida y preparada

946 Después de haber confesado "la Santa Iglesia católica", el Símbolo de los Apóstoles añade "la comunión de los santos". Este artículo es, en cierto modo, una explicitación del anterior: "¿Qué es la Iglesia, sino la asamblea de todos los santos?" (San Nicetas de Remesiana, *Instructio ad competentes* 5, 3, 23 [*Explanatio Symboli*, 10]: PL 52, 871). La comunión de los santos es precisamente la Iglesia.

947 "Como todos los creyentes forman un solo cuerpo, el bien de los unos se comunica a los otros [...] Es, pues, necesario creer [...] que existe una comunión de bienes en la Iglesia. Pero el miembro más importante es Cristo, ya que Él es la cabeza [...] Así, el bien de Cristo es comunicado [...] a todos los miembros, y esta comunicación se hace por los sacramentos de la Iglesia" (Santo Tomás de Aquino, *In Symbolum Apostolorum scilicet «Credo in Deum» expositio*, 13). "Como esta Iglesia está gobernada por un solo y mismo Espíritu, todos los bienes que ella ha recibido forman necesariamente un fondo común" (Catecismo Romano, 1, 10, 24).

948 La expresión "comunión de los santos" tiene, pues, dos significados estrechamente relacionados: "comunión en las cosas santas [*sancta*]" y "comunión entre las personas santas [*sancti*]".

Sancta sanctis [lo que es santo para los que son santos] es lo que se proclama por el celebrante en la mayoría de las liturgias orientales en el momento de la elevación de los santos dones antes de la distribución de la comunión. Los fieles (*sancti*) se alimentan con el cuerpo y la sangre de Cristo (*sancta*) para crecer en la comunión con el Espíritu Santo (*Koinônia*) y comunicarla al mundo.

I. La comunión de los bienes espirituales

949 En la comunidad primitiva de Jerusalén, los discípulos "acudían [...] asiduamente a la enseñanza de los Apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones" (*Hch* 2, 42):

La *comunión en la fe*. La fe de los fieles es la fe de la *Iglesia* recibida de los Apóstoles, tesoro de vida que se enriquece cuando se comparte.

950 La *comunión de los sacramentos*. "El fruto de todos los Sacramentos pertenece a todos. Porque los Sacramentos, y sobre todo el Bautismo que es como la puerta por la que los hombres entran en la Iglesia, son otros tantos vínculos sagrados que unen a todos y los ligan a Jesucristo. Los Padres indican en el Símbolo que debe entenderse que la comunión de los santos es la comunión de los sacramentos [...]. El nombre de comunión puede aplicarse a todos los sacramentos puesto que todos

por teólogos y catequetas, presidido por el Arzobispo José Manuel Estepa Llaurens con colaboración del Arzobispo Estanislao Esteban Karlic y el Obispo Jorge Medina Estévez, y fueron miembros del grupo: Antonio Cañizares Llovera (Obispo de Ávila), Manuel del Campo Guilarte (Director del Secretariado Nacional de Catequesis de España), Mariano Herranz Marco y César Augusto Franco Martínez. (Wikipedia)

ellos nos unen a Dios [...]. Pero este nombre es más propio de la Eucaristía que de cualquier otro, porque ella es la que lleva esta comunión a su culminación" (*Catecismo Romano*, 1, 10, 24).

951 *La comunión de los carismas*: En la comunión de la Iglesia, el Espíritu Santo "reparte gracias especiales entre los fieles" para la edificación de la Iglesia (LG 12). Pues bien, "a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común" (1 Co 12, 7).

952 "Todo lo tenían en común" (Hch 4, 32): "Todo lo que posee el verdadero cristiano debe considerarlo como un bien en común con los demás y debe estar dispuesto y ser diligente para socorrer al necesitado y la miseria del prójimo" (*Catecismo Romano*, 1, 10, 27). El cristiano es un administrador de los bienes del Señor (cf. Lc 16, 1, 3).

953 *La comunión de la caridad*: En la *comunión de los santos*, "ninguno de nosotros vive para sí mismo; como tampoco muere nadie para sí mismo" (Rm 14, 7). "Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo. Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte" (1 Co 12, 26-27). "La caridad no busca su interés" (1 Co 13, 5; cf. 1 Co 10, 24). El menor de nuestros actos hecho con caridad repercute en beneficio de todos, en esta solidaridad entre todos los hombres, vivos o muertos, que se funda en la comunión de los santos. Todo pecado daña a esta comunión.

II. La comunión entre la Iglesia del cielo y la de la tierra

954 *Los tres estados de la Iglesia*. «Hasta que el Señor venga en su esplendor con todos sus ángeles y, destruida la muerte, tenga sometido todo, sus discípulos, unos peregrinan en la tierra; otros, ya difuntos, se purifican; mientras otros están glorificados, contemplando "claramente a Dios mismo, uno y trino, tal cual es"» (LG 49):

«Todos, sin embargo, aunque en grado y modo diversos, participamos en el mismo amor a Dios y al prójimo y cantamos el mismo himno de alabanza a nuestro Dios. En efecto, todos los que son de Cristo, que tienen su Espíritu, forman una misma Iglesia y están unidos entre sí en Él» (LG 49).

955 "La unión de los miembros de la Iglesia peregrina con los hermanos que durmieron en la paz de Cristo de ninguna manera se interrumpe. Más aún, según la constante fe de la Iglesia, se refuerza con la comunicación de los bienes espirituales" (LG 49).

956 *La intercesión de los santos*. "Por el hecho de que los del cielo están más íntimamente unidos con Cristo, consolidan más firmemente a toda la Iglesia en la santidad [...] No dejan de interceder por nosotros ante el Padre. Presentan por medio del único mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, los méritos que

adquirieron en la tierra [...] Su solicitud fraterna ayuda, pues, mucho a nuestra debilidad" (LG 49):

«No lloréis, os seré más útil después de mi muerte y os ayudaré más eficazmente que durante mi vida» (Santo Domingo, moribundo, a sus frailes: *Relatio iuridica* 4; cf. Jordán de Sajonia, *Vita* 4, 69).

Pasaré mi cielo haciendo el bien sobre la tierra (Santa Teresa del Niño Jesús, verba).

957 *La comunión con los santos.* "No veneramos el recuerdo de los del cielo tan sólo como modelos nuestros, sino, sobre todo, para que la unión de toda la Iglesia en el Espíritu se vea reforzada por la práctica del amor fraterno. En efecto, así como la unión entre los cristianos todavía en camino nos lleva más cerca de Cristo, así la comunión con los santos nos une a Cristo, del que mana, como de fuente y cabeza, toda la gracia y la vida del Pueblo de Dios" (LG 50):

«Nosotros adoramos a Cristo porque es el Hijo de Dios; en cuanto a los mártires, los amamos como discípulos e imitadores del Señor, y es justo, a causa de su devoción incomparable hacia su rey y maestro; que podamos nosotros, también, ser sus compañeros y sus condiscípulos (*Martirio de san Policarpo* 17, 3: SC 10bis, 232 [Funk 1, 336]).

958 *La comunión con los difuntos.* «La Iglesia peregrina, perfectamente consciente de esta comunión de todo el cuerpo místico de Jesucristo, desde los primeros tiempos del cristianismo honró con gran piedad el recuerdo de los difuntos y también ofreció sufragios por ellos; "pues es una idea santa y piadosa orar por los difuntos para que se vean libres de sus pecados" (2 M 12, 46)"» (LG 50). Nuestra oración por ellos puede no solamente ayudarles, sino también hacer eficaz su intercesión en nuestro favor.

959 *En la única familia de Dios.* "Todos los hijos de Dios y miembros de una misma familia en Cristo, al unirnos en el amor mutuo y en la misma alabanza a la Santísima Trinidad, estamos respondiendo a la íntima vocación de la Iglesia" (LG 51).

Resumen

960 *La Iglesia es "comunión de los santos": esta expresión designa primeramente las "cosas santas" (sancta), y ante todo la Eucaristía, "que significa y al mismo tiempo realiza la unidad de los creyentes, que forman un solo cuerpo en Cristo" (LG 3).*

961 *Este término designa también la comunión entre las "personas santas" (sancti) en Cristo que ha "muerto por todos", de modo que lo que cada uno hace o sufre en y por Cristo da fruto para todos.*

962 "Creemos en la comunión de todos los fieles cristianos, es decir, de los que peregrinan en la tierra, de los que se purifican después de muertos y de los que gozan de la bienaventuranza celeste, y que todos se unen en una sola Iglesia; y creemos igualmente que en esa comunión está a nuestra disposición el amor misericordioso de Dios y de sus santos, que siempre ofrecen oídos atentos a nuestras oraciones" (Pablo VI, Credo del Pueblo de Dios, 30).

La comunión de los santos

Presento ahora un artículo de José Manuel Romero ⁵⁹ (2017) sobre la comunión de los santos.

"Todos los santos serían solidarios" (Sb 18,9).

Introducción

En este año agustino recoleto de la santidad, el tema que en este documento desarrollaremos para meditar es el de la comunión de los santos, que, siendo uno de los artículos del credo apostólico y, por tanto, objeto central de nuestra fe, es sin embargo poco reflexionado a nivel teológico y espiritual, al no formar parte del credo niceno-constantinopolitano, que es el que normalmente profesamos.

El dogma de la *comunión de los santos*, en nuestra vida cotidiana, queda prácticamente relegado a un tema de predicación en la fiesta de 'Todos los santos' y en la conmemoración de 'Todos los fieles difuntos', en donde, de modo marginal, se hace un mero recuerdo de aquel dogma como justificación de la oración a los santos y de los sufragios por los difuntos. Este dogma nos proyecta súbito a sentir a la Iglesia como una comunidad que va más allá de la Iglesia peregrinante en el mundo, poniéndola en comunión con los hermanos que se purifican en el purgatorio y con aquellos que gozan ya de la gloria en el cielo.

Intentaremos tratar en estas páginas de un modo más amplio la riqueza de este dogma de fe, del cual se derivan las consecuencias escatológicas de la intercesión de los santos y de los sufragios por los difuntos; pero que no queda reducida a estos dos aspectos. Buscaremos que sea, no una reflexión académica y erudita de

⁵⁹ José Manuel Romero es un sacerdote teólogo que pertenece a la Orden de los Agustinos Recoletos OAR- Ha sido vicario parroquial de Santa Maria della Consolazione de Tre Pini (Poggio dei Fiori, Spinaceto) y miembro de la Curia Generalicia en Roma. (Wikipedia)

carácter expositivo, sino más bien un ensayo, una reflexión viva y rica de ideas más o menos novedosas o inesperadas que abran nuevos caminos para la vivencia de nuestra vida religiosa.

La comunión de los santos en el 'Símbolo de los Apóstoles'

Como hemos dicho, el dogma de la comunión de los santos se encuentra solo en el símbolo apostólico, encadenado en medio de una serie de verdades dogmáticas que parten del acto de fe en el Espíritu Santo.

Creo en el Espíritu Santo,
la santa Iglesia católica,
la comunión de los santos,
el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne
y la vida eterna. Amén.

Es el Espíritu Santo, como don de Cristo resucitado, quien constituye a la asamblea de los creyentes (Iglesia) en santidad y en catolicidad (unidad en la diversidad), realidad dinámica que se manifiesta en la comunión de sus miembros, santos y llamados a la santidad. El Espíritu Santo realiza esta obra de santificación y de comunión a través del perdón de los pecados, de la resurrección de la carne y de la comunicación de la vida eterna.

La comunión de los santos es, por tanto, la expresión dinámica del misterio de la santa Iglesia católica y tiene su fuente en la acción santificadora y de comunión llevadas a cabo por el Espíritu Santo.

Las expresiones Espíritu Santo, santa y católica, y comunión de los santos son expresiones binarias y, si las ponemos en paralelo, podemos agrupar los conceptos que las componen en dos grupos. Por un lado, es la santidad del Espíritu la que hace santa a la Iglesia y santos a los cristianos. Por otro, es la espiritualidad del Espíritu la que hace católica a la Iglesia y reúne en comunión a los cristianos.

Siguiendo la dicotomía puesta de relieve por las cartas de san Pablo a los romanos y a los gálatas entre el Espíritu y la carne, podemos decir que es la dimensión espiritual lo que reúne en unidad católica, suscitando la unidad y la riqueza armónica y sinfónica de la Iglesia, a través de la comunión de los santos, venciendo tanto las divisiones egoístas como las uniformidades esclavizantes y despersonalizantes.

La vida en el Espíritu, dador de vida eterna, es la perfecta comunión de los santos en la vida íntima del tres veces santo, y es fuente continua de purificación y de revitalización de aquella misma comunión a través del perdón de los pecados y de la resurrección de la carne, muerta ya al pecado para vivir de nuevo para Dios, liberada de la esclavitud de la concupiscencia para servir a Dios.

Comunión de los santos, fruto de la oración de Jesús al Padre a través del Espíritu

En el capítulo 17 de san Juan, Jesús, antes de su pasión, durante la última cena con sus discípulos, ora al Padre por todos los creyentes. Pide para ellos el don de la unidad, que los guarde del maligno y que los santifique: Cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros (Jn 17, 11b). Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros (Jn 17, 21b). No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno. Santifícalos en la verdad (Jn 17, 15.17a).

Por tanto, podemos decir que el don que Jesús pide al Padre es que aquellos que creen en su nombre sean, en medio del mundo, la comunión de los santos.

Este don que Jesús pide al Padre es fruto de la santificación y glorificación de Cristo en cuanto hombre; santidad y gloria que, como cabeza de la nueva humanidad redimida, dona a sus fieles con el don del Espíritu Santo.

Y por ellos me santifico a mí mismo para que ellos también sean santificados en la verdad (Jn 17, 19).

Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno (Jn 17, 22).

Os conviene que yo me vaya; porque, si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero, si me voy, os lo enviaré (Jn 16, 7).

En la misma oración sacerdotal de Jesús al Padre, vemos que esta comunión de los santos, que es la Iglesia, es sacramento y reflejo en el mundo del misterio de Dios mismo, de la 'Comunión de los Santos', del misterio santísimo de la Santísima Trinidad: Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado (Jn 17, 21). Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí (Jn 17, 23).

'Dios es amor': santidad y comunión

La definición más rica del ser de Dios es aquella que nos dejó san Juan: "Dios es amor" (1 Jn 4, 8). Es esta propiamente una definición del ser trinitario de Dios. Dios es amor no porque sea un Dios bueno que nos ama: esto es una consecuencia. Dios es amor en sí mismo. El misterio íntimo de Dios no puede ser definido en relación a las criaturas, sino solo en relación a sí mismo. Si Dios es amor en sí mismo, es porque en sí mismo es una comunión amorosa de personas divinas.

Por eso el amor es la clave de la comunión y de la santidad, entendida esta como el atributo propio de Dios en cuanto Dios. Hay por ello una relación profunda e inescindible entre la santidad y la comunión. No puede haber santidad verdadera sin comunión, ni comunión verdadera sin santidad, pues ambas son expresión necesaria del amor que es Dios. La santificación personal nos debe llevar a vivir la comunión en la comunidad, y la vida de comunidad nos debe llevar a la santificación personal y comunitaria para que sea verdadera vida de comunión.

Así, en referencia a la comunión eclesial de los santos, querida por Jesús y pedida en su oración sacerdotal durante la última cena, Jesús nos deja como mandamiento clave para vivirla el del amor, y como promesa, el amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo.

Teniendo en consideración la realidad de las personas divinas y el modo de ser relacional que las constituye, así como el hecho de que la vocación a la santidad a la que estamos llamados comporta una participación en el modo propio de Cristo de ser persona en Dios, podemos decir que la persona santa es aquella que es capaz de establecer y vivir en Cristo Jesús una comunión profunda de vida con Dios Padre y con los demás hombres como hermanos en un clima de intimidad, de conocimiento y de reconocimiento mutuo en el amor personal que es el Espíritu Santo.

La ‘comunión de los santos’

En la oración sacerdotal de Jesús vemos también cómo la comunión de los santos querida por Cristo para su Iglesia es un reflejo de la vida trinitaria y una consecuencia de la participación en ella por la gracia. La vida misma de Dios es, por tanto, el modelo y la fuente de la comunión y de la santidad en la Iglesia.

Podríamos definir, de este modo, el misterio de la Trinidad como el misterio de la Comunión de los Santos. Así comprendemos la unidad del misterio de Dios no solo en cuanto es el ser supremo absoluto y único frente a la multiplicidad de las criaturas, sino que llegamos a comprender su unidad de un modo nuevo, partiendo de la distinción de las personas divinas.

Con relación al hecho de considerar la unidad de Dios desde la trinidad de personas, manejamos en teología trinitaria tres conceptos clave que, haciendo referencia al mismo misterio, aportan matices y puntos de vista diversos: perijoresis, circuminsessio y communio personarum.

En referencia a la unidad de la Trinidad podemos decir que hay una dinámica genética interna con unos modos de ser personales que se reclaman mutuamente por razón del origen, por la cual el Hijo procede del Padre y el Espíritu Santo del Padre y del Hijo, a la que llamamos perijoresis; una unidad estática y mutua identificación en el orden del ser y mutua inhesión recíproca que denominamos circuminsessio, por la cual cada una de las personas divinas está en la otras dos y poseen perfectamente y en común la única esencia divina; y por último, una dinámica vital de amor y comunión por la que las personas divinas viven las unas en las otras, con la otras y para las otras, que designamos como communio personarum.

Siendo estas tres nociones aplicables a todas y cada una de las personas divinas, en cuanto por el modo de significar dicen conveniencia con el modo de ser personal de las diversas personas, podemos apropiarnos a las distintas personas divinas. La perijoresis al Padre, la circuminsessio al Hijo y la communio al Espíritu Santo.

De este modo, a la luz del misterio divino de la 'Comunión de los Santos', se entiende que el misterio eclesial de la 'comunión de los santos' se funda también en una dinámica interna genética que nace del misterio de Cristo, cabeza de la Iglesia, a la que santifica haciéndola partícipe de su condición divina. Además, la mutua unión en Cristo y la condisión de su condición divina llevan a la mutua inhesión de todos sus miembros en un único cuerpo místico, donde comparten todos el mismo Espíritu. Por último, se verifica entre todos los miembros de la Iglesia de Cristo una dinámica vital de amor y de comunión.

La unidad *perijorética* de la Trinidad, por la que las tres divinas personas guardan relación de origen y mantienen la unidad que deriva de la monarquía divina del Padre, de donde provienen ordenadamente el Hijo y el Espíritu Santo, tiene su reflejo en la comunión eclesial que toma su origen de aquella unión perijorética que es aquel mirabile commercium por el que el Verbo de Dios se hace hombre a través de su encarnación, uniéndose en modo misterioso con la naturaleza humana y en ella con todo hombre, para que, a través de su pasión y glorificación, sea comunicada a los creyentes su propia condición divina y su propia santidad.

La unión *circuminséssica* de la Trinidad, por la que todos comparten y se identifican con la única esencia divina, se refleja en la comunión eclesial de los santos, que por la gracia divina participan en modo ontológico en la única naturaleza divina y comparten en Cristo la condición filial divina.

La *communio personarum* de la Trinidad, por la que las personas de la divina familia se conocen y aman mutua y recíprocamente en el don total de sí mismas, viviendo las unas en las otras, con las otras y para las otras, se refleja en la comunión eclesial de los santos, por la que los diversos miembros de la Iglesia viven en comunión de vida y de amor. Esto se realiza en la medida en que la santidad ontológica, de base de la que ya gozan los cristianos por la gracia, se hace realidad en una vida santa en todos sus aspectos morales y vitales.

Si nos fijamos en la constitución de la Iglesia podemos ver cómo la Iglesia está constituida por tres estados de vida que deben reflejar la vida de la Trinidad: el estado clerical, el estado laical y el estado religioso.

El estado clerical, con el papa y los obispos a la cabeza, refleja en la Iglesia la condición del Padre: ser fuente ministerial de santidad y de unidad orgánica dentro de la Iglesia.

El estado laical, en comunión con el clerical, es enviado al mundo en el que se encarna y en el que es fermento de santidad, portando la luz de Cristo en medio del mundo y uniendo su sacrificio al de Cristo en su condición de siervo de Dios que redime el mundo santificándolo desde dentro.

El estado religioso (consagrado) proveniente de entrambos, el clerical y el laical, refleja en la Iglesia la realidad del Espíritu Santo que proviene del Padre y del Hijo, como vínculo de amor. En la vida religiosa se manifiesta la multiplicidad de dones carismáticos que el Espíritu dona a la Iglesia para su perfeccionamiento, así como para la santificación del mundo.

De este modo, la santidad de la Iglesia, para asemejarse a la santidad del tres veces santo, se debe manifestar en la santidad y en la santificación de estos tres estados de vida que están mutuamente relacionados y coimplicados. Cada uno de dichos estados se santifica en la vivencia de la comunión ordenada de los unos con los otros, y realiza en plenitud su vocación eclesial en el servicio y donación de sí mismos al bien y a la santidad de los otros y de todos como unidad orgánica para la santificación del mundo.

La 'comunión de los santos'

Ahora contemplaremos el misterio eclesial de la comunión de los santos en referencia al modelo trinitario con su triple dimensión: perijorética, circuminsessica y comunional.

Dimensión perijorética de la comunión de los santos

El hombre Cristo Jesús, fuente y fundamento

El misterio soteriológico de Cristo Jesús puede entenderse como la obra de restaurar la comunión de los santos original a través de la comunión redentora del Hijo de Dios con la humanidad pecadora, haciéndose carne y cargando sobre sí nuestros pecados y nuestras enfermedades, para hacernos don de sus méritos a través de su sacrificio de amor y obediencia, sacrificio que dona el perdón y la gracia divina a los que acogen con fe y humildad este don de misericordia. Nuestro castigo saludable ha caído sobre él y su gloria santificante ha sido derramada sobre nosotros.

Como dice la *Carta a los hebreos*, Cristo, al entrar en el mundo, se ofrece a sí mismo como sacrificio al Padre y, por medio de esta voluntad y de este sacrificio consumado, va santificando a todos los que se acercan a él con fe. La comunión eclesial de los santos es la comunión de los santificados, esto es, el fruto de la redención por parte del hombre Cristo Jesús, que transforma la massa damnata en *communio sanctorum* por medio de la unión del hombre con él a través de la fe y el bautismo.

Dimensión circuminsessica de la comunión de los santos

El cuerpo místico de Cristo

La fe y el bautismo nos abren la puerta a la comunión ontológica (circuminsessica) en la vida de la gracia, por la que participamos y comunicamos todos en la filiación divina de Jesucristo y por la que somos miembros de aquel cuerpo místico en el que habita como en un templo el Espíritu Santo.

La Iglesia queda constituida como cuerpo místico de Cristo. La realidad del cuerpo sirve a la comprensión de la realidad de la comunión de los santos que recibe su vida de santidad y su comunión de su cabeza, Cristo Jesús. Así como el cuerpo recibe su comunión y su vida del espíritu que lo anima, el cuerpo místico de Cristo,

la Iglesia, recibe su comunión y su santidad del Espíritu Santo que recibe como don del Padre a través del Hijo.

La imagen del cuerpo de Cristo es usada por san Pablo para poner de relieve la unidad, la complementariedad y la mutua interdependencia de todos y cada uno de los miembros con el resto. La santidad, como la vida, se expresa en modo coral en cada uno de los miembros para el bien de todo el cuerpo. En virtud de la comunión, los bienes y los males de cualquier miembro repercuten de un modo real y misterioso en el bien o en el mal de toda la Iglesia.

Dimensión vital de la comunión de los santos: cor unum et anima una

Según el Catecismo de la Iglesia Católica n. 948, “la expresión ‘comunión de los santos’ tiene dos significados estrechamente relacionados: ‘comunión en las cosas santas [sancta]’ y ‘comunión entre las personas santas [sancti]’”.

Si la dimensión circuminsessica de la que hemos hablado se podría encuadrar en la comunión de las cosas santas, con la dimensión vital de la comunión de los santos nos referimos más bien a la comunión que se da entre las personas santas. Una comunión vital que se realiza en la libertad y en el amor, por la que la “multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma”, según la descripción que de la comunidad primitiva hacen los Hechos de los apóstoles. Esta unidad de corazón y de alma no se quedaba reducida a la sola dimensión espiritual (‘eran unánimes’, ‘estaban de acuerdo’), sino que manifestaba su autenticidad y profundidad en el nivel material, no considerando sus bienes como propios, sino poniéndolos al servicio de los demás de modo que ninguno pasase necesidad: Todos los creyentes estaban de acuerdo y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno (Hch 2, 44-46).

Las cartas apostólicas están llenas de referencias a esta actitud vital de construir una verdadera comunión a todos los niveles entre los creyentes¹. Por todo ello, la comunión de los santos no es solo una realidad ontológica que viene dada por la inserción en Cristo por la gracia de todos sus miembros, sino también una realidad que, con la gracia de Dios, se debe construir constantemente y que constituirá, a su vez, la plenitud escatológica a la que está llamada la Iglesia que peregrina en el mundo.

Al igual que hay una santidad ontológica de base sobre la que se construye la santidad moral, hay también una comunión de los santos ontológica de base sobre la que se asienta la comunión vital de los santos, que tiende a edificar la comunidad en la santidad.

Esta comunión de vida se construye con el ejercicio de la caridad que, según el conocido himno de san Pablo, queda configurada sobre todo por actitudes de humildad y de misericordia en relación a los demás: La caridad es paciente, es amable; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés, no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta (1 Cor 13, 4-7).

La humildad y la misericordia son la expresión de la caridad en una comunidad herida por el pecado, que debe construirse continuamente venciendo las consecuencias negativas de aquel. La comunión vital de los santos se construye, por tanto, a través de un proceso de santificación comunitario, un proceso de victoria continua sobre el pecado, que genera división, y un proceso de construcción y edificación continua a través de la gracia, que produce comunión de amor y santidad.

La eucaristía, como sacramento de comunión de vida y amor entre Jesucristo y su Iglesia, nutre, fortalece y profundiza la comunión vital entre los cristianos con Cristo y de los cristianos entre sí y, por tanto, la *communio sanctorum*.

Comunión salvífica de los santos

El misterio de Dios, como comunión de los Santos por designio de Dios, se ofrece como don al hombre por medio de la gracia. Este don, rechazado y perdido por el pecado original, se nos ofrece de nuevo como don salvífico por el designio misericordioso del Padre a través del envío de su Hijo, Jesucristo, como redentor y salvador, y del envío como don del Espíritu Santo santificador.

La comunión *ad intra* de las personas divinas se comunica de modo salvífico *ad extra* a través de la encarnación del Hijo, para que la humanidad pueda, en Cristo y a través de Cristo, reentrar en la vida íntima de Dios. La llamada Trinidad económica, que lleva a cabo la obra de la redención de la humanidad, realiza esta como comunión de los santos. Habiendo la Santísima Trinidad obrado la redención de un modo objetivo y completo con el misterio pascual de Cristo y con el envío del Espíritu Santo, aplica esta redención a los hombres que la acogen por medio de la fe en Cristo, a través del ministerio de la Iglesia, sacramento universal de salvación, que, como comunión de los santos, es signo e instrumento de la comunión de Dios con los hombres y de los hombres entre sí (cf. LG 1), continuando en la tierra la misión de Cristo, quien ya glorioso en el cielo hace partícipe a su esposa de su misión salvífica. De este modo contemplamos la dimensión misionera salvífica del misterio de la comunión de los santos.

Es el evangelista Juan el que, en su evangelio y en su primera carta apostólica, nos adentra en esta realidad. El prólogo del evangelio nos presenta la encarnación del Verbo como el gran acto por el que el misterio de Dios se revela a los hombres y por el que los hombres son llamados a entrar en comunión con Dios y en la comunión de Dios mismo para, a través del Hijo Unigénito hecho hombre, llegar a ser verdaderamente hijos de Dios Padre.

En este evangelio, la misión de la nueva comunidad de los hijos de Dios es puesta en relación con la misión de Cristo: “Como el Padre me envió, también yo os envío” (Jn 20, 21b). “Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo” (Jn 17, 18).

Por ello, la Iglesia es enviada al mundo para que los creyentes entren a formar parte en la comunión de los santos y participen de la comunión con Dios. Así expresa san Juan en el prólogo de su primera carta la dimensión misionera de la Iglesia en

relación con el misterio de la comunión de los santos: Os anunciamos la vida eterna, que estaba junto al Padre y que se nos manifestó —lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestro gozo sea completo (1 Jn 1, 2-4)

Cristo resucitado, enviando al mundo a sus miembros místicos, constituidos en una comunión de amor en el Espíritu Santo, lanza al mar del mundo su mística red con la que traer muchos peces a su barca santa. De este modo, Jesús envía la Iglesia al mundo como comunión de los santos, como red de amor por medio de la cual atraer a los hombres para que, a través de esta comunión con su Iglesia, puedan ser conducidos a la comunión estable con Dios.

Comunión escatológica de los santos

Podemos contemplar el misterio de la comunión de los santos, no solo en su realidad de Iglesia peregrina, sino también en su realidad mística y escatológica, que saca a la luz la profunda unidad y comunión de la entera comunión de los santos en sus diversos estados: Iglesia peregrina o militante, Iglesia purgante e Iglesia triunfante o gloriosa.

Esta dimensión es normalmente la más destacada a la hora de meditar el misterio de la comunión de los santos: los sufragios a los difuntos y la intercesión de los santos.

Debemos destacar que los hermanos difuntos y los hermanos ya glorificados, desde el punto de vista de la comunión de los santos y en relación con los que caminamos todavía en medio del mundo, no son hermanos del pasado, sino hermanos que caminan ya delante de nosotros o que han llegado ya a la meta y a la plenitud. Esta comunión vital con aquellos hermanos, si nos hace mirar al pasado en relación con el testimonio histórico que nos han dejado, nos pone, sobre todo, en comunión con la realidad escatológica futura, con hermanos vivos que nos han precedido y que desde la plenitud escatológica no dejan de ayudarnos a caminar hacia el futuro escatológico y la plenitud eterna. Los santos son aquellos que, con Cristo glorioso, actúan en el presente acompañando la historia de la humanidad hacia su plenitud.

Lo que hicieron en la tierra nos sirve de ejemplo para proyectar nuestra vida presente, pero su verdadero trabajo lo realizan ahora. Aquella historia que recordamos nos sirve de estímulo, y fue para ellos escuela donde aprendieron a obedecer, a servir y a amar como Dios quiere, y en esta escuela se prepararon para realizar, en comunión con Cristo, desde la eternidad, la verdadera obra de calidad. Como dice el Señor en el evangelio, “siervo bueno y fiel, en lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho te pondré, entra en el gozo de tu Señor” (Mt 25, 23). Como decía santa Teresa de Liseiux, “pasaré mi cielo haciendo el bien en la tierra”. Los santos, por ello, interceden constantemente por nosotros delante de Cristo, presentando sus méritos unidos a los de Cristo para impetrarnos la misericordia de Dios, exhortándonos y guiándonos en nuestro peregrinar.

De ahí la importancia de tener verdadera devoción a los santos y recurrir a ellos, suplicar su intercesión poderosa, para que, iluminados con el ejemplo de su vida, podamos nosotros ser fieles a la vocación a la que Dios nos ha llamado en Cristo Jesús. La renovación y la revitalización de la Iglesia y de la Orden vienen siempre de una más plena comunión con esta Iglesia gloriosa, cuya cabeza es Cristo Señor. Una comunión que no deja de atraernos hacia sí, no en una huida hacia formas del pasado, sino en un caminar hacia la eternidad que está presente ya de modo misterioso y eficaz en nuestro hoy. Esta presencia adquiere una densidad especial en el misterio de la celebración eucarística, a través de la cual Cristo, en comunión con toda la Iglesia celeste, por medio del Espíritu, no cesa de purificarnos y de guiarnos en nuestro camino de fidelidad creativa, para hacer presente el misterio de Cristo en modo adecuado a las diversas circunstancias históricas, culturales y personales en que nos hallamos presentes.

La vida religiosa y la comunión de los santos

La vida religiosa viene marcada por una vivencia especial de la vocación cristiana y eclesial, en la que, por medio de la especial consagración a Dios llevada a cabo con la profesión de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, vividos en comunidad, se convierte para la Iglesia y el mundo en signo de la comunión escatológica del cielo, donde los santos secundan libre, gozosa y plenamente la voluntad del Padre en perfecta obediencia, donde los santos viven en íntima comunión de vida y amor esponsal con Cristo su Señor y donde los santos experimentan la riqueza absoluta de solo poseer el don infinito del Espíritu Santo.

Los votos religiosos vividos en comunidad permiten y ayudan a los religiosos a vivir su comunión como un reflejo de la 'comunión de los Santos' trinitaria con su triple expresión de *perijoresis*, *circuminsessio* y *communio*.

A través del voto de *obediencia* vivido desde la fe, el religioso se pone en contacto con Cristo, fuente de nuestra vocación religiosa y del carisma que se nos ha donado. El religioso vive, de este modo, inserto en la corriente vital espiritual que, naciendo del Padre, se nos dona a través de Cristo en el Espíritu Santo. Así son reflejo de la comunión perijorética de la Trinidad.

A través del voto de pobreza vivido en la esperanza, los religiosos viven, mediante la renuncia a la riqueza material y a su posesión privada, la profunda comunión de la posesión común de los bienes materiales y espirituales, especialmente del carisma común. De esta forma, reflejan la comunión circuminsessica de la Trinidad. A través del voto de castidad vivido en la caridad, los religiosos viven en profunda comunión de vida y amor con Dios y con los hermanos. Manifiestan así la comunión vital y amorosa de la Trinidad.

Los agustinos recoletos y la comunión de los santos

Los agustinos recoletos, como familia religiosa particular dentro de la Iglesia, podemos decir que tenemos genéticamente una relación especial con esta verdad de fe. El carisma agustino recoleto se puede interpretar y comprender de un modo especial desde el dogma de la comunión de los santos. Si el espíritu agustiniano,

dentro de la vida religiosa, pone de relieve la comunidad y el espíritu de comunión que caracterizan todas las dimensiones de su vida consagrada, el espíritu recoleto se define por una marcada búsqueda de la perfección religiosa y de la santidad en la vivencia del amor, en un recogimiento y camino espiritual de santidad comunitaria.

Por ello, los agustinos recoletos tenemos como carisma especial vivir de un modo intenso y radical la realidad de ser 'comunión de los santos' dentro de la Iglesia y de la vida religiosa. Nuestra propia dimensión apostólica debe ser vivida según la óptica de la comunión de los santos que se abre en 'salida económica salvífica', invitando a los hombres a entrar y a vivir con plenitud la comunión de los santos, que es la Iglesia, e invitando a los hombres a participar de su peculiar modo agustino recoleto de vivir esa comunión.

Además, los agustinos recoletos, no solo como Orden, sino también como familia religiosa, podemos y debemos manifestar esta rica realidad de la comunión de los santos. Dentro de esta familia, la Orden masculina, de carácter clerical, sería un reflejo de la dimensión jerárquica de la Iglesia y del papel del Padre en la comunión trinitaria; la Fraternidad Seglar y las JAR serían un reflejo del pueblo de Dios que camina en el mundo, expresando el papel del Hijo en la comunión trinitaria; y la Orden femenina de hermanas recoletas transparentaría la dimensión consagrada contemplativa de la vida religiosa y el papel del Espíritu Santo en la comunión trinitaria.

Aquella mutua implicación en el camino de la santidad y en la vocación propia de los distintos estados eclesiales que hemos remarcado más arriba, debe ser vivida también por las órdenes y las fraternidades que componen la familia agustino recoleta. Habida cuenta de esto, podemos comprender la mutua implicación que tanto los agustinos recoletos como las agustinas recoletas y los miembros de la Fraternidad Seglar y las JAR tenemos recíprocamente en la vivencia de nuestra vocación y en nuestros procesos de santificación y de renovación.

Teología de la comunión de los santos en el pensamiento social de San Alberto Hurtado

Si bien lo que nos interesa es la Comunión de los Santos he creído conveniente tratarlo en el contexto del pensamiento social de Alberto Hurtado, un santo chileno y por ende sudamericano. Para ello recorro a unos pocos párrafos del trabajo de Fredy Parra ⁶⁰ (2009) sobre este tema.

⁶⁰Fredy Parra Carrasco. Doctor en Teología por la Pontificia Facultad Jesuita de Teología y Filosofía de Belo Horizonte, Brasil. Profesor y Vicedecano de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Profesor del Seminario Pontificio Mayor de Santiago. Se desempeña en el área de teología sistemática en los cursos de Creación y Escatología. Ha publicado *Modernidad, utopía e historia en América Latina* (1995), *Esperanza en la historia. Idea cristiana del tiempo* y como coautor *Pensamiento social de la Iglesia y ciencias sociales*. Horizontes teológicos para un diálogo (2006), y diversos artículos teológicos relacionados con su especialidad. (Wikipedia)

1. El Padre Hurtado

Después de estudiar filosofía en Sarriá, Barcelona, entre 1927 y 1931, Alberto Hurtado obtiene el grado de Doctor en Filosofía en 1930. Alcanza a cursar en Sarriá el primer año de teología y como consecuencia de las difíciles circunstancias sociales y políticas que se vivían en España, viaja a Irlanda unos meses y es trasladado finalmente a Bélgica, en septiembre de 1931. En Lovaina, Bélgica, el Padre Hurtado cursa teología desde el segundo año y paralelamente estudia pedagogía y psicología en la Universidad de Lovaina. Vive en el Colegio Máximo junto a más de 200 jesuitas entre académicos, sacerdotes en formación, escolares y hermanos. Rector del Colegio era el sacerdote Juan Bautista Janssens, futuro Padre General de los Jesuitas. En 1933, Alberto Hurtado es ordenado sacerdote y en 1934 inicia la Tercera Probación y la finaliza en junio de 1935. El 24 de mayo de 1934, aprueba el examen de grado de Teología, y obtiene el grado de Licenciado en Teología. El 25 de julio de 1934 recibe su Licenciatura en Ciencias Pedagógicas en la Universidad de Lovaina. El 10 de octubre de 1935 realiza y aprueba con “máxima distinción” el examen para el Doctorado en Ciencias Pedagógicas en la Universidad de Lovaina.

Europa vivía las consecuencias sociales y culturales de la posguerra y ya se podían advertir los signos preparatorios de una nueva guerra mundial. En medio de esta crisis mundial tiene lugar el pontificado de Pío XI. Este pontificado cubre gran parte del período de veintidós años que transcurren entre las dos guerras mundiales. Pío XI es elegido Papa el 6 de febrero de 1922 y muere el 20 de febrero de 1939. Casi en el centro de este período se sitúa el más importante documento social de Pío XI: su encíclica *Quadragesimo Anno*, documento ampliamente conocido y citado por Alberto Hurtado en sus escritos sociales, particularmente en su obra póstuma *Moral Social*. Para conmemorar cuarenta años de la *Rerum Novarum* de León XIII, Pío XI publica *Quadragesimo Anno* en 1931, el mismo año en que el joven Alberto Hurtado inicia sus estudios en Lovaina. El papa impulsaba un nuevo proyecto evangelizador acorde a la crisis epocal que entonces se vivía y que debía comprometer a toda la Iglesia, jerarquía y laicado, en una misión universal capaz de llegar a todos los ambientes de la sociedad y de la cultura, influir en los procesos sociopolíticos, llegar con novedad a la clase obrera y a los sectores más postergados. Por ello, instituye y promueve la Acción Católica, de enorme repercusión universal en el catolicismo europeo y más tarde en Latinoamérica. Sabemos muy bien que, en Chile, Alberto Hurtado se convertirá en un entusiasta impulsor y asesor de diversas instancias pastorales asociadas a esta renovada Acción Católica en la sociedad y en la cultura de entonces. Castellón reseña que “*la Iglesia de Bélgica, en particular, se caracterizaba por su vitalidad gracias al aporte de figuras eminentes como los Cardenales Desiré Joseph Mercier (1851-1926) y Joseph Ernest van Roey (1874-1961). Existía en ella una gran sensibilidad social, desde que los grandes congresos de Liège (1886- 1890) promovieran la lucha para mejorar la situación de los trabajadores. El Cardenal Van Roey difundió los sindicatos católicos, lo que tuvo una gran importancia, porque las clases populares habían comenzado a alejarse de*

la Iglesia. El Papa Pío XI lo había dicho de modo categórico: ‘El gran escándalo del siglo XX es que la Iglesia haya perdido la clase obrera’”. Recordemos que el mismo Cardenal Van Roey fue quien ordenó sacerdote a Alberto Hurtado el 24 de agosto de 1933 en Lovaina.

En Lovaina, Alberto Hurtado encuentra un clima teológico y espiritual caracterizado por un cristocentrismo que a la vez marcaba y orientaba la renovación teológica en los estudios sobre la Trinidad, gracia, eclesiología, sacramentos. Un eje unificador era precisamente la teología del Cuerpo Místico de Cristo que fecundaba todos los demás temas teológicos. Tanto el jesuita belga Émile Mersch como el teólogo bávaro Karl Adam, reconocidos entre los principales pensadores y comunicadores de esta teología, serán muy importantes para Alberto Hurtado en el desarrollo de su propia espiritualidad y teología. “La teología del Cuerpo Místico tenía gran acogida por esa misma razón: porque entendía todos los estudios teológicos teniendo a Cristo como centro. Además, integraba los deseos de intimidad con el Señor y de comunión con los hermanos que animaban la espiritualidad”. A través de Nouvelle Revue Théologique, los profesores del Colegio Máximo de los jesuitas difundían su pensamiento y permitían abrir debates en torno a las nuevas visiones teológicas.

La *acentuación cristológica* de la teología era consecuencia directa de la llamada “vuelta a las fuentes”, que se venía desarrollando junto a la renovación bíblica y patrística de aquellos años. Se difunden diversos libros dedicados a la “vida de Jesús”. El mismo Padre Hurtado participa directamente en este proceso como estudiante recibiendo la enseñanza teológica de parte de profesores e investigadores marcados por los nuevos acentos. Incluso pocos años después traduce y prologa, en 1938, un libro en esta línea de Alban Goodier (1869-1939), que se había publicado en inglés en Londres, 1930: *Un corto camino de santidad*. El conocimiento íntimo de Cristo, un mejor camino en la vida espiritual. Consciente de estos nuevos procesos y autores, el Padre Hurtado escribe: “La espiritualidad de nuestra época se caracteriza por una feliz insistencia en el conocimiento y amor de Jesucristo, centro de toda vida espiritual. Nunca como ahora se habían publicado tantos y tan hermosos estudios sobre Jesús, cada uno reflejando un aspecto nuevo de la persona o de la vida del Maestro. De Grandmaison, Prat, Lagrange, Adam, Lebreton, Huby, Mauriac, Papini, Raucourt, Beaufays, Braun, Martindale, Pinard de la Boullaye, Marmián y tantos otros se han complacido en sacar de los Evangelios y de la Tradición cristiana riquezas siempre nuevas y atrayentes de los insondables tesoros de Cristo. Entre los autores cristológicos ocupa un lugar preferente Mons. Alban Goodier, S.J., que ocupó un tiempo la sede arzobispal de Bombay, recién fallecido”.

Entre los autores-teólogos citados por el Padre Hurtado destaca Léonce de Grandmaison (1868-1927), jesuita francés, director de la revista *Etudes* desde 1908 y fundador de *Recherches de science religieuse* en 1912. En 1928 se publica su libro póstumo dedicado a Jesucristo. Conocidos son también sus escritos espirituales, que se editan en un libro que recoge sus conferencias dictadas desde 1912 hasta la vigilia de su muerte y que tiene un gran éxito editorial. Alberto Hurtado conoce estos libros y de hecho se conservan varias notas hechas por él donde

resume capítulos de los *Ecrits spirituels* de De Grandmaison y las utiliza en charlas y conferencias. En fin, la conferencia de Hurtado “*Responsabilidad frente a la Iglesia*” termina haciendo referencia a la oración “*Corazón herido*” de De Grandmaison. Cabe mencionar la figura del P. Pierre Charles quien fue un gran maestro del Padre Hurtado. Pierre Charles acentuaba la necesidad de valorar lo sencillo y cotidiano en la vida de unión con Cristo. Samuel Fernández E. muestra que meditaciones y ejercicios espirituales del Padre Hurtado “*son muy semejantes a los predicados en febrero de 1944 por el Padre Pierre Charles*”. Además, una formulación semejante a la célebre pregunta del Padre Hurtado: “*¿Qué haría Cristo en mi lugar?*” se encuentra en el libro de Pierre Charles *Prière de toutes les heures*.

El Padre Hurtado conoce asimismo, directamente, la obra de D. Columba Marmion (1858-1923). Nacido en Dublín, de madre francesa, estudia humanidades con los jesuitas y después se hace seminarista. Estudiando en el Colegio de Propaganda Fide, Roma, descubre su vocación benedictina e ingresa al monasterio de Maredsous de Bélgica en 1886. Al hacer su profesión toma el nombre de Columba. Enseña en Lovaina y es confesor de Desiré Mercier, antes de que a este lo nombren Cardenal. Alberto Hurtado lee el libro *Jesucristo, vida del alma* y da muestras de gran recepción y se entusiasma con la obra del benedictino. Se conservan las notas que Hurtado toma de la obra *Jesucristo, vida del alma*, de Marmion. En la misma obra se inspira Hurtado para enseñar los fundamentos de la actitud solidaria de los católicos a los jóvenes de la Acción Católica. Frases e ideas de Marmion se encuentran tanto en *Humanismo social* (1947) como en la conferencia en Cochabamba, Bolivia (1950), titulada: *El Cuerpo Místico: distribución y uso de la riqueza*. Se puede observar claramente la estrecha relación entre el pensamiento del Padre Hurtado y Columba Marmion en la ponencia presentada por el jesuita en el mencionado encuentro con líderes del apostolado social en Cochabamba donde pretende fundamentar su propia visión de los alcances de la doctrina social de la Iglesia con la teología del cuerpo místico expuesta por el teólogo benedictino. Junto con Columba Marmion, el Padre Hurtado sostiene que la encarnación del Verbo es el fundamento del amor, de la solidaridad cristiana y de todo compromiso social. Debido a su encarnación, Cristo se ha hecho nuestro prójimo, se ha unido a todos los hombres y se ha identificado especialmente con los que sufren y los más pobres, con los más pequeños de nuestros hermanos.

El estudio de Mariana Clavero ha mostrado suficientemente los antecedentes, el itinerario y el impacto pastoral e espiritual del viaje a Europa, especialmente a Francia, que realizó el Padre Hurtado entre julio de 1947 y febrero de 1948. Desde nuestra perspectiva nos interesa, brevemente, poner de relieve el contacto directo que tuvo Alberto Hurtado con diversos protagonistas de la renovación teológica y pastoral en curso en aquellos años en Europa, y particularmente en Francia, donde se desarrollaba y profundizaba en distintos ámbitos el proyecto de la nouvelle théologie.

Llega a París el 30 de julio de 1947 y participa en la 34ª sesión de las Semanas Sociales de Francia cuyo tema era “*El catolicismo social frente a las grandes corrientes contemporáneas*”. Estaban presentes, como ponentes, en este foro

grandes personalidades del catolicismo social y de la academia teológica de entonces como Pierre Bigo S. J., Jean Lacroix, Henri de Lubac, S.J., Marie-Dominique Chenu y Joseph Cardijn, Maurice Blondel, entre otros. Otra figura importante, el Cardenal Émile Suhard, arzobispo de París, presidió la misa final, donde afirmó “*No hay un ‘catolicismo social’; este es social, o no es catolicismo*”. Posteriormente, Hurtado tuvo ocasión de conversar con personalidades del catolicismo francés, particularmente con los PP. Daniel y Depierre, de la Misión de France, y con el Cardenal Suhard. También tuvo contacto con la congregación de los Hermanitos de Jesús, fundados por el P. Voillaume.

Toda esta buena experiencia y lo provechoso de los encuentros y entrevistas llevan al Padre Hurtado a solicitar autorización a su superior para quedarse un tiempo más en Europa. En agosto permaneció una semana en L’Action Populaire, en París. Se trataba de un Centro de los jesuitas franceses dedicado a la reflexión y acción social y contaba con importantes publicaciones como los *Cahiers de l’Action Populaire*, *Cahiers d’Action religieuse et sociale*, entre otras. Actualmente este organismo de la Compañía de Jesús en Francia, con sede en París, es el CERAS, Centre de Recherche et d’Action Sociales. En el mismo agosto de 1947 participó en la Semana Internacional de los jesuitas en Versalles, cuyo tema central era “*Nuestra responsabilidad en la formación de un espíritu cristiano internacional*”, en el cual se abordaron temas relacionados con el Apostolado obrero y la Acción Católica. Participaron, entre otros, Bigo, De Lubac, Courtney Murray. El P. Teilhard de Chardin no pudo llegar, pero su ponencia fue presentada por otro participante. El Padre Hurtado también participó con una ponencia: *Les problèmes du Chili*, redactado junto con el jesuita chileno que lo acompañaba en este encuentro, el P. Carlos Aldunate.

Más adelante, Alberto Hurtado tuvo ocasión de conocer la experiencia de los sacerdotes obreros en Marsella. En septiembre asistió al Congreso de Pastoral Litúrgica que contaba con la presencia de Yves-Marie Congar, Jean Daniélou y Romano Guardini. En el mismo mes pudo participar en la sesión de asesores de la JOC (Juventud Obrera Católica) y escuchar nuevamente al Cardenal Suhard y también a Joseph Cardijn y al P. Chenu, Maurice Lacroix y Mons. Garonne. Consta que le impresionaron las intervenciones de Marie-Dominique Chenu y Mons. Garonne.

En octubre permanece en Roma y se entrevista en tres oportunidades con P. General de la Compañía de Jesús, Juan Bautista Janssens, con quien prepara la importantísima entrevista que más tarde tendrá con el Papa Pío XII. En estos días, junto con Manuel Larraín, el Padre Hurtado se entrevista con Mons. Montini (futuro Papa Pablo VI), y el día 18 de octubre Hurtado tiene una audiencia especial con el Papa Pío XII a quien le presenta el *Memorial sobre la situación del catolicismo en Chile* y le pide su bendición para su proyecto de trabajo social con la ASICH.

También junto a Manuel Larraín, Alberto Hurtado visitó al filósofo Jacques Maritain. El 28 de octubre llega al movimiento *Économie et Humanisme* del dominico Joseph Lebet. Participa de una Sesión de estudios y mantiene varias conversaciones con

Desroche y con el mismo Lebre. *Économie et Humanisme* se proponía construir una sociedad más justa y promover una economía de desarrollo

integral al servicio del hombre. Este organismo causó una muy positiva impresión en el Padre Hurtado, quien más tarde relata sus impresiones al respecto: “*La institución más interesante que se propone una reforma de estructuras es Economía y Humanismo... con vistas a la construcción de una nueva economía que venga a reemplazar la economía política –o economía del interés– por una economía humana –o economía del bien común–*”.

Entre el 3 y 5 de Enero de 1948 Hurtado participa en un Congreso de moralistas organizado por *Économie et Humanisme*, cerca de Lyon. Se trataba de una sesión de moralistas con el tema *Moral cristiana y mundo moderno* que había sido preparada con meses de anticipación por los dominicos más representativos de la *nouvelle théologie*, Lebre, Chenu, Congar, Desroches, en conversaciones con los Cardenales Suhard y Saliège. El objeto de reflexión era la necesaria renovación de la moral católica para hacerla capaz de responder a los problemas sociales del tiempo presente. Alberto Hurtado, único extranjero invitado, participó en la comisión política y pronunció la ponencia *Église et État*. Con esta actividad el Padre Hurtado culmina su fecundo viaje a Europa y vuelve a Chile enriquecido por los notables contactos y experiencias compartidas con diversos representantes de la renovación teológica europea, especialmente francesa, que, sin duda, dejaron una profunda huella en su vida espiritual, teológica y pastoral.

Alberto Hurtado vive y desarrolla sus estudios, su ministerio sacerdotal y escribe sus obras en medio de esta época histórica recibiendo las influencias señaladas.

A fines de 1950, el padre Hurtado comenzó a sentir fuertes dolencias en su cintura. En un principio no les dio mayor importancia, pero en 1951 se multiplicaron los dolores. Se le detectó un cáncer de páncreas que ya era incurable por lo avanzado del mal. Con una gran entereza, el padre Hurtado pasó sus últimos días y falleció en el Hospital de la Universidad Católica a las 17:15 horas del 18 de agosto de 1952 a los 51 años de edad. Sin embargo, su muerte no implicó el fin de sus enseñanzas y mensajes: el Hogar de Cristo se volvió la mayor institución de beneficencia de Chile y un ícono para los jóvenes, pobres, ancianos y obreros.

El gobierno chileno declaró el 18 de agosto como el «Día de la solidaridad» y, desde su beatificación en 1994, el calendario litúrgico y el santoral de la Iglesia católica recuerdan su memoria ese mismo día, aniversario de su muerte.

Tras la acreditación de un milagro, consistente en la sanación de un tumor cerebral a María Alicia Cabezas, fue beatificado por el papa Juan Pablo II en la plaza de San Pedro, Ciudad del Vaticano, el 16 de octubre de 1994.

Luego de que las comisiones de médicos, teólogos y cardenales verificaran un segundo milagro, en la persona de Viviana Galleguillos, una joven que logró salir completamente sana, luego de ingresar al Hospital Clínico IST Viña del Mar con un TEC grave, debido a un accidente automovilístico. El «padre Hurtado» fue declarado

santo de la Iglesia católica en una misa solemne celebrada por Benedicto XVI en la plaza de San Pedro el 23 de octubre de 2005, siendo la primera canonización de su pontificado. La delegación oficial fue encabezada por el entonces presidente de la República, Ricardo Lagos Escobar, acompañado de su esposa, la entonces primera dama de Chile, Luisa Durán. En aquella ocasión, Lagos definió al «padre Hurtado» como «nuevo padre de la Patria».

2. La comunión de los santos

El amor incondicional (Ef 5, 25ss) de Jesucristo a la Iglesia confiere a esta el don de la santidad. Este amor santificante de Cristo a la Iglesia, que es su esposa y su cuerpo, se expresa sobre todo en la vida sacramental, especialmente en la eucaristía. Recibiendo la fe, el don del amor, los dones sacramentales, la comunidad eclesial se va constituyendo como “comunión de los santos”. Para Adam ⁶¹, en el dogma de la comunión de los santos, la Iglesia entiende ante todo la comunión de espíritu y de bienes entre los santos de la tierra, vale decir, entre todos aquellos que por la fe y la caridad están incorporados a la misma cabeza que es Cristo. Se entiende también esta unión vital de todos los fieles de Cristo con todas las almas que han abandonado este mundo, de esta forma, la Iglesia militante, purgante y triunfante pertenece a la misma familia o más bien, al mismo cuerpo. No solamente los Obispos y el Papa, o los sacerdotes, sino también todos los fieles contribuyen al formar el Cuerpo de Cristo en el espacio y en el tiempo. Es más, los dones particulares de los simples fieles enriquecen al conjunto del cuerpo. En todo esto consiste precisamente “el dogma de la comunión de los santos”, asegura K. Adam.

En el texto de Alberto Hurtado *Responsabilidad frente a la Iglesia*, se encuentran varias ideas correspondientes al pensamiento de Karl Adam, sin referencias bibliográficas precisas, salvo al final donde menciona el nombre de Adam pero, igualmente, sin referencias bibliográficas. En los casos que hemos detectado se trata del libro *Le vrai visage du catholicisme* de Adam. Leyendo el texto de la mencionada conferencia se advierte que los puntos esenciales se inspiran en Adam y se observa una paráfrasis de capítulos de la obra *Le vrai visage du catholicisme*, de acuerdo a la versión que hemos utilizado en nuestra investigación; lo que también se puede comprobar siguiendo la edición castellana de *La esencia del catolicismo*. En concreto, el primer punto “*La Iglesia es Cristo*” corresponde al capítulo 1 de *Le vrai visage... , Le Christ dans l'Église*. Y el punto

⁶¹ Karl Adam nació en Pursruck, Alemania, el 22 de octubre de 1876- fue un teólogo católico, doctor por la Universidad de Múnich en Filosofía (1903) y en Teología (1904). Ordenado presbítero en 1900, desarrolla su labor pastoral en una parroquia, antes de ser nombrado profesor de Moral en Estrasburgo. Pasa a Tubinga como profesor de Dogmática (1919-1944). Brillante teólogo positivo, trata con autoridad el primado romano, la penitencia y la eucaristía, según el pensamiento de los Santos Padres. Juzga con exigencia y severidad las investigaciones aparecidas en abundancia entre las dos guerras mundiales. De inteligencia abierta y penetrante, renueva la Apologética, además de tener el tema de Cristo y el Cuerpo de Cristo como *leit motiv* de toda su obra teológica, da una explicación interior del dogma. Al cumplir sus 75 y 80 años, teólogos de renombre mundial rindieron homenaje a su persona y a su obra. Falleció en Tubinga el 1 de abril de 1966. (Wikipedia)

titulado por Hurtado *“La Iglesia somos nosotros”* se inspira claramente en el capítulo 2 *“L’Église, corps du Christ”*.

Subraya el carácter esencialmente comunitario de la salvación cristiana. Y a partir de ahí extrae Hurtado consecuencias muy concretas para la tarea evangelizadora de la Iglesia: destaca la dimensión universal y comunitaria de la salvación; la solidaridad y unidad humana en Cristo; responsabilidad por el crecimiento en intensidad de la vida cristiana, de la santidad de vida; necesidad de un crecimiento también en extensión. En suma, dice el Padre Hurtado: *“Por tanto al católico la suerte de ningún hombre le puede ser extraña. El mundo entero es interesante para él, porque a cada uno de los hombres se extiende el amor de Cristo, a cada uno de ellos dio su sangre, a cada uno de ellos quiere ver incorporado a su Iglesia”*. A continuación, el jesuita escribe manifestando su interés y preocupación por la suerte de la Juventud Obrera Católica (JOC), por la Misión de París, por la Acción Católica en el mundo moderno, organizaciones e instancias eclesiales alentadas y fundamentadas por la nouvelle théologie.

Finalmente, en la misma conferencia que reseñamos Hurtado reitera su pensamiento en torno a las consecuencias eclesiológicas de una concepción de la Iglesia como Cuerpo de Cristo. La misión del salvador, la tarea evangelizadora “no es exclusiva de los sacerdotes y religiosas: es la misión de todos los cristianos. Por el bautismo fuimos incorporados al Cuerpo místico de Cristo, por la confirmación fuimos consagrados soldados de Cristo. La Iglesia de Cristo no es más que lo que somos nosotros, lo que nosotros la hagamos. Cristo vive en ella, es su cabeza, pero su grado de santidad, su desarrollo y crecimiento dependerá de nosotros, de nuestra fidelidad al llamamiento que Él nos hace cada día” y luego, terminado su texto, Alberto Hurtado introduce un párrafo notable de Adam, que es precisamente el más citado de Adam, como ya vimos, y que corresponde a las últimas páginas del capítulo final de *Le vrai visage du catholicisme*, “Como lo dice admirablemente Karl Adam” señala el jesuita y reproduce a seguir íntegramente el párrafo mencionado, citado además, en *Humanismo social* y al final de su obra póstuma *Moral social*: *“El ser esencial de la Iglesia debe realizarse y expresarse no sin los fieles sino por ellos. En sus miembros y por ellos debe afirmarse y perfeccionarse el cuerpo de Cristo. Para los fieles, la Iglesia no es únicamente un don, es también un deber. Tienen ellos que preparar y cultivar la tierra buena en la que la semilla del reino de Dios pueda germinar y prosperar. En otros términos: la vida de la Iglesia, el desarrollo de su fe y de su caridad, la elaboración de su dogma, de su moral, de su culto y de su derecho, todo esto está en estrecha dependencia de la fe y de la caridad personal de los miembros del cuerpo de Cristo. Por la elevación y el abatimiento de su Iglesia en la tierra, Dios recompensa el mérito o castiga el demérito de los fieles. Puede decirse con San Pablo (Ef 2, 21-22), que la Iglesia, fundada por Cristo, es edificada también por obra común de los fieles. Trabajamos siempre en edificar el templo de Dios (Serm., 163, 3); y precisamente aquí abajo, trabajamos en su casa, es decir, en la Iglesia, dice San Agustín con profundidad (Enarr. 2, 6 ps. 29). Dios ha querido una*

Iglesia cuyo pleno desarrollo y perfección fuesen fruto de la vida sobrenatural, personal de los fieles, de su oración y de su caridad, de su fidelidad, de su penitencia, de su abnegación. Por eso no la ha establecido como institución acabada, perfecta desde el comienzo, sino como algo incompleto que deja siempre lugar e invita a un trabajo de construcción”.

Como se puede observar, el texto citado de Adam resume muy bien la teología que ha desarrollado a lo largo de su libro y le sirve a Hurtado para fundamentar sus temas prioritarios, enfatizados en esta conferencia, en torno a la Iglesia como Cuerpo de Cristo, como comunión de los santos y la consecuente participación y responsabilidad comunitaria de todos los Ángeles en la vida y misión de la Iglesia de Jesucristo. Llama la atención el acento en la dimensión escatológica de la Iglesia, cuerpo místico de Cristo. Efectivamente, Adam subraya en sus obras el vínculo entre Iglesia, tarea eclesial comunitaria, incluso social, y reino de Dios, y, el consiguiente carácter inacabado de la Iglesia que *“deja siempre lugar e invita a un trabajo de construcción”*, conceptos, que, por lo visto, dejaron una profunda huella en el pensamiento y espiritualidad del Padre Hurtado. Eco de esta profunda huella es además de la reiteradas citas del párrafo que comentamos y el extenso resumen del último capítulo de *Le vrai visage du catholicisme*, *“El ideal y la realidad”* que Hurtado titula libremente *“la lucha entre el ideal y la libertad”*.

En *“La vida sobrenatural”*, último capítulo de su obra póstuma *Moral social*, Alberto Hurtado, reseña que *“La Iglesia es una sociedad espiritual, fundada por Jesucristo para conducir al hombre a su destino eterno. Él habría podido ayudar directamente a cada alma a realizar este fin y no establecer sino relaciones individuales entre los hombres y Dios, pero ha querido que el hombre realice su vida sobrenatural socialmente, esto es, por medio de una institución visible que es la Iglesia”*. Subraya la universalidad de la Iglesia y de su misión evangelizadora y salvadora. La Iglesia es universal. *“Para formar parte de ella basta ser hombre, sin considerar raza, nacionalidad, ni clase social”*, añade Hurtado y cita el texto de Pablo a los Gálatas (3, 28): *“En Cristo no hay ni judío ni gentil; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer; sino uno solo, Jesucristo, todo en todos”*. En efecto, *“Dios llama a todos los hombres sin excepción y les ofrece su gracia para configurar su vida con la vida de Jesús”*. Y, para Hurtado, efectivamente *“este llamamiento es universal, Dios no negará su gracia a ningún hombre que haga lo que está de su parte por seguir la verdad y el bien manifestados por el testimonio de su conciencia. Forman parte de la Iglesia los bautizados. A más de los que han recibido en forma aparente el bautismo, que constituyen lo que se suele llamar el cuerpo visible de la Iglesia, forman también parte de la Iglesia los que a ella han adherido en forma invisible a nuestros ojos, pero conocida de Dios. Se dice que forman parte del alma de la Iglesia, por el carácter invisible de su adhesión. En esta categoría están las almas rectas, que han seguido honradamente su conciencia y, sin culpa de ellas, no han podido conocer la verdad revelada. Dios, en su infinita misericordia, no les negará las gracias necesarias para conocer lo que es necesario creer y hacer lo que es necesario observar”*.

Además del carácter universal de la Iglesia, el jesuita Hurtado destaca su carácter de sociedad perfecta. En su esencia la Iglesia “*es una sociedad perfecta*” porque, por la gracia de Dios tiene todos los medios para conducir al hombre a su fin sobrenatural”. Pero, citando el Código social de Malinas insiste en la dimensión social y pública del cristianismo y señala que “El catolicismo no se limita a la santificación de los individuos, de las conciencias individuales: abraza también en un orden sobrenatural y divino, los cuadros sociales y las instituciones públicas”.

De acuerdo a lo anterior, el reinado social de Cristo no consiste en actos exteriores como, por ejemplo, la inscripción de su nombre al frente de la constitución de un país. Por ello, precisa San Alberto Hurtado “*El verdadero reinado social de Jesucristo existe cuando su ley santa, de justicia y de amor, penetra en todos los organismos sociales*”.

Al final de su obra póstuma Hurtado explica que “*al llegar al término de la Moral Social Católica, nos conviene fijar los ojos en la gran realidad que estimula todos nuestros trabajos*”, es decir, la comunión de los santos y reitera las características e implicancias de esta verdad cristiana con los conceptos ya señalados anteriormente y que él ha recogido de la tradición y, como ya vimos, particularmente de las síntesis teológicas más cercanas de E. Mersch y de K. Adam. Reitera el jesuita que la palabra ‘comunión de los santos’ tiene al menos un doble significado: “*La unión de todos los miembros de la Iglesia, a los cuales la tradición cristiana desde San Pablo llama ‘santos’, y también la participación en los mismos beneficios sobrenaturales, en las mismas cosas ‘santas’. Las dos realidades están comprendidas en la comunión de los santos, comunidad de vida sobrenatural que nos une en un mismo cuerpo, hace circular entre nosotros la misma gracia divina que nos mereció la sangre redentora de Cristo para hacernos participar de la vida misma de Dios [...]*”. Es, en suma, la realización de esa misteriosa unión entre nosotros y Jesucristo, revelada especialmente por San Pablo, donde el Señor es la cabeza que vivifica todo el cuerpo y sus miembros, esto es, el Cuerpo místico de Cristo. Concluye que “*la comunión de los santos nos hace comprender el aspecto eminentemente social de la Iglesia. En su realidad, ella abarca a los hombres todos que actualmente luchan en su seno, y a los hombres cuya vida ha sido ya fijada en Dios, sea que estén en la gloria o purifiquen aún temporalmente sus faltas... La gracia establece entre los que de ella participan lazos muy superiores a los de la sangre y comunica a todos los bienes espirituales de todos*”.

Con sus últimas palabras de *Moral Social*, nuestro jesuita señala: “*Pero, a su vez, la comunión de los santos nos acarrea un inmenso deber: la suerte de la Iglesia está en nuestras manos. La Iglesia no es solo Cristo, sino Él y los fieles. Nosotros somos responsables de la Iglesia, colaboradores de Dios en la gran edificación del Cuerpo del Señor, en la redención y santificación de la humanidad*”, y en fin, termina apoyando sus conceptos con la cita de Karl Adam tomada de los pasajes finales de *Le vrai visage du catholicisme*, que como ya hemos visto ha sido en importantes oportunidades destacada por Hurtado: “*El ser esencial de la Iglesia debe realizarse y expresarse no sin los fieles sino por ellos. En sus miembros y por ellos debe*

afirmarse y perfeccionarse el cuerpo de Cristo. Para los fieles, la Iglesia no es únicamente un don, es también un deber. Tienen ellos que preparar y cultivar la tierra buena en la que la semilla del reino de Dios pueda germinar y prosperar [...]”.

La contribución de Hurtado se inscribe en una tradición teológica que ha reflexionado y combinado con diversos acentos las dimensiones sacramental (participación en los misterios sagrados, en los sacramentos, especialmente la eucaristía), personal (la relación y unificación fraterna de todos los que forman la comunidad de personas santificadas por Cristo en el Espíritu) y la escatológica de la comunión de los santos (unión entre la Iglesia peregrina y la Iglesia consumada, es decir, los que actualmente forman parte de la comunidad de fe y los santificados por Cristo en el pasado, en el presente y en el futuro).

En fin, la comunión de los santos en el cuerpo místico de Cristo es una realidad siempre actual y se constituye, al mismo tiempo, en el horizonte que orienta la historia humana hacia el futuro de plenitud y, a la vez, en la instancia que permite fundamentar una crítica consistente del presente y dar lugar a una acción responsable y esperanzada.

Epílogo

Así como en la introducción de este estudio escribía que el día 15 de octubre del 2021 hice la promesa de escribir sobre la santidad para que mi querida esposa se recupere totalmente y que si me preguntaban por qué sobre santidad no sabría qué decir; que seguramente fue una inspiración. Ahora al iniciar este epílogo debo decir bendita inspiración pues en este trabajo he aprendido muchísimo gracias a los artículos de algunos autores a quienes agradezco de nuevo.

Pues bien, para concluir recurro primero al predicador de la Casa Pontificia, el Cardenal Raniero Cantalamessa ⁶² (2021), y luego recordaré algunos escritos que me han llamado especialmente la atención.

El Cardenal nos dice que lo primero que hay que hacer, cuando se habla de santidad, “es liberar esta palabra del miedo que inspira, debido a ciertas representaciones equivocadas que nos hemos hecho de ella. La santidad puede comportar fenómenos extraordinarios, pero no se identifica con ellos. Si todos están llamados a la santidad es porque, entendida adecuadamente, está al alcance de todos, forma parte de la normalidad de la vida cristiana.

Dios es el «único santo» y «la fuente de toda santidad». Cuando uno se aproxima a ver cómo entra el hombre en la esfera de la santidad de Dios y qué significa ser santo, aparece inmediatamente la preponderancia, en el Antiguo Testamento, de la idea ritualista. Los medios de la santidad de Dios son objetos, lugares, ritos, prescripciones. Se escuchan, es verdad, especialmente en los profetas y en los salmos, voces diferentes, exquisitamente morales, pero son voces que permanecen aisladas. Todavía en tiempos de Jesús prevalecía entre los fariseos la idea de que la santidad y la justicia consisten en la pureza ritual y en la observancia escrupulosa de la Ley.

Al pasar al Nuevo Testamento asistimos a cambios profundos. La santidad no reside en las manos, sino en el corazón; no se decide fuera, sino dentro del hombre, y se

⁶² Raniero Cantalamessa nació en Colli del Tronto, Italia, el 22 de julio de 1934. Fue ordenado sacerdote en la orden capuchina en 1958. Tiene títulos de doctorado en teología y literatura clásica. Fue profesor de historia cristiana antigua y director del Departamento de Ciencias Religiosas de la Universidad Católica del Sagrado Corazón en Milán, renunciando en 1979. Fue miembro de la Comisión Teológica Internacional desde 1975 hasta 1981. En 1980 fue nombrado predicador de la Casa Pontificia por el Papa san Juan Pablo II. Ha permanecido en esta posición bajo los pontificados del papa Benedicto XVI y del papa Francisco. Es miembro de la Delegación Católica para el Diálogo con las Iglesias Pentecostales. Fue creado cardenal en el Consistorio celebrado el 28 de noviembre de 2020. Es autor de varios libros sobre temas teológicos y espirituales. (Wikipedia)

resume en la caridad. Los mediadores de la santidad de Dios ya no son lugares (el templo de Jerusalén o el monte de las Bienaventuranzas), ritos, objetos y leyes, sino una persona, Jesucristo. En Jesucristo está la santidad misma de Dios que nos llega en persona, no en una lejana reverberación suya. Él es «el Santo de Dios» (Jn 6, 69)

De dos maneras entramos en contacto con la santidad de Cristo y ésta se comunica a nosotros: por *apropiación* y por *imitación*. La santidad es ante todo don, gracia. Ya que pertenecemos a Cristo más que a nosotros mismos, habiendo sido «comprados a gran precio», de ello se sigue que, inversamente, la santidad de Cristo nos pertenece más que nuestra propia santidad. Es éste el aletazo en la vida espiritual.

Pablo nos enseña cómo se da este «golpe de audacia» cuando declara solemnemente que no quiere ser hallado con una justicia suya, o santidad, derivada de la observancia de la ley, sino únicamente con aquella que deriva de la fe en Cristo (Flp 3,5-10). Cristo, dice, se ha hecho para nosotros «justicia, santificación y redención» (1 Co 1,30). «Para nosotros»: por lo tanto, podemos reclamar su santidad como nuestra a todos los efectos.

Junto a este medio fundamental de la fe y de los sacramentos, debe encontrar también lugar la *imitación*, esto es, el esfuerzo personal y las buenas obras. No como medio desgajado y diferente, sino como el único medio adecuado para manifestar la fe, traduciéndola en acto. Cuando Pablo escribe: «Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación», está claro que entiende precisamente esta santidad que es fruto del compromiso personal. Añade, de hecho, como para explicar en qué consiste la santificación de la que está hablando: «que os alejéis de la fornicación, que cada uno sepa poseer su cuerpo con santidad y honor» (1 Ts 4, 3-9).

«No hay sino una tristeza: la de no ser santos», decía Léon Bloy, y tenía razón la Madre Teresa cuando, a un periodista que le preguntó a quemarropa qué se sentía al ser aclamada santa por todo el mundo, le respondió: «La santidad no es un lujo, es una necesidad».

Por su parte el Obispo J. C. Ryle, de la Iglesia Anglicana, escribe que “durante muchos años he tenido una profunda convicción de que los cristianos modernos no le dan suficiente importancia a la santidad práctica ni a la consagración total del yo a Dios. La política, o las controversias, o el espíritu partidista [contenciones antagónicas], o la mundanalidad, han socavado el centro mismo de la piedad viva en demasiados de nosotros. El tema de una consagración personal ha quedado relegado al olvido. Las normas para vivir la vida son dolorosamente bajas en muchos entornos. La importancia enorme de “que en todo adornen la doctrina de Dios” (Tito 2:10) y de que la hagamos bella y hermosa por nuestros hábitos y temperamentos, ha sido demasiado ignorada. Las gentes del mundo, a veces se quejan con razón, de que las personas supuestamente “cristianas”, no son tan afables, desinteresadas y gentiles como otros que no profesan ninguna religión. No obstante, la santificación, entendida correctamente, y armonizando con la Palabra, es tan importante como la justificación. La sana doctrina protestante y evangélica

es inútil si no va acompañada de una vida santa. Es peor que inútil; es sumamente perjudicial. Es despreciada por hombres observadores y sagaces del mundo como algo irreal y vacío, y produce desprecio por la fe cristiana. Estoy firmemente convencido de que queremos un avivamiento total en relación con la santidad bíblica y estoy profundamente agradecido de que se le está dando atención a este tema.”

Y añade que “la santidad procede de Cristo. Es el resultado de la unión vital con él. Es el fruto de ser una rama viviente de la Vid verdadera. Acuda entonces a Cristo y diga: “Señor, no sólo sálvame de la culpa del pecado y de su poder. También envíame el Espíritu que has prometido. Hazme santo. Enséñame a hacer tu voluntad”.

El Concilio Vaticano II en la *Lumen Gentium* afirmó la llamada universal a la santidad: “*Todos los fieles, cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre*”.

San Jose Maria Escrivá de Balaguer apunta que “nos quedamos removidos, con una fuerte sacudida en el corazón, al escuchar atentamente aquel grito de san Pablo: ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación. Hoy, una vez más me lo propongo a mí, y os lo recuerdo también a vosotros y a la humanidad entera: ésta es la Voluntad de Dios, que seamos santos”.

Glenn Byer afirma: “¡Qué impresionante! Ésa es mi reacción a la Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate* (Alégrense y regocíjense) del Papa Francisco. Hay tantos aspectos tan maravillosos de la exhortación que nos hablan a cada uno de nosotros; pero quizá para este blog, lo mejor sería animarlos a leer la exhortación entera y presentar también algunos ejemplos de por qué es tan impresionante e innovadora”.

“Así que ¡tómense un poco de tiempo y anímense a leerla completa! 177 párrafos no es demasiado largo, además de que está escrita en un lenguaje fácil de leer.

El párrafo 16 es tan hermoso y sencillo: “Esta santidad a la que el Señor te llama, irá creciendo con pequeños gestos. Por ejemplo: una señora va al mercado a hacer las compras, encuentra a una vecina y comienza a hablar, y vienen las críticas. Pero esta mujer dice en su interior: ‘No, no hablaré mal de nadie’. Este es un paso en la santidad. Luego, en casa, su hijo le pide conversar acerca de sus fantasías, y aunque esté cansada, se sienta a su lado y escucha con paciencia y afecto. Esa es otra ofrenda que santifica. Luego vive un momento de angustia, pero recuerda el amor de la Virgen María, toma el rosario y reza con fe. Ese es otro camino de santidad. Luego va por la calle, encuentra a un pobre y se detiene a conversar con él con cariño. Ese es otro paso.”

Y Rodrigo Guerra López nos dice que “conforme fui leyendo y releendo *Gaudete et exsultate* experimenté aquello que sólo me ha pasado con unos cuantos libros de espiritualidad que han marcado mi vida (Giussani, Biela, Carreto, Peguy, Stein,

Romero, Agustín, Ignacio): me sentí removido y cuestionado en lo más hondo. No es un texto escrito en abstracto sino dirigido muy personalmente a cada uno. Ha sido como leer la carta de un amigo cercano que sabe hacer “lectura del estado del alma”, que conoce qué pasa en mi interior, en los recovecos más privados e íntimos. Lo leí una vez y luego otra. En la oficina, en la capilla, en las noches antes de dormir. Y quedé pasmado durante varios días”.

El Papa Francisco está convencido de la llamada universal a la santidad. Todas las personas, y en especial, los más pecadores “estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día” (n. 14). Pero “cada santo es una misión” (n. 19), es decir, cada persona está llamada a encontrar su propio camino de santificación y de servicio.

Angel Peña Benito escribe: “¿Qué más podríamos decir de José? Vivir con Jesús todos los días, besarlo, jugar con él, trabajar con él, vivir para él... No ha habido misión más grande, después de la de María. Por eso, como decía el Papa Juan Pablo II, fue ministro de salvación, pues Dios lo escogió como especial ministro y testigo de la Obra de la Redención.

Si quieres encontrarte personalmente con él, vete a la Eucaristía. La Eucaristía es el lugar de encuentro con Jesús, José y María. Allí están los tres; junto a Jesús Eucaristía está José y María, como en la cueva de Belén. Así que ya sabes, tienes una cita con Jesús, José y María, cada día, en el sagrario, o en la misa de la iglesia más cercana. Allí nos vemos. Jesús nos espera, acompañado de José y María.

Y termino con S.S. el Papa Francisco cuando dice: “Veo la santidad en el pueblo de Dios paciente: una mujer que cría a sus hijos, un hombre que trabaja para llevar a casa el pan, los enfermos, los sacerdotes ancianos tantas veces heridos pero siempre con su sonrisa porque han servido al Señor, las religiosas que tanto trabajan y que viven una santidad escondida. Esta es, para mí, la santidad común. Yo asocio frecuentemente la santidad a la paciencia: no solo la paciencia como hypomoné, hacerse cargo de los sucesos y las circunstancias de la vida, sino también como constancia para seguir hacia delante día a día. Esta es la santidad de la Iglesia militante de la que habla el mismo san Ignacio. Esta era la santidad de mis padres: de mi padre, de mi madre, de mi abuela Rosa, que me ha hecho tanto bien. En el breviario llevo el testamento de mi abuela Rosa, y lo leo a menudo: porque para mí es como una oración. Es una santa que ha sufrido mucho, incluso moralmente, y ha seguido valerosamente siempre hacia delante”.

Fuentes de información

AGUSTÍN, M.

2004 ***Id a José***. Ed. Traditions monastiques. Flavigny sur Ozarain. Francia.

ÁLVAREZ GUTIÉRREZ, C. G.

2006 ***María. Discípula de Jesús y mensajera del Evangelio***. Bogotá. CELAM.

ARCADI, J.M.

2018 ***“«You Shall Be Holy»: A Speech Act Theoretic Theological Interpretation”***. Journal of Theological Interpretation 12. Pennsylvania State University Press.

BAENA BUSTAMANTE, G.

2005 ***“La esperanza en la vida cristiana. Dimensión bíblica.”*** Theologica Xaveriana Vol. 55, No. 2 (154). Bogotá. Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Teología.

BAILEY, B. J.

2018 ***La senda de santidad. Una Exposición de Colosenses y Filemón***. Traducido en Tegucigalpa, Honduras. Impreso por: Zion Christian Publishers. New York.

BENDERA, A.

1976 ***Evangelización, justicia y santidad***. Madrid. Studium.

BOVER, J.M

1961 ***Teología de San Pablo. El misterio de Cristo contemplado por el Apóstol***. Madrid. BAC.

BUSSO, A. D.

2016 ***La santidad canonizable***. Anuario Argentino de Derecho Canónico, Vol. XXII. Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina. Buenos Aires.

BUTIÑÁ, F.

1909 ***Las Glorias de José***. Ed. Subirana. Barcelona.

BUTLER, A.

2016 **Vidas de los santos**. Traducida al español por Wifredo Guinea S.J. Edición Electrónica en Word. Boyacá. Colombia.

BYER, G.

2018 **El Papa Francisco sobre el llamado a la santidad en el mundo actual**. Oregon Catholic Press. Portland. Oregon. USA.

CANTALAMESSA, R.

2021 **«La santidad no es un lujo, es una necesidad»**. Homilía del Evangelio de Todos los Santos. Camino Católico.

CANTERA, E.

1917 **San José en el plan divino**. Ed. Santa Mónica. Monachil. Granada.

CARDONA, H. & OÑORO, F.

2013 **Jesús de Nazareth en el Evangelio de San Mateo**. Medellín. Universidad Pontificia Bolivariana. Cuestiones Teológicas, Vol. 40, No. 94

CARRASCO, J. A.

1980 **San José en el misterio de Cristo y de la Iglesia**. Centro de investigaciones josefinas. Valladolid.

CASO-ROSENDI, C

2021 **La santidad en la Iglesia. Un convertido llega a conclusiones muy edificantes...**Apologética Católica. Revista Católica Digital. Barquisimeto. Venezuela.

CASTILLO, J.

1999 **El Reino de Dios. Por la vida y la dignidad de los seres humanos**. Bilbao. Desclée De Brouwer.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

1992 **La comunión de los santos**. Primera parte: la profesión de la fe. Segunda sección. Capítulo tercero: Creo en el Espíritu Santo. Artículo 9: "Creo en la Santa Iglesia Católica". Párrafo 5: La comunión de los santos. Vaticano.

COATS, G. W.

1968 **Rebellion in the Wilderness. The murmuring motif in the Wilderness: traditions of the Old Testament**. Nashville. Abingdon. USA.

CISTIAN, L.

1978 **San José**. Ed. Rialp. Madrid.

CUDA, E.

2016 ***Para leer a Francisco. Teología, ética y política.*** Manantial. Buenos Aires.

ESCRIVA DE BALAGUER, J.M.

1973 ***Hacia la santidad.*** Cuadernos Proa 5. Santiago de Chile.

EXELER, A.

1983 ***Los diez mandamientos: vivir en la libertad de Dios.*** Santander. Sal Terrae.

FELIU MATEU, LI y A. MILLET ALBÀ (eds.)

2014 ***Enūma eliš. Y otros relatos babilónicos de la Creación (Pliegos de Oriente).*** Barcelona. Trotta.

FILAS, F.

1962 ***Joseph, the man closest to Jesus.*** Ed. St. Paul.

FITA REVERTA, R.

2021 ***Congregación para las Causas de los Santos, Las causas de los santos. Manual.*** Ed. Criscuolo, V. - Pellegrino, C. - Sarno, R. J. Anuario de Derecho Canónico 10. Madrid.

FRANCISCO

2018 ***Exhortación apostólica "Gaudete et Exsultate". Sobre el llamado a la santidad en el mundo actual.*** Editrice Vaticana.

FUGIER, H.

1963 ***Recherches sur l'expression du sacré dans la langue latine,*** Belles Letres. París.

GASNIER, M.

1980 ***Los silencios de José.*** Ed. Palabra. Madrid.

GIMÉNEZ GONZÁLEZ, A

2007 ***Biblia y ciencia de la fe.*** Madrid. Encuentro.

2009 ***"Si el justo es Hijo de Dios, le socorrerá" (Sab 2,18). Acercamiento canónico a la filiación divina del justo perseguido en Sab 1-6 (ABE 48).*** Estella. Verbo Divino.

2013 ***"El Dios filántropo de Sabiduría".*** En Carmen BERNABÉ (ed.), Los rostros de Dios (ABE 62). Estella. Verbo Divino.

2015 ***Pentateuco y libros históricos***. Madrid, Universidad Eclesiástica San Dámaso.

2019 ***La santidad en la Biblia***. Isidorianum 28/55. Sevilla.

GRANADOS GARCÍA, C

2010 ***La nueva alianza como recreación. Estudio exegético de Ez 36,16-38***. Roma. Gregorian & Biblical Press.

GRÉGOIRE, H.

1964 ***Les persecutions dans l'Empire romain***. Bruselas.

GRELOT, P

1976 ***Hombre, ¿quién eres? Los once primeros capítulos del Génesis***. Estella. Verbo Divino.

GRÜN, A.

2005 ***Jesús, Maestro de salvación: El Evangelio de Mateo***. Pamplona. Verbo Divino.

GUERRA LÓPEZ, R,

2018 ***Un Nuevo comienzo: el llamado a la santidad en nuestro tiempo***. Pontificia Comisión para América Latina. Vaticano.

GUJARRO OPORTO, S.

2006 ***"Seguidores de Jesús y oyentes de la palabra."*** En Celam, Kerigma, discipulado y misión, 63-93. Bogotá. Celam.

GUTIÉRREZ CUESTA, L.F.

2017 ***La santidad y el mandamiento del amor***. Tirant lo Blanch, Editorial Académica, Universidad de Valencia.

HÁRING, B.

1985 ***Llamados a la santidad***. Barcelona. Herder.

HERVÁS, F.

1988 ***Espigaduras en torno a san José***. Ed. Signum crucis. Ávila.

JUAN PABLO II

1989 ***Exhortación apostólica Redemptoris custos***. Libreria Editrice Vaticana.

2001 **“La Virgen María, modelo de santidad de la Iglesia.”** En La virgen María. Madrid. Palabra,

KAPKIN, D.

2003 **Mateo 1 (1-16). El Evangelio del Reino.** Medellín. Fundación Universitaria Luis Amigó.

LLAMERA, B.

1953 **Teología de san José.** BAC. Madrid.

LUCIANI, R.

2016 **El papa Francisco y la teología del pueblo.** PPC. Madrid.

MADRIGAL, S.

2002 **Vaticano II: Remembranza y actualización. Esquemas para una Eclesiología.** Sal Terrae. Santander.

MARTELET, B.

1999 **José de Nazaret.** Ed. Palabra. Madrid.

MARTÍNEZ, F.

2007 **¿Ser cristiano hoy? Jesús y el sentido de la vida.** Navarra. Verbo Divino.

MONFORTE J.

2001 **José de Nazaret en el tercer milenio cristiano.** Ed. internacionales universitarias. Madrid.

OLMSTED, TH. J.

2018 **La santidad es para todos.** The Catholic Sun. Phoenix. Arizona.

PAGOLA, J.

2009 **Jesús aproximación histórica.** Buenos Aires. Editorial Claretiana.

PARRA CARRASCO, F.

2009 **Teología del Cuerpo Místico, Comunión de los Santos y pensamiento social en San Alberto Hurtado. La influencia de Émile Mersch y Karl Adam.** Teología y Vida 50(4). Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile.

PELLITERO IGLESIAS, R.

2004 **Santidad y edificación de la Iglesia.** Ediciones Universidad de Navarra. Pamplona.

PEÑA BENITO, A.

2008 **San José el más santo de los santos.** Libros Católicos. Lima.

- PIKAZA, X.
2007 **Diccionario de la Biblia.** Historia y Palabra. Navarra. Verbo Divino.
- PINEDA, M.
2009 **¿Son las bienaventuranzas fundamento de la moral para el cristiano de hoy?** Medellín. Universidad Pontificia Bolivariana.
- RATZINGER, J.
1969 **El nuevo pueblo de Dios. Esquemas para una eclesiología.** Herder. Barcelona.
- REYES FONSECA, J. O.
2008 **Santidad y virtudes esenciales de la vida cristiana. Una lectura mariana.** Theologica Xaveriana - vol. 57 no. 165. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá. Colombia.
- RIES, J.
1989 **Lo sagrado en la Historia de la Humanidad.** Ediciones Encuentro. Madrid.
- ROMERO, J.M.
2017 **La Comunión de los santos. Revitalización y santidad.** Instituto de Espiritualidad e Historia. Madrid.
- RYLE, J. C.
2015 **Santidad. Su naturaleza, sus obstáculos, dificultades y raíces.** Chapel Library. Pensacola. Florida. Estados Unidos.
- SCANNONE, J. C.
2017 **La teología del pueblo. Raíces teológicas del papa Francisco.** Sal Terrae. Santander.
- SCHEFFCZYK, L.
1978 **La santidad de Dios, fin y forma vida cristiana.** Traducción de Pedro Rodríguez. Navarrens Universitas Studiorum. Pamplona.
- SCHÖKEL, L. A. y J. L. SICRE DÍAZ
1980 **Profetas I. Isaías – Jeremías (NBE).** Madrid. Cristiandad.
- SMITH, W. Y S. CHEETHAM,
1875 **A Dictionary of Christian Antiquities.** Murray. Londres.
- STORNIOLO, I.
1999 **Cómo leer el Evangelio de Mateo: El camino de la justicia.** Bogotá. San Pablo.
- SUÁREZ, F.

1997 **José, esposo de María.** Ed. Rialp. Madrid.

URÍBARRI BILBAO, G.

2017 **La mística de Jesús.** Sal Terrae. Santander.

2018 **Teología de ojos abiertos.** Sal Terrae. Santander.

2019 **Santidad misionera.** Sal Terrae. Santander.

2019 **La santidad de los discípulos misioneros. La recepción del Concilio Vaticano II en Gaudete et exsultate.** Revista de Vida Religiosa. CONFER. Volumen 58. Nº 221. Madrid.

URÍBARRI BILBAO, G. - MARTÍNEZ-GAYOL, N.

2915 **Raíz y viento. La vida consagrada en su peculiaridad.** Sal Terrae. Santander.

VELLANICKAL, M

1977 **The Divine Sonship of Christians in the Johannine Writings.** Rome. Biblical Institute Press.

VILA PORRAS, C.

2013 **Ser cristiano hoy a partir de la práctica de las Bienaventuranzas.** Cuestiones Teológicas, Vol. 40, No. 94. Medellín. Colombia.

VON RAD, G.

1982 **El libro del Génesis.** Salamanca. Sígueme.